EL ORO PUEDE CEGAR, LAS MENTIRAS PUEDEN ATAR
BRILLO
LA PRISIONERA DE ORO III
RAVEN KENNEDY
Rocaeditorial

Brillo

Raven Kennedy

Traducción de
María Angulo Fernández

BRILLO. LA PRISIONERA DE ORO III

Raven Kennedy

TERCERA ENTREGA DE LA SERIE BEST SELLER MUNDIAL LA PRISIONERA DE ORO, PERFECTA PARA LAS LECTORAS DE SARAH J. MAAS Y JENNIFER L. ARMENTROUT.

«NO LO ELIJO A ÉL. YA NO. ME ELIJO A MÍ».

El rey Midas me hizo la mujer que soy ahora. Célebre. Inalcanzable. Suya.

Lo que pasa cuando estás confinada es que crees que es para mantener fuera lo malo… Hasta que te das cuenta de que se trata de mantenerte dentro.

Estoy en un reino extraño rodeada de mentirosos, sin aliados propios, pero no me quedaré de brazos cruzados ni me dejaré marchitar. No, hay algo que ha florecido desde el pozo de mi represión. Algo oscuro. Algo furioso.

Pero lo último que esperaba era que mi ira lo llamara. Rey Ravinger.

Es siniestro, poderoso y demasiado seductor. Aprendí mi lección sobre confiar en reyes manipuladores; entonces, ¿por qué mi pecho se contrae cada vez que está cerca? Necesito andar con cuidado o corro el riesgo de perder mucho más que mi libertad.

El arrepentimiento y la venganza luchan dentro de mí, y necesito idear un plan rápido antes de verme envuelta en las conspiraciones de reyes y reinas.

Porque no me encerrarán en una jaula de nuevo. No, esta vez seré yo quien ponga la trampa.

Solo espero que mi corazón salga ileso.

Nota del editor: este libro contiene contenido explícito y elementos más oscuros, que incluyen lenguaje maduro, violencia y sexo no consentido. No está destinado a menores de 18 años.

ACERCA DE LA AUTORA

Raven Kennedy nació en California, y su amor por los libros la empujó a crear sus propios mundos. Ha escrito una gran variedad de libros, entre los que destacan los de fantasía juvenil y para adultos. Su serie La prisionera de oro se ha convertido en un éxito de ventas y de crítica en todo el mundo.

ACERCA DE LA OBRA

«Nunca quise que esta novela terminara. Viví, amé y me consumí por completo, página tras página. Raven Kennedy ha elaborado una historia magistral y atemporal en la que felizmente me perderé una y otra vez.»
IVY ASHER

«Esta serie es una brillante metáfora sobre problemas reales y emocionales.»
DAY LEITAO

«Esta serie me ha robado el corazón, el aliento, la consideración hacia cualquier otra cosa. Nunca antes había estado tan inmersa en una historia, nunca había leído personajes que se sintieran tan reales. Estos personajes, este MUNDO... es todo».
SARAH A. PARKER

Índice

Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28

29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
Epílogo
La vid dorada

Agradecimientos

A todos los que habéis vivido a la sombra del mundo.
Sonreíd al sol.

PRÓLOGO

Auren

Diez años antes

En estas tierras, el cielo no entona ninguna melodía.

No baila, no juguetea, no se sumerge en mi piel, ni me embriaga con su perfume dulzón, ni me revuelve la melena con un beso fresco y vigorizante.

No como lo hacía en Annwyn.

Aquí, el cielo llora mares y, aunque la lluvia inunda las calles, ni siquiera los aguaceros son capaces de tragarse el nauseabundo hedor que se respira en este lugar. El sol se esconde para ceder su lugar a la luna, pero no se aprecia un ápice de armonía, pues las diosas parecen vivir en duermevela en su cascarón de estrella. Este horizonte es anodino e intrascendente.

No hay nada que parezca estar lleno de vida, como sí ocurría en Annwyn, mi antiguo hogar. Aunque tal vez esos recuerdos no sean más que una fantasía, un mundo irreal creado y concebido por una niña. Tal vez Annwyn no fuese así en absoluto. Tal vez lo haya idealizado. Tal vez lo haya olvidado.

De ser así, prefiero seguir viviendo engañada. Cuando cierro los ojos y viajo a mi infancia, me gusta lo que veo: un mundo que desbordaba vivacidad, que rebosaba una profusión y exuberancia que impregnaban y saturaban mis cinco sentidos.

Este lugar también colma mis sentidos, pero no en el buen sentido de la palabra.

El chaparrón de esta mañana ha anegado el puerto de Derfort. Mires donde mires, aquí todo siempre está encharcado, ya sea por las lluvias o por las mareas. A veces por ambas cosas. No hay ni un solo tejado de madera que no esté empapado y repleto de goteras, ni una sola

puerta que no esté desconchada y deteriorada por esta humedad tan opresiva.

Las nubes casi siempre vienen acompañadas de tormentas oceánicas que descargan justo aquí, en la costa. Sin embargo, no es una lluvia que limpie el ambiente, que refresque el aire. El agua devuelve al mar lo que le ha arrebatado, nada más. Apesta a pescado podrido y empantana las calles, convirtiéndolas así en un lodazal.

Hoy el aire es bochornoso, casi irrespirable. La humedad me ha calado el vestido y siento que me ahoga, que me asfixia. Tendré suerte si esta noche, al colgar la ropa, consigo que se seque. Por no hablar del pelo, siempre mojado o encrespado.

Aunque, a decir verdad, nadie se fija en mi melena, o en mi atuendo. Esas miradas codiciosas siempre se posan en mis mejillas doradas para después recorrer cada centímetro de mi piel, que es de una tonalidad tan brillante y reluciente que no parece real. Por eso me conocen como la niña pintada. La huérfana dorada del puerto de Derfort. Da lo mismo que vaya vestida con harapos, porque bajo esos ropajes chorreantes se esconde una riqueza absurda. Sí, una riqueza sin valor, una riqueza que no sirve para nada y que, sin embargo, ha provocado todo.

A lo largo de la calle del mercado, los toldos de los puestecillos gotean sin cesar, los sacos de arpillera siguen empapados y las carretas todavía están cubiertas con una lona que, obviamente, está mojada. Cierro los ojos y respiro hondo. Finjo no percibir el penetrante olor a hierro que llega del taller del orfebre que elabora anclas. Finjo no oler el moho que ha empezado a cubrir los tablones de madera de las embarcaciones amarradas en el muelle. Finjo no notar el tufo que desprenden las cajas que llegan a puerto, llenas de peces que baten las aletas y la cola en un inútil intento de regresar al mar, y que se mezcla con el aroma a salmuera de la arena.

Necesitaría una mente mucho más imaginativa para evadirme de esa horrible pestilencia.

Por supuesto, el aire sería un poquito más soportable si no estuviera sentada encima del cubo de basura de la taberna. El olor a cerveza rancia es terrible, pero al menos es uno de los rincones más secos, más

escondidos y más oscuros de la zona, por lo que no puedo quejarme. Podría decirse que es un espacio privilegiado.

Me revuelvo sobre la tapa metálica y apoyo la espalda en la pared del edificio para echar un vistazo al callejón donde cada mañana montan el mercado. No debería estar aquí. Debería seguir moviéndome, pero es demasiado arriesgado: Zakir tiene ojos en todas las esquinas de la ciudad. Me quede quieta o no, me va a encontrar. Tan solo es cuestión de tiempo. Me estoy escondiendo de él, de la larga lista de obligaciones que me ha impuesto. Me estoy escondiendo de los rufianes que tiene a sueldo y que deambulan por las calles para vigilar a los niños que mendigan, no para velar por su seguridad o para protegerles, sino para asegurarse de que nadie invade el territorio de Zakir o roba a sus pequeños ladronzuelos.

Me estoy escondiendo en un lugar en el que es imposible esconderse.

Como si de un imán se tratase, siento el impulso irrefrenable de desviar la mirada de los puestecillos del mercado para contemplar el inmenso océano. Observo las velas de los barcos atracados en las dársenas, unas velas que más bien parecen nubes que tratan de alcanzar el cielo. Siento un retortijón en el estómago al verlas, pues en ellas también veo la posibilidad de huir, de escapar de este calvario. Una tentación de libertad que el viento agita y sacude para llamar mi atención, para hacerme saber que está ahí, en el horizonte.

Es una mentira.

En Derfort, los castigos a los polizones son severos, ejemplares. Sería una estupidez intentarlo. Más de un puñado de niños que trabajaban al servicio de Zakir lo probaron, y no vivieron para contarlo. Creo que jamás olvidaré el afán con el que las gaviotas picoteaban esos cuerpecillos despellejados que el propio Zakir se encargó de colgar en el puerto, cadáveres de niños inocentes que se balanceaban al son de la brisa marina y que la lluvia salada fue arrugando poco a poco.

Ese olor es, sin ningún atisbo de duda, el peor de todos.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo?

Me sobresalto de tal manera que me raspo el brazo con los ásperos

ladrillos de caliza que conforman la pared. Zakir ha aparecido de la nada ahí, en mi pequeña madriguera secreta, y se cierne sobre mí con ademán amenazador.

La mirada pardusca de Zakir parece estar inyectada en sangre. Está furioso. Tiene las mejillas bastante coloradas y hace una semana que no se afeita. Los cuatro pelos que le crecen en la barbilla son tiesos e hirsutos, como las espinas de un cactus. Apesta a alcohol. El olor es tan fuerte que incluso ahoga la peste de la basura sobre la que estoy sentada. Lo más probable es que lleve varias horas borracho como una cuba.

—Zakir.

No soy capaz de disimular la culpa en mi voz, y ni siquiera me atrevo a mirarle a los ojos. Me escurro de la tapa metálica y me pongo de pie delante de él.

Coloca las manos sobre las caderas y, al hacerlo, el chaleco de color verde salvia se le abre un poco, dejando así al descubierto un pecho peludo.

—¿Es que tienes cera en los oídos? Te lo voy a repetir por última vez: ¿qué coño estás haciendo?

«Esconderme. Soñar. Fingir. Eludir».

Como si pudiese oír la respuesta silenciosa que resuena en mi mente, Zakir me mira con desdén. Tiene los dientes manchados por el humo de la pipa que siempre lleva colgada en la boca, y también por las jarras de hénade que se pimpla cada noche, y unos labios agrietados por los que ha escupido incontables insultos y patadas verbales y tratos crueles.

Desde la llegada de la luna larga, que marca el inicio del nuevo año, las tareas que Zakir tenía reservadas para mí han cambiado. Según sus cálculos, ya he cumplido quince años. En Orea ya no soy una niña, sino una mujer adulta.

—Solo estaba… —empiezo, pero no soy lo bastante rápida para inventar una excusa creíble.

Zakir me atesta un fuerte guantazo en la cabeza, pero en la parte de atrás, justo encima de la nuca. Ahora solo me golpea ahí. Mi piel dorada se deslustra y pierde ese brillo áureo cada vez que me sale un

cardenal, pero bajo esa melena rubia es imposible distinguir las marcas y moretones.

—¡Se suponía que debías estar en La Soledad hace una hora! —gruñe, y se inclina hasta quedarse a escasos centímetros de mi cara—. Un cabrón ha entrado hecho una furia y ha montado un buen escándalo. No te has presentado a la cita, y el tipo que tenía vigilándote me jura y me perjura que te has escapado por la puerta trasera.

Mi perro guardián se equivoca. Me he escabullido por la ventana rota de la bodega porque así es más fácil llegar a la callejuela que hay justo detrás de la posada. También podría haberme arrastrado hasta el callejón lateral, pero siempre está lleno de perros salvajes y hambrientos que se pelean por las sobras de las basuras.

—Maldita sea, ¿es que no me estás escuchando?

Hundo los dedos en esas faldas sucias y grasientas y estrujo la tela con fuerza, como si así pudiera estrangularle la voz, como explota una uva cuando la aprietas.

—No quiero volver a La Soledad nunca más.

Mi voz sale rodando de mis labios, pero no lo hace con suavidad y ligereza, sino con torpeza y cierta hosquedad, como si fuese una canica irregular rodando por un suelo de mármol. No quiero ni pensar en la posada, y mucho menos hablar de ella. A pesar del nombre, «soledad» es lo último que voy a encontrar ahí. Allí fue donde me arrebataron la inocencia, me la robaron con la misma osadía y cinismo con que los ladrones meten sus dedos mugrientos en los bolsillos de desconocidos. Lo único que encontraré en La Soledad son las miradas lascivas y caricias repulsivas de hombres despreciables.

Zakir endurece los rasgos, por lo que intuyo que me va a dar otro mamporro en la cabeza con esa mano de dedos rechonchos y atestados de anillos de oro, pero no lo hace. Me gustaría saber cuántas de mis monedas —las que me he ganado a base de esfuerzo y sacrificio— ha destinado a comprar las piedras preciosas incrustadas en esa colección de anillos.

—Lo que tú quieras me importa una mierda pinchada en un besugo frito. Trabajas para mí, Auren.

La desesperación me comprime la garganta y sus inclementes garras amenazan con dejarme sin aire que respirar.

—Entonces envíame de nuevo a las calles. Puedo volver a mendigar en mi esquina de siempre, o a robar las carteras de los mercaderes —suplico—. Pero no me envíes allí. No puedo volver a hacer eso —murmuro, y, sin darme cuenta, los ojos se me llenan de lágrimas. Otra cosa que se inunda en Derfort.

Zakir suspira, pero esa mirada cargada de odio sigue ahí, hostigándome.

—Joder, no me montes una escena lacrimógena. Conmigo no te va a funcionar, te lo advierto. Has vivido muy tranquila todo este tiempo y me he portado contigo como un caballero, mucho mejor que cualquier otro esclavista o tratante de personas. Si no empiezo a ganar dinero contigo, no me sirves para nada —me advierte—. Has tenido suerte de encontrarme. Recuérdalo, muchacha.

«Suerte».

La palabra retumba en mi cabeza mientras pienso en la vida que he llevado durante los últimos diez años. He conocido a muchísimos niños a lo largo de esta década, pero todos, en algún momento dado, han logrado zafarse de Zakir en busca de una vida mejor, de una vida más digna. La única que sigue aquí soy yo, y todo porque mi piel dorada es tan extraña que atrae toda clase de miradas, miradas que él se ha encargado de rentabilizar. Pero, en todo este tiempo, no recuerdo un solo día en el que haya dicho que he tenido «suerte».

Obligada a mendigar por las calles durante el día y a robar por las noches, tuve que aprender a sacar partido de mi peculiar e insólita apariencia para ganarme unas monedas. Era eso o limpiar la casa de Zakir de arriba abajo y frotar cada baldosa hasta perder toda sensibilidad en los dedos o en las rodillas. Aun así, el sótano jamás quedaba limpio y pulcro, pues allí siempre se filtraba el frío y la humedad y la melancolía.

En esa cueva oscura y húmeda suele haber entre diez y treinta niños. Vivimos apiñados y por las noches nos acurrucamos bajo mantas deshilachadas y zurrones viejos que están al borde de la descomposición. Son niños que se compran y se venden como si

fuesen ganado. Niños que trabajan, que no aprenden, que no juegan, que no se ríen. Nuestra vida se resume en dormir y trabajar, poca cosa más. La amistad es una quimera, pues entre nosotros no puede existir ninguna clase de camaradería. Zakir es todo un maestro en el arte de fomentar y cultivar la mezquindad y la rivalidad entre sus trabajadores. Somos como sabuesos hambrientos que salivan al ver un hueso, y estamos dispuestos a pelearnos entre nosotros si hace falta por hacernos con él.

Pero tengo que aprender a ver el lado bueno de esta situación. Porque aunque no pueda tildarse de bueno… podría ser peor, desde luego.

—¿Qué creías que iba a pasar? —pregunta, y después resopla, como si fuese una ingenua y una idiota—. Sabías que este momento llegaría porque tú misma lo has visto con las otras chicas. Ya conoces la norma, Auren.

Le miro fijamente a los ojos.

—Cada cual debe ganarse su pan.

—Exacto. Debes ganarte el pan, Auren —dice él, y me repasa con la mirada. Al ver que los bajos de la falda están manchados de barro, suelta un bufido de exasperación que apesta a tabaco de pipa—. Estás hecha un maldito desastre, muchacha.

En general, ir hecha un desastre forma parte del disfraz de niña huérfana que pide limosna en cualquier esquina de la ciudad. Pero esa etapa ya ha quedado atrás. Al cumplir quince años, Zakir cambió todas mis prendas remendadas y harapientas por vestidos de señorita.

Cuando me dio mi primer vestido, pensé que me quedaba de maravilla. Era tan cándida y tan estúpida que llegué a creer que se trataba de un merecido regalo de cumpleaños. Me quedé fascinada al ver aquel corpiño de encaje rosa, aquel lazo de satén en la espalda. Era una auténtica preciosidad, lo más bonito que había visto desde mi llegada a la ciudad.

Sin embargo, no tardé mucho en descubrir que ese vestido tan hermoso escondía algo muy feo.

—Ve a La Soledad ahora mismo —me ordena Zakir con un tono autoritario que zanja cualquier tipo de discusión.

El miedo se arremolina en mi estómago cuando noto que arrastra su mirada hasta mi rostro.

—Pero… —farfullo.

Me señala con un dedo acusador, con un dedo mugriento y amarillento de tanto fumar.

—El cliente ha pagado para disfrutar de tu compañía, punto. Los locales llevan años esperando a que la niña con la piel pintada crezca. Todos preguntan por ti, Auren. Hay lista de espera, incluso. Y esa alta demanda se debe a que yo me he encargado de retrasar este momento, de alimentar su impaciencia, de cebar su interés. Otra cosa por la que deberías estarme agradecida, por cierto.

«Suerte». «Agradecimiento». Zakir utiliza estas palabras, pero dudo que sepa lo que significan.

—Te he convertido en la zorra más cara de Derfort, y ni siquiera tienes que venderte en un burdel. Y todo gracias a mí. A las monturas les hierve la sangre de la envidia —dice, como si fuese una gran hazaña de la que sentirse orgulloso, como si le entusiasmara la idea de que las demás prostitutas me aborrezcan.

Se rasca un grano que tiene en la mejilla y su mirada se torna más ávida.

—La mocosa embadurnada de pintura dorada que mendigaba por las calles de Derfort ya es toda una mujercita, por lo que cualquier hombre puede darse el capricho de meterse entre sus piernas siempre y cuando pague el precio estipulado, claro está. No pienso permitir que me arruines la posibilidad de ganarme esas monedas, ni tampoco que eches por tierra mi buena reputación —dice, y su voz suena tan hostil y brusca como las aguas bravas que acompañan a la tempestad.

Las uñas se me clavan en la palma de las manos cuando cierro los puños y siento un hormigueo en la espalda, justo entre las escápulas. Si sirviera de algo, me rasguñaría el cuerpo y me arrancaría el pelo mechón a mechón. Haría cualquier cosa, lo que fuese, para deshacerme de este brillo dorado.

He perdido la cuenta de todas las noches que he pasado en vela, frotándome la piel para tratar de borrar este barniz mientras el resto de los niños dormían. Los rumores que corren en Derfort son falsos.

No es pintura dorada. Da igual las veces que me lave el pelo o me arañe la piel hasta quedar en carne viva, este lustre metalizado jamás desaparecerá.

Mis padres siempre decían que era su pequeño sol, por lo que nunca me avergoncé de mi tez dorada. Sin embargo, en este mundo de hombres mezquinos que me miran con la boca tan abierta que parece que se les vaya a desencajar, en este rincón de Orea donde el cielo es un lienzo gris, lo único que anhelo es apagarme, esconderme en algún lugar donde nadie pueda encontrarme.

Zakir sacude la cabeza, y esa nube de humo perpetua que se cierne a su alrededor se remueve. Tiene los ojos bastante irritados porque apenas duerme. Se pasa las noches en casas de apuestas. Titubea durante unos instantes y después se pone derecho y se cruza de brazos.

—Barden Este ya me ha tanteado.

Abro los ojos como platos.

—¿Qu-qué? —tartamudeo, y el terror se escurre por mis labios.

Barden es otro negrero del puerto que también se dedica a la trata de personas. Es quien controla la zona este de la ciudad, de ahí el apellido que ha adoptado. A diferencia de Zakir, un esclavista bastante tolerante con sus vasallos, Barden… no lo es, o eso dicen.

Zakir tuvo la decencia de esperar a que cumpliera los quince años, edad en la que según las leyes de Orea se te puede considerar una mujer adulta, para convertirme en una montura y venderme a lugareños y marineros que están de paso. Pero las malas lenguas de Derfort aseguran que Barden es un tirano de la peor calaña, un déspota sin decencia. No trapichea con críos inocentes a los que obliga a mendigar o robar. Su fortuna tiene un origen mucho más siniestro y pérfido: Barden trata con asesinos sanguinarios y piratas desalmados, y también es un proxeneta. Nunca he puesto un pie en la zona este de Derfort, pero se rumorea que lleva sus negocios de tal manera que, a su lado, Zakir parece un santo.

—¿Por qué? —pregunto, aunque mi voz suena estrangulada, como si alguien acabara de atarme una soga alrededor del cuello y estuviese ajustando el nudo.

Él me arroja una mirada severa.

—Sabes muy bien por qué. Por la misma razón por la que las monturas del burdel empezaron a pintarse la piel de distintos colores. Tienes cierto… atractivo, y ahora que ya eres toda una mujer…

La bilis trepa hasta mi garganta. Es curioso que tenga el mismo sabor que el agua del mar.

—Por favor, no me vendas a él.

Zakir da un paso hacia delante, arrinconándome así contra la pared del edificio. Esa cercanía me pone los pelos de punta y siento un estremecimiento en la espalda. Es miedo.

—He sido indulgente contigo porque, en comparación con los demás, siempre has sido rentable. Nunca has vuelto a casa sin una moneda en el bolsillo —explica—. A la gente le encantaba toparse con la niña pintada y darle una limosna. Y si no lo hacían, te las ingeniabas para distraerles y vaciarles las carteras más tarde.

Me escuece la garganta, pero esta vez no es de miedo, sino de vergüenza. ¿Qué pensarían mis padres si pudiesen verme ahora? ¿Qué pensarían si supieran que su hija mendigaba por las calles, que se había convertido en una vulgar ladronzuela? ¿Qué pensarían si supieran que su pequeño sol se peleaba con otros niños por un triste mendrugo de pan?

—Pero ya no eres una niña —prosigue Zakir, y se relame los dientes antes de escupir un pegote de saliva maloliente al suelo—. Si vuelves a desobedecerme, no me va a temblar el pulso, Auren. Te venderé a Barden Este. Y si eso ocurre, puedes estar segura de que te arrepentirás de no haberme hecho caso, desearás volver a trabajar para mí durante el resto de tu vida.

Siento el escozor de las lágrimas en los ojos. Los músculos de la espalda se tensan de tal manera que ni siquiera soy capaz de doblar la columna.

Zakir hurga en el bolsillo de su chaleco y saca su pipa de madera. Se la lleva a la boca, la enciende y me escudriña con esa mirada enrojecida.

—¿Y bien? ¿Qué piensas hacer, Auren?

Durante una fracción de segundo, aparto la mirada para contemplar

una última vez el océano que se extiende a sus espaldas, el vaivén de las embarcaciones atracadas en el puerto, las velas blancas que anhelan ser nubes para levar el ancla y surcar a la deriva.

Para mis padres era un pequeño sol.

Solía bailar bajo un cielo que cantaba, que entonaba una melodía alegre y risueña.

Ahora no soy más que una ramera pintada que vende su virtud en los bajos fondos de un puerto inundado, que respira un aire turbio y sucio y que vive con un grito mudo en la garganta. Da igual cuánto llueva, pues ninguna tormenta es lo bastante fuerte como para llevarse consigo la maldición con que las diosas me condenaron. Porque mi tez dorada es eso, una maldición.

Zakir da una profunda calada a la pipa y de entre esos dientes podridos se escurren zarcillos de humo azulado. Se le está agotando la paciencia, lo sé.

—Joder, por el amor del Divino. Lo único que tienes que hacer es tumbarte y abrirte de piernas.

Todo mi cuerpo se estremece y temo que en cualquier momento me eche a llorar. Las palabras de Zakir me recuerdan lo que me dijo el primer hombre con el que yací: «Túmbate sobre el camastro, muchacha. Será rápido».

Dejó caer una moneda sobre el colchón cuando hubo considerado que ya había terminado. Dejé la moneda ahí, un pedazo de metal deslucido que había pasado por demasiadas manos, aunque estoy segura de que no estaba tan mancillado como yo.

Túmbate ahí. Túmbate ahí y ve rompiéndote, poco a poco. Túmbate ahí y siente cómo tu interior se va marchitando, se va muriendo, se va apagando.

—Por favor, Zakir.

Al oír mi súplica desesperada, Zakir muerde la punta de la pipa.

—¿Te decantas por Barden, entonces? ¿Prefieres vivir al este de la ciudad?

Niego con la cabeza.

—No.

Ni siquiera la gente que vive en ese barrio quiere vivir allí, pero la

mayoría no tiene alternativa. Con el cubo de basura a mis espaldas, con charcos embarrados bajo mis pies y mi amo impidiéndome el paso, conozco muy bien esa sensación. Igual que yo, esos pobres desdichados no tienen donde ir, no tienen donde esconderse.

Zakir levanta la barbilla.

—Basta de cháchara. A trabajar. Ahora.

Con la cabeza gacha y ademán alicaído, me escurro por su lado y empiezo a caminar calle abajo. El corazón me late tan fuerte que siento cada una de las palpitaciones en la garganta, en la espalda. Dos de los secuaces de Zakir se colocan delante de mí y me marcan el camino, mientras él me sigue como una sombra siniestra, una sombra maléfica que me dirige a un destino decrépito y putrefacto.

Los zapatos se me quedan pegados a la gravilla, aún mojada por la lluvia. Apenas me doy cuenta de que varias piedrecillas se han colado por la suela y se me están clavando en la planta de los pies. Apenas me doy cuenta del trajín que se ha adueñado del mercado, de que el silencio que reinaba a primera hora de la mañana ha dado lugar a toda clase de gritos y regateos y discusiones a viva voz. No echo un último vistazo a las embarcaciones porque no soportaría vislumbrar ese asomo de libertad una sola vez más. Prefiero buscar esa insensibilidad que he forjado a lo largo de los años y a la que ya me he acostumbrado. Prefiero fingir que estoy en cualquier otro lugar, salvo aquí.

Arrastro los pies por el callejón, pero da lo mismo que camine con paso lento y rezagado porque al final termino frente a la puerta blanca de La Soledad. Reconozco mi reflejo deformado en esa tosca amalgama de culos de botella que hace las veces de ventana. El vitral de los pobres.

El corazón me amartilla el pecho con tal ímpetu que hasta me cuesta mantener el equilibrio, como si estuviera en la cubierta de una de esas embarcaciones en lugar de estar pisando tierra firme.

Zakir se coloca a mi lado y expulsa una bocanada de ese humo azulado directa a mi oreja. Esa nube es del mismo color que las botellas.

—Recuerda lo que te he dicho: gánate el pan, o te venderé a Barden

Este.

Con expresión adusta y seria, Zakir se marcha. Por el rabillo del ojo veo que se mete una mano en el bolsillo y hace tintinear las monedas que se ha ganado a mi costa. De repente, aparecen dos de sus esbirros y lo siguen como un par de perritos falderos. Los otros dos se quedan conmigo, pero enseguida se colocan junto a la puerta de La Soledad para asegurarse de que ninguna oveja del ganado de Zakir se descarríe. Aunque desde aquí no puedo verlo, sé que habrá otro de sus guardias vigilando la puerta trasera.

El tipo larguirucho de mi izquierda me da un buen repaso de pies a cabeza. Su tez, pálida y de una tonalidad más bien grisácea, no encaja con esa mirada cetrina.

—He oído que a Barden Este le gusta jugar con sus putas primero. Antes de ponerlas a trabajar en los burdeles, las somete a toda clase de pruebas —dice, y, al oír el comentario, su compañero suelta un bufido.

Clavo la mirada en la puerta, en esa colección de culos de botella azules que me recuerdan a los ojos circulares de una araña. Me preparo para adentrarme en su boca porque sé que no tengo escapatoria, pues la red de Zakir me tiene totalmente atrapada.

Trato de recordar.

Trato de recordar la cadencia lírica de la voz de mi madre. El tintineo del carillón de viento que colgaba fuera de mi ventana cuando soplaba la brisa. Trato de recordar el sonido de la risa de mi padre. El relinchar de los caballos en los establos.

Pestañeo y, un segundo después, los recuerdos de mi infancia se esfuman. Esos acordes nostálgicos quedan ahogados por las burlas de los hombres. Por el griterío del mercado, que me aporrea el cráneo. Los berridos y repiqueteos son ensordecedores y, en ese preciso instante, el cielo se resquebraja y empieza a llover a cántaros otra vez, y la ciudad vuelve a quedar sumergida en un agua fétida.

No, aquí el cielo no entona ninguna melodía.

Cada año que pasa, la canción que me evoca a mi hogar se va sumergiendo un poquito más en el fondo de mi memoria, y la corriente del olvido la arrastra hacia una costa inmunda y

contaminada, una orilla escarpada en la que solo habita la crueldad.

«Túmbate sobre el camastro, muchacha».

Prefiero no mirar las embarcaciones que zarpan del muelle. Prefiero no elegir entre el este o el oeste, entre Barden o Zakir, entre vivir o morir porque, en realidad, no tengo elección. Y entonces, con una gota de lluvia deslizándose por mi mejilla, o quizá sea una lágrima que ha brotado de mis ojos, abro la puerta y entro en la posada.

Y así es como, día a día, poco a poco, voy sucumbiendo a la muerte.

1

Auren

Las verdades son como las especias.

Cuando añades una pizca, descubres todo un mundo de sabores y la vida se llena de matices y aromas hasta entonces desconocidos. Pero si te excedes con la cantidad, la vida puede volverse desagradable, repugnante, abrumadora. Sin embargo, cuando reprimes todas esas verdades, cuando las entierras en lo más profundo de tu ser durante demasiado tiempo, cuando te das cuenta de que llevas toda tu vida mintiendo, no hay esperanza. No puedes quitarte ese sabor tan fuerte y penetrante de la boca.

Y ahora mismo, mientras trato de digerir la revelación que acabo de escuchar, noto un ardor en el paladar, como si acabara de morder una guindilla picante.

«Eres el rey Ravinger».

«Sí, Jilguero, lo soy. Pero puedes llamarme Slade».

Rip, Ravinger, quienquiera que sea, me observa mientras mastico esa verdad, mientras la desmenuzo para evitar que se me atragante.

¿Qué haces cuando descubres que alguien no es quien creías que era? En mi cabeza, Rip y el rey eran dos hombres muy distintos. El rey Ravinger era un ser vil y ruin al que habría preferido no conocer en persona, un ser que alardeaba de un poder mágico sucio e infame del que todos rehuyen porque allá donde va siembra el miedo.

Y Rip era…, en fin, era Rip. Complicado y peligroso, pero alguien a quien llegué a considerar una especie de aliado, alguien de quien aprendí muchísimo en el poco tiempo que compartimos juntos, alguien que me asustaba y exasperaba a partes iguales. Alguien a quien había empezado a mirar con otros ojos, a quien había empezado a apreciar.

Pero ahora tengo que volver a ordenar todas esas ideas previas. Porque la persona que me puso contra las cuerdas y me obligó a admitir lo que soy, el hombre que me besó en su tienda y me mostró una luna de luto en la orilla nevada de un mar ártico…, es otra persona.

Es el rey que todos temen. El monarca que deja un rastro de cadáveres podridos, como si fuesen ramos de margaritas marchitas. Orea no ha conocido un gobernante más poderoso que él, pues es un ser feérico que no se esconde, a pesar de que nadie se atreve a reconocer lo que es.

He estado durmiendo en su maldita tienda varias semanas, a apenas unos metros de él, sin saber quién es en realidad, cuál es su verdadera naturaleza.

Soy incapaz de tamizar esa verdad, de colar todas las connotaciones que implica. No me siento preparada para separar cada una de las capas que entraña y digerirlas, y ni siquiera sé si quiero hacerlo.

No. Ahora mismo, estoy demasiado enfadada.

Le fulmino con la mirada.

—Eres… Eres un maldito mentiroso. —Reconozco una vehemencia abrasadora en cada una de mis palabras, y sé que las llamas del fuego que arde en mi interior se reflejan en mis ojos. Ese fuego me consume en una fracción de segundo.

Rip —Ravinger, o quien sea ese condenado cretino— echa la cabeza hacia atrás, como si ese arrebato de ira e indignación le hubiera pillado por sorpresa. Su cuerpo se tensa y las insidiosas púas que tiene en los antebrazos relucen bajo el resplandor tenue de la habitación. Una estancia que parece haberse encogido de repente, pues ahora me resulta claustrofóbica.

—¿Disculpa?

Estoy en el umbral de la puerta y cierro los puños, como si así pudiese tomar las riendas de mi furia desatada, fustigarla cual caballo para que salga disparada y así galope hacia él. Doy un paso al frente y, una vez más, me adentro en el vestidor que alberga la jaula. Mis cintas, débiles y exhaustas, se arrastran por el suelo como lombrices moribundas.

—Eres el rey —digo, y sacudo la cabeza como si así pudiera borrar ese hecho, esa verdad. Sabía que su aura era extraña. Lo sabía porque percibía el poder que escondía, pero jamás habría adivinado que se trataba de un engaño. No imaginaba que el comandante pudiese llegar tan lejos—. Me has engañado.

Esta vez es él quien entorna los ojos y me mira con una mezcla de recelo y aversión. El carbón negro de su mirada parece querer prenderse con las llamaradas que incendian la mía.

Si desea arder en mi furia, no seré yo quien se lo impida. Que arda.

—Podría decirte lo mismo —replica él.

Su respuesta me solivianta.

—No te atrevas a utilizar tus tácticas de manipulación conmigo. Me has mentido y…

—Tú también —interrumpe él, y su expresión destila una ira furibunda. Las escamas plateadas que recubren sus pómulos resplandecen en la oscuridad y sus rasgos marcados y varoniles adoptan un ademán más afilado, el ademán de un depredador dispuesto a abalanzarse sobre su presa.

—Te he ocultado mi poder. Es distinto.

Rip deja escapar un resoplido socarrón.

—Has escondido tu poder, tus cintas, tu legado.

—Que sea un ser feérico no tiene nada que ver con esto —gruño.

Con tres rápidas y amedrentadoras zancadas, el comandante recorta la distancia que nos separa.

—¡Tiene todo que ver! —grita, furioso. Intuyo que se está conteniendo, que está reprimiendo el impulso de agarrarme por los hombros y zarandearme.

Levanto un poco más la barbilla. Me niego a acobardarme, a amilanarme. Me imagino que mis cintas se elevan, arremeten contra él y le golpean en la boca del estómago. Ojalá no estuvieran tan decaídas, tan agotadas.

—Tienes razón —contesto, tratando de mantener la calma—. Durante veinte años, he tenido que esconderme en un mundo ajeno, un mundo que no era el mío, un mundo sin seres feéricos. Hasta que te conocí.

Durante un breve instante, Rip suaviza la expresión. Pero no he terminado. Ni por asomo.

—Me presionaste, me empujaste a admitir lo que era —añado.

Mi acusación le molesta sobremanera porque, de repente, su mirada se ilumina con un relámpago que parece querer descargar sobre mí.

—Sí, para ayudarte…

Entrecierro los ojos.

—Me forzaste a reconocer la verdad, a desvelarte mis secretos, y, en lugar de pagarme con la misma moneda, optaste por seguir ocultándome quién eras. ¿No te parece hipócrita por tu parte?

Rip aprieta tanto la mandíbula que me da la impresión de que se va a partir varios dientes. Se lo tendría más que merecido, por ser un cabrón mentiroso.

—No podía confiar en ti —responde Rip con tono frío, distante.

Un bufido sale disparado de mi boca. Suena como un látigo, severo y desagradable.

—Además de embustero, egocéntrico. ¿En serio me estás acusando de que tú no podías confiar en mí?

—Ándate con cuidado —dice, y esboza una sonrisa malvada y retorcida—. Ya sabes lo que reza el dicho sobre tirar piedras contra tu propio tejado.

—Te olvidas de que vivo en un palacio de oro, así que puedo tirar todas las malditas piedras que me venga en gana —digo.

—Ah, claro. No debería esperar menos de ti.

Me pongo rígida.

—¿Qué se supone que quiere decir eso?

—Siempre me juzgas sin saber. Te precipitas y supones cosas que no son —explica él con una indiferencia glacial—. Dime, ¿también has llamado mentiroso a Midas? —me desafía, y frunce esas cejas espesas, oscuras y puntiagudas—. ¿Cuántos años lleva alardeando de un poder mágico que no posee? ¿Cuántos años llevas mintiéndole a todo el mundo sobre quién es Midas en realidad?

—No estamos hablando de Midas.

Escupe una carcajada cruel, una carcajada pensada para morder, para herir.

—Oh, por supuesto que no. Tu Rey Dorado nunca se equivoca, nunca comete un error —rebate él con tono mordaz.

Clavo las uñas en la palma de la mano y lo hago con tal fuerza que casi atravieso la piel.

—No tenías ningún derecho a enfadarte cuando tomé la decisión de volver a su lado. No cuando me has estado engañando desde el principio.

Un gruñido profundo y aterrador resuena en el vestidor. Retumba de tal manera que hasta vibran las paredes, el suelo.

—¡Él también te ha engañado!

—¡Exacto! —chillo, y al oír ese bramido Rip se tambalea y da un paso atrás—. ¡Estoy harta de que me engañen, maldita sea! Estoy harta de que me mientan, de que me manipulen, de que jueguen conmigo. Querías hacerme creer que eras mejor que él, pero por suerte no me convenciste. Sois los dos iguales.

La expresión de Rip se torna oscura y siniestra como la noche, y el estómago se me contrae.

—¿De veras? —responde él, y sus palabras me atraviesan el corazón.

Un silencio ardiente y pesado se instala entre nosotros. Es el peso muerto de un cadáver que yace carbonizado a nuestros pies. El humo de esas acusaciones cruzadas enturbia el ambiente y nos nubla la visión, de manera que ya no podemos vernos.

—Gracias por explicarme lo que piensas de mí con tanta claridad —murmura, y su aura se arremolina alrededor de su imponente figura. Ahora que sé qué clase de poder purulento contiene, lo único que quiero es huir de ahí y esconderme—. Por un momento, había olvidado que tu percepción de la realidad suele ser bastante distorsionada.

Le odio. Le odio tanto ahora mismo que me escuecen los ojos. No me escuecen, me queman. El ardor es tan intenso que no puedo contener las llamaradas. Una lágrima abrasadora se desliza por mi mejilla, y la mirada calcinada de Rip la observa hasta que alcanza la mandíbula y cae al vacío.

—Quizá mi percepción de la realidad no sería tan distorsionada si la

gente en quien confío no se dedicara a reírse de mí y a manipularme y a mentirme —le suelto, y me seco otra lágrima solitaria.

Detrás de él, alojada en las sombras del vestidor, la jaula rota parece burlarse de mí. Es una señal. Me recuerda lo que puede ocurrir cuando alguien en quien confío me confunde, me maneja a su antojo, me engaña.

—Auren… —Percibo una nota en su voz que no soy capaz de soportar.

Agacho la mirada y la clavo en las sombras que se han formado a nuestros pies. Mi respiración es trémula, entrecortada, jadeante.

—Me tendiste la mano. Me besaste. Trataste de persuadirme para que te eligiera a ti, y no a él, cuando no sabía quién eras en realidad —digo, aunque en mi voz no se percibe ninguna emoción. Levanto la vista del suelo para poder mirarle a los ojos—. Me hiciste sentir la peor persona del mundo por haberle elegido a él, aunque te advertí una y otra vez de que lo haría porque no tenía otra opción.

Rip ladea la cabeza al oír la última parte de mi discurso y, a pesar de la penumbra, advierto que entorna los ojos.

—¿No tenías otra opción?

Me arrepiento de inmediato de ese pequeño desliz.

Con ademán estoico y sereno, respondo:

—Quiero que te marches.

Y esa ira lúgubre y sombría vuelve a oscurecerle los rasgos, la expresión. Las líneas que delatan su poder mágico empiezan a serpentear por su mandíbula.

—No.

Al oír su negativa, se me encoge el corazón. Y aprieto aún más los puños. Aborrezco esa parte de mí que todavía se siente aliviada al saber que Rip está ahí, como si a su lado estuviese a salvo, como si pudiera considerarlo un aliado, como si pudiera poner la mano en el fuego por él. Pero no es así.

No tengo aliados, y debo recordarlo. Hubo un momento en que llegué a creer que Rip estaba de mi lado, pero me equivoqué. Estoy sola. No tengo a nadie.

Me rindo. Abro los puños y me froto la cara con las manos. Estoy

muy cansada. Muy cansada de oír mentiras. De la boca de Rip. De la boca de Midas. De la mía. Me da la sensación de que vivo sepultada bajo un sinfín de mentiras. He permitido que me manipulen, que anulen mi voluntad, que entierre todas las calamidades que he tenido que padecer para poder sobrevivir.

Necesito vaciarme. Necesito deshacerme de todas esas ataduras que me han impedido ser quien soy antes de que terminen por momificarme para siempre.

La tensión que percibo en los hombros de Rip es tan intensa que prácticamente le tiembla todo el cuerpo. Es como un nubarrón de tormenta a punto de descargar rayos y truenos.

—¿Y ya está? Me cuesta entender que desates toda tu rabia contra mí y, en cambio, sigas rendida a los pies de Midas.

Se me incendia la mirada.

—Lo que haga o deje de hacer no es asunto tuyo.

—Demonios, Auren…

Esta vez soy yo quien le interrumpe.

—¿Qué quieres, Rip? ¿Por qué has venido?

Él se cruza de brazos, y las púas se hunden bajo su piel en un movimiento fluido, natural, espontáneo.

—¿Yo? Estaba dando una vuelta. Pasaba por aquí, eso es todo.

—Oh, perfecto. Otra mentira que añadir a la lista —digo con evidente ironía—. ¿Debería coger una pluma y un pergamino para anotar todas las patrañas que salen de tu boca? A este ritmo, voy a perder la cuenta.

Rip suspira y se pasa las manos por la cara, un gesto que no encaja con esa coraza impenetrable, con esa actitud imperturbable.

—Estás exagerando.

Me quedo petrificada, boquiabierta.

—Acabo de ver con mis propios ojos cómo te has transformado; has pasado de rey a comandante como si nada, como quien se pone un abrigo —respondo—. Hace apenas unas horas, has podrido los jardines de Rocablanca con tan solo pisarlos y has amenazado a la ciudad con declararle la guerra. Estoy segura de que ahora mismo, detrás de mí, hay un par o tres de guardias tirados en el suelo,

guardias que tú has matado. Acabas de admitir que me has engañado desde el día en que nos conocimos y aun así… ¿crees que estoy exagerando?

El tic. Ese minúsculo espasmo en la mandíbula.

—Dime, Auren, ¿qué es lo que más te molesta de todo eso?

—Oh, no sé, déjame que lo piense. Detesto las mentiras, pero creo que asesinar a sangre fría y sin motivo aparente es aún más deplorable.

—No ha sido a sangre fría.

Trago saliva mientras trato de asimilar las palabras de Rip. Acaba de confirmar que detrás de esa puerta hay varios guardias muertos.

—¿Has podrido sus cuerpos?

—Me interesa mucho más tu poder —responde Rip, y siento una punzada de dolor en las tripas al ver que se da la vuelta y examina la estatua de la mujer, que sigue dentro de la jaula—. ¿Es la primera persona que has convertido en oro?

—Ha sido un accidente —digo de forma abrupta, casi sin pensar. A diferencia de él, no soy una asesina que mata a sangre fría.

Su mirada vuelve a posarse en mí, y en ella advierto el inconfundible brillo de la victoria. Ojalá pudiera retroceder en el tiempo. Si pudiera me patearía a mí misma por haberle revelado esa verdad. A estas alturas debería haber aprendido a ser mucho más prudente, más discreta.

Ahora que conoce mi secreto, su expresión se vuelve mucho más curiosa. Salta a la vista que está ansioso por ahondar en el tema.

—Conque un accidente… ¿Es a través del tacto, entonces? ¿Por eso siempre llevas guantes? ¿No puedes controlar tu propio poder?

Con esa retahíla de preguntas condescendientes solo consigue que me avergüence, y noto el peso de la desazón en el estómago. A sabiendas de que estoy frente a un hombre que ejerce un control absoluto sobre su magia, no debería sorprenderme que se haya percatado de mi ineptitud, pero aun así me escuece, me molesta.

—¿Cómo funciona? —insiste al ver que no contesto.

—¿Es que no te vas a cansar nunca? Deja de intentar sonsacarme información. Deja de intentar arrancarme verdades con esas tácticas

propias de un torturador —le suelto—. ¿Eso es lo que eres, Rip, un torturador?

—Permites que la gente te conozca como «la montura que el rey Midas convirtió en oro» —prosigue él, haciendo oídos sordos a mi respuesta, y me sonrojo de inmediato—. Dices que me odias por no haber sido sincero contigo desde el principio, pero parece ser que, por cada mentira que crees que te he contado, Midas te ha contado mil por lo menos.

Tiene razón, y le odio también por eso.

Entrecierro los ojos, pero no consigo articular una sola palabra porque se me ha hecho un nudo en la garganta que me impide hablar. No es un nudo provocado por el bochorno, ni el rencor, ni tampoco la rabia. Es un nudo de desprecio y repulsa, pero no hacia él, sino hacia mí misma.

Rip ladea la cabeza, pensativo y meditabundo.

—Cabe reconocer que, para ser un rey sin poder mágico, tiene mérito. Ha logrado embaucar a toda Orea. Ha engatusado a plebeyos y aristócratas. Lleva años utilizándote, y lo hace con premeditación y desde la más absoluta clandestinidad. No me extraña que quiera tenerte enjaulada.

Lo último que me apetece ahora es hablar sobre vivir enjaulada. Una gota de sudor frío se me escurre por la espalda con tan solo oír la dichosa palabra.

—¿Cómo te transformas? ¿Cómo alteras tu apariencia? —pregunto, cambiando así de tema de conversación—. ¿Cómo diablos nadie se ha dado cuenta de que sois la misma maldita persona?

Estoy furiosa con él por haberme engañado, pero lo cierto es que estoy aún más furiosa conmigo misma por no haber reparado en esa verdad. Incluso con esas raíces oscuras que reptan por su rostro, incluso con esa mirada verde musgo, incluso bañado en la penumbra que reina en el vestidor, debería haberle reconocido. He compartido momentos de cercanía, de intimidad me atrevería a decir, junto a Rip, por lo que debería haberme dado cuenta en cuanto le vi.

Ravinger tiene la misma mandíbula robusta y varonil, la misma melena azabache. Rip tiene un aspecto más feérico. Sus rasgos son

más angulosos, más afilados. Por eso se rumorea que el temido comandante es una aberración creada por el Rey Podrido, porque Rip no parece un mortal como cualquier otro. Unos pómulos demasiado marcados, una cara demasiado huesuda, unas orejas demasiado puntiagudas. Por no mencionar las púas que recubren sus brazos y espalda, unos garfios capaces de cortar el cristal y que nadie más sobre la faz de Orea posee. Es un ser único, distinto a todos los demás.

Cuando adopta la forma de Ravinger, su presencia tampoco pasa desapercibida. Es imposible no fijarse en esas líneas oscuras y lúgubres que se arrastran por su piel como raíces marchitas, a pesar de que intenta disimularlas bajo una barba espesa y negra. Me pregunto qué significan.

Pero a pesar de todas esas diferencias, Rip y Ravinger guardan cierto parecido y por eso me reprocho no haber sospechado que, en realidad, eran la misma persona. En cuanto el rey ha atravesado el umbral de esa habitación, debería haber intuido quién era. En su versión de ojos verdes o negros, con púas o sin ellas, con las orejas puntiagudas o curvadas, debería haberlo adivinado.

Las dos formas que es capaz de adoptar son de una belleza arrebatadora, una belleza tan mística y etérea que parece de otro mundo. Da lo mismo de qué color sean sus ojos porque me mira con la misma intensidad de siempre.

—Una maniobra aprendida —responde, y no da más explicaciones —. En cuanto a por qué nadie se ha dado cuenta… La gente solo ve lo que quiere ver, solo cree lo que quiere creer. Ven y creen cuanto les dicen que deben ver y creer, aunque tú lo sabes mejor que nadie, ¿no te parece? Midas lleva años aprovechándose de la candidez y de la ignorancia de sus súbditos —dice Rip con evidente desdén—. ¿Por qué diablos has dejado que todos piensen que es él quien tiene el poder de convertir en oro todo lo que toca cuando en realidad eres tú quien posee esa magia?

Casi pongo los ojos en blanco al verle tan indignado y desconcertado.

—¿Estás de broma? Ocultar mi poder ha sido todo un alivio. Desde la primera vez que el oro comenzó a gotear de mis dedos, sabía que

me traería problemas. ¿Sabes lo que la gente estaría dispuesta a hacerle a una niña que puede convertir todo, cualquier cosa, en oro? —pregunto. Sacudo la cabeza y después me paso una mano cansada por la frente—. No. Este mundo ya me ha utilizado suficiente.

Usado, abusado… y eso fue cuando solo parecía estar hecha de oro. No quiero ni imaginarme lo que habría ocurrido si no hubiese logrado escapar de Derfort cuando lo hice. Me temo que, de haber seguido viviendo allí cuando el poder mágico empezó a manifestarse, mi vida se habría convertido en un auténtico infierno, y jamás habría podido huir de allí. Se me pone la piel de gallina con solo pensarlo.

Las púas que asoman de la espalda de Rip se enroscan, como si fuesen los dedos de un puño, y en su rostro se amontonan varias expresiones que no logro descifrar.

—¿Y ahora? ¿Todavía sientes que debes seguir escondiéndote, Auren?

Le aguanto la mirada. Oro contra negro.

—No me preguntes eso.

—¿Por qué no? —me reta.

—Porque pretendes que revele la verdad por razones equivocadas —farfullo. La tristeza empieza a filtrarse por cada poro de mi piel y siento el peso de la decepción sobre mis hombros, como una capa húmeda y pesada—. Quieres que deje de ocultarme para que destruya a Midas.

Su silencio, su incapacidad de negarlo, lo dice todo.

Primero Midas, ahora él. Quiero salir corriendo, alejarme de todos los malditos reyes de Orea, esconderme allá donde ninguno de ellos pueda volver a encontrarme. «¿Cuánto más voy a ser capaz de aguantar?».

Cada vez me cuesta más estar aquí, frente a él. No soporto mirarle a los ojos ni un segundo más porque la decepción que advierto en su mirada es como un puñal que me atraviesa el corazón y me desgarra el alma.

—Quiero que te marches, Rip —repito, con la esperanza de que esta vez me escuche.

—Ya te he dicho que puedes llamarme Slade.

—No, gracias —respondo con cierta sequedad, y atisbo la sombra de la impotencia y la frustración en su mirada, lo que me hace sentir un poquitín mejor—. Prefiero despediros como os merecéis, con una reverencia, su podrida majestad.

Rip me lanza una mirada furibunda.

—Está bien, me marcharé. Pero con una condición, que me respondas a una sola pregunta.

—¿De qué se trata? —pregunto, impaciente.

Él se inclina hacia delante para ponerse a mi altura, para mirarme cara a cara. Está tan cerca que incluso puedo percibir el calor que emana su cuerpo.

—¿Por qué estabas gritando?

Pestañeo varias veces. La pregunta me ha pillado desprevenida.

—No… No estaba gritando.

A juzgar por su expresión, no he logrado convencerle. Y el hecho de que haya tartamudeado al hablar tampoco ha sido de gran ayuda.

—Ajá. Quizá debería ser yo quien cogiera papel y pluma y empezara a tomar nota de las mentiras que sueltas por esa boquita.

Cabrón.

—Te equivocas. Es imposible que me hayas oído gritar —miento. El corazón me late con tanta fuerza que rezo porque no pueda oírlo amartillándome el pecho.

La verdad es que parecía un animal salvaje enjaulado, una bestia dispuesta a arañar la puerta hasta destrozarla por completo porque sabía que los guardias no iban a dejarme salir, sino que iban a cumplir las órdenes de Midas al pie de la letra y me iban a tener ahí encerrada el tiempo que hiciera falta. Pero no pienso admitirlo. Y mucho menos delante de él.

Rip arquea una ceja con condescendencia.

—¿En serio? ¿No eras tú la que chillaba mientras aporreaba esa puerta, la que suplicaba que la dejasen salir? Supongo que han sido imaginaciones mías.

«Mierda».

Tengo que realizar un esfuerzo hercúleo para mantenerme impasible, sobre todo teniendo en cuenta que tengo a Rip muy muy

cerca.

—Tal vez esa horrenda corona de ramas que llevas en la cabeza no te deja oír bien.

Rip sonríe con suficiencia, lo que me enerva todavía más. Su embaucadora sonrisa desencadena el aleteo de cientos de mariposas en mi estómago. Cada segundo que pasa le odio un poco más.

A pesar de que la distancia que nos separa es mínima, Rip se encorva un poco más, se acerca un poco más. Contengo la respiración. Su aura absorbe todo el aire de la habitación y siento una irremediable atracción hacia él, un magnetismo que escapa de mi control, como si fuese un perro al que tiran de la correa.

Con nuestros cuerpos a punto de rozarse, él baja la barbilla y yo levanto la mía. Nos miramos fijamente durante una eternidad, o quizá solo sean unos segundos, con demasiadas emociones grabadas en los ojos, emociones que ninguno de los dos se atreve a expresar con palabras.

¿Qué sentimientos danzan en esa mirada muda a la par que agitada? ¿Por qué tengo la sensación de que me está destrozando por dentro, de que me está machacando el corazón? Hay algo en Rip que me hechiza, que me fascina, y no tiene nada que ver con su aura, sino con esa impetuosa tentación de mirarle los labios cada vez que los entreabre, cada vez que toma una bocanada de oxígeno.

Y entonces me dedica otra de sus sonrisitas engreídas, de esas que me sacan de mis casillas.

—Mmm. Me gusta cuando te enfadas, Jilguero. Lástima que solo pagues los platos rotos conmigo.

Abro la boca, dispuesta a gritarle alguna barbaridad, algún improperio, pero antes de que pueda soltar una sola palabra, Rip alarga el brazo y agarra una de mis cintas. Me quedo inmóvil, petrificada, y durante un instante mi corazón deja de latir.

Los dos desviamos la mirada hacia la mano que está sujetando la cinta, y cuando empieza a acariciar la tira de satén dorado, siento que el mundo desaparece y me olvido hasta de respirar.

Entre las yemas de su pulgar y su dedo índice, la cinta vibra, tiembla, como un gato cuando ronronea. Un ligero escalofrío recorre a

las otras veintitrés cintas que, de inmediato, languidecen, aliviadas. Me da la impresión de que todas agradecen esa inesperada carantoña. Se me eriza el vello de los brazos mientras él sigue acariciando la cinta y me invade una sensación de paz y serenidad que jamás antes había sentido.

Debería retirar la cinta, quitársela de las manos. Debería apartarme. Debería hacer algo, lo que sea, para poner un poco de distancia entre nosotros.

Pero no hago nada. No hago nada, y ni siquiera sé por qué.

Esa cercanía, esa mirada… No me dejan pensar con claridad. No soy capaz de reaccionar si noto su aliento rozándome la mejilla, sus dedos deslizándose por una de mis cintas.

Necesito recordar quién es, qué magia fluye por sus venas. Bajar la guardia es un lujo que no me puedo permitir, y mucho menos ahora.

—Si me permites el consejo, deberías mostrarlas siempre —susurra con un hilo de voz, y, por alguna razón que desconozco, una lágrima amenaza con brotar de mis ojos.

No me gusta el cariz que están tomando los sentimientos que me abruman ahora mismo. Quiero aferrarme a la rabia porque sé que es mi única arma para alejarlo de mí. El aire que se respira en el salón se ha vuelto más espeso, como cuando atraviesas la primera línea de árboles y te adentras en el corazón del bosque. Hay tantas malas hierbas, tantas ramas, tantas zarzas que es imposible dar un solo paso sin tropezarte, o rasguñarte con una espina.

Me cuesta una barbaridad, pero al fin consigo aclararme la garganta y murmurar:

—Vete, Rip. Por favor.

Él endurece su expresión, y vuelve a adoptar esa actitud indiferente y fría y distante. La burbuja que se había formado a nuestro alrededor se esfuma en un abrir y cerrar de ojos. Suelta la cinta, que cae al suelo como una flor, como un solitario suspiro de arrepentimiento.

Da un paso atrás y me invade una sensación de alivio, y de abandono. Trato de ignorarla porque no quiero sentir nada, tan solo vacío.

Rip abre la boca, como si quisiera añadir algo más y, de pronto, se

queda quieto e inclina la cabeza. Ha debido de oír algo porque está afinando el oído.

Se me ponen los pelos de punta.

—¿Qué ocurre?

—Vaya, por lo visto no voy a poder irme. Al menos, todavía.

—¿Y por qué no?

Otra vez esa exasperante sonrisa de superioridad.

—Porque tu querido Rey Dorado está de camino. Creo que voy a quedarme para saludarlo.

2

Auren

Con la cara desencajada, consigo balbucear:

—¿Qué? ¿Midas viene hacia aquí?

Rip arquea una ceja.

—¿Qué pasa? Te noto un pelín angustiada.

Aprieto los labios, presa de la desesperación, de la impotencia, del miedo. Si Midas está a punto de entrar por esa puerta significa que he perdido la oportunidad de escabullirme de esta habitación.

Aunque si tengo que ser sincera, el plan no era muy realista. Antes debería conocer el castillo de Rocablanca como la palma de mi mano, descubrir todos sus entresijos y recovecos, esperar a que se presente la ocasión perfecta y tener un golpe de buena suerte para escapar de aquí sin que Midas se dé cuenta. Y aun si ocurriese ese milagro y me las ingeniara para huir de este palacio y de él, sé que tarde o temprano terminaría por encontrarme. Me seguiría el rastro como un sabueso hasta dar con mi paradero. No voy a poder dejarle nunca.

Estoy atrapada. Una montura atada con riendas.

—Tienes que irte ahora —insisto.

Pero Rip no se mueve ni un ápice, tan solo me mira. Estoy inquieta, acongojada, muerta de miedo.

—¿Por qué?

Parpadeo. No doy crédito a lo que acabo de oír.

—Porque si Midas te encuentra aquí…

—¿Qué va a hacer? ¿Convertirme en oro? —se mofa Rip con un fulgor vengativo en la mirada. Es un engreído, un soberbio petulante. Aunque tampoco es de extrañar ahora que conoce el secreto mejor guardado de Midas.

Estoy hecha un manojo de nervios.

—Por favor, no…

Y entonces esboza una sonrisa taimada, maliciosa.

—Disculpa, pero debo cambiarme de abrigo.

No me concede ni un momento para prepararme para su inminente transformación. En cuanto su poder mágico se desata, se me revuelven las tripas y siento un vahído estremecedor. Mi cuerpo se desploma sobre el marco de la puerta y la magia túrbida de Rip ensucia el ambiente hasta hacerlo irrespirable. Siento náuseas y me llevo una mano a la boca.

El comandante empieza a mutar otra vez. Observo anonadada cómo esos rasgos afilados se atenúan delante de mis ojos. Sus orejas feéricas y puntiagudas se encogen, los pómulos huesudos y marcados se suavizan y las escamas irisadas desaparecen por completo. La hilera de diminutas púas que bordean sus cejas se esfuma en un santiamén, igual que las púas que asoman por sus antebrazos y espalda.

Mientras Rip se desvanece y el rey Ravinger ocupa su lugar, todo su cuerpo tiembla. Rueda los hombros, unos hombros robustos y fornidos, y unas líneas oscuras e insidiosas empiezan a aflorar bajo la piel del cuello. Se arrastran hasta la mandíbula, como raíces que escarban el subsuelo en busca de un terreno más fértil.

Inspiro, aunque sigo mareada y con el estómago tan revuelto que empiezo a notar el sabor amargo de la bilis en la garganta. Y justo cuando creo que ese alarde de poder va a abrumarme por completo, empieza a esfumarse, y mis náuseas disminuyen. Me dejo caer al suelo y, a pesar de que me tiembla todo el cuerpo, me siento aliviada. Le observo con detenimiento.

La metamorfosis llega a su fin y, cuando vuelve a abrir los ojos, esa mirada negra tan familiar se ha disipado para dejar lugar a los iris verdosos del Rey Podrido.

«Mira hacia otro lado», me digo para mis adentros.

Tengo que hacerlo porque, cada vez que nuestras miradas se cruzan, siento una opresión lacerante en el pecho y se me retuercen las tripas, como si estuviera delante de un completo desconocido.

El corazón me palpita con fuerza, aunque no sé si es otro de los efectos de su asqueroso poder mágico o porque el rey Ravinger me

asusta. Es cuando menos curioso que sin las escamas y las púas resulte mucho más aterrador.

Esta versión de él no me gusta. Trato de recordar que, bajo ese aspecto siniestro y perverso, se esconde Rip, pero da lo mismo. Me da la impresión de que estoy ante un desconocido, un desconocido que no me inspira una gota de confianza, un desconocido del que no me puedo fiar.

Igual que el cuerpo de Rip, mi inquietud empieza a mutar, a transformarse en miedo y el miedo, en pavor. Me doy la vuelta y, cojeando, me dirijo hacia la habitación de Midas. Necesito poner algo de distancia entre nosotros, necesito huir de ahí.

Sin embargo, no soy capaz de dar más de dos pasos; me trastabillo con algo que hay tirado en el suelo pero, por suerte, consigo mantener el equilibrio y evito darme de bruces contra el suelo. No tardo en descubrir que ese algo con que me he tropezado es un cuerpo.

—Por el gran Divino… —balbuceo, y me llevo una mano a la boca mientras contemplo horrorizada el cuerpo sin vida que yace a mis pies.

Los ojos del guardia están cerrados, pero su boca está abierta, casi desencajada. La armadura dorada que le protege el pecho es tan reluciente que incluso podría utilizarse como espejo, pero, bajo esa placa metálica, la tez del guardia se ha marchitado, se ha teñido de un gris enfermizo. La imagen me recuerda a una uva pasa, una uva que arrancas de la vid, arrojas al suelo y termina seca y arrugada por el sol.

Reparo en un segundo cuerpo, en un segundo guardia que está en las mismas condiciones. Y después en otro, y en otro, y en otro.

Se me escapa un grito estrangulado y el pitido agudo del pánico me ensordece los oídos. Pero no puedo apartar los ojos de esos cadáveres que hay tendidos en la habitación, de esas miradas apagadas y perdidas en el infinito, de esos labios ajados y acartonados, de esos pómulos huesudos y hundidos.

Eso es… Eso es un atisbo de lo que Ravinger es capaz de hacer.

Esos guardias, que hace apenas unos minutos estaban vivos, no son más que despojos deshidratados.

Sé que estoy resollando, que mi pecho se bambolea a un ritmo frenético. Trato de seguir respirando, pero no sirve de nada porque tengo la sensación de que me falta el aire. Solo puedo pensar en una cosa.

«¿Habría hecho lo mismo que Ravinger?».

Si el sol no se hubiese escondido tras el horizonte, si todavía conservase mi poder mágico, si hubiese podido echar esa maldita puerta abajo, ¿habría sido yo quien asesinara a esos guardias inocentes en lugar de Ravinger?

Se me llenan los ojos de lágrimas. Tal vez sea la única defensa que tiene mi cuerpo, probar de empañarme la visión, de difuminar esa imagen tétrica y desoladora que tengo delante de mí. Pero no funciona.

Ravinger se coloca delante de mí, y eso sí funciona. Su figura corpulenta y voluminosa me impide ver nada más. Mi mirada repta por todo su cuerpo, hasta alcanzar sus ojos, unos ojos de un verde apagado y pardusco que se arrastran por mi rostro como el vapor se arrastra sobre el agua febril.

—Tienes que respirar, Auren.

—Estoy respirando —respondo.

—Estás jadeando y, si sigues así, terminarás hiperventilando —responde él, sin perder la calma—. ¿Es que solo has visto cadáveres de oro?

Escupo una carcajada llena de amargura, de dolor.

—He visto muchos cadáveres.

Un arsenal de viejos recuerdos asalta mi memoria. Conocí la muerte la misma noche en la que me secuestraron, en la que me arrebataron mi hogar, y desde entonces no ha dejado de perseguirme, de acosarme.

—Estos hombres no se merecían esto —digo, y me seco una lágrima que me humedece las pestañas.

—Discrepo. Te estaban reteniendo en contra de tu voluntad.

El comentario me enciende.

—Tan solo acataban órdenes. En eso consistía su trabajo, en obedecer sin opinar —replico, y de repente mi mente se inunda de

todas las órdenes que he tenido que seguir a lo largo de mi vida—. No quería que… —Odio que se me quiebre la voz, que no pueda contener la emoción—. Que pasara esto.

La culpa y los remordimientos me hostigan en ese silencio abrumador.

—Esa mirada dorada es tan expresiva… —murmura Ravinger—. Es capaz de transmitir un odio profundo y, un segundo después, una bondad infinita.

Con esos ojos verde bosque puestos en mí, levanta una mano y, guiada por el instinto, me encojo y doy un paso atrás.

Él se queda quieto, atónito ante mi temerosa reacción.

—No voy a hacerte daño, Jilguero.

Pero mi expresión no deja lugar a dudas. El daño ya está hecho.

Con una tensión en la mandíbula más que evidente, gira la mano, como si estuviese girando el pomo de una puerta invisible. Poco a poco, ese entramado de líneas oscuras que delatan su poder mágico empieza a rodar sobre la piel de la palma de su mano, enroscándose alrededor de sus dedos como las ramas de una enredadera.

Como un soplo de brisa invernal, siento que su poder me acaricia la piel. Me preparo para recibir el impacto, para sentir ese vahído descorazonador que acompaña a las náuseas, pero, para mi sorpresa, no llega. Esta vez no noto la vibración putrefacta que emana el aura de Ravinger. Su magia se queda suspendida en el aire, como si un espectro hubiese entrado en la habitación y estuviese absorbiendo el aire.

No me estremezco, ni me mareo, ni desfallezco. No me fallan las fuerzas, no siento que voy a desmayarme en cualquier momento. En lugar de eso, la energía tiembla a nuestro alrededor, la base de cada una de mis veinticuatro cintas se sacude y se me pone la piel de gallina.

De repente, unas toses secas y varios carraspeos rompen ese silencio fantasmal. Doy un respingo y me doy la vuelta, sobresaltada.

—¿Qué…?

Los guardias que estaban tendidos en el suelo se están incorporando, se están recuperando. Tosen como si su garganta fuese

papel de lija mientras tratan de recobrar el aliento.

Miro a Ravinger con los ojos como platos.

—¿Cómo has…? ¡Creía que estaban muertos!

Él baja la mano y esas raíces oscuras desaparecen de su piel.

—De haber esperado un poco más, habrían muerto, desde luego. No se puede revertir el proceso de descomposición de un cuerpo humano pasado mucho tiempo.

Parpadeo varias veces y meneo la cabeza mientras, a mis espaldas, los soldados van poniéndose en pie. Parecen aturdidos y confusos, como si hubieran visto a la Muerte con sus propios ojos y no lograran comprender cómo han regresado al mundo de los vivos.

—Tú… tú has… ¿Por qué? —pregunto, casi sin aliento. No entiendo nada de lo ocurrido.

Sin embargo, a Ravinger no le da tiempo a responder, pues en ese preciso instante la puerta de la habitación se abre de sopetón e interrumpe la conversación.

Midas se queda petrificado en el umbral. La túnica y los pantalones bombachos dorados relucen bajo esa luz tenue, de forma que su melena color miel parece aún más clara, más rubia. La expresión de su rostro le delata. Está asombrado, estupefacto. Tras un fugaz vistazo a sus aposentos, aprieta esa mandíbula angular y bronceada. Su mirada se posa en los guardias que, todavía tambaleantes, tratan de cuadrarse en posición de firmes y entonces clava los ojos en mí. Al darse cuenta de que Ravinger está a mi lado, su expresión se torna colérica, iracunda.

—¿Qué significa esto? ¿Qué demonios estás haciendo en mis aposentos, en mi alcoba?

No reconozco la voz de Midas. Creo que jamás le había oído tan furioso, tan lleno de odio. Entra en la habitación hecho un miura y se detiene a mi lado, aunque en ningún momento desvía esa mirada pardusca del Rey Podrido.

La indignación de Midas no parece importunar a Ravinger en lo más mínimo. De hecho, ni se inmuta. En su mirada percibo diversión, como si estuviese disfrutando de este momento. Al parecer, no solo ha transformado su aspecto, sino que en una fracción de segundo ha

adoptado una personalidad distinta. Incluso sus gestos han cambiado. El ademán de Ravinger es el de un hombre engreído y relajado y, al arquear esas cejas negras y espesas, su expresión se vuelve aristocrática a la par que socarrona.

Las púas, las escamas y esa mirada oscura, intimidante y penetrante han desaparecido sin dejar ni rastro. Este personaje, este *alter ego*, muestra una sonrisa burlona, unas líneas grabadas bajo la piel y una corona un pelín torcida sobre la cabeza. No me extraña que la gente no sospeche que, en realidad, encarnan la misma persona.

—Oh, ¿no es esta la habitación de invitados? —responde Ravinger con un tono de falsa inocencia mientras echa una ojeada a su alrededor—. Vaya, he debido de equivocarme.

—Sabes que no son tus aposentos. Lo sabes de sobra, maldita sea —gruñe Midas, haciendo rechinar los dientes—. ¿Y qué diablos les has hecho a mis guardias?

Los hombres siguen tosiendo un poco, pero al menos pueden mantenerse en pie. Aun así, salta a la vista que todavía están algo turbados, lo cual es bastante comprensible si tenemos en cuenta que acaban de regresar del reino de los difuntos.

—Oh, ¿te refieres a ellos? Los he podrido, pero solo un poco.

Midas palidece.

—¿Que…? ¿Que has hecho el qué?

Observo con cautela a esos dos hombres. Me siento atrapada entre la espada y la pared.

Ravinger se encoge de hombros, restando así importancia al tema.

—Están bien, tranquilo. Un poco de comida y un buen descanso y mañana estarán frescos como una rosa.

La ira de Midas no solo se refleja en su mirada amarronada, sino que también se palpa en el ambiente.

—Es una declaración de guerra en toda regla.

Ravinger atraviesa a Midas con esa mirada aceitunada, como si le hubiese lanzado un puñal directo al centro del pecho.

—Si estuviésemos en guerra, lo sabrías —contesta Ravinger con tono serio y glacial. Su expresión, hasta el momento sarcástica y de mofa, se torna cruel, despiadada. Se me encoge el corazón, y miro a

uno y después al otro.

Conozco a Midas y sé que le está hirviendo la sangre, que está haciendo un tremendo esfuerzo para controlar su furia. En silencio, veo que se fija en la puerta del vestidor, donde mandó instalar la jaula. No solo está abierta de par en par, sino que ya no es de madera, sino de oro.

—¿Qué hace mi preferida aquí fuera, a merced de un forastero, sola e indefensa ante un rey desconocido? —pregunta a los guardias con ese tono exigente y autoritario.

Los cinco hombres de armadura dorada, que todavía no se han repuesto del susto y que cualquiera podría confundir con una horda de fantasmas, pues siguen aturdidos y desvaídos, empalidecen un poco más. Un par de ellos me miran de refilón, nerviosos, y siento una punzada de dolor en la boca del estómago.

«Lo han visto». Han sido testigos de cómo la puerta del vestidor se volvía de oro. Lo han visto con sus propios ojos. En un arrebato de impotencia y desesperación, empecé a aporrear la puerta para intentar derribarla, para intentar salir de ahí y, sin querer, la transformé en un bloque de oro macizo.

Midas arruga el ceño y la sombra de la sospecha se cierne sobre su mirada avellana. Se acaba de dar cuenta de que los guardias han debido de presenciar la escena.

«Mierda».

—¿Forastero? ¿Rey desconocido? —interrumpe Ravinger, ajeno a lo que acaba de ocurrir—. Midas, hace unas horas firmamos un acuerdo de paz, ¿es que no te acuerdas? Ahora, tú y yo somos aliados —dice, y, satisfecho, sonríe.

—Y, sin embargo, has tenido la osadía de colarte en mis aposentos, de utilizar tus poderes contra mis guardias y de acercarte a mi montura preferida. ¡No tienes ningún derecho a estar aquí! —grita Midas—. Los dos sabemos muy bien que no te has confundido de habitación.

Midas está obsesionado con el control y detesta tener que improvisar o que le pillen con la guardia baja, desprevenido. Es un maestro en el arte de la organización y jamás dejaría un solo detalle al

azar, un cabo suelto. Es muy meticuloso y planea todos sus movimientos al milímetro. Que Ravinger se haya infiltrado en sus aposentos privados y haya burlado a sus guardias con tanta facilidad supone toda una amenaza. Estoy convencida de que ahora mismo se siente como una presa acorralada y vulnerable.

Y cuando Midas se siente acorralado y vulnerable puede ser muy peligroso.

Ravinger simula escudriñar la habitación, el enorme lecho, la inmensa chimenea, el balcón… y lo hace con actitud de desinterés y aburrimiento.

—Quizá te equivocas. Quizá sí haya confundido estos aposentos con los míos y haya podrido a tus guardias porque pensé que estabas tratando de tenderme una emboscada.

Un sonido que solo puede tildarse de gruñido estalla en el pecho de Midas.

—O… —continúa Ravinger— quizá solo quería comprobar en qué condiciones vive el rey en funciones del Quinto Reino. —Desvía su mirada color musgo hacia mí—. Quizá simplemente quería saber cómo vivía la preferida de un rey —añade, esta vez con voz meditabunda y con una sonrisa torcida en los labios—. ¿Qué opinión te merecería un hombre que tiene a una mujer encerrada en una jaula?

Contengo el aliento y el corazón me palpita con tal fuerza que parece que vaya a explotar. La tensión es tan palpable que podría cortarse con un cuchillo, tan densa y sólida que podría confundirse con la soga de una horca, una soga lista para anudarse alrededor de mi cuello y empujarme al abismo.

Ravinger estudia a Midas, y Midas estudia a Ravinger.

Contemplo a los dos reyes con suma atención.

Ravinger quiere tantear a Midas, provocarle, jugar un poco con él, convertirse en la piedra de su zapato. Midas, en cambio, está deseando abalanzarse sobre Ravinger y golpearle hasta hacerle perder el conocimiento.

Pero… no puede hacerlo.

Por supuesto, yo era la única persona sobre la faz de Orea que lo

sabía. Midas interpreta su papel a la perfección. Después de todo, lleva toda una década ensayando. Un juego de manos por aquí, un movimiento calculado y estratégico por allá y, como por arte de magia, aparecía cargado de objetos de oro… Sí, ha aprendido a actuar como si él poseyera esa magia, y se le da de maravilla.

Sin embargo, ahora Ravinger también conoce su secreto. Midas lo ignora, y mi intención es que siga siendo así, aunque lo que vaya a ocurrir a partir de hoy es todo un misterio. Tal vez Ravinger confiese conocer la verdad y arruine los planes de Midas. Tal vez esté a punto de desenmascararle, de dejarle en evidencia. O tal vez pretenda usar su poder mágico y pudrir a Midas aquí y ahora.

Los nervios me constriñen, como si llevara un corsé demasiado ajustado, demasiado ceñido.

Los guardias de Midas se revuelven, inquietos. Intuyo que ellos también presienten esa amenaza planeando en el aire. Lo último que les debe de apetecer en estos momentos es enfrentarse a Ravinger cuerpo a cuerpo. Ya lo hicieron en una ocasión, y fracasaron de forma estrepitosa. Pero, como guardias, no tienen otra opción que defender a su rey.

El silencio que se ha instalado en la habitación empeora aún más la tensión, e incluso mis cintas, quejumbrosas y agotadas, se ponen rígidas, como si columbraran que se avecina una pelea. Y si eso ocurre, Midas tiene todas las de perder. Puede amenazar a Ravinger, pero jamás podrá vencerle en un duelo.

Midas debe de haber llegado a la misma conclusión, porque en ese instante decide recular, dar un paso atrás. En un esfuerzo tremebundo, suaviza los rasgos, relaja las manos y esa expresión de odio y resentimiento desaparece para dar lugar a un gesto más cortés, más amable, más comprensivo.

Midas no es un necio. Sabe analizar a sus oponentes y, ahora mismo, sabe que está en desventaja. En esta clase de juego, cuando sabes que solo con el poder no lograrás ganar a tu contrincante, no te queda más alternativa que recurrir a la política.

Y por eso no me sorprende cuando se aclara la garganta y anuncia:

—Somos aliados, como bien dices. Y por eso voy a perdonar este

error.

Ravinger ladea la cabeza y dibuja una sonrisa de regocijo, de soberbia.

—Te lo agradezco —dice, y, con esa petulancia que le caracteriza, desliza su mirada hacia mí y me guiña un ojo antes de salir de la habitación con un andar sosegado, como quien está dando un paseo por una pradera.

En cuanto Ravinger desaparece por el pasillo miro a Midas, que está ocupado reprendiendo a los guardias.

—Me habéis fallado —les dice.

Los hombres se ponen tensos, y cuando Midas se encamina hacia el vestíbulo y pasa delante de ellos murmurando algo que no consigo oír, más de uno se echa a temblar de miedo, de pavor. No tarda en regresar a la habitación y lo hace con diez soldados pisándole los talones, que de inmediato detienen a los guardias encargados de custodiarme.

Los soldados se los llevan a rastras. Ninguno forcejea o trata de alegar inocencia, sino que asumen su destino con resignación. Estoy convencida de que Midas va a condenarlos a muerte por haber atestiguado el momento en que he convertido la puerta en oro.

—No les mates —murmuro; la súplica brota de mis labios como un retoño que anhela convertirse en rama, pero sé que mi intento de salvar a los guardias no va a dar sus frutos. Midas siempre ha desoído todos mis ruegos, ¿por qué iba a ser distinto ahora?

—Ya está hecho —responde él, que no muestra un ápice de arrepentimiento—. Sellaron su propio destino en el momento en que vieron algo que tenían prohibido ver.

El sentimiento de culpa me obstruye la garganta. No solo perdí el control e inhumé en un sarcófago de oro a la joven que fingía ser la preferida de Midas, sino que además todos esos hombres van a morir por mi culpa. No voy a matarlos con mis propias manos, pero el resultado es el mismo.

La muerte me acompaña allá donde voy.

Tal vez lo más sensato habría sido dejar que los guardias perecieran como flores marchitas en el suelo. ¿Quién sabe qué muerte hubiese

sido menos dolorosa? ¿Qué castigo habrían preferido?

Trago saliva, pero esta vez el vacío que siento en el estómago no tiene nada que ver con el poder mágico de Ravinger, sino con mi propio arrepentimiento y con el hombre que en estos momentos está a mi lado.

3

Auren

La ausencia de Ravinger deja un enorme vacío en la habitación. Hasta que no se ha marchado, no había reparado en cuán imponente y dominante puede llegar a ser su compañía, su mera presencia.

Ahora que no está, debería sentir alivio, pero no es así.

Clavo los ojos en Midas y el rencor y la amargura deforman los delicados rasgos de mi rostro, como un cristal cuando empieza a agrietarse, justo antes de hacerse añicos. Me sorprende que no le muestre los dientes, como una bestia salvaje, que no le ruja. Todo mi cuerpo está en tensión porque presiente lo que va a suceder ahora. Midas es demasiado previsible.

Durante unos instantes no hace nada más que contemplarme con aire pensativo. Se ha quitado la corona y la capa, y solo lleva una túnica dorada y unos pantalones bombachos remetidos en unas botas relucientes.

Ravinger mencionó que hacía varias horas que habían firmado la tregua, que habían llegado a un acuerdo de paz. Lo que significa que Midas ha estado haciendo quién sabe qué por palacio y me ha tenido encerrada en sus aposentos como a un animal indómito. La ira empieza a hervir a fuego lento en mi pecho, a cocinarse junto con el dolor y la decepción, y siento que todas esas emociones empiezan a burbujear bajo la superficie.

No sé qué ve Midas en mi rostro, pero el suyo es como un libro abierto. Voy leyendo línea a línea y me doy cuenta de que todas las palabras que han salido de su boca no son más que mentiras garabateadas. Las páginas que me ha regalado a lo largo de todos estos años carecen de verdad y no atisbo ni una sola palabra sincera.

Alguien llama a la puerta, rompiendo así el silencio sepulcral. Midas

se dirige hacia el vestidor, la sala que alberga la dichosa jaula, y cierra la puerta dorada para tratar de mantener el secreto, para ocultar lo que realmente ha pasado ahí dentro, antes de permitir la entrada a quien sea que esté esperando en el pasillo.

Aparecen dos doncellas, ataviadas con un vestido dorado que les cubre de la cabeza a los pies y con un tocado idéntico en la cabeza. Una parece cargar con un montón de ropajes y la otra sujeta una bandeja repleta de comida. Las dos se inclinan en una pomposa reverencia antes de escabullirse hasta el cuarto de baño.

Reconozco el ruido metálico de varios grifos y el inconfundible sonido del agua.

Midas se aclara la garganta y, esta vez, su voz suena más dulce, más melosa.

—Van a prepararte un buen baño. Así podrás asearte y comer algo.

La propuesta me deja sin palabras. Esperaba que intentase meterme en el vestidor, en la jaula. Imaginaba que iba a hostigarme con toda clase de preguntas, que me iba a someter a un duro interrogatorio para averiguar cómo había logrado salir de ahí, para saber qué hacía Ravinger en sus aposentos y sin su permiso expreso, pero, en lugar de todo eso, me tiende la mano. Una ofrenda de paz.

—No quiero darme un baño —farfullo entre dientes. Aunque lo que realmente quiero decir es: «No quiero darme un baño simplemente porque tú me lo ordenes».

Un suspiro escapa de los labios de Midas.

—Auren, la jaula…

—¡No pienso pasarme el resto de mis días confinada en una maldita jaula! —siseo, y mi voz suena despiadada, fiera—. Puedes contratar a todos los herreros del reino, pero juro por todas las diosas de ahí arriba que no voy a resignarme, que arrancaré todas las puertas tras las que me encierres. Puedes aprisionarme en esa habitación, contratar a cien guardias para que me vigilen día y noche, pero te prometo que…

Enmudezco de repente. Por un segundo había olvidado que hay dos doncellas en el cuarto de baño.

Respiro hondo para intentar serenarme, me acerco a Midas y bajo el

tono de voz para asegurarme de que solo él pueda oírme.

—Si intentas meterme ahí dentro a la fuerza, te prometo que lucharé con uñas y dientes para impedírtelo y jamás volveré a convertir nada en oro para ti.

El vitriolo que sale disparado de mi boca es más abrasador que el propio fuego. Quiero quemarlo vivo, calcinarle. Quiero que sufra, igual que él me ha hecho sufrir a mí todos estos años.

Midas se pone rígido y su rostro bronceado empieza a enrojecerse, a teñirse de un rojo intenso, un rojo que denota ira, impotencia. Mi amenaza le ha desconcertado, desde luego. Lo sé porque está conteniendo el aliento. No está acostumbrado a esta versión de mí, una versión que no está dispuesta a seguir doblegándose, que no está dispuesta a rendirse a sus pies.

Siento que mi pecho jadea con la misma pasión airada que desprende mi voz. No me sorprendería que mis ojos áureos empezaran a arder.

Midas me observa con detenimiento. Sé que su mente maquiavélica ya está rumiando algo y, si afinase el oído, incluso podría oír los pensamientos que rondan por su cabeza. Estoy segura de que está tramando la manera de poder controlarme, dominarme, someterme. Lo sé porque, durante todos los años que he estado enamorada de Midas, no solo me he desvivido por él, no solo me he entregado a él en cuerpo y alma. También le he estudiado. Le he aprendido, como quien aprende un idioma.

Necesitaba hacerlo porque sabía que Midas era un hombre de temperamento fuerte, un rey irascible, y mi único anhelo era complacerle. Temía hacer algo que pudiese importunarle o, peor aún, ofenderle. Después de toda una década analizando cada una de sus reacciones, cada una de sus decisiones, sé muy bien cómo funciona su mente.

De pronto, relaja todos los músculos de la cara y su mirada, de ese marrón que me traslada a los campos de algarrobos, se vuelve mucho más tierna. Es la primera vez que mis palabras parecen haberle llegado al corazón.

Midas alarga un brazo y me acaricia la barbilla con el pulgar.

Sacudo la cabeza y justo cuando voy a apartarme, a alejarme de él, apoya las palmas de las manos sobre mis mejillas y me mira con ojos atormentados.

—Lo siento mucho, preciosa —susurra; su aliento es como una brisa cálida que me roza los labios y el arrepentimiento que destila su voz retumba en mis oídos.

Antes me habría derretido. Habría languidecido como una flor. Ahora, sin embargo, no me estremezco cuando me toca, no esbozo una sonrisa indulgente cuando se disculpa. No bato las pestañas en un gesto de amor y comprensión y por mis labios no se inmiscuye un suspiro de alivio, de eterno agradecimiento.

Porque… es demasiado tarde.

Se me ha caído la venda de los ojos. Ahora, el corazón no se me encoge. No noto el aleteo de mariposas en el estómago. Midas ha roto algo en mí, algo mucho más profundo que mi corazón. Ha destrozado mi voluntad. Mis impulsos. Mi voz. Me ha partido el alma en dos, y yo se lo he permitido.

El amor puro e incondicional que le he profesado durante tanto tiempo se ha despedazado. Se ha ido agrietando como piel muerta, piel que se ha ido secando bajo un sol sofocante. Tiras de piel que se han descolorido, que han mermado, que ya no sienten nada. No soy un trozo de barro que puede moldear a su antojo. A partir de ahora, voy a moldearme yo.

—Me he comportado como un ser abominable. He enloquecido, estaba fuera de mí —reconoce mientras me acaricia las mejillas con sus dedos de terciopelo, pero no aparto la mirada de los botones dorados de la túnica—. Estaba muy preocupado por ti y, después de lo ocurrido, necesitaba saber que estabas a salvo, que no corrías ningún peligro. Acababa de recuperarte y todo este embrollo con el Cuarto Reino… —Midas se queda callado, y retira las manos.

Prefiero no decir nada, al menos no todavía. Estoy demasiado abstraída apartando toda esa palabrería poética y floreada para tratar de escarbar en el suelo áspero y arenoso sobre el que está construyendo su nueva patraña. Necesito descubrir qué está tramando.

Ha cambiado de estrategia.

Midas no es estúpido. Sabe que, si cumplo mis amenazas, su vida no volverá a ser la misma. Después de todo, me necesita. Si pretende ascender al trono de Rocablanca y mantener su reinado en Alta Campana, no puede perderme. Sus ambiciosos planes dependen de mí. Las leyes de Orea son muy claras: solo aquellos que poseen un poder mágico podrán gobernar, y Midas necesita de mi poder para mantener el engaño.

¿Qué diría la gente si, de la noche a la mañana, dejara de convertir todo lo que toca en oro?

Quiere recuperarme y que vuelva a ser la montura servicial y complaciente de siempre. ¿Y qué mejor manera de conseguirlo que ganándose de nuevo mi corazón?

Siempre encontraba la manera de convencerme de que debía «portarme bien». De que debía obedecerle y confiar ciegamente en él porque era más sensato, más sabio, más maduro y más astuto que yo. Él gozaba de plena libertad para hacer lo que le viniera en gana mientras yo me iba consumiendo detrás de unos barrotes de oro.

Sin embargo, sin esa sumisión y docilidad, Midas no es capaz de controlarme. Y esa es una realidad que él mismo se ha encargado de ocultarme durante estos diez años. Nunca ha querido que abriera los ojos, que fuera consciente del inmenso poder que atesoro en realidad.

Mientras los dos cavilamos nuestras opciones en silencio, el sonido del agua enmudece de golpe en el cuarto de baño y un instante después salen las dos doncellas.

Antes de retirarse, se despiden con una apresurada reverencia.

Nos quedamos de nuevo a solas, pero sigo callada.

—Ven, acompáñame. Voy a cuidar de ti y, si quieres, podemos charlar largo y tendido —propone, aunque más bien parece que me lo esté implorando. Oh, sabe fingir tan bien… El remordimiento, la ternura, el afecto.

Podría rebelarme. Podría escupirle en la cara y gritarle que sé muy bien lo que está haciendo. Podría dar media vuelta, salir corriendo de la habitación y tratar de escapar del castillo. Y a pesar de que todas esas opciones son más que tentadoras, me refreno.

Quiero librarme de él, pero librarme de verdad y, para eso, no

puedo actuar de forma impulsiva e irreflexiva. Al igual que Midas, debo ser más prudente, más cauta y, sobre todo, trazar un plan. Porque él no va a permitir que me marche sin más. Jamás. Así que si quiero ser una mujer independiente, debo ser más lista que él, más astuta.

—¿Preciosa? —llama.

No tengo aliados, ningún contacto a quien recurrir, a quien pedir ayuda. Aunque consiguiese huir de Rocablanca, ¿quién me dice que cualquier otro desalmado no me capturaría, me usaría y se aprovecharía de mi poder? No, estoy harta de ser una prisionera. Estoy harta de acatar órdenes, de sentir que pertenezco a alguien.

Si pretendo fugarme y esconderme en un lugar donde Midas no pueda encontrarme, tengo que urdir mi estrategia y hacer las cosas bien. Y no solo eso, también tengo que recuperar las fuerzas para así poder defenderme de cualquiera que intente retenerme o utilizarme.

Así que… asiento con la cabeza. Ha llegado el momento de entrar en el juego.

—De acuerdo.

Mis palabras son como un bálsamo de paz para sus oídos. He conseguido sosegar esa desazón. Las arrugas de preocupación que le avejentaban el rostro se difuminan en cuanto sonríe. Imagino que se siente orgulloso, satisfecho, triunfante incluso.

Debe de pensar que me tiene otra vez comiendo de su mano, que soy una pusilánime.

Me acompaña hasta el cuarto de baño. Pasamos por delante de un espejo con marco de plata y del tocador y me conduce hacia una inmensa bañera de hierro forjado que hay al fondo, junto a la pared. Los pies tienen forma de garra y el borde está pintado de color plateado. Vislumbro un grifo bastante peculiar; imita la cabeza de un león y está tallado en piedra y recubierto por una fina capa de cristal. Tiene la boca abierta en un rugido mudo, pues de ella solo sale agua.

—Ven, vamos a limpiarte toda la mugre que te ha dejado el ejército del Cuarto Reino en el cuerpo —dice Midas en cuanto me detengo frente a la bañera. A juzgar por el vapor que emana el agua, debe de estar bien calentita. Sobre la superficie se arremolinan pompas de

jabón que parecen flotar como nenúfares—. ¿El Rey Podrido te ha hecho daño? —pregunta sin perder esa calma fingida y sin alterar la voz.

«Sí. Pero no como tú crees».

—No. Ha llegado un minuto antes que tú.

La respuesta parece amansar a la fiera.

—No me gusta que ese cretino espantoso esté en la misma habitación que tú.

Parpadeo, sorprendida. «¿Espantoso?».

Su poder es espantoso, desde luego. Pero ¿él? No. En absoluto. Ravinger posee una belleza arrebatadora, un atractivo embrujador, igual que cuando adopta la forma de Rip. Tanto el rey como el comandante desprenden una masculinidad etérea y mística, una virilidad que no encaja en este mundo de mortales. No entiendo por qué me ha sorprendido tanto la opinión de Midas. Aborrece todo lo que no considera que roza la perfección. Lo más probable es que, al mirar a Ravinger, solo vea esas líneas oscuras que serpentean bajo su piel, y de ahí que lo considere una aberración, un ser grotesco y espantoso.

Opto por no responder y me doy la vuelta. Midas está distraído con la bandeja de comida que las doncellas han dejado sobre una banqueta, justo al lado de la bañera. Poco a poco, empiezo a desnudarme, a despojarme de la ropa. Todas las prendas están cedidas, sucias, arrugadas. Las voy dejando en el suelo, una a una. Esos harapos cargan con el peso de los recuerdos.

Durante un momento, observo el montón de ropa. Esas prendas han vivido tantas aventuras, y tantas calamidades… Recuerdo el primer día que las llevé. Ha llovido tanto desde entonces. Nada queda de aquella muchacha inocente que partió de Alta Campana sin más aspiración que reencontrarse con su amo. Me da la impresión de que me estoy quitando la armadura que me ha protegido durante incontables batallas. Los Bandidos Rojos, Sail, el capitán Fane, Rip, Midas… He sobrevivido a toda clase de infortunios enfundada en ese vestido andrajoso.

No sé si Midas estará repasando cada centímetro de mi cuerpo

dorado o no, pero me da lo mismo. Me ha visto desnuda muchas veces. Y ahora lo que quiero proteger a capa y espada es lo que yace bajo mi piel. Voy a hacer todo lo posible para ocultarle lo que albergo en mi interior; mi mente, mi corazón, mi alma. No voy a permitirle ni que vislumbre un pequeño atisbo de todo ello.

Respiro hondo, dejo atrás el montón de ropa sucia y entro en la bañera. Me siento y, de inmediato, me envuelve un manto cálido y familiar. Esa agradable calidez se filtra por cada poro de mi piel y me cala hasta los huesos. Las cintas se sumergen por completo, hasta empaparse de esa sensación tan mundana y a la vez tan añorada.

Se me escapa un gruñido de deleite cuando recuesto la cabeza en el borde curvado de la bañera. Después de varias semanas aseándome con paños y un puñado de nieve, esto es como subir al séptimo cielo. Ni siquiera la presencia de Midas va a arruinar el momento.

Cierro los ojos, tomo una profunda bocanada de aire y disfruto del delicioso aroma de los aceites florales que las doncellas han debido de añadir al agua. Pero doy un respingo y los abro de inmediato cuando, de repente, las manos de Midas empiezan a masajearme la cabeza, a acariciarme el pelo.

—Shh, no pasa nada, preciosa. Voy a compensarte, voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que me perdones.

—La única manera de compensar el daño que me has hecho es prometiéndome que no vas a volver a encerrarme nunca más —respondo en voz baja, y centro mi atención en las burbujas que nadan en la superficie del agua.

Tal vez lo más prudente sería seguirle el juego, hacerle creer que ha vuelto a conquistarme gracias a su carisma, que me ha recuperado con un puñado de halagos y mimos, pero me niego en rotundo a vivir cautiva una vez más. No puedo volver a eso. Midas titubea durante un instante, se queda inmóvil.

—Por supuesto —dice, y deja escapar una exhalación. Teatro. Cada gesto, cada palabra. Puro teatro—. Por supuesto. La jaula solo estaba ahí para que te sintieras protegida, guarecida de cualquier peligro. Pero si crees que ya no la necesitas, te prometo que te mantendré a salvo sin ella. —Es un maestro del lenguaje, desde luego.

Dibujo una sonrisa tímida y me vuelvo para mirarle por encima del hombro. Su rostro atractivo y varonil es la viva personificación de la adoración, de la veneración. Sin embargo, advierto cierta rigidez en sus hombros, un gesto que delata la rabia que está royéndole por dentro.

—¿De veras?

—Sí —responde él con vehemencia, creyendo así que está dándome esperanzas. Me sujeta la cara con las dos manos y unos mechones rubios y rebeldes se deslizan por su frente—. Siento mucho haberme puesto como un loco, preciosa. Por favor, perdóname.

—Me has hecho daño —replico, y esta vez sí es verdad. Sentado en el taburete que hay junto a la bañera, se inclina hacia delante y apoya la mejilla sobre mi frente, en un gesto paternal, protector. Noto su piel fría, mientras que la mía está húmeda por el vapor que despide el agua.

—Te lo compensaré. Volveré a ganarme tu confianza, y tu perdón.

—Antes has dicho que no necesitabas mi perdón —le recuerdo con un tono un poco más mordaz.

Midas hace una mueca de dolor y después coge un cántaro de plata que hay en el suelo. Lo zambulle en la bañera, lo llena y empieza a mojarme el pelo.

—No sabía lo que decía, no estaba pensando con claridad —se justifica. Se arremanga la túnica y arrastra la bandeja de comida para acercarla a mí. Se enjabona las manos y empieza a lavarme el cabello, mechón a mechón. Está grasiento y enredado—. No espero que me perdones ahora mismo, pero quiero que sepas que actué como actué porque estaba preocupado por ti.

No dudo de que, a su manera, Midas se preocupa por mí. Pero es retorcido y tóxico y, sobre todo, no es suficiente. No es lo que merezco. Y presiento que él jamás podrá darme la clase de amor que tanto anhelo.

Al pensar en el amor, las lágrimas me empañan la visión. Contemplo el techo, el enorme ventanal cubierto de escarcha que hay en la parte superior de la pared. La pena inunda mi alma, se desliza por mi piel como gotas de agua.

La melancolía acaba por devorar la rabia y, de repente, empiezan a hostigarme las preguntas, las dudas. ¿Qué me pasa? ¿Por qué no es capaz de amarme? ¿Amarme de verdad?

A Midas le fascina mi piel dorada y reluciente. Le encanta mi melena rubia y áurea. Está perdidamente enamorado de mi poder. Le entregué mi corazón, pero era demasiado joven, demasiado cándida, demasiado estúpida para darme cuenta de que deseaba mi oro, y no a mí.

Supongo que, por algún motivo que no logro comprender, no soy digna del amor. No lo merezco.

O tal vez este sea mi destino. Tal vez no pueda aspirar a nada más. La mujer que puede convertir el mundo en oro no puede codiciar nada más que oro, riquezas, abundancias.

Quizá el amor es el precio que tengo que pagar por mi poder.

Mis pensamientos desfallecen, como los pétalos de una flor bajo el peso de una gota de rocío. Midas continúa lavándome el pelo, continúa parloteando con esa cadencia regular, casi monótona. Habla de lo mucho que me ha añorado, de todas las cosas que ha estado haciendo en el Quinto Reino desde que nos separamos, de las horas de trabajo que nos esperan ahora que estamos juntos de nuevo.

Le dejo hablar largo y tendido. Y utilizo la comida como excusa para no musitar ni una sola palabra. Engullo hasta la última miga de pan, pero no me molesto en saborear los manjares que las doncellas me han servido. Estoy demasiado ocupada y distraída masticando mis propias reflexiones. No puedo evitar recordar la última vez que hizo lo que está haciendo ahora. Justo después del violento y desagradable enfrentamiento con el rey Fulke, Midas se encargó personalmente de curarme las heridas, de mimarme, de bañarme, de arroparme.

Guiada por el instinto, me llevo una mano a la garganta y paso los dedos por esa pequeña cicatriz, un recuerdo del ya fallecido rey Fulke. No fue Midas quien me salvó esa noche. No. En realidad fue Digby, y a él también le he perdido.

De una forma u otra, el destino parece estar empeñado en arrebatarme a las personas que más me importan, que más quiero. Incluso a Midas, a pesar de que esté sentado a escasos centímetros de

mí.

Después de frotarme cada recoveco del cuerpo con la esponja y de aclararme el pelo, salgo de la bañera y me visto con un camisón que huele a limpio. Está hecho de algodón blanco, pero la tela no es fina y transparente, sino más bien gruesa, perfecta para las noches frías de invierno. Es largo hasta los pies y tiene las mangas anchas y puntiagudas, como las alas de un pájaro. Las cintas se retuercen sobre sí mismas para escurrirse el agua y después, con aire perezoso y relajado, se dejan caer tras mi espalda.

—Vuelves a ser tú, preciosa —murmura Midas, que no duda en escudriñarme de arriba abajo—. Dorada y reluciente, como siempre.

Le regalo una sonrisa cohibida. Mi cuerpo está tan cansado como mi alma, y ahora mismo lo único que quiero es que se aleje de mí.

—Necesito dormir.

Él enseguida asiente con la cabeza.

—He mandado a las criadas que preparen una habitación al otro lado del vestíbulo —explica—. Puedes instalarte allí. Tendrás tu propio… espacio.

Me vuelvo para poderle mirar a los ojos. Admito que ha conseguido sorprenderme, pero no puedo volver a pecar de ingenua. A partir de ahora, debo andarme con pies de plomo.

—¿Mi propia habitación? ¿Sin barrotes?

Él me retira un mechón húmedo de la cara y lo desliza detrás de mi oreja.

—Sin barrotes. Es tu habitación, un oasis de paz donde poder descansar, donde poder sentirte a salvo —responde él en voz baja—. Hablaba en serio. Voy a enmendar mis errores, a compensar todo el daño que te he hecho, Auren. Y ahora ven. Debes de estar agotada.

Midas me coge de la mano, entrelaza sus dedos con los míos. No me resisto porque sé que ha llegado el momento de seguirle el juego. Cruzamos sus aposentos y, al llegar al vestíbulo, hace un gesto a los guardias con la barbilla. Abre la puerta que está justo enfrente de la suya. Atravieso el umbral con Midas pegado a mi lado y echo un vistazo a la habitación. A pesar de estar sumida en una penumbra casi absoluta, el blanquecino resplandor de la luna que se cuela por la

ventana me permite vislumbrar una cama repleta de cojines y almohadas.

Midas me suelta la mano y se dirige hacia la pared para correr todas las cortinas. Necesito descansar, dormir, reponerme. Me dejo caer sobre el colchón, un colchón tan mullido y esponjoso que parece estar hecho de plumas, pero apenas tengo fuerzas para acurrucarme bajo las sábanas.

Todos los músculos de mi cuerpo se ponen rígidos al notar que el colchón se hunde. Midas acaba de tumbarse a mi lado y, por lo visto, no va a perder el tiempo. Me envuelve entre sus brazos y se coloca de forma que mi cabeza termina recostada sobre su pecho. Soy como un bloque de hielo, un témpano que se niega a derretirse, que solo ansía escurrirse de ese incómodo abrazo.

—Relájate, Auren —me ordena—. Descansa. No me moveré de tu lado hasta que te duermas.

Por poco se me escapa un resoplido. «Qué gran consuelo», pienso para mis adentros. Sus palabras me tranquilizan tanto como saber que hay un monstruo agazapado bajo la cama. Solo que, en esta ocasión, el monstruo no está debajo, sino encima de ella, conmigo.

Pero la resignación y el cansancio le ganan la batalla a la rebeldía y a la resistencia.

Milímetro a milímetro, me acomodo en su abrazo. Sin embargo, cuando empieza a acariciarme el brazo, a dibujar espirales con la yema de sus dedos sobre mi piel, aprieto los labios. Me embarga el odio y la nostalgia, pero esta vez no pienso dejarme llevar por los sentimientos. Trato de contenerlos, de evitar que se hinchen en mis entrañas como se abotarga una nube tormentosa.

Vaciarme. Tengo que vaciarme, volverme insensible, levantar un muro indestructible tras el que esconderme y forjar una coraza a mi alrededor que Midas no pueda penetrar.

—Solo tengo ojos para ti, preciosa mía. —Su voz es como un murmullo en mitad de la oscuridad, una tentación irresistible que se desliza por sus labios.

Detesto que se le dé tan bien. No quiero que me sostenga entre sus brazos y, sin embargo, llevo semanas anhelando este momento. Él lo

sabe, vaya si lo sabe. Y por eso, mientras me colma de arrullos y carantoñas, una lágrima fría se escurre por mi mejilla hasta aterrizar sobre su túnica dorada.

—Te quiero, Auren.

«Mentiroso».

Es un mentiroso compulsivo. Un mentiroso retorcido, calculador, maquiavélico.

—Oh, he echado tanto de menos esto —comenta, entre bostezos. Tal vez eso sea verdad, o tal vez no sea más que otra de sus taimadas estrategias para encandilarme.

Sea como sea, me doy el capricho de regalarme este momento. Solo este. En honor a la joven inocente que perdió el gran amor que creía tener. Se lo merece. Se lo ha ganado a pulso. Porque este momento… es su despedida. Una despedida silenciosa, pero una despedida al fin y al cabo.

Debajo del rencor y de la falsa indiferencia yacen los pedazos de un corazón roto. Y esa parte de mí, esa joven de mirada desamparada, como la de un cervatillo perdido e indefenso, esa muchacha enamorada hasta la médula del que creía su salvador, llora desconsolada la muerte de su amado.

Así que, por ella y solo por ella, dejo escapar un suspiro tembloroso, un suspiro que vibra como un trueno. Y entonces apoyo el oído sobre su pecho por última vez para escuchar esa canción que creía que Midas tocaba para mí, y solo para mí.

Mientras Midas enrosca los dedos entre los mechones húmedos de mi melena dorada, afino el oído y, al oír el redoble constante de su corazón, derramo otra lágrima porque la melodía que entona su corazón no es de amor, sino de control, de posesión, de dominio. El sonido es tan ensordecedor que me cuesta creer no haberlo reconocido antes.

—Estás donde debes estar —susurra.

Cierro los ojos. De mis pestañas brotan lágrimas que se arrastran por mi mejilla como gotas de rocío.

Si nos intercambiáramos los papeles, si fuera su cabeza la que estuviera apoyada en mi pecho, ¿reconocería mi melodía? ¿Oiría el

latido de mi corazón y sabría interpretar la partitura? ¿Distinguiría el odio lírico?

Me quedo dormida con el canturreo de nuestros corazones de fondo, con esos acordes desafinados que jamás volverán a sonar armoniosos. Y así, al ritmo de esa cadencia disonante, la joven va despidiéndose en silencio de su gran amor.

Cuando me despierte, coseré los pedazos de este corazón roto. Me aseguraré de atarlos bien fuerte con hilo de acero. Al amanecer, mi corazón solo cantará para mí.

4

El rey Midas

El cenador de hierro forjado es el lugar idóneo para reflexionar. Desde ahí, y con aspecto más bien distraído, observo a los hombres que están trabajando en el jardín. El aire que se respira en el Quinto Reino es, en mi opinión, vigorizante, pues arrastra un frescor glacial que te despeja la mente, que te aclara las ideas. Es perfecto para pensar con claridad.

El banco sobre el que estoy sentado está acolchado. En otros tiempos, el cojín, forrado en cuero y relleno de paja, debió de ser muy cómodo, pero el paso del tiempo ha hecho estragos en él y ha perdido toda blandura.

Sobre ese mismo cojín se encuentra mi libro de cuentas, que parece estar fulminándome con la mirada. Esas páginas contienen todas mis anotaciones, todos mis planes, todas las cosas que pretendo hacer. El libro está escrito en código, un código que solo yo conozco y utilizo, aunque reconozco que jamás me separo de él. No puedes fiarte de nadie, por lo que toda precaución es poca. Y ahora mismo hay mucho en juego.

El peso que implica la responsabilidad de gobernar dos reinos empieza a notarse sobre mis hombros. La lista de asuntos que atender es infinita, y la presión a la que estoy sometido me hostiga día y noche.

Ahora que Auren ha regresado a mi lado, puedo centrar todos mis esfuerzos en Rocablanca. El reino me está exigiendo que le preste más atención.

Hasta día de hoy he podido calmar los ánimos, posponer decisiones y solucionar algunas quejas, pero sé que no puedo alargar esta situación mucho más tiempo. Traje conmigo oro suficiente para

sobrevivir a la transición, pero el ser humano es codicioso por naturaleza, y siempre quiere más. Los criados murmuran en los pasillos. Se preguntan por qué el Rey Dorado todavía no ha convertido nada en oro. La excusa de que quiero respetar el castillo de Rocablanca y conceder a sus súbditos un más que merecido tiempo de duelo por el fallecimiento de su rey empieza a levantar sospechas, y que las arcas que llegaron a rebosar de monedas de oro estén vaciándose, también.

Necesito que Auren vuelva al trabajo. Sin embargo, sé que debo tratarla con suma ternura y delicadeza, con la misma prudencia y cautela con que estoy abordando la política y diplomacia en Rocablanca. Estoy moviendo muchísimos hilos al mismo tiempo, y todos requieren concentración, sutileza, astucia.

Y por eso siempre vengo aquí, al cenador del jardín, donde el aire es gélido pero agradable, donde sé que no voy a distraerme.

Con el constante golpeteo de un martillo de fondo, contemplo las esculturas que adornan el jardín. La colección es impresionante, desde luego. Colocados sobre pedestales de piedra y ubicados a apenas un par de metros los unos de los otros, esos inmensos bloques de hielo están esculpidos con una maestría exquisita.

Desde esa preciosa glorieta, puedo disfrutar de unas vistas privilegiadas. Vislumbro una escultura tallada en forma de sauce llorón y, sobre la copa de ese árbol de hielo, distingo un ave maderera que deja al descubierto unas fauces afiladas en un graznido salvaje y mudo. Justo al lado de esa magnífica obra de arte se alza la estatua de hielo de una diosa sensual, con los brazos extendidos hacia el cielo y un vestido que ensalza una silueta que recuerda a la de un reloj de arena. Todas y cada una de esas esculturas están labradas con todo lujo de detalles. Algunas son tan altas que los artistas necesitan de una escalera para poder trabajar en ellas.

Con cinceles, martillos y un sinfín de paños para sacar brillo, los hombres se esmeran para mantener cada pieza en condiciones prístinas. Ese ejército de escultores nunca descansa; cuando no están dando forma a nuevas creaciones, se dedican a preservar las antiguas.

Salta a la vista que mi presencia en el jardín les incomoda, pero

ninguno aparta la vista de la figura de hielo que está grabando. Todos trabajan sin cesar. Y justo cuando me dispongo a abrir el libro de cuentas de nuevo, aparece un nuevo jardinero con el mismo uniforme púrpura que los demás.

Hay algo en él que llama mi atención de inmediato. Parpadeo varias veces para separar lo que estoy viendo ahora mismo de lo que una vez vi, para separar el presente del pasado.

Con una bolsa de cuero repleta de herramientas atada alrededor de la cintura, el artesano se encamina hacia la escultura de una espada apoyada sobre la punta y empieza a abrillantarla con un paño, sacudiendo los copos de nieve que se han acumulado a lo largo de la noche.

Es calvo y, a pesar de la distancia que nos separa, atisbo cuatro prominentes marcas en la coronilla, como si le hubiese arañado un tigre. Tiene esa expresión brusca y huraña de un hombre que podría esconder una sonrisa desdeñosa detrás de esa espesa barba blanca, pero estoy demasiado lejos como para comprobar si es cierto o no.

Mientras examina la escultura, hurga en el cinturón de herramientas hasta encontrar un par de anteojos que no tarda en colocar sobre la nariz. Y en ese instante ahogo un grito y un zarcillo de aire gélido se cuela entre mis dientes.

Es idéntico a mi padre.

No es él, por supuesto. A menos que hubiese hecho un pacto con los dioses y hubiese resucitado del mundo de los muertos. Pero esa barba, esa calva, esa piel bronceada, esos malditos anteojos, incluso la manera en que sujeta el martillo… me recuerdan al hombre que me vio nacer.

Silenus Midas.

Sile para todo el mundo, padre para mí, aunque «padre» es una palabra que se utiliza demasiado a la ligera. No era más que un borracho sin escrúpulos que, muy de vez en cuando, y cuando su estado de embriaguez se lo permitía, salía de casa y hacía algún trabajillo de carpintería en el pueblo.

Para él, yo no era más que el hijo bastardo al que despreciaba. Tenía que sacrificar parte de sus ganancias en comida y ropa para mí

y, puesto que prefería gastarse el dinero en cerveza, me odiaba por ello.

No sé si el odio acérrimo que yo sentía hacia mi padre formaba parte de mi propia naturaleza o si él se encargó de alimentarlo, pero lo cierto es que era lo único que nos unía. Nunca conocí a mi madre, pero a ella también la odiaba.

Por lo visto, era una mujer caprichosa, una veleta que navegaba sin rumbo, una mujer libertina que una noche bebió más de la cuenta y terminó en la cama de Sile. Nueve meses más tarde, nací yo.

En cuanto dio a luz, me abandonó en la puerta de Sile, junto con un cántaro de vino y seis monedas de oro, y nunca regresó. Sile no quiso dar con su paradero, o puede que ni siquiera se tomara la molestia de hacerlo, quién sabe.

Todavía no sé qué detestaba más de él. Si su perezosa desidia, su terrible adicción a la cerveza o su tendencia a darme palizas de muerte.

Pensándolo bien, tal vez lo que aborrecía más de mi padre era que fuese el hazmerreír del pueblo. Allá donde iba, le seguía una ristra de burlas, o gestos de desprecio, o miradas compasivas.

Y los vecinos me conferían el mismo trato que a él. Era un don nadie. El hijo bastardo de un borracho bastardo. Más pobres que una rata, sin una mísera moneda de cobre en el bolsillo. Y por su culpa no podía salir adelante, no podía aspirar a una vida distinta a esa.

El día en que cumplí la mayoría de edad y me convertí en un adulto legal de Orea, robé un cántaro de vino —un tributo socarrón en honor a mi madre— y lo dejé junto a su cama, en aquella diminuta cabaña destartalada en la que vivíamos.

No tardó en beberse hasta la última gota de vino y, un segundo después, fruto del estupor, perdió el conocimiento. Sin embargo, menos tardé yo en coger una piedra de pedernal y prender fuego a ese chamizo ruinoso. En el Primer Reino nunca llovía, por lo que el paisaje era árido, seco, desierto.

—¿Señor?

Aparto la mirada del escultor y me encuentro a mi consejero principal fuera del cenador, con la cabeza asomada entre las

balaustradas de hierro.

—¿Qué ocurre, Odo? —pregunto, y me apresuro en guardar mi cuaderno de notas en el bolsillo interior del chaleco.

—Mi rey, tenemos un problema.

Entorno los ojos.

—¿El príncipe Niven?

El vástago de Fulke es un niñato que se pasa el día lloriqueando por las esquinas. Es un muchacho bastante difícil. Otro asunto delicado que tengo que tratar con cuidado y con mucha mucha paciencia.

—No, esta vez no es el príncipe —informa Odo, que parece nervioso, inquieto. Echa un vistazo a los alrededores para comprobar que estamos solos, que nadie puede oír la conversación. Aparte de los escultores, allí no hay nadie más. He ordenado a mis seis guardias personales que me esperen en la entrada del castillo, en la garita.

—¿De qué se trata, entonces? —pregunto. Detesto que me interrumpan, y no me molesto en disimularlo.

—Es vuestra esposa, señor.

Se me anquilosan los hombros.

—Hmm. ¿Al fin hemos recibido un mensaje?

—Sí, pero no de la reina.

Le atravieso con la mirada, retándole así a dar más explicaciones, a revelarme los detalles del misterioso mensaje. Odo apoya un brazo sobre la barandilla y se inclina hacia delante para que solo yo pueda oírle. En el Quinto Reino, hasta las esculturas de hielo tienen oídos.

—Al parecer, la ausencia de comunicaciones con Alta Campana no se debía a las tormentas de nieve que azotan el reino. La reina Malina ha tomado la deliberada decisión de detener toda correspondencia en el castillo, de forma que no se recibe, ni tampoco se envía, ninguna misiva. Los halcones mensajeros que enviamos por fin han regresado, pero ninguno traía consigo una carta.

Me recuesto en la banqueta y, con la mirada clavada otra vez en los jardines, empiezo a cavilar. Tamborileo los dedos sobre la pierna, pensativo.

—¿Qué se trae Malina entre manos? —farfullo entre dientes. Así que está tramando algo. Mentiría si dijese que la noticia me ha pillado

por sorpresa, sobre todo después de que intentara convencerme de que no siguiera adelante con mi plan de apuñalar a Fulke por la espalda. Sin embargo, lo que sí me ha dejado asombrado es que haya tenido la osadía de traicionarme.

Odo continúa.

—Vuestros espías de Alta Campana aseguran que la reina se dejó ver por los bajos fondos de la ciudad. Muchos fueron quienes la vieron regalando toda clase de obsequios al pueblo, aunque he oído rumores de que hubo detractores que causaron cierto revuelo.

—¿Acudió a la ciudad por pura caridad? —pregunto, incrédulo. Malina jamás se preocuparía por la gente de Alta Campana, a menos que pudiese obtener algún tipo de beneficio, claro está.

Al oír mi voz, varios escultores empiezan a mirarme por el rabillo del ojo. Me levanto y me marcho de mi remanso de paz particular, de ese precioso cenador. A mis espaldas, Odo echa a correr para tratar de alcanzarme por el sendero adoquinado que conduce a la entrada de palacio. Ahí están mis guardias, tal y como sospechaba. Paso de largo.

—Los nobles de Alta Campana también hablan, comentan, cuchichean —prosigue Odo mientras atravesamos el inmenso zaguán del palacio. Una alfombra violeta mullida y larguísima amortigua mis pisadas y las paredes, construidas en piedra y revestidas con una fina capa de cristal, reflejan la luz que se cuela por la ventana en forma de estrella de diez puntas que ocupa el centro de la bóveda.

—¿Y qué dicen? —pregunto, y, en un movimiento algo brusco y súbito, viro hacia la derecha para dirigirme a la escalinata que conduce a mis aposentos. Por ahora, sigo alojado en el ala reservada para invitados y huéspedes. Con Niven todavía vivo y la reciente muerte de Fulke, es la opción más sensata para mantener las apariencias. Sin embargo, esa es otra de las cosas que va a cambiar, y pronto.

La respiración de Odo se vuelve fatigada, entrecortada, pero mi asesor no se rinde y sigue ahí, pisándome los talones mientras subo a toda prisa los peldaños de la escalera.

—Que la reina… En fin, que la reina Malina viste el blanco, señor.

Freno en seco, me doy la vuelta y le fulmino con la mirada.

—¿Qué?

Odo se agarra al pasamanos de la escalera y, entre jadeos, trata de recuperar el aliento antes de contestar.

—Según cuentan, la reina no ha vestido el dorado en ningún acto público, majestad. Ya no luce vestiduras doradas y, al parecer, no ha vuelto a presumir de la colección de tiaras y coronas que vos mismo convertisteis en joyas de oro. Incluso los guardias personales de la reina han cambiado de armadura. No son habladurías, pues he consultado varias fuentes y todas han confirmado lo mismo.

Rechino los dientes de impotencia, de rabia. ¿Así es como Malina cree que puede ponerme a prueba, que puede desafiarme? No solo se está negando a vestir un color; el oro simboliza mi poder, mi reinado. No es un simple cambio de armario. Es un mensaje.

—¿Qué queréis que haga, mi rey?

Sopeso mis opciones durante unos segundos.

—Nada, todavía. Quiero todos los informes encima de mi escritorio hoy mismo. Por la mañana decidiré qué hacer con ella.

—Como ordenéis, majestad. También está el asunto de las peticiones de oro. Cada día que pasa recibimos más y más solicitudes.

—Recuerda a dichos solicitantes que el reino todavía está de luto. Hacer ostentación de mi poder cuando acaban de enterrar a su rey no solo sería insolente por mi parte, sino también una falta de respeto imperdonable —respondo con tono autoritario—. Asumiré todas las deudas de Rocablanca. En cuanto a todos esos nobles que pretenden llenarse los bolsillos, dales un puñado de monedas a cada uno. Con eso bastará, al menos de momento.

—Las arcas están vacías, majestad.

No doy crédito a lo que acabo de oír.

—¿Vacías? ¿No queda nada de todas las riquezas que trajimos?

Odo trata de disimular una mueca de dolor, pero fracasa en el intento.

—Bueno, es que recibimos muchísimas peticiones. Todo el mundo quería hacerse con un pedazo de vuestro poder mágico. También hemos ido repartiendo las baratijas doradas, majestad. De la montaña que trajimos de Alta Campana, apenas quedan unas pocas.

Aprieto los dientes con tal fuerza que me cruje el hueso de la mandíbula. El tiempo apremia. Si no empiezo a hacer gala de mi poder pronto, voy a levantar sospechas y mi prestigio como monarca se verá debilitado, algo que no puede suceder.

Me doy la vuelta y subo el resto de los peldaños, pero mi asesor, que a veces puede ser un verdadero incordio, me sigue hasta mis aposentos privados. Ni siquiera tengo que abrir la boca. Una mirada basta para que mis guardias se peguen a la pared del pasillo y nos dejen vía libre para entrar en mi habitación.

—Señor, hay una pequeña complicación más —dice Odo con un hilo de voz y, con pulso tembloroso y esas manos repletas de manchas que delatan su avanzada edad, cierra la puerta.

Está acabando con mi paciencia. Resoplo.

—¿Y ahora qué?

Tengo que leer los informes que detallan lo que ha ocurrido en Alta Campana desde que partí de palacio. Tengo que lidiar con la ramera de hielo que se hace llamar mi esposa.

Una vez que conozca todos los detalles, podré comenzar a orquestar un plan. Y entonces ya podré ir a ver a Auren. Lleva durmiendo dos días seguidos. Llegó a palacio exhausta, sin duda. No quiero imaginarme las penalidades que tuvo que vivir junto con el ejército del Cuarto Reino. He preferido dejarla tranquila estos días y la he colmado de todas las comodidades, lujos y caprichos que se me han ocurrido. Las sedas más suaves y elegantes, las almohadas más afelpadas y mullidas. La he agasajado con toda clase de libros y perfumes. Incluso le he regalado un arpa nueva.

Albergo la esperanza de que, una vez que haya descansado y se haya recuperado, vuelva a ser la misma de siempre. Necesito que vuelva al redil porque hay mucho trabajo por hacer. No puedo permitirme el lujo de seguir retrasando los cambios que quiero hacer en el castillo y se me están acabando las excusas para no llenar las arcas del reino.

Mi autoridad y prestigio en Rocablanca penden de un hilo o, para ser más exactos, de los bolsillos de los nobles y aristócratas, que esperan ansiosos que los llene a rebosar de riquezas. Debo

apresurarme, recordar a todos los súbditos de este reino la clase de monarca que soy y persuadirles para que apoyen mi nombramiento como rey aquí. Ya lo hice una vez en Alta Campana. Ahora sé cómo ganarme el favor del pueblo. Sé cómo tomar el mando de un reino. Lo primero de todo es mostrarte espléndido y generoso, compartir tu fortuna con obsequios y presentes, embaucar a la nobleza y al consejo real con una actitud benevolente, encandilar a los plebeyos con una presencia cegadora. Y entonces, poco a poco, vas ganándote su confianza, vas haciendo que dependan de ti, de tus riquezas, de tu dadivosidad. La avaricia no conoce límites y, en poco tiempo, todos lucharán con uñas y dientes por hacerse con el favor del rey para así disfrutar de sus beneficios.

Y cuando termine ya no habrá ninguna disputa sobre quién debe gobernar Rocablanca. Yo, un rey capaz de convertir este reino en un reino próspero e inmensamente rico, o el hijo mojigato de un rey muerto.

—Como bien sabéis, el sanador visitó a las monturas en cuanto llegaron a palacio, tal y como vos ordenasteis —me informa Odo.

Arqueo una ceja.

—¿Y?

—El sanador acaba de confirmar un diagnóstico en particular, y me ha pedido que os transmita un mensaje de inmediato —prosigue mi asesor. Es evidente que está nervioso, pues no deja de peinarse ese anillo de pelo canoso que luce en la coronilla—. Por lo visto… Por lo visto una de ellas está encinta.

Me quedo de piedra.

Al oír esas palabras, siento un hormigueo en la espalda y el alud de pensamientos se detiene en seco, como si se hubiese quedado congelado en el tiempo y en el espacio. Tardo un segundo en reaccionar. Me acerco a Odo y le agarro por el cuello de su camisa dorada.

—¿Qué acabas de decir?

Odo abre esos ojos azules y pálidos y ancianos, y todo su cuerpo se pone rígido en cuanto lo levanto del suelo. Menea los pies, pero solo consigue rozar las baldosas con la punta de los dedos.

—E… Ella asegura que el hijo es vuestro, majestad —farfulla con voz ahogada.

«Un hijo bastardo…».

Lo suelto con una brusquedad tosca y él se tambalea, pero enseguida se apoya en la pared para recobrar el aliento, y la compostura.

—Es obvio que esa ramera está mintiendo. Pretende chantajearme a cambio de su silencio. O quizá sea una llamada de atención. Sea como sea, estoy convencido de que quiere algo, Odo. Mis monturas toman hierbas, un remedio que nunca ha fallado.

—Señor, el remedio había demostrado ser infalible, hasta hoy. El sanador ha confirmado…

Alzo una mano en un gesto airado y Odo se encoge, atemorizado.

—Entonces se ha follado a otro. Estuvo con los soldados del Cuarto Reino y, antes de eso, con los malditos piratas de nieve —recalco—. Despídela de inmediato. Su labor en la corte ha terminado. No quiero una montura infiel entre mis empleados.

Odo se atusa el cuello arrugado de la camisa. Todavía le tiemblan las manos. Empiezo a caminar de un lado al otro de la habitación, nervioso. Él me observa, como si quisiera decir algo más.

—El sanador, al igual que vos, también desconfió de la palabra de la montura, y por eso tardó más de lo habitual en dar la voz de alarma. Quería asegurarse antes de decir nada pero, según sus cálculos, hace casi tres meses que está en estado de buena esperanza, lo que significa que todavía estaba en Alta Campana cuando se quedó embarazada.

Por mi mente ruedan decenas de especulaciones. El latido de mi corazón me golpea la cabeza con el mismo ímpetu que un escultor moldea un bloque de hielo con el martillo, un cincel que me atraviesa el cráneo, que me exaspera. No me gustan las sorpresas.

Las monturas reales estaban casi tan protegidas como Auren. Ideé un estricto sistema de rotación de guardias para evitar esta clase de situaciones. Ninguno de mis hombres se habría atrevido a meterse en el lecho de una de mis monturas para cabalgarla. Tengo que cambiar a los guardias que custodian a las monturas, por si acaso. Toda precaución es poca.

Si al sanador no le han fallado los cálculos, si realmente el bebé es mío…

—¿Quién más lo sabe?

—Nadie —me asegura—. El sanador solo me ha informado a mí, majestad.

Asiento con aire distraído.

Odo, todavía con los nervios a flor de piel, no deja de retorcerse las manos mientras yo voy dándole vueltas y más vueltas al asunto.

—¿Queréis que haga algo al respecto?

—Todavía no —digo—. Puedes retirarte.

El hombrecillo se despide con una más que rápida reverencia y se escabulle a toda prisa de mis aposentos. Sospecho, y sé que no me equivoco, que estaba ansioso por marcharse.

Ahora que por fin estoy solo, me acerco al escritorio, apoyo las manos sobre el inmenso tablón de madera y clavo la mirada en la pila de papeles y documentos que hay encima, aunque no soy capaz de leer ni una sola palabra. Mi mente está demasiado ocupada diseñando un plan, como el marinero que contempla las estrellas para trazar una carta de navegación.

Cierro los puños, preso de la impotencia y la irritación. Malina, Auren y ahora esta ramera. Malditas mujeres, ellas son la causa de todos mis problemas. Por eso uno nunca debe fiarse del sexo femenino, una valiosa lección que aprendí de mi madre.

Estoy haciendo una labor importantísima, y no puedo permitir que nada me distraiga o me impida seguir adelante con mis planes.

Fui yo quien sacó a Alta Campana de la ruina más absoluta, quien pagó sus deudas y quien transformó el reino en un símbolo de riqueza y prosperidad. ¿Y ahora Malina tiene la osadía de desafiarme, de ponerme a prueba? No es más que una mujer amargada y resentida, una inepta que ni siquiera ha podido darme un heredero. Tuvo suerte de que me casara con ella. Lo mínimo que cabría esperar por su parte es una pizca de respeto y gratitud, pues mantuvo la corona porque yo lo permití.

Me invaden recuerdos de mi infancia, de mi madre, de los niños del pueblo que se reían a mis espaldas y me miraban con desprecio, del

párroco que me echó a patadas de la capilla por ir sucio y llevar ropa harapienta, de los comerciantes del mercado que susurraban «bastardo» cada vez que me veían deambular por sus puestecillos.

Después de tantos años cumpliendo con mi deber, tratando de preñar a esa mujer fría y apática, así es como me lo agradece.

En el fondo, sabía que Malina era estéril, que su vientre era un erial infecundo.

Ahora he dejado embarazada a una montura. Estoy tan furioso que me rechinan los dientes.

Sin embargo, mientras mi mente trata de desenredar esa nueva madeja de hilos, comienzo a vislumbrar un amplio abanico de nuevas posibilidades, de nuevos nudos que atar. Nudos que, tal vez, sean justo lo que necesito para reforzar las costuras de mi reinado.

La llegada al mundo de un hijo puede ser todo un acontecimiento. Después de todo, no se me ocurre nada mejor que un bebé para que la familia real se gane el cariño del público. Tal vez incluso me sirva para afianzar mi autoridad y reputación aquí, en Rocablanca. Lástima que sea un condenado bastardo, y no un hijo legítimo.

Me pongo derecho, dejo caer los brazos a los lados y sonrío. No, lo que necesito es un heredero.

5

Auren

Me despierto de un sobresalto y enseguida me incorporo en la cama, asustada y desorientada.

Por un momento, no sé dónde estoy. No distingo el fuerte olor del cuero de una tienda a oscuras, ni me ciega el resplandor dorado de un techo abovedado. A mi alrededor vislumbro una tela de color lavanda que cuelga del dosel de la cama sobre la que estoy tumbada, una cama que siento ajena, una cama que no me resulta en absoluto familiar.

Parpadeo varias veces y por fin consigo situarme. Sé dónde estoy. Sé quién me acompañó a esa cama anoche. Palpo las sábanas y noto que están frías. La quietud que reina en la habitación me lleva a pensar que estoy sola. La única prueba de que alguien más ha estado aquí es el agradable crepitar del fuego que cruje en la chimenea, que está en la otra punta de la habitación.

Después de pasarme varias semanas rodeada por decenas de soldados del Cuarto Reino, la tranquila privacidad que me brinda esa habitación me resulta abrumadora, casi sobrecogedora. Ya me había acostumbrado a ese respirar plácido y sosegado de Rip mientras dormía en su camastro, al aroma del cuero mojado, al cálido resplandor anaranjado de las brasas que ardían entre nosotros.

La habitación está decorada con un gusto exquisito, desde luego. Es lujosa y, a la vez, acogedora. Contemplo la almohada sobre la que Midas recostó anoche su cabeza y, sin embargo, lo único que veo es la silueta oscura de Rip al otro lado de la tienda, el fulgor de su mirada azabache.

Me llevo una mano al pecho porque siento una punzada de dolor en el corazón, un dolor que nada tiene que ver con Midas. Trato de convencerme de que el sabor amargo de la traición no me está

obstruyendo la garganta, de que esa angustia y desazón no vienen de un hombre con raíces en la mandíbula, ni tampoco de un desconocido de mirada verde.

—Olvídate de él —murmuro.

Ocuparme de Midas. Lidiar con él. Olvidarme de Ravinger. Eso es lo que debo hacer.

Tomo una profunda bocanada de aire para tratar de tranquilizarme y meto todas esas emociones en una cajita, deslizo la tapa y echo el pestillo para que no pueda abrirse jamás. No tengo tiempo, ni ganas, para esa clase de distracciones. Tengo que cauterizar los pedazos de mi corazón, que todavía sigue roto y ensangrentado, para poder empezar a elaborar un plan.

Gruño al rodar los hombros, que siento anquilosados, y cuando estiro los brazos para desperezarme, me crujen varios huesos. No sé cuántas horas he dormido, pero entre los resquicios de las cortinas que cuelgan frente a los enormes ventanales que dan al balcón se cuelan unos minúsculos rayos de luz, por lo que supongo que ya ha amanecido.

Aparto las sábanas doradas y me pongo en pie, pero en cuanto la punta de los dedos roza el suelo, mi piel desnuda empieza a humedecerse y, en un abrir y cerrar de ojos, el blanco de la alfombra se tiñe de dorado. Debería haberme puesto unos calcetines antes de acostarme, aunque tampoco importa demasiado. Una de las pocas ventajas de estar con Midas es que todos asocian los efectos de mi poder mágico con él, así que no tengo que molestarme en ocultarlo.

A pesar de estar un tanto soñolienta y sentirme profundamente triste y abatida, saco fuerzas para controlar ese flujo de magia, una magia a menudo terca y caprichosa, y no transformar la alfombra en un enorme lingote de oro sólido. Junto a la cama hay un par de pantuflas que parecen estar esperándome. Me las calzo antes de ir a por algo de ropa.

Entro en el vestidor, que me recibe con un resplandor algo sombrío y lúgubre. Cruzo la estancia y cada vez que un rayo de luz matutina me acaricia la piel, noto un cosquilleo suave y placentero. Ese inmenso armario me está ofreciendo todo un mundo nuevo de

posibilidades, con docenas de vestidos y túnicas de todas las tonalidades de púrpura que uno puede imaginar.

Me decanto por un vestido con un escote en la espalda bastante pronunciado para poder acomodar las cintas. En cuanto toco la tela, unas gotas doradas rezuman de mis manos y la tela de terciopelo violeta se tiñe de inmediato, como quien derrama un tintero sobre un pergamino.

Abro el primer cajón de la cómoda. Me enfundo unos guantes y unas medias de lana bastante gruesa y abrigada. Hurgo en los cajones, pero no logro encontrar una túnica o algo de calcetería para ponerme debajo del vestido. Ahí solo hay montones y montones de prendas de encaje con toda clase de blondas, bordados y calados. Escojo una prenda al azar, la extiendo frente a mí y la observo con detenimiento. Tardo un buen rato en darme cuenta de que ese delicado y elaborado retal de tela es, en realidad, ropa interior.

—A ver, es imposible que esto sea cómodo —farfullo para mí. Pero, a menos que quiera ir desnuda bajo el vestido, es la única opción que tengo ahora mismo.

Con un suspiro de resignación, me quito el camisón y me pongo ese minúsculo trozo de tela. Me acerco al espejo y no puedo evitar arquear las cejas. Estoy anonadada. Me doy la vuelta para poder admirar mi silueta desde todos los ángulos posibles. Reconozco que ese refinado encaje se asienta de maravilla sobre mis curvas.

—Lo bueno es que resalta mis nalgas y me hace un culo precioso.

Por suerte, la suavidad de las calzas ayudará a contrarrestar la ausencia de abrigo del encaje. A decir verdad, no es tan incómodo como pensaba. El vestido, en cambio, es otro asunto.

Por lo visto, las mujeres del Quinto Reino no necesitan respirar. Las tablillas del corpiño están hechas de una madera que, a mi juicio, es demasiado gruesa. Es tan ceñido al cuerpo que tengo que inspirar hondo y contener la respiración solo para ponerme el condenado vestido.

Echo un vistazo al resto de los atuendos del armario, pero todos están cortados por el mismo patrón. Ese corsé, además de no dejarme respirar, me aplasta los senos de tal manera que los empuja hasta el

cuello y siento tal opresión en las costillas que temo que alguna vaya a partirse en cualquier momento. Actúo sin pensar, por puro impulso. Mis cintas empiezan a romper las varillas, una tras otra, hasta que el corpiño cede y, por fin, puedo respirar con normalidad.

Me acerco de nuevo al espejo y examino el corpiño, que ahora se ve un pelín deforme. Al partir las tablillas, las costuras que las recubren han adoptado unos ángulos un tanto extraños, y la tela ya no queda tan ajustada al torso. Dibujo una sonrisa.

—Mucho mejor —digo, y asiento.

Después de ponerme los zapatos y ajustarme bien los guantes, mis cintas se encargan de arreglarme esa maraña de pelo con varias trenzas que después sujeto con horquillas alrededor de la cabeza.

En lugar de esconder mis cintas por completo, las envuelvo alrededor de mis caderas, como si fueran un cinturón, pero sin apretarlas demasiado. Les doy varias vueltas, las justas para que no se arrastren por el suelo. Y ya estoy lista.

A ojos de los demás, lo más probable es que parezca la misma de siempre. Que me tomen por la montura dorada, la preferida de Midas, la muchacha que el rey tocó y convirtió en oro.

Pero si miraran más allá de sus narices, advertirían un brillo distinto en mi mirada. Quizá incluso repararían en que, de vez en cuando, tuerzo hacia abajo la comisura de los labios, un gesto que delata el descontento y decepción que siento ahora mismo.

Regreso a mi habitación, me encamino hacia la puerta, cojo aire y la empujo con fuerza. Salgo con aire decidido, sin titubeos ni vacilaciones, y siento un escalofrío a lo largo de la espalda.

Mi repentina aparición sorprende a los guardias que custodian mis aposentos y vigilan el pasillo. Dos de ellos, los encargados de vigilar la puerta, incluso dan un respingo. Los otros cuatro me siguen con la mirada, una mirada que denota incredulidad, además de asombro. No puedo perder ni un segundo, así que empiezo a caminar pasillo abajo.

—Ejem…

Oigo una serie de murmullos a mis espaldas.

Susurros nerviosos, confusos.

—¿Se le permite salir de su habitación?

—No lo sé… ¿Tú qué opinas?

—¿Por qué me lo preguntas a mí?

—¿Mi señora? —llama uno de ellos.

Me doy la vuelta con una espléndida sonrisa en la cara. Los seis guardias me están mirando con los ojos como platos.

—¿Sí?

El soldado que me ha llamado tiene el pelo castaño claro y lo lleva muy muy corto, casi rapado, y luce unas patillas bastante grandes y espesas.

—Disculpadme, mi señora, pero se supone que debéis permanecer en vuestros aposentos.

Entorno los ojos.

—¿En serio?

Los seis guardias intercambian varias miraditas de incertidumbre y preocupación. No saben qué hacer y esa indecisión se aprecia con la misma claridad con que distingo mi reflejo en las armaduras doradas y relucientes que protegen a mis escoltas.

—Eh… ¿Sí? —responde él, titubeante—. Habéis estado durmiendo casi tres días seguidos. ¿Quizá os vendría bien… descansar un poco más?

La noticia me deja pasmada. «¿Tres días?».

Ladeo la cabeza.

—Si he estado durmiendo casi tres días seguidos, como bien has dicho, me parece que he descansado bastante. ¿Cómo te llamas?

Al tipo se le sonrojan las mejillas, como si le hubiera preguntado algo escandaloso, o impío. Y tal vez sea así, pues intuyo que Midas les ha prohibido terminantemente hablar conmigo. Se aclara la garganta antes de contestar.

—Scofield, mi señora.

—Dime, Scofield, ¿soy una prisionera? —pregunto.

El guardia, que está acongojado, abre los ojos.

—No, por supuesto que no.

—Bien. Me alegro de que hayamos aclarado ese asunto —digo con una sonrisa de oreja a oreja—. Y ahora, si me disculpáis.

Me doy la vuelta y me marcho con andares ligeros, pero no

apresurados. Mis centinelas se quedan atónitos y, durante unos instantes, parecen haber enmudecido. De repente, uno de ellos escupe una blasfemia y de inmediato se enzarzan en una acalorada discusión, aunque lo hacen sin gritar, por lo que no logro escuchar lo que dicen. Unos segundos más tarde, oigo los tremendos pisotones de dos de esos guardias corriendo tras de mí.

Al llegar a la escalera, los miro por encima del hombro.

—Oh, lo habéis echado a piedra, papel y tijera y vosotros dos habéis perdido, ¿verdad?

No me sorprendo al ver que Scofield es uno de ellos.

—No sé de qué piedra, papel y tijera estáis hablando, mi señora. Soy el único que formó parte de la guardia que velaba por vuestra seguridad en Alta Campana. Y por eso los demás, ejem, han sugerido que me quede con vos. Y aquí Lowe sirvió a las órdenes del rey Fulke, así que conoce este castillo mejor que nadie.

Miro a Lowe de refilón. Es un joven bajito y pelirrojo que, a juzgar por su ademán nervioso e inquieto, preferiría estar en cualquier otra parte antes que aquí.

—Excelente. Quería dar una vuelta por el castillo, así que me vendrá bien tu ayuda.

—¿Una vuelta? —pregunta Lowe, como si la palabra le resultara repugnante.

—Es mi primera vez en Rocablanca, y me encantaría visitar el palacio. Empecemos por las cocinas, si no hay inconveniente, claro.

—Mi señora, si lo que deseáis es comer alguna cosa, no hace falta que bajéis hasta las cocinas. Podemos enviar a un criado ahora mismo —se ofrece, esperanzado.

Scofield apoya la propuesta, tal y como era de esperar.

—Claro, claro. Os pueden preparar lo que os apetezca, mi señora. Nosotros nos encargaremos de que os lo suban a vuestra habitación. No tenéis que molestaros en ir hasta allí.

—Oh, no voy a ir a las cocinas solo por la comida. Quiero estirar un poco las piernas, eso es todo —respondo con aire distraído y, al llegar al descansillo de la escalera, me detengo y me doy la vuelta—. Por cierto, tan solo hay una norma que os ruego respetéis. Es una cuestión

de vida o muerte —digo, y esa repentina seriedad parece atemorizar a los dos guardias—. Ninguno de los dos podéis tocarme. Bajo ninguna circunstancia.

Abren tanto los ojos que por un momento creo que se les van a salir de las órbitas. Me habría echado a reír, pero me contengo. Quizá he pecado de exagerada. Quizá no debería haber sido tan tajante. Quizá no debería haber utilizado un tono tan autoritario. Pero tenía que asegurarme de que captaban el mensaje. Midas ya sentó precedentes cuando estableció la norma de que nadie, salvo él, podía tocarme, así que lo único que debo hacer es recordarles que deben cumplirla o, de lo contrario, deberán asumir las consecuencias.

—Da igual que esté a punto de ser arrollada por un carruaje, o que una víbora se haya colado entre mis sábanas, o que, en un gesto de amabilidad y cortesía, me ofrezcáis el brazo para ayudarme a bajar una escalera a la que le faltan varios peldaños —prosigo—. La norma es muy clara: no podéis tocarme. Jamás. Aunque consideréis que mi vida corre peligro, aunque vuestras intenciones sean honestas y honradas, el rey Midas os mandaría matar al instante. ¿Lo habéis entendido?

Lowe se muerde la mejilla, nervioso. Mi discurso solo ha servido para aterrorizarlo todavía más. Scofield, en cambio, asiente con la cabeza.

—Conozco las normas, mi señora. El rey las dejó muy claras desde el primer día —dice, y después aparta la mirada y murmura—: Tal vez no fue tan explícito como vos, pero…

Reprimo un resoplido.

—Está bien. Vosotros aseguraos de cumplirlas y no tendréis problemas —resuelvo. Inspiro hondo y miro a mi alrededor—. A ver, ¿por dónde están las cocinas?

—Hacia la izquierda, mi señora —responde Lowe.

No hay tiempo que perder. Me vuelvo y me encamino hacia esa dirección mientras estudio cada detalle de ese grandioso palacio. Me fijo en los carámbanos dentados bordados en las alfombras. Son la insignia de Rocablanca. Me encantaría pasar una mano por esas peculiares paredes, pero logro refrenar el impulso. A pesar de estar

construidas en piedra y revestidas por una fina capa de cristal, parecen de hielo. Es un efecto óptico, un juego arquitectónico espléndido. Un escalofrío me recorre todo el cuerpo. Tengo la sensación de estar caminando por un túnel de hielo y, por si no fuese suficiente, el aire se siente frío, como si la brisa glacial que sopla en el exterior se estuviese colando por cada resquicio del techo, por todas las grietas de cada rincón.

—¿El rey Ravinger se aloja en esta planta? —pregunto, curiosa. En cuanto articulo las palabras en voz alta, me arrepiento y me muerdo la lengua. Qué más da que esté en esta planta, o mil plantas por debajo, o en el mismísimo infierno. No debería importarme.

De hecho, no me importa.

—Tengo entendido que sus aposentos están en otra ala del palacio, mi señora —contesta Scofield.

Emito un ruidito evasivo y gutural, y asiento con cierta rigidez. «Olvídate de él», gruño para mis adentros.

Bajamos un piso y nos cruzamos con una criada que, al reconocerme, se queda petrificada en mitad del pasillo. Un segundo después, reacciona y pega su cuerpecillo a la pared, como si le aterrorizara que pudiera tropezarme y caerme de bruces sobre ella. Aunque intuyo que su mayor miedo es el castigo al que Midas la sometería por haber tenido la desfachatez de tocarme. A decir verdad, no la culpo por ello. No es una situación descabellada, pese a que parezca justo lo contrario.

La saludo con la mano en un intento de mostrarme amable y considerada, pero al ver el montón de pañuelos y retales que tiene entre las manos, me paro frente a ella.

—¿Puedo coger uno?

Ella parpadea.

—¿Qué?

—Los pañuelos, ¿puedo coger uno, por favor?

La muchacha sigue estupefacta, atónita. Unos instantes más tarde consigue reunir el valor necesario para responderme.

—Por supuesto, mi señora. Coged cuantos gustéis.

—Gracias.

Saco un pañuelo al azar y finjo no darme cuenta de que está muerta de miedo.

En cuanto tengo el pañuelo en la mano, se inclina en una torpe reverencia y se escabulle a toda prisa por el pasillo. Intento contener un suspiro, pero fracaso. Esa es otra de las irrefutables pruebas de que vuelvo a estar en un castillo controlado por Midas. En el fondo, sé que lo más sensato y prudente es que mi presencia asuste a la gente. Lo último que querría es hacer daño a alguien sin querer. Sin embargo, debo admitir que me había acostumbrado a no provocar esa clase de reacciones y, para qué engañarnos, me gustó la sensación. Durante las semanas que conviví con el ejército del Cuarto Reino, ningún soldado se estremeció al verme, ni salió corriendo despavorido, ni apartó la mirada por temor a las consecuencias. Y eso me hizo sentir como… como una persona normal.

Por el rabillo del ojo, veo que Scofield y Lowe miran el pañuelo con el ceño fruncido, extrañados. Me lo guardo en el bolsillo enseguida y farfullo una excusa.

—Una nunca sabe cuándo va a pillar un resfriado —digo, aunque a juzgar por su expresión, no los he convencido—. Y… en este castillo hay muchas corrientes de aire.

Soy una mentirosa pésima, pero los guardias no musitan palabra, tan solo asienten con la cabeza. Me doy media vuelta y continúo caminando con paso firme y decidido, siguiendo las indicaciones de Lowe al pie de la letra hasta llegar a las cocinas de palacio. Sin embargo, a medida que nos vamos acercando, empiezo a percibir el inconfundible olor que siempre reina en una buena cocina.

En cuanto cruzo el umbral de la puerta, me embriaga el aroma del pan recién salido del horno. La estancia es inmensa, pero hay tanto vapor y tanto humo que me da la sensación de estar metiéndome en una nube. Dedico unos segundos a inspeccionar la cocina, y me llama la atención que todos los que trabajan ahí no levantan la vista de la tarea asignada.

Cuando les he dicho a los guardias que me apetecía dar una vuelta, no mentía. Quiero empezar a familiarizarme con el palacio de Rocablanca, a hacerme una ligera idea de qué puedo encontrar en

cada una de las alas, y pensé que las cocinas, uno de los pocos rincones inocentes y hogareños de un castillo, serían un buen punto de inicio.

Por fin una cocinera con la cara empapada en sudor y un delantal lleno de manchas se percata de mi presencia allí y, al reconocerme entre esa neblina espesa, abre los ojos como platos.

—¿Mi señora?

—Hola —saludo con una sonrisa.

La mujer deja lo que estaba haciendo y viene hacia mí. El resto del servicio se queda inmóvil y en silencio. Todos me miran boquiabiertos, como si les costara creer que soy real, que no soy un mito, sino una persona de carne y hueso.

—¿Puedo…? ¿Puedo ofreceros algo, mi señora? —pregunta algo nerviosa, y lanza una mirada a los guardias.

Echo un fugaz vistazo a mi alrededor, a todos esos hombres y mujeres aturdidos y anonadados, y empiezo a dudar de si esas cocinas son, después de todo, un rincón inocente y hogareño.

—Oh, ¿podrías darme alguna pieza de fruta?

Aunque no puedo ver a Lowe porque está detrás de mí, intuyo que está echando humo por las orejas.

—Por supuesto, mi señora.

La cocinera serpentea entre las encimeras de la cocina hasta llegar a los fogones y regresa con una cesta a rebosar de manzanas. Elijo la más grande y jugosa de todas.

—¿Os apetece algo más? ¿Pan? ¿Una tabla de quesos? ¿Queréis que envíe a un criado a la bodega a por un cántaro de vino…?

El vino es una tentación irresistible, pero niego con la cabeza.

—No hace falta, pero muchas gracias —digo. Bajo la barbilla en señal de despedida y, en cuanto salgo de las cocinas, ese silencio contenido se rompe en un sinfín de murmullos y cuchicheos.

—Me había parecido entender que no teníais hambre, mi señora —comenta Lowe con cierto retintín.

Guardo la manzana en el bolsillo, junto con el pañuelo, y lo miro por encima del hombro con ademán despreocupado.

—Una dama tiene todo el derecho a cambiar de opinión. Y bien,

¿adónde deberíamos ir ahora?

Los guardias intercambian una mirada de inquietud, de desazón. Admito que verlos así de atemorizados me divierte muchísimo.

—Deberíamos consultarlo con el rey…

Interrumpo a Scofield *ipso facto*.

—El rey Midas es un hombre muy ocupado y está sometido a una enorme presión. Lo último que querría es que le molestaran mientras está trabajando. Solo estamos dando un paseo por el castillo, nada más —digo, y, sin concederles derecho a réplica, me doy media vuelta y prosigo con mi camino—. Oh, ¿por qué no me enseñáis la biblioteca?

—¿La… la biblioteca, mi señora? —repite Lowe.

—Sí, ya sabes, ese lugar donde se guardan libros de historia y alguna que otra novela romántica.

Al ver que Lowe sigue vacilando, arrugo la frente.

—¿Acaso en Rocablanca no está bien visto leer, o qué?

—No, es solo que… Es solo que la biblioteca real no está abierta al público. A menos que seáis miembro de la familia real, debéis concertar una cita con los escribas.

Uau, este palacio es muy escrupuloso con los libros que atesora.

—De acuerdo, entonces concertemos esa cita.

Lowe parpadea varias veces, incrédulo.

—¿Ahora?

—No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy. No me he enfundado este vestido para nada, caballeros. No ha sido tarea fácil, os lo aseguro —digo, y señalo el corpiño roto del vestido—. Oh, ¿y el castillo tiene un jardín?

Lowe vuelve a parpadear. El pobre está a punto de sufrir un infarto. Al parecer no le gustan los paseos, ni los libros, ni tampoco las plantas.

—Bueno, tenemos un invernadero, mi señora.

—Perfecto, podemos ir allí después.

Juraría que acabo de oír a Lowe bufar, exasperado. Esta vez ni me molesto en disimular una sonrisa de satisfacción. No debería disfrutar de esta situación, pero la verdad es que me lo estoy pasando en

grande.

Algo tan banal y mundano como poder campar a mis anchas por el castillo, charlar con una doncella o, en otras palabras, hacer lo que me plazca cuando me plazca para mí es una gran victoria. Durante los diez años que viví en Orea, nunca se me permitió tomar mis propias decisiones y jamás se tuvo en cuenta mi opinión.

Desde que era una cría no he hecho más que seguir órdenes, y por eso esta pequeña dosis de libertad me resulta tan gratificante. Me siento como una niña con zapatos nuevos, y todo gracias a esa vena rebelde hasta ahora desconocida. Ya me siento un poquito más libre, y este es solo el principio. Este entusiasmo, esta avalancha de adrenalina, me recuerda que debo seguir luchando.

«Siéntate en la banqueta y toca tu estúpida música. Aquí los únicos que hablamos somos los hombres».

Esas viejas órdenes resuenan en mi cabeza como una melodía abigarrada y repetitiva y discordante que he escuchado hasta la saciedad, una melodía que no quiero volver a escuchar nunca más. Todas las órdenes que he recibido en el pasado y todas las manipulaciones a las que he sido sometida me sirven para avivar el fuego de mi resentimiento, un fuego que ilumina el camino que quiero seguir a partir de ahora.

Si Midas pretende seguir interpretando el papel de amante arrepentido y complaciente para que vuelva a ser la montura dócil y obediente, debo mantenerme fuerte y no bajar la guardia. Sé que utilizará toda su artillería para embaucarme, para persuadirme. Y no puedo dejar que eso ocurra.

Y por eso empiezo a recapitular y a recitar todas y cada una de las normas que me ha impuesto a lo largo de los años. Por eso me esfuerzo en recordar todas las veces que me ha tratado como a una marioneta, que se ha aprovechado de mi candidez, que ha utilizado mis sentimientos para sus confabulaciones.

Me ha hecho sufrir durante muchos años, demasiados. Me arrebató la voluntad.

Se adueñó del control de mi propia vida y ahora ha llegado el momento de recuperarlo.

6

Auren

—Mi señora, ¿podemos regresar ya a vuestros aposentos, por favor?

Me doy la vuelta y miro a Lowe por encima del hombro mientras atravesamos el patio interior del castillo. ¿Quién iba a imaginar que unos soldados tan preparados y aguerridos pudieran ser tan plañideros y quejumbrosos?

—No tardaremos —le prometo.

Pero mi respuesta no parece convencerle, y mucho menos calmarle.

—Disculpadme, mi señora, pero eso mismo dijisteis después de visitar el invernadero.

—Y la biblioteca —añade Scofield, en un fallido intento de persuadirme.

Pongo los ojos en blanco. Ninguno de los condenados escribas que trabajan en la biblioteca se ha dignado siquiera a acercarse a la puerta cuando he llamado.

—Y también cuando salimos de la sala de conciertos —insiste Lowe.

—Hmm, lo sé.

Mis andares son lentos y pausados, y los bajos de la falda rozan esa fina capa de nieve en polvo que se ha acumulado en el patio. Hoy, Lowe y Scofield se han dedicado a mostrarme el palacio de Rocablanca; me han acompañado como dos perros guardianes a todos los rincones que les he pedido, a todos los salones que se me ha antojado visitar.

Y aunque sé que llevamos horas deambulando por los majestuosos pasillos, todavía no estoy preparada para deshacer el camino y volver a mi alcoba. He saboreado las mieles de la libertad, y la sensación es exquisita. Siento que todavía no me he saciado, que no he tenido suficiente. Mi alma está hambrienta de libertad. Y es un hambre voraz.

Está ávida de libre albedrío. Anhelo alzar el vuelo, recorrer el mundo, ver otros lugares. Por primera vez, Midas no está aquí para dictarme órdenes.

Es tan liberador vivir sin que nadie te diga lo que debes y no debes hacer. Sin ser una prisionera. Sin estar encerrada. Es una indulgencia que jamás pude disfrutar porque no tuve la oportunidad de hacerlo. Es como un bálsamo fresco y vigorizante que ha despertado una parte de mí que llevaba adormecida demasiado tiempo.

—Mi señora, no tenéis abrigo. Aquí fuera podríais coger un resfriado —dice Lowe, que se apresura para alcanzarme. La brisa gélida que sopla en el patio le revuelve esa melena pelirroja.

—He vivido en el Sexto Reino durante una década, y para llegar hasta aquí tuve que cruzar las Tierras Áridas, una travesía que duró varios días, si no semanas —respondo—. Estaré bien, puedes quedarte tranquilo. El frío de Rocablanca no es nada en comparación con las tormentas de nieve y el ambiente gélido de esos lugares.

Y es verdad. El aire que se respira en el Quinto Reino es como una exhalación que me acaricia las mejillas. Es el amable soplido de un aliento invernal y, a mi parecer, resulta estimulante.

Hay varias carretillas a rebosar de malas hierbas, hojas secas y flores marchitas. Unos pajarillos blancos picotean la nieve en busca de invisibles trocitos de comida. Los guardias que vigilan el patio y los jardines abandonan sus quehaceres al percatarse de mi presencia y, en un santiamén, el patio queda sumido en un silencio sepulcral. Siento decenas de ojos puestos en mí, observándome de pies a cabeza. Un segundo después empiezan a oírse susurros a media voz, un sonido que me recuerda al siseo de serpientes curiosas e intrigadas.

Aunque noto todas esas miradas de asombro y estupefacción clavadas en la nuca, opto por hacer caso omiso y fingir normalidad. Los murmullos, en cambio, son mucho más difíciles de ignorar.

«Es ella, la preferida del rey Midas».

«Es la montura dorada».

«Miradle la cara. Es de oro, ¿verdad?».

«¿Creéis que su entrepierna también es de oro?».

No consigo reprimir un suspiro de resignación. Un reino distinto,

pero las mismas palabras de siempre. Ese es el problema. Da igual donde vaya. Siempre suscitaré esa clase de comentarios. Siempre llamaré la atención. Siempre me reconocerán como la joven que Midas tocó y convirtió en oro. Antes de conocer a Midas, no era más que una muchacha rara, peculiar, extravagante. Pero él se encargó de hacerme tristemente célebre y se aseguró de que me conociesen en todos los rincones de Orea.

Tarde o temprano, tendré que buscar una solución a ese problema. Pasar desapercibida es crucial si quiero escapar de aquí. Pero, por ahora, tan solo quiero disfrutar de este aire fresco y reparador que me llena de energía.

Cruzo el patio, un cuadrado perfecto flanqueado por los inmensos muros del palacio. Unos muros construidos con una piedra gris y rugosa, desgastada por las inclemencias del frío y la nieve. Aquí fuera, los enormes ladrillos de piedra no están revestidos por una fina capa de cristal, ni decorados con filigranas, ni grabados con delicados copos de nieve. Esta parte del castillo no está diseñada para ser hermosa, sino para ser funcional.

A mis espaldas hay un cobertizo donde, por lo que intuyo, guardan el grano. Está recién pintado porque, por el rabillo del ojo, advierto gotas de pintura blanca deslizándose por esos tablones de madera ásperos, sin lijar. Delante de la puerta se extiende una alfombra de pájaros que no desaprovechan la oportunidad de picotear las semillas y cereales que han quedado derramados por el suelo, pero un trabajador enseguida viene a espantarlos. A mi izquierda distingo dos altísimos torreones, uno en cada esquina de la muralla, pero lo que realmente me interesa es el parapeto descubierto.

Me dirijo hacia la escalera de piedra, una escalera bastante tosca y rudimentaria, que hay tallada en el muro que tengo enfrente y me arremango las faldas para no tropezarme y caerme de bruces.

—Mi señora, no podéis subir ahí. Son las normas —avisa Lowe, que está en la otra punta del patio.

—Solo quiero echar un vistazo.

La escalera no tiene barandilla, ni tampoco un mísero pasamanos, así que pego el cuerpo a la pared y, con sumo cuidado y lentitud, voy

subiendo los escarpados y altísimos peldaños uno a uno. El muro es más alto de lo que parecía desde el patio. Solo he subido la mitad de la escalera y ya noto que me falta el aliento, que empiezo a resollar.

Aflojo un pelín las cintas de forma que se arrastran tras de mí. De lejos, imagino que deben de confundirse con la cola del vestido. Reptan por esos escalones de piedra gris como hilos de agua dorada, como si ellas también estuviesen disfrutando de ese momento de libertad. Esbozo una sonrisa. Nunca pensé que mis cintas pudieran hacerme tan feliz.

Recuerdo el día que, de repente, empezaron a brotar de mi espalda. Las odié durante años. Por su culpa destacaba aún más entre la multitud, sufría aún más. Otra cosa que debía esconder si quería sobrevivir.

«Te avergüenzas de ellas. Las ves como tu punto débil, cuando en realidad son tu punto fuerte, Auren. Utilízalas».

Las palabras de Rip retumban en mi cabeza. Aunque prefirió mantener en secreto su verdadera identidad, al menos tuvo el valor y el talento necesarios para obligarme a afrontar quién soy, para obligarme a admitir los límites y las mentiras que, por temor o falta de confianza, había consentido y normalizado.

He pasado demasiados años de mi vida odiándome, reprochándome esos rasgos tan únicos y tan llamativos, avergonzándome de ser quien soy. No quiero seguir albergando esa clase de sentimientos. Por fin he roto las cadenas que me subyugaban a Midas y, al hacerlo, algo en mí ha cambiado. Ha llegado la hora de aceptar quién soy, de asimilar lo que soy capaz de hacer.

Cuando llego a lo alto de la empinada escalera, las piernas me arden de dolor. Tengo los músculos agarrotados, pero el esfuerzo ha merecido la pena. El parapeto debe medir unos treinta metros de largo y, desde ahí arriba, las vistas del reino son espectaculares.

Me detengo frente a una de las muescas del muro. Sospecho que es el lugar reservado a los arqueros porque, desde ahí arriba, la perspectiva de Rocablanca es más que privilegiada: es perfecta. La ciudad que se extiende a los pies de la muralla es un arco de casas y edificios que bordea el castillo como si de un arcoíris se tratase.

Encaramada en ese altísimo parapeto, contemplo la ciudad de Rocablanca, con su entramado de callejuelas y azoteas, con barrios de casitas tan apretujadas que parecen estar construidas unas sobre otras. El paisaje está cubierto por un manto de nieve que, bajo el suave resplandor del sol, brilla y reluce. A mis espaldas, unas montañas blancas se alzan como chapiteles y señalan ese cielo blanquecino que recuerda al velo de una novia.

«Hermoso».

Giro la cabeza poco a poco para admirar el paisaje, tomo una profunda bocanada de aire y saboreo esa brisa fresca y vigorizante, una brisa que me reconforta el espíritu y me alborota el pelo. Sin embargo, no es suficiente. Ni de lejos. Quiero ir un paso más allá. Aparto las manos de la piedra gélida y áspera y me pongo de puntillas.

A Lowe se le escapa un grito estrangulado y Scofield empalidece.

—¡Mi señora! ¡Bajad de ahí!

—¡Se va a caer! —chilla Lowe, que está al borde de un ataque de nervios.

—No me voy a caer —replico. Y entonces hinco un pie sobre la muesca del parapeto y, después de asegurarme de que es un punto de apoyo sólido, tomo un pequeño impulso y me pongo derecha.

Lowe y Scofield se quedan helados. Los dos me observan con expresión de horror, de pánico. Scofield, en un supuesto gesto de galantería, alarga el brazo como si quisiera sujetarme para evitar una tragedia. Le lanzo una mirada asesina y el guardia enseguida capta el mensaje y se hace a un lado.

—Mi señora… —empieza.

Pero no le dejo terminar.

—Estoy bien, tranquilizaos —murmuro, y me giro para contemplar las hermosas vistas de Rocablanca una vez más—. Dejad que disfrute del paisaje unos segundos más, y os juro que después regresaré a mis aposentos y no me moveré de allí en lo que queda de día.

Mis dos escoltas enmudecen al oír esa promesa, aunque la tensión que irradian es más que notable.

Quizá haya sido una tremenda y arriesgada sandez encaramarme al muro y ponerme de pie sobre el parapeto, pero a veces uno tiene que

hacer estupideces por el mero placer de hacerlas. Algún día, echaré la vista atrás y recordaré que estuve aquí, en el mismísimo corazón de un reino de hielo, con una ciudad congelada a mis pies y una brisa fría y trémula besándome las mejillas.

«Esto es mucho mejor que una jaula».

Una sonrisa juguetona se dibuja en mis labios cuando ese aire gélido y reparador llena mis pulmones. Imagino que esto es lo que debe de sentir un pájaro antes de desplegar las alas y alzar el vuelo. Me tienta la idea de extender los brazos, pero quizá sería sobrepasar el límite. Los guardias están demasiado nerviosos y temo matarlos de un susto, así que mantengo las manos donde las tengo, apoyadas sobre los ladrillos de piedra.

Escudriño la preciosa ciudad de Rocablanca, pero siento la impetuosa necesidad de mirar hacia un punto en concreto, un punto en la lejanía que atrae mi atención como si de un imán se tratase. Justo ahí, donde unas venas negras dibujan un laberinto de regueros sobre la nieve, fue donde Ravinger apareció e hizo gala de su poder mágico.

Esas líneas dentadas se hunden en la nieve como papel arrugado, un papel cuyos bordes parecen estar chamuscados. Es curioso, pero incluso desde aquí juraría que puedo notar esa vibración enfermiza, ese pálpito mareante, como si fuesen raíces marchitas que esperan pacientes a que su maestro las haga resurgir de sus cenizas.

Más allá, sobre la cúspide de un cerro con vistas a la ciudad, vislumbro el campamento del ejército del Cuarto Reino. Las tiendas están dispuestas en líneas rectas que rozan la perfección. Por alguna extraña razón, se me encoge el corazón.

Noto la rugosidad de la piedra bajo la yema de los dedos. Sin darme cuenta, he cerrado los puños. Observo las tiendas, me fijo en todas y cada una de ellas, estudio los andares de esos puntitos negros que se mueven de un lado para otro, contemplo los zarcillos de humo que emanan las hogueras y que se pierden entre las nubes de ese cielo encapotado.

Sigo observando el campamento un minuto más, hasta que al fin reconozco la sensación que me oprime el pecho. Es nostalgia.

«Lo echo de menos».

Resoplo. ¿Qué clase de persona echaría de menos vivir en un campamento nómada, rodeada de un ejército enemigo que la ha capturado?

Y sin embargo… Ninguno de los soldados me trató como a un enemigo. Ninguno. Ni siquiera puedo afirmar que fui su prisionera porque, a decir verdad, ellos fueron quienes me rescataron de esos bárbaros de los Bandidos Rojos. De hecho, si las cosas hubieran sido distintas, si hubiera tomado la decisión de quedarme con ellos, tal vez algunos de esos soldados se habrían convertido en grandes amigos, en confidentes incluso. Lu, Osrik, Judd, Keg, Hojat.

Rip.

No se comportaron como esperaba, desde luego. Y de una manera u otra, acabaron siendo justo lo que necesitaba.

—Mi señora, lo siento pero debo insistir. Por favor, bajad de ahí ahora mismo —suplica Scofield.

Desvío la mirada de ese hermoso panorama con lágrimas en los ojos, unas lágrimas que me queman, que me abrasan, y la poso en el guardia. Está tan nervioso que parece que vaya a mearse encima de un momento a otro, y, teniendo en cuenta que los pantalones del uniforme son tan ajustados que más bien parecen mallas, el pobre acabaría con la entrepierna irritada. Me apiado de él y decido aceptar el consejo.

Me giro y me doy un último capricho antes de irme. Tomo una profunda bocanada de ese aire fresco y revitalizador y, de un salto, me bajo del parapeto. Los guardas, al ver que ya estoy sobre un terreno firme y sólido, dejan escapar un más que sonoro suspiro de alivio.

—¡Eh! ¿Qué demonios estáis haciendo vosotros tres ahí arriba? —vocifera alguien desde el patio.

Agradezco a las diosas no estar encaramada sobre la muesca de la muralla, porque al oír esos repentinos gritos doy un tremendo respingo. Los tres nos giramos a la vez. Un soldado con cara de pocos amigos viene directo hacia nosotros. Lleva la armadura de Rocablanca y una capa púrpura, pero si hay algo que destaca en ese hombre es la profunda arruga que se le forma entre las cejas. Intuyo que se ha

pasado media vida frunciendo el ceño.

Lowe agacha tanto la cabeza que la barbilla prácticamente le toca el pecho.

—La dama de oro solo quería admirar las vistas desde la muralla, capitán.

El rechazo y el desagrado se escurren por mi piel como gotas de agua. Si las miradas mataran, Lowe ya estaría criando malvas. ¿En serio? ¿Ahora de repente soy la «dama de oro»?

El tipo se planta frente a nosotros y con expresión impertérrita responde:

—Ya veo. Pues puede admirar las vistas desde una ventana. El parapeto no es lugar para mujeres.

—Por supuesto, capitán —se apresura en decir Lowe, en un gesto de deferencia—. Bajaremos ahora mismo.

Quizá esté exagerando, pero en mi humilde opinión el comentario está totalmente fuera de lugar. ¿Por qué todo el mundo se cree con el derecho de darme órdenes, de decirme lo que puedo y no puedo hacer, de mangonearme a su voluntad? Me exaspera que siempre se espere lo mismo de mí: que me doblegue, que obedezca sin rechistar, que me siente en una banqueta y toque mi estúpida música. Por alguna razón, ya no lo soporto. Esa actitud déspota despierta una bestia que, hasta ahora, estaba dormida e hibernante, una bestia cargada de rencor y de odio que, al sentirse vilipendiada, despliega las alas y extiende las garras, lista para defenderse, lista para atacar.

Me he dado cuenta de que hay muchas clases de jaulas, todas ellas distintas, y si no quiero terminar enclaustrada en una de ellas, voy a tener que pelear con uñas y dientes. Porque el mundo seguirá tratando de domesticarme cual mascota, los hombres no cesarán en su empeño de intentar controlarme, dominarme, someterme. No puedo mirar hacia otro lado y hacer como si nada. No puedo dejar que esa bestia de rabia e indignación continúe postrada en su percha, adormecida y reprimida.

Nací mujer por capricho de las diosas. Me quedé huérfana por culpa de una guerra injustificada. Me convertí en montura real porque Midas así lo decidió. Tengo la impresión de que hasta ahora he vivido

encadenada, amarrada a esos sucesos. Dejé que me ataran una correa alrededor del cuello, como si fuese un perro salvaje al que domesticar. Dejé que tiraran de mí, que me dirigieran a su voluntad. Pero estoy harta y cansada de morderme el interior de la mejilla, de reprimirme, cada vez que alguien jala de la correa.

Y por ese motivo miro al capitán fijamente a los ojos y, con la frialdad propia del acero, digo:

—Todavía no. Bajaré cuando esté lista.

Mi respuesta deja a ese trío de hombres atónitos. No esperaban que les replicara, y mucho menos que contradijera una orden. No hace falta que digan nada porque veo la incredulidad en sus ojos.

El capitán es el primero en recuperarse de tal conmoción, y me arroja una mirada tan feroz y tan mordaz y tan seca que incluso me sorprende que al abrir la boca no empiece a escupir sapos y culebras.

—Bajaréis ahora mismo, señora. La muralla del castillo es un lugar reservado únicamente a soldados, no a mujeres, y, francamente, no sois bienvenida aquí.

No soy bienvenida aquí. ¿Aquí, adónde? ¿Aquí, en la muralla, o aquí, en el Quinto Reino?

Echo una somera ojeada a los alrededores.

—¿Dónde han quedado tus buenos modales, capitán? ¿Acaso las alturas están reñidas con la cortesía y la educación?

Su expresión es más dura e insensible que los ladrillos de piedra sobre los que estamos.

—Tal vez en el Sexto Reino seáis la chica dorada pero aquí, en Rocablanca, no sois más que una mujer que ha subido a mi muralla sin mi permiso. Tenéis que bajar ahora mismo —añade, y su mirada es más severa que su tono de voz—. No querríais sufrir ningún daño aquí fuera, ¿verdad?

El comentario me enfurece y, de inmediato, siento que la bestia se despereza y encrespa las plumas.

—¿Me estás amenazando?

—No seríais la primera intrusa que se resbala y se precipita al vacío.

La respuesta del capitán me deja en *shock*, totalmente fuera de juego. Sus palabras pueden parecer inofensivas, pero su mirada

insinúa algo mucho más oscuro, mucho más siniestro.

La bestia que habita en mi interior alza el vuelo y, rabiosa y furibunda, baja en picado, recorriendo todo mi ser mientras grazna una cancioncilla perversa y peligrosa. «Tómatelo como una amenaza».

—¿Precipitarme al vacío? Eso no va a ocurrir, a no ser que algún capitán déspota que se cree el amo y señor de esta muralla vaya a escoltarme hasta el borde del abismo, claro —replico.

A mi lado, los guardias se ponen rígidos y el ambiente se vuelve aún más tenso, aún más incómodo. Solo tengo ojos para ese capitán arrogante e insolente que, en ese preciso instante, tuerce la boca y aprieta los labios, claramente ofendido.

—Eso tampoco va a ocurrir, desde luego. Estáis histérica, lo que demuestra que no podéis estar aquí arriba, donde uno debe saber mantener la calma y pensar con la mente fría.

«¿Histérica?». Muy bien, él se lo ha buscado.

—Marchaos, señora.

Cuadro los hombros y yergo la espalda.

—No.

La conversación con ese desconocido ha tomado un cariz mucho más serio, más crudo, más afilado. Se ha convertido en un duelo y, al parecer, ninguno de los dos estamos dispuestos a dar nuestro brazo a torcer. Sé que lo más sensato sería marcharme. De todos modos, si no me hubiera topado con este cretino ya habría regresado a mis aposentos. Pero el hecho de que me esté dando órdenes, de que esté mirándome con ese desdén, de que esté tratándome con tanto desprecio, hace que me niegue a moverme de allí.

El capitán suelta un resoplido socarrón, aunque presiento que la situación no le está haciendo ninguna gracia. Esa altanería y petulancia son pura fachada. El tembleque de las rodillas le traiciona.

—Basta de tonterías —dice con la misma displicencia—. No solo habéis interrumpido mi ronda y entretenido con sandeces, sino que además estáis haciéndome perder el tiempo, un tiempo, por cierto, muy valioso.

Me encantaría puntualizar que ha sido él quien me ha interrumpido a mí, pero prefiero morderme la lengua.

—Oh, pues no se hable más. No te preocupes por mí y sigue con tu ronda, capitán. Imagino que vigilar la muralla es un trabajo «superimportante», reservado para altos mandos. Además, me estás tapando las vistas —añado con una sonrisa hipócrita.

Él me paga con la misma moneda. Un testarudo desafiando a otro. Tengo sentimientos encontrados. El repentino enfrentamiento con el capitán me sulfura, pero, al mismo tiempo, siento una especie de oscura excitación.

El capitán baja el tono de voz.

—Marchaos ahora mismo, o me veré obligado a bajaros de aquí con mis propias manos.

Ladro una carcajada cargada de ironía. Ya no actúo guiada por la razón y el buen juicio, sino por impulso. Sin darme cuenta, me he acercado demasiado a él.

—Venga. Veamos si te atreves —susurro; mi mirada se ilumina con el fulgor de mi provocación y mis pupilas arden con el mismo ímpetu que la rabia que en ese instante corroe al capitán. En el fondo, estoy deseando que acepte el desafío, que pruebe de ponerme una mano encima, que trate de sacarme de allí a empujones. Porque ahora mismo, un incomprensible flujo de violencia fluye por mis venas, y por las cintas de satén que cuelgan de mi espalda.

«Hazlo», pienso para mis adentros.

Por primera vez desde que ha arrastrado su trasero arrogante hasta aquí, el capitán titubea. Me observa con detenimiento, como quien estudia a su oponente antes de una pelea cuerpo a cuerpo, como quien de repente dudara de haber elegido el arma apropiada para un duelo a vida o muerte.

Veo que mueve la mano, un gesto que no me pasa desapercibido. Sigo y analizo cada uno de sus movimientos, por si acaso, y empiezo a notar un ligero cosquilleo en la punta de los dedos. Levanta un poco el brazo, pero enseguida se refrena y termina apoyando la palma de la mano sobre la empuñadura de la espada.

Lo miro de nuevo a los ojos.

—Me lo imaginaba —bisbiseo con evidente altanería.

De pronto, esa máscara de indiferencia se transforma en una mueca

de rabia e impotencia. La cara del capitán está tan colorada que parece que en cualquier momento vaya a explotar.

—Si fuerais una de mis monturas, os mandaría azotar en plena calle.

—Pero no lo soy. Siento lástima por las pobres monturas que sí están a tu servicio. Solo espero que al menos tengas la decencia de pagarles bien —replico, y repaso el perfil rechoncho del capitán con cara de asco. No es un hombre muy agraciado, desde luego.

Durante una fracción de segundo, me da la impresión de que esa mente retorcida está elucubrando la manera de cumplir la amenaza de fustigarme. Visualizo la escena en mi cabeza. El capitán agarra un látigo, dispuesto a castigarme por mi insolencia, y al percatarse de su error su rostro se contorsiona en una mueca de dolor porque en ese preciso instante le estoy pellizcando la piel con los dedos desnudos, sin guantes, sin protección.

Nadie sería capaz de pararme los pies. Ni los guardias, ni el capitán, ni siquiera Midas.

Podría abandonar el plan ahora mismo. Pretendía huir de este palacio de una forma clandestina, sin levantar sospechas y, para ello, sabía que debía armarme de paciencia y esperar a reunir toda la información necesaria para conseguirlo. En lugar de intentar escabullirme entre los nudillos de Midas, al que iba a hacer creer que me tenía comiendo de su mano otra vez, podría soltar a la bestia interior que el odio y el resentimiento han despertado. Podría dejar que el oro manara de mis dedos y solidificara cada obstáculo que se cruzase en mi camino.

Jamás había reparado en la infinidad de posibilidades que me brinda la magia. Una súbita revelación que me espolea, que me escuece como el picotazo de un pájaro. Nunca me he sentido tan poderosa, quizá porque nunca he llegado a comprender lo que soy capaz de hacer, a concebir el poder que atesoro. He dejado que los miedos y la incertidumbre gobiernen mi vida. Y no solo eso, también he permitido que otros me manipulen y decidan por mí.

«Castígale», me murmura una voz siniestra al oído.

Sin ser plenamente consciente de ello, me quito el guante de la mano izquierda. Tampoco me doy cuenta cuando mis cintas empiezan

a reptar por mis piernas como serpientes, listas para abalanzarse sobre su presa.

Estiro la comisura de los labios y dibujo una sonrisita misteriosa. Esa sonrisa es lo único que siento. Además de esa voz grave y lúgubre que no deja de retumbar en mi cabeza.

Doy rienda suelta a la bestia, que se apodera de mí, de mi espíritu y de mi voluntad. Levanto la mano izquierda, apunto al capitán con un dedo desnudo y, de repente, mi sangre empieza a burbujear y empiezo a ver borroso, como si me hubiera adentrado en un túnel. No tengo tiempo para pensar, para sopesar mis opciones, para considerar qué diablos estoy haciendo, porque la maldita bestia oscura y pérfida ya ha echado a volar y no sé cómo recuperar el control.

—¿Qué estáis haciendo? —pregunta el capitán con voz trémula y mirada recelosa.

Apenas puedo oírle porque el latido de mi corazón es atronador. Las pulsaciones, vigorosas y apresuradas, me aporrean las sienes y murmullan sin cesar: «Hazlo. Hazlo. Hazlo».

Solo tengo que rozar al capitán. Solo eso. Acerco un poco más el dedo, mis veinticuatro cintas se tensan y entonces…

—Por lo que veo, el jilguero se ha despertado.

Esa voz sombría y sensual quiebra mi ira devoradora, la parte por la mitad, y me arranca de ese estado de trance hipnótico.

Siento un suave hormigueo en la piel que me recuerda a la caricia de las primeras gotas de lluvia antes de un aguacero, y poco a poco voy recuperando la consciencia.

—¿Jugando con la guardia de la muralla?

Me doy media vuelta, aturdida y confundida, y me topo de frente con el rey Ravinger. No logro entender cómo no he percibido su abrumadora presencia hasta ahora. Su voz melosa se resbala por mi espalda, una sensación tan estremecedora que me pone la piel de gallina.

—¿Qué?

Sueno aturdida, desorientada. Enseguida bajo la mano y, de repente, en mi interior se desata una vorágine de emociones incontrolable, como un río al desbordarse.

Ravinger ignora al capitán y a los guardias que, nada más verlo, bajan la cabeza y se inclinan ante él en señal de profundo respeto. Pero él no aparta esa mirada verde musgo de mí. La magia se cierne alrededor de su imponente figura, como la neblina que baña los campos de lavanda al alba. Me paso la lengua por los labios que, de repente, están resecos, ajados.

—¿Puedo ayudarte en algo? —pregunta con esa voz tan seductora.

Me ruborizo por mil razones. Por poco he… y entonces él…

«¿Qué demonios he estado a punto de hacer?».

El capitán, al que todavía le tiemblan las rodillas, emite una especie de gruñido. La interrupción de Ravinger le ha venido de perlas y aprovecha ese momento de distracción para largarse de ahí a toda prisa.

—Disculpadme, majestad, pero el deber me llama y tengo varios asuntos que atender —murmura, y, con cierta torpeza, hace una reverencia. Me mira de refilón por última vez, se da media vuelta y se marcha a la velocidad de un rayo. Camina tan rápido que me sorprende que no esté corriendo.

Ravinger observa al capitán con expresión satisfecha, casi orgullosa, se gira hacia mí y me dedica una mirada que destila regocijo, complacencia. Por el gran Divino, qué sonrisa. Es arrebatadora. Esa barba incipiente y áspera se mueve en tándem con las finas líneas de poder que serpentean bajo su mandíbula y la suave brisa que sopla en lo alto de la muralla le alborota esa melena obsidiana tan brillante. Vestido de negro de pies a cabeza, luce unos pantalones y una túnica un pelín entallados, lo que ensalza todavía más la abultada musculatura que esconde debajo.

Es un hombre atractivo. Maldita sea, es un hombre muy atractivo.

De repente, baja la mirada. Sospecho que algo ha debido de llamarle la atención, así que hago lo mismo y es entonces cuando caigo en la cuenta de que una de mis cintas se está enroscando alrededor de su pierna. Hacía tiempo que no pasaba tanta vergüenza.

Abochornada, aflojo la cinta y la retiro de inmediato, escondiéndola a mis espaldas. Ravinger sonríe un poco más.

—¿Haciendo amigos? —ronronea.

Me agacho para recoger el guante que, en ese arrebato de ira, he dejado caer al suelo. Me tiembla el pulso, pero consigo enfundármelo en la mano izquierda.

—Si algo he aprendido en estos últimos días es que todas las personas con quien creía haber forjado una amistad han resultado ser una tremenda decepción.

Mi respuesta le borra la sonrisa de la cara.

—¿Y cómo has llegado a esa conclusión tan pesimista?

A pesar del tumulto emocional que sigue revolviéndose en mis entrañas, le aguanto la mirada, esa mirada tan fascinante, tan embaucadora.

—Tarde o temprano, todos los que se han mostrado amables y atentos conmigo, todos los que me han tendido la mano para ofrecerme su ayuda, han terminado fallándome.

Ravinger endurece el gesto.

—Qué mala suerte.

Me encojo de hombros.

—Estoy más que acostumbrada.

Advierto el minúsculo espasmo en la mandíbula, ese tic incontrolable que denota que está molesto. Me alegro de que el comentario le haya fastidiado porque ahora puedo concentrarme en eso, en tratar de sacarle de sus casillas y obviar lo que acaba de ocurrir.

Jugueteo con las manos, las retuerzo sobre el regazo de la falda, y ese movimiento me traiciona. Ravinger, un tipo astuto y observador, enseguida repara en el corpiño roto del vestido.

—¿Problemas con el corsé? —pregunta, y enseguida reconozco ese tono pícaro e irónico tan propio de él.

—Sí, aunque el problema es el propio corsé. Es un verdadero incordio.

Ravinger se ríe entre dientes, un sonido jovial que me ayuda a soltar el aire que, sin darme cuenta, estaba conteniendo en los pulmones. Arrastra su mirada por cada centímetro de mi cuerpo. Odio ese minucioso escrutinio porque no consigo ser inmune a él. Me eriza la piel, me acelera el corazón.

—Me alegro de verte paseando por aquí, lady Auren. Debo admitir que me preocupaba que tu regreso a los brazos de tu querido Rey Dorado hubiese sido… más restrictivo.

Estrecho la mirada al oír sus palabras. Suenan premeditadas y medidas.

—Todo está bajo control, rey Ravinger. Solo un monarca bondadoso y compasivo como tú habría accedido a liberarme —respondo con un tono tan acaramelado que suena empalagoso.

Él inclina la cabeza hacia un lado y me observa con esos ojos que me trasladan a la frondosidad de un bosque otoñal.

—¿Acaso la libertad de un jilguero depende de otros? ¿O puede levantar el vuelo por sí solo?

Abro la boca para responder, pero no me salen las palabras.

Ravinger arquea una ceja negra y espesa y de inmediato reconozco a Rip en ese gesto. Se me revuelven las tripas y el sabor amargo de la nostalgia inunda mi paladar. Entonces él agacha un pelín la cabeza a modo de despedida.

—Que tengas un buen día, señorita Auren.

Se da media vuelta y se marcha con los andares de un hombre confiado y seguro de sí mismo. Yo, en cambio, me quedo inmóvil, tratando de comprender todo lo que acaba de suceder.

—Mi señora.

Me sobresalto al oír la voz de Scofield.

—Mierda. Había olvidado por completo que seguíais aquí.

Scofield se revuelve, inquieto. Mira de reojo a Lowe, que también está hecho un flan.

—Tenemos que volver a vuestros aposentos, mi señora. Se está haciendo tarde.

Está a punto de quebrársele la voz y en su mirada amarronada advierto el desasosiego de un hombre temeroso. La imagen me ablanda el corazón, así que asiento con la cabeza y empiezo a bajar la escalera de piedra. A mis espaldas, los dos guardias hablan entre susurros.

Las posibles repercusiones de lo que acaba de suceder me impiden pensar con claridad. Estoy tan mareada que camino dando bandazos,

como una balsa en mitad de una tormenta. Porque la intensidad de esa emoción, de ese oscuro deseo de castigar al capitán… Jamás había sentido algo parecido.

He descubierto que el sabor de la ira es dulzón, como si las llamas de ese fuego incontrolado fueran de azúcar. Y después de toda una vida de fría amargura, una parte de mí anhelaba regocijarse en ella, deseaba florecer en su cálido y acaramelado abrigo.

No sé en qué momento ha ocurrido, pero tengo la impresión de que en mis entrañas ha empezado a brotar una sombra oscura, una sombra que emerge y se nutre de la misma tierra malvada y cruel en la que yo me marchité.

Me he sentido tan poderosa. Tan imparable.

Y… La sensación me ha gustado.

Es curioso que la persona a quien acusé de ser un asesino sin escrúpulos haya sido quien ha evitado que me convierta precisamente en eso.

«Por lo que veo, el jilguero se ha despertado».

Por todas las diosas, esa voz. Fría, serena, inalterable. Tengo el presentimiento de que no solo se refería al mero hecho de haberme despertado después de varios días sumida en un sueño profundo y reparador. Una frase ha bastado para devolverme a la realidad, al aquí y al ahora. Porque esa voz es como la gravedad de la tierra, una fuerza que me ayuda a tener los pies en el suelo. Su voz ha enmudecido a esa bestia siniestra cuyo graznido resonaba en mi inconsciente y, al oír las palabras de Ravinger, se ha escondido en su guarida, arrancándome así de esa terrible ensoñación.

De regreso a mis aposentos, hay una pregunta que me persigue, que me hostiga como un fantasma, que amenaza con ahogarme en un mar de aguas bravas y gélidas.

«¿Qué habría ocurrido si Ravinger no hubiese aparecido?».

Creo que no estoy preparada para afrontar la respuesta.

7

Auren

Está nevando. Contemplo ese hermoso espectáculo invernal a través de los inmensos ventanales del balcón mientras tarareo una canción que solo tocan en tabernas y cantinas de mala muerte. No puedo quitármela de la cabeza. Es una vieja melodía que me recuerda a la época que viví en el Tercer Reino y, aunque no recuerdo toda la letra, el estribillo siempre me pareció divertido.

> El viejo John era un tipo aburrido
> que vestía pantalones ceñidos.
> Las mujeres sonreían al verle
> y rivalizaban por pretenderle.
> Mas pobres todas esas mujeres, qué gran decepción,
> pues en el bolsillo guardaba una pipa del tamaño de un cañón.

Sonrío y hurgo en el bolsillo hasta encontrar la pipa que he sisado a un guardia. De camino a mis aposentos, he visto la boquilla de madera asomando de la cartuchera del soldado y, sin pensármelo dos veces, la he tomado prestada. Ha sido pan comido, la verdad. Por lo visto, todos esos viejos trucos y argucias que aprendí de Zakir para meter la mano en los bolsillos de la gente todavía pueden serme de gran utilidad.

Suelto la pipa con una amplia sonrisa en la boca, aunque la sonrisa desaparece de un plumazo en cuanto rememoro la acalorada y tensa discusión que he mantenido con el capitán que custodia la muralla. Ha sido la primera vez que esa bestia salvaje y hambrienta, esa oscuridad tan impetuosa e incontrolable, se apodera de mí. ¿Eso es lo que ocurre cuando una mascota consigue escapar de su jaula?

He sentido cómo la violencia cantaba en mi pecho, una sensación

que me recuerda a un ave carroñera que gorjea mientras dibuja círculos en el cielo, mientras se prepara para descender en picado y matar a su presa a sangre fría. Era una melodía oscura, siniestra, aterradora. La cadencia era espantosa, pero, al mismo tiempo, muy tentadora.

Si Ravinger no hubiese aparecido, ¿habría soltado a la bestia? ¿Habría vuelto a mancharme las manos de sangre? ¿Habría matado a otra persona inocente?

Y aunque esa bestia furibunda parece haberse apaciguado, todavía la siento ahí, agazapada en su cueva, observando todo lo que ocurre a su alrededor. Es una criatura indómita, lista para sublevarse ante cualquier indicio de injusticia.

La imagen me paraliza y un viejo recuerdo se escurre por los resquicios de mi memoria.

«Entierra tus debilidades y tu fortaleza saldrá a la superficie».

Han pasado muchos años desde que me dieron ese consejo, pero no lo he olvidado. De hecho, hace días que asoma por mi cabeza como un susurro tímido, casi mudo. Ahora, en cambio, esas mismas palabras resuenan con solemnidad y oigo el mensaje alto y claro. Intuyo que estaban aguardando este preciso momento para pronunciarse, para hacerme recordar.

Mi melena apesta a pescado y a perfume. Es imposible deshacerse de ese hedor, así que es absurdo que siga intentándolo. Mañana volveré a estar aquí, en La Soledad, atrapada entre un colchón de paja y las carnes tórridas de un hombre.

Giro la cabeza hacia la derecha y, a través del cristal manchado de la ventana, vislumbro el puerto de Derfort. La cama no deja de zarandearse bajo mi cuerpo inerte y, de repente, oigo el crujido de una brizna de paja al partirse. La brizna amenaza con atravesar las sábanas de lana y clavarse en mi piel. Un brazo rechoncho y peludo me tapa la vista, pero no cierro los ojos porque no quiero rendirme. Albergo la esperanza de que en cualquier momento los barcos que flotan junto al muelle vuelvan a aparecer a lo lejos. Unos instantes más tarde, oigo un ruido metálico, el inconfundible sonido de una moneda sobre la mesilla de noche.

—Para ti, guapa. Le diré a Zakir Oeste que te has portado bien, que has sido una chica buena.

De pronto, noto un pinchazo en la espalda, justo en el hueco entre las escápulas. Pero no me muevo. Ni siquiera me molesto en rascarme la piel, o en

comprobar si ha sido la mordedura de algún insecto. Tampoco respondo al tipo que acaba de dejarme una propina. Tan solo me limito a formar una delgada línea con los labios, hasta que por fin él tiene la decencia de dejar de taparme la vista.

Le oigo ponerse los pantalones y abrocharse la camisa. El pelo, que está hecho una maraña entre mi mejilla y la almohada, me hace cosquillas en la nariz. Cada vez que tomo aire me embriaga ese nauseabundo olor a perfume y a pescado podrido. Es un olor tan fuerte que incluso lo noto en la boca.

Murmura algo a modo de despedida, pero no presto atención a sus palabras porque me da lo mismo. Cuando por fin me quedo a solas en ese minúsculo cuartucho, la picazón de la espalda desaparece. Ruedo por el colchón, me bajo de la cama y me enfundo el vestido.

La tela es de un verde oscuro que me recuerda al musgo que recubría las rocas que había a orillas del lago de Annwyn. Aunque me da la sensación de que fue en otra vida, aquel día, el día en que me escapé de casa, sigue grabado en mi memoria. Pero también me recuerda al verde de los prados en verano, donde mi madre llevaba a los caballos a pastar. Y también me recuerda a los inmensos árboles que flanqueaban las calles de Bryol y que parecían acariciar el cielo.

Me recuerda a mi hogar.

Una lágrima se desliza por mi mejilla mientras me calzo los calcetines de lana y esas botas manchadas de lodo y barro. Me acerco a la ventana, apoyo las manos sobre la madera áspera y rugosa del alféizar, y en ese preciso instante alguien abre la puerta e interrumpe ese breve momento de tranquilidad.

—Hora de irse. Un cliente quiere alquilar la habitación.

Es la posadera, una mujer bastante rolliza y entrada en carnes. Va directa hacia la cama para cambiar las sábanas.

—¿Quieres que te eche una mano?

Natia, que hoy se ha recogido su melena negra y plateada en un moño alto, me mira. Es una mujer directa y sincera, aunque tiene la lengua un pelín afilada. No se anda con rodeos y siempre dice lo que piensa, sin arrepentirse de una sola palabra. Sin embargo, no es una mujer seria y distante. Entre los pliegues de esa cara rechoncha y ocre se advierten las arrugas de una vida de sonrisas y carcajadas.

—No, muchacha. Esta es mi posada, y yo me ocupo de ella. Además, no tienes mucha pinta de saber hacer una cama como manda el Divino.

Dibujo una tímida sonrisa.

—Tienes razón —admito en voz baja. Prefiero no decirle que es porque nunca he tenido una cama.

Mientras retira las sábanas, Natia señala la mesita de noche con la barbilla.

—Te han dejado una propina, muchacha. Cógela.

Siento un escalofrío en la espalda. Ni siquiera quiero ver esa moneda.

—Puedes quedártela. Siento mucho dejarte siempre la cama hecha un desastre —murmuro, y se me sonrojan las mejillas. Estoy tan avergonzada que no soy

capaz de mirarle a los ojos.

Seis semanas. Llevo seis semanas viniendo cada día a La Soledad. Aquí es donde Zakir cita a los clientes, unos clientes que, con gran esmero, él mismo se encarga de buscar para mí. Jamás pensé que llegaría a echar de menos mendigar por las calles de la ciudad. Jamás creí que echaría de menos las noches en que Zakir me obligaba a deambular por los bajos fondos del puerto para hurgar en los bolsillos de borrachos y ladrones y robarles unas monedas, aunque eso implicase que, alguna que otra vez, cuando me pillaban, recibiera una buena paliza.

¿Una persona puede romperse en seis semanas?

Eso es lo que siento ahora mismo. Mis costuras se están deshilachando y tengo la impresión de que soy una muñeca de trapo que ha pasado por demasiadas manos.

Quizá por eso me duele tanto la espalda. Quizá por eso siento esos pellizcos, ese constante picor en la piel. Quizá sea ahí, entre las escápulas, donde esté empezando a romperme, donde vaya a empezar a resquebrajarme, a desgarrarme.

Tendría sentido, ¿verdad? No me parecería tan descabellado que se me partiera la espalda. Cuando menos, sería irónico, pues llevo demasiados postrándome a los pies de Zakir, doblegándome ante él, entregada y sometida a su voluntad.

De repente, Natia abandona sus quehaceres y con ese ademán resuelto y decidido se planta a mi lado, me coge la mano, coloca la moneda sobre mi palma y me cierra el puño. Ese gesto tan íntimo y a la vez tan inesperado me descoloca por completo.

—Escúchame bien, muchacha —dice con tono severo y riguroso—. He visto esa mirada miles de veces.

—¿Qué mirada?

—La mirada de alguien que se ha rendido —responde, y me clava los dedos en la mano, como si la moneda que guardo dentro del puño fuese un secreto—. No soy nueva en el oficio, querida. No eres la primera chica que Zakir envía a mi posada. Por esta habitación han pasado muchas como tú.

Antes se me han puesto las mejillas coloradas, pero ahora me arden de bochorno.

Natia hace una seña hacia la ventana.

—Siempre estás mirando esos barcos, pero en tus ojos veo añoranza, veo tristeza. Porque has perdido toda esperanza de poder subirte a uno de ellos y zarpar lejos de aquí.

Pestañeo varias veces, sorprendida. No esperaba que Natia se fijara en esa clase de detalles. Solo la veo un par de minutos cada vez que…, en fin, después.

—Porque eso nunca va a pasar, ¿o acaso me equivoco? —respondo, un tanto a la defensiva.

—¿Y por qué no? —replica ella.

La pregunta me sienta como una patada en el estómago. En un arrebato de indignación, aparto la mano de la suya y arrojo la dichosa moneda contra el

alféizar.

—¿Cómo que por qué no? Zakir jamás me dejará marchar, y las dos sabemos muy bien qué les ocurre a los polizones.

Natia se inclina hacia mí. Se acerca tanto que el delantal roza las faldas de mi vestido verde. Su mirada pardusca es desafiante.

—¿Quién ha hablado de polizones?

Me quedo mirándola fijamente, sin decir nada. No entiendo a qué se refiere. Pero entonces, ella desvía la mirada hacia la moneda y, al fin, ato cabos.

—Acepta el consejo, muchacha, y coge la propina.

Me tiemblan un poco las manos. Obedezco a la posadera y me agacho para recoger la moneda del suelo. No es la primera vez que un hombre me deja una propina, pero el poco amor propio que me queda se niega a aceptarla. He dejado todas y cada una de las monedas en esa mesita de noche. Me sentía demasiado azorada, demasiado humillada como para tocarlas. Pero cuando Natia se mete la mano en el bolsillo de su delantal y saca una bolsita de tela, enseguida adivino qué hay dentro.

—Esto no es para Zakir Oeste, ¿me has oído? Estas monedas son tuyas. Te las has ganado, vaya si te las has ganado. Ahora depende de ti, y solo de ti, cómo quieras gastártelas —dice, y, por el rabillo del ojo, mira de nuevo hacia el puerto —. He oído que los barcos con velas azules y soles amarillos pertenecen al Segundo Reino. Allí no conocen estos cansinos aguaceros y, según tengo entendido, la arena del desierto es tan fina que parece polvo.

Me estremezco con solo pensarlo. La simple idea de vivir en un desierto seco y cálido en lugar de en este condenado puerto húmedo y frío me resulta emocionante.

—Aunque supongo que una chica que se ha rendido, que se ha resignado a llevar una vida desgraciada, no piensa en ese tipo de cosas —añade Natia, y encoge los hombros—. ¿Eso es lo que eres? ¿Una chica conformista?

Trago saliva y mis ojos se debaten entre mirarla a ella o al trío de embarcaciones con soles amarillos bordados en las velas que se mecen en la distancia.

Lo que la posadera está insinuando, esa posibilidad de escapar de este infierno, es algo con lo que he soñado desde… desde que tengo uso de razón. Ese era mi mayor anhelo, un deseo que, con el paso de los años, se fue apagando. Si Zakir se enterara, si fracasara en el intento de huir de Derfort…

De mis ojos empiezan a brotar lágrimas de temor, y me tiembla todo el cuerpo. Si Zakir se enterara de que pretendo escapar, me sometería al más cruel de los castigos o, peor aún, me condenaría a una muerte lenta y dolorosa. O quizá me entregaría a Barden Este de una vez por todas, y entonces sí desearía estar muerta.

—No puedo hacerlo.

—Claro que puedes —suelta la posadera, que me mira con severidad, con las

manos apoyadas en las caderas y con el ceño fruncido—. Lo que pasa es que estás asustada. El miedo es tu punto débil, y si no quieres que acabe dominando tu vida, no te va a quedar más remedio que enfrentarte a él.

Tiene razón, soy débil. Ha dado en el clavo cuando me ha tildado de «chica conformista».

La valentía no es una de mis virtudes, desde luego. Estoy totalmente sola y en tan solo seis semanas me he venido abajo, me he derrumbado. Mi interior se ha convertido en un enorme agujero donde yacen las ruinas de antiguos muros, donde solo habita el dolor y el sufrimiento, donde los escombros han sepultado cualquier rastro de ilusión, de esperanza, de emoción.

El labio inferior me temblequea. Lo odio porque me hace sentir todavía más pequeña, más insignificante.

—No sé si puedo. No sé si me quedan fuerzas para intentarlo.

Pero Natia no se ablanda. No me da una palmadita en el hombro. Tampoco trata de tranquilizarme asegurándome que todo va a salir bien. Me arroja la bolsa llena de monedas al pecho y lo hace con tanto ímpetu que reculo varios pasos.

—Haz lo que quieras, a mí me da lo mismo —prosigue ella, con su clásica franqueza y contundencia—. Aunque, a mi parecer, siempre es mejor intentarlo y fracasar que rendirse a la primera de cambio —dice, y me mira fijamente durante unos segundos, como si estuviera reprendiéndome en silencio—. Entierra tus debilidades y tu fortaleza saldrá a la superficie. Para ser fuerte primero debes conquistar esas debilidades. En fin, esa es mi opinión.

Siento un escalofrío a lo largo de la espalda. Clavo los dedos en esa bolsita de tela y enseguida distingo los bordes redondeados de las monedas que alberga en su interior. Es un dinero sucio, un dinero que ha pasado por demasiadas manos.

—Venga, date prisa y recoge tus cosas. Hay clientes esperando abajo y todavía tengo que ventilar esta habitación y cambiar las sábanas. No puedo quedarme de cháchara contigo cuando tengo tantísimo trabajo por hacer —protesta, y después de dispararme una última mirada severa y seria, Natia se da media vuelta y recoge el montón de sábanas sucias del suelo. Se marcha sin decir nada más, aunque no hace falta porque en mi cabeza resuena todo lo que acaba de decir.

Examino la bolsita de monedas que tengo en la mano en silencio. Me asaltan demasiadas dudas, demasiadas preguntas. ¿Me atreveré a dar el paso? ¿Cuánto me costará sobornar a un capitán? ¿Cumplirá con su palabra o me delatará a Zakir? Aflojo las cuerdecitas de la bolsa, meto los dedos y saco una moneda dorada. Tiene el canto lleno de mugre y está tan desgastada que apenas se distingue la cara de la cruz.

Contemplo la moneda desde todos los ángulos mientras me pregunto si realmente tendré las agallas de probarlo. Tal vez Nadia tenga razón. Tal vez sea mejor intentarlo y fracasar que ser la chica «conformista» que se rinde a la primera de cambio.

Se oye un ruido en el pasillo y enseguida guardo la moneda a buen recaudo.

Tiro de las cuerdas para cerrar la bolsa y la escondo en las profundidades de mi bolsillo, donde nadie pueda verla. Pero… ¿tendré suficiente dinero? ¿Necesitaré más?

Salgo de la habitación a toda prisa y vuelvo a percibir esa picazón en la piel, solo que esta vez no es en la espalda, sino en la yema de los dedos.

El repentino sonido de un portazo me devuelve al castillo de Rocablanca y ese viejo recuerdo se esfuma en un santiamén.

Mis ojos sobrevuelan la habitación y aterrizan sobre la oscura silueta que se cierne junto a la puerta. Midas. Todos los músculos de mi cuerpo se tensan. La rabia y el resentimiento parecen haberle desfigurado ese rostro de tez bronceada. El irresistible atractivo varonil de Midas se ha desvanecido y, en su lugar, atisbo algo horrendo, algo que me revuelve las tripas. Me observa con tal seriedad e intransigencia que, por un momento, siento que me tambaleo y una parte de mí se acobarda. Algunos lo llaman memoria motriz; otros, memoria mental. Un simple gesto, como puede ser una mirada, desencadena una reacción inconsciente y aprendida. Al ver la expresión iracunda de Midas, me entran ganas de recuperar viejas costumbres. Me entran ganas de calmarlo, de satisfacerlo, de hacer todo lo que me pida.

Me ha adiestrado muy bien.

Pero en lugar de sucumbir a la tentación, invoco a mi propia rabia, recurro a ella y avivo las brasas del rencor porque sé que solo así voy a ser capaz de pensar con claridad, de recuperar el buen juicio.

—Midas, ¿cómo estás? —pregunto con ensayada afabilidad. Me levanto y me dirijo hacia la cama para así poder mantener una distancia más que prudente.

—¿Que cómo estoy? —repite él, y señala la puerta de mi habitación con evidente descontento—. Me acaban de informar de que te has pasado el día paseándote por el castillo.

Está hecho un basilisco. Sopeso mis opciones y al final decido hacerme la tonta. Empiezo a ahuecar las almohadas de la cama, como si nada.

—Ah, sí —respondo con voz alegre—. Ha sido fantástico. Una lástima no haber podido acceder a la biblioteca, pero he visitado un

sinfín de salones. El palacio de Rocablanca me ha parecido espléndido, la verdad. Aunque tiene un serio problema con las corrientes de aire, ¿no crees? Supongo que el problema es la madera porosa que han utilizado para los marcos de las ventanas. Un error garrafal, desde luego.

Midas parece haber enmudecido y, a juzgar por su expresión de evidente incredulidad, no ha mordido el anzuelo. Continúo atusando las almohadas y, de repente, cojo uno de los cojines más grandes y mullidos y lo sacudo con vigorosidad. Y entonces…

—¿Me harías el favor de ahuecar este cojín? —murmuro, y, antes de que la pregunta haya salido de mi boca, le tiro el cojín con todas mis fuerzas.

El bulto de satén dorado golpea a Midas en la cara. A ese ruido sordo más que placentero le sigue una explosión de diminutas plumas blancas que se deslizan alrededor de su cabeza. Sé que ha sido una reacción infantil, pero me sube la moral.

Mientras arreglo el batiburrillo de sábanas, por el rabillo del ojo veo que Midas agarra el cojín con una mano y lo estruja con evidente exasperación.

—Auren.

Levanto la vista de la cama y le miro con semblante inocente.

—¿Sí?

—La jaula…

Me pongo derecha *ipso facto* y esa careta de mujer amable y cariñosa y alegre desaparece. En mi interior vuelve a avivarse el fuego de la rabia.

—No.

No soporto el sonido de esa palabra, y menos si sale de su boca. Mientras esté en Rocablanca, voy a tragarme el orgullo y a interpretar el papel de montura complaciente, pero solo porque necesito ganar un poco de tiempo y tramar un plan, pero si trata de meterme en esa maldita jaula otra vez, enloqueceré y desataré todo mi odio sobre él.

Midas vacila, en silencio. Esa mirada color avellana ya ha empezado a maquinar, a calcular su próximo movimiento después de ese repentino e inesperado cambio de actitud. Unos segundos después,

parece ablandarse y la conversación toma un rumbo distinto, un rumbo mucho menos arriesgado.

—Me preocupa que deambules por este castillo sin mí. Es demasiado peligroso, Auren.

—Me han acompañado dos guardias.

Él niega con la cabeza.

—Da lo mismo. Cualquiera puede suponer una amenaza para ti. Ya lo sabes. No puedes fiarte de nadie. Cualquier precaución es poca, sobre todo después de que haya llegado a mis oídos que el cínico de Ravinger se ha atrevido a acercarse a ti otra vez —añade, apretando los dientes.

Yergo la espalda, nerviosa.

—Hemos coincidido en la muralla del castillo, eso es todo. Ha sido fruto de la casualidad —me defiendo.

La impotencia y la frustración le tensan los hombros.

—No me gusta. Creo que tanto él como ese comandante que le sigue a todas partes están enamorados de ti. O eso, o me están provocando a propósito.

Me muerdo la lengua, pero me encantaría reprocharle que él siempre se ha encargado de que todos los que me conocieran se encapricharan de mí. Le fascina mostrarme como un trofeo ante los demás, como si fuese una zanahoria de oro. El rey Fulke fue el ejemplo perfecto de ello. A Midas no le molesta que los hombres me miren embobados o maravillados, o que se enamoren de mí nada más verme. Lo que realmente le molesta es no poder controlarlo.

—La gente es impredecible y muy peligrosa, pero no deberías olvidar que tú también puedes ser impredecible y muy peligrosa para todos ellos —prosigue él, y sus palabras empiezan a hacer mella en mí. Midas analiza mi expresión en un intento de adivinar qué estoy pensando, qué estoy sintiendo, así que me esfuerzo para mantenerla impertérrita—. Un paso en falso, un accidente, y podrías matar a alguien. ¿O acaso tengo que recordarte que asesinaste a tu sustituta?

Esta vez no puedo evitar encogerme de dolor, compungirme. El recuerdo es demasiado vívido, demasiado reciente. Empujé a la pobre mujer por la espalda, pero estaba tan ofuscada, tan desesperada por

salir de la jaula que no pensé que el mero roce de mis dedos sería letal para ella. Ahora, su cuerpo sin vida descansa en una tumba de oro dentro de una jaula creada para mí. La maté con mis propias manos. La culpa y el arrepentimiento se arremolinan en mi interior como nubes de tormenta, y siento una presión húmeda en el pecho.

—Piensa en Carnith, Auren. Piensa en lo que ocurre cuando pierdes el control.

Se me resbala una lágrima por la mejilla, y me parece oír el siseo de las brasas de mi ira. La manipulación es tan clara, tan obvia, tan descarada. Y, aun así, Midas consigue que dude, que titubee durante unos instantes. Empieza a caer una llovizna de la antigua Auren, y esas gotas de agua amenazan con apagar mi fuego.

El problema es que lleva razón. Un desliz, un error, un descuido. Si alguien me tocara la piel, se transformaría en una escultura de oro macizo, y no habría nada que pudiese hacer para detener el proceso, ni para revertirlo.

No entiendo por qué, pero no puedo simplemente cambiar el color de las personas, ni de los animales. En cuanto mi piel entra en contacto con la suya, el oro empieza a rezumar, a extenderse, a solidificarse. Algo tan banal y anodino como el roce de un brazo les provoca una muerte segura. Como le ocurrió a la joven que Midas mantenía encerrada en mi jaula. Como le ocurrió a Fane, el capitán de los Bandidos Rojos, cuya estatua yace en algún rincón de las Tierras Áridas. Como les ocurrió a los vecinos de Carnith, cuando el oro empezó a gotear de mis dedos por primera vez y terminé con las manos manchadas de sangre inocente.

—Deberías quedarte en tus aposentos durante el día —continúa Midas, que me mira con la aspereza de la corteza de un árbol. Una caricia, y las afiladas astillas me despedazarían, me harían trizas el corazón.

Tengo un nudo en la garganta del tamaño de un hueso de melocotón, un nudo que me cuesta una barbaridad tragar mientras trato de retomar el control de mis turbulentas emociones. La idea de volver a vivir encerrada en alguna parte me revuelve el estómago.

—Me lo prometiste —respondo con vehemencia.

—Estoy tratando de protegerte de ti misma, eso es todo.

Resoplo y sacudo la cabeza. Es un maestro de la manipulación, y le odio por ello. Está utilizando sus retorcidas maniobras para conseguir que me doblegue, que dé mi brazo a torcer, que ceda ante su voluntad porque así ha sido siempre nuestra relación. Midas sabe muy bien qué cuerdas puntear para evocar mi culpabilidad, para forzarme a tocar su melodía. Pero ahora ha llegado el momento de que entone mi propia canción.

«Entierra tus debilidades».

Midas extiende los brazos y señala la habitación.

—No te comportes como una ingrata y dame las gracias por todo lo que te he permitido.

Le atravieso con la mirada.

—No te comportes como un ingrato y dame las gracias por todo lo que te he permitido, Midas.

Nos miramos fijamente durante unos segundos. Un desafío. Un choque de opiniones. La marea y la orilla, una batalla eterna entre la tierra y el océano, entre el ir y venir.

Quizá sea él quien lleve la corona, pero fui yo quien la convertí en oro.

Sé que se está conteniendo, que está tratando de aplacar su fuerte temperamento, pero Midas no es un hombre acostumbrado a claudicar, a transigir, y detesta que le replique o que le lleve la contraria. La tensión es tan fuerte que se podría cortar con un cuchillo. Unos segundos más tarde, suelta un suspiro exasperado y arroja el cojín a la cama con más fuerza de la necesaria, de manera que rebota y termina en el suelo.

Inspira hondo, como quien va a enfrentarse a una ardua batalla, y apuntala las manos sobre sus caderas.

—Acepté que no volvieras a la jau… Que no vivieras confinada tras la protección de tus barrotes —corrige—. Pero durante el día no quiero que vagues por el palacio tú sola, es demasiado peligroso. Para todos, pero sobre todo para ti. No puedes controlar tu poder, Auren.

—Ya lo sé —respondo. Quiere tomar la delantera, y no pienso permitírselo—. Pero todo el mundo conoce las normas. Nadie se

atrevería a tocarme y seré muy cuidadosa, igual que lo fui con los soldados del Cuarto Reino.

En los ojos de Midas advierto la sombra de la decepción, del desencanto. En otras circunstancias, esa mirada me habría sentado como una patada en la boca del estómago. Me habría arrastrado como un gusano para enmendar mi error, para apaciguar a la fiera, para arreglar el malentendido.

—Te estás comportando de una forma irresponsable, Auren. ¿Te merece la pena? ¿Podrás dormir con la conciencia tranquila? Solo pienso en ti, Auren, en tu bienestar, en tu propia seguridad.

«Cabrón». Un cabrón que me trata como una marioneta porque sabe muy bien de qué hilo emocional tirar para conseguir desmoralizarme.

Y aun así… ¿Estoy siendo egoísta? ¿Y si cometo un error y mato a otra persona inocente?

Me muerdo el interior de la mejilla y al hincar el diente me invade el amargo sabor de la inquietud, de la preocupación. En mi interior se está librando una batalla, una batalla de pensamientos, de anhelos, de sentimientos encontrados.

Midas se acerca cual tiburón que percibe el rastro de la sangre en el agua.

—Piénsalo bien, Auren. ¿De veras quieres asumir el riesgo de asesinar a alguien más? ¿Otra vez? Porque eso es lo que va a ocurrir. Tan solo estoy tratando de protegerte. Siempre has confiado en mí, y necesito que vuelvas a hacerlo.

Empiezo a notar el escozor de las lágrimas en los ojos. Desearía escupirle en la cara. Y, para qué engañarnos, me escupiría a mí misma.

Está envolviéndome entre esas madejas de hilos invisibles, y las palabras mudas amenazan con atar los nudos para conseguir inmovilizarme, retenerme. Maldita sea, manipularme se le da de maravilla. ¿Cómo he podido llegar a creer que podría ganarle? Él es un experto en este juego y yo, una pésima aprendiz.

Me siento totalmente desarmada, totalmente indefensa.

«Él me necesita», repito una y otra vez. Esa es mi ventaja, y no puedo desaprovecharla. Él me quiere complaciente, solícita y mansa, y

yo necesito que crea que todo va bien para poder largarme de este condenado infierno. Por supuesto, lo último que quiero es asesinar a otra alma cándida sin querer, o cometer el imperdonable error de convertir cualquier cosa en oro en el momento y lugar equivocados, o desvelar mi secreto a todo el mundo. Pero eso no implica que vaya a pasarme día y noche recluida en esta habitación.

—Nada de cerraduras, Midas. No transformes esta habitación en otra jaula —contesto—. Tus guardias me acompañarán a todas partes, me aseguraré de cubrirme las manos y los brazos, mantendré una distancia más que prudencial con todo el mundo, pero no me pidas que me quede aquí enclaustrada —añado, y alzo un pelín la barbilla.

Midas me observa con detenimiento. El corazón me aporrea el pecho, pero intento mantener ese ademán de firmeza y serenidad. Los dos estamos inmóviles, pero entre nosotros se está librando una guerra, un tira y afloja constante del que solo puede salir un vencedor. Cada vez que él tira de la cuerda para tratar de derribarme, de llevarme a su terreno, siento el rasguño de esa soga áspera en las palmas de las manos, pero no puedo rendirme. Y menos ahora. Si dejo de tirar de la cuerda, habré perdido.

Y por eso aguanto. Por eso no suelto la cuerda. Y por fin, después de unos instantes de tensión, él deja escapar un suspiro.

—No quiero que nos peleemos, preciosa. Ha sido un día muy largo. Maldita sea, ha sido un mes muy largo —murmura y, de repente, parece cansado, como si la conversación que acabamos de mantener le hubiera agotado tanto como a mí.

Midas se acerca y me da un beso casto en el cabello. Ahora que ha anochecido, no hay peligro que temer.

—Descansa un poco, te vendrá bien. Mandaré que te preparen algo de cenar. Ya hablaremos mañana —dice, y su mirada se posa en el corpiño de mi vestido—. Enviaré a una costurera para que te arregle el vestido.

Y, sin molestarse en esperar una respuesta, se da media vuelta y se marcha de la habitación. Me quedo ahí plantada, con los ojos puestos en la puerta cerrada. Sé, sin ningún atisbo de duda, que va a continuar tratando de minarme, de hurgar en heridas que creía cerradas, de

remover recuerdos que preferiría haber olvidado. Si no empiezo a urdir un plan de huida pronto, Midas conseguirá clavarme las garras y esta vez se asegurará de que no vuelva a escapar. No puedo permitir que eso ocurra.

Tengo que escurrirme entre sus dedos antes de que los enrosque y me encierre en su puño para siempre.

8

La reina Malina

Grillos. A esos bichos me recuerdan mis asesores. Wilcox, Barthal y Uwen, tres aristócratas pertenecientes a poderosas y acaudaladas familias de Alta Campana. Son como alimañas que dan brincos alrededor de mis pies, que solo se atreven a hacer ruido cuando nadie les ve, cuando nadie les oye, en la clandestinidad que les proporciona la oscuridad nocturna.

—No podemos requisarles los derechos de labranza a la Casa Bansgot —apunta Barthal con el ceño fruncido, un pliegue que ya forma parte de la colección de arrugas de su rostro avejentado, pues esa es su expresión habitual en mi presencia.

—Barthal tiene razón, majestad —murmura Uwen, que está a mi izquierda—. Varias generaciones han gozado de esos derechos, no podemos arrebatárselos de la noche a la mañana.

Uno a uno, levanto los dedos y voy dando golpecitos con las uñas sobre la mesa que tengo enfrente, marcando un mismo compás. Todavía huele a pintura. El carpintero de palacio me miró como a una chiflada que había perdido la chaveta cuando le pedí que pintara todos los muebles dorados de la sala de reuniones, pero acató la orden sin rechistar.

Tuvo que aplicar cinco capas de pintura blanca para cubrir por completo ese vulgar tono metalizado, y ha tardado cinco días en secarse por completo.

Por supuesto, ese fue el día en que mis espías me informaron de que el Cuarto Reino no había declarado la guerra al Quinto, tal y como esperaba que hiciesen. En lugar de eso, parece ser que el Rey Podrido y Tyndall han llegado a una especie de tregua provisional. Eso ya me puso de un humor de perros de por sí, pero entonces me llegaron

noticias de *ella*. La ramera dorada sigue viva, y ha vuelto a los brazos de Tyndall.

Aprieto los labios en una mueca de evidente desagrado.

Les serví a esa zorra y al resto del harén de fulanas en bandeja de plata a los Bandidos Rojos y esa panda de piratas zopencos arruinaron mis planes. Entregaron a las monturas en cuanto vieron aparecer a los soldados del Cuarto Reino y huyeron como los cobardes que son. Solo con pensarlo me hierve la sangre gélida que fluye por mis venas y siento el ardor del hielo en las entrañas.

Los hombres son expertos en echar por tierra los planes ideados por mujeres.

Me obligo a retomar la conversación que estaba manteniendo con ese trío de mequetrefes y niego con la cabeza.

—Me da igual cuándo se les otorgaron tales derechos. La Casa Bansgot ha declarado que solo pagará sus impuestos a Tyndall, un acto de traición con todas las letras —respondo.

—El rey…

Corto a Uwen de inmediato.

—Tyndall —corrijo, haciendo especial hincapié en su nombre de pila— ya no es quien gobierna el Sexto Reino. Los súbditos deben responder ante mí, y solo ante mí. —Enmudecen y ese molesto cri-cri-cri deja de sonar, como siempre—. La corona recauda impuestos, unos impuestos que todos deben pagar. De lo contrario, tendrán que asumir las consecuencias. Los Bansgot llevan tres semanas retrasando el pago y, cuando se les ha intentado reclamar la deuda pendiente, han rehusado saldarla. Así pues, perderán sus derechos de labranza, que concederé a una casa que haya mostrado total y plena lealtad a la familia Colier o, en otras palabras, a mí.

Los tres me miran con la boca abierta y reprimo un bufido.

Mi futuro como reina legítima de Alta Campana es, cuando menos, incierto. Día tras día me dejo la piel tratando de avanzar, me esfuerzo para consolidar mi reinado y denigrar la figura de Tyndall, pero cada día me topo con más obstáculos en el camino. La nobleza está dividida. Familias de gran renombre que antaño fueron leales a mi padre y a mi abuelo tienen la osadía de rechazar mi designación, de

morder la mano que les ha dado de comer. Y todo porque Tyndall les ha deslumbrado con su fortuna.

El oro les ha cegado por completo, motivo por el cual he tomado la decisión de cerrarles el grifo. A partir de ahora van a dejar de recibir el estipendio mensual que Tyndall les había adjudicado.

Parece contradictorio, pero después de cada movimiento y de cada contraataque, tengo la sensación de haber perdido terreno. Y eso me enfurece sobremanera. Primero los campesinos, y ahora los nobles.

Pero conseguiré que entren en vereda, que se postren a mis pies. No me queda otra opción.

—Conceded los derechos de labranza a la Casa Shurin. Cumplirán con lo acordado en el contrato y abastecerán a Alta Campana con su cosecha. Ah, y enviadles también una carreta de oro como muestra de agradecimiento por su compromiso con el apellido Colier —añado mientras acaricio esa tira de pelo suave y mullido que conforma el escote de mi vestido.

Uwen no está de acuerdo con mi decisión, pero no musita palabra y anota todo en su cuaderno.

—Y ahora… —empiezo, pero de repente alguien llama a la puerta —. Adelante.

Mi guarda asoma la cabeza.

—Os ruego que me disculpéis, mi reina, pero acaba de llegar un mensajero preguntando por vos.

—¿Un mensajero de dónde?

—Del Quinto Reino.

Mis tres asesores se ponen tensos. Están tan nerviosos que creo que han dejado de respirar.

—Ah, Tyndall por fin ha llegado a la conclusión de que estoy ignorándolo —digo—. Haz pasar al mensajero. Lo recibiré aquí.

Pasan un par de minutos, aunque creo que a todos se nos hacen eternos. Continúo tamborileando las uñas sobre la mesa. Mi querido y apuesto marido por fin se ha dignado a reconocer que su prestigio y autoridad en Alta Campana penden de un hilo. Siento una mezcla de emoción y curiosidad por saber cuál será su respuesta.

Esto es lo que llevo semanas esperando. Una partida de ajedrez

jamás es aburrida, y mucho menos cuando la disputan reyes y reinas. Hace demasiado tiempo que deseaba enfrentarme a Tyndall en una partida más que decisiva, pues marcará el destino de los dos.

Al distinguir unos pasos acercándose por el pasillo, el tamborileo de mis uñas se acelera. Ya no sigue un compás rítmico y constante. Sin darme cuenta, he ido desconchando la pintura blanca de ese inmenso tablón y ahora, bajo cada uno de mis dedos, vislumbro un minúsculo resquicio de ese inconfundible brillo áureo. Un descuido y despídete de cinco capas de pintura, así de fácil. Ese maldito metal parece estar mofándose de mí, pues el resquicio ha tomado la forma de mi uña, que me recuerda a una sonrisa socarrona.

—¿Majestad?

Levanto la mirada hacia la puerta. Dos de mis guardias personales han escoltado al mensajero hasta el salón. Lleva una armadura dorada y una capa gruesa y pesada con varios copetes de nieve adheridos. De lejos, cualquiera diría que se ha metido en un zarzal de espinas blancas.

Enseguida reconozco al recién llegado. Tiene las mejillas sonrojadas por el frío y la piel cuarteada por las ventiscas, pero es él.

—Ah, Gifford. Veo que sigues ocupándote del correo de Tyndall. ¿Todavía no te has ganado un ascenso?

El tipo de tez oliva hace caso omiso a mi golpe bajo y se inclina en una reverencia perfecta.

—Un siervo de los dioses no necesita ascensos. Me conformo con cumplir su voluntad.

Arqueo una ceja blanca como la nieve.

—¿Los dioses? Por el gran Divino, primero Tyndall sube un peldaño en su posición social y se proclama rey, ¿y ahora se considera un dios? ¿Cuánto oro ha tenido que desembolsar para conseguir algo así? —pregunto con tono irónico. Wilcox me dispara una mirada de desaprobación, lo cual me divierte todavía más.

Gifford niega con la cabeza, pero permanece impertérrito.

—Jamás osaría expresar tal blasfemia, majestad. Pero los dioses son quienes eligen y bendicen a los monarcas. Al cumplir la voluntad de un rey, también estoy cumpliendo la voluntad de los dioses.

Ladeo la cabeza.

—¿Y dónde quedan las reinas y las diosas? ¿Estás insinuando que las diosas no me han elegido, que no me han bendecido, Gifford?

El mensajero vacila y, antes de contestar, intercambia una mirada con mis consejeros que no soy capaz de descifrar.

—Por supuesto que no, majestad. No pretendía ofenderos.

—Y no lo has hecho, Gifford. Uno nunca debe culpar a la savia por resbalarse por la corteza de un árbol porque, al fin y al cabo, es el árbol quien rezuma esas gotas pegajosas. —Arruga la frente, lo que me lleva a pensar que no ha entendido ni una sola palabra de lo que acabo de decir. Hago un gesto con la mano, como quien quiere cambiar de tema—. Supongo que traes un mensaje de mi querido marido…

Gifford se revuelve, nervioso.

—Así es, majestad. Me ha enviado en un ave maderera para poder llegar a Alta Campana lo antes posible. Está preocupado por vos.

Tuerzo la comisura de los labios.

—Seguro que sí.

—Os mandó varios halcones mensajeros y al no recibir ninguna respuesta… —empieza él, pero algo le impide terminar la frase.

—Me tienes en ascuas, Gifford —digo con el mismo sarcasmo de antes, y extiendo una mano.

Él hace el ademán de acercarse al escritorio, pero uno de mis guardias levanta un brazo y le para los pies de inmediato.

—Yo le entregaré el mensaje a su majestad.

Gifford agacha la cabeza.

—Por supuesto —murmura. Mete la mano en una bolsita que lleva atada alrededor de la cadera, saca un cilindro de oro y se lo ofrece al guardia.

Este lo abre con sumo cuidado, extrae la carta que contiene, la examina con minuciosidad y, al fin, llega a mis manos.

—Gracias —susurro, y él da un paso atrás.

Rompo el sello de lacre dorado con el emblema de una campana, de mi campana.

El pergamino es grueso, aunque más corto de lo que esperaba. Lo

desenrollo para leerlo y empiezo a ponerme tensa. Cada palabra garabateada en esa misiva me enfurece, me exaspera, me indigna. Aprieto tanto los labios que estoy segura de que han perdido todo rastro de color.

Sin darme cuenta, he arrugado la misiva en mi puño.

—¿Majestad?

No sé cuál de mis grillos cantarines está hablando y, a decir verdad, me da lo mismo. Me pongo en pie y empujo la silla con demasiado ímpetu. Las patas rayan las baldosas y, al hacerlo, la pintura blanca se descascarilla, dejando así unos rasguños dorados en el suelo.

Estrujo la carta entre mis dedos.

—¿Mi reina?

Ignoro a mis tres asesores, que me miran curiosos y asustados, y salgo del salón hecha una furia. Los guardias se apresuran en alcanzarme y los grillos, por fin, enmudecen. Mi reacción les ha dejado totalmente perplejos y apabullados. Subo las escaleras a toda prisa, con la carta todavía en la mano. Noto los afilados bordes del pergamino clavándose en mi piel.

Cuando por fin llego a mis aposentos, cierro de un portazo, abro el puño y arrojo la maldita carta a la chimenea. Las llamas desintegran el pergamino en un abrir y cerrar de ojos. Ahí, en la intimidad de mi habitación, puedo desahogarme, así que gruño de impotencia. El sonido parece salir de una bestia salvaje e indómita, y no de una reina. Rechino los dientes y noto una rigidez en el cuello terrible.

Con las manos apoyadas en la repisa de la chimenea, observo las llamas que han carbonizado esas palabras y, en mi fuero interno, deseo calcinar la mano que las escribió.

—¿Qué ha ocurrido?

No me doy la vuelta. Ni siquiera parpadeo. El ardor de las llamas empieza a quemarme los ojos, pero no aparto la mirada porque quiero ver cómo esa carta se carboniza, cómo se convierte en un montón de cenizas.

Jeo se acerca y, con cierta preocupación, me acaricia la espalda.

—¿Qué ha pasado, amor mío?

—Amor —ladro, y, al volverme, le aparto la mano con brusquedad

—. Tú no me amas, Jeo. Eres una montura real. Un cortesano a quien pago para que me satisfaga, para que me cabalgue. Así que, por favor, ten un poco de dignidad y no me regales los oídos con mentiras piadosas.

Él enseguida aparta la mano y me mira con ojos de cordero degollado. El comentario le ha dolido, o eso parece. Ojalá el dolor pudiese perdurar en el tiempo. Ojalá tuviera el poder de propagar el dolor, de hacer que todos sufrieran como yo he sufrido en esta vida.

—Está bien —resuelve él; esa preciosa melena color bronce parece centellear bajo el resplandor del fuego y las mejillas, esas mejillas cubiertas de pecas, se le han puesto coloradas, por la rabia y la vergüenza—. ¿Qué ha pasado, reina Malina? —repite, haciendo especial hincapié en mi título.

—¿Quieres saber qué ha pasado? —espeto—. Los libros están llenos de historias de necios que abusaron de una doncella y le robaron su virtud, de bastardos que nacieron en el seno de una familia decente y mancillaron su reputación, de hombres que alcanzaron la gloria simplemente porque derramaron su semilla en el vientre de una mujer.

Jeo arruga esas cejas pobladas y pelirrojas en un gesto de evidente confusión.

—No te sigo.

—¡Ha dejado embarazada a una de sus zorras! —grito, y el hielo que rodeaba mi temperamento se resquebraja.

Él pestañea, sorprendido.

—¿Tyndall?

—Claro que sí —murmuro, furiosa—. ¿Quién si no?

La montura abre la boca para decir algo, pero enseguida la cierra. El fuego chisporrotea a nuestros pies y, poco a poco, las hambrientas llamaradas van consumiendo el pergamino.

—Escúpelo de una vez, Jeo.

—En fin, es solo que creía… —balbucea mientras se atusa la parte delantera de la túnica blanca que lleva puesta, como si así pudiera allanar un poco el terreno para que lo que sea que está a punto de decir no suene demasiado brusco, demasiado tosco—. Creía que era

impotente.

Aprieto la mandíbula. Mi mirada se torna tan fría y glacial que bien podría confundirse con las tormentas de nieve que azotan al Sexto Reino. Tiene suerte. Si por mis venas fluyera sangre mágica, lo mataría ahora mismo por haber tenido la osadía de decirme algo así.

—O sea, que ahora es culpa mía no haber podido engendrar un hijo, ¿verdad? —murmuro. Mi voz suena tan solemne y tan cargada de odio y aborrecimiento que estoy segura de que traspasa el suelo, atraviesa las profundidades de la tierra y llega al mismísimo infierno.

Los remordimientos de Jeo no me sirven de consuelo.

—Mi reina, no pretendía decir eso.

—Lárgate.

Él recula como un animal que se siente acobardado, y abre esos ojos azules como platos.

—Malina…

—Esta noche no voy a necesitar tus servicios, Jeo. Márchate —insisto, y me doy la vuelta para poder contemplar la chimenea y la fuerza demoníaca que arde en su interior. Las intensas llamaradas envuelven todo lo que encuentran a su paso y lo reducen a cenizas. De fondo, oigo los pasos pesarosos de Jeo, que, en un gesto de caballerosidad, cierra la puerta al irse. Y es entonces y solo entonces cuando dejo escapar un suspiro que llevaba demasiado tiempo conteniendo.

Sabía que Tyndall no iba a quedarse de brazos cruzados cuando se enterara de que estaba tratando de arrebatarle el trono del Sexto Reino. Esperaba una reacción desmedida, algún que otro movimiento diplomático, una discusión política, incluso. Por el gran Divino, esperaba una respuesta a la altura de todos los esfuerzos que he dedicado para derrocar su reinado sin que se diera cuenta.

Pero no.

Ha ignorado mi ahínco, mi empeño, mi sacrificio, como si no hubiese hecho nada, como si esa traición taimada y silenciosa que he cometido no le importara en lo más mínimo, como si todos mis ladinos y astutos movimientos no merecieran ni una pizca de su atención. Ni siquiera se ha dignado a amenazarme.

Ha tenido la desfachatez de ordenarme que haga una declaración oficial, que anuncie que estoy encinta y que después me encierre en mis aposentos durante los próximos seis meses. Y pretende que cuando salga de esa clausura forzada lo haga con un bebé en brazos. Con un heredero que no habré tenido en mis entrañas. Con el hijo bastardo de su ramera. Con un príncipe o una princesa sin sangre real. En sus propias palabras: «Harás lo que te ordeno. Cumplirás con tu deber como esposa y por fin podré asegurar que tengo un heredero legítimo». Me arden los ojos, pero no pestañeo. La vehemencia de las llamas se refleja en mis iris y, poco a poco, siento que los van consumiendo.

No soy estúpida y reconozco una amenaza en cuanto la veo. No me cabe duda de que Tyndall está al corriente de lo que estoy haciendo en Alta Campana, pero él tiene otros planes para mí. Pretende atarme, encadenarme a su bebé bastardo.

«Harás lo que te ordeno, o prescindiré de ti como esposa, pues ya no me serás útil».

Útil. Eso es lo único que siempre le ha importado, que fuese útil para él.

De manera inconsciente, me llevo una mano al vientre y clavo las uñas. Esa tripa llana y tersa oculta unas entrañas vacías y estériles.

Si de veras cree que voy a obedecerle, que voy a aceptar el bebé de su montura y fingir que es sangre de mi sangre, entonces es que no me conoce en absoluto. No, si no puedo concebir un heredero, él tampoco.

Le arrancaré Alta Campana de las manos y le arruinaré el sueño de tener un heredero.

Después de todo, eso fue lo que él hizo. Tan solo le estoy pagando con la misma moneda.

9

Auren

El lejano sonido de ladridos y aullidos me despierta.

Todavía adormilada, abro un ojo y echo un vistazo a los ventanales que dan al balcón. Anoche olvidé correr las cortinas antes de meterme en la cama, por lo que la suave luz del amanecer ilumina mis aposentos con un resplandor color crema que me hace pensar en la nata montada que asoma por el borde de un buen tazón de chocolate caliente.

Los quejidos no dejan de oírse, así que me desperezo y salgo de la cama. Lo primero que hago es calzarme unas pantuflas y abrigarme con el batín de seda que dejé encima del sillón. Me encamino hacia el balcón, y en el momento en que mi mano envuelve el pomo de la puerta, el oro se engulle el metal plateado.

En cuanto empujo la puerta, me recibe una brisa matutina fresca que me vigoriza el espíritu y me alborota los mechones sueltos de la melena. Una finísima capa de nieve cubre el suelo, como azúcar espolvoreado sobre un bizcocho, por lo que voy dejando un rastro de huellas a mi paso. Me acerco a la barandilla para averiguar de dónde proviene ese escándalo.

Enseguida vislumbro una manada de perros que, emocionados, corretean de un lado para otro, se mordisquean, brincan y juguetean dentro de una zanja de madera construida junto a una pequeña estructura de piedra. Dibujo una sonrisa al verlos retozar en la nieve, o repanchigándose en un rincón, con la lengua fuera, mientras ladran y saltan y disfrutan de la compañía de sus iguales.

Ahí abajo también hay dos hombres, vestidos con tantísimas capas de pieles gruesas y peludas que me sorprende que puedan andar con normalidad, y no como un pato. Uno de ellos desaparece en el interior

de esa diminuta edificación que intuyo debe de ser la perrera y sale unos segundos después arrastrando un trineo.

Emite un silbido y los perros, de pelaje largo y un tanto desgreñado, acuden a la llamada de inmediato. Mientras él los amarra al trineo, los perros menean la cola en un gesto de alegría y emoción. Al ver que su compañero empieza a cargar el trineo con lanzas, flechas y espadas, caigo en la cuenta de que son perros de caza.

Una vez bien sujetos a las riendas del trineo, otro silbido estridente y agudo rompe el silencio del alba. Los dos adiestradores se colocan sobre el reposapiés y los perros arrancan a correr hacia las montañas que se alzan justo detrás del castillo. Les sigo hasta que se pierden entre esas montañas rocosas y nevadas.

Siento una punzada de celos. Imagino que la sensación de recorrer ese paisaje invernal montado en un trineo debe de ser, cuando menos, liberadora. Con el viento acariciándote las mejillas y agitándote el pelo mientras te deslizas por la nieve virgen, una nieve que parece centellear bajo la luz del sol. Apuesto a que es mucho más emocionante que encaramarse a la muralla y sentir la gélida brisa en la piel.

Regreso al calor de mi alcoba y empiezo con mi rutina de cada mañana. Me pongo uno de esos vestidos con horribles corsés con tablillas de madera que más bien parecen instrumentos de tortura y rompo todas y cada una de esas varillas para poder respirar. Si las mujeres estuviésemos destinadas a lucir vestidos que te constriñen la cintura y te aplastan el pecho, habríamos nacido sin costillas.

Me pongo un abrigo sobre los hombros para resguardarme del frío y, en mitad de esa solitaria habitación, me asaltan las palabras de Midas, unas palabras que recaen sobre mi conciencia.

«¿De veras quieres asumir el riesgo de asesinar a alguien más? ¿Otra vez?».

A pesar de los guantes, siento un leve cosquilleo en la yema de los dedos y, preocupada, me mordisqueo el labio inferior. Esto es lo que Midas quiere, que dude, que titubee, que flaquee. Está consiguiendo meterse en mi cabeza, y no puedo consentírselo.

Me encamino hacia la puerta con renovada convicción y empiezo a

pensar en todos los lugares que quiero visitar hoy. Pero en cuanto trato de abrir la puerta, el picaporte no se mueve.

Observo el pomo de oro y enseguida descubro que, a este lado de la puerta, no hay cerrojo. «El cabrón me ha encerrado». Aun habiéndole prometido que no iría a ningún lado sin mi séquito de guardias y escoltas, me ha encerrado.

Noto un hormigueo en la espalda. El sudor me empapa la nuca.

De repente, ya no estoy aquí, en una habitación del castillo de Rocablanca. He vuelto a Alta Campana, a mi jaula dorada, con las manos enroscadas alrededor de esos barrotes de oro macizo, como una vulgar prisionera encadenada en unas mazmorras oscuras y húmedas.

Estoy retenida. Enclaustrada. Encarcelada.

Y la sensación de estar atrapada en esa condenada habitación me paraliza, me deja sin respiración. Siento una fuerte opresión en el pecho, como una fuerza de gravedad.

Pero entonces mis cintas empiezan a moverse, a enredarse alrededor de mi torso y, tras un ligero apretón, me recuerdan que debo seguir respirando o, de lo contrario, me ahogaré.

«Soy yo quien tiene el poder. Yo, y no él».

Suelto el aire en una exhalación temblorosa y hurgo en mi interior hasta despertar esa sensación de animal enjaulado. Y entonces empiezo a soplar con fuerza para avivar mi rabia y así utilizarla como escudo para protegerme. Es curioso pero la rabia me hace sentir bien. Cuando estoy furiosa siento que recupero el control y recuerdo que no soy la montura preferida y desvalida que Midas se empeña en hacerme creer que soy.

Por supuesto que Midas me ha encerrado. No debería haber esperado menos de él. Debería haberme preparado para esto, mental, emocional y físicamente. Tal vez ahora no esté rodeada de barrotes dorados, pero al fin y al cabo sigo estando metida en una jaula. No tengo la llave de esta maldita puerta, pero eso no significa que vaya a quedarme aquí atrapada.

Apretando los dientes, cierro un puño y llamo a la puerta. Golpeo los nudillos con fuerza, para hacerme oír.

—¿Perdón?

No obtengo respuesta, lo cual me irrita sobremanera porque sé, sin ningún atisbo de duda, que al otro lado hay varios soldados haciendo guardia.

Esta vez, dejo la cortesía y los buenos modales a un lado; aporreo la puerta con el puño y grito:

—¡Hola!

Oigo el inconfundible sonido metálico de las armaduras detrás de la puerta y, un segundo después, los guardias empiezan a murmurar, nerviosos.

—¡Sé que estáis ahí! ¿Eres tú, Scofield?

Un largo silencio, otra vez. Pero entonces:

—Sí, mi señora.

No me hace falta verle la cara para saber que está haciendo un mohín.

—Scofield, parece ser que mi puerta se ha atrancado por error. ¿Podrías abrirla, por favor?

—No puedo hacer eso, mi señora —responde él, y me parece oírle resoplar.

Atravieso la puerta con la mirada.

—¿Y por qué no?

—Órdenes del rey Midas. Hoy debéis permanecer en vuestros aposentos, por vuestra seguridad.

—¿Ah, sí? —mascullo.

—Sí, mi señora —susurra él.

—Scofield, abre para que podamos hablar cara a cara, y no a través de una puerta.

—Lo siento, mi señora, pero no tengo la llave.

Las brasas de la cólera empiezan a humear en mi pecho.

—Ese cretino confabulador —siseo.

Scofield parece atragantarse, pues el ruido que traspasa la puerta es de ahogo, de asfixia.

—¿Qué?

—No me refiero a ti —digo, y suelto un suspiro mientras me paso una mano por la frente. Me invade la impotencia, la desesperación—. Escucha, Scofield, necesito que me hagas un favor. Ve a buscar a

Midas y dile que venga.

—Me temo que no puedo hacer eso, mi señora.

Por todas las diosas, lo ha entrenado muy bien.

—¿Y por qué no? —pregunto.

—Porque me dejó dicho que cuando vos me pidierais eso, esa debía ser mi respuesta —admite Scofield, y sé que está diciendo la verdad. Siento un espasmo involuntario en el ojo—. Su majestad también me dejó dicho que os informara de que la medida es estrictamente necesaria.

Pongo los ojos en blanco y resoplo.

—Claro, cómo no.

Me doy media vuelta y, airada pero con la mente clara y despejada, empiezo a caminar de un lado al otro de la habitación. Retuerzo las manos, entrelazo los dedos y sopeso mis opciones. Podría quedarme aquí hasta que Midas me permitiese salir, pero esa opción, además de dejarme un sabor agrio en la boca, me resulta claustrofóbica.

También podría utilizar mis cintas y comprobar si son capaces de derribar esa dichosa puerta, pero estoy convencida de que los guardias alertarían a Midas si tratara de fugarme a la fuerza.

Miro el balcón de refilón. ¿Y si me escabullo sin hacer ruido, sin montar una escena?

Sin pensármelo dos veces, cruzo la habitación y cierro de un portazo. Me acerco a la barandilla para valorar la situación. Miro a mi alrededor. Mis aposentos están en la tercera planta del palacio. No es descabellado. Pero tampoco es un plan brillante, para qué engañarnos.

Me parece avistar un par de piedras que sobresalen de la pared y que, con un poco de suerte, quizá podría usar como puntos de apoyo para descender hasta los jardines. Eso, claro está, si la escarcha que recubre cada maldita superficie de este palacio no me juega una mala pasada; si por casualidad me resbalara y cayera al vacío, no sobreviviría para contarlo. No es la opción ideal, desde luego.

A pesar de que podría hacerme daño, la idea de pasarme todo el día aquí encerrada me enerva y me abruma por partes iguales. No puedo. No puedo quedarme aquí enclaustrada.

Me reclino sobre la barandilla en un intento de explorar todos los

caminos posibles, pero entonces, sin querer, me reclino demasiado. Me patinan las manos, y mi centro de gravedad también. El miedo se arremolina en mi estómago cuando todo mi cuerpo se vuelca hacia delante. Todo ocurre demasiado rápido.

«¡Mierda!».

Un chillido de pánico rompe la calma matutina que reina ahí fuera cuando empiezo a desplomarme, y me maldigo por haber sido tan descuidada y negligente. Cierro fuerte los ojos, pero entonces, a una velocidad propia de un rayo, mis cintas reaccionan. Se extienden a mi espalda y, en un abrir y cerrar de ojos, las veinticuatro se enroscan alrededor de la barandilla de hierro forjado. El abrigo dorado sale volando por los aires.

Tras una fuerte y súbita sacudida, abro los ojos de golpe y otro alarido retumba en ese paisaje blanco y montañoso. Siento un dolor tremendo en la espalda, como si alguien estuviera tirando de mis cintas, tratando de arrancármelas de cuajo. Y es entonces cuando me percato de que estoy suspendida en el aire, de que mi cuerpo se balancea, de que mis cintas me han salvado la vida. Entre ruidosos jadeos, echo una ojeada al suelo. De repente, me da la impresión de que está mucho más lejos de lo que imaginaba.

El corazón me amartilla el pecho y los oídos. Aunque apenas han sido un par de metros de caída libre, la sensación ha sido igual de aterradora y vertiginosa. Debo de parecer una marioneta colgada de sus propios hilos, una marioneta que se mece en mitad de la nada.

Es la ironía de mi vida.

Me retuerzo, tomo impulso y trato de alcanzar mis cintas doradas. Si lograra agarrar un par, tal vez podría trepar por ellas como si fuesen cuerdas. Lo intento una vez y casi de forma instantánea recuerdo que no tengo fuerza en los brazos, que llevo años holgazaneando en la jaula, como una zángana sin espíritu de superación.

—Idiota —gruño en voz baja; me temblequean los brazos y me temo que no voy a aguantar mucho más.

—Qué curioso, iba a decir lo mismo.

Doy un respingo al oír esa voz y, en el proceso, se me escurren las

cintas de las manos. Me hundo de nuevo hacia atrás y vuelvo a quedarme pendida de mis cintas, como una marioneta olvidada.

No han podido pillarme en peor momento, ni en una postura menos sofisticada, desde luego.

Enseguida reconozco a la persona que me observa desde el suelo. Ahí está, mi Cólera favorita. Mientras yo me columpio hacia delante y atrás, ella sonríe. Al parecer, la situación le parece graciosa. Tiene la tez de ébano y unos andares ágiles y livianos, aunque bajo ese uniforme de cuero negro y ese grueso abrigo de pieles esconde una fortaleza inaudita. No puedo evitar fijarme en las botas de caña alta que lleva puestas y en esa magnífica espada que cuelga de su cadera. Me mira con los brazos cruzados y las piernas un poco separadas. Es la pose de una guerrera, sin duda.

—Eh. Hola, Lu —balbuceo, y sacudo la mano. Me siento ridícula—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Lu enarca una ceja azabache mientras yo sigo bamboleándome en el aire.

—Se me ocurre una pregunta más divertida. ¿Qué estás haciendo tú aquí?

Me cruzo de brazos, pero entonces me doy cuenta de que todavía debo parecer más estúpida, así que dejo que cuelguen a mis lados.

—Nada.

Ella tuerce los labios.

—Ajá. ¿Necesitas que te eche una mano, Ricitos Dorados?

—No. Eh…, lo tengo bajo control. No intentes ayudarme ni cogerme, ¿de acuerdo?

Lu suelta un sonoro bufido.

—No pensaba hacerlo. Prefiero ver cómo te caes de culo.

—Gracias —farfullo entre dientes.

Aunque reconozco que me cuesta una barbaridad, consigo estirar el cuello lo suficiente como para atisbar la pared. Trato de buscar una solución rápida y eficaz. La barandilla del balcón está a un par de metros de distancia. Inspiro hondo y me aparto el pelo de la cara.

—Maldita sea.

Lu empieza a reírse a carcajadas a mi costa.

Unos gotarrones de sudor se resbalan por mi frente y mi espalda aúlla de dolor. Mis cintas no van a aguantar mucho más. Si no me doy prisa y me descuelgo pronto de ahí, acabarán por desprenderse de mi piel. Aprieto la mandíbula con fuerza e intento concentrarme para buscar una solución. Desato un puñado de cintas que me sujetan por la cintura para que así puedan escalar hasta el balcón y aferrarse a la barandilla de hierro.

Sin embargo, no contaba con que controlar solo un par de cintas podría suponer todo un desafío, sobre todo cuando te has pasado la mayor parte de tu vida tratando de ocultar esas veinticuatro malditas tiras de satén y solo las has utilizado para cosas tan banales y estúpidas cono arreglarte el pelo.

—Idiota —reniego, otra vez.

—Sí, sí. Me alegro de que nos haya quedado claro a las dos —grita Lu desde el patio.

¿He dicho que era mi Cólera preferida? Pues lo retiro. No lo es. Prefiero a Osrik.

Poco a poco, empiezo a desenrollar tres cintas, pero de repente otras tres se aflojan sin mi permiso. Les siguen tres más y después otras tres y…

Y me precipito al vacío. Por segunda vez. El grito que sale de mi garganta es tan desgarrador que no me sorprendería que hubiese provocado más de una avalancha en las montañas de Rocablanca. El problema es que ahora mis cintas están tan enredadas entre sí que no pueden aferrarse a nada. Algunas tratan de ponerse rígidas para amortiguar la caída, pero aun así termino cayéndome de bruces sobre un montículo de nieve.

«Genial».

Estoy tan aturdida que lo único que puedo hacer es quedarme ahí tenida unos segundos para tratar de recuperarme de la conmoción, y del golpe. Y es entonces cuando percibo el peculiar sabor metálico de la sangre en la lengua. Treinta segundos. Tan solo he salido treinta segundos de mi habitación y, en ese tiempo, ya he cometido un error que ni el mismísimo Divino me perdonaría. Me encantaría estrangularme con mis propias cintas, pero en este preciso instante

creo que ni siquiera sería capaz de hacer eso bien.

Apoyo los brazos en la nieve y me revuelvo para incorporarme. Escupo la nieve que se me ha metido en la boca y en ese instante reparo en que ahí donde mi cara ha aterrizado ahora hay una huella dorada. Abro los ojos como platos, asombrada y aterrorizada por partes iguales.

—¿Estás bien, Ricitos? —pregunta Lu, que no duda en aproximarse para averiguar qué ha ocurrido.

—¡Sí, muy bien! —me apresuro en responder mientras pruebo de borrar esa mancha de oro de la nieve. Histérica, termino por enterrarla bajo un montón de nieve blanca e intacta. Los guantes acaban empapados, pero me da lo mismo.

Oigo el crujir de la nieve virgen bajo esas botas militares, así que me pongo de pie de un brinco, me giro y doy un paso atrás, pero las cintas se enredan entre mis piernas y por poco me tropiezo y me caigo de culo. Otra vez.

Por suerte, consigo apartar las cintas de mis pies a tiempo y evito lo que prometía ser otra caída humillante y bochornosa.

Lu se planta delante de mí y me mira con una mezcla de alegría y diversión.

—Una forma muy interesante de salir de tus aposentos.

—Ejem, solo estaba practicando con mis cintas —farfullo mientras me sacudo la nieve de la ropa—. Aprendiendo a usarlas. A confiar en mis instintos. Ya sabes.

—Ya… —responde ella con un tonito que denota evidente incredulidad.

A nuestro alrededor empieza a caer una suave y agradable nevada de copos minúsculos, tan finos que parecen de papel de arroz. La nieve se va acumulando sobre la cabeza rapada de la soldado y, a medida que pasan los segundos, empieza a fundirse entre las dagas que, con gran esmero y un pulso envidiable, lleva dibujadas en el cuero cabelludo. Sin embargo, Lu parece inmune al frío de la nieve, pues no le afecta en lo más mínimo.

Recojo el abrigo del suelo a toda prisa, me lo echo por encima de los hombros y me cubro la cabeza con la capucha para evitar que la

nieve se tiña de dorado en cuanto aterrice sobre mi cara.

Por el rabillo del ojo advierto el borrón de nieve dorada y, con esa torpeza que me caracteriza, doy un paso al lado y me atuso las faldas del vestido para tratar de ocultarlo. Los ojos parduscos y avispados de Lu echan un fugaz vistazo al suelo y después vuelven a posarse en mí.

Me ruborizo. Presiento que tengo las mejillas tan coloradas que parece que vayan a explotar. Estoy muy nerviosa, pero intento mantener la expresión impasible.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunto—. Me sorprende que hayan permitido la entrada al castillo a un soldado del ejército del Cuarto Reino.

—Y no lo han hecho —comenta ella, y se encoge de hombros mientras, con ademán perezoso y distraído, apoya una mano sobre la empuñadura de su espada. Espero que me dé una explicación más detallada, pero no lo hace. Lu no es una mujer muy parlanchina, pero siempre se ha mostrado más comunicativa y habladora que ahora.

Un incómodo silencio se abre a empujones entre nosotras, como ese visitante inoportuno que aparece en el peor momento.

Pasado ese ridículo instante en el que me he quedado colgada del balcón y ahora que Lu ya no está desternillándose de la risa a mi costa, la energía que fluye entre nosotras ha tomado un cariz… distinto. Hay algo en su expresión, en esa mirada oscura y sombría, que no había percibido antes. Y, de repente, adivino de qué se trata.

Decepción.

Me aclaro la garganta.

—Si no os permiten la entrada, ¿cómo has llegado hasta aquí? —pregunto, y miro a nuestro alrededor. Estamos totalmente solas. La caseta de los perros es la estructura más cercana y sé que ahora mismo está vacía.

—A pie.

Al oír esa respuesta tan breve y concisa exhalo un suspiro y una nubecilla de vaho se queda suspendida en el aire.

—Lu…

Ella tuerce la cabeza hacia un lado y me repasa con la mirada.

—No creía que fueras a hacerlo, Ricitos.

—¿Hacer el qué? —pregunto, confundida.

—Volver aquí, a esta vida —dice; desvía la mirada hacia el majestuoso castillo que se cierne sobre nosotras y, con una mueca de repulsión, arruga la nariz—. Me cuesta entenderte, la verdad. No me parece que hayas salido ganando con el cambio.

Y es entonces cuando caigo en la cuenta de que ese es el motivo de esa mirada tan fría y tan distante, de ese sentimiento de profunda decepción que he distinguido en sus ojos. No soporto que me mire así. El tiempo se ralentiza. Lu no rompe el incómodo silencio que se ha instalado entre nosotras, ni tampoco parece que vaya a pedirme perdón por haber sido tan franca, tan directa. A juzgar por su expresión, espera algo de mí. ¿Una disculpa? Quién sabe.

—A ver, sé que estás enfadada conmigo.

—No estoy enfadada —replica ella con desdén—. Es solo que me sorprendió que volvieras corriendo a los brazos de Midas. Esperaba algo más de ti.

Intento no estremecerme al oír ese tono tan mordaz, tan punzante, tan hiriente. Intento no pensar en el dolor que se cuela entre mis dientes y serpentea hasta mi garganta.

Aprecio a Lu. Muchísimo. Cuando elegí regresar con Midas, perdí mucho más que mi libertad. Pero hasta ahora no había reparado en que también había perdido su respeto, lo cual me atormenta más de lo que jamás habría imaginado.

Ese silencio tenso está durando demasiado, y no soy capaz de sostenerle la mirada. Me siento juzgada y no se me ocurre qué decir. Tampoco sé si Lu está al corriente de todo, si sabe que Rip es, en realidad, su rey, ni si la noticia le haría cambiar de opinión.

Quiero preguntarle por el comandante. Quiero saber si le ha contado que estuvimos charlando en el vestidor de Midas, donde mandó instalar mi nueva jaula. Pero me contengo y de inmediato destierro esa idea de la cabeza. Cuando tomé la decisión de volver con Midas, sabía que estaba despidiéndome de la amistad con Lu.

Me muero de ganas de decirle que no pienso vivir sometida a la voluntad de Midas, que no voy a volver a ser esa montura débil y dócil y obediente nunca más, que voy a encontrar la manera de

escapar de él y de este castillo, pero me muerdo la lengua porque no sé si confesarle mis intenciones serviría de algo o si, por el contrario, estaría poniendo en peligro mi plan.

El hecho es que Lu y yo no somos amigas. Ella juró lealtad a Rip, no a mí.

Me revuelvo, inquieta. No aguanto su callado escrutinio ni un segundo más.

—Debería irme. Si se enteran de que has entrado en palacio sin el permiso expreso de Midas y te ven charlando conmigo, te meterás en un buen lío.

Lu resopla.

—La seguridad de Rocablanca es pésima. Si quisiera, podría atravesar los muros de este palacio con los ojos cerrados. Incluso le robaría la corona al rey Midas delante de sus narices y no se daría ni cuenta.

Abro los ojos, alarmada.

—Por favor, no lo hagas.

—No te preocupes por eso, Ricitos. Tengo mejores cosas que hacer. Aunque si empiezo a aburrirme, no lo descarto.

—Lu.

La soldado pone los ojos en blanco y se da la vuelta, dispuesta a marcharse.

—Deja de preocuparte por mí, sé arreglármelas solita. No quiero entretenerte. Puedes seguir escabulléndote de tus aposentos.

Los hombros se me ponen rígidos.

—No he dicho que estuviera escabulléndome —protesto.

Ella se da la vuelta y, caminando hacia atrás, se da unos golpecitos en el costado de la nariz y después me señala con el dedo.

—Una granuja escurridiza reconoce a otra en cuanto la ve, Ricitos.

Pero antes de que se me ocurra una respuesta ingeniosa con que replicarle, Lu desaparece tras una esquina y me deja con la palabra en la boca.

Suspiro. Echo la cabeza hacia atrás y contemplo el balcón de mi alcoba. Sacudo la cabeza. He tenido suerte de no haberme partido el cuello, de haberme caído sobre un montón de nieve suave y esponjosa.

Aun así, todavía me duele la espalda y me temo que vayan a salirme varios cardenales en la cara. No ha sido una caída muy grácil que digamos. He estado a punto de morir porque Midas es un imbécil que cree que puede controlarme y manipularme. Y ahora, para colmo, Lu me odia.

Hasta el momento, ha sido una mañana para olvidar.

Pero al igual que Lu, me doy la vuelta y empiezo a andar.

Lu tenía razón. Me he escabullido de mis aposentos y ahora que lo he conseguido no puedo echarme atrás. El siguiente paso es empezar a trazar un mapa de los jardines que rodean el castillo de Rocablanca.

10

Auren

Recorrer el castillo a hurtadillas está resultando ser más difícil de lo que creía.

Lu no se equivocaba al afirmar que la seguridad de este palacio era pésima, pues si alguien tan torpe como yo puede escabullirse sin que nadie repare en su presencia, entonces es que las patrullas de vigilancia no son las más eficaces, desde luego. No soy una mujer que pase desapercibida que digamos, aunque eso no significa que no me esfuerce por tratar de no llamar la atención. Sin embargo, que yo sea capaz de moverme por el palacio con total libertad es, cuando menos, preocupante, pues carezco de experiencia en el arte del disimulo, del anonimato.

Me tomo mi tiempo para explorar el castillo, y tomo notas de todo lo que veo. Pero, después de un rato, empiezo a deambular sin rumbo, a disfrutar de esa pequeña dosis de libertad, a pasear por los jardines sin pensar en nada más. Aquí se respira una tranquilidad plácida y reposada, una paz que nunca conocí en Alta Campana. A este reino no le acosan las violentas tormentas de nieve, ni ese viento huracanado al que bautizaron como los lamentos de la viuda de la tempestad, ni ventiscas que pueden durar días, o incluso semanas. Aquí solo caen nevadas suaves y mansas y en el cielo se advierten unas nubecitas que más bien parecen pinceladas blancas sobre un lienzo añil.

Por suerte para mí, los jardines del castillo de Rocablanca son extensos y me ofrecen un amplio abanico de rincones y lugares para visitar. Paso por las perreras, por una galería preciosa de esculturas de hielo, por un patio inmenso y por varios invernaderos. Dibujo un mapa mental de esa zona y tomo nota de todas y cada una de las puertas que llevan a palacio. Saber dónde están todas las salidas me

sosiega y me templa los nervios.

Mientras paseo entre los invernaderos, observo distraída mis pies y, sin darme cuenta, mi mente empieza a divagar. A pensar en Lu. La nieve que se ha amontonado sobre el sendero adoquinado cruje bajo mis pies y los paneles de cristal de los cobertizos están recubiertos de una finísima capa de escarcha, aunque más bien parecen telarañas cristalizadas. Me pregunto qué está haciendo aquí y por qué se ha colado en Rocablanca. También me pregunto si ella, Judd u Osrik están maquinando algo… siniestro.

El hecho es que no sé mucho de ellos, la verdad. Rip se refiere a ellos como su Cólera, un apodo que, a primera vista, no parece muy cariñoso y tampoco me da muchas pistas.

Sí, debo reconocer que me trataron bien mientras conviví con ellos. Sin contar mi primer encuentro con Osrik, ninguno se mostró desagradable o descortés en mi presencia. De hecho, superaron todas mis expectativas, todas ellas injustas e infundadas, y con creces. Me precipité al juzgar al trío de camaradas.

Pero ocultan muchos secretos, demasiados. Para empezar, saben que Rip es un ser feérico y, por si fuera poco, ahora saben que yo también lo soy. Prefiero no pararme a pensar en las posibles repercusiones, en todos los «¿y si?» que eso conlleva. ¿Van a usarlo en mi contra? ¿Saben que su amigo y comandante está llevando una doble vida?

Todas esas preguntas sin respuesta ruedan por mi cabeza y empiezo a marearme. No consigo deshacerme de esa desazón, de esa inquietud. Esa incertidumbre me hace sentir vulnerable, expuesta, indefensa ante cualquiera que quiera aprovecharse de mí.

Quizá por eso reaccioné de una forma tan vehemente cuando Rip me reveló su verdadera identidad. Por primera vez en mi vida creí haber encontrado a alguien que, tras conocer a mi verdadero yo, a la mujer que se oculta bajo esa piel dorada, no se acobardó. Alguien que no pretendía usarme, ni manipularme en beneficio propio.

Vislumbro mi reflejo en una de las ventanas del invernadero. A pesar de que el cristal está un pelín empañado y a pesar de la telaraña de escarcha que lo recubre, veo la sombra del dolor en mis ojos áureos. Un dolor que me empeño en negar.

Me dolió en el orgullo, desde luego, pero mi corazón sufrió mucho más. Porque Rip era algo más para mí.

O casi.

Sí, Rip era mi casi más.

Una idea, una luz de esperanza, una mano tendida en mitad de la oscuridad. Pero hasta que no palpé el vacío no caí en la cuenta de que, en realidad, estaba buscándolo a él.

Y por eso me escuecen los ojos, por ese rencor. No puedo perdonárselo. Él me empujó a las llamas, me instó a que ardiera con ellas, para después apagarme con un baño de engaños y mentiras, reduciéndome así a cenizas.

Me lo tomé como un ataque personal y tal vez no debería haberlo hecho, pero cuando se trata de sentimientos, uno no puede recurrir al sentido común, no puede actuar con cordura, pues son más fuertes que la razón. Estás a su merced y lo único que puedes hacer es apretar fuerte los dientes y prepararte para el golpe. Solo espero que, con el paso del tiempo, el dolor mitigue y sea más soportable.

«Por favor, que mitigue y sea más soportable».

Me pregunto si Lu le contará a Rip que nos hemos visto esta mañana. No sé si quiero que lo haga.

La mera mención de su nombre me provoca una punzada de dolor en el estómago. Aunque he tratado por todos los medios de no pensar en él, ya sea en su versión mística de ser feérico o en su versión de rey siniestro e imponente, es casi imposible. Porque, cada vez que mi mente divaga y deambula errática, siempre termina caminando hacia él.

Arranco un pedacito de hielo que sobresale del panel de cristal, como quien arranca un pétalo de una flor. Esa pequeña esquirla quebrada alberga un deseo, un anhelo.

La sostengo en la palma de mi mano y, mientras la observo con detenimiento, oigo unas voces a lo lejos. Dejo caer ese minúsculo carámbano de hielo al suelo y asomo la cabeza por la esquina del invernadero. A unos tres cientos metros hay un establo. La estructura de piedra está unida a un patio de forma circular de dimensiones más que considerables para domar a los caballos. En su interior hay un

caballo de pelaje grueso que galopa alrededor del patio guiado por un jinete experto en adiestrar caballos.

Enseguida localizo el origen de esas voces; dos guardias están saliendo de los establos y se dirigen hacia los invernaderos. Antes de que pueda dar media vuelta para evitar que me pillen merodeando por ahí, advierto una silueta justo fuera del establo, con los brazos apoyados sobre la valla que lo cerca.

Está de espaldas, pero reconocería ese perfil en cualquier sitio.

Ravinger va vestido con un traje marrón oscuro y el viento le ha alborotado esa maraña de cabello negro. Incluso a esta distancia, y a pesar de que no puedo verle la cara, transmite la misma sensación de calma y serenidad que el hermoso paisaje nevado que nos rodea. Así es él. No hay nada que pueda perturbarle, que pueda inquietarle. Ni siquiera aquí, en un reino ajeno y extraño, plagado de potenciales enemigos. Aunque se enfrente a mil soldados a la vez, él es la verdadera amenaza.

No puedo apartar la vista de él. Examino su figura con minuciosidad. Es un rey siniestro, aterrador. ¿El lado bueno? Sabe cómo lucir un buen par de pantalones.

«Maldita sea».

Y mientras le estoy mirando el trasero, todo su cuerpo se pone rígido. Advierto la tensión en sus hombros y, cuando se da la vuelta, su mirada se posa directamente sobre mí.

Doy un brinco, sobresaltada, y vuelvo a esconderme tras el invernadero. Durante unos segundos me quedo totalmente inmóvil, como una de esas esculturas de hielo de los jardines. Quizá no me haya visto. Puede que se haya girado porque otra cosa le haya llamado la atención, ¿verdad?

Verdad.

Sé que no debería hacerlo, que es demasiado arriesgado y temerario, pero al final decido ignorar el sentido común y, poco a poco, vuelvo a sacar la cabecita para averiguar qué está haciendo. En esta ocasión, como en tantas otras, la curiosidad ha ganado a la razón.

El corazón trepa hasta mi garganta en cuanto vuelvo a verlo. Ahora su pose es totalmente distinta. Con la espalda reclinada sobre la valla

de madera y los brazos cruzados sobre el pecho, es más que evidente que tiene toda su atención puesta en mí.

Al percatarse de que me asomo de nuevo para observarle, veo que tuerce los labios en una sonrisa socarrona.

«Mierda».

Debería apartar la mirada, largarme de allí ahora mismo, pero no puedo hacerlo. Nuestras miradas se han enlazado y no hay forma humana de aflojar el nudo. Los dos tiramos del extremo de esa cuerda invisible y ninguno parece dispuesto a soltarla. Algo se mueve a su izquierda, rompiendo así esa conexión mística, pero yo ni siquiera pestañeo.

Una fracción de segundo después, por fin reparo en la figura que ha estado a su lado todo este tiempo. Ataviado con una armadura negra y un casco de guerra, con una hilera de púas afiladas que sobresalen de los brazales metálicos y de su espalda…

¿Rip?

Mi vocecita interior, que no puede estar más confundida, empieza a tartamudear palabras incomprensibles y, al final, opta por enmudecer.

Con el ceño fruncido, miro a Ravinger y después a Rip, y así varias veces.

La imagen me tiene totalmente asombrada, perpleja. Doy un paso al frente y salgo de mi escondite. Quiero acercarme a ellos para resolver este misterio, pero entonces Ravinger sacude la cabeza, instándome así a quedarme donde estoy. Y eso es lo que hago. De forma automática, freno en seco. Ha sido lo más sensato y acertado, desde luego. Me había olvidado por completo del par de guardias, que ahora están a apenas unos metros de la muralla del castillo, justo delante de mí.

Me reprendo por no haber sido más precavida, por haberme distraído. Ahora tengo dos segundos para buscar otro lugar donde esconderme, porque esa estructura de cristal transparente no es suficiente.

No puedo echar a correr y tratar de esconderme tras el invernadero, porque sé que no llegaría a tiempo. Sin embargo, vislumbro una escalera decrépita construida en uno de los muros del castillo. En lo

alto hay una puerta a la que ya le había echado el ojo. Es la alternativa más plausible, y más cercana, que tengo a mi alcance ahora mismo. Cruzo los dedos porque no esté cerrada con llave, aunque si al menos lograra subir tres peldaños y a los guardias no se les ocurriera la brillante idea de mirar hacia arriba, creo que también lo conseguiría.

No tengo tiempo para pensármelo demasiado, así que tomo una decisión. Me arremango las faldas del vestido y salgo disparada hacia la escalera antes de que los guardias lleguen al invernadero. Atravieso el sendero del jardín a toda prisa, alcanzo los pies de la escalera casi derrapando y empiezo a subir los escalones de dos en dos.

En mi apremiado y raudo y desmañado ascenso por esa escalinata de piedra que parece estar a punto de desmoronarse, piso un charco de hielo que se ha formado en el descansillo y doy un tremendo resbalón. Por poco no me caigo al vacío —¿a quién se le ocurrió la estúpida idea de construir una escalera sin una maldita barandilla?—, pero milagrosamente consigo agarrarme al pomo de la puerta en el último segundo y evitar el desastre.

Ni siquiera tengo tiempo de recuperar el equilibrio. Trato de girar el pomo y, al darme cuenta de que la puerta está abierta, me invade una sensación de euforia. Entro a toda prisa y con el corazón latiéndome a mil por hora cierro la puerta con sumo cuidado para no hacer ningún ruido.

«Uf, por los pelos».

Todavía entre jadeos, afino el oído para comprobar que los guardias no se han percatado de nada. No se oyen gritos, ni botas subiendo esos peldaños de piedra.

Pero no quiero cantar victoria todavía, así que espero unos segundos en silencio y, transcurrido ese tiempo, por fin suelto un suspiro de alivio y miro a mi alrededor. Estoy en una especie de antecámara vacía cuya única iluminación proviene de una diminuta ventana fina y alargada que hay encima de la puerta. A diferencia del resto del castillo, es un vestíbulo sencillo y austero, sin ningún tipo de embellecimiento o floritura. No parece que se utilice mucho, lo que me lleva a pensar que es una sala donde confluyen varios pasadizos. Y

hace un frío de mil demonios.

A pesar de haber recuperado el abrigo, no puedo dejar de tiritar. Echo otro vistazo a la puerta por la que he entrado a ese oscuro vestíbulo. Incluso ahí dentro, con paredes de piedra separándonos, juraría que todavía puedo sentir la presencia de Ravinger ahí fuera. ¿Cómo diablos sabía que estaba allí?

Aunque hay otra pregunta que no deja de rondarme por la cabeza: ¿quién estaba con él? Era la armadura de Rip, el casco de Rip, las botas, la pose, la altura, incluso sus malditas púas, pero no era él. Esa burda copia de Rip era demasiado corpulenta y robusta para ser Judd, demasiado delgada y menuda para ser Osrik. Entonces, ¿quién diablos era?

Otro truco, otro engaño. Aprieto la mandíbula con fuerza y me obligo a sacármelo de la cabeza. ¿El lado bueno? He logrado pasar inadvertida y me he colado en el castillo sin que los guardias me vean. No puedo desaprovechar la valiosa oportunidad que me está brindando el destino. Recorrer el interior del castillo no entraba en mis planes de hoy, pero me da lo mismo.

Atravieso esa antecámara tan oscura, tan gélida y tan poco acogedora y paso junto a unos bancos de piedra construidos junto a las paredes. Me cuesta creer que alguien en su sano juicio quisiera sentarse en una sala tan lúgubre y tenebrosa como esta. Intento abrir varias puertas, pero todas están cerradas a cal y canto, lo cual debo reconocer que no me sorprende.

Cuando llego a la última puerta, que también está cerrada, por supuesto, desenvuelvo una de mis cintas y la deslizo por la ranura que queda entre la puerta y el suelo. Controlar y guiar una sola cinta a ciegas no es tarea fácil. En cierto modo, es como intentar anudar varios lazos a tu espalda, así que cierro los ojos y voy palpando la puerta con la cinta hasta dar con el pomo que hay al otro lado. Envuelvo esa vieja cerradura de hierro forjado y, tras un crujido que suena a óxido y a abandono, la manilla cede.

Mi cinta no espera ni un segundo a arrastrarse de nuevo hacia este lado de la puerta y enroscarse alrededor de mi torso. Sin pensármelo demasiado, empujo la puerta y las bisagras protestan con otro chirrido

agudo. Presiento que nadie utiliza esta puerta. Me adentro en un espacio oscuro y, de repente, distingo un olor familiar en el aire. Miro a mi alrededor y enseguida adivino dónde estoy.

La biblioteca real.

El olor a libros, a antiguos pergaminos, a tinta derramada sobre un escritorio y a cubiertas de cuero me resulta embriagador y dibujo una sonrisa.

Tardo unos instantes en acostumbrarme a la penumbra que reina en la biblioteca. Intuyo que no hay ninguna ventana, pues el único resplandor que ilumina la estancia proviene de las decenas de velas que titilan desde los candeleros colgados en las paredes. Pero ese fulgor cálido y anaranjado no consigue alumbrar todos los recovecos de la estancia, sobre todo con esas estanterías que se ciernen sobre mí. Son tan altas que, por mucho que alargue el cuello y me ponga de puntillas, no consigo ver el último estante. Algunas están atadas con cadenas para que nadie pueda abrir los libros que atesoran. Jamás había visto una biblioteca tan solitaria y tétrica como esta. Es como meterse en un viejo sarcófago.

A pesar de que no es un lugar muy pintoresco y agradable, tiene algo especial. Echo un segundo vistazo a la biblioteca. Es una sala tranquila, oscura y secreta. Es el rincón perfecto para esconder algo.

Con un nuevo objetivo en la mente, me abro camino entre las estanterías repletas de libros. Trato de hacer el mínimo ruido y, para ello, me remango las faldas para que no rocen el suelo y delaten mi presencia allí. Por suerte, las suelas de mis zapatos son bastante blandas por lo que mis pasos no retumban en ese espacio tan inmenso, y tan abarrotado. El silencio que reina ahí es tan sepulcral que incluso mi respiración suena atronadora.

Trato de moverme con la máxima discreción y sigilo posibles y, al pasar junto a las estanterías, aprovecho la ocasión para entornar los ojos y leer los títulos grabados en los lomos de los libros. Entre los cientos de volúmenes no puede faltar la historia completa del Quinto Reino, geografía de Orea, relatos de guerras y batallas pasadas, genealogías de reyes… Aburrido, aburrido, aburrido. Cuantos más títulos leo, más me convenzo de que allí no voy a encontrar ninguna

novela romántica, ninguna historia de amor épica.

Pero mi incursión en la biblioteca no es una total pérdida de tiempo. De repente, mis ojos revolotean hasta uno de los estantes más altos, allá donde la luz de las velas no alcanza a iluminar, allá donde la negrura parece tragarse todo. Es más corto que los demás y está cubierto de polvo, por lo que sospecho que nadie lo ha tocado, ni mirado, en años.

«Perfecto».

Busco algo con qué alumbrar la estantería, pero no tengo nada cerca de mi alcance. El punto de luz más cercano es un candelero y está a varios metros de distancia. Me doy la vuelta, me quito el guante y hurgo en el bolsillo del vestido. Saco tres cosas, una después de otra: la manzana que me dieron en las cocinas, la pipa de madera que le robé al guardia y el pañuelo que le pedí a la criada. Son tres objetos inocuos, elegidos al azar, todos sacados de un lugar distinto, todos entregados por personas distintas. Tres objetos que Midas desconoce y, por lo tanto, no echará en falta.

En el momento en que los rozo con la yema de los dedos, un charco de líquido metálico empieza a burbujear sobre mi palma. En cuestión de segundos, el oro engulle esos tres elementos. Ahora pesan mucho más, pues son piezas de oro macizo. Rastreo esas atestadas estanterías en busca de un rincón inalcanzable, de un recoveco al que nadie le prestaría la más mínima atención y, de repente, vislumbro dos tomos enormes reclinados el uno sobre el otro; el minúsculo agujero que hay entre esos dos ejemplares es el escondite perfecto. Me pongo de puntillas y, con la mano enguantada, guardo el pañuelo y la pipa entre los libros. Los empujo hasta el fondo para ocultarlos de cualquier curioso que pudiese pasar por ahí.

Deslizo la manzana de oro en el bolsillo y enseguida noto el peso en la cadera. Me enfundo de nuevo el guante y me doy la vuelta, dispuesta a marcharme, pero entonces advierto un destello dorado en una de las estanterías más bajas. Me arrodillo, sacudo el polvo de los libros ahí almacenados y, al destapar el título de una de esas obras históricas, se me corta la respiración.

Seres feéricos.

Biseladas y negras, grabadas sobre el cuero que recubre el lomo del libro y con filigranas doradas, las dos palabras del título parecen susurrarme al oído, y de inmediato un escalofrío me recorre la espalda.

Hay una cadena de hierro atada a la parte frontal de la repisa, pero está floja y suelta. Compruebo una vez más que estoy sola, que no hay nadie agazapado entre las sombras, observándome, vigilando todos mis movimientos. Pero la biblioteca está sumida en un silencio absoluto y lo único que consigo oír es el constante redoble de mi corazón. Con sumo cuidado de no mover las cadenas, de no dejar ni una sola huella sobre el polvo bajo el que está enterrado ese estante, saco el libro. En cuanto lo sostengo entre mis manos siento un hormigueo en los dedos.

Es un ejemplar pequeño, un pelín más grande que la palma de mi mano. La cubierta está hecha de madera de saúco, con una delicada cinta de cuero carmesí cosida en las esquinas y bordes de la tablilla. El hilo que se utilizó para encuadernar las páginas, ahora amarillentas y raídas por el paso del tiempo, es de un grosor considerable.

Durante unos segundos, solo puedo contemplarlo. Casi tengo que pellizcarme para comprobar que es real, que no es un sueño. En todos los años que llevo viviendo en Orea, nunca había visto un solo volumen sobre seres feéricos. Según tenía entendido, todas las obras literarias escritas del puño y letra de un ser feérico y todos los libros que narraban la historia y aventuras de esas criaturas místicas habían sido destruidos después de la guerra. Tan solo los libros de historia mencionan a los seres feéricos, y los describen como grandes traidores y unos asesinos despiadados.

Lo que tengo en mis manos es un libro prohibido. Debería haber ardido en la pira hace siglos y, sin embargo, aquí estaba, aprisionado entre libros de historia al borde de la desintegración y pergaminos enrollados, olvidado en una repisa polvorienta y protegida por una cadena inservible.

Miro hacia la izquierda y hacia la derecha para cerciorarme por enésima vez de que no hay testigos husmeando por esa zona de la biblioteca y guardo el libro en el bolsillo interior del abrigo, junto a

mi pecho. Me pongo en pie. El corazón me palpita con tanta fuerza que confundo los latidos con pisadas.

Espera. No. Son pisadas de verdad y cada vez se oyen más cerca.

Mierda.

Salgo corriendo hacia mi derecha, doblo la esquina de la estantería y pego la espalda a esa inmensa columna de libros. Un segundo más tarde, alguien se adentra en el pasillo de al lado. Camina a paso de tortuga y arrastrando los pies.

Hora de irse.

Me arregazo las faldas con las dos manos para evitar el frufrú del bajo sobre las baldosas y mis cintas se repliegan y se enrollan bajo el abrigo. Estoy tan nerviosa que no me atrevo a respirar, pero tengo que salir de allí lo antes posible, así que, de puntillas, me alejo de esas estanterías. Cada vez que mis zapatos rozan el suelo, me estremezco y me preparo para lo peor.

Con esa persona a escasos metros de distancia, no puedo deshacer mis pasos e irme por donde he venido, así que opto por alejarme todo lo que puedo de ella y casi a ciegas voy serpenteando por los pasadizos de esa sala tan críptica y enigmática.

De pronto, vislumbro una luz al fondo de un pasadizo y salgo disparada hacia ella con la esperanza de que conduzca a otra salida. Tomo un atajo y me adentro en un estrecho pasillo flanqueado por dos muros de libros viejos y deslucidos. Lo cruzo a toda prisa y, al llegar al otro extremo del pasillo, me topo con varias mesas repletas de libros abiertos y pergaminos desenrollados y farolillos encendidos. Pero mi mirada se desvía hacia la puerta que hay justo detrás de esos escritorios.

«Gracias al Divino».

Echo a correr hacia la puerta, salvo que con las prisas no reparo en la oscura silueta que está encorvada sobre uno de los escritorios y que parece estar garabateando algo con una pluma. En cuanto paso por su lado, levanta la cabeza y por poco me mata del susto.

—Oh, mierda —blasfemo en voz alta; la presencia del escribano me ha pillado totalmente por sorpresa—. Lo lamento.

El hombre, un anciano ataviado con una túnica, se levanta *ipso facto*

y, al arrastrar la silla por el suelo de piedra, un chirrido ensordecedor rompe la quietud que, hasta el momento, reinaba en la biblioteca.

—¿Quién os ha dejado entrar en la biblioteca? ¡No tenéis permiso para estar aquí! —exclama con evidente desdén.

—Lo lamento —repito, y empiezo a recular con las manos extendidas, en señal de rendición—. Solo, ejem, solo venía a concertar una cita para poder visitar la biblioteca —respondo, aunque la excusa no suena muy convincente.

El tipo me mira de arriba abajo con una mirada inquisitoria y de absoluto desprecio.

—Sé quién sois.

—Bien —murmuro. Para ser sincera, en estos momentos no me interesa oír a un octogenario llamarme «la ramera de oro», o algo parecido—. Y bien… ¿Puedo concertar una cita?

—No.

Pestañeo. Vaya, esa no era la respuesta que esperaba.

—¿No? —pregunto.

—Solo los aristócratas pueden concertar cita previa para visitar la biblioteca —me informa con un tono de voz tan rígido y tieso como su pelo, de un color paja apagado—. Todos los demás no son bienvenidos a la biblioteca real. Y puesto que vos no sois aristócrata ni pertenecéis a la realeza, no tenéis permitida la entrada.

—Pero…

—Aquí atesoramos pergaminos que se remontan a la época más oscura de Orea. Conservamos libros escritos por los primeros reyes. De hecho, me he encargado personalmente de transcribir uno de los diarios que San Bosef escribió durante la Plaga de las Amapolas —prosigue el escriba, que se hincha como un pavo al explicar tal proeza —. Quizá lo que vaya a deciros os sorprenda, pero esta biblioteca contiene ejemplares más valiosos, y sin lugar a dudas mucho más *preciosos,* que vos —dice, y, al pronunciar mi apodo, percibo cierto retintín en su voz—. Así que tened la decencia de desaparecer de mi vista ahora mismo y ni os atreváis a intentar entrar aquí otra vez porque, tal y como ya os he dicho, no sois bienvenida. Marchaos y regresad al ala de las monturas, de donde nunca debisteis salir.

Miro a ese vejestorio fijamente, aturdida y perpleja. Nunca imaginé que un escriba pudiera hacerme sentir tan pequeña y tan insignificante como una mota de polvo.

De pronto, veo que baja la mirada y observa mi abrigo. Empalidezco de inmediato. El libro que he robado y escondido en el bolsillo empieza a pesarme demasiado y noto que mi corazón golpea esa cubierta de madera con cada uno de sus latidos.

¿Podrá advertir la forma rectangular bajo la tela de mi abrigo? Estoy tan asustada que prefiero no mirar, pero cuando de repente levanta una mano y me señala con un dedo manchado de tinta negra, se me cae el alma a los pies. Ni siquiera se me permite entrar en la biblioteca. ¿Qué me va a pasar cuando descubra que he intentado robar un libro prohibido?

—¿Me vais a hacer llamar a los guardias?

Tardo unos instantes en darme cuenta de que no me está acusando de ladrona, ni me está exigiendo que vacíe los bolsillos delante de sus narices.

—Eh… ¿Qué?

Y entonces con el mismo dedo señala la puerta que tengo a mis espaldas.

—¿Estáis sorda? Os lo voy a repetir por última vez. ¿Me vais a hacer llamar a los guardias o podéis retiraros por vuestro propio pie?

—No, no. Me marcharé —balbuceo.

Doy media vuelta, ansiosa por largarme de ahí lo más rápido que pueda, empujo el inmenso portón, y en cuanto el resquicio es lo bastante amplio para poder colarme, me escurro y me esfumo de la biblioteca en un santiamén. La puerta se cierra con un golpe seco tras de mí. Apoyo la espalda sobre esa superficie rugosa y fría y me llevo una mano al pecho para tratar de apaciguar a mi acelerado corazón.

A lo largo de mi vida me he cruzado con muchas personas desagradables, personas ruines y mezquinas, pero ese escriba era un cretino de tomo y lomo.

Sacudo la cabeza y, aliviada, dejo escapar un suspiro. Bajo el abrigo, las esquinas del libro se clavan en mi piel, como si fuese una insignia al mérito y la discreción. No tengo ni la más mínima idea de la

información que contiene ese libro, pero presiento que los escribas que se encargan de la biblioteca real preferirían que no saliera a la luz. Es como si las páginas de ese libro fuesen susurros, susurros que están a punto de revelarme secretos.

En cuanto recupero el aliento, dejo caer la mano a un lado y me aparto de la puerta. Ahora que ya no me preocupa que me pillen fisgoneando en la biblioteca real, recapitulo y rememoro lo ocurrido. No me ha gustado que el viejo escriba me tratase con tal desprecio y altivez. Me ha mirado por encima del hombro, como si no le llegara a la suela de los zapatos, como si no mereciera ni respirar el aire rancio y mohoso de esa biblioteca, y mucho menos leer las obras allí amontonadas.

«Ni os atreváis a intentar entrar aquí otra vez porque, tal y como ya os he dicho, no sois bienvenida».

Se ha comportado como si mi mera presencia pudiese haber mancillado su valiosa biblioteca. Me ha tomado por una vulgar analfabeta capaz de doblar la esquina de una página o partir el lomo de un libro por tratar de abrirlo demasiado.

A ver, sí es cierto que he robado un libro, pero eso es irrelevante. Y sí, reconozco que alguna que otra vez he transformado varias páginas en láminas de oro, pero eso forma parte del pasado y ahora soy mucho más cuidadosa. Otro detalle irrelevante.

Sin embargo, el escriba me ha dado una pista muy valiosa, aunque su intención fuese insultarme.

«Marchaos y regresad al ala de las monturas, de donde nunca debisteis salir».

Es curioso porque ahí es donde quería ir justo después.

11

Auren

Encontrar el ala donde se alojan las monturas no es tarea fácil. No solo porque no sé dónde está, sino porque además tengo que seguir moviéndome a hurtadillas por el castillo, lo que implica colarme en salas vacías, esconderme detrás de una cómoda o dar media vuelta y desandar mis pasos para esquivar a una doncella o a un guardia, lo cual requiere muchísimo tiempo.

Sin embargo, todos los rodeos que estoy dando no son en vano, pues me sirven para familiarizarme con la distribución de cada planta y para empezar a ubicar dónde está cada salón, cada estancia, cada alcoba, lo cual me será de gran ayuda para elaborar mi plan de fuga. Un plan que ya empieza a tomar forma en mi cabeza.

Un par de horas más tarde, la suerte me sonríe. Asomo la cabeza por la esquina de un pasadizo y veo a dos soldados uniformados haciendo guardia junto a una puerta.

—Maldita sea, este puesto es mucho mejor que vigilar la muralla norte. Aquí al menos no se nos congelan las pelotas —dice uno.

El otro está sentado en una banqueta y tiene la oreja pegada a la puerta.

—Mierda, me parece que una está gimiendo.

—¿En serio? —pregunta el compañero, que parece haberse espabilado de repente. Pongo los ojos en blanco al ver que también apoya la oreja en la puerta—. ¿Crees que… que se pasan el día follando?

Un gruñido grave y varonil retumba en el pasillo.

—Eso espero, joder.

—Las putas de Midas son mucho mejores que las de Fulke. ¿Te has fijado en la pelirroja? Menudo par de tetas.

Está claro que he encontrado a las monturas.

Vacilo durante unos instantes mientras trato de pensar un plan, pero el tiempo es oro y no puedo pasarme todo el día merodeando en esta esquina. Tarde o temprano, alguien va a pasar por aquí.

No reconozco a ninguno de los guardias y es evidente que son nuevos en el puesto, lo cual puede ser una ventaja a mi favor. Así pues, sin meditar mucho la idea, respiro hondo y rodeo la esquina. Camino con paso seguro y decidido por ese larguísimo pasadizo azul hielo y avanzo junto a las columnas decorativas que adornan la pared.

Ese par de guardias de armadura dorada está tan distraído tratando de espiar a las monturas que no se percata de mi presencia hasta que estoy a poco más de un metro de ellos. Al verme, se ponen de pie de un brinco, aturullados y nerviosos. Salta a la vista que uno es mayor que el otro y no puedo evitar fijarme en los dos mechones plateados que le nacen a la altura de las sienes. El otro, en cambio, parece más joven que yo y luce una barba rubia e incipiente, una barba poco espesa que le cubre el mentón y la mandíbula en forma de parches lampiños.

—¿Y quién eres tú? —pregunta Barba Parcheada.

Su compañero le atesta un codazo.

—¿Que quién es? Mírala bien, chaval. Es de oro, idiota. ¿Quién crees que puede ser?

—Oh. Claro —farfulla el joven, y de inmediato dos redondeles rojos ocupan sus mejillas.

Les dedico una sonrisa radiante, una sonrisa de oreja a oreja.

—Hola, no pretendía molestaros. Tan solo quería pasar al ala de las monturas.

Cabello Canoso frunce el ceño, confuso.

—Ejem, lo siento mucho, señorita, pero no está permitido.

Adopto una expresión menos amable y mucho más arrogante.

—Por supuesto que está permitido. —La mejor forma de convencer a alguien de que cuentas con el permiso para hacer algo, lo que sea, es mostrarte ofendido, ultrajado o insultado—. Sabéis quién soy.

No es una pregunta, pero aun así los dos asienten con la cabeza.

—Entonces sabréis que soy la preferida del rey Midas, la muchacha

que tocó y convirtió en oro, su montura favorita —explico, y arrastro cada una de las palabras mientras enarco una ceja para así hacerles sentir como un par de zopencos que no se habían dado cuenta de algo tan evidente—. Y esta es el ala de las monturas, ¿verdad?

Titubean. He conseguido plantar la semilla de la duda.

—A ver, en teoría sí… —responde Barba Parcheada, que sigue rojo como un tomate.

—Bien. ¿Os importaría apartaros para que pueda pasar, por favor? No me gustaría tener que decirle al rey que los dos guardias que custodian el ala de las monturas han decidido vetarle la entrada a su montura favorita, siendo esta su propia ala. Estoy segura de que se llevaría una gran decepción.

El soldado más joven se queda blanco como la cal y mira a Cabello Canoso alarmado, al borde de un infarto.

—Estás faltando el respeto a la preferida del rey Midas —farfulla, entre dientes.

—En absoluto —rebate él—. Es solo que creía…

Pero Barba Parcheada no le deja terminar.

—Puedes pasar, señorita. Faltaría más —murmura, todavía nervioso, y abre la puerta de par en par.

Me aseguro de regalarle una sonrisa dulce y tierna al pasar por su lado.

—Gracias —susurro.

En cuanto la puerta se cierra a mis espaldas, los dos guardias se enzarzan en una acalorada discusión. Me echaría a reír, pero me contengo. Admito que no esperaba que el truco fuese a funcionar, pero ahora que he conseguido colarme en el ala de las monturas no puedo perder ni un solo minuto.

Echo un vistazo al pequeño y vacío recibidor y me parece oír ruidos detrás de la puerta que tengo a mi derecha. Me acerco y, desde el umbral, asomo la cabeza. El salón es inmenso. Al fondo hay dos espléndidas columnas blancas que enmarcan las ventanas, como dos sujetalibros, aunque la luz que se filtra por esos cristales escarchados y que baña la majestuosa estancia es apagada, por lo que transmite una sensación de tristeza y melancolía. Las paredes y las alfombras son de

ese azul pálido, casi translúcido, un azul que recuerda al hielo, por lo que, a pesar del fuego que crepita en la chimenea, el ambiente se siente frío, casi gélido.

Del techo cuelgan una especie de hamacas con forma de huevo tejidas con briznas de paja. Son tan grandes que incluso se pueden mecer varias monturas a la vez. De hecho, distingo a varias monturas allí apoltronadas, columpiándose entre almohadas mullidas y ahuecadas.

Aparto la mirada de las monturas que holgazanean en esos peculiares asientos y me fijo en la indecente montaña de cojines que hay en una esquina de la habitación. Todos son de la misma gama de colores, o blancos, o azules, o púrpuras. Al otro lado del grandioso salón, atisbo una mesa minúscula y raquítica a rebosar de platos con restos de comida y unos cuantos cántaros y jarras y copas. En el centro hay varios sillones y divanes desperdigados. En resumidas cuentas, la sala desprende cierta decadencia y, para qué engañarnos, está un poquito desordenada.

Reconozco a la mayoría de las monturas con quienes viajé hasta aquí, pero también veo caras nuevas. Sin embargo, ninguna parece haberse percatado de mi presencia en el salón. Las que están balanceándose en los asientos con forma de huevo parecen amodorradas, por lo que intuyo que están dormitando. Las piernas les cuelgan del borde de la hamaca y los bajos de sus vestidos de seda acarician la alfombra que cubre el suelo.

Todas parecen estar tan… cómodas ahí juntas que no puedo evitar sentir una punzada de celos, de envidia. ¿Cómo habría sido mi vida si hubiera convivido con ellas en Alta Campana, si me hubieran aceptado como una igual desde el principio? Si Midas me hubiese permitido visitarlas de vez en cuando, si hubiese tenido la oportunidad de charlar con ellas, quizá habríamos forjado una amistad, quizá no me aborrecerían de tal manera y quizá mi vida habría sido menos solitaria y aburrida. Sé que discuten, que se pelean —lo vi con mis propios ojos cuando estábamos con el ejército del Cuarto Reino—, pero también son amigas. Aunque algunas se odian, al menos se tienen las unas a las otras. Yo no tenía a nadie. No tengo a

nadie.

Y mientras yo me regodeo en mis miserias y me compadezco de mí misma, oigo unas risitas a mi derecha que me devuelven a la realidad. Desvío la mirada hacia uno de los divanes y encuentro a la montura con quien preferiría no forjar una relación de amistad.

Polly parece darse cuenta de que estoy aquí en el mismo preciso instante en que la miro, porque en cuanto esos ojos azules y cristalinos se posan en mí, las risitas enmudecen y su expresión alegre y risueña se torna seria, adusta. A su lado, la montura masculina, Rosh, se pone tenso. Las tres monturas que están acomodadas en otro diván se giran para mirarme. Y es entonces cuando por fin decido entrar en el salón.

—Bonito vestido —apunta Polly con evidente desdén, y estira los labios en una sonrisa maliciosa mientras observa el corsé de mi vestido, cuyas varillas he partido y ahora sobresalen bajo la tela. Me ruborizo bajo su inquisitiva mirada, pero no pienso acobardarme.

—A mis costillas no les entusiasma la ropa del Quinto Reino.

Polly, que está despatarrada sobre varios cojines color violeta, con la melena totalmente desaliñada, resopla con sorna.

—Para presumir hay que sufrir. Pero claro, qué vas a saber tú.

Las otras monturas se ríen a carcajadas. Mis mejillas se sonrojan un poquito más.

—El sufrimiento no debería ser un requisito de la belleza.

—Eso solo puede decirlo la zorra más mimada y consentida del reino —replica ella con los ojos vidriosos y ademán distraído—. ¿Se puede saber qué estás haciendo aquí? Por si no te habías dado cuenta, no eres bienvenida en nuestra ala.

Con cierta cautela, miro de reojo a las otras tres mujeres, que me observan con una especie de aburrido interés.

—Quería saber cómo estabais, eso es todo.

Polly pone los ojos en blanco.

—Mentirosa.

—Está bien —admito, y me encojo de hombros. No me apetece seguir charlando con Polly y creo que el sentimiento es mutuo—. He venido a ver a Rissa. ¿Sabes dónde está? —pregunto, y echo una ojeada al salón.

La montura entorna los ojos, unos ojos astutos que hoy, por alguna razón que desconozco, parecen estar inyectados en sangre.

—¿Por qué últimamente siempre quieres hablar con ella? No sois amigas.

Con ese último comentario siento que me ha dado una bofetada con la mano abierta. Es como si me hubiera leído el pensamiento, como si hubiera adivinado qué estaba pensando incluso antes de entrar en el salón, y por eso ha sabido qué decir para hurgar en la herida.

—¿Y tú cómo sabes que no somos amigas? —replico, a la defensiva.

—Porque Rissa es mi amiga —explica Polly, que, de repente, se pone colorada de la rabia. Esa airada reacción me sorprende.

Una de las otras monturas suelta una risotada. Ha sido Isis, una mujer escultural de melena azabache.

—¿Estás celosa del coño de oro?

Las palabras de Isis me enfurecen y a Polly, al parecer, también.

—Cierra esa bocaza —ladra.

Pero Isis, en lugar de amilanarse, continúa riéndose. Es una risa histérica y descontrolada y, pasados unos segundos, termina cayéndose sobre la montura que tiene al lado, que también estalla en ruidosas carcajadas. En mitad de ese ataque de risa, las dos mujeres se desploman sobre el suelo. Sus cuerpos se sacuden de una forma errática y frenética mientras ellas siguen desternillándose, y entonces…

Y entonces empiezan a besarse.

Gia, la montura menuda con cara de duende, las mira con una mezcla de suficiencia y hartazgo y se pone en pie. Pasa por encima de sus dos compañeras, cuyas risas empiezan a sonar algo trastornadas, y después se deja caer sobre el regazo de Rosh. Un segundo después, le besa apasionadamente.

No sé cómo ha ocurrido pero, de repente, allá donde mire solo veo bocas húmedas y lenguas entrelazadas.

Polly echa un vistazo a Gia y le aparta la cara de un manotazo.

—Largo de aquí. Fóllate a otra.

La joven hace un mohín, pero no insiste. Se vuelve de nuevo hacia Rosh y esta vez, en lugar de tratar de sorberle la boca, empieza a

mordisquearle el cuello.

—Ah, vamos, Polly. No te hagas la remolona y únete a nosotros. Hacía tiempo que no sentía tanto placer.

No doy crédito a lo que estoy viendo. Observo a Gia con los ojos como platos, totalmente anonadada. La joven desliza la mano hasta la entrepierna de Rosh y empieza a frotarle la ingle con una mezcla de delirio y agitación. Él echa la cabeza hacia atrás y suelta un gruñido grave, un gruñido hambriento.

Polly cierra la boca y sus labios, siempre rosados y carnosos, se transforman en dos líneas finas y blancas. Y por la diminuta ranura que queda entre ellos se escurre un bufido de profunda molestia e irritación.

—No he conocido zorras más flojas que vosotras. Ya sabía que no aguantaríais tanto rocío.

Frunzo el ceño.

—¿Rocío?

Polly me mira impresionada.

—Sí, rocío —dice, y abre los ojos de una forma exagerada—. No puedes ser tan estúpida, ¿o sí? —Pero al ver que sigo mirándola confundida, suspira y añade—: Ya sabes, pétalo pintado, doncella colorada, gotas de rocío, flor de rocío…

Isis, que ahora está sentada a horcajadas sobre la otra montura, resopla.

—Flor de rocío, una sola pizca y hasta las doncellas más remilgadas y mojigatas arderán en deseos de que las desfloren —dice, y empieza a reírse de nuevo, hasta que la montura que está debajo empieza a retorcerse, a mover las caderas, y entonces esas risas de júbilo se transforman en jadeos de placer.

—¿El rocío es… una droga? —pregunto, incrédula. Empiezo a entender el porqué de esas miradas vidriosas, de esas mejillas sonrojadas, de ese comportamiento lujurioso y lánguido—. ¿No os meteréis en problemas?

—¿Con quién? —pregunta Polly enarcando una ceja.

—Con el rey.

—Me extrañaría mucho, puesto que es él quien me proporciona esta

exquisita sustancia.

—¿Cómo? ¿Midas os ha ofrecido rocío?

Una parte de mí se niega a creerlo.

—Para ser más exactos, el sanador fue el primero en darnos a probar este remedio. Nos aseguró que nos ayudaría a recuperarnos, a sobrellevar todo lo que padecimos con los Bandidos Rojos y el ejército del Cuarto Reino. Pero Midas me regaló mi primera cajita de rocío después de saciar sus necesidades más primarias y obscenas —explica Polly con orgullo, y, tumbada sobre esos cojines lilas, me dedica una sonrisa vengativa—. Le satisfice inmensamente.

Trago saliva.

—¿Hace poco?

Es evidente que está disfrutando con esto. El brillo que advierto en sus ojos y esa sonrisa traviesa la delatan.

—Justo anoche.

En otros tiempos, la lengua afilada de Polly habría sido como un puñal, un puñal que me hubiera atravesado el corazón y me habría dejado totalmente rota de dolor. Hoy, en cambio, sus palabras no me han dolido, al menos no de esa manera. Antes las proezas sexuales de Midas me hacían sentir que no valía nada, que no le importaba nada. Siempre tenía que contener mis celos y resignarme. Me hizo creer que era yo quien tenía un comportamiento irracional, injusto e inadmisible.

Sin embargo, ahora mismo no estoy celosa. Saber que anoche abandonó mi lecho para visitar la cama de Polly me deja totalmente fría e indiferente porque, a decir verdad, Midas ya no me parece el caballero apuesto y atractivo de siempre. De hecho, me da asco.

Se me daba de maravilla engañarme a mí misma, desde luego. Me creí mis propias mentiras a pies juntillas y llegué a convencerme de que Midas me amaba. Qué triste ingenuidad.

La mente es tan hábil y perspicaz que es capaz de elaborar mentiras retorcidas y perversas y enredarlas con la realidad para confundirte, para que no logres distinguir el engaño de la verdad, para que después no tengas que enfrentarte a los remordimientos.

Perdí la cuenta de las veces que Midas me daba las buenas noches

en mi jaula para después hacer una visita a una de sus monturas. En infinidad de ocasiones me obligaba a presenciar esos impúdicos encuentros sexuales, como si tenerme ahí como una mera espectadora le proporcionara un placer perverso, pues simbolizaba el control que ejercía sobre mí. Debería haberle arrancado las pelotas hace años, cortarle esa serpiente hambrienta de monturas húmedas.

Y ahora se dedica a ofrecer a su pequeño harén de monturas esa droga a la que llaman rocío para alterar y perturbar su comportamiento. Todo este asunto no me da buena espina.

—Quizá no deberíais tomar eso… —comento, cautelosa.

Polly se pone tensa.

—Ah, empezaba a echar de menos tu complejo de superioridad, Auren. No puedes evitarlo, ¿eh? Te crees mejor que nosotras, ¿verdad que sí? —me acusa.

—Eso no…

—Las monturas del rey Fulke llevan tomando rocío a diario desde hace años. Les encanta. Hace que todo sea más… placentero y divertido —explica, y después se inclina y arrastra un dedo por el bíceps desnudo de Rosh, que en ese momento está acariciando el cuello de Gia con la nariz.

Arrugo la frente.

—¿Las monturas de Fulke?

Rosh consigue levantar la cabeza para contestarme. Su voz suena anestesiada, como quien se despierta de un profundo letargo.

—Sí —murmura, y me mira de arriba abajo con esa mirada velada y lujuriosa, una mirada que parece más intensa porque se la ha delineado con un lápiz de ojos negro—. Son esas de ahí —añade, y señala un punto detrás de mí.

Me doy la vuelta y, apiñadas en un nicho enclavado en una de las paredes, distingo a un grupito de mujeres. Sus cuerpos están despatarrados los unos sobre los otros, tendidos sobre un montón de cojines, con las manos entre los muslos. Tienen la mirada perdida en el infinito, como si no supieran dónde están, como si estuviesen en estado catatónico, en una especie de trance hipnótico, a pesar de que mueven los dedos y que de sus labios salen gemidos placenteros.

La imagen me inquieta y me perturba; noto una picazón en el pecho, como si una fina arenilla se hubiese filtrado y estuviese rasguñando mi conciencia.

—¿Qué les ocurre?

—Fulke era un esclavista, un tratante de personas —masculla Rosh, y encoge los hombros. Habla arrastrando las palabras, como si vocalizar le supusiese un esfuerzo inhumano. Ahora Gia le revuelve el pelo con los dedos—. Sus monturas reales no tenían su residencia permanente en palacio y, según nos han contado, las cambiaba cada dos por tres. Son bastante tímidas y retraídas, pero adoran tomar rocío mañana, tarde y noche. El rey Midas se ha asegurado de que se les proporcione tantas dosis como deseen.

Desvío la mirada de esos rostros distendidos e inexpresivos, de esas miradas vacías.

—Creo que no deberíais tomar más.

—Pero los efectos son una maravilla —dice Isis desde el suelo, y desliza la mano por debajo del vestido de la otra mujer—. Te aconsejo que lo pruebes.

—Como si fuese a compartir el regalo del rey con ella. No pienso desperdiciar ni una gota de rocío —apunta Polly.

Hago caso omiso del comentario.

—No querréis acabar como… como ellas —digo con un hilo de voz, y miro de reojo a las monturas de Fulke, aunque me temo que podría gritar y ni se enterarían. Se han evadido totalmente de la realidad y, aunque están de cuerpo presente, su mente deambula por otro mundo.

—Son más felices así —farfulla Rosh con aire distraído mientras sus ojos recorren los senos de Gia.

—Mmm, yo también quiero ser más feliz —ronronea Gia—. Vamos, Polly. Danos un poquito más.

—Tienes las pupilas tan dilatadas que ya ni siquiera puedo verte los iris, y te estás refregando con Rosh como una perra en celo. Ya has tomado suficiente —replica Polly, malhumorada. Y entonces mete la mano debajo del cojín sobre el que está reclinada y saca una cajita de cristal. En cuanto abre la tapa, las cuatro monturas que revolotean a su alrededor levantan la cabeza y se vuelven hacia ella, como sabuesos

que olfatean un hueso.

Isis se arrima a Polly y alarga el brazo para tratar de alcanzar la cajita, pero Polly reacciona enseguida. Aparta la cotizada cajita y después le atesta un buen manotazo a Isis.

—No, tú también has tomado suficiente.

Isis arruga el ceño mientras se frota la mano.

—Tú no eres nuestra jefa.

—El rey Midas me regaló a mí esta cajita, lo que significa que el rocío que contiene es mío. Así que os aconsejo que vigiléis esa lengua, que últimamente la tenéis muy suelta, o no volveré a compartir mi pequeño alijo con vosotras y tendréis que rogarles a los fantasmas de Fulke que os den un poquito de su dosis diaria —espeta Polly, y señala a las monturas del difunto rey con la mano. No puedo evitar estremecerme al oír el término que ha empleado para describirlas. No anda muy equivocada, pues parecen fantasmas de verdad, espíritus lánguidos de mirada perdida—. Ya os he dicho que habéis tomado suficiente rocío por hoy, y hablo en serio. Y ahora, id a retozar a otro lugar. Vuestra presencia me molesta.

Isis le lanza otra mirada cargada de odio y aversión, pero, tal y como era de esperar, la amenaza de Polly funciona: la montura se levanta del suelo y le ofrece una mano a su compañera, que sigue meneándose cual serpiente en el suelo. Las dos se tambalean por el salón y, al toparse con uno de los balancines colgantes, trepan hasta el interior y, unos segundos después, se empiezan a oír sensuales gemidos.

Una risa ronca y gutural resuena en la estancia.

—Eso ha sido un golpe bajo, Polly. Qué malvada —murmura Rosh.

En estos momentos, Gia está meciendo sus diminutas caderas sobre el regazo de Rosh y, bajo esos leotardos de terciopelo, advierto la abultada silueta de su miembro.

—Ah, pero si a ti te encanta que saque el látigo —responde Polly con ademán seductor.

Rosh se echa a reír, pero no añade nada más. Se vuelve y con la punta de la lengua dibuja una línea a lo largo del escote de Gia, que arquea la espalda y deja escapar un suspiro cargado de erotismo y

sensualidad, un suspiro que parece retumbar en cada rincón de ese cuerpo menudo y delicado.

—¿A alguien le importaría decirme dónde puedo encontrar a Rissa? —pregunto, impaciente. No me apetece estar ni un solo minuto más en este salón. Noto un hormigueo desagradable en la piel y empiezo a incomodarme. Hay algo en el ambiente que me abruma, que me inquieta.

—No —contesta Polly, y abre su preciada cajita una vez más. En su interior atesora varios pétalos blancos bastante gruesos con unas manchas carmesí que, a primera vista, cualquiera confundiría con gotas de sangre.

—Polly…

Pero ella me ignora; se lleva el pétalo a los labios y lo coloca encima de la lengua. Cierra la boca con una decadencia casi impúdica y, de inmediato, ese rostro angelical se transforma en una máscara de euforia y frenesí.

Mastica el pétalo poco a poco, como si quisiera saborear cada mordisco, cada lametazo. Rosh agarra la cara de Polly con las dos manos y, antes de que pueda tragarse el pétalo, le devora la boca, empuja la lengua entre sus labios con gula y avaricia, como si quisiera chuparle hasta la última gota de la esencia que acaba de ingerir.

El espectáculo, además de lascivo y obsceno, es hipnótico. No puedo dejar de mirarles, pero, de repente, una voz a mis espaldas dice:

—Si me aceptas el consejo, déjalos a lo suyo. Les esperan varias horas de desenfreno sexual y evasión mental.

Al girarme descubro que ahí, justo detrás de mí, está Rissa, tan hermosa y radiante como siempre.

—Aquí estás —digo, aliviada. Se oye un gruñido ensordecedor y, una vez más, todo mi cuerpo se estremece.

—¿No te apasiona el rocío? —pregunta, aunque es más bien una pregunta retórica.

Niego con la cabeza.

—Es una sustancia muy popular aquí, en el Quinto Reino, aunque he oído que no es apta para todos los bolsillos, pues se considera un lujo al que solo unos pocos tienen acceso. Al parecer, el rey Fulke se

dedicó a hacer acopio de rocío y, en sus bodegas, llegó a almacenar una cantidad ingente. A sus monturas es lo único que les preocupa, la verdad. Bueno…, eso y follar, porque el rocío estimula la libido y aumenta el deseo sexual. Una droga que, además de adictiva, me parece bastante útil para una montura, ¿no crees?

Sus palabras, además de mordaces e hirientes, están cargadas de rencor. Tras esos labios rosados y carnosos, tras esa dentadura blanca y perfecta, se esconde una lengua viperina.

Observo a Rissa con atención. Me fijo en esa melena rubia y ondulada, en esa mirada azul zafiro, en esa tez de porcelana, en esa piel tersa y suave. A diferencia del resto de las monturas, que en estos momentos están dándose un festín sexual o están dormitando en un estado de estupor, parece estar tranquila y, por lo visto, en plenas facultades.

—¿No les acompañas? —pregunto con curiosidad.

Rissa cierra esos ojos azules.

—No. No quiero olvidar las calamidades que he pasado, ni restar importancia a mis problemas. Tampoco quiero entregarme a las mieles del placer sexual, ni que la lujuria domine mi vida. Me niego a quedarme aquí y sucumbir a la tentación —explica. Su respuesta me parece sensata y lógica; al fin aparta la mirada de las monturas de Fulke y se atusa el vestido, un vestido tan ceñido que parece una segunda piel—. Supongo que has venido a hablar conmigo, ¿o acaso me equivoco?

—No, no te equivocas —admito, y en ese preciso instante escucho otro jadeo sensual—. ¿Crees que podemos hablar en un lugar más privado y menos… estrepitoso?

Rissa resopla, pero accede a mi petición. Se da la vuelta y me guía hasta una puerta que hay al fondo del inmenso salón. Entramos a una habitación llena de camas sin hacer, que, por suerte, está vacía. Cierra la puerta y, sin mediar palabra, se dirige hacia la otra punta de la habitación y apoya la espalda en la pared para poder mirarme de frente.

—Me preguntaba cuánto tiempo más me harías esperar. Has tardado mucho en dignarte a venir a verme.

—No estaba haciéndote esperar —digo—. Ya te dije que necesitaba tiempo para poner ciertas cosas en orden.

—¿Y bien? ¿Estás poniendo esas cosas en orden? —pregunta, y es entonces cuando me doy cuenta de que está desesperada. Lo disimula muy bien, pero advierto ese desasosiego en sus manos, que no deja de retorcer, y en su mirada, más alerta de lo habitual.

—Sí.

—¿De verdad? —insiste, y en su tono advierto la sombra de la duda —. ¿Cómo sé que no estás mintiendo? ¿Cómo sé que puedo fiarme de tu palabra? Tal vez se lo hayas contado todo al rey y estés pensando en traicionarme, en darme una puñalada por la espalda.

Prefiero no remarcar que es ella quien me está chantajeando, y no al revés.

—No faltaré a mi palabra, Rissa —le aseguro—. Te prometí que te conseguiría oro, y eso haré. Pero… necesito que volvamos a negociar las condiciones de nuestro acuerdo.

Rissa entrecierra los ojos, mosqueada.

—¿Y qué condiciones quieres negociar?

Me humedezco los labios y, nerviosa, miro a mi alrededor para asegurarme de que nadie nos oye.

—Me dijiste que para comprar tu contrato y empezar una nueva vida en otro lugar necesitabas una cantidad ingente de oro. Pero conozco a Midas. Es un hombre posesivo y controlador y jamás permitirá que te marches de su lado a menos que él así lo decida. Créeme, sé de lo que hablo.

Arruga el ceño con semblante receloso.

—¿Hablas en serio?

—Sí, muy en serio —respondo, y es verdad—. Tenemos que pensar en otro plan. Si quieres salir de este palacio como una mujer libre e independiente, me temo que vas a tener que hacerlo en secreto.

—¿Te refieres a escapar? —pregunta con tono incrédulo—. ¿Has perdido la cabeza? El rey Midas me seguiría hasta los confines de Orea si hiciese falta, me traería a rastras hasta el castillo y me encerraría en las mazmorras.

—No si no puede encontrarte.

Rissa suelta un bufido burlón, como si la idea le pareciese disparatada.

—Estás incumpliendo tu parte del trato.

—No. Ya te he dicho que soy una mujer de palabra —insisto, y esta vez me muestro un poco más tajante—. Pero conozco muy bien a Midas, Rissa. Da igual que seas la mejor montura de su harén. El rey no es ingenuo, y jamás se creerá que has conseguido acumular una pequeña fortuna a base de propinas. No cometas el error de subestimarle.

Se queda inmóvil durante unos instantes, con los labios apretados y un semblante molesto y enfadado, aunque me parece percibir una sombra en esa insondable mirada azul. He conseguido plantar la semilla de la duda en su cabeza, lo cual ya es una victoria. Rissa sabe que tengo razón, que el plan de comprar su libertad era demasiado arriesgado.

No enloquece, ni empieza a amenazarme con revelar mi secreto, ni se marcha de la habitación dejándome con la palabra en la boca. Me lo tomo como una buena señal.

—No pierdas la fe, Rissa. Todavía puedes ser una mujer libre, y voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que lo consigas y por fin puedas cumplir tu sueño de empezar de nuevo en otro lugar. Ahora bien, debes jurarme que no vas a cambiar tu actitud con Midas, porque, de hacerlo, levantaríamos sospechas y no pararía hasta averiguar qué tramamos.

Rissa parece estar masticando y digiriendo todas y cada una de mis palabras, aunque todavía percibo cierta tensión en sus hombros, por lo que presiento que aún no termina de fiarse del todo de mí.

—Soy toda oídos.

—Te ayudaré a tramar un plan para que puedas fugarte de aquí. Y me aseguraré de que tengas suficiente oro como para que puedas empezar una nueva vida como una mujer libre, e inmensamente rica.

—Huir de Rocablanca sin que nadie se dé cuenta es imposible. Lo que me estás proponiendo es una quimera, Auren.

—No es imposible —le rebato—. Pero para lograr escapar de aquí debemos ser muy meticulosas.

—¿Y el oro? —pregunta.

Vacilo unos instantes.

—No puedo conseguirte monedas. El poder de Midas…

Rissa, que está empezando a exasperarse, se pasa una mano por el pelo.

—Por mí, como si conviertes en oro unas malditas cortinas. Me da lo mismo, Auren. Ya te lo advertí. Guardar tu secreto tiene un precio, un precio que debes pagar. Vi cómo usabas el poder de Midas con mis propios ojos. Convertiste al capitán en una estatua de oro macizo —me recuerda—. Quiero mi parte.

—Puedo llenarte los bolsillos de oro, pero ¿qué piensas hacer con él?

—Buscaré a un herrero dispuesto a fundir todo ese oro y a devolvérmelo en monedas. Compraré su silencio y su discreción —responde, y apoya las manos en las caderas.

Empiezo a sacudir la cabeza incluso antes de que haya terminado su brillante idea.

—Cualquier herrero de Rocablanca sabría que le estás robando al rey en cuanto te viera llegar cargada de oro. Todos, sin excepción, te delatarían en cuanto salieras de su taller y te venderían al mejor postor, que no sería otro que Midas, por cierto. Sabes que tengo razón.

Por su cabeza deben de rondarle un sinfín de pensamientos, de dudas, de preguntas. Me fijo en los nudillos, que han perdido todo rastro de color porque está estrujándose los dedos. De repente, deja caer las manos y empieza a andar de un lado a otro de la habitación, como si el mero hecho de mover los pies pudiera ayudarle a comprender el nuevo camino, un camino sinuoso e incierto, que acabo de mostrarle.

—Puedo conseguirte oro —repito una vez más mientras la sigo con la mirada—, pero debes prometerme que no harás nada con él hasta que estés muy lejos de Rocablanca.

—Está bien —acepta, aunque a regañadientes y, de sopetón, se queda inmóvil en mitad de la habitación—. Ahora que lo dices, tiene bastante lógica. Sobornar a un herrero y tratar de cambiar objetos de oro por monedas es demasiado arriesgado. Además, aquí no conozco a

nadie y no tengo los contactos que sí tenía en Alta Campana. Cualquier súbdito de este reino me delataría para ganarse el favor del rey. Y, no es por alardear, pero una mujer escultural y hermosa como yo no merece terminar sus días pudriéndose en una mazmorra.

Tuerzo los labios.

—No podría estar más de acuerdo.

—Supongo que a estas alturas ya te habrás dado cuenta de que las monturas estamos bajo estricta vigilancia las veinticuatro horas del día, ¿verdad? Y acabas de asegurarme que no voy a poder romper mi contrato con el rey, es decir, comprar mi libertad. Así pues, ¿cómo esperas que salga de aquí sin que me pillen? —pregunta con un tono de voz receloso e incrédulo, pero, por suerte, voy un paso por delante de ella. Ya había pensado en eso.

—He encontrado una forma de colarme en la biblioteca real —le explico—. Y toda biblioteca real que se precie guarda los planos de la ciudad, incluyendo los del propio castillo.

Su mirada azul océano se inunda de comprensión, de entendimiento.

—Tal vez me tome algo de tiempo. Esa biblioteca es una pocilga, pero tarde o temprano encontraré esos planos y podré trazar un camino para escapar de Rocablanca sin correr tanto peligro. Todos los castillos tienen pasadizos ocultos que ni siquiera los monarcas conocen, puertas secretas que conducen a lugares recónditos y seguros, rutas de huida encubiertas por si algún día sufrieran un ataque enemigo. Es solo cuestión de encontrarlos. Y mientras yo me ocupo de eso, tú podrías dedicarte a buscar alguna forma para poder movernos rápido. Debe ser clandestino y discreto para que así podamos pasar inadvertidas.

Rissa cavila durante unos instantes.

—A las monturas nos permiten visitar la ciudad. Supongo que puedo intentar encontrar algún tipo de transporte.

—Bien.

Me estudia con esa mirada tan azul, tan penetrante, tan arrebatadora.

—No te confundas, Auren. Que haya aceptado el cambio de planes

no significa que confíe en ti. Quiero oro. Al menos un par de lingotes, o algo parecido, a la semana.

Abro la boca, dispuesta a refutar tal decisión, pero Rissa levanta la mano para silenciarme.

—No es una condición negociable. Tómatelo como un pago por adelantado por mi silencio.

—Está bien —refunfuño—. Pero vas a necesitar un lugar donde esconder todo ese oro. No nos podemos arriesgar a que nos pillen, Rissa. Y si alguien hallara un alijo de oro bajo tu colchón, no serías la única que sufriría las consecuencias. No creas que me iría de rositas. Estaría tan implicada como tú.

—Tengo el lugar perfecto —murmura, confiada.

—¿Estás segura?

Su delicado y angelical rostro se transforma en una mueca de desagrado.

—No me trates con condescendencia, Auren. He vivido con una manada de monturas durante casi toda mi vida. Siempre he compartido habitación con alguna de ellas, o con varias, así que puedes estar tranquila. Sé cómo y dónde guardar mis cosas, sobre todo aquellas que no quiero que nadie me robe.

Lo ha podido decir más alto, pero no más claro.

Agacho la mirada y, sin darme cuenta, empiezo a mecerme, nerviosa.

—Una última cosa antes de que sellemos el acuerdo.

Ella rechina los dientes.

—¿Y ahora, qué?

Esta es la parte que me preocupa de verdad.

—Cuando te marches, vendré contigo.

El silencio nos engulle como si fuese una avalancha de nieve que nadie había vaticinado y, junto a nuestros pies, pasan rodando unas bolas de nieve que amenazan con derribar todo lo que se encuentran a su paso. Rissa da un paso atrás, estupefacta.

—¿Has perdido la chaveta? Eres la preferida, la montura dorada. El rey jamás te dejará marchar. No podremos lograrlo, Auren. Es demasiado temerario, demasiado imprudente. Es una locura, por el

gran Divino.

—Sí podremos —replico, y, en mis adentros, rezo por no estar equivocada. Quiero pensar que no es tan descabellado. Necesito pensar que es posible. Solo espero sonar más segura y convencida de lo que realmente estoy—. Nos iremos juntas. Ese es el trato —digo, y esta vez sí sueno firme y resuelta para evitar a toda costa otra discusión—. Saldremos de este condenado castillo juntas, y te prometo que nunca te faltará de nada. No tendrás que angustiarte por si algún día te quedas sin oro, porque mientras esté a tu lado te daré todo el oro que quieras.

No parece del todo convencida, pero en su mirada advierto el brillo de la rapacidad.

—¿Puedes robarle su poder así como así, incluso a grandes distancias? —pregunta con cierta suspicacia—. Por si no lo habías intuido, no pienso regresar al Sexto Reino, ni tampoco quiero instalarme en el Quinto. Cuando me despida de Rocablanca para siempre, me subiré a bordo del primer barco que zarpe del puerto. Surcaré este océano de hielo y navegaré durante semanas, hasta encontrar un lugar remoto y lejano, un lugar donde no vuelva a ver un copo de nieve nunca más.

—La magia es asunto mío, no te preocupes. Lo único que tienes que hacer es pasar desapercibida, mantener la boca cerrada y encontrar un transporte para salir de la ciudad.

Rissa me mira de arriba abajo.

—Pero tú llamas mucho la atención. Nos delatarás y echarás el plan por tierra.

—Me taparé y me las ingeniaré para camuflar mi verdadera identidad —le prometo.

Ella me mira sin pestañear durante varios segundos, aunque se me hacen eternos. Trato de no morderme el interior de la mejilla, de no retorcer demasiado las manos, de mantener una expresión impertérrita. Si rechaza mi propuesta, si decide vender mi secreto al mejor postor…

—De acuerdo.

Doy un respingo.

—¿De acuerdo? —repito, y esta vez no puedo disimular la sorpresa en mi voz—. ¿Estás segura? Porque es un juego muy peligroso y, si las cosas se torcieran, el castigo que nos impondría Midas sería muy severo.

—¿Crees que no lo sé? —suelta—. No soy tan estúpida.

Mi corazón se llena de esperanza.

—Entonces, ¿estamos juntas en esto?

Rissa suspira.

—Supongo que sí.

No puedo evitar sonreír. Es una sonrisa tímida pero cargada de ilusión. Después extiendo la mano para que me la estreche y, con ese gesto, sellemos el pacto.

—Ahora estamos juntas en esto. Ocúpate de tu parte del trato y yo me ocuparé de la mía. Y cuando lo tengamos todo bien atado, te prometo que saldremos de aquí. Seremos libres, Rissa.

Ella titubea unos instantes, pero, al final, cede. Es un apretón de manos firme, resuelto y largo.

—No me traiciones, o te juro que te arrepentirás —dice, y su expresión se torna despiadada.

Salta a la vista que no estamos firmando una tregua pacífica. Tampoco es una promesa de «amigas para siempre», pero servirá.

Deslizo la mano que tengo libre en el bolsillo y saco la manzana de oro. A Rissa se le ilumina la mirada de inmediato.

—Sin traiciones. Sin puñaladas por la espalda.

Me suelta la mano y, en un abrir y cerrar de ojos, coge la pieza de fruta. Comprueba el peso antes de guardársela en el bolsillo de su ajustado vestido.

—De acuerdo, Auren. Estamos juntas en esto.

No hace falta que añada nada más. Conozco muy bien la amenaza implícita que esconden sus palabras, el «o de lo contrario» va implícito.

Quién sabe, quizá las dos podamos aprender a confiar la una en la otra. Solo así lograremos escapar de este maldito castillo con vida.

Por fin empiezo a ver una luz de esperanza.

12

Auren

En cuanto salgo del ala de las monturas empiezo a cavilar cómo puedo esquivar a los guardias que patrullan los pasillos del palacio y regresar a mis aposentos. Trato de dibujar un mapa mental de cada una de las plantas, pero, en ese preciso instante, un Scofield con cara de profunda preocupación aparece en el vestíbulo. Tiene el rostro empapado en sudor y apenas puede respirar, por lo que intuyo que ha venido corriendo.

Me quedo petrificada. Miro a la derecha y después a la izquierda, lo cual es una tremenda estupidez porque no puedo esconderme en ningún sitio y, además, él ya me ha visto.

—Mi señora, ¿cómo habéis venido hasta aquí? ¡Llevo horas buscándoos por todos lados! —exclama, y viene hacia mí con semblante furioso.

—¿Cómo sabías que no estaba en mi habitación?

Scofield, que lleva su melena castaña tan despeinada que más bien parece un nido de pájaros, se planta delante de mí.

—Una corazonada. Presentía que no ibais a cumplir las órdenes del rey —dice mientras juguetea con las hebillas doradas de su uniforme —. Además, estuve llamando un buen rato a vuestra puerta y, al ver que no contestabais, empecé a sospechar.

—Podría haber estado durmiendo profunda y plácidamente — replico, un pelín a la defensiva—. Entre tú y yo, Scofield, un buen soldado no debe sacar conclusiones precipitadas. Es un error de novato, una grosería incluso.

Él arruga el gesto.

—Pero vos no estabais durmiendo.

—Ya, pero te has dado cuenta ahora —replico, y echo una ojeada al

vestíbulo, vacío y desierto—. ¿Quién más sabe que estoy aquí?

Scofield sacude la cabeza y se rasca las patillas.

—Nadie, o eso creo. Pedí a un camarada que me cubriera y se quedara en mi puesto de vigilancia para poder venir a buscaros, por si acaso. Los demás guardias creyeron que me estabais ignorando, como siempre soléis hacer.

—¿Lo ves? Esa es una suposición muchísimo más lógica y muchísimo más razonable. Si me permites el consejo, la próxima vez deberías escuchar a tus compañeros y hacerles caso.

Él me lanza una mirada acusatoria.

—Pero no tenían razón.

Me encojo de hombros, como si ese detalle no fuese tan relevante.

—En fin, ya me has encontrado. Ahora puedes escoltarme hasta mis aposentos, si eso te hace sentir mejor. Marca el camino, que yo te sigo —propongo, y señalo un pasillo al azar—. Cuanto antes regresemos, mejor. Ninguno de los dos querríamos que Midas se enterara de que me he escabullido de mi habitación durante tu turno de guardia. Estoy segura de que al rey no le haría ninguna gracia. Espera algo más de los soldados que custodian a su bien más preciado.

Me siento un poquito culpable al ver que la cara de Scofield va perdiendo todo rastro de color hasta volverse pálida. La última frase ha sido un golpe letal para él, pero si tengo que jugar sucio, lo voy a hacer.

Una lástima que Midas ya esté esperándome en mi habitación.

En cuanto abro la puerta y lo encuentro ahí, se me cae el mundo a los pies.

Scofield, que está a mi lado, ahoga un grito al reconocer la imponente figura del rey en la oscuridad de mi habitación y Lowe prefiere evitar cualquier contacto visual, por lo que pudiera pasar.

Me detengo en el umbral y Midas me arroja una mirada que no logro descifrar.

—Cierra la puerta —me ordena.

Antes de entrar en mis aposentos, trago saliva y respiro hondo, como quien se prepara para un combate cuerpo a cuerpo. Obedezco y cierro la puerta tras de mí. Midas me observa con los brazos cruzados

sobre el pecho, por lo que intuyo que no ha venido en actitud muy conciliadora. Me llama la atención el formal y refinado atuendo que lleva puesto. Debo reconocer que luce impecable con ese elegante conjunto de pantalón y camisa larga. La túnica es, sencillamente, una obra de arte, con filigranas bordadas en los bajos y unos preciosos botones dorados que van desde la clavícula hasta las caderas. Me pregunto a quién pretende impresionar así vestido, pero la tensión que advierto en su mandíbula y esa mirada afilada me distraen.

No quiero que se dé cuenta de que me tiemblan las manos, así que las entrelazo y las escondo bajo los pliegues de mi falda.

Soy yo quien tiene el poder. Yo.

Ese mantra silencioso me ayuda a armarme de valor, a protegerme de la reprimenda que estoy a punto de oír. Midas es un hombre de temperamento fuerte y sé que tal desacato a su autoridad no va a quedar impune.

Sus ojos parduscos son como dos alfileres; me atraviesan, me clavan a la puerta y me inmovilizan por completo.

—¿Dónde estabas?

Levanto la barbilla.

—Ya te dije que no me quedaría aquí encerrada.

De repente, Midas explota y ese ademán taciturno y callado se desvanece de un plumazo.

—¡Lo hice para protegerte! —grita, y da un paso hacia la puerta, hacia mí. Hace un movimiento brusco con la mano, como si quisiera cortar el aire, como si quisiera someterme y castigarme por mi rebeldía—. Te dejé salir de la jaula —añade. Me da la impresión de que espera a que le dé las gracias, a que alabe tal acto de generosidad cuando, en realidad, no me dejó salir.

—No. Salí por mi propio pie.

Midas se queda atónito, en parte por la respuesta, en parte por la expresión de mi rostro. Sé que en estos instantes está recordando lo que ocurrió el día que trató de meterme de nuevo en la jaula. Mis veinticuatro cintas se extendieron a mi alrededor como serpientes enfurecidas, arrancaron la puerta de hierro de las bisagras y se la arrojaron encima con una fuerza hercúlea, una fuerza sobrehumana.

Midas no fue capaz de esquivar el pesado portón y terminó tendido en el suelo, aturdido por lo que acababa de ocurrir.

—Te advertí de que no quería que salieras de esta habitación —insiste; se estira la túnica y deja escapar un suspiro firme y resuelto, como si diera la discusión por zanjada, como si no tuviera derecho a réplica.

Pero se equivoca.

—Y yo te advertí de que no quería cerraduras en mi puerta. Te prometí que no iría a ninguna parte sin los guardias, que sería muy cuidadosa. No soy una mascota que puedas encerrar y soltar cuando te venga en gana. Ya no.

La mirada de Midas se ensombrece y toma un aire siniestro.

—No puedes campar a tus anchas por el castillo durante el día. Te lo prohíbo, y no hay más que hablar.

Las brasas de mi ira empiezan a revivir, a calentarse, a encenderse.

—¡Sí hay más que hablar!

Con semblante soberbio y despectivo, me repasa de la cabeza a los pies. Pero esa mirada inquisitiva ya no me intimida, así que me cruzo de brazos y cierro los puños.

—Ya no eres la misma. Has cambiado.

Mantengo la expresión seria, fría.

—Tú tampoco eres el mismo. Cambiaste en el momento en que te pusiste una corona en la cabeza.

A Midas no le gusta mi respuesta. En absoluto.

Sacudo la cabeza.

—¿Qué te ha pasado, Midas? —murmuro. No pretendía decirlo en voz alta, pero es algo que llevo preguntándome semanas, meses, años incluso. ¿Siempre fue así?

Pienso en una fábula que aprendí de niña. Un día, una rana se metió en una olla de agua hirviendo y, de inmediato, saltó para salir de ella. Al día siguiente, volvió a meterse, pero esta vez el agua estaba tibia, así que decidió quedarse a chapotear. El agua se fue calentando poco a poco, hasta hervir, pero la rana, que se había acostumbrado a la temperatura del agua, no se dio cuenta y murió escaldada. Me siento bastante identificada con la rana porque no reparé en que la

temperatura de la avaricia de Midas iba creciendo hasta que fue demasiado tarde, hasta que me quemé.

En su mirada se arremolina una tormenta.

—He crecido, Auren. Me di cuenta de lo que quería, y lo tomé.

—Te volviste un hombre avaricioso.

Midas recorta la distancia que nos separa hasta que esa tormenta se cierne sobre mi cabeza y amenaza con desatarse sobre mí, con tragarse cualquier rayo de esperanza, con ensombrecer cualquier punto de luz, con apagar mi fuego interior.

—La avaricia es un concepto relativo. Vi una oportunidad de mejorar mi vida. Y la tuya.

—Te aprovechaste de mí, que es muy distinto.

Escupe una risa burlona.

—Basta de dramas, Auren. Basta de rebeliones absurdas. No encajan contigo.

—No, el problema es que no encajan contigo.

Y esa es la cruda realidad. Para él no soy más que una mascota a la que puede atar con correa, una herramienta que puede usar cuando más le convenga, o más lo necesite. Por eso, si digo o hago algo remotamente individualista, algo que no sea de su agrado o escape de su control, entonces reacciona y hace todo lo posible para aplastarlo y machacarlo bajo el tacón de su bota, como si fuese un gusano venenoso.

—Basta —repite. Está tan furioso que una parte de mí se acobarda —. Te estás comportando como una mocosa mimada y consentida.

Al oír ese insulto, no puedo evitar dar un paso atrás.

—¿Una mocosa mimada y consentida? ¿Es una maldita broma?

—Vigila esa lengua —gruñe, y me señala con el dedo.

Toda mi espalda se pone tensa.

—Diré lo que quiera y saldré de esta maldita habitación cuando quiera, y no puedes hacer nada para detenerme.

«No puedes hacer nada para detenerme».

«No puedes hacer nada».

«No puedes».

Las palabras palpitan entre nosotros. Ensordecen sus oídos, rebotan

en mi boca, quedan suspendidas en el aire. Ahí está. La fea y cruda realidad que Midas jamás quiso que supiera: el poder no depende únicamente de una magia mística, de un don que las diosas te otorgaron al nacer, de un linaje feérico y ancestral. El poder también depende del coraje que uno demuestre. Y yo tengo ambas cosas.

Midas me mira con tanto odio y aversión que desearía darme la vuelta y huir de ahí ahora mismo, pero sé que ahora no es momento de amilanarse, sino de afrontar la situación y mantenerse firme.

—Cuidado, Auren. Ten mucho mucho cuidado.

Cada una de sus palabras es una advertencia.

De repente, se me acelera la respiración y esa rabia oscura que habita en mi pecho empieza a desperezarse, a retorcerse, a revolverse, como una bestia indómita que quiere desplegar las alas y echar a volar. Quiero jugar bien mis cartas, ser más astuta que él y ganarle la partida delante de sus narices. Quiero ser paciente y desaparecer de este castillo en el momento adecuado, pero no voy a permitir que me retenga como a una prisionera. Mi alma no lo soportaría.

Soy yo quien tiene el poder.

Yo.

He vivido muchos años pensando que era al revés, que él tenía el poder. Pero ahora se me ha caído la venda de los ojos y no puede volver a engañarme.

—¿O qué? —le desafío, y mi voz suena como el chasquido de un látigo.

Sé que quiere amenazarme y la criatura salvaje que se ha despertado bajo mi piel está deseando alzarse y abalanzarse sobre él.

No sé qué ve en mi expresión, pero, de repente, Midas entorna los ojos.

—Hmm. Veo que el tiempo que hemos pasado separados te ha hecho daño, más del que imaginaba, la verdad.

Suelto una sonora carcajada, aunque no suena alegre y risueña, sino más bien malvada y siniestra.

—¿En serio crees que estoy rota de dolor porque me niego a que me encierres en una jaula, como si fuese una lunática o una perturbada que necesita vivir en un manicomio?

—Escúchame, Auren. Tengo varios planes en la mente y, si todo va según lo previsto, el Tercer Reino llegará a Rocablanca muy pronto, así que no puedo permitir que sigas actuando de un modo tan impertinente. Tu comportamiento ahora mismo es inaceptable. Hay mucho en juego, y necesito que cumplas con tu parte para que todo salga bien. Eso significa que vas a tener que convertir en oro todo lo que yo quiera que conviertas, que vas a tener que estar donde yo quiera que estés. Entiendo que has vivido momentos traumáticos, experiencias que preferirías olvidar, y créeme que lo lamento muchísimo, pero no soy tu enemigo. Soy tu salvador, tu protector y tu rey.

Mi raptor y mi traidor.

—Convertiré en oro todo lo que quieras —aseguro—, a menos que intentes volver a encerrarme.

El ultimátum aterriza en esa habitación como una estrella que se descuelga del cielo y, al tocar el suelo, explota. El fuego de la chimenea sigue crepitando y el fulgor color azafrán que irradian las llamas parece querer engullirse nuestras propias sombras.

Midas me estudia durante un buen rato, en completo silencio. Nos miramos como dos completos desconocidos. Siempre le he dado todo lo que me ha pedido. Siempre he dado mi brazo a torcer. Y nunca le he reclamado nada. Este cretino, en cambio, no puede decir lo mismo de mí.

Por fin, Midas suspira y mueve la cabeza de un lado a otro.

—Oh, Auren —murmura, y apoya esas manos bronceadas sobre las caderas, como quien se rinde después de una ardua y larga discusión. Sin embargo, todavía advierto un gesto de desdén en su rostro. Y en ese momento me asalta una duda: ¿me miraría del mismo modo si fuese de día?—. No quería tener que hacer esto, pero no me estás dejando otra opción.

Se mete la mano en el bolsillo y después extiende la mano, mostrándome así un pequeño objeto metálico. Es de oro, pero está mugriento y deslucido.

Estrecho los ojos y examino la condecoración militar con el emblema de la campana grabado.

—¿Por qué me enseñas esto?

—¿No lo reconoces?

Mi expresión se torna cautelosa, desconfiada.

—Es la condecoración que llevan todos los guardias reales en Alta Campana.

Midas levanta la chapa dorada y la hace rodar entre el pulgar y el índice, como un dios que sostiene el mundo en sus dedos, un dios que cree poder destruirlo en un abrir y cerrar de ojos.

—Me dijiste que creías que tu guardia había muerto a manos de los Bandidos Rojos.

Mi mente empieza a correr a toda velocidad.

Y, de pronto, se tropieza.

Baja rodando por un acantilado y, rasguñada y amoratada, se precipita hacia el vacío.

Durante un momento, lo único que veo es un reguero de sangre carmesí en la nieve y una mirada azul tierna y sincera. Y lo único que oigo es «todo saldrá bien, todo saldrá bien, todo saldrá bien».

Su nombre sale de mi boca de una forma abrupta, como si me hubieran arrancado un puñal del pecho.

—Sail…

Sin embargo, Midas niega con la cabeza y aparto la mirada de la condecoración y le miro directamente a los ojos.

—No. Digby.

Mi mente, que en esos instantes estaba descendiendo en picado por un abismo infinito, se detiene en seco. Unos puntos negros empiezan a nublarme la vista y, de repente, mi alcoba se transforma en un cielo oscuro y sin estrellas, un cielo que temo que vaya a engullirme por completo. Mareada y apabullada, doy un traspié. Me fallan las rodillas y pierdo el equilibrio, pero, por suerte, consigo apoyarme en la mesita de noche y sostenerme en pie.

—¿Digby?

Es un susurro, un ruego, un jadeo desconcertado.

—¿Qué? ¿Cómo? No… No… No lo entiendo.

En las profundidades de esos ojos turbios y embarrados, un destello.

—Lo tengo, Auren.

Ahogo un grito. Un grito desgarrador, un grito de profunda devastación, un grito que no sale de mi garganta, sino del fondo de mi corazón. No puedo controlar el temblor de la barbilla y siento una fuerte opresión en el pecho que no me deja respirar. Me aferro a esa mesita de noche porque siento que voy a desmayarme ahí mismo.

—¿De qué estás hablando?

Midas recupera ese ademán frío y distante y calmado. Y calculador. Y maquiavélico. Ese ademán me aterroriza.

—Iba a ser un regalo.

Necesito unos segundos para recuperarme, para pensar con claridad. Cierro los ojos y sacudo la cabeza.

—Espera, espera. ¿Estás diciendo… estás diciendo que Digby está vivo? ¿Que está aquí?

—Como te he dicho, iba a ser un regalo. Pensaba entregártelo a tu regreso porque sabía que apreciabas a ese vejestorio. Aunque, como imaginarás, antes debía recibir su merecido castigo.

Digby. Vivo. ¿En serio está vivo? No puedo…

—Espera —digo cuando asimilo sus últimas palabras—. ¿A qué diablos te refieres con su merecido castigo?

Midas me lanza una mirada fulminante al oír el término «diablos».

—Permitió que los Bandidos Rojos te capturaran y, por culpa de ese imperdonable error, acabaste en manos del ejército del Cuarto Reino. Comprenderás que no podía indultarle. Tenía que imponerle un castigo ejemplar.

El horror me golpea con fuerza, como el bravo oleaje del océano en mitad de una tormenta, un oleaje que amaga con arrasar con todo lo que se encuentre a su paso.

—¿Digby está vivo y no me has dicho nada en todos estos días? ¿De veras le has castigado?

Él parpadea varias veces, confirmando así mis sospechas.

—Se le encargó una misión, y fracasó. Estrepitosamente. No acató las órdenes del rey, y tuvo que atenerse a las consecuencias.

Hasta un analfabeto adivinaría el mensaje subliminal que esconden sus palabras. Ahí está, la amenaza. Si no acato sus órdenes, yo también tendré que atenerme a las consecuencias.

Me cruzo de brazos.

—Quiero verle.

Midas chasquea la lengua.

—Ahí está el problema. Iba a dejar que le vieras, de verdad que sí, pero dado tu frágil estado mental, tu enajenada histeria y estas pataletas más propias de una cría que de una mujer adulta, no puedo consentirlo.

¿No puede «consentirlo»?

Noto el abrasador calor de las llamas en mi pecho y ese ardor también me quema los ojos.

—Déjame verle. Ahora. Mismo.

Vislumbro un atisbo de satisfacción en los rasgos de su rostro, un rostro que pretende intimidarme, asustarme.

—Cuando tu comportamiento y tu ánimo mejoren, lo haré.

Tuerzo la boca en gesto de absoluto desprecio.

—Hijo de puta.

Y una vez más, Midas chasquea la lengua. Se cree con el derecho de regañarme como si fuese una niña pequeña que necesita aprender buenos modales.

—Con esa actitud no vas a conseguir nada, Auren.

Unas lágrimas férvidas me abrasan los ojos, pero las contengo. No quiero que me vea llorar.

—Estás mintiendo. No tienes a Digby.

Midas me mira con lástima.

—Sí, sí le tengo. Pero, aunque creas que estoy mintiendo, ¿de veras estás dispuesta a poner su vida en riesgo?

Y, de repente, ese fuego intenso y devorador se apaga de un plumazo, como un violento vendaval que de un momento a otro se desvanece, y me quedo quieta, inmóvil, respirando partículas de aire contaminado, un aire que ese mismo huracán ha pervertido y envilecido.

—No te atrevas a hacerle daño.

Midas se encoge de hombros.

—Eso depende de ti, y solo de ti —dice, y entonces me agarra la mano y deja la condecoración sobre mi palma.

Contemplo esa chapa de oro que, a ojos de los demás, puede parecer insignificante. Pero para mí es algo mucho más importante, y Midas lo sabe. Es su mejor arma de negociación, un as que guardaba bajo la manga para ganarme la partida. Por el gran Divino, ¿cómo algo tan pequeño puede pesar tanto?

Una lágrima cae sobre la mano que tengo extendida y Midas suaviza la mirada. En otros tiempos, ese gesto me habría ablandado, me habría hecho dudar de mí misma y habría conseguido confundirme. Y no solo eso, me habría roto el corazón y me habría removido muchas emociones.

Los ojos de un mentiroso son escurridizos, pero también son persuasivos. Te muestran lo que tú quieres ver y jamás reflejan la verdad. Si algo me ha enseñado esta vida es que es mejor no mirar a un mentiroso a los ojos. Están tan acostumbrados a engañar a los demás que son capaces de aguantar la mirada sin tan siquiera ruborizarse, y entonces eres tú quien pierde perspectiva, quien pierde la noción de la realidad.

Midas me da un beso en la cabeza, pero estoy tan aturdida y conmocionada que ni siquiera me aparto.

—No me malinterpretes, Auren. No quiero castigarte —murmura con voz melosa mientras me acaricia el pelo. Una vez más, ha adoptado el papel de amo benevolente y misericordioso—. Necesitas concentrar tu atención en algo, distraerte. Solo así podrás reponerte y volver a ser tú misma. Y eso es lo que estoy haciendo, darte una distracción.

No es la primera vez que me traiciona, pero esto…

—En cuanto estés mejor y empieces a comportarte como la montura preferida del rey, readmitiré a Digby y todo volverá a ser como antes —añade, y me regala una sonrisa alentadora—. Te lo prometo. Todo lo que hago, lo hago por ti. Ahora te das cuenta, ¿verdad que sí?

Mis ojos vidriosos se arrastran hasta su rostro.

—Sí, Midas. Ahora me doy cuenta.

Ahora me doy cuenta.

—Mandaré a una doncella con algo de comida. Te sentará bien, ya verás. Necesitas descansar, Auren. Por la mañana tendrás la cabeza

mucho más despejada y podremos ponernos a trabajar. Convertiremos algunos objetos en oro, ¿te parece bien?

No ha esperado ni un solo día. Ya está tirando de la correa para comprobar si he mordido el anzuelo o si, por lo contrario, sigo en mis trece.

—De acuerdo, Midas.

Ahí está, esa expresión de satisfacción, de victoria.

—Ah, esta es mi chica. Sabía que eso era justo lo que necesitabas. Todo volverá a ser como antes, Preciosa —dice, y me da un golpecito en la barbilla con el dedo—. No tienes que preocuparte por nada, ¿me oyes? Siempre me vas a tener aquí, a tu lado. Me aseguraré de que no te falte nada, como he hecho desde el día en que te conocí. Te mantendré a salvo y te protegeré a capa y espada —dice con voz seria, y vuelve a acariciarme el pelo—. Y, como muestra de buena fe, estoy dispuesto a hacer algunas concesiones. Permitiré que salgas de tus aposentos y recorras el castillo después del atardecer acompañada de uno de mis guardias de confianza. Pero durante el día, cuando el peligro acecha y no puedo garantizar tu seguridad, te quedarás aquí. Tu puerta estará vigilada las veinticuatro horas del día y, de hecho, enviaré a más guardias para que el episodio de hoy no vuelva a repetirse. Nadie podrá entrar, nadie podrá hacerte daño.

—Solo tú.

Las palabras abandonan mis labios sin querer.

Midas deja de acariciarme la cabeza y, un segundo después, la aparta.

—Eso es. Solo yo —murmura.

Es una promesa.

Es una amenaza.

Es una cuenta atrás, como la línea de arena que se escurre por el reloj de cristal.

—Buenas noches, preciosa.

Midas por fin se marcha de mi habitación, ajusta la puerta y se asegura de cerrar con llave. En cuanto me quedo a solas, esa coraza férrea se desmorona. Las faldas del vestido se enredan entre mis piernas cuando me desplomo sobre el suelo. La tela se abre en

abanico, se extiende a mi alrededor como las olas del mar. Las lágrimas se agolpan en mis pestañas y, con la mano que tengo libre, trato de ahogar los desoladores sollozos que me rasgan la garganta.

¿Cómo ha podido?

«¿Cómo ha podido?».

Midas sabe que siempre he sentido debilidad por Digby.

Me sentía cómoda con el guardia huraño y cascarrabias que nunca me quitaba ojo de encima.

Y durante todo este tiempo he estado llorando su muerte, igual que he llorado la muerte de Sail.

La idea de que Digby esté aquí, en Rocablanca, tal vez encadenado en una mazmorra, seguramente malherido…

No sé cuándo ni en qué condiciones debió de llegar a palacio. Tampoco sé dónde le tienen arrestado, o si está bien. Aunque no descarto la posibilidad de que Midas esté mintiendo. La duda me atormenta, me angustia. No hay manera humana de saber la verdad.

Se me parte el corazón cuando imagino los castigos a los que Digby ha podido ser sometido. Me obligo a no pensar en eso porque, de lo contrario, me echaría a llorar y no pararía nunca. Debería haberme figurado que Midas guardaba un as bajo la manga, que me atacaría con toda la artillería que tuviese a su disposición, pero cómo iba a pensar que caería tan bajo. Ese gesto tan ruin simplemente reafirma mi postura. Es una muesca más en el collar que quiere atarme alrededor del cuello.

Midas tiene razón. Quizá esté mintiendo, pero no estoy dispuesta a correr el riesgo. Así que mientras exista la posibilidad de que tenga a Digby, no me quedará más remedio que seguirle el juego. Mantendré un perfil bajo y le reiré las gracias si hace falta porque Digby es mi guardia personal. Me juró lealtad —algo que, por lo visto, escasea en Orea— y jamás faltó a su palabra. Y por eso quiero recuperarlo.

Después de otro sollozo gemebundo, me obligo a inspirar hondo, a llenar los pulmones de aire para alejar el pánico y el odio que me invaden ahora mismo, porque necesito pensar. La furia emplumada que yace bajo mi piel me ayuda a ponerme derecha y las cintas se ajustan un poco más alrededor de mi cintura como muestra de

consuelo.

El Rey Dorado está empeñado en tratarme como a una marioneta. Quiere ser él quien controle y mueva los hilos para forzarme a cantar. Y cantaré. Lo haré por un único motivo: para que no haga daño a Digby.

Me seco las mejillas y me arremango las faldas para ponerme en pie, pero, de repente, noto el peso del libro que sustraje de la biblioteca en el bolsillo. Dejo la condecoración de Digby sobre la mesita de noche y saco ese pequeño tesoro, un libro prohibido que habla de seres feéricos. Contemplo cada detalle de la cubierta de madera de saúco. Paso los dedos por ese ribete de cuero rojo que protege los bordes y admiro la filigrana dorada que decora el título, escrito en un idioma ancestral.

El sonido que se oye en cuanto abro el libro es el crujido de una mandíbula al bostezar. Es el suspiro de un aliento que se ha contenido demasiado tiempo, que ha permanecido encerrado bajo el peso del pergamino.

Sin embargo, este libro no contiene palabras, ni extensas explicaciones sobre mi legado, mis tradiciones, mi pueblo. Hasta este momento no había reparado en lo desesperada que estaba por saber más sobre mis orígenes, mis raíces. Quizá creía que entre estas páginas iba a encontrar las respuestas a todas las preguntas que ni siquiera sabía que tenía.

Solo veo ilustraciones, dibujadas de una forma minuciosa y elaborada, en cada una de las páginas. Aunque el papel es grueso y de una calidad excelente, el paso del tiempo ha ganado la batalla a la tinta, por lo que muchos de esos grabados se han ido difuminando o incluso borrando. Ni una sola palabra. Ningún hada atrapada entre esas páginas que, de repente, aparece revoloteando sobre el libro que pueda responderme quién soy, de dónde provengo o cómo era ese hogar que ya he olvidado.

Sin embargo, el silencio, esa ausencia de palabras escritas, se ve compensado por los hermosos dibujos plasmados en las páginas. Aunque suene extraño, tengo la sensación de que la persona que ideó este libro no pudo ofrecerme palabras, pero me regaló otra cosa.

«Annwyn».

Mi mundo, el lugar que me vio nacer, me está observando desde las páginas prohibidas, unas páginas que describen una tierra olvidada. Ríos de aguas cristalinas que reflejan la luz del alba, florecillas con sonrisas, árboles con ramas que parecen querer alcanzarte. Colinas que ruedan cuando caminas sobre ellas y arena hecha de cristal.

Las lágrimas se agolpan en mis ojos con cada ilustración que veo. Siento un cosquilleo en los dedos, como si pudieran oír el eco de algo familiar. Ojeo todo el libro, hasta llegar a la última página. En ella aparece una mujer de Orea de melena rubia y unos ojos marrones que recuerdan al otoño. Está reclinada sobre un hombre, un ser feérico para ser más exactos, que lleva una corona de ónice. Tiene las orejas puntiagudas, una tez oscura y unas alas que parecen estar hechas de tela de araña y que cuelgan como sombras a su espalda. La pareja está arropada por el manto de una hermosa puesta de sol y las nubecillas que se aprecian en ese cielo de naranjas y ocres y rosas y lilas parecen hechas de algodón de azúcar.

Los amantes se miran como si no existiera nada más en el mundo. Sus cuerpos parecen estar envueltos en una especie de bruma, una neblina muy sutil. En sus ojos advierto el inconfundible brillo del amor. En la parte inferior de la página leo una palabra. Está escrita con una elaborada caligrafía y en la antigua lengua feérica.

«Päyur».

Contemplo esas magníficas imágenes durante un buen rato.

Cuando llego a la última página, vuelvo a empezar, y así varias veces. Aprovecho la luz de las brasas para alimentar mis anhelos nostálgicos. Observo todos y cada uno de los dibujos con gran interés, hasta que empiezan a pesarme los párpados del cansancio. Aun así, la imagen de Digby me acecha, me hostiga.

No puedo marcharme de Rocablanca si Digby está aquí, así que voy a tener que encontrarlo. Aunque tenga que registrar cada salón de este maldito castillo, aunque tenga que remover cielo y tierra, encontraré a mi guardia. Y entonces cuando escape, porque pienso escaparme, me llevaré a Digby conmigo.

«Solo pido que Digby esté bien».

«Solo pido que esté vivo».

Me quedo dormida con el libro secreto guardado a buen recaudo, en el interior del bolsillo de mi vestido. Esa noche sueño con la pareja de seres feéricos que se fundían en un cálido abrazo bajo la luz del crepúsculo, envueltos por un aura compartida y que me susurraban que regresara a mi hogar.

Ojalá supiera dónde está mi hogar.

13

El rey Midas

Desciendo tres larguísimas escalinatas y me adentro en el mismísimo corazón del castillo de Rocablanca. El frío que asuela las catacumbas es tan glacial y penetrante que parece que esté en el interior de un frigorífico. Incluso con la capa y los guantes, no consigo entrar en calor. Me sorprende que mi agitada respiración no esté dejando un rastro de nubecitas de vaho a mi paso.

Camino por delante de varias celdas; detrás de esos gruesos barrotes merodean unas sombras que, al verme, se encogen, atemorizadas, y se alejan de mí. Supongo que algunos prisioneros llevan demasiado tiempo pudriéndose en las mazmorras de Fulke y ya no les quedan fuerzas ni para hablar. Tal vez se hayan enterado de la noticia de que hay un nuevo rey ocupando el trono de Rocablanca, pero ninguno de ellos se atreve a suplicar clemencia porque, en el fondo, saben que no servirá de nada.

A juzgar por el hedor que flota en el aire, juraría que en más de un calabozo yace un cadáver. Las condiciones de esas mazmorras son insalubres y deplorables, por lo que no me extrañaría que muchos estuviesen enfermos, o incluso moribundos. El Divino no tendrá piedad con ellos, y yo tampoco.

Mis pasos retumban en ese oscuro pasillo de piedra gris. Ando por debajo de arcos centenarios que, a mi parecer, están construidos demasiado bajos y eso hace que cualquiera que atraviese ese pasadizo se sienta todavía más atrapado, más aprisionado.

Del techo abovedado de ese pasadizo no dejan de caer gotas de agua helada, un regalito de la nieve que cubre los jardines del palacio, que están a varios cientos de metros por encima. Rocablanca debe su nombre a la blancura perpetua que reviste su paisaje, una nieve que se

filtra hasta aquí abajo, que se deshace en gotas de apático desdén por quienes habitan las mazmorras y que termina formando unas estalactitas translúcidas que, de lejos, se confunden con dedos de hielo que parecen señalar, y acusar, a los prisioneros.

Los guardias que vigilan los calabozos inclinan la cabeza al cruzarse conmigo en señal de respeto. Al fin llego a la estrecha escalera de caracol que lleva a la planta superior. Allí la penumbra no es tan oscura, ni tan siniestra, pues hay el doble de candeleros clavados en la pared. Sin embargo, la temperatura es igual de gélida y el techo también está recubierto de esa escarcha húmeda que te cala hasta los huesos.

Mis pies me llevan directamente a la última habitación a mano izquierda. El guardia empuja la puerta en cuanto me ve para que no tenga que aminorar el paso o, peor todavía, pararme en el umbral.

En cuanto pongo un pie en el vestíbulo noto un cambio en el ambiente. Aquí el aire es mucho más cálido, más agradable. Me topo de frente con una especie de dosel de cuero que cuelga del techo y llega hasta el suelo, como un biombo que divide la sala en dos. Aparto la pesada solapa de color marrón, me agacho y entro en la habitación. Hay tanto vapor que tengo que entornar los ojos para poder ver con más nitidez.

Allí dentro hay varias personas trabajando, aunque la mayoría parece estar frotando las paredes. En esta sala, las piedras que conforman el techo y las paredes no están forradas por una capa de escarcha, ni por decenas de minúsculos carámbanos de hielo. Están mojadas, sí, pero la humedad que las recubre y que se inmiscuye por cada grieta y recoveco es caliente, casi tórrida. Los trabajadores limpian la piedra con gran esmero para evitar que pueda crecer moho. Advierto varios criados acuclillados entre las larguísimas hileras de plantas, arreglando cada tallo, cada hoja, cada flor.

Miro a mi alrededor y mis ojos rebotan entre varios uniformes púrpura hasta que, al fin, encuentran al sanador del castillo, que está en la otra punta de la habitación, frente a una encimera construida en la propia pared. Parece ajetreado.

El sanador, un tipo desgarbado y larguirucho, no se percata de mi

presencia hasta que me coloco a su lado. Y, al darse cuenta de que estoy ahí, a escasos centímetros de él, pega un brinco y por poco se le cae el frasco de cristal que estaba llenando con la ayuda de un embudo.

—Majestad, os ruego que me disculpéis —murmura, y agacha la cabeza—. No me habían informado de que vendríais hoy aquí.

—Quería hacerte una consulta —digo, y, de reojo, echo un vistazo a la colección de minúsculas botellas de ese líquido carmesí, listas para ser entregadas y con su correspondiente cuentagotas incluido.

Se acerca una trabajadora con el delantal un poco arrugado y me saluda con una rápida reverencia. Coge uno de esos botellines, retira el tapón de corcho y vierte el contenido color sangre en la maceta de la planta más cercana hasta vaciarlo por completo.

Allí dentro hay centenares de plantas como esa. Por lo visto, son plantas sensibles y puntillosas que exigen muchos cuidados; se marchitan si las toca la luz del sol, pero requieren de un ambiente húmedo y cálido para crecer con vigor.

Las ramas apuntan hacia el techo, como estacas de una valla de madera. Todas y cada una de ellas están cargadas de flores macilentas y pálidas; por un segundo me pregunto si usarán sanguijuelas que les chupen todo rastro de color. Algunos pétalos son blancos, otros cenizos. Según tengo entendido, los capullos no sirven para nada y tardan una eternidad en florecer, pero las flores más maduras, las que están a punto de desprenderse del tallo, son las valiosas, las que los jardineros recolectan con sumo cuidado y meticulosidad.

Si se conservan como es debido, esos pétalos mustios y lánguidos forman unas gotas de rocío de color rubí. En cierto modo, es como si los pétalos sudaran gotas de sangre. Si ingieres unas gotas de esa prodigiosa esencia, los efectos son casi instantáneos. El rocío de esos extraños pétalos relaja el cuerpo, evade la mente e intensifica el placer físico. En Rocablanca, unas gotas de esa poderosa sustancia valen una fortuna.

—¿En qué puedo ayudaros, majestad?

Me vuelvo hacia el sanador, que en ese instante está limpiándose las manchas de los dedos con un trapo y después lo arroja sobre su mesa

de trabajo. Advierto el brillo del sudor sobre esa frente envejecida y arrugada, y tiene las mejillas algo coloradas por el bochorno que se respira en la habitación.

—Quería asegurarme de que todas las monturas están tomando el tónico anticonceptivo.

—Por supuesto, mi rey. Yo mismo les he estado suministrando el remedio para evitar sorpresas.

Asiento y me paso una mano por la nuca para secarme el sudor que, en tan solo un minuto, me ha empapado la piel.

—¿Y la montura embarazada? —pregunto—. ¿Está aislada del resto?

—Sí, majestad. La he examinado esta misma mañana. Está en buenas manos.

—Quiero un informe detallado después de cada revisión.

El sanador baja la cabeza en un gesto de docilidad y se pasa un pañuelo por el labio superior.

—Como vos ordenéis, señor.

—Bien.

Antes de irme, echo un último vistazo a esa habitación encapotada por el vapor. Todos están dedicados a la tarea que el sanador les ha encomendado, una tarea que desempeñan con suma escrupulosidad, pues saben que no pueden cometer errores. La brigada de jardineros son todo un ejemplo de precisión y organización. Los trabajadores son los costureros que se encargan de bordar una parte de un delicado y refinado traje y el sastre, es decir, el sanador, es quien al final del día zurce todas las piezas y entrega a su cliente ese traje soñado, un traje perfecto hecho a medida.

Fulke era un necio presuntuoso, pero cabe reconocer que fue sensato e inteligente cuando tuvo que elegir a las personas que se encargarían de cultivar esa adictiva sustancia y de venderla a los mejores postores.

Empiezo a alejarme de los sótanos del castillo y, en cuestión de segundos, siento que se me congela la piel y empiezo a tiritar de frío. La sensación de frío es mucho más intensa que antes porque mientras estaba en esa sala no he parado de sudar. El nauseabundo hedor de los

calabozos y el olor a humedad del invernadero se me han quedado pegados a la ropa y noto una ligera comezón en la piel. No lo soporto. Necesito cambiarme de ropa ahora mismo. Y quizá darme un buen baño.

En cuanto subo el último peldaño de las secretas catacumbas y alcanzo las plantas superiores, mis guardias personales se apartan de la pared donde se habían reclinado para descansar y me siguen. Sin embargo, no he dado ni tres pasos cuando mi jefe de la guardia se coloca delante de mí, barrándome el paso y con una misiva en la mano.

—Acaba de llegar un halcón mensajero para vos, señor.

Le arrebato la carta de las manos y sigo caminando mientras medito qué atuendo voy a ponerme después del baño, pero me detengo en mitad de la escalera al ver el sello de lacre blanco con forma de campana.

Rompo el sello y leo el mensaje a toda prisa.

«Esa zorra fría, esa zorra estéril».

Lo vuelvo a leer una segunda vez, y después una tercera, hasta que noto una punzada de dolor en la mandíbula de tanto apretar. Estoy furioso. Cuando lo leo por cuarta vez, mi mente ya ha empezado a urdir un plan.

¿Malina se ha hartado de jugar el papel de reina regente? ¿Quiere desautorizar a su marido? ¿Quiere oponerse al rey?

Pues que así sea.

Con un movimiento brusco e inesperado, me doy media vuelta y cambio de rumbo. Ya no me dirijo a mis aposentos, sino a otro lugar.

Los guardias me siguen como perritos falderos. Salgo de palacio, atravieso los inmensos jardines que lo rodean y dejo atrás las esculturas de hielo y los establos. La nieve que cubre ese laberinto de senderos cruje bajo la suela de mis botas y, al fin, a lo lejos, vislumbro mi destino: un círculo de entrenamiento al aire libre.

Algunos soldados se han reunido alrededor de ese anillo para enfrentarse a combates cuerpo a cuerpo. Algunos están calentando, otros se están ejercitando para no perder su forma física. Todos se quedan inmóviles al verme y, como buenos soldados, agachan la

cabeza a modo de saludo. Paso de largo y continúo caminando, dando zancadas largas y decididas, hasta llegar al edificio pegado al círculo de entrenamiento.

—Esperad aquí y cerrad la puerta —les ordeno a los guardias.

El interior del edificio es sobrio y austero. Ahí dentro no hay nada, salvo una pequeña armería para que los miembros del ejército puedan entrenar y prepararse para el campo de batalla. Espadas de madera apiladas en cada rincón, una montaña de armaduras acolchadas para practicar con la espada y varios montones de arcos sin cuerda y flechas sin punta desperdigados por aquí y por allá. El desorden es monumental y, para colmo, apesta a sudor. El suelo ni siquiera está cimentado, sino que es una mezcla de barro y paja que encaja a la perfección con las paredes, construidas con ladrillos de una piedra rugosa y de mala calidad.

Varios soldados apartan la mirada de su objetivo al oír que se cierra la puerta, pero, al darse cuenta de que soy yo quien acaba de entrar, todos se encorvan en rígidas y torpes reverencias.

—Todo el mundo fuera —ordeno con voz autoritaria, y los soldados se dispersan como hormigas asustadas.

Clavo la mirada en el único hombre que todavía permanece en la armería. Es un anciano y, aunque ya no sirve al ejército como soldado, le han encomendado la labor de mantener este cuchitril bien equipado y ordenado, aunque salta a la vista que ha fracasado en lo de «ordenado», y con creces.

—Tráeme a Hood.

El hombre arquea las cejas, sorprendido, pero enseguida se escabulle para cumplir con la orden. Mientras espero, camino de un lado a otro en un intento de calmar los nervios. Cuando me fijo en las botas, completamente sucias y embarradas por haber estado andando por ese asqueroso suelo, no puedo evitar torcer el gesto. Debería fustigar a ese hombre por no cumplir con una tarea tan sencilla como cuidar de esta pocilga.

Unos minutos después, la puerta se abre. Es Hood. No necesito verle la cara para saber que es él: esa capa gruesa y tosca y esa capucha son inconfundibles. Jamás le he visto sin esa misteriosa capa sobre los

hombros, ocultando su rostro bajo la capucha.

Aun así, atisbo una piel de dos tonalidades distintas en la zona de la barbilla y el cuello, la única parte visible de su cara. Vitíligo, creo que lo llaman, una enfermedad cutánea que provoca una serie de manchas blancas en la piel, como si fuesen parches.

Algunos soldados se mofan de él, lo llaman Dálmata, pero el tipo nunca abre la boca, ni siquiera para responderles, ni siquiera para defenderse. Bajo las órdenes de Fulke, fue un soldado totalmente desaprovechado. Por suerte, leí algunos de los informes de los soldados y descubrí su potencial. Es un diamante en bruto, lo sé.

Y ahora voy a poner a prueba ese potencial.

—Hood —saludo. Él se acerca, pero mantiene una distancia respetuosa y prudencial, y adopta la postura firme de un soldado ejemplar, con los hombros bien cuadrados y las manos a la espalda.

Esa peculiar y extraña anomalía en la piel le convirtió en un tipo arisco y retraído, en un forastero que parecía no encajar en el ejército del Cuarto Reino, en el objetivo de burlas de sus compañeros. Sin embargo, gracias a su mutismo, Fulke tardó años en darse cuenta de que por las venas de ese tipo fluía sangre mágica.

Observo esa figura envuelta en una capa y no puedo evitar fijarme en las manchas que tiene en las manos, como si así pudiera llegar a entender por qué a él, y no a cualquier otro mortal, se le concedió ese poder.

La magia, la magia fuerte y sólida, no es tan común como lo fue antaño en Orea. La ausencia de seres feéricos ha hecho que, poco a poco, se vaya agotando, se vaya consumiendo. Tan solo las familias reales han logrado mantener esa magia tan pura y poderosa, pero el motivo no es fruto de la casualidad, sino de matrimonios concertados. Es la única manera de perpetuar su especie y garantizarse un prometedor porvenir.

Pero el tipo que tengo delante de mí no es un miembro de la realeza, sino un hombre escurridizo, un hombre que consiguió pasar desapercibido durante muchísimo tiempo. Todos creyeron que era un soldado de infantería como cualquier otro, a pesar de que había demostrado su valía en incontables ocasiones. Su secreto salió a la luz

después de una pelea bastante fea. Tenía todas las de perder, pues se enfrentó él solo a siete enemigos y, de sopetón, desapareció. Se esfumó delante de todo el mundo.

Por suerte para mí, Fulke tomó buena nota de ello.

—Tengo un trabajo para ti.

Hood aguarda en absoluto silencio, tal y como esperaba.

Llevo semanas observándolo con atención y no le he visto musitar palabra ni una sola vez. En mi opinión, esa aparente mudez es otra cualidad que destacar en Hood.

—La Reina de Hielo se ha convertido en un problema. Quiero que te encargues de ella.

Una parte de mí está decepcionada con Malina. Pensé que sería más lista, aunque debo reconocer que presentía que podía reaccionar así. Su descarada negativa yace arrugada en mi palma. Con esa carta manuscrita, ha sellado su propio destino.

Era la última oportunidad que estaba dispuesto a darle, y la ha rechazado porque se sobrestima, porque se cree más importante de lo que en realidad es. Con su patética estrategia para tratar de conservar el trono, y el Sexto Reino, y tras negarse en rotundo a anunciar la llegada de un heredero, ya no me sirve de nada.

Malina se ha vuelto prescindible.

—¿Cuán rápido funciona tu magia? —pregunto con curiosidad, y me acerco al soldado.

Sin articular palabra, Hood deja caer los brazos a los lados y levanta un pelín la cabeza, dejando así al descubierto una mancha blanca alrededor de la boca y la nariz. Cierra los párpados para concentrarse mejor.

El cambio se sucede poco a poco, como una nube que se arremolina en el cielo. Su cuerpo empieza a inflarse, a hincharse y, en cuestión de segundos, se transforma en una voluta de humo oscura y translúcida

Hood acaba de convertirse en una sombra delante de mis narices.

Asiento con la cabeza, satisfecho con el resultado, con esa versión espectral de Hood, con la magia de un fantasma encubierto que es capaz de convertirse en su propia sombra y moldear la luz de su alrededor para desaparecer. Alargo el brazo para tratar de tocar esa

curiosa negrura que planea ante mí, pero no palpo nada. Mis dedos atraviesan esa nube transparente de humo frío.

Fascinante. Efectiva. La magia perfecta para un asesino.

Bajo el brazo y Hood reaparece ante mi atenta mirada; luces y sombras se fusionan a su alrededor hasta que su cuerpo vuelve a ser sólido y visible otra vez.

—Quiero que partas esta misma noche —le digo—. No me falles.

Hood baja la cabeza, lo que significa que acepta el delicado encargo. Después se da media vuelta y se marcha con la misma discreción y sigilo con que entró.

Malina se arrepentirá de haber rehusado mi propuesta hasta el fin de sus días. Pienso destruirla. Voy a echar por tierra todos sus lamentables esfuerzos por arrebatarme mi reino y después, cuando menos se lo espere, mi sombra la ajusticiará.

14

Auren

—Auren, te has dejado un trocito ahí, en el suelo.

Giro la cabeza para ver qué «trocito» me está indicando Midas. Mis ojos, cansados y hastiados, se fijan en un punto de ese inmenso suelo de mármol. Unas vetas doradas que me recuerdan a arroyos bañados por la luz del alba serpentean por esas baldosas pulidas y relucientes.

Con ademán pesaroso y arrastrando los pies, cruzo la estancia hasta llegar a ese trocito ofensivo de piedra gris y rugosa. Camino descalza y, con un esfuerzo tremebundo, consigo que un hilo de oro rezume de la planta de mis pies. Sin embargo, esa hebra áurea se escurre con cierta pereza, como si estuviera a punto de secarse, y los talones me duelen una barbaridad. Tengo la sensación de que alguien me está clavando las uñas, y temo no poder aguantar mucho más.

En cuanto el oro recubre el maldito trocito, apoyo la espalda en la pared para evitar caerme al suelo. Las piernas me tiemblan de agotamiento y siento que estoy a punto de desfallecer. Unas perlas de sudor se escurren por mi frente y se deslizan por mis sienes. Recurro a mi fuerza de voluntad para seguir en pie porque, en realidad, mi cuerpo me está pidiendo a gritos que me tumbe en el suelo del salón del trono.

—Está a punto de anochecer —apunta Midas, como si necesitara que me lo recordara.

Midas está repantingado en el trono, con un libro de contabilidad sobre su regazo, un libro que lleva revisando desde que llegamos aquí, y de eso han pasado varias horas. Mientras él se dedicaba a repasar ese condenado cuaderno y a garabatear notas sobre quién sabe qué, yo me he dedicado a convertir todo lo que hay en este salón en oro. Igual que he estado haciendo durante los últimos cuatro días en otros

salones del palacio. Transformar todo un castillo en una mole dorada es mucho más extenuante de lo que recordaba.

La primera vez que hice algo así fue en Alta Campana, y por aquel entonces era toda una novata que no sabía utilizar mis poderes. El oro salía a chorros de las palmas de mis manos y se agotaba enseguida. Sin embargo, con el paso de los años, mi magia se ha vuelto más fuerte, más poderosa. Ahora puedo pasarme toda una jornada convirtiendo objetos en sus réplicas doradas, pero cuatro días seguidos de arduo trabajo, vaciándome, consumiendo la magia una y otra vez, han hecho mella en mí. Tanto que saber que la llegada del ocaso es inminente me supone todo un alivio.

El hecho de que mi poder solo funcione durante el día implica una limitación, una desventaja para mí, aunque ahora mismo me lo tomo como una bendición de las diosas. En cuanto el sol se esconda por el horizonte, podré relajarme. No tendré que medir cada una de mis palabras, ni vigilar cada uno de mis movimientos, ni prestar tanta atención a cada poro de mi piel que exuda oro líquido.

Y más importante: por fin dejaré de oír las incesantes exigencias de Midas.

Llevo cuatro días dejándome la piel para no defraudarle, trabajando duro, usando mi poder sin parar para complacerle, para cumplir sus expectativas. Utiliza a Digby como un premio, un premio que sujeta entre los dedos y zarandea para que no pierda la motivación. Cada vez que toco una prenda de ropa, un plato, una planta o una mesilla para convertirlo en oro, me entran ganas de rebelarme, pero me muerdo la lengua y obedezco. Alguna vez he cerrado los puños y, resignada, he continuado con el trabajo porque la amenaza de que Digby pueda sufrir algún daño se cierne sobre mí como una tormenta de polvo que está a punto de descargarse.

¿El lado bueno? Estos últimos días han sido esclarecedores. He podido visitar los salones principales del castillo sin tener que escabullirme a hurtadillas y he empezado a dibujar un mapa mental de mis alrededores. Ahora ya no solo busco una salida segura y secreta de Rocablanca, sino que también trato de averiguar dónde puede tener retenido a Digby.

—Ya no puedo más —protesto, y en esta ocasión no estoy fingiendo. Me miro las manos y sacudo la cabeza. El hilo de oro líquido que brota de mis palmas se ha vuelto turbio y grumoso y ya ha empezado a secarse, como si fuese un pegote de pintura espesa—. Estoy agotada.

Midas me mira con el ceño fruncido, cierra el libro de cuentas y lo guarda a buen recaudo, en el bolsillo interior del chaleco. Entonces se levanta del trono, un trono que, gracias a mí, ahora es de oro macizo, igual que la tarima sobre la que está dispuesto. Todo lo que toco, aunque sea un mero roce con la yema de mis dedos, se convierte en oro de inmediato, pero cuanto más utilizo mi poder mágico, más difícil y extenuante se vuelve. No sé cuántos días más podré aguantar. Solo han pasado cuatro y ya tengo la sensación de haber envejecido veinte años.

Midas se acerca a mí mientras admira el salón del trono. A juzgar por su expresión, no puede estar más satisfecho. Se fija en cada detalle, en esas baldosas relucientes, en los marcos dorados de las ventanas y en los cristales, que ahora están bañados por una fina capa del metal precioso. Incluso me las he ingeniado para revestir cada centímetro de las paredes de oro, una proeza que me costó varias horas de arduo trabajo, dada la inmensidad de esa estancia. El oro salía a borbotones de mis manos. Era la única manera de conseguirlo sin desfallecer durante el proceso.

Pero ahora estoy cansada, estoy saturada y estoy de mal humor. He alcanzado mi límite diario, y ya no tolero ni una sugerencia más de Midas. Aunque me lo pida con esa voz melosa y acaramelada, ya no puedo más.

Midas alza la mirada para examinar el techo y, de repente, pone mala cara. No he podido hacer más, así que el techo y las lámparas de araña de cristal siguen intactos. En mi humilde opinión, creo que esa combinación de blanco y cobalto es mucho más bonita y elegante.

La sección destinada a las visitas, con varios balaustres y bancos de madera y ubicada a la izquierda, también sigue intacta. Aunque teniendo en cuenta las dimensiones del salón, he hecho mucho más de lo que creía.

—Una lástima que las lámparas todavía sean azules —murmura, y

se planta delante de mí, con la cabeza bien alta.

Tengo que morderme la lengua, una vez más, para no insultarlo. He trabajado sin descanso todo el maldito día, ¿y eso es lo único que se le ocurre decirme?

El monstruo de la rabia y la impotencia que se apoderó de mí en el parapeto de la muralla asoma la cabeza y abre un ojo. Esta mañana he atado las cintas a mi espalda, en lazos sencillos y muy fáciles de desanudar. Al notar que ese monstruo empieza a desperezarse, se aprietan un pelín más, guiados por el instinto.

Mientras él se dedica a mirar los cambios del salón, yo le miro a él.

—Siento haberte decepcionado —murmuro con cierto retintín.

—Terminaremos mañana, no te preocupes —responde él. Está tan distraído que ni siquiera se percata del tono insolente que he utilizado.

No logro comprender por qué habla en plural cuando él se ha pasado el día apoltronado. El muy cretino no ha movido ni un solo dedo.

—Ah, justo a tiempo. Por fin he recibido noticias del Tercer Reino. Su bandada de alas madereras les ha demorado, pero han podido reprender el viaje y llegarán muy pronto —me explica mientras contempla ese trono dorado con orgullo, como si estuviera imaginándose a sí mismo sentado en él, con todos sus nuevos admiradores postrados a sus pies.

El monstruo que parece haber instalado su morada en mi pecho aúlla una advertencia, pero hago oídos sordos.

Estos días no he hecho otra cosa que dorar todo lo que a Midas se le ha antojado, ya sea un trono, un cojín o una escalinata. No se ha separado de mí en ningún momento, pero ha estado enfrascado en sus quehaceres, trabajando en completo silencio y apenas nos hemos cruzado cuatro palabras, lo que significa que he tenido muchísimo tiempo para pensar. Estoy tratando de descubrir quién soy sin el control y dominio de Midas, pero… quiero convertirme en alguien a quien admire, alguien de quien no me avergüence. Me preocupa lo que puede pasar si, algún día, esa bestia indómita y siniestra que ahora habita en mi interior decide salir de su madriguera.

Se me escapa un suspiro entrecortado y, por enésima vez, trato de contener el temperamento. Me masajeo las sienes con los dedos en un intento de aliviar la migraña que me hostiga desde hace horas.

—Me gustaría retirarme a mis aposentos y descansar.

Midas al fin se digna a mirarme. Resbala esa mirada cobriza a lo largo de mi cuerpo.

—¿Estás cansada?

—Por supuesto que estoy cansada —digo, a la defensiva.

Esta vez, en lugar de lanzarme una mirada asesina para recordarme que la vida de Digby pende de un hilo, o, mejor dicho, de mí, frunce un poquito más el ceño.

—Tienes razón. Has trabajado mucho estos últimos días. Debería haber estado más atento y asegurarme de que no te exigías demasiado. Ven, saldremos por la puerta trasera y te acompañaré a tus aposentos. Allí podrás descansar.

Descansar. El sonido de esa palabra es celestial.

Se da la vuelta y empieza a alejarse, pero me retuerzo de dolor con solo pensar que para poder descansar voy a tener que caminar. Y mucho.

Trato de engañar a mi cuerpo, de sobornarlo con imágenes de mi cama esponjosa y acolchada, de esa montaña de almohadas de plumas que está esperándome en mi alcoba. La verdadera tragedia de este salón no es que las lámparas de araña sigan siendo de azul cobalto, sino que no haya ni un solo cojín en toda la estancia.

Lo único que aparenta ser mullido y blando es el trono real, que ahora es de oro macizo, así que decido darme una pequeña charla motivacional para coger fuerzas y subir hasta mis aposentos.

Puedo hacerlo.

Puedo recorrer el largo camino hasta mi habitación, aunque lleve horas usando mi magia, aunque esté al borde de la extenuación. Puedo y debo hacerlo, porque no quiero mostrar ni un ápice de debilidad delante de Midas. Soy una mujer fuerte, una mujer que está aprendiendo a ser independiente, maldita sea.

Un poco. Soy una mujer un poco fuerte. Pero ese «poco» va a tener que ser suficiente, al menos por ahora.

Inspiro hondo, aunque la exhalación que se resbala por mi garganta y se escurre por mis labios suena más bien como un quejido lastimoso. Despego la espalda de la pared y me pongo derecha, con la espalda erguida y los hombros bien cuadrados.

¿El lado bueno? Que no me caigo de bruces ahí mismo.

Pero entonces recuerdo todos los peldaños que voy a tener que escalar y esa mujer un poco fuerte se tambalea y flaquea. Estúpidos castillos con sus estúpidas escalinatas.

Me encamino hacia la tarima dorada donde esta mañana he dejado los zapatos y los guantes. Me calzo los zapatos, me enfundo los guantes y, en ese preciso instante, siento un hormigueo en la piel, la inequívoca señal de que el día ha llegado a su fin.

Se me escapa un resoplido tembloroso y, un segundo más tarde, mi poder mágico se evapora como la bruma marina. Cada día, tras la puesta de sol, la magia se adormece y, durante la noche, hiberna cual oso. Siento una punzada en las palmas de las manos, ya de por sí doloridas, cuando las últimas gotas de oro se funden con mi piel.

Midas me espera junto a la puerta. Estoy convencida de que se ha percatado de que estoy tardando demasiado en llegar ahí. Camino arrastrando esas pantuflas de seda dorada y cada paso que doy me pesa más que el anterior.

Cuando por fin llego a la otra punta del salón, Midas arruga la frente.

—Te he hecho trabajar demasiado. Lo siento.

—No pasa nada, estoy bien.

—Sí, sí pasa —responde él, y me acompaña hasta una sala de reuniones vacía y después me guía hasta la puerta que hay al fondo de la estancia—. Estaba tan impaciente por empezar, y hay tanto que hacer aquí… Pero no es excusa. No debería haberte dejado trabajar hasta tan tarde —dice, y luego se detiene frente a una segunda puerta y se da la vuelta con expresión de profunda preocupación. Quizá sí esté preocupado, pero no por mí, desde luego. Él mejor que nadie sabe que su principal fuente de ingresos, es decir, mi poder mágico, no es inagotable—. Por favor, perdóname. No pretendo ser un rey despótico y controlador, ya lo sabes.

Sé que miente más que habla. Sé que es un mentiroso de mierda, no de oro.

—Solo necesito dormir, Midas —murmuro con voz ronca; siento que voy a desmayarme allí mismo. La verdad es que preferiría no parar cada dos por tres, porque cada vez me cuesta más andar y temo que, en una de estas pausas, no pueda volver a dar un paso. Y lo último que quiero es que Midas trate de ayudarme y me toque.

—Claro, claro —contesta él, y asiente con la cabeza—. Hemos avanzado muchísimo estos días. Si mañana aún estás cansada o demasiado débil, quédate en tus aposentos. Dejaré que te tomes el día libre para recuperarte y reponer fuerzas. Podemos esperar y retomar el trabajo un día más tarde. El castillo no se va a mover de aquí.

Me mareo. Midas nunca tiene suficiente, siempre quiere más y más. Su codicia me abruma.

De pronto, se aclara la garganta, como quien va a anunciar algo importante.

—Y, si continúas portándote como estos últimos días hasta el baile de celebración, dejaré que visites a Digby.

El corazón me da un vuelco.

—¿De verdad?

—Te lo habrás ganado —confirma él, y me regala una sonrisa de oreja a oreja.

Me lo habré ganado… o quizá lo encuentre antes por mis propios medios.

Dibujo una sonrisa desesperada y temblorosa porque sé que es lo que Midas quiere.

—Gracias.

Asiente con un leve movimiento de cabeza, abre la puerta y salimos al pasillo, un pasillo a oscuras y desierto. No es casual, obviamente. Esta semana, mientras me dedicaba a dorar salones, él ha confinado toda esa zona del palacio para que nadie pueda acercarse a nosotros, incluidos los guardias. Ha desterrado a todos los súbditos, doncellas y miembros de la corte real por precaución, para asegurarse de que nadie pudiese entrar y descubrir quién ostenta el poder mágico de convertir todo lo que toca en oro. Sería una verdadera catástrofe,

¿verdad?

Avanzamos juntos por ese pasadizo vacío, yo con la mirada fija en mis pies, él parloteando como un loro. No es una conversación, sino un jodido monólogo. Menciona todos los salones y habitaciones que nos faltan por restaurar, enumera todos los detalles que he pasado por alto y no he revestido o chapado en oro, comenta las cantidades ingentes de oro que necesita la nobleza de Rocablanca… A veces me da la sensación de que le está hablando a mi magia, y no a mí. Al menos no espera que le responda.

Por fin aparecemos en la lujosa e inmensa entrada principal del palacio, con dos escalinatas idénticas a ambos lados que conducen hasta la primera planta. Un reguero de sudor frío repta por mi espalda y me tiemblan las piernas.

Tengo que hacer una pausa en el descansillo y sujetarme a la barandilla para no caerme escaleras abajo. Aprovecho esa breve parada en el camino para recuperar el aliento. Midas, por su lado, sigue parloteando sin cesar, totalmente ajeno a mi malestar, ajeno a mi agotamiento.

—Rey Midas.

Midas se detiene en mitad de la escalera y se da la vuelta. La voz no me resulta familiar, así que yo también me giro para averiguar quién es el desconocido que llama a Midas. En la segunda escalinata, a nuestra izquierda, distingo a un muchacho bajando los peldaños, seguido de tres guardias de Rocablanca. Las capas púrpuras de los guardias caen en cascada tras sus espaldas.

—Príncipe Niven —saluda Midas con voz melosa y sosegada, y agacha la cabeza. Le conozco demasiado bien y enseguida percibo una pincelada de desagrado en ese tono acaramelado—. Me habían dicho que todavía estabais indispuesto.

El príncipe va vestido de luto riguroso. Luce un traje negro con carámbanos plateados bordados en los puños. Está de duelo por su padre, el hombre que estuvo a punto de matarme.

De manera inconsciente, me llevo la mano a la garganta y acaricio la cicatriz, un recuerdo imborrable de aquel horrendo capítulo. Ahora no es más que una marca apenas perceptible, una línea fina y dentada,

pero todavía puedo sentir el filo de la espada de Fulke hundiéndose en mi piel.

—Hoy me he encontrado bastante bien —comenta el príncipe, que baja el resto de los peldaños con premura.

Niven es muy joven. Me atrevería a decir que todavía no ha cumplido los doce años, pero, a pesar de su corta edad, tiene todo el aspecto de un niño que ha nacido en el seno de una familia real. Una barbilla un pelín arrogante, una melena castaña brillante y bien peinada, sin un solo mechón fuera de lugar, y un atuendo diseñado y cosido a medida. Cuando posa su mirada en mí, me invade una oleada de tranquilidad. Tiene los ojos azules, lo que significa que no ha heredado la mirada pardusca de Fulke.

Pestañea varias veces, sorprendido, como si por un segundo me hubiera confundido con una estatua de oro.

—Así que los rumores son ciertos —dice, y avanza hacia mí—. Es de oro.

Me pongo tensa, pero Midas no tarda ni una fracción de segundo en plantarse a mi lado para cortarle el paso y evitar que se acerque más de lo debido.

—Príncipe Niven, os presento a Auren. Mi preferida, la montura que toqué y convertí en oro.

Siento la mirada inquisitiva de Niven clavada en mi cuerpo.

—Qué extraño —murmura, y mira a Midas por el rabillo del ojo—. ¿Por qué no convertís a todas vuestras monturas en jóvenes doradas?

—Porque ella es especial.

Reprimo un resoplido socarrón.

El príncipe Niven estira ligeramente la comisura de los labios, por lo que intuyo que la respuesta de Midas no le ha impresionado, y mucho menos convencido.

—Mi padre podía duplicar cualquier cosa una sola vez, pero su extraordinario poder no funcionaba con personas, ni tampoco con animales. Pero cuando mi magia se manifieste, va a ser mucho más impresionante que la suya. Quizá incluso más impresionante que la tuya —añade, con un tono pretencioso que solo un mocoso que ha sido nombrado príncipe se atrevería a utilizar con Midas.

—Estoy seguro de que cuando vuestra magia se despierte y se revele al mundo seréis un muchacho impresionante —responde Midas con ademán plácido y sereno.

—Sí —dice Niven, y asiente con la cabeza. Me lanza una última miradita y, después, me ignora por completo. Es como si, de golpe y porrazo, me hubiera vuelto invisible—. Me alegro de haberos encontrado, rey Midas. Querría discutir algunos asuntos con vos, pero preferiría hacerlo en un lugar más privado. ¿Me acompañaríais a la sala de reuniones?

Miro a Midas de refilón, justo a tiempo para reparar en un gesto que delata su enfado e irritación: seis golpecitos del dedo índice sobre su cadera, seis tamborileos sobre la tela dorada de los pantalones.

«Oh, Midas está rabioso. Detesta que le hagan esto».

Tengo que contenerme para no echarme a reír como una histérica ahí mismo. Estoy tan cansada que quizá haya empezado a perder la cordura, pero juraría que la conversación que acabo de presenciar me ha espabilado un poco. Midas debe de odiar tratar con un príncipe que, además de ser un crío, tiene ínfulas de grandeza mientras él está ocupado jugando a ser el legítimo gobernante del Quinto Reino.

Poder ver la cara que se le queda a Midas «casi» hace que el agotamiento haya valido la pena. Disfruto de ese momento, me regodeo mientras observo con inmensa satisfacción cómo tiene que tragarse la retahíla de respuestas mordaces que desearía escupirle a la cara y asiente con la cabeza.

—Por supuesto, alteza. Estoy a vuestra entera disposición para ofreceros mi ayuda en todos los asuntos de palacio.

—Excelente —dice Niven, con una voz un poquito aguda y nasal—. Vamos, entonces.

—Me reuniré con vos enseguida. Antes debo acompañar a mi preferida a sus aposentos —le contesta Midas mientras empieza a hacerme señas para que le siga.

El príncipe Niven arruga la frente.

—Un rey no debe ocuparse de esa clase de trivialidades. —El muchacho mira a su alrededor y divisa a un par de guardias de Midas, con su inconfundible armadura dorada, en el descansillo de la planta

superior—. ¡Eh, vosotros dos! Bajad ahora mismo y escoltad a la preferida del rey Midas hasta sus aposentos. Vuestro rey tiene asuntos muy importantes que atender y no puede perder su valioso tiempo en cosas tan absurdas y banales como esta.

La cara de Midas está tan roja que, por un momento, parece que vaya a explotar. Se me atraganta una risotada y, aunque logro refrenarla, se me escapa un ruido de ahogo que trato de disimular con un repentino ataque de tos.

Rey y príncipe me miran con el ceño fruncido.

—Lo siento —digo con voz áspera—. Una mota de polvo en la garganta.

Los guardias bajan la escalera a toda prisa, pues saben que a ninguno de los dos les gusta esperar. Midas, en un movimiento tan sutil que nadie, salvo yo, se da cuenta, se coloca a mi lado y me susurra al oído:

—Ve directa a tu habitación.

Agacho la cabeza, interpretando el papel de montura mansa y servil.

—Sí, rey Midas.

Él se queda inmóvil y entorna un pelín los ojos. Tardo un instante en percatarme del porqué. Es la primera vez que me he dirigido a él como «rey Midas» en lugar de «mi rey». Aunque a ojos de los demás pueda parecer una nimiedad insignificante, tanto él como yo sabemos que implica mucho más que eso. Ya no lo considero nada mío.

La llegada de los guardias capta la atención de Midas y aparta esa mirada afilada y penetrante de mí para clavarla en ellos.

—Escoltadla hasta sus aposentos —ordena a los guardias, y después hurga en su bolsillo y saca una llave. Se la entrega a uno de los guardias.

—Sí, majestad.

—Acompañadme, rey Midas. Hay varios temas que me gustaría comentar con vos —dice Niven, y me parece percibir una nota de impaciencia en el tono pretencioso y arrogante del muchacho. Sin esperar respuesta, pasa por delante de nuestras narices y se dirige hacia la sala de reuniones.

Advierto tensión en los hombros de Midas, y, aunque trate de

disimularlo, la profunda arruga que se ha formado entre sus cejas revela su malhumor. Me gustaría saber qué le diría al príncipe si no estuviese enfrascado tejiendo una telaraña política con su hipócrita palabrería y falsas cortesías.

Midas se da media vuelta y alcanza al príncipe Niven, no sin antes lanzarme una última mirada de advertencia. El joven es un parlanchín, pues ni siquiera ha esperado a llegar a la sala para empezar a charlar. Me recuerda a una cotorra. Midas camina a su lado, pero está tan rígido e incómodo que ni siquiera balancea los brazos al andar. Rodean una esquina y desaparecen tras ella. De repente, siento que me he quitado un peso de encima, un peso que hasta ahora no me había dado cuenta de que cargaba.

—Venid, mi señora.

Centro toda mi atención en los guardias de armadura dorada.

—Sí, sí. De acuerdo —digo, y suspiro—. Pero… dadme un segundo.

Todavía apoyada en la barandilla, bajo la cabeza y me miro los pies, como si así pudiera reunir el valor y las fuerzas que necesito para llegar hasta mi habitación. Consigo subir un peldaño. Dos. Sin embargo, después de subir el tercero, las piernas vuelven a temblarme. No quiero rendirme, así que levanto el pie y logro colocarlo sobre el siguiente escalón. Tomo impulso, pero las rodillas me fallan. Todos mis instintos me urgen a quedarme quieta porque, de lo contrario, sé que terminaré rodando escaleras abajo y todo el esfuerzo no habrá servido para nada.

Hago otra pausa y me aferro a la barandilla como si mi vida dependiera de ella. Por el gran Divino, llevo cuatro días utilizando mi poder desde el alba hasta el atardecer, y ya no puedo más. Literalmente.

—¿Mi señora?

—Dadme… solo… un minuto —farfullo, y esta vez, aunque les ruego que me concedan un minuto en lugar de un segundo, en realidad voy a necesitar varias horas.

Intento controlar la respiración para no ahogarme, para no desmayarme. Estoy fatigada y abatida, al borde del colapso. No debería haberme esmerado tanto en cumplir las expectativas de

Midas.

—Debemos escoltaros a vuestros aposentos de inmediato —insiste el guardia.

No recuerdo la última vez que me sentí tan frágil, tan decaída, tan vulnerable. Es algo que me irrita sobremanera y que debo erradicar lo más pronto posible. No quiero ser una mujer débil e indefensa y pusilánime. Tengo que fortalecer mi mente, mi cuerpo y mi magia.

Los guardias están inquietos y empiezan a hablar entre susurros, pero ahora mismo mi mente está divagando, así que no les va a quedar más remedio que esperar. Apoyo la cabeza sobre la barandilla e intento convencer a mi cuerpo de que aún no puede echarse a dormir, de que tiene que realizar un último esfuerzo antes de disfrutar de un merecido descanso, pero no está funcionando.

—¿Jilguero? ¿Qué ocurre?

Abro los ojos al instante.

Aturdida y un poco tambaleante, giro la cabeza hacia la izquierda, pero sin levantarla del pasamanos. ¿Desde cuándo me pesa tanto la cabeza?

—¿Rip?

Se me nubla la visión, como si acabara de adentrarme en un túnel oscuro y tenebroso. Distingo la silueta de Rip en lo alto de la escalera, tan imponente y terrorífica como siempre. Baja los escalones de dos en dos y no puedo evitar fijarme en ese uniforme de cuero negro, un uniforme que se amolda a la perfección a ese cuerpo fornido y musculoso. Es como su segunda piel. Es Rip, el comandante, y no su versión palaciega. No lleva su inseparable casco negro y percibo una especie de bruma negra alrededor de su figura. Es su aura, esa aura tan poderosa, tan magnética. Las púas asoman de sus antebrazos y espalda, afiladas y amenazadoras, y su expresión es tan espeluznante que los guardias dan varios pasos atrás, amedrentados por su imponente presencia.

Al ver que reculan, engurruña esas cejas pobladas y espesas y su aura atraviesa el aire, produciendo un sonido discordante, como una nota desafinada. Una vibración escalofriante, un temblor agudo que hace que me retuerza de dolor.

—Veis al comandante de un ejército de otro reino que se acerca a la preferida de vuestro rey ¿y vuestro jodido primer instinto es acobardaros y retroceder? —pregunta con evidente desdén.

Uau.

Siento un escalofrío por la espalda. La ira que despide su voz es siniestra, estremecedora y espeluznante. Incluso yo contengo el aliento. No me atrevo ni a respirar.

Se coloca delante de los dos soldados, que siguen muertos de miedo. Les saca, como mínimo, una cabeza a ambos. Me alegro de que su mirada, negra como el carbón pero incendiaria como unas brasas incandescentes, esté puesta en los guardias, y no en mí.

—Eh… Eh… Estábamos acompañándola a sus aposentos, eso es todo.

—No estabais haciendo nada. Estabais ahí como un par de inútiles mientras ella está a punto de desmayarse y caerse por las escaleras —les acusa. Está apretando la mandíbula y su expresión es de profundo desprecio, de absoluta repugnancia. Se me acelera el corazón al oír esas palabras, unas palabras que dejan entrever una defensa a ultranza, una protección feroz e implacable, como el gruñido de un lobo alfa.

En estos momentos se podría decir que Rip es la encarnación del horrible monstruo del que tanto había oído hablar. Así lo pintan los rumores que corren por Orea sobre él. Incluso yo estoy un poquito asustada, y sé que jamás me haría ningún daño. Al menos, no físicamente.

—Estoy bien —murmuro, aunque mi voz suena ronca y quebradiza.

Empuja su aura hacia mí, un movimiento que no esperaba y me pilla totalmente por sorpresa. Ahogo un grito al notar que me envuelve, que me acaricia la piel.

—¿Ah, sí? —pregunta Rip, y enarca una ceja. Al hacerlo, la hilera de púas diminutas también se mueve—. Entonces ponte derecha.

—Oh, claro que sí. Ya puestos, también puedo levantar un caballo. O mejor todavía, correr hasta las Tierras Áridas —farfullo.

—Ajá —susurra Rip con aire petulante. Acabo de confirmar sus sospechas.

Se dirige de nuevo a los guardias que, por lo visto, han entrado a formar parte de su lista negra.

—Tenéis suerte de que no sea un enemigo. Tenéis suerte de que mi rey haya firmado una tregua con el vuestro y hayamos forjado una alianza. Sois unos guardianes incompetentes, un par de idiotas a los que no se les puede encomendar ninguna misión importante, pues habéis demostrado que no sois capaces de cuidar de ella ni cinco minutos —gruñe Rip, y en su voz empieza a hervir una rabia desatada, una ira furibunda, una ira que me pone la piel de gallina, que me oprime el pecho—. Marchaos antes de que le cuente a vuestro rey que tiene a dos necios trabajando a su servicio.

Los guardias se quedan boquiabiertos.

—Pero la preferida…

—Yo me ocuparé de acompañarla hasta sus aposentos. Al abrigo de un comandante estará más segura y protegida, desde luego. A diferencia de vosotros dos, yo jamás daría un solo paso atrás ante una potencial amenaza.

Me da un vuelco el corazón y, de repente, se desata un aluvión de emociones en mi interior. Debería estar molesta con Rip por meter las narices en asuntos que no le atañen, por haber intervenido cuando nadie se lo ha pedido, pero debo admitir que estoy… aliviada. Aliviada de saber que está aquí, aliviada de saber que, a su manera, me está defendiendo.

—Si el rey Midas os hubiera visto ahora mismo, plantados como dos pasmarotes mientras su preferida está a punto de desfallecer, convertiría vuestros brazos en dos palos de oro. Pero dejadme que os cuente un secreto —añade, y se inclina hasta quedarse a apenas unos centímetros de sus caras, apuntándoles con las púas afiladas que sobresalen de su antebrazo, como las garras de un águila que va a abalanzarse sobre su presa, mientras las escamas que recubren sus mejillas relucen bajo el suave resplandor de las velas—: Yo os sometería a un castigo mucho mucho peor.

Oigo a uno de los guardias tragar saliva.

—Y ahora largaos de aquí —ladra, y señala las escaleras con la barbilla. No hace falta que diga ni haga nada más. El guardia que

custodiaba la llave se la tira a Rip, que la atrapa al vuelo, y un segundo después, los dos soldados se dan media vuelta y se marchan escopeteados, como si les quemaran las suelas de los pies.

Me quedo a solas con Rip y, mientras nos miramos en silencio, el tiempo parece detenerse. Los segundos se alargan, se extienden entre nosotros como un lago helado.

Noto un nudo en la garganta y, como si me hubiera leído la mente, los ojos del comandante se resbalan por mi cuello. Se me eriza el vello de la nuca y, por un segundo, creo que me está acariciando con la yema de los dedos. Me ruborizo. ¿Por qué de repente tengo la impresión de que mi corazón es un cervatillo que, curioso, asoma la cabeza por detrás de un arbusto sin hojas? Me siento como una presa a la que ya han cazado, una presa capturada por una bestia que no le ha clavado colmillos, ni tampoco garras, sino púas. Espinas punzantes que permanecían ocultas entre la maleza y las zarzas. Espinas que se han clavado en mi corazón y que ahora están manchadas de mi sangre.

No hay lugar a confusiones, ni a errores, ni a equívocos. Ahora mismo, en este estado de máxima fragilidad y vulnerabilidad, las verdades salen a la luz y no hay forma de disfrazarlas. Me siento totalmente desnuda.

Da igual las veces que intente engañarme a mí misma. Da igual las veces que intente desterrarlo de mi mente. La verdad está en el rubor de mi piel, en el dolor que me oprime el pecho.

Este hombre de mirada insondable ya me ha atrapado. Me ha cazado.

Me tranquiliza saber que es Rip.

—Comandante…

15

Auren

He perdido la noción del tiempo. El clásico tictac ahora está marcado por el ritmo de mis latidos, un ritmo que, por lo visto, baila al compás del palpitar que advierto en su cuello.

Aunque seguimos en la majestuosa entrada principal del castillo, con una bóveda hermosa compuesta por varios travesaños blancos que se cruzan entre sí, como las tiras de cuero que adornan el pecho de su uniforme, tengo la sensación de estar en una estancia diminuta, una estancia que cada vez parece más y más estrecha.

Rip no me ha quitado ojo de encima desde que se han marchado los guardias. Sigo tendida sobre la barandilla de la escalera y, de no ser porque estoy al borde del desfallecimiento, trataría de disimular lo frágil e indefensa que me siento ahora mismo. Pero estoy tan cansada que no puedo pensar con claridad. De hecho, ni siquiera puedo pensar. Así que no me molesto ni en fingir. Tiro todos mis tapujos y falsas apariencias por esa ventana cubierta de escarcha y me muestro tal y como estoy, tal y como soy.

—¿Estás bien? —pregunta en voz baja. Esta vez utiliza un tono distinto. Muy distinto al que ha usado con los guardias. El sonido de esa voz suave y aterciopelada envuelve mi cuerpo, como la bruma nocturna envuelve un estanque iluminado por la luz de las estrellas.

—¿Bien? Estoy genial. Perfecta. Nunca he estado mejor —respondo con una buena dosis de sarcasmo, aunque apenas soy capaz de articular las palabras. A duras penas logro mascullarlas.

Rip estrecha los ojos.

—¿Estás borracha?

—Borracha de poder.

Por si la situación no fuese lo bastante bochornosa, de repente

escupo un resoplido ensordecedor, un gruñido que retumba en esa inmensa escalinata, y empiezo a reírme de mi propia broma, pese a ser pésima. Y un segundo después, al darme cuenta de que Rip me mira con el ceño fruncido, claramente confundido, sufro otro ataque de risa. Todo mi cuerpo se sacude de lo que, a primera vista, parece júbilo y alegría, pero en realidad es histerismo, desesperación, impotencia. Ahora sí que no voy a poder ponerme derecha. Sí. He tocado fondo. He perdido la cordura. Mi sentido común y mi buen juicio se han agotado y desvanecido, igual que mi magia.

Rip estira la comisura de los labios en un gesto de diversión y, por segunda vez, el corazón vuelve a darme un vuelco. La marea ahoga las carcajadas, las silencia, y ese arrebato de nerviosismo termina secándose, como la arena de la orilla, una arena que las olas del mar han abandonado.

Sentimientos encontrados, deseos encontrados. Una parte de mí querría alejarse de él, pero otra parte de mí anhela justo lo contrario.

Una mala idea. Mala. Pésima. Terrible.

Sin embargo, el cansancio me impide fingir y ya no me quedan fuerzas para seguir maquillando la realidad. Lo único que quiero es respirar. Necesito dejar de maquinar, dejar de aparentar ser la montura dócil y obediente, dejar de preocuparme y, durante un momento, por breve y efímero que sea, mostrarme tal y como soy, tal y como me siento. Me estoy adentrando en un terreno pantanoso, zambulléndome en unas aguas traicioneras a sabiendas de que no soy buena nadadora, pero me da lo mismo.

Empiezo a inquietarme y, de repente, echo un fugaz vistazo a mi alrededor en busca de una distracción. Tengo los nervios a flor de piel y necesito hacer algo, cualquier cosa, para así no caer en la tentación de acercarme a Rip. Ahora mismo, no confío en mí misma.

—Debo volver a mi habitación —musito, e intento sonar contundente y disimular los nervios y ese afán por huir de allí.

Me pongo derecha de golpe y hago el ademán de subir un escalón, pero entonces me invade una sensación de vértigo y las piernas me fallan. Es como si ya no fuesen de carne y hueso, sino de gelatina. Mi pie patina al tocar la mullida alfombra púrpura que reviste los

escalones, como si, por arte de magia, se hubiese convertido en un bloque de hielo resbaladizo, y una burbuja de preocupación explota en mi boca al mismo tiempo que, finalmente, las rodillas no aguantan más y ceden bajo mi peso.

Y cuando estoy a punto de desplomarme y rodar por esa larguísima escalera, Rip me rodea con los brazos, unos brazos tan fuertes que parecen de acero, y me levanta en volandas, evitando así una desgracia. Justo a tiempo.

Levanto la cabeza y le miro con los ojos como platos.

—Me he resbalado.

Se le escapa una risita por lo bajo, un sonido risueño y refrescante que me recuerda al ruido de un riachuelo bañando guijarros que el paso del tiempo y el agua han ido puliendo.

—Ya me he dado cuenta —contesta, repitiendo así una conversación que mantuvimos hace tiempo, cuando nos escabullimos del campamento y, sin pretenderlo, nos encontramos bajo una luna de luto azul, a orillas de un mar ártico.

Por aquel entonces las cosas parecían más sencillas.

Las púas de sus antebrazos han desaparecido de un plumazo. Se han hundido en su piel para no rasgarme. A pesar de ese repentino vahído, noto sus brazos sosteniendo mi cuerpo. Rip no titubea en ningún momento y siento que me sujeta sin reservas, sin dudas, como si pudiera abrazarme para toda la eternidad, como si estuviese dispuesto a no soltarme jamás.

«¿Por qué me entran ganas de llorar?».

—Me has salvado —digo, aunque mi voz suena más bien como un susurro, el sonido de una pregunta tácita que queda flotando en el aire.

Él inclina la barbilla y la penumbra que habita en sus ojos me cautiva y me envuelve, como una nube puede ensombrecer un día soleado.

—Te salvaré siempre que lo necesites, Jilguero.

Vuelvo a marearme, pero esta vez por un motivo totalmente distinto. Aparto la mirada de esa negrura envolvente. El corazón parece estar saltando y dando volteretas bajo mi pecho, como una

bandada de pájaros traviesos y juguetones y alborotados que dibujan círculos en el cielo.

—Mierda —balbuceo al darme cuenta de un descuido imperdonable —. No deberías tocarme.

Los músculos de sus brazos se tensan, pero su expresión es indescifrable. Y en ese instante empieza a subir las escaleras.

—¿Porque a tu Rey Dorado no le va a gustar?

Niego con la cabeza.

—No, no es por eso, es… Escúchame, ¿podrías dejarme de nuevo en el suelo?

—¿Y dejar que te caigas? No.

Tengo los nervios a flor de piel. Incluso mis cintas están retorciéndose, intranquilas. Empiezan a tirar, a tratar de desanudar los lazos que las sujetan a mi espalda. Noto ese pecho abultado y fornido bajo mi brazo mientras él me sostiene con firmeza y, de repente, mi sexto sentido se despierta y me asalta una duda. ¿Cómo voy a distanciarme emocionalmente de Rip cuando estoy acurrucada entre sus brazos?

—Podría haberte dorado. Podría haberte convertido en una estatua de oro —tartamudeo en voz baja, y se me sonrojan las mejillas.

—¿Seguro que no estás borracha? —responde él con una sonrisa seductora.

Por el gran Divino, cuando me mira así, cuando dibuja esa sonrisa misteriosa y sutil, todo su rostro se transforma. Es un guerrero muy atractivo de mirada irresistible y belleza trascendental, y, para qué engañarnos, me gusta mucho estar entre sus brazos. Me gusta demasiado. Me fascina.

Me humedezco los labios, un gesto que no le pasa desapercibido. Al ver que clava la mirada en mi boca, los nervios vuelven a aflorar en mi estómago.

—No, no estoy borracha, aunque no negaré que ahora mismo me encantaría estarlo.

Agranda esa sonrisa arrebatadora y, de forma inconsciente, yo también sonrío. Las comisuras de mis labios se estiran, como si estuvieran deseosas por bailar con las suyas.

—Pero podría haberte convertido en una estatua de oro —repito—. Y entonces no serías más que un elemento decorativo atrapado para siempre en esta escalinata. Además, siento decirte que el dorado no es tu color, comandante.

—Debo discrepar. El dorado es mi nuevo color preferido.

Me quedo boquiabierta. Esa respuesta me deja sin palabras. Estoy tan pasmada, tan embobada, que ni siquiera soy capaz de pestañear. Pero el agotamiento no me da tregua y me lanza otro hechizo en forma de vahído. Siento que voy a desfallecer en su abrazo.

—Uf.

Rip me estrecha entre sus brazos, y tengo que hacer un esfuerzo hercúleo para mantener el cuello recto y no desnucarme.

—Eres como un saco de algodón.

Apoyo la cabeza sobre ese pecho robusto y atlético.

—Y tú eres como un saco de hormigón —replico.

Una risa enigmática escapa de sus labios.

—No tienes ni idea.

No puedo evitar ruborizarme ante esa sonrisa tan arrebatadora, una sonrisa que destila satisfacción. Al sonreír, se le forman unos pliegues en las mejillas y esa ristra de escamas iridiscentes se eleva ligeramente. Es, sin lugar a dudas, la sonrisa más cautivadora e hipnótica que jamás he visto.

Rip está… coqueteando conmigo. Y, teniendo en cuenta que mi corazón late a un ritmo vertiginoso, no puedo negar que me gusta. Mucho.

Este deseo prohibido me hace sentir otra clase de libertad; en cierto modo, es como si estuviese cruzando la frontera de un territorio nuevo, desconocido. Ojalá las cosas fueran distintas. Ojalá nos hubiésemos conocido en otras circunstancias. Ojalá el rey Ravinger y Midas y todas las mentiras y verdades a medias no se interpusieran entre nosotros, no nos barraran el paso, no nos hiciesen el camino totalmente impracticable…, porque creo que me habría encantado recorrerlo con él de la mano.

¿Cómo sería mi vida ahora si hubiese sido sincero desde el principio, si me hubiera revelado quién era en realidad? ¿Si no

hubiese tenido la impresión de que estaba siguiendo los pasos de Midas, si no hubiese creído que trataba de engañarme con viles artimañas y manipulaciones?

La rabia me asedia de nuevo, pero no estoy enfadada con él, sino con esa red malvada que nos tiene atrapados, que nos impide movernos con total libertad. Siento que me han robado. Que me han robado algo… algo que podría haber sido mío.

Se me hace un nudo en la garganta y por mucho que trate de deshacerlo, de engullirlo, no logro deshacerme de él.

—No deberías tocarme —confieso, aunque mis manos, enfundadas en sus guantes, parecen decir justo lo contrario. Reptan por esos brazos fuertes hasta llegar a sus hombros—. Soy peligrosa.

Por lo visto, a Rip le divierte el comentario porque, al oír esa última palabra, su mirada impenetrable y misteriosa se ilumina y advierto las arrugas de una sonrisa alrededor de sus ojos. Esa expresión risueña y jovial le hace parecer mucho más joven, mucho menos hosco y huraño.

—Eso parece.

Le disparo una mirada afilada, pero el gesto, que pretendía desalentarle, le divierte todavía más.

—*Soy* peligrosa —insisto, aunque en el lamentable estado en el que me encuentro tal aseveración puede parecer poco creíble, incluso ridícula—. A ver…, quizá ahora mismo no porque estoy agotada. Ah, y tampoco por la noche, puesto que mi poder solo funciona a plena luz del día, y no…

—Espera, ¿tu poder solo funciona durante el día? Me lo imaginaba.

Aprieto los labios y, en silencio, me reprendo por haberle desvelado otra verdad. Ya es demasiado tarde. Sabía que no podía confiar en mí misma. Estaba segura de que no podría ocultar mis emociones, pero no imaginaba que tampoco sería capaz de mantener mis secretos a salvo. Aunque, pensándolo bien, Rip ya conoce algunos de mis secretos más íntimos y no me ha traicionado. Todavía.

Una bola de inquietud empieza a rodar por mis entrañas.

—¿Vas a utilizar esa información contra mí?

Sin dejar de caminar, Rip baja la cabeza y me mira. Su aura, que no

deja de revolverse a su alrededor como una nube oscura, densa y melosa, parece palpitar, como si tuviese vida propia.

Luce una barba más poblada, más espesa, más densa, y no esa barba desarreglada que se repasa cada dos o tres días. La imagen me traslada al día en que lo conocí. Unos mechones color azabache le acarician esa mandíbula pálida y angulosa, y me entran ganas de alargar la mano y enredar mis dedos entre ellos, solo para saber qué tacto tienen. ¿Serán ásperos, igual que él? ¿O serán tan suaves y sedosos como parecen a simple vista?

Pese a caminar con paso rápido y ligero, no siento que mi cuerpo se tambalee entre sus brazos. Se mueve con una fluidez y elegancia asombrosas, algo que, desde luego, no esperarías de un tipo con un aspecto tan brutal, tan despiadado, tan aterrador. Rip siempre ha sido así de imprevisible. Y lo vuelve a demostrar cuando dice:

—No pretendo aprovecharme de ti, Jilguero. Nunca lo he hecho, y nunca lo haré.

Durante unos instantes, no soy capaz de articular palabra. Me agarro un pelín más fuerte de sus hombros, como si así pudiera calmar los nervios.

—¿Sabes? Quiero creerte. Aunque sé que no debería.

Por fin noto que esos músculos abultados se relajan, aunque solo un poco.

—Deberías creerme.

Una de mis cintas logra desanudar el lazo que la sujetaba a mi espalda y, sin pedir permiso, se enrosca alrededor de su brazo. La expresión de Rip es de completa satisfacción.

—Por lo visto, a tus cintas les caigo bien.

—A ver, no tienen cerebro, así que…

La risa más sincera y alegre y profunda que jamás he oído retumba en su pecho y me envuelve en un manto de júbilo, de felicidad. Abrazo ese sonido, intento grabarlo a fuego en mi memoria para no olvidarlo nunca. Si pudiese, me enterraría en él.

Peligroso. Sé que esto es peligroso. Estar tan cerca de él, sobre todo porque estoy frágil, sensible, vulnerable. Todas mis defensas se han desmoronado y los muros se han derrumbado. Maldita sea, y necesito

esos muros para protegerme, para no caerme sobre él.

Una vez más, la razón vence al corazón y, en contra de mi verdadera voluntad, me obligo a despegar la mirada, a romper esa conexión tan embriagadora, y retiro mi cinta de satén dorado de su brazo y la repliego tras mi espalda.

En el momento en que me aparto de él, en que pongo un poco de distancia, oigo que suelta un suspiro y, bajo mi hombro, noto el vaivén de su pecho, un vaivén que denota decepción y una pizca de desilusión.

—¿Dónde están tus aposentos?

Sé que necesita saberlo para poder llevarme a mi habitación, pero, por extraño que pueda parecer, me da vergüenza decírselo. No entiendo el porqué de esa repentina timidez.

Rip, que enseguida percibe mi inquietud, mi vacilación, añade:

—Los míos están en esta planta, pero en el otro extremo del pasadizo. La puerta tiene grabados unos copos de nieve.

Finjo no retener esa información.

—Al fondo de este pasillo hay una escalera. Súbela. Están justo delante de la alcoba de Midas.

Ya casi hemos llegado. Ya falta poco. Dentro de un minuto podré encerrarme en mi habitación y esconderme de Rip, y de su aura.

—Hmm.

Levanto la mirada.

—¿A qué viene ese «hmm»?

Rip ignora mi pregunta y, con esos andares firmes y seguros, se dirige hacia mis aposentos.

—¿Por qué se ha agotado tu poder? —pregunta.

Siempre terminamos con ese tira y afloja, lanzándonos preguntas que, casi siempre, quedan suspendidas en el aire porque ninguno de los dos se atreve a contestar.

Los músculos de su pecho se ponen rígidos, pero la camisa de cuero que lleva es elástica y mucho más suave de lo que habría imaginado.

—Porque he usado tanta magia que, al final, se ha consumido —respondo en voz baja.

—¿Midas te ha forzado a llegar a ese punto?

—Es el Rey Dorado, tiene una reputación que mantener —digo, y no puedo contener la nota de amargura en mi voz.

Rip se percata del sabor amargo de mis palabras y aprieta tanto la mandíbula que incluso oigo el rechinar de sus dientes.

—No deberías permitirle que utilizara tu poder.

Ese tono moralista y justiciero me pone tensa.

—Tú no lo entiendes —replico, y en mi mente aparece la imagen de Digby—. Tengo que hacerlo.

—No tienes que hacer nada —rebate él. Su aura palpita de nuevo, pero esta vez la vibración es errática, casi histérica. Está molesto, enfadado incluso. Pues bien, ya somos dos. Sé muy bien lo que me traigo entre manos, y esta puesta en escena es más que necesaria.

Mientras subimos los últimos peldaños de la escalera, pienso en lo que puede parecer, en todo lo que está en juego.

—Ya casi hemos llegado. Deberías dejarme en el suelo antes de que los guardias nos vean.

Siento que me abofetea con la mirada, que ahora se ha vuelto letal e inexorable.

—Los guardias de Midas me importan una mierda.

Escupe cada palabra con asco y repulsión, como si un veneno pernicioso estuviera rebosando de su boca. Esa respuesta me deja totalmente sorprendida.

—Rip…

—Ya lo hemos hablado antes. Ni siquiera te quedan fuerzas para mantenerte en pie, Auren. No pienso dejarte en el suelo —contesta, y esta vez su voz suena inflexible y áspera, como cuando arañas un peñasco rugoso—. Me da igual que Midas se entere de que he tocado a su preferida. De hecho, pensándolo bien, espero que alguien le vaya con el cuento hoy mismo.

Suelto un suspiro de exasperación ante tal alarde de testarudez.

—No es solo por Midas. He cometido el error de hacerte creer que me puedes tocar —explico en voz baja, aunque no me atrevo a mirarle a los ojos. ¿Y si no hubiese anochecido? Un roce. Una mera caricia con la yema de los dedos bastaría para convertirlo en una escultura dorada. Me aterroriza pensar en las consecuencias que conllevaría un

error de esa magnitud—. Ha sido muy egoísta por mi parte. Pero por tu propio bien, debes soltarme.

Y, de repente, se detiene en lo alto de la escalera, balancea mi cuerpo hacia un lado y me sienta sobre el pasamanos del descansillo, de manera que mi cuerpo queda frente al suyo. Un poco aturdida, me agarro de la barandilla para mantener el centro de gravedad y no caerme de espaldas por el hueco de la escalera. Aunque no hace falta porque en una décima de segundo él me rodea la cintura con los brazos para evitar que pierda el equilibrio.

Haciendo gala de su atrevimiento y osadía, desliza una mano hasta la base de mi cabeza, me rodea la nuca con los dedos y, aunque apenas noto la presión, un estremecimiento me recorre toda la espalda. Contengo la respiración cuando él me inclina la cabeza hacia la suya y se coloca delante de mí. Apenas nos separan un puñado de milímetros. Ocupa todo mi campo visual, y sé que lo hace a conciencia. Solo le veo a él, solo existe él.

—¿Mi propio bien? —La pregunta suena como un rugido grave y profundo, un gruñido que parecía estar atrapado en la red de escamas que bordea su pómulo. Su voz está justo aquí, está tan cerca que incluso la noto tocándome los labios, como si me hubiera acariciado con la punta de la lengua. Su voz retumba en mis oídos y se aposenta en mi pecho. Me despierta los cinco sentidos y todo mi cuerpo está alerta.

Mis cintas están inmóviles, igual que yo. Son las serpientes que el encantador ha hechizado con la melodía de su flauta.

—S-sí.

La intensidad de su mirada enciende un fuego en mis entrañas.

—Mi propio bien estaba aprisionada en un barco pirata, con un aura resplandeciente, un aura que brillaba como un lucero en mitad de las Tierras Áridas —contesta él con voz ronca. Me da la sensación de que su voz es un huso de hilar y yo, la madeja con que está tejiendo un tapiz—. Mi propio bien estaba encogida de miedo ante una panda de hombres que no eran nada. Joder, no eran nada a su lado.

No me acuerdo ni de respirar. Estoy tan asombrada, tan petrificada, que lo único que puedo hacer es mirarle.

—Mi propio bien me odiaba, me desafiaba, discutía cada uno de mis consejos, de mis decisiones, pero me daba lo mismo porque veía que, poco a poco, iba saliendo del cascarón, iba rompiendo capa a capa el férreo muro que ella misma había construido a su alrededor. Verla renacer de sus cenizas era un espectáculo impresionante. —Y entonces levanta un solo dedo—. Conseguí tocarla en una sola ocasión, como quien prueba un bocado de un exquisito manjar. Quizá fuese un gesto egoísta, pero no me negarás que tú no lo sentiste, Auren.

No puedo pestañear.

No puedo pensar.

—¿Qué… qué estás diciendo? —jadeo. Mi pecho oscila entre resuellos, como las olas ondulantes de un mar incierto.

Creo que voy a ahogarme en las profundidades de su insondable mirada.

Oigo que le crujen los huesos de la mandíbula, como si mi incertidumbre le exasperara, le sacara de sus casillas.

—Estoy diciendo que tú eres mi propio bien. Y por ti, te ofrecí una elección, una alternativa, pero tú lo elegiste a él.

Una tormenta se arremolina en mi cabeza. Una colección de nubarrones grisáceos y siniestros me nublan la mente mientras los truenos retumban en mi corazón y la lluvia amenaza con derramarse por mis mejillas.

«Pero tú lo elegiste a él».

—Rip…

—Si tienes que elegir, siempre lo elegirás a él. Eso fue lo que me dijiste.

Me estremezco al oír mis propias palabras, palabras que él me echa en cara, y siento que un aluvión turbulento inunda y desborda el dique de mi muro, que ya ha empezado a agrietarse, a desmoronarse.

—¿Sigues pensando lo mismo? —pregunta, aunque suena como un ruego desesperado.

Una cascada de lágrimas está a punto de brotar de mis párpados. Mis ojos dorados se pierden en las oscuras profundidades de los suyos. Noto el cosquilleo de la primera lágrima deslizándose por mi mejilla. Ha logrado zafarse de mi determinación, que ya ha empezado a hacer

aguas. Pero cuando abro la boca para responderle, se me atragantan las palabras.

Rip se mueve, y yo me muevo con él, como el viento y la lluvia se mueven en tándem, en perfecta armonía. Giro el cuerpo y él se coloca entre mis piernas; todavía estoy sentada sobre el pasamanos, con una mano apoyada en la barandilla para poder sujetarme, para no precipitarme al vacío.

El pulgar de Rip me sujeta la nuca con firmeza y siento sus dedos hundiéndose entre los mechones de mi pelo.

Cuando su boca se acerca, cuando me seca la lágrima que se resbala por mi mejilla con los labios, me olvido de respirar. Rip se embriaga de mi desazón, de esa ansiedad que me hostiga y que me paraliza, como si deseara tomar un sorbo de mi alma.

Y no voy a impedírselo porque en el fondo quiero que lo haga.

Nuestros cuerpos se buscan, atraídos por un irresistible magnetismo, y cada vez están más y más cerca. Nos dejamos llevar y actuamos como si no estuviésemos en el castillo de Rocablanca, donde cualquier súbdito o doncella podría vernos, sino en una burbuja privada, un lugar creado por nosotros mismos, un lugar donde solo existimos Rip y yo, nadie más.

Sus labios sobrevuelan mi pómulo hasta rozar el lóbulo de mi oreja, y la cálida brisa de su aliento me eriza la piel, una piel sensible y ávida de mimos. Me aferro a la barandilla, esta vez con las dos manos. No me atrevo a moverme, no con sus caderas aprisionadas entre mis muslos, no cuando lo único que quiero es girar la cabeza y fundirme en esa boca, en ese beso.

—Una verdad a cambio de una verdad —murmura, y su voz es como una tierna caricia sobre mi piel.

—O guardar un secreto a cambio de un secreto —termino yo.

Una lengua húmeda y ardiente, una lengua que aún mantiene el sabor salado de mi lágrima, se escapa de su boca, y tengo que reprimir un gemido de placer. Me llena el cuello de suaves pero seductores mordiscos, y ladeo un poco más la cabeza en una peligrosa invitación.

Desliza la mano por el cuello, una deliciosa carantoña que no quiero que acabe nunca, hasta la mandíbula, y la sujeta como si estuviera a

punto de beberse un elixir directamente de mis labios.

—Dime, Auren.

El miedo se instala en mi mirada y despeja esa bruma de lujuria desenfrenada. Ese temor me acelera el corazón y, de repente, se me seca la boca. Ha musitado una sola palabra, una palabra sencilla y simple, pero me está pidiendo todo. Si sucumbo, si expreso mis deseos en voz alta, no habrá vuelta atrás.

Es un hombre. Un rey. Un ser feérico con secretos, con planes. No quiero cometer el mismo error, y me aterroriza que me rompan el corazón otra vez.

Un susurro atormentado rompe ese silencio mientras sacudo la cabeza.

—No puedo.

La desilusión nos inunda a los dos.

Nos miramos en silencio durante un buen rato, anegados de un arrepentimiento sombrío y melancólico.

De repente, Rip se aparta y el hechizo se rompe. Me quedo balanceándome sobre la barandilla, como un barco que surca a la deriva, sin un ancla que lo ancore.

—Vayamos a tu habitación —dice.

Asiento porque es lo único que soy capaz de hacer. No quiero mirarle a los ojos por miedo a lo que pueda ver en ellos.

En lo que dura un respiro, su calidez, su ternura y todos esos íntimos arrumacos desaparecen. La franqueza con que hemos hablado y la dulzura con que nos hemos tocado se desvanecen de un plumazo y, en su lugar, se aposenta la indiferencia, una frialdad tan remota que parece que, de golpe y porrazo, nos separe todo un mundo.

Y la distancia es agonizante.

16

Auren

Rip me agarra de la cintura y me baja de la barandilla. Sin embargo, ya no me sujeta con la delicadeza de antes. Algo ha cambiado en él. Ahora, cualquier contacto físico es frío, tímido, cohibido. Lo detesto.

Y detesto detestarlo.

Odio que sea tan difícil. Tan confuso. Tan aterrador. El labio inferior empieza a temblequearme, y lo muerdo para evitar romper a llorar.

Los remordimientos afloran en la boca de mi estómago, virulentos y onerosos y desagradables. Pero estoy demasiado asustada. Este constante tira y afloja me aterra, y debo reconocer que mi mayor miedo es equivocarme, elegir mal. Sus palabras y caricias han desatado un clamor, un fragor tan ensordecedor que no puedo pensar con claridad.

Rip no es Midas, eso lo sé. Hasta el momento, nunca me ha utilizado, ni una sola vez, ni siquiera cuando se lo he puesto fácil, ni siquiera cuando podría haberse beneficiado. Así que tal vez, en el fondo, estoy luchando contra esa idea, contra ese miedo de que me haga daño y me parta el corazón, igual que hizo Midas. Y en ese preciso instante, me oigo a mí misma admitir en voz alta:

—No le elijo a él. Ya no. Ahora me elijo a mí.

Los andares confiados, inalterables y sólidos de Rip se tambalean durante una fracción de segundo. Una zancada incierta, indecisa. Un solo paso titubeante de su bota sobre la alfombra del larguísimo pasillo. Percibo esa breve pausa en su caminar en cuanto pronuncio las palabras. Es como si se le hubiesen quedado pegadas a las suelas, pero enseguida retoma el ritmo, ese ritmo seguro y firme, y al no escuchar una respuesta empiezo a preguntarme si quizá me lo haya

imaginado.

Llegamos a la puerta de mis aposentos demasiado pronto, o tal vez después de demasiado tiempo. Scofield está ahí, junto con otro guardia que no reconozco.

—¿Mi señora? —pregunta con unos ojos tan abiertos que parece que se le vayan a salir de las órbitas—. ¿Qué…?

—Lady Auren ha tenido un pequeño traspié en la escalera —explica Rip—. Voy a llevarla hasta su alcoba.

Scofield abre la boca para decirme algo, pero Rip introduce la llave en la cerradura y, sin perder un solo segundo, entra en la habitación. Ha ocurrido todo tan rápido que los guardias no han tenido tiempo de reaccionar. Tras cerrar la puerta de una patada, echa un rápido vistazo a la habitación, sumida en la penumbra y con el fuego que arde en la chimenea a punto de extinguirse.

—¿Dónde quieres que te deje?

Su tono de voz es tan indiferente, tan frío, que se me encoge el corazón.

—En el balcón. Por favor.

Necesito que me dé un poco el aire. Necesito respirar el aire gélido y vigorizante de la noche y llenar los pulmones con algo, cualquier cosa, menos la calidez que desprende el pecho de Rip. Quizá el frescor nocturno me ayude a disipar el enjambre de emociones que revolotea bajo mi piel.

Asiente y, sin decir nada más, cruza la habitación y, al pasar junto a la cama, coge un cojín y una manta. Abre el inmenso ventanal del balcón y deja caer el cojín sobre la silla antes de sentarme justo ahí. Me envuelve con la manta, pero ni el edredón más grueso de toda Orea podría mitigar el frío que siento en cuanto Rip deja de tocarme.

Separo los labios para decir algo, cualquier cosa, para tratar de reducir los kilómetros que ahora mismo nos separan, pero él ya se ha dado la vuelta, ya ha salido del balcón y está atravesando de nuevo la habitación para marcharse sin dignarse a decir adiós. Supongo que no merezco sus palabras de despedida.

Aún con la respiración entrecortada y temblorosa, aparto la mirada del ventanal, me acomodo en la silla y me ajusto esa manta suave y

aterciopelada a mi alrededor mientras me repito una y otra vez que es lo mejor. Para ambos.

Poco a poco, mi cuerpo, todavía agitado y candente del encuentro con Rip, va enfriándose y las gotas de sudor tórrido empiezan a secarse sobre mi piel bruñida y reluciente. Pero ni en el inhóspito y gélido silencio del balcón es capaz de apaciguar mis pensamientos, de aquietar la vorágine de emociones.

No dejo de reproducir cada exquisito segundo que hemos compartido en el descansillo de la escalera, cuando me tenía agarrada por la cintura. Todavía siento la caricia de sus labios en el cuello, la robustez de sus brazos mientras me llevaba en volandas hasta mis aposentos, el vaivén de su pecho bajo mi mejilla. ¿Cómo es posible que me pueda sentir tan segura en sus brazos y, al mismo tiempo, tan en peligro?

Pese a que mi cuerpo estuviese cansado, ese íntimo acercamiento con Rip me ha dejado con un zumbido en la cabeza que no parece que vaya a enmudecer nunca.

Todo lo que ha dicho…

«Mi propio bien». ¿Cómo diablos puedo ser el bien de alguien cuando me siento tan mal?

Otra lágrima errante rueda por mi mejilla, pero ni me molesto en secarla. Me cubro parte de la cabeza con la manta, como si fuese una capucha, me recuesto en el respaldo de la silla y cierro los ojos al frío.

No sé cuánto tiempo llevo ahí sentada, al abrigo de una manta y de una noche cada vez más oscura y taciturna, pero cuando el eco de unas botas me despierta de mi contemplación agónica y abro los ojos, descubro que el cielo se ha convertido en un lienzo pintado de negro. No vislumbro ni una sola estrella.

Me vuelvo y enseguida reconozco la silueta de Rip alumbrada por las llamas, unas llamas que él mismo ha debido de avivar para templar la habitación. Es curioso porque no le había oído hasta ahora. De hecho, creía que se había marchado. Se acerca al balcón con una bandeja de comida en la mano, la deja sobre la mesita de hierro forjado que hay junto a la silla y de inmediato me embriaga el delicioso aroma de panecillos de azúcar.

—¿Me has traído comida?

—Un criado ha dejado la bandeja en la puerta —explica con tono cauteloso—. Deberías comer algo. Quizá te ayude a recuperar tu poder.

Se me hace la boca agua con solo ver esos bollitos dulces y esponjosos y, sin pensármelo dos veces, me incorporo y retiro un poco la manta para poder mover los brazos.

—Estoy muerta de hambre —admito, y le lanzo una mirada tímida que trata de esconderse tras mis pestañas—. Gracias.

Baja la cabeza y se da media vuelta, esta vez dispuesto a marcharse, a retirarse a su habitación, y, guiada por el instinto, o quizá por la insensatez, le agarro del brazo. No sé por qué lo he hecho. No sé cómo he tenido agallas de hacerlo. Pero lo he hecho. Los dos clavamos la mirada en mis dedos enguantados que, por voluntad propia, se han enroscado alrededor de su muñeca. No sé a quién de los dos le ha asombrado más ese súbito e inesperado gesto.

Le suelto enseguida y al instante me invade una sensación de sofoco.

—Lo siento, no pretendía… —Me aclaro la garganta antes de continuar—. En fin, yo solo quería… ¿Te apetece quedarte a cenar conmigo?

Vulnerable. La pregunta es muy vulnerable.

A lo mejor toda mi prudencia y sentido común se hayan drenado por las palmas de mis manos, junto con las hebras de oro líquido, pero no quiero que se vaya. En mi interior ya se había abierto una brecha oscura, una sima profunda y vacía, una caverna donde solo habita la soledad y que se ha hecho *mucho* más grande en el momento en que le he negado la verdad.

Rip me mira fijamente, pero no dice nada. La vergüenza trepa por mi cuerpo y me da la impresión de que miles de hormigas corretean por mi piel. Me pica cada centímetro de la piel. Lo que acabo de hacer no es justo para ninguno de los dos.

Debería haberme mantenido fuerte y firme, igual que hice con Midas. Quiero hacerlo. Lo he intentado. Entonces, ¿por qué no puedo odiarle, igual que odio a Midas? Así todo sería mucho más fácil.

A juzgar por su silencio, intuyo que le he puesto en un compromiso, que se siente entre la espada y la pared, y tengo la corazonada de que va a rechazar la invitación, de que va a cerrarse en banda y a mantener esa distancia insalvable que ahora mismo nos separa, tal y como he hecho yo con él cuando estábamos en la escalera. Así que decido adelantarme a los acontecimientos y ponérselo fácil.

—No importa. Gracias por traerme hasta aquí.

Él me observa con detenimiento y, en la oscuridad de la noche, su expresión permanece indescifrable.

—En serio —añado, esta vez más nerviosa—. No te sientas obligado a quedarte conmigo solo porque te lo he pedido. De todas formas, creo que es mala idea. Tengo una resaca mágica, y después de ese momento en la barandilla… —empiezo, pero no soy capaz de terminar la frase. El bochorno parece haberme robado la voz—. En fin. Todavía estoy furiosa contigo por haberme mentido, por si no te habías dado cuenta, y es obvio que ahora tú estás enfadado conmigo, así que lo mejor será que te vayas.

Él niega con la cabeza y, durante un instante, contempla el cielo, como si allí, en la inmensidad nocturna, en ese cielo sin estrellas centelleantes, pudiera hallar algo de paciencia. Suelta un profundo y largo suspiro, por lo que presiento que ha encontrado lo que andaba buscando, y dice:

—En fin, ¿cómo rechazar una invitación tan tentadora?

Y, para mi sorpresa, se acomoda en la silla que hay junto a la mía. No sé si estoy asustada o aliviada.

Le observo por el rabillo del ojo mientras empezamos a comer los panecillos que hay en la bandeja. Movemos las manos con cuidado para evitar cualquier clase de roce casual y, de hecho, ni siquiera dejamos que nuestros dedos se acerquen en lo más mínimo. Tengo los nervios a flor de piel y juraría que Rip no deja de mirarme el cuello, de seguir el sendero que ha recorrido con sus labios.

Definitivamente, ha sido una idea malísima.

Pasan varios minutos y el silencio que nos envuelve empieza a pesar, a resultar abrumador, incluso insoportable. Lo noto en nuestros hombros, rígidos y tensos, y también en nuestras manos, inquietas e

inseguras. Pero poco a poco el peso del silencio empieza a disiparse y, en su lugar, aparece algo mucho más tolerable, algo más familiar. Por un momento me parece que estamos en el campamento del ejército, compartiendo la quietud que reinaba en nuestra tienda.

Devoro dos rollitos de azúcar, un poco de jamón glaseado con miel y fruta bañada en sirope de cereza. He descubierto que en Rocablanca toda la comida suele ser dulce y pegajosa, aunque en estos momentos me da lo mismo, porque cada vez que me chupo los dedos noto la mirada de Rip clavada en ellos.

Nos zampamos toda la bandeja sin cruzar una sola palabra, y no dejamos ni las migas. La cena me ha sentado de maravilla y ya no tengo la sensación de que vaya a desmayarme en cualquier momento. Con un tazón de aguamiel humeante entre las manos, me recuesto en la silla y exhalo un suspiro. Y entonces empieza a nevar. Los copos de nieve se desprenden de las nubes y caen como motas de confeti sobre un suelo que lentamente se va transformando en un extenso pergamino.

La imagen es como un bálsamo reconfortante.

Levanto los ojos del tazón y dejo que la nieve se pose en mis pestañas. Y cuando me giro para mirar a Rip, le sorprendo contemplándome fijamente, sin pestañear.

—¿Así que sigues enfadada conmigo? —pregunta con una pizca de ironía. Me sobresalto al oír su voz, pero agradezco que al fin haya roto el silencio, que al fin hayamos dejado atrás las acusaciones cruzadas, las preguntas sin respuesta.

—Furiosa.

Rip agacha la cabeza, como si no esperara menos.

—¿Y tú? —pregunto.

—Muy enfadado. Enfadadísimo.

Los dos torcemos la boca en sincronía y dibujamos una sonrisa de satisfacción.

Él se reclina en el respaldo de la silla y las púas que asoman de su espalda se hunden bajo el uniforme de cuero.

—Formamos una pareja muy curiosa, tú y yo.

Al oír sus palabras, siento un escalofrío en los brazos, a pesar de que

estoy envuelta en la manta.

—¿Qué quieres decir?

Su expresión es demasiado enigmática y no logro descifrarla. Abre la boca para responder, pero, al parecer, se lo piensa mejor, y, una vez más, se instala un silencio atronador entre nosotros. Los copos de nieve aterrizan sobre su melena negra y brillante y empiezan a empapar los mechones de ébano mientras él me estudia con esa mirada intensa y penetrante a la que, después de tanto tiempo, ya me he acostumbrado.

—Es extraordinario, la verdad.

—¿El qué? —pregunto.

—Tal vez seamos los dos últimos seres feéricos sobre la faz de Orea y, por casualidades del destino, nuestros caminos se cruzaron esa noche.

Sus palabras aún retumban en mi cabeza. Hace apenas unos minutos me ha confesado que mi aura brillaba como un lucero en mitad de las Tierras Áridas, una luz fulgurante que siguió hasta encontrarme. Se me hace un nudo en la garganta.

—El destino es caprichoso.

—Lo es, desde luego —murmura él, y, sin dejar de mirarme, se pasa el pulgar por los labios.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Rip arquea una ceja.

—Ya conoces las normas.

—Y tú conoces muchos de mis secretos —respondo con tono exasperado—. Quiero saber cómo consigues engañar a todo el mundo. Te vi fuera de los establos, como Rip. Pero no eras tú, sino una copia, un Rip Postizo.

Sus ojos bailan.

—Ah, recuerdo ese día. Te pillé espiándome o, mejor dicho, echándome el ojo.

Me pongo colorada de inmediato, mortificada.

—¡No estaba echándote el ojo!

Esos dientes blancos y perfectos parecen brillar en la oscuridad.

—Pequeña mentirosa.

Me cruzo de brazos.

—¿Y bien? —exijo mientras trato de disimular el bochorno que estoy pasando.

—¿Y bien, qué? —replica él, esquivando así mi pregunta, y sonríe de nuevo.

—Típico de ti —mascullo—. Está bien, tú ganas. Cambiemos de tema. ¿Por qué te llaman Rip?

Es una pregunta que llevo haciéndome varios días. Me pica la curiosidad por saber cuál es el origen de tan extraño apodo, si es que es un apodo, claro.

Rip cruza los tobillos y se despereza, se estira como un felino delante de mí y, sin querer, los ojos se me van a sus muslos, unos muslos abultados y fuertes. Me apresuro en apartar la mirada.

—Ah, esa sí es una respuesta interesante —comenta él entre bostezos.

Me inclino hacia delante, ansiosa, como un perro al que le están mostrando un hueso.

—¿Y?

—Y… Te lo contaré un día.

Qué capullo.

Pongo los ojos en blanco y me reclino de nuevo.

—¿Cuándo?

Y entonces me regala una de esas sonrisas tan sugerentes y cautivadoras, una sonrisa que le otorga un aspecto todavía más atractivo, más seductor, más irresistible. O eso le parece «a su propio bien».

—Cuando dejes de estar furiosa conmigo.

Tomo un sorbo del aguamiel y saboreo el dulzor cálido que impregna mi paladar, mi garganta, mi pecho.

—Está bien, guárdate tus secretos para ti solito.

—Eso haré. Igual que guardo los tuyos.

Su contestación me devuelve a la realidad. Se me revuelven las tripas, como si se hubiesen enredado y anudado entre ellas. Sé que estoy sentada en el balcón de mis aposentos a altas horas de la noche y sé que estoy fingiendo. Finjo que el hombre que tengo enfrente no es

el rey Ravinger. Finjo no saber que él también conspira, que él también trama astutos planes para alcanzar sus objetivos.

—¿Y por qué guardas mis secretos? —pregunto en voz baja.

Hace tiempo que decidimos aventurarnos hacia este desfiladero angosto y oscuro y peligroso, así que he pensado ¿por qué no adentrarte un poquito más? Puede que esta sea la única oportunidad que tengamos de sincerarnos, de hablarnos con total franqueza mientras nuestros muros sigan desmoronándose bajo una noche que cubre el paisaje con un manto níveo.

—Porque me conviene hacerlo. —Consigue atravesarme con una mirada afilada, como quien clava un alfiler en las alas de una polilla antes de disecarla, y siento un pinchazo de dolor en el pecho.

La decepción y la tristeza se asientan en el fondo de mis entrañas, como los guijarros se aposentan en las profundidades del océano. Ahí está, una advertencia. A Rip no le conviene ahora desvelar mis secretos, pero eso no significa que algún día decida sacarlos a la luz. Si fuese Midas, esperaría pacientemente a utilizar esa información en el momento más adecuado. A fin de cuentas, eso haría la mayoría de los reyes.

Supongo que uno no puede fiarse del aleteo de mariposas en el estómago, ni de un corazón que palpita con entusiasmo, con ilusión. Todo lo sucedido esta noche —que me haya traído en volandas a mi habitación, sus palabras, el calor de sus caderas atrapadas entre mis muslos mientras sus labios me rozaban la mejilla— no son más que momentos robados. Momentos que ninguno de los dos podemos permitirnos. Porque nuestros propósitos no están alineados. Porque nuestras metas son muy distintas. Como Rip y Jilguero, quizá, pero ¿como Ravinger y Auren? Nunca.

Aunque desearía que las cosas fueran diferentes, más fáciles… No lo son, y no puedo fingir lo contrario.

Rip se pone derecho.

—Oh, ahí está.

—¿Ahí está el qué?

Me señala la cara con la barbilla, como si hubiese destapado un secreto inconfesable.

—Acabas de acordarte de que soy el rey Slade Ravinger, y no solo… esto.

No lo niego. No puedo. Una parte de mí se siente culpable por ello, pero es la verdad. Si fuese Rip, y solo Rip, no me resultaría tan difícil.

—No puedo confiar en un rey. —Es imposible ocultar el remordimiento en mi voz. Es imposible ocultar el anhelo mudo que se cuela entre mis palabras, unas palabras que pesan demasiado.

Él se inclina hacia delante y apoya los codos sobre las rodillas.

—Puedes confiar en mí.

La desesperación se trasluce en mi rostro, en mi respiración, en mi palpitar. Lo sé porque no puedo evitar esa luz de esperanza en mi mirada y, en un impulso irreflexivo e impetuoso, mi cuerpo se acerca al suyo.

—Demuéstramelo.

La palabra no suena a desprecio. Tampoco está cargada de dudas, de incertidumbre. Es una petición, una súplica.

«Por favor, demuéstramelo».

Rip parece oír ese ruego atormentado porque, de repente, se levanta de la silla. Se pone derecho frente a mí y, al erguir la espalda, su imponente figura se cierne como una nube oscura y siniestra. Las púas empiezan a asomar de su espalda y, un instante después, sobresalen de sus antebrazos, como un depredador cuando extiende las zarpas antes de abalanzarse sobre su presa.

Poco a poco, el depredador que lleva dentro arrima su cuerpo al mío y cada vez se acerca más, y más. Y más. Coloca las manos sobre los reposabrazos de mi silla, una a cada lado, y pego la cabeza al respaldo de la silla, como un cervatillo atemorizado. Entonces él se inclina y me da la impresión de que su presencia absorbe todo el aire porque no puedo respirar.

—Lo haré —murmura, y un grito ahogado escapa de mis labios.

Y en ese instante, delante de mi atenta y temerosa mirada, Rip se transforma. La magia se arremolina a su alrededor como volutas de vapor y las ondas de poder que su aura comienza a emanar me paralizan por completo. Su mirada de ónice se tiñe del verde del musgo, las escamas desaparecen junto con las púas, y esas orejas

puntiagudas y esos rasgos afilados se van suavizando mientras unas diminutas raíces se arrastran por el cuello hasta perderse entre esa barba desarreglada.

Mi corazón late a un ritmo incontrolable. Ahí está, el mismísimo rey Ravinger en persona. Arrugo la manta entre los puños, pero tengo las palmas tan sudadas que la tela, mullida y aterciopelada, se me escurre de las manos. Una tez pálida, unos ojos que te trasladan a la frondosidad de un bosque, unos rasgos tan varoniles y tan hermosos que incluso duele mirarlos.

—Me alegro de que te elijas a ti —susurra, y mis labios se separan unos milímetros, como si deseara tragarme el murmullo de su voz.

—¿De veras?

Me quedo totalmente quieta mientras él levanta la mano y me sujeta la barbilla, como si quisiera asegurarse de que estoy prestando atención, de que no estoy abstraída en mis propios pensamientos.

—Sí, Jilguero. Porque yo también te elijo a ti.

Como un lazo de seda que se ha quedado enganchado en una rama que el viento ha doblado, él baja la cabeza, y yo la levanto.

Mis labios se posan sobre los suyos, su lengua se entrelaza con la mía y, de repente, nos besamos como si estuviésemos hambrientos.

Nos besamos como dos asteroides que colisionan en el cielo, el calor que desprendemos es tan ardiente, tan abrasador, que amenaza con quemarnos, con reducirnos a cenizas, y a nuestro alrededor, ese mundo gélido y desalmado se desvanece bajo nuestra luz cegadora.

Nos besamos como si necesitáramos del sabor del otro para sobrevivir, para poder emerger de la oscuridad.

Me libero de todas mis cadenas y me entrego a él. Todas y cada una de mis veinticuatro cintas se desenrollan de mi cintura, se contonean, serpentean y le buscan. Le buscan como las alas de un pájaro buscan una brisa.

Desliza la mano hasta mi mandíbula y me mueve hasta dar con el ángulo correcto, un ángulo desde el que poseerme por completo, y con ese simple gesto, un gesto que puede parecer dominante pero que, en el fondo, me transmite una profunda ternura, siento que mi fuego podría arder para siempre, pues no habría tormenta capaz de

apagarlo.

Las llamas de ese fuego que crepita bajo mi piel no son de rabia, ni de venganza. Son llamas de puro, ávido y doliente deseo. Un anhelo que late con corazón propio y que se niega a ser ignorado.

Cuando le doy un suave mordisquito a su lengua, él me muerde el labio inferior, una punzada erótica que me arranca un gruñido de placer. Él se embebe en ese sonido salvaje y gutural mientras me acaricia las mejillas con unas manos repletas de callos y cicatrices, como si no quisiera que me apartase de esa boca húmeda pero sedienta.

Mis cintas se arrastran por el suelo como ramas de hiedra, trepan por su cuerpo y se enredan alrededor de sus brazos para tirar de él, para pegar su cuerpo contra el mío. Un gemido ronco y áspero retumba en su pecho y entonces me besa con una pasión desatada, con un frenesí delirante hasta que no es solo mi piel la que arde; entre mis piernas se ha encendido un fuego desaforado, un fuego envilecido. Y él atiza ese fuego aún más cuando me roza las cintas con una mano, una deliciosa caricia que hace que mi espalda se estremezca.

Un beso. Un solo beso, y mi muro se viene abajo por completo, porque no quiero que termine nunca.

Jamás imaginé que un beso podía ser así.

Mis manos buscan sus hombros de nuevo, como si necesitara revivir el tórrido episodio en la escalera, como si anhelara que volviera a cogerme en volandas, y clavo los dedos en los músculos que esconde bajo ese uniforme de cuero negro. Los guantes me molestan. Quiero sentirle, piel con piel, y antes de que pueda darme cuenta, ya me los he quitado.

Los copos de nieve que caen del cielo espolvorean el paisaje con su nívea blancura e impregnan nuestros cuerpos con un frío glacial, un frío al que, por lo visto, nos hemos vuelto inmunes. El beso me ha hecho entrar en calor y, en estos momentos, tengo la sensación de ser una bola de fuego; Rip ha enardecido mi pasión, y ahora solo deseo más y más. Creo que, de no ser porque está inclinado sobre mí, me levantaría de la silla, pues su cuerpo es el irresistible anzuelo que estoy tratando de morder.

Y justo cuando estoy a punto de tirar de él, de atraerlo hacia mí, sus labios abandonan los míos.

Solo se oye nuestra agitada y convulsa respiración, y la manta yace olvidada alrededor de mi cintura. Le miro algo aturdida, con el corazón amartillándome el pecho y con un hormigueo en los labios, que ya añoran los suyos.

Me acaricia la cara con los ojos, y yo hago lo mismo. Todos mis instintos me empujan a pasar un dedo por el entramado de líneas oscuras, símbolo de su poder de putrefacción, y debajo de mi yema percibo un leve movimiento.

Él se aparta, o… lo intenta. Echamos un rápido vistazo a mis cintas, que están hechas una maraña de satén a su alrededor, como si hubiesen decidido que Rip es un regalo, un obsequio del que rehúsan desprenderse.

—Lo siento —digo con cierta timidez, y me ruborizo. Me revuelvo y las recojo de inmediato y, aunque a regañadientes, todas me obedecen y se desenredan de sus brazos.

Ravinger me dedica una media sonrisa y me retira un mechón de pelo de detrás de la oreja. Lo hace con infinita delicadeza, con tanta ternura que incluso se me constriñe la garganta.

—Solo espero que ahora todo esté más claro.

Se pone derecho y, aunque tenerlo tan cerca me acelera el pulso y me corta la respiración, no le tengo miedo. Ya no. Ha elegido el momento apropiado para transformarse, para mutar en Ravinger. Porque aunque su cuerpo cambie, aunque su mirada, su postura y su nombre sean distintos, esos labios, esas manos, esas palabras, ese calor… son los suyos.

Rip y Ravinger son la misma persona, y he necesitado un beso, un beso místico y apasionado, para darme cuenta de ello.

Y en el momento en que se da la vuelta, su silueta empieza a desdibujarse de nuevo y distingo las púas, las escamas, los andares implacables de un guerrero, los rasgos afilados, pero sigue siendo él.

Se detiene frente a la puerta del balcón y, al volverse, vislumbro los últimos vestigios de esos ojos verdes desvaneciéndose.

—Buenas noches, Auren.

«Sigue siendo él».

Y por eso murmuro:

—Buenas noches…, Slade.

Me mira sin pestañear durante un instante infinitesimal, asombrado porque le he llamado por su nombre de pila. Estira la comisura de los labios hasta dibujar una sonrisa embaucadora, y mis cintas también se estiran, como si estuviésemos compartiendo algo privado, algo íntimo. Algo enternecedor. Algo desgarrador.

Tal vez sea cierto.

A solas en el balcón, me recuesto en la silla y esta vez no me acurruco bajo la manta. No necesito su abrigo después de haber invocado ese fuego abrasador. Y, en el silencio que me brinda esa noche nevada, susurro su nombre varias veces más, un ruego al cúmulo de estrellas que permanecen ocultas ahí arriba.

17

La reina Malina

Lo que antaño era una pared de piedra, una piedra antigua y rugosa y gélida, ahora es un muro de ladrillos de oro que, con el paso de los años, ha ido perdiendo lustre. Me apoyo en la pared unos instantes antes de adentrarme en el pasaje abovedado que lleva al torreón y, con solo tocar esos ladrillos dorados, el frío me entumece las manos. La entrada me recuerda a una boca enorme y profunda, una boca que está bostezando.

Un rayo de luz se inmiscuye entre las nubes, y el resplandor del ocaso ilumina la campana que tengo a mis espaldas. El reflejo dorado rebota de la superficie de la campana, envolviendo mi figura en un halo sentencioso y moralista.

El torreón que alberga la famosa campana de Alta Campana es tan alto que, según narran los libros de historia, más de cien trabajadores perdieron la vida mientras lo construían, aunque las muertes no amedrentaron a mis ancestros, que no descansaron hasta ver terminada tal obra arquitectónica.

Nosotros, los Colier, no nos rendimos fácilmente.

Y precisamente por eso el panorama que se extiende a mis pies, en el mismísimo corazón de la ciudad, me crispa los nervios, como un arado que, al restregar el campo de cultivo, revuelve todo lo que yace debajo.

Disturbios.

«Por todas partes».

Desde las chabolas desvencijadas y mugrientas hasta las *boutiques* más lujosas y exclusivas de la ciudad, todo el pueblo se ha alzado contra mí.

Saqueos incontrolados, constantes profanaciones a propiedades de

la corona en la plaza central, continuos desacatos a las autoridades reales. Las fuerzas del orden y seguridad sufren ataques violentos y desproporcionados cada vez que intentan interceder, cada vez que tratan de arrestar a esos criminales. Observo todo lo que ocurre ahí abajo desde el torreón, con la campana como telón de fondo. Las dos somos testigos de la rebelión de un pueblo que, hasta entonces, parecía orgulloso de nosotras.

Lo había conseguido. Los tenía.

Durante un breve periodo de tiempo, saboreé las mieles del poder. Me dediqué en cuerpo y alma a gobernar mi reino, tal y como siempre debería haber sido. Estaba ganándome el favor de la nobleza, devolviendo a Alta Campana la gloria y el prestigio que había perdido, persuadiendo a mis súbditos de que una verdadera Colier, y no un forastero, es quien merece ocupar el trono.

Todas las piezas estaban empezando a encajar.

Hasta que el rompecabezas comenzó a desmoronarse.

Desde aquí arriba el populacho parece un nido de hormigas que corretean por el centro de la ciudad, que se dispersan por las calles para provocar el caos. Incendian tiendas, atracan comercios y, en pocas palabras, quebrantan todas las leyes de Alta Campana. Y no van a parar hasta que las fuerzas del orden de la ciudad les corten una mano o un brazo. El problema es que, cuando por fin logramos controlar un altercado y detener a los culpables, se desatan dos más.

Doblo los dedos hacia dentro, cual garras de un águila, y araño la escarcha que se ha acumulado sobre el alféizar dorado. El aire que se respira ahí arriba es tan frío que me cala hasta los huesos. Las revueltas se iniciaron hace tres días y, cada minuto que pasa sin que esa panda de insurrectos e insurgentes entre en razón, abandone esta absurda revuelta y me jure fidelidad, la lista negra va creciendo. Traté de ser una reina afable, comprensiva, benevolente. Una reina generosa y espléndida que les regaló, de una forma casi desinteresada, un sinfín de ofrendas y presentes para recordarles que es Midas quien los tiene totalmente olvidados, quien permite que sus hijos pasen hambre, quien no mueve ni un solo dedo por sacarles de esa vida mísera y decadente.

Y, sin embargo, se han alzado contra mí.

Noto un calambre en la mandíbula, un dolor agudo que, durante unos segundos, me insensibiliza parte del rostro.

Vislumbro las llamaradas de un nuevo incendio en el corazón de la ciudad y me doy la vuelta, indignada. Los cuatro guardias personales que me siguen a todas partes permanecen en absoluto silencio. Me dirijo hacia la escalera de caracol cuyos peldaños de oro macizo se han ennegrecido por el uso, pues cientos de súbditos los han pisoteado a lo largo de los años.

Es un descenso vertiginoso, mareante, y por temor a dar un traspié, mantengo una mano pálida sobre la barandilla. Bajo esa infinita espiral de escalones con la sensación de que las paredes curvadas y redondeadas se burlan de mí al verme pasar.

Cuando por fin llego a los pies de esa interminable escalera, me recibe una ráfaga de viento polar que me hiela hasta las entrañas. Atravieso a toda prisa la pasarela amurallada y, tras bajar otra larguísima escalinata, llego al castillo.

Dentro, el olor a pintura resulta abrumador, incluso sofocante.

Las paredes aún están húmedas, pues han aplicado tantas capas de pintura blanca que tardarán varios días, o semanas, en secarse.

Más de veinte trabajadores. Carpinteros, ebanistas, pintores. Los he contratado para que pinten todas las superficies doradas, un color que, a mi parecer, es vulgar y demasiado llamativo y, en caso de no poder disimularlo, para que levanten otra pared delante para ocultarlo.

Aun así, mire donde mire, veo imperfecciones, defectos, fallos. Pintaron las paredes de blanco, pero días después han aparecido unas diminutas muescas doradas. Cubrieron todos los suelos de enormes alfombras color marfil, pero las alfombras resbalan y, al hacerlo, dejan entrever las baldosas que descansan debajo. Las mesas y los marcos de las ventanas se han revestido con tablones de madera, tablones que, a causa del frío, no encajan a la perfección y las pequeñas ranuras que quedan entre ellos son como sonrisas maliciosas.

Alta Campana se ha convertido en un castillo con vida propia, un castillo que respira y que me mira con desdén a través de cada superficie dorada. Si no consigo cubrir cada mota de oro, si no consigo

eliminar todo rastro áureo, me voy a volver loca.

«Todo esto es culpa suya».

Él me arrebató el que había sido mi hogar y convirtió el palacio en una mofa de sí mismo. Me convirtió a mí en una mofa de mí misma.

Mientras cruzo el vestíbulo principal, el mensaje de Tyndall retumba en mi cabeza. ¿En serio cree que voy a seguirle el juego, que voy a morder ese anzuelo del hijo bastardo? Antes le besaría los pies, y antes muerta que besarle los pies a ese malnacido.

Nunca reconoceré a su bastardo como hijo legítimo, lo que implica que ese niño jamás podrá heredar el trono, jamás podrá gobernar Alta Campana.

Ni él, ni su padre, porque este reino es mío.

Asomo la cabeza por todos los salones sin dejar de caminar.

—¿Dónde están mis consejeros? —pregunto a nadie en particular.

—No estoy seguro, mi reina —responde mi jefe de la guardia con voz vacilante.

—Está bien. Envía a alguien a buscarlos —espeto, impaciente.

No tiene que musitar palabra. Un sutil movimiento de barbilla y uno de los otros guardias sale disparado en su busca.

Echo un vistazo a mi alrededor y tengo un mal presagio. El palacio parece estar vacío, desierto. No se oye ni un solo ruido y, hasta el momento, no he visto a nadie trabajando.

—¿Dónde están los carpinteros? ¿Por qué no oigo martillazos? ¿Por qué no veo ninguna escalera apoyada en las paredes?

El guardia se revuelve, nervioso, y me parece entrever mi reflejo en su armadura de plata, justo en la placa que le recubre el pecho. Aunque la imagen es borrosa, distingo mi rostro blanquecino contraído en una mueca de absoluta exasperación y mi melena blanca un tanto alborotada.

—Los carpinteros no han vuelto desde que empezaron los disturbios, majestad.

Ensancho las ventanas de la nariz. Estúpidos holgazanes. No los soporto. Seguramente están en la ciudad, emborrachándose y usando los disturbios como excusa para no pegar palo al agua.

—De acuerdo. Entonces sus contratos quedan rescindidos desde

ahora mismo, sin derecho a cobrar ni una sola moneda. Quiero a gente con ganas de trabajar aquí mañana a primera hora.

Los guardias intercambian varias miraditas, pero me da lo mismo. No pienso tolerar una falta de respeto tan flagrante como esa. Durante el reinado de mi padre, nadie se habría atrevido a faltar a su puesto de trabajo en palacio. Por aquel entonces, trabajar bajo las órdenes de los Colier se consideraba todo un honor.

—¿Ha quedado claro?

—Sí, majestad.

Me doy la vuelta, dándole la espalda, y subo a mis aposentos con ademán airado. Empiezo a notar un dolor incipiente en las sienes. Tal vez debería comer algo. Me sentará bien.

Sin embargo, antes de llegar a la escalera, aparece un criado de la nada.

—Majestad, tenéis visita. Os está esperando en el salón principal.

Arrugo los labios en un gesto de evidente desagrado. «Qué inoportuno», pienso para mis adentros.

—¿Quién?

—Sir Loth Pruinn.

Un suspiro de impaciencia me rasca la garganta. El charlatán. El mercader ambulante de mirada plateada que presume de ser un adivino infalible. Desde el día en que su carreta barró el paso de mi carruaje en la ciudad, ha estado presentándose en palacio sin avisar.

La primera vez que vino por aquí casi le echo a patadas, pero el muy astuto me ofreció algo muy tentador, algo a lo que no me pude resistir, y no tenía nada que ver con un mapa capcioso que, según él, me mostraría el camino para alcanzar mis sueños y, así, hacer de mi mayor deseo una realidad.

Apareció en la puerta de palacio con toda clase de baratijas para sacarse unas monedas, por supuesto, pero lo que en realidad pretendía vender era información. Sir Pruinn jugó bien sus cartas y, gracias a ello, goza de un privilegio del que pocos pueden presumir: mi tiempo y mi atención. Desde entonces, me proporciona toda clase de información acerca de la ciudad y sus lugareños.

Gracias a él, sabía que el malestar y el descontento se estaban

extendiendo por Alta Campana. Y gracias a él, las revueltas que estallaron hace cuatro días no me pillaron por sorpresa. Por desgracia, cuando la semilla de una revolución germina, no hay vuelta atrás. Es como una chispa que salta sobre una brizna de paja.

—Bien —digo, y doy media vuelta.

Entro en el salón y me encuentro a Pruinn apoltronado sobre una silla de asiento mullido y esponjoso y con un morral rebosante colocado sobre el regazo, como si fuese un gato de pelaje sucio y apelmazado.

Le saludo con voz fría, distante.

—Pruinn.

Debo admitir que ese hombre de melena rubia, además de tener una presencia regia y refinada, siempre ha mostrado unos modales dignos de un aristócrata instruido. Se inclina en una elegante reverencia y, al hacerlo, el morral tintinea. El atuendo que luce hoy es impecable: una túnica de color azul hielo con adornos de piel de animales salvajes. Se ha afeitado la barba y lleva el pelo rapado bastante corto.

—Reina Malina, estáis deslumbrante, como siempre.

Le lanzo una mirada de absoluta indiferencia y después hago un gesto con la mano, indicando así a los guardias que se retiren.

—Dejadnos a solas.

Los guardias obedecen sin rechistar. El último cierra la puerta y entonces tomo asiento, justo delante de Pruinn. Hace un frío de mil demonios porque las ventanas que dan al exterior están abiertas de par en par; es la única manera de ventilar la habitación, que apesta a pintura. Hace ya varios días que pintaron las paredes, pero con este frío húmedo tardan una eternidad en secarse.

—Hoy no estoy interesada en tu colección de trastos y baratijas, Pruinn, así que espero que el viaje no haya sido en vano.

Él se acomoda de nuevo en la silla, guarda el morral de lona sobre el regazo y enarca una ceja con ademán misterioso.

—¿Estáis segura? Un mercader me ha vendido un perfume muy exótico, una fragancia que solo podéis encontrar en las dunas de arena del Segundo Reino.

La oferta no solo me molesta, sino que me indigna. No se merece ni

que le responda.

Pruinn sonríe, divertido.

—Bien, como vos queráis. Cambiando de tema, la ciudad se está amotinando.

—Ah, dime algo que no sepa —le espeto—. ¿Tienes información de verdad o simplemente pretendes agotarme la paciencia? Porque te aseguro que hoy no estoy de humor.

En lugar de acobardarse, Pruinn se inclina hacia delante y apoya los codos sobre las rodillas.

—¿Conocéis a un tal Gifford?

Parpadeo una sola vez, un gesto que delata mi confusión al oír ese nombre.

—Sí, es el mensajero de Tyndall. Vino del Quinto Reino a entregarme una carta —respondo con voz afilada.

—Pues debo deciros que no es un «simple» mensajero.

Descanso una mano sobre el reposabrazos de la silla.

—Explícate.

Su mirada grisácea prácticamente resplandece. Está ansioso por revelar la información que ha logrado recopilar en los últimos días. Jamás habría imaginado que los mercaderes ambulantes pudiesen ser unos chismosos insufribles, pero ahora mismo me viene de maravilla.

—Al parecer, cuando vos entregasteis la respuesta a su carta, el rey Midas ordenó a su «mensajero» que actuara en consecuencia. Envió el halcón mensajero, pero él se quedó en la ciudad.

La inquietud empieza a reptar por mi espalda.

—¿Con qué propósito?

—Lleva días callejeando por la ciudad. Deambula de bar en bar, de posada en posada, de escaparate en escaparate —explica Pruinn, y se acerca un poquito más—. Según me han contado mis pajarillos, allá donde va echa leña al fuego. Incita a los lugareños a sublevarse. Instiga a los que se muestran descontentos con el régimen. Propaga el malestar social. Él es la gota que ha provocado esta oleada de disturbios.

Clavo los dedos en el reposabrazos de madera y, puesto que la pintura aún está húmeda, se me quedan unos pegotes blancos

adheridos bajo las uñas.

—¿Me estás diciendo que Midas ordenó al mensajero que alimentara el malestar social y espoleara a mis súbditos para que se rebelaran?

Pruinn asiente con la cabeza, y lo hace con absoluta convicción.

—Sí.

Un bufido se abre camino entre mis dientes, que aprieto con fuerza. Me pongo de pie de inmediato, como si hubiese un resorte escondido en el asiento de la silla, y me encamino hacia la ventana para echar un vistazo al exterior. Desde ahí no se ve nada, salvo la ladera de la montaña y una parte de la muralla que rodea el castillo, pero aun así observo el paisaje con una mirada salvaje, una mirada asesina. Lo observo como si pudiese escrutar las calles de la ciudad, como si pudiese localizar a esa sabandija de Gifford. El muy canalla lleva días difundiendo mentiras, incitando a la muchedumbre a alzarse contra su reina, como si fuesen un rebaño de ovejas que, al probar una gota de sangre, han enloquecido.

—Lo quiero ver muerto.

—Sin duda —responde él, con una impasibilidad asombrosa. Al parecer, mi declaración no le ha sobrecogido—. Por desgracia, el mensajero ya ha partido. Se marchó anoche en su ave maderera.

Una repentina ráfaga de viento se cuela por la ventana. El aire es tan frío, tan glacial, que tengo la sensación de que cientos de alfileres se me clavan en la piel. Sin embargo, estoy tan furiosa que prefiero ignorar el dolor.

Es culpa de Tyndall.

Todo es culpa suya.

Una ira gélida empieza a cristalizarse en mi pecho y, tras unos instantes, me doy la vuelta.

—Supongo que conoces la salida, sir Pruinn, y no hace falta que te acompañe —digo a modo de despedida.

—Por supuesto, majestad —contesta él, que no parece ofendido por mi tajante y grosera despedida, y se levanta de la silla para hacer otra reverencia—. Por cierto, ¿habéis vuelto a pensar en el mapa?

Me detengo delante de la puerta y le lanzo una mirada fulminante

por encima del hombro.

—En el Séptimo Reino no hay nada, sir Pruinn, tan solo un inmenso abismo gris. Allí no encontraré nada, y mucho menos mi mayor deseo —respondo—. Que tengas un buen día.

Y tras ese adiós un pelín impertinente, tiro de la puerta con ímpetu y me marcho del salón. Tal vez, Pruinn ha musitado una respuesta, pero no puedo saberlo porque lo único que oigo es el gruñido áspero y ronco de mi rabia tronando en mi cabeza.

Los guardias se apresuran en alcanzarme cuando atravieso el vestíbulo. Con andares resueltos, la mirada clavada en el infinito y un dolor de cabeza que me martilla las sienes con furor, me dirijo hacia mis aposentos.

En el mismo instante en que llego a mi puerta, el cuarto guardia viene corriendo por el pasillo. Está jadeando.

—¿Y bien? —pregunto—. ¿Has encontrado a mis consejeros?

—No, majestad, pero cuando he salido a preguntar a las patrullas que vigilan las murallas si los habían visto, me han informado de que los rebeldes han tomado la carretera. Por lo visto, las fuerzas del orden no han podido disuadirlos, ni tampoco han logrado contenerlos. En estos momentos se dirigen a las murallas.

Me hierve la sangre.

—¿Qué quieren?

Él baja la mirada y se balancea, nervioso.

—Bueno… Parece ser que vienen cargados con armas caseras. Intuyo que van a intentar asaltar el castillo.

—Quiero que les paren los pies ahora mismo —ordeno apretando los dientes, y atravieso con mi mirada pálida y glacial a todos y cada uno de los hombres que están en posición de firmes en el pasillo—. ¿Me habéis oído?

Mi jefe de la guardia asiente de inmediato.

—Como ordenéis, mi reina. Instalaremos varios bloqueos ahora mismo. El castillo quedará asediado y nadie podrá…

—No —le interrumpo, y sacudo la cabeza—. Esos rebeldes nos servirán de escarmiento a los demás que quieran seguir sus pasos. Así les recordaremos que un ataque como este no se puede tolerar —

explico, y doy un paso al frente. Me da lo mismo que el guardia me saque tres cabezas porque quien lleva la corona soy yo, y no él—. Quiero que los matéis, a todos. Cualquier súbdito que se atreva a acercarse a menos de sesenta metros de los muros del palacio será ejecutado. Quiero que los degolléis, que les cortéis la cabeza como a los animales desagradecidos que son.

Me doy la vuelta, entro en mis aposentos y cierro de un portazo, dejando así a los cuatro guardias con la palabra en la boca y una expresión de profunda preocupación en el rostro.

¿Esa gentuza quiere alzarse y amenazar a su reina? ¿Quiere arrasar la ciudad y desafiar mis leyes? Entonces mandaré matar a sangre fría hasta el último rebelde, y después haré sonar la campana del torreón mientras la escarcha cubre sus ingratos cadáveres.

Les recordaré el motivo por el que me llaman la Reina de Hielo.

18

Auren

Debí de consumir hasta la última gota de poder mágico porque duermo del tirón hasta bien entrado el día siguiente. Cuando por fin consigo deshacerme de ese profundo letargo, me percato de que faltan pocas horas para el crepúsculo. Los últimos rayos de sol, un sol brillante y cegador, se filtran por las ventanas.

Me desperezo y bostezo varias veces antes de levantarme, y me froto los ojos. Anoche ni siquiera me tomé la molestia de desvestirme, por lo que esta mañana el vestido ha amanecido muy arrugado. Me lo quito y me pongo una túnica de seda y un par de guantes, aunque me muevo por pura inercia. Mi mente solo puede pensar en el hombre que me acecha en sueños, y sus palabras son una melodía desgarradora que no deja de sonar.

«Estoy diciendo que tú eres mi propio bien».

«Y por ti, te ofrecí una elección, una alternativa».

«Pero tú lo elegiste a él».

Arrastro la lengua por los labios con la esperanza de saborear su aliento, de revivir ese beso. No sé si algún día podré olvidar el tacto de su piel, si algún día volveré a sentir el escalofrío que me recorrió el cuerpo cuando me miró a los ojos y me aseguró que me elegía a mí. Lo ocurrido anoche me ha dejado el corazón lleno de ilusiones, pero también de grandes temores.

Suelto un suspiro ansioso, me paso las manos por el cabello, que está hecho una maraña de enredos, y cojo el libro de seres feéricos que guardé bajo el colchón. Después me acomodo en el sillón dorado que hay frente a la chimenea. Una doncella vino a primera hora de la mañana a encender el fuego y a traer más leños. Recuerdo haberme despertado y haber gruñido como un animal salvaje al ver que venía

acompañada de dos guardias, cuya presencia no es bienvenida en mis aposentos, y menos si su única tarea es escrutar todos los movimientos de la pobre muchacha. Por suerte, salieron de mi habitación antes de que pudiera abrir los ojos. Ninguno articuló una sola palabra.

Digby habría refunfuñado alguna queja, seguro. O ni siquiera eso, una de sus miradas mudas habría bastado para decirme que dejara de holgazanear, que no tenía motivos para estar tan triste y mustia. Se me revuelven las tripas con solo pensar en él y no hay forma humana de mitigar ese dolor.

Me hago un ovillo en el sillón y, con el resplandor anaranjado de las llamas, echo una ojeada al libro, pero sin prestarle demasiada atención. De repente, alguien llama a la puerta. El corazón me palpita a un ritmo salvaje porque, por un momento, pienso que tal vez Slade esté al otro lado, aunque enseguida recapacito y me doy cuenta de que ha sido una idea estúpida. Dejo el libro a un lado, me acerco a la puerta con andares aún adormecidos, la entreabro y, a través del resquicio, veo que es Scofield.

Oculto la mayor parte de mi cuerpo tras el enorme portón porque la túnica solo me cubre hasta las rodillas.

—¿Sí?

—Mi señora, el rey Midas os ha convocado —me informa Scofield, y, aunque utiliza un tono formal y respetuoso, no despega la mirada del suelo, seguramente porque sospecha que no voy vestida para recibir visitas—. Os espera en el comedor oficial, el de las grandes ocasiones, dentro de una hora.

—De acuerdo… ¿Ha dicho por qué?

Hasta ahora, Midas ha preferido mantenerme escondida y encerrada en mis aposentos durante el día, a menos que pueda dorar alguna parte de este maldito castillo, claro está. Esta invitación, por llamarlo de alguna manera, me recuerda a cuando me emplazaba a asistir a los elegantes banquetes que celebraba en Alta Campana… El recuerdo no es muy grato, la verdad.

—Su majestad la reina del Tercer Reino llegó anoche. El rey Midas y el príncipe Niven han organizado una cena de bienvenida en su honor.

—Ah, ahora lo entiendo —murmuro, y todos los engranajes de mi

cerebro se ponen a funcionar. Todavía faltan unas horas para que anochezca, así que tendré que andarme con mucho cuidado—. Gracias por avisarme, Scofield.

Me aparto para cerrar la puerta, pero Scofield levanta una mano. Frunzo el ceño, extrañada.

—¿Ocurre algo?

Scofield por fin levanta la vista del suelo, pero sigue sin atreverse a mirarme a los ojos. Como buen soldado, clava la mirada en un punto impreciso del infinito.

—No, pero… Hemos recibido órdenes de inspeccionar vuestros aposentos.

Le miro a él, y después miro al guardia novato que le acompaña. Siento una oleada de rabia e impotencia y planto mis pies descalzos en el suelo.

—¿Ahora?

—Sí, mi señora.

Me entran ganas de cerrarle la puerta en las narices, pero el pobre Scofield no tiene culpa de nada y ni siquiera disfrutaría del momento. Si en lugar de él estuviese Midas, ya sería otro cantar.

Así que me trago el orgullo, me doy la vuelta y dejo la puerta entornada, tal y como estaba. Scofield y tres guardias más entran en mis aposentos en fila india, uno detrás del otro.

Ninguno se aventura a mirarme. Ni siquiera de reojo.

Empiezan a examinar cada rincón de mis aposentos. Lo hacen de una forma precisa, escrupulosa y sistemática. Había olvidado cuánto odiaba las inspecciones aleatorias de mis aposentos que Midas ordenaba siempre que le venía en gana. Perdí la cuenta de las veces que los guardias irrumpieron en mi jaula. Nunca llegué a acostumbrarme, nunca dejé de detestarlas. Siempre me han parecido una flagrante invasión a mi privacidad y me recuerdan que, aunque estos son mis aposentos, en realidad no son míos.

Midas podría haber mandado a los guardias cuando no estaba, pero sé que lo hace a propósito. Quiere que esté presente mientras ponen mi habitación patas arriba en busca de vete a saber el qué. Supongo que es una advertencia, una manera retorcida de recordarme que

todas mis pertenencias son, al fin y al cabo, suyas.

Mis ojos sobrevuelan la habitación hasta aterrizar en el libro que he dejado sobre el sillón, a la vista de cualquiera que pase por ahí. Miro a los guardias de refilón, pero de momento todos revolotean alrededor de la cama. Reprimo el impulso de salir corriendo y cruzo la habitación con paso lento, pero decidido. En cuanto me siento, coloco el libro entre los muslos y ajusto la túnica para asegurarme de que está bien escondido.

Con el cuerpo en tensión, observo cómo los guardias repasan los aposentos con meticulosa atención. Uno de ellos incluso tiene un trozo de pergamino en la mano que no para de comprobar, y teniendo en cuenta que ahora mismo está contando los cojines, presiento que está haciendo un recuento de todas las posesiones que debería tener.

Escudriñan las sábanas y mantas de la cama. Comprueban todas las alfombras y cortinas. Repasan cada silla, cada pared. Me pregunto si saben el porqué de tal puntillosa inspección, o si lo toman como otro de los caprichos controladores de Midas.

No les quito ojo de encima. Tras verificar que la habitación está tal y como debe estar, pasan al vestidor y al cuarto de baño.

Reconozco el frufrú de las telas cuando revuelven los vestidos y túnicas, el sonido de las cajas de zapatos al abrirlas. Sin embargo, quienes revisan el baño son mucho más silenciosos. Salen unos momentos más tarde. Mis aposentos han quedado totalmente patas arriba. Siento que estoy a punto de estallar, en parte de rabia, en parte de nervios, pero trato de no mostrar un ápice de emoción. Me trenzo el pelo y mantengo las piernas muy quietas; noto las esquinas del libro prohibido clavadas en mi piel, como el pellizco de una mentira.

Y justo cuando creo que ya van a marcharse, Scofield se acerca a la chimenea.

—Lo siento, mi señora. El sillón. ¿Podríais…?

El corazón me golpea el pecho con tanta fuerza que, por un momento, temo que vaya a atravesarlo. Agarro las riendas de mi pánico y tiro con fuerza mientras me repito que ninguno de ellos tiene permiso para moverme porque eso implicaría tocarme.

—Scofield, ¿en serio esperas que me levante? No sería en absoluto

apropiado. No voy vestida como corresponde —digo, con toda la indignación que soy capaz de mostrar, y me abrazo el cuerpo con los brazos—. A Midas no le gustaría.

El guardia se sonroja y, de inmediato, da un paso atrás.

—Oh, yo… os ruego que me disculpéis, mi señora. Por supuesto que podéis quedaros ahí.

Con la mirada encendida, asiento con la cabeza y Scofield se da media vuelta. Los guardias echan un último vistazo en busca de parafernalia que no goce del beneplácito del rey y comprueban la lista cada dos segundos, cual cocinero haría con una receta, para cerciorarse de que ahí no falta ni sobra nada.

Al fin abandonan mis aposentos. Scofield es incapaz de mirarme a los ojos, ni siquiera cuando cierra la puerta. Dejo escapar un suspiro de alivio y recupero el libro.

He pecado de confiada, una vez más. No puedo permitirme esa clase de lujos. Debo aprender a ser más precavida, más discreta. Quiero devolver el ejemplar a la biblioteca en cuanto se me presente la ocasión. No sé si a Midas le molestaría que tuviese ese libro entre mis manos, pero estoy segura de que me acribillaría a preguntas hasta averiguar cómo lo he conseguido y por qué he elegido ese libro, y no cualquier otro. Sabe muchísimas cosas sobre mí, desde luego, pero nunca le he confesado cuál es mi verdadera naturaleza, gracias al Divino. Ese es el único secreto que jamás le revelé. Para él, no soy más que una poderosa ciudadana de Orea, una mortal que ha heredado la magia de sus ancestros feéricos.

Precisamente por esto que acaba de ocurrir, por esta inesperada y puntillosa inspección, no puedo convertir nada de lo que hay aquí en oro y entregárselo a Rissa bajo mano. Midas guarda buena cuenta de todo lo que tengo, de todo lo que uso. Lo evalúa para dar el visto bueno. Y después comprueba que siga ahí.

Midas siempre se ha asegurado de que todo está en su sitio, en mis aposentos y en el resto del palacio. Según él, nada se pierde por casualidad. Solía decir que esas inspecciones aleatorias sirven para averiguar si algo se ha roto o ha sido robado, aunque en el fondo sé que lo hace para constatar que no estoy actuando a sus espaldas y que

todo lo que he tocado y convertido en oro sigue ahí, en su debido sitio. Como si todo fuera suyo. Como si fuese su poder el que lo ha hecho infinitamente rico.

Necesito hacer otra incursión en la biblioteca, y pronto, pero por ahora tengo una cena a la que atender, y si no quiero llegar tarde, debo empezar a prepararme. Me obligo a arrastrarme hasta el vestidor, donde la minuciosa búsqueda resulta más evidente que en el resto de las estancias. Los vestidos están apretujados en los extremos de los colgadores de los armarios, las cajas de sombreros y zapatos están abiertas y tiradas en el suelo. Los cajones de la cómoda están abiertos, y los guantes y la ropa interior están revueltos y los frascos de perfume volcados.

Resoplo, molesta y enojada. Escondo el libro dentro de uno de los vestidos y ajusto las tiras del corpiño de manera que quede bien sujeto y no se caiga. Después me desvisto, me quito la túnica y estudio esa impresionante colección de trajes antes de elegir el atuendo que voy a ponerme para la cena.

No estoy segura de qué voy a encontrarme en el comedor, pero sé que allí donde se reúne la realeza siempre hay confabulaciones y planes deleznables. Midas se presentará con sus argucias y artimañas, y no me cabe la menor duda de que la reina también.

Hurgo en lo más profundo de mi memoria e intento recordar todo lo que sé sobre la mujer que gobierna el Tercer Reino. Sé que es una viuda joven. Contrajo matrimonio con un hombre mucho mayor que ella, y él falleció poco después del enlace. Al tener un poder mágico y herederos, pudo mantener el trono. Ahora mismo no consigo recordar qué poder ostentaba, lo cual me deja intrigada a la par que intranquila.

En mi defensa debo decir que durante años he intentado borrar todo lo que sé sobre el Tercer Reino. Esa tierra me trae malos recuerdos, recuerdos que preferiría olvidar. Estuve atrapada en el puerto de Derfort diez años, al servicio de un esclavista, de un desgraciado que trataba con personas y cuyo único objetivo en la vida era hacerse rico a costa de niños huérfanos.

Esta reina no gobernaba por aquel entonces, pero aun así no me fío

de ella. Siempre que pienso en el Tercer Reino, mi mente me traslada a aquel callejón húmedo y oscuro, a la niña que mendigaba por las calles, a la niña que todos creían que se pintaba la piel de color dorado. A la niña que casi no logró escapar.

Destierro esos pensamientos y empiezo a revolver el muestrario de vestidos. Finalmente me decanto por uno que yo misma teñí de dorado cuando lo rocé con la yema de los dedos. El corsé es bastante visible y la tela rígida que lo compone está cosida por el exterior.

Después de vestirme, utilizo la punta de una de mis cintas para hacer una pequeña incisión en la parte de la espalda. Es la única idea que se me ocurre para que mis cintas no queden tan apretadas bajo el corpiño. Así, el corsé se mantendrá igual de rígido y alzado, pero me permitirá respirar con normalidad. Todos ganamos.

Me anudo el corpiño, sin que quede muy flojo pero tampoco muy ceñido, y deslizo las cintas por la pomposa falda de gasa dibujando unos amplios arcos a su alrededor, como si formaran parte del diseño original, y las puntas se anudan en un precioso lazo. Puesto que se trata de una cena formal y elegante, elijo unas pantuflas de seda y unos guantes de raso dorado. Sigo con la tarea de domar esa melena salvaje. La recojo en una trenza larguísima que enrollo alrededor de mi cabeza, como si fuera mi propia versión de una corona.

Cuando por fin termino de arreglarme, salgo de mi habitación. Scofield toma la delantera, marcando así el camino, mientras los otros dos guardias vigilan la retaguardia. La idea de que me empujen a un comedor repleto de miembros de la realeza y aristócratas para disfrutar de una cena de bienvenida debería ponerme nerviosa, pero lo cierto es que no lo estoy.

He pasado demasiados años de mi vida hecha un manojo de nervios. Sintiéndome cohibida, preocupada, fuera de lugar. Durante la última década siempre he tratado de mostrarme tal y como a Midas se le antojaba. Unas veces quería que diera la impresión de ser una chica tímida. Otras, seductora. Otras, devota y fiel. Otras, orgullosa y arrogante. Todo dependía de a quién pretendía engatusar, de qué procuraba conseguir.

Con el rey Fulke, mi presencia era simple carnaza, un objeto de

deseo que podía admirar pero que jamás podría tocar. Era su manera retorcida de burlarse de él; siempre estaba ahí, en todas sus reuniones oficiales y extraoficiales, pero siempre encerrada en mi jaula. Podía codiciarme, pero jamás podría tenerme.

No sé qué intenciones ocultas tendrá Midas con la reina, pero sean cuales sean ya no me interesan. Ya no estoy de su lado. Mi objetivo ahora mismo no es satisfacerle, no es cumplir con todas sus expectativas, sino tratar de pasar desapercibida y no cometer ningún error que pudiera poner en peligro la vida de Digby.

Después de bajar la eterna escalinata y de cruzar el majestuoso vestíbulo principal, entro en el comedor. Lo más llamativo de ese salón es la larguísima mesa de cristal que ocupa el centro de la estancia. La superficie de vidrio tiene un grosor de más de quince centímetros y, para otorgarle un aspecto más glacial, han dibujado unas venas azulosas que serpentean como riachuelos en un paisaje congelado. En la parte central de la mesa, el vidrio se ha soplado para moldearlo y darle forma de esquirlas afiladas y dentadas, como si fuesen carámbanos de hielo dispuestos del revés, como si brotaran de la propia mesa.

Alrededor de esa magnífica mesa hay dispuestas varias sillas de respaldo alto con cojines de terciopelo púrpura. Calculo que deben de haber alrededor de treinta, o puede que más. Por desgracia, la mayoría de ellas ya están ocupadas.

Reconozco a varios de los invitados allí congregados: los consejeros de Midas, los consejeros de Fulke que solían acompañarlo en sus visitas a Alta Campana, pero también hay muchas caras nuevas. Supongo que son miembros de la corte real del Tercer Reino.

La realeza se ha reunido en el centro y, para poderse mirar a los ojos, tienen que asomarse por entre los chapiteles de témpanos falsos iluminados por la luz parpadeante de decenas de velas. Midas tiene al príncipe a su izquierda y a los consejeros de ambos repartidos por el resto de la mesa. De espaldas a mí está la mujer que, según imagino, debe de ser la reina. De hecho, no me cabe la menor duda. La corona brillante que luce sobre su cabeza y que sujeta con mechones color arena y horquillas de perlas y estrellas marinas no da lugar a

equívoco.

Midas tarda unos segundos en percatarse de mi llegada, pero, al verme en mitad del comedor, interrumpe la discusión, levanta una mano y me hace señas para que me acerque. Con andares tranquilos y lentos, echo un vistazo a los rostros que se vuelven para contemplarme, para escrutarme de pies a cabeza.

Las lámparas de araña que cuelgan del techo desprenden una luz cristalina y vislumbro la silueta de un arpa delante de los ventanales, justo detrás de la mesa. A mano izquierda, una chimenea en cuyo interior crepita un fuego abrasador. Es tan grande que incluso podría meterme dentro y dormir sobre los leños.

Rodeo la mesa que, de repente, parece haber enmudecido. Todos murmuran por lo bajo mientras toman pequeños sorbos de vino de sus cálices y esperan a que les sirvan la cena. Me consuela pensar que, al menos, podré atiborrarme de comida porque tengo tanta hambre que me rugen las tripas.

En cuanto llego a su silla, Midas me repasa con ojos avizores e inquisitivos. No es una mirada de aprecio. Tampoco de admiración. Y mucho menos de agradecimiento. Es la mirada fría de un hombre que está decidiendo si merezco asistir a la distinguida y elegante cena que él ha organizado. Al darse cuenta del pequeño corte que yo misma he abierto en la espalda del vestido, tuerce un poco el gesto y el tic de la mandíbula reaparece.

—Auren.

Asiento y le observo con la misma mirada distante y analítica, solo porque sé que va a irritarle.

—Rey Midas.

Al otro lado de la mesa, la reina del Tercer Reino arquea una ceja, sorprendida. Lo mínimo que espera de una montura es que salude a su rey con una grácil y ensayada reverencia, pero hace tiempo decidí que no volvería a postrarme a sus pies. El único motivo que me empujaría a hincar la rodilla sería para coger impulso y darle una patada en las partes bajas.

—Así que esta es tu famosa chica dorada… —susurra la reina, que me contempla con esos ojos atentos de color ocre, y aprovecho el

momento para hacer lo mismo.

El atuendo que ha elegido para la ocasión realza su aspecto leonado; la tela del vestido, de un color mantequilla, acentúa sus curvas, ya de por sí sinuosas, y los botones que decoran el corpiño relucen como brillantes.

—Sí, es ella. —Midas me acaricia la manga del vestido con los nudillos de la mano.

Las cintas me constriñen las caderas y, de repente, las veinticuatro tiras de seda dorada se tensan, como si estuvieran deseando desatarse y fustigarle la mano. Él continúa acariciándome el brazo y se me pone la piel de gallina, pero no es de emoción, sino de asco absoluto. Tengo que hacer de tripas corazón para mantener mi expresión impasible y no apartar el brazo.

—Auren, te presento a la reina Kaila Ioana del Tercer Reino.

Me inclino en una respetuosa reverencia.

—Majestad —murmuro—. Espero que el viaje hasta el Quinto Reino no os haya resultado demasiado agotador.

Estira la comisura de esos labios gruesos y carnosos en un intento de media sonrisa.

—No ha sido, ni de lejos, tan agotador como el tuyo —contesta—. Según tengo entendido, mientras atravesabas las Tierras Áridas, fuiste capturada por los piratas de nieve y después secuestrada por el ejército del Cuarto —narra, y después chasquea la lengua—. Es todo un milagro que llegaras al Quinto Reino de una sola pieza.

—Fue una suerte que el Cuarto apareciese y decidiera intervenir.

Midas se pone rígido al oír tal declaración y, molesto e indignado, aparta la mano. Sin embargo, no abre la boca porque los dos sabemos que es verdad. Los Bandidos Rojos son corsarios crueles y desalmados, y de haberme quedado con ellos ahora mismo estaría muerta. Han ocurrido tantas cosas desde entonces. Si los soldados del Cuarto Reino no me hubiesen sacado de ese barco, seguiría siendo la montura cándida y ciega que bebía los vientos por su captor.

—Oh, no me digas que no es una muñeca dorada.

Desvío la atención al tipo que está sentado a la derecha de la reina y, de inmediato, advierto un parecido más que razonable, por lo que

intuyo que son familia.

—Mi consejero de confianza y hermano, Manu —presenta la reina.

Tiene el pelo negro y grueso y abundante y lo lleva peinado hacia atrás. Distingo un chaleco amarillo bajo la chaqueta del traje y un copete de tela de seda que asoma por el cuello de la camisa. Con una mano sujetando un cáliz a rebosar de vino y con la otra apoyada sobre el respaldo de la silla del hombre que está sentado a su lado, me lanza una miradita que describiría como de profunda satisfacción.

—Keon, ¿no te parece que es una muñeca? —pregunta, y se inclina hacia el tipo de su derecha.

Keon me recorre el cuerpo con esa mirada marrón oscura. La calva reluce bajo la luz de las lámparas de araña, como si le hubiese sacado brillo a propósito, y no puedo evitar fijarme en la colección de collares y abalorios que ocupa la parte visible de su pecho.

—Es más alta de lo que imaginaba —responde Keon. Es un hombre menudo y delgado.

Manu asiente.

—¿Y has visto ese pelo? —pregunta en voz baja. Se inclina hacia delante y, al hacerlo, los volantes del cuello de la camisa se ahuecan, dejando al descubierto un pecho de vello leonado—. Muñeca, podrías vender un mechón por un barril lleno de monedas.

—Umm… ¿Gracias?

La reina Kaila le lanza una mirada asesina.

—No avasalles a preguntas a la preferida del rey Midas, hermano. Es de mala educación.

Manu dibuja una sonrisa deslumbrante, una sonrisa que ensalza todavía más su arrebatadora belleza, una sonrisa que encandilaría a cualquier mujer.

—Oh, pero lo malo siempre es mucho más divertido, querida hermana.

Ella le mira con gesto serio y adusto, aunque no consigue borrar el brillo del afecto y el cariño de sus ojos.

—Ah, la cena está servida.

El anuncio de Midas capta la atención de todos los presentes, que se vuelven hacia la docena de criados que desfilan por el comedor con

bandejas llenas de comida.

—Auren.

Miro de reojo a Midas, que en ese momento está señalando la silla vacía que hay a su derecha. Arqueo las cejas, asombrada. Nunca había dejado que me sentara a su lado en una cena oficial, y mucho menos si los invitados alrededor de la mesa eran miembros de la realeza. Estoy furiosa, pero aun así me siento. Sea cual sea el plan de Midas, ya está en marcha. Sé que no debo fiarme. No me ha invitado para que disfrute de los manjares de esta cena, o de la compañía de los comensales. No me ha invitado para demostrarme que me valora, que me aprecia, que me quiere. Que yo esté ahí, a su derecha, tiene su porqué, pero todavía no lo he averiguado.

Los camareros empiezan a servir fuentes de comida a lo largo de la mesa y, de inmediato, el aire se impregna del empalagoso aroma de siropes y almíbares. En silencio, rezo para que el sol se ponga lo antes posible porque solo entonces podré comer y, más importante, beber.

Solo cuando cojo mi copa de vino me doy cuenta de que está vacía. Por ahí sí que no estoy dispuesta a pasar.

—Disculpa, ¿podría servirme un poco de vino? —le pregunto a la camarera que tengo más cerca.

La joven agacha la cabeza, deja la fuente de pasteles sobre la mesa y se retira a toda prisa. Todos empiezan a charlar, algunos en un tono demasiado alto, pero todas las conversaciones giran en torno a la política, un tema que me resulta de lo más tedioso. Puesto que aún no ha anochecido, no puedo comer. A ver…, podría, pero en cuanto la cuchara rozara mis labios, estaría masticando gachas metálicas.

Así que, mientras espero a que caiga la noche, finjo y pruebo de entretenerme para que el tiempo pase un poquito más deprisa. Trato de ignorar todos esos debates absurdos y me sirvo de la bandeja que tengo más cerca. Por desgracia, no tiene un aspecto muy apetecible, pero no voy a quejarme. Remuevo esas gachas de avena edulcoradas, y un pelín apelmazadas, con la cuchara. Una cuchara, por cierto, que estoy sujetando con una mano enguantada.

Voy a necesitar varias copas de vino para poder digerir esta bazofia.

—Entonces, muñeca, ¿son ciertos los rumores? ¿Fue ese galán, el

adonis del comandante del Cuarto Reino, quien te capturó?

Desconcertada, levanto la mirada de esas malditas gachas y, entre dos carámbanos azul cerúleo que decoran el centro de esa mesa de cristal, vislumbro a Manu, que me mira con cierta picardía.

Echo un fugaz vistazo a Midas, pero está enfrascado en una aburrida conversación con Niven.

—Sí, así fue.

—Ah, por fin una historia interesante —dice, y con ojos ansiosos y traviesos, arquea una ceja y añade—: No me importaría que un hombre como él me capturara, la verdad. Con todas esas púas duras y esos músculos tan… gruesos.

Por poco me atraganto con mi propia lengua y, de repente, las mejillas me arden.

A su lado, Keon alarga un brazo, clava el tenedor en un pedazo de carne que Manu se había servido en el plato y se lo mete en la boca, y todo sin quitarle ojo de encima. Manu se echa a reír y le planta un beso en la mejilla.

—No disimules, bribón. Los dos sabemos que me mandarías a paseo si ese monstruo te hiciera una proposición indecente.

Keon le señala con el tenedor.

—Dame calabazas, mándame a paseo, déjame en la estacada y juro por el gran Divino que te arrepentirás.

—Ooh —ronronea Manu.

—Te parece excitante, ¿verdad? —murmura Keon.

No soy capaz de contener la sonrisa. Ese par están animando la cena, una cena que prometía ser soporífera.

—¿Cuánto tiempo lleváis casados?

—Tres meses —pía Manu.

—Tres años —le corrige Keon, y pone los ojos en blanco antes de robar otro pedazo de carne del plato de su marido.

—Ah, tienes razón —dice Manu, y, con aire distraído pero seductor, deja caer una uva en la boca—. El tiempo vuela cuando galopas sobre un buen…

—Carruaje —interviene enseguida Keon, y le atesta un codazo en las costillas mientras trata de esquivar las pudorosas miradas de los

consejeros.

Manu le regala una sonrisa de oreja a oreja, un gesto cómplice y cariñoso, mientras se frota el costado, justo donde su marido le ha golpeado. Creo que nunca he conocido a una pareja tan jovial, tan ocurrente y tan entretenida.

—¿Os gustan los juegos de beber? —pregunto, animada.

Manu chasquea los dedos y me señala con el índice.

—¿Lo ves? Sabía que nos llevaríamos de maravilla. No se lo digas a nadie, pero tengo un don, y es que reconozco a una chica divertida en cuanto la veo. Ese es mi poder.

Con una sonrisa tímida, alargo el cuello y trato de encontrar a la maldita camarera, pero no la veo por ningún lado. Ni a ella, ni al litro de vino que pretendía beberme. Se me está haciendo la boca agua con solo ver toda esa comida azucarada y empalagosa que están sirviendo. En cuanto el sol se esconda tras el horizonte, pienso vaciar la copa de un solo trago y atiborrarme a pastelitos.

—Les he dicho a los camareros que esta noche no tomarás vino.

Las palabras de Midas me sobresaltan, y vuelvo la cabeza hacia él.

—¿Por qué no?

Él me mira fríamente y entonces percibo algo distinto en sus ojos, un fulgor, un leve titileo que hasta ahora nunca había visto.

—Porque lo digo yo.

La bestia indómita que permanece agazapada en mi interior bosteza y empieza a desperezarse, pero prefiere esperar a despertarse. Esta noche noto a Midas nervioso. Tal vez sea por la presencia del Tercer Reino, pero no estoy segura.

Y es entonces cuando ato cabos.

Lo sabe. Cómo no he caído antes en ello. Scofield y los demás guardias debieron de informar a Midas de que Rip me había llevado en volandas a mis aposentos. Se me hace un nudo en el estómago, un nudo que soy incapaz de deshacer y mi cabeza se sume en un pozo de preocupación. ¿Lo habrá pagado con Digby? ¿Le habrá hecho algo?

O… ¿preferirá castigarme a mí?

Siento decenas de ojos clavados en mí, ojos que nos observan con atención, pero también con ávida curiosidad. Me invade una oleada de

rabia, de impotencia y de bochorno, una oleada que amenaza con ahogarme, pero no voy a sucumbir y agachar la cabeza. Me mantengo firme y no aparto la mirada de Midas, que continúa mirándome con apatía e indiferencia.

—No querría que el vino se te subiera a la cabeza, preciosa. Cuando bebes demasiado, te pones insoportable —dice con una cordialidad mordaz e hiriente, y me ruborizo de inmediato. Midas acaba de insinuar delante de todo el mundo que soy una borracha y una compañía insufrible.

—¿Se me permite beber agua, majestad? —Mi tono suena demasiado azucarado, demasiado adulador. Ese retintín irónico no ha pasado desapercibido para nadie, y es entonces cuando me doy cuenta de que he ido demasiado lejos.

Por debajo de la mesa, de una forma taimada y astuta, Midas desliza su mano sobre mi muslo y me pellizca. Me retuerce la piel entre sus dedos y, a pesar de hacerlo por encima de la falda, el dolor es inhumano. La gasa es demasiado fina para mitigar esa punzada de dolor agudo.

Cada segundo que pasa, me pellizca más y más fuerte, pero logro controlar mi expresión. No me encojo de dolor. No hago una mueca que traicione mi sufrimiento. Ni siquiera pestañeo. Podría arrancarme la piel y aun así seguiría ahí sentada como una condenada margarita porque no pienso darle el gusto de ver cómo me marchito.

En la mesa, que segundos antes estaba inmersa en acaloradas conversaciones y debates políticos, ahora reina un silencio tenso, incómodo. El duelo de miradas intimidatorias que nos estamos profesando Midas y yo parece haber enmudecido a todo el mundo. Por primera vez, Midas ha cometido un error. Ha utilizado un tono demasiado severo y autoritario con su supuesta preferida, a quien en estos instantes está mirando con una mezcla de rabia y desdén.

—Mi padre no solía hacer negocios con tercereños, y no se me ocurre ningún motivo por el que fuésemos a empezar ahora, sobre todo si tenemos en cuenta vuestros altísimos impuestos comerciales —comenta el príncipe Niven, arrastrando las palabras. La voz juvenil y nasal del joven parece distraer a Midas—. ¿De veras los recursos del

Tercer Reino son tan valiosos? ¿No creéis que el precio que proponéis es exagerado?

Ahora todas las miradas están puestas en la reina, y no en mí. Su tenedor queda suspendido en el aire a medio camino entre el plato y su boca. Hasta el momento, Niven había demostrado que podía controlar esos aires de grandeza, ese ademán pretencioso típico de un príncipe heredero, pero salta a la vista que la diplomacia no es su fuerte.

Por suerte, Midas retira la mano y la deja caer, como si no hubiese ocurrido nada debajo de la mesa, pero la marca roja que tengo en el muslo demuestra lo contrario. El dolor es punzante y agudo, como si me hubiesen clavado decenas de alfileres en la piel, pero lo ignoro para no perder detalle del drama político que acaba de desencadenarse. Antes de que Midas pueda suavizar las cosas y limar asperezas, la reina lanza al príncipe una mirada desafiante.

—Nosotros, los «tercereños», no necesitamos comerciar con vuestros súbditos de hielo, príncipe Niven —dice ella con un tono tan glacial y afilado como los chapiteles de su resplandeciente corona—. El Tercer Reino es una tierra próspera y floreciente, y cuenta con diez veces más recursos que vuestra montaña nevada. El rey Midas nos invitó a su palacio para fortalecer nuestra alianza, y estamos aquí porque consideramos que podría ser beneficioso para nuestro pueblo. Pero no os equivoquéis, quien realmente necesita este acuerdo sois vosotros, mucho más que nosotros.

El príncipe Niven se sonroja, pero no de vergüenza, sino de ira. Su rostro se convierte en una máscara de parches de todas las tonalidades de rojo que uno puede imaginar, pero Midas interviene antes de que el muchacho meta aún más la pata.

—El Sexto y el Quinto Reino os agradecemos que estéis hoy aquí, reina Kaila. Estoy seguro de que alcanzaremos nuevos acuerdos comerciales que, sin duda, beneficiarán a todas las partes implicadas.

La reina asiente con la cabeza, pero su hermano Manu, que ya no parece tan jovial y alegre, se inclina hacia ella y le susurra algo al oído.

Cuando Manu recupera la postura, una postura cómoda y relajada,

la reina toma un sorbo de vino. Inspira hondo y la tensión que se reflejaba en sus rasgos se disipa.

—Había olvidado lo joven que eras, príncipe Niven. La muerte de tu padre es muy reciente y, sin duda, aún debes de estar llorando su pérdida. Es una suerte que el rey Midas se haya ofrecido a ayudarte en este periodo de transición política.

En otras palabras, eres un idiota.

Niven se reacomoda en su asiento y estira bien la espalda, como si quisiera parecer más alto, más maduro, más adulto, pero ese rostro imberbe y el remolino rebelde que tiene en el cogote no juegan a su favor.

—Mi decimotercer cumpleaños es en menos de dos meses.

Kaila sonríe con suficiencia.

—Ah, trece años —musita con aire reflexivo—. Nunca olvidaré el día en que cumplí trece años. Fue el día en que mis poderes se manifestaron. ¿Te acuerdas, Manu? —pregunta, y se gira hacia su hermano.

—¿Cómo no acordarme? —responde él, y dibuja una sonrisa tierna y cariñosa y la conversación toma un cariz mucho más distendido y ameno—. Me enmudecías cada dos por tres para que no me chivara de tus travesuras a madre y a padre.

Ella tuerce los labios.

—Te lo merecías.

—Seguramente sí —acepta él.

El príncipe frunce el gesto, confundido.

—Vaya, creía que tenías el poder de orientar las voces hacia tus oídos, que podías escuchar hasta el murmullo más silencioso y discreto de una habitación.

«Mierda. Tengo que acordarme de no revelar ningún secreto cerca de esta mujer».

Midas le arroja una mirada cortante, una clara advertencia, pero el príncipe es tan torpe e ingenuo que no se percata del gesto y se limita a meterse una cucharada de estofado en la boca.

—Mi magia puede hacer muchas cosas —contesta Kaila con ademán misterioso—. He conocido a varios insensatos que, al abusar de su voz,

lo cual me parece un tremendo incordio, han perdido el privilegio de tenerla.

Por el rabillo del ojo miro a Niven, que está rojo de vergüenza. A mi lado, Midas golpetea el pie contra el suelo seis veces. Ni una más, ni una menos. Está al borde de la exasperación. Niven agacha la cabeza.

—Mi poder se revelará muy pronto, y beneficiará al Quinto Reino. Mis consejeros estiman que mi magia será más fuerte y poderosa que la de mi padre. Quizá incluso más que la de cualquiera de este comedor.

Por poco se me escapa un resoplido. Midas y Kaila están que echan humo por las orejas. O bien el príncipe es un narcisista que no presta atención a las reacciones de sus invitados, o bien finge no darse cuenta, porque el muy necio continúa parloteando como un loro. Apostaría a que está tratando de ganarse el premio al Príncipe Más Presuntuoso y Más Capullo de Toda Orea. El título le vendría como anillo al dedo, desde luego.

—Ahora bien, el rey Ravinger…, él sí es poderoso —prosigue Niven, y mira a ambos lados de la mesa para ver quién está de acuerdo con él, pero ninguno de los presentes le mira a los ojos—. Demasiado, me atrevería a decir. En cuanto puso un pie en el Quinto Reino, pudrió parte de nuestras tierras con su magia. Supongo que visteis los estragos de ese gratuito alarde de poder cuando entrasteis en Rocablanca. Eso, y su ejército —dice, y sorbe otra cucharada de estofado—. Nos vimos obligados a entregarle un pedazo de terreno baldío. O aceptábamos el trato o nos enfrentábamos al ataque de su ejército.

Y en ese preciso instante, como si las palabras de Niven lo hubiesen invocado, Slade aparece en el umbral de la puerta y una voz profunda y grave retumba en el comedor.

—Creo que vosotros salisteis ganando con el acuerdo, ¿no os parece?

19

Auren

Todas y cada una de las personas sentadas alrededor de la mesa se tensan ante la repentina aparición de Slade. Yo, en cambio… Mi cuerpo parece relajarse por primera vez desde que he entrado en este comedor. Las cintas se aflojan y, poco a poco, empiezan a deslizarse por debajo de la mesa, como si desearan reptar por el suelo y enroscarse alrededor de sus piernas.

Sufro un ligero vahído y, de repente, todo a mi alrededor se difumina. Todo, salvo él. Siento un cosquilleo cálido en los labios al rememorar la caricia de su boca, el mordisco de sus dientes.

«Por el Gran Divino, ese beso».

Sus ojos verde musgo escudriñan el salón. Su melena de ónice está perfectamente desaliñada y va vestido de pies a cabeza con ropajes negros y ajustados, seguramente hechos a medida. La única pincelada de color es la tira de cuero marrón que luce alrededor de la cintura. A pesar de no posar su mirada en mí, pondría la mano en el fuego de que curva los labios en lo que parece una sonrisita.

Slade entra en el comedor con andares arrogantes, con el contoneo petulante propio de alguien que está muy seguro de sí mismo. Pero no viene solo, sino seguido de su Cólera, todos ataviados con su armadura, incluido el casco. Sé que son ellos porque enseguida reconozco la figura descomunal de Osrik y el caminar liviano de Lu. Judd entra detrás de la soldado, balanceando los brazos con aire tranquilo y relajado, mientras que el cuarto miembro del grupo…

Observo a Slade y al doble de Rip con detenimiento. Slade camina como quien se pavonea, mientras que Rip Postizo lo hace con ademán acechador, como quien está a la defensiva. Con esas botas de cuero negro y esas púas afiladas y curvadas que sobresalen de los brazos y la

espalda de su armadura, es una copia exacta del comandante del ejército del Cuarto Reino.

Salvo por un pequeño detalle. No percibo su aura palpitando a su alrededor. Y la esencia oscura y siniestra de su presencia tampoco se cierne en el aire. No me cabe el menor atisbo de duda de que ese hombre está suplantando la identidad de Rip. La pregunta es… ¿quién demonios es?

—Rey Ravinger —saluda Midas. Los cuatro miembros de la Cólera toman posiciones en la pared del comedor y a los guardias de Rocablanca no les queda más remedio que apretarse un poco para dejarles espacio—. Puesto que no os habíais presentado a la hora acordada para cenar, asumí que tendríais obligaciones más importantes que atender.

Una puñalada verbal en toda regla. Midas acaba de dejar bien claro a todos los presentes que la falta de puntualidad de Slade le molesta.

—Perdón —responde Slade, que toma asiento frente al príncipe y empieza a servirse un buen plato de comida—. No pretendía pudrir los exquisitos manjares que nos brinda el Quinto Reino, pero el tiempo se me echó encima.

Niven se queda más blanco que la sopa de pescado que está a punto de degustar y, por primera vez, tiene la sensatez y la prudencia de mantener la boca cerrada.

El tiempo parece ralentizarse y, aunque los minutos van pasando, la tensión que se palpa en el ambiente no desaparece. Se necesitaría un cuchillo más afilado que el que tengo en la mano para poder atravesar esa tensión. Todos comen y charlan para llenar el incómodo silencio que se ha formado. Yo, en cambio, jugueteo con la comida que tengo en el plato y, de vez en cuando, si alguien comenta algo interesante, asiento con la cabeza. Me rugen las tripas y no veo el momento de que llegue el atardecer.

Todos los monarcas se lanzan miraditas suspicaces cuando creen que nadie los ve, entablan conversaciones triviales sobre temas absurdos, se les llena la boca de palabras vacías, de adivinanzas sin sentido, y se dedican toda clase de falsas alabanzas y halagos. El único que está tan callado como yo es Slade.

Por voluntad propia, mis ojos se despegan del plato de comida para mirar de soslayo el perfil de Slade. Se arrastran por su mandíbula, por esas raíces de poder que el cuello de su camisa no consigue ocultar. De repente, esa mirada verde musgo se cruza con la mía, como si hubiera notado que le estaba observando, y trato de esquivarla. Sigo removiendo la comida que tengo en el plato y me esfuerzo por mantener mi expresión impasible.

Sé que no debería mirarle. No cuando el corazón me está amartillando el pecho. No con tantas miradas atentas y vigilantes a nuestro alrededor.

Y, sin embargo, en cuanto aparto la mirada, juro por el Divino que siento la caricia de sus ojos en mi mejilla. Tal vez él también note esa especie de magnetismo, esa irresistible atracción, el anhelo de buscarnos, de colisionar. Pero, en lugar de caer en la trampa, mis ojos vagan por el comedor hasta encontrar a su Cólera.

Osrik es como un gigante postrado en la pared; es más una columna de piedra que un hombre de carne y hueso, como si pudiese sostener el techo de ese inmenso comedor si se viniese abajo. Y, en honor a la verdad, creo que lo conseguiría.

Judd está a su lado, moviendo la cabeza de un lado a otro para no perder detalle de todo lo que ocurre alrededor de la mesa. Lu, en cambio, está tan quieta que parece una estatua. Tiene la mano apoyada en la espada que cuelga de su cadera, quizá para recordar a los presentes que, aunque sea la más pequeña y menuda de los cuatro, es igual de letal que sus compañeros.

Me resulta imposible saber si alguno se ha dado cuenta de que estoy ahí sentada. Desde que han llegado, todos han mantenido la expresión seria, impertérrita, imperturbable.

En cuanto al tipo que se hace pasar por Rip…

Mi mirada se abalanza sobre él una y otra vez.

No puedo evitarlo. Con ojo casi clínico, trato de distinguir sus verdaderos rasgos, de atisbar su auténtica apariencia, de encontrar todas las diferencias con Rip. Sin embargo, además del vacío que debería ocupar ese aura vibrante y abrumadora, no advierto nada que pueda darme una pista de quién es en realidad.

—Rey Midas, me parece que todavía no te he felicitado por el espléndido cambio que le has dado al salón del trono. Es innegable que el resultado es magnífico, una verdadera obra de arte —comenta la reina Kaila con gran entusiasmo.

—Un obsequio para el príncipe Niven —responde Midas hábilmente, como si fuese un tipo dadivoso y desinteresado. Jamás haría algo así por nadie que no fuese él mismo.

—Ha sido muy generoso por tu parte, rey Midas —murmura el joven sin ningún tipo de emoción en la voz.

La reina Kaila sonríe.

—Debo admitir que tu poder siempre me ha cautivado, rey Midas.

—Oh, no es nada —contesta él con una media sonrisa.

El comentario me enfurece. Y mis cintas se afilan, se amuelan hasta parecer los colmillos de una víbora.

No es nada.

«Nada».

Enrosco los dedos alrededor de la cuchara y aprieto con fuerza. Después de diez años, he perdido la cuenta de las veces que he consumido hasta la última gota de mi magia por satisfacerle. He estado a punto de desfallecer, y todo por contentarle. Y ahora el cretino no solo finge que el poder es suyo sino que además tiene la desfachatez de decir que «no es nada».

La criatura furibunda que dormitaba en mi interior empieza a golpearme las costillas, a dar bandazos de un lado a otro para que la libere de esa jaula invisible. Las cintas reptan por mis piernas como serpientes hambrientas que buscan perforar una vena y atravesar el músculo fibroso, pero las contengo.

—Oh, me alegra saber que puedas utilizar tu poder con tal naturalidad —replica Kaila—. La magia, a veces, es caprichosa y no siempre es tan fácil de manejar.

—Tienes razón —concede él—. Pero conseguí dominarla hace ya muchos años.

«Dominarla».

Tengo la sensación de que mis tripas se reducen a cenizas, carbonizadas por las llamas del fuego que arde en mi garganta con

una furia desbocada.

«Dominarme a mí, querrás decir, maldito pedazo de mierda…».

—Oh, debe de ser impresionante —alaba la reina Kaila—. ¿Podrías hacernos una demostración?

Midas, que en ese instante estaba pasando un dedo por el borde de la copa de vino, se queda quieto. Observa a Kaila con detenimiento, sin tan siquiera pestañear.

—¿Una demostración?

La reina no oculta su entusiasmo y dice que sí con la cabeza. Los ojos le brillan de emoción.

—No te importa, ¿verdad que no? He oído tantísimas historias sobre el formidable y sublime poder del rey Midas que, ahora que tengo la ocasión, me encantaría poder verlo con mis propios ojos. He pensado que, puesto que lo dominas a tu antojo, no sería una imposición tan terrible. Tanto para mi hermano como para mí sería todo un honor.

Midas mira a la reina Kaila con una sonrisa afable y caballerosa pegada en la cara, pero hay un detalle que, al menos a mí, no me pasa desapercibido. Advierto una ligera rigidez en su mandíbula y acto seguido golpea el talón contra el suelo. Seis.

A Kaila le han bastado cuatro frases para ponerlo entre la espada y la pared. Si Midas se negara a hacer esa pequeña «demostración», todos le tomarían como un rey débil o, peor aún, un rey desagradable, dos atributos que Midas jamás querría que relacionaran con él.

Tras un silencio demasiado largo, él baja la cabeza.

—Por supuesto, reina Kaila. Lo haré encantado.

Ella le dedica una sonrisa de oreja a oreja, una sonrisa que la hace parecer joven y hermosa. Sin embargo, se vislumbra un destello malicioso y astuto en su mirada, como si la petición fuese, en realidad, una prueba.

—Auren, ¿me harías el favor de pasarme tu copa? —pregunta Midas, que se vuelve hacia mí y me dispara una mirada exigente, una mirada que pretende acobardarme. Hemos jugado a esto cientos de veces. Hemos engañado a cientos de personas.

Pero, ahora mismo, esa rabia desatada controla la razón, y la única persona a quien querría engañar, a quien querría dejar en evidencia,

es a él.

Con una sonrisa dulce, tal vez incluso empalagosa, cojo la copa de vino y la sostengo con los dedos. En el pasado, realizaba un juego de manos, un movimiento rápido y diestro para que mi piel tocara el objeto en el momento exacto en que se lo entregaba, de forma que, cuando el oro empezaba a expandirse, Midas ya lo tenía bien sujeto entre sus manos.

Pero esta vez no hago nada.

Los ojos de Midas, que me recuerdan a la vaina de una algarroba, se ensombrecen, se marchitan, se desprenden de una rama y aterrizan sobre mi mano enguantada. Cuando vuelve a levantar la vista, los dos nos quedamos en una especie de limbo, ambos sujetando la copa, desafiándonos con esa mirada fija y penetrante.

Su mirada es una orden.

La mía, una amenaza.

Durante esos segundos, cargados de suspense e incertidumbre, la mesa enmudece. Todos, sin excepción, están tensos por ese duelo de miradas entre el Rey Dorado y su querida mascota dorada.

Advierto un tic nervioso en la mandíbula de Midas y, aunque sigue con esa sonrisa de falsa cordialidad soldada en su rostro varonil y atractivo, sé que está furioso, que está deseando dar un puñetazo encima de la mesa y aplastar así mi insolente provocación. No borro esa sonrisa cándida e inocente, pero mis iris dorados brillan con la luz de un fuego que quiere arrasar con todo.

Siempre he aceptado vivir a la sombra de Midas, pero ahora la sombra está amenazando con arder. El corazón me late tan rápido que creo que va a explotarme en el pecho. El poder que estoy ejerciendo al no utilizar mi auténtico poder es asombroso. He conseguido que todos los invitados nos miren con interés y curiosidad, pues están esperando a que él haga alarde de su magia.

Pero no puede.

—¿Piensas soltar la copa algún día? —pregunta con tono alegre, como si fuese una broma, pero la rigidez de su mandíbula no dice eso.

«¿Piensas obedecer?», eso es lo que realmente me está diciendo. «¿Qué vas a hacer si no obedezco?», le respondo con la mirada. Nos

estamos midiendo las fuerzas para ver quién puede más y, mientras tanto, los segundos van pasando.

En la otra punta de la mesa, juraría oír una risa contenida, una risa que retumba en el interior de un pecho uniformado de negro. Ese sonido despreocupado y jovial me envanece un poco más.

Midas prácticamente me arranca la copa de las manos y mira a los atentos espectadores con expresión divertida.

—Os ruego que me disculpéis. Mi preferida sabe cómo distraerme —dice en un intento pésimo de justificar ese duelo de miradas. Varias personas se ríen por lo bajo por mera educación.

Aprovecha ese breve momento de distracción para mirar de reojo las ventanas que hay detrás de nosotros y aprieta los labios en una mezcla de rabia y pánico. El ocaso está muy cerca. Le quedan minutos, puede que segundos. Mi poder está a punto de adormecerse. Hacía tiempo que no le veía de tan mal humor.

—Es comprensible. Auren es una mujer hermosa —dice Keon, y me guiña el ojo, pero esta vez nadie le ríe la gracia. Todos están pendientes de nosotros. Empiezan a sospechar. A dudar. Porque no comprenden qué está pasando. Por primera vez, la mascota se ha rebelado contra su amo, y a ningún amo le gusta que su perro le enseñe los dientes, y menos cuando creía haberle puesto un bozal.

Midas se inclina hacia mí, aunque no lo suficiente como para rozarme la piel, por supuesto. Él jamás cometería un error como ese, pues es un hombre muy meticuloso.

—Cuidado, preciosa —susurra, y habla tan bajito que solo yo puedo oír la advertencia.

Pero esa insumisión se esfuma de un plumazo en cuanto advierto la amenaza que esconde esa sonrisa ladina y malvada. Midas me lanza una mirada fulminante para asegurarse de que he entendido el mensaje y, con suma lentitud, se aparta de mí, como un rey que acaba de murmurarle algún íntimo e inconfesable secreto a su montura favorita.

Digby. Tengo que pensar en Digby.

Y por eso cojo todo ese orgullo y, como si fuera un pedazo de papel inservible, lo arrugo hasta formar una pelota y lo arrojo al fuego. Con

gran pericia y discreción, me quito el guante, lo dejo sobre el regazo y alargo el brazo, como si fuese a coger el cucharón para servirme otra ración de gachas. Doy gracias al Divino por tener ese excéntrico centro de mesa justo delante de mí. Me concentro y mido bien los tiempos para que nadie se percate del truco que se esconde detrás de tal exhibición. En cuanto Midas deja la copa sobre la mesa, apoyo la mano desnuda sobre la superficie de cristal y dejo que mi magia se ocupe del resto.

El oro sale a borbotones de mi palma, como un chorro de sangre de una herida abierta, y empieza a extenderse por toda la mesa.

Se oyen gritos ahogados, murmullos de sorpresa, ovaciones. El riachuelo dorado que nace de la copa de Midas ha conseguido inundar toda la mesa, como si, de repente, se hubiese desbordado. El oro ha sepultado el cristal en un féretro áureo y brillante, pero no conforme con eso empieza a arrastrarse por debajo de la mesa, a gotear por las patas. En cuestión de segundos, la mesa se transforma en un inmenso bloque de oro macizo y los carámbanos de vidrio soplado que ocupaban el centro ahora parecen garras de avaricia dorada.

Midas por fin relaja los hombros y, enfrente de él, la reina Kaila se echa a aplaudir.

—Exquisito, rey Midas —felicita con una amplia sonrisa mientras pasa esos dedos largos y bronceados por la superficie metálica.

Keon se ríe con genuina jovialidad.

—Desde luego. ¿Por qué conformarse con una copa cuando puedes tener toda una mesa de oro?

Midas sonríe.

—Me has leído la mente, Keon —dice, y entonces se gira para centrar toda su maléfica atención en mí. Su mirada es tan salvaje que parece que vaya a despellejarme ahí mismo—. ¿Te ha gustado, preciosa?

—Sí, mucho.

Y es verdad. Me ha gustado mucho. Muchísimo.

Tras ese engañoso alarde de poder, Midas se sirve un buen plato de comida y empieza a cenar. Con disimulo, me pongo el guante y noto que la palma, todavía con gotas de oro, se me queda pegada al interior

de la tela.

Sé que tengo que mantener la compostura, así que, aunque por dentro esté indignada y furibunda, sigo actuando como la montura dócil e insulsa que todos creen que soy.

Estúpido. Ha sido un riesgo estúpido e imprudente que no debería haber corrido. Mi orgullo no vale más que la vida de Digby.

Pero, joder, cómo he disfrutado viéndole retorcerse como una cucaracha.

Un par de minutos más tarde, el sol desaparece tras la línea del horizonte y el día toca a su fin. Al caer la noche, siento cómo mi poder se va apagando poco a poco. Los restos de oro que todavía tenía en la mano se funden con mi piel y dejo escapar un bufido de cansancio. El haber usado tanta magia en tan poco tiempo me ha dejado un pelín mareada y aturdida, y, además, todavía sigo recuperándome del tremendo esfuerzo que hice ayer.

A mi alrededor, todos están enfrascados en alguna conversación. La reina Kaila se deshace en elogios hacia Midas y no deja de repetir una y otra vez cuán magnífica es la mesa dorada. Los demás continúan atiborrándose de comida mientras charlan de temas tan banales como el tiempo. Engullo las gachas de avena, ya frías y pegajosas, y tomo un buen sorbo de agua.

Lo único que me apetece hacer es regresar a mis aposentos, escapar al balcón y tomar una bocanada de aire fresco y vigorizante. Esas continuas miraditas furtivas y entrometidas y esas conversaciones de pura cortesía me abruman, me incomodan. A mi lado, la presencia de Midas es como la proa de un barco; da igual lo rápido que intente nadar, él siempre está ahí, acechándome, cerniéndose sobre mí.

De repente, al degustar una macedonia de frutas almibaradas, me entran ganas de llorar. Lo que faltaba. Ya es raro que una montura esté aquí sentada, en una cena de gala, rodeada de aristócratas y miembros de la realeza. Si me pongo a llorar sobre el cuenco de fruta, seré la comidilla de la corte. Pero odio esto. Odio a Midas. Aprieto fuerte los dientes y trato de calmarme.

¿Cómo es posible que el hombre al que has dado todo cuanto tenías pueda hacerte sentir que no vales nada?

Y en ese preciso instante, como un susurro al oído, siento la suave brisa de la magia besándome la mejilla. Es un roce delicado y muy sutil, como cuando sumerges la punta de un dedo en el agua. Esta vez el aura de Ravinger no emana ese repulsivo poder que me revuelve las tripas, sino esa caricia tierna y cariñosa y estremecedora a la que ya me he acostumbrado cuando adopta la forma de comandante.

Su esencia actúa como un bálsamo en mí y, por fin, dejo de jadear. Inspiro hondo, me trago ese nudo de arrepentimiento y la preocupación que se me había formado en la garganta y recupero el aplomo que necesito. Así de fácil. Slade ha logrado serenarme y devolverme a la realidad.

Puesto que no puedo mirarlo a él, mis ojos se conforman con buscar a Rip Postizo; las dos hendiduras del casco parecen mirar al infinito y tiene las manos entrelazadas delante de él. ¿Quién se esconde bajo esa armadura negra? ¿Qué rostro se oculta detrás de ese casco? ¿Qué otros secretos guarda el rey Slade Ravinger?

—¿Me has oído?

Doy un respingo y, un tanto sobresaltada, giro la cabeza hacia la izquierda, hacia Midas.

—¿Qué?

Su mirada pardusca se ensombrece al darse cuenta de que tenía los ojos puestos en el comandante, de que lo observaba con gran atención. Siento un vacío en el estómago. Sé que acabo de cometer otro error imperdonable. La sensación de calma y seguridad que me había proporcionado el aura de Slade desaparece de un plumazo, aplastada bajo la mirada amenazadora de Midas.

El rey levanta la barbilla y arrastra los ojos hasta el arpa que hay junto a las ventanas.

—Tócanos algo de música.

No es una petición.

De hecho, ni siquiera es apropiado para la ocasión. Es una cena de bienvenida con la flor y nata de varios reinos y, por si eso fuera poco, es evidente que todavía no he terminado de cenar. Me ha pillado mirando a Rip, y no le ha gustado. No le ha gustado ni un pelo.

—Majestad, no te sientas en la obligación de entretenernos —

intercede Manu desde el otro lado de la mesa—. Además, esa arpa parece un instrumento de tortura, y no de música, ¿no estás de acuerdo conmigo, Keon?

El tipo levanta la vista del muslo de carne al que estaba a punto de hincarle el diente. Al ver que no contesta al instante, Manu le atesta un codazo.

—Ah, sí. Un instrumento de tortura.

—Mi Auren es autodidacta —presume Midas mientras dibuja otra sonrisa hipócrita—. ¿Y bien? —insiste.

—¿Ahora? —pregunto con voz ronca.

La respuesta no ha sido de su agrado, y así lo reflejan sus rasgos, siempre bellos y ahora desfigurados por la ira y el rencor.

—Sí, ahora.

Estoy pisando terreno pantanoso, lo sé. Con el corazón en la mano, no tengo ni idea de qué me está pasando esta noche. O quizá sí.

«No es nada».

«Conseguí dominarla».

Me ha insultado, me ha dejado en evidencia, me ha tenido ahí sentada como si fuese su trofeo y ha reafirmado su fama de rey pudiente y generoso al hacer creer a todos que él ha convertido la mesa en oro. Ahora mismo, lo último que quiero es sentarme en la banqueta y tocar el arpa, como si fuese una marioneta.

Aun así, me sorprendo al oírme decir:

—Gracias, pero no.

El tenedor de uno de los comensales chirría contra el plato, un sonido agudo y ensordecedor, como el de un violín desafinado. De pronto, todos enmudecen. Por el rabillo del ojo, me parece ver a Slade sonreír con satisfacción.

Conozco muy bien a Midas. He aprendido a leer e interpretar cada gesto, cada mirada, cada mueca. Y ahora mismo sé que está tan furioso que corro el peligro de que me atraviese con la mirada, literalmente hablando. Baja la voz, pero suena igual de aterradora que los truenos de una tormenta huracanada.

—¿No?

Pruebo de atusarle las plumas con una sonrisa apaciguadora.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que di un recital. Y hace tanto que no ensayo…

Midas sonríe, pero sus ojos no dicen lo mismo. No, sus ojos reflejan la ira que le corroe por dentro, pero también una especie de contento, de diversión que me pone los pelos de punta.

—Oh, preciosa, pero si tocas como los ángeles. Le cogerás el tranquillo enseguida, ya lo verás, y volverás a ser tan buena como antes.

El doble sentido de sus palabras es evidente.

—No sabía que tu preferida tuviese tanto talento —dice la reina Kaila, captando así su atención.

—Sí, a lo largo de los años ha aprendido varias habilidades y destrezas para entretenerme —comenta él, y me mira de soslayo—. ¿No es así, preciosa?

La insinuación me resulta tan vejatoria que las mejillas y las orejas se me ponen tan coloradas que parecen que vayan a explotar.

Lo está haciendo a propósito. Me humilla. Me pone en mi lugar. Me recuerda, a mí y a todos los demás, que soy una de sus múltiples posesiones.

—Aunque también le gusta entretener a otros —prosigue Midas, y, durante una milésima de segundo, aparta la mirada. Aprovecho la distracción para mirar a Slade.

Está reclinado en su asiento, con un codo apoyado en el reposabrazos y balanceando una copa de vino con la otra mano. Cualquiera diría que está relajado. Aburrido, incluso.

Pero hay un detalle que delata ese aparente hastío. Me fijo en la mano con que sujeta la copa y veo que tiene los nudillos blancos por la fuerza que está ejerciendo. Me temo que vaya a romper la copa, a hacerla añicos.

Y, quizá, me haga añicos a mí también.

En el fondo del comedor, alguien se echa a toser. No tardo en descubrir que es Rip Postizo, pero enseguida recupera su postura de firme, con las manos entrelazadas delante de él.

Midas desliza la mano por mi brazo y, de repente, me da un pellizco en la zona más sensible, justo entre la axila y el codo. A pesar de

haber elegido un vestido de manga larga, el dolor es insoportable. Todo mi cuerpo se pone rígido y contengo la respiración. Él me retuerce la piel con todas sus fuerzas y, un segundo después, las lágrimas empiezan a agolparse en mis ojos.

Tal y como tiene la mano colocada alrededor de mi bíceps, estoy segura de que, a ojos de los demás, parece que esté haciéndome arrumacos, y no castigándome para conseguir doblegarme.

Algunos invitados retoman la conversación que habían dejado a medias, pero sé que todos los allí presentes, sin excepción, están pendientes de nosotros. Después de todo, ver al Rey Dorado con su montura preferida, la joven que tocó y convirtió en oro, no es algo que ocurra todos los días.

Y por si ese escrutinio no fuese lo bastante incómodo, noto los ojos de Slade quemándome la mejilla, la misma que ha arrullado con su aura. No logro comprender cómo puedo estar tan segura de que me está observando, de que tiene toda su atención puesta en los dedos de Midas, los mismos que siguen retorciéndome la piel, pero lo sé.

—Oh, ahora no te pongas tímida, preciosa.

Una de mis cintas se despliega y, con la punta biselada, se yergue como una serpiente que olisquea el aire. Cada segundo que pasa, el pellizco me duele más y más; el dolor es tan lacerante, tan intenso que, por un momento, tengo la sensación de que me ha atravesado la piel con un clavo oxidado.

Al ver que tengo los ojos vidriosos, Midas sonríe y, por fin, retira la mano. «Bendito sea el Divino», pienso para mis adentros. Sin embargo, el dolor no desaparece. Curioso, ¿verdad? Cada parte de mi cuerpo que Midas ha tocado ahora está roja y dolorida. Ahí donde ha puesto la mano, ahora tengo una marca que me recuerda lo brutal y despiadado que puede llegar a ser.

—Me duele un poco la pierna, y el brazo también —respondo en voz baja, y con la mirada le señalo el muslo que él mismo ha retorcido. Estoy segura de que en cuestión de minutos aparecerá un buen cardenal.

—Había olvidado lo delicada que eres —dice Midas, aunque la amabilidad que se aprecia en su voz no es más que una farsa—. Ya

que te duele tanto la pierna, quizá el comandante pueda llevarte hasta el arpa. Según tengo entendido, tiene bastante práctica.

Mierda. El corazón empieza a renquear, y los latidos que me golpetean las costillas se sienten torpes, apabullados, irregulares. «¿Cuánta información le ha llegado?».

Maldigo a los guardias por informarle de todos y cada uno de mis movimientos. De hecho, ahora que lo pienso, si anoche Midas no irrumpió en mi habitación hecho una furia fue, con toda probabilidad, porque había llegado la reina Kaila y, como buen monarca en funciones, tenía que recibirla como es debido.

Estaba angustiado.

Y ya no lo está.

No me lo va a perdonar. Sé que tendré que pagar las consecuencias de haber permitido que alguien me haya tocado. A Midas le importa bien poco que fuese su jodida culpa que no pudiese subir las escaleras.

Se aclara la garganta y, con ese tono autoritario y arrogante y vomitivo, dice:

—Comandante, ven y lleva a Auren hasta el arpa.

Tengo que reconocer que el muy capullo tiene agallas. Todavía no entiendo cómo se ha atrevido a mangonear a Rip delante de todo el mundo, sobre todo teniendo en cuenta la reputación del comandante y que Midas ni siquiera es su rey.

Midas fija la mirada en Rip Postizo, pero el tipo, en un alarde de estoicismo, no mueve ni un solo músculo y se queda inmóvil en la pared, con las piernas un pelín separadas y las manos entrelazadas. De pronto, gira ligeramente la cabeza, pero no hacia Midas, sino hacia Slade. Creo que nunca había pasado tanta vergüenza.

—Eso no será necesario —me apresuro a decir.

—Oh, sí lo es. Insisto —dice Midas con un tono tan afilado que podría cortar el aire.

Aprieto tanto los dientes que incluso me rechinan. Presa de la desesperación, echo un vistazo a la mesa en busca de un alma cándida que se apiade de mí y me tienda la mano, pero todos fingen estar distraídos, como si no tuvieran la oreja puesta en nuestra conversación. Incluso Manu y Keon hacen como que están discutiendo

con la reina.

—No hará falta. No querría causar ninguna molestia al comandante —replico, y, al levantarme, arrastro la silla hacia atrás. Las patas emiten un chirrido ensordecedor al rascar las baldosas de piedra.

Todavía no me he puesto derecha cuando Midas me agarra por la muñeca.

—Si anoche no fue ninguna molestia, estoy convencido de que ahora tampoco lo será. —El glacial desafío es una clara demostración de fuerza, autoridad y control. Y tras esa declaración de intenciones, lanza una mirada inocente a Slade—. No te importa, ¿verdad, Ravinger? Ayer por la noche tu comandante se comportó como todo un caballero con mi Auren, y sé que puede volver a hacerlo. Sé que la dejo en buenas manos.

«Mi Auren».

Una parte de mí no da crédito a lo que está ocurriendo esta noche; el jueguecito de control y posesión que se trae entre manos me resulta demasiado descarado y cínico, incluso para él. Aunque, ahora que sé que los guardias le han puesto al tanto de lo ocurrido, tiene bastante sentido. Si hay algo que Midas no soporta es que alguien me toque.

Slade lo observa con la cabeza ladeada y una expresión de absoluta apatía e indiferencia. No muestra ninguna clase de emoción, ni siquiera cuando su mirada sobrevuela mi muñeca, la misma que Midas está sujetando con toda su fuerza bruta. Nada.

Creo que eso es lo que más me irrita de todo.

Hasta que Slade dice:

—Por supuesto, Midas. Lo que necesites.

Al oír esa respuesta, algo en mí se desinfla y, de inmediato, la cinta se repliega para lamerme unas heridas invisibles. ¿Me habré imaginado ese atisbo de rabia contenida que me había parecido ver mientras sujetaba la copa de vino?

Sabía que Slade es imprevisible y, como tal, es imposible adivinar qué se le pasa por la cabeza. Pero hasta que no siento la piedrecita de la decepción rodando por mis entrañas no me doy cuenta de que, en el fondo, confiaba en que iba a intervenir a mi favor, en que iba a echarme una mano.

Pero no lo hace.

Rip Postizo acata la orden y atraviesa el comedor a largas y ruidosas zancadas. El brillo negro y ominoso de las púas resulta más siniestro y aterrador en él que en Slade. En un abrir y cerrar de ojos, se planta delante de mí y, sin mediar palabra, entrelaza su brazo con el mío.

No tengo más remedio que resignarme. Me doy la vuelta y, humillada, empiezo a caminar hacia el arpa. Ojalá no hubiera abierto la bocaza. Debería haberme figurado que Midas no iba a dejar pasar una deslealtad como esa, que iba a querer ponerme en mi lugar.

Apenas hemos dado cuatro pasos cuando Midas exclama:

—Mi preferida no puede caminar por sí sola, comandante.

Con los talones clavados en las baldosas de piedra, el desconocido y yo nos quedamos petrificados durante unos instantes. Y entonces me parece oír un suspiro callado y sigiloso, casi mudo, en el interior de ese casco negro.

Se me tensan los hombros.

—No te atre…

Antes de que pueda terminar la frase, Rip Postizo me levanta y mis pies se despegan del suelo.

No me lleva como a una novia. Tampoco me carga sobre el hombro, como un bruto.

No, el doble del comandante me coge como si fuese un saco de patatas. Con un brazo rodeándome la cintura, el tipo me coloca sobre su cadera y empieza a caminar.

Estoy tan perpleja, tan asombrada, que ni siquiera me da tiempo a objetar. Y así atravesamos el comedor hasta llegar a la dichosa arpa, como si yo fuese una cría traviesa y él, mi madre.

Con la misma brusquedad y falta de tacto, me deja caer sobre la banqueta que hay frente al instrumento. Bufo como un gato y le lanzo una mirada asesina mientras mis cintas se revuelven a mi espalda. Si pudiesen, se elevarían como serpientes y le sacarían la lengua. No estoy del todo segura, pero me parece ver que, tras las hendiduras del casco, me guiña un ojo, justo antes de darse media vuelta y regresar a su puesto de guardia.

«¿Qué diablos?».

El comedor queda sumido en un silencio que me abruma e incomoda, hasta que Manu pregunta:

—¿Por qué no me llevas así a todas partes?

—Porque pesas cincuenta kilos más que yo —responde Keon, arrastrando cada una de las palabras.

—Es una excusa terrible.

Agradecida porque Manu y su marido hayan roto ese tenso silencio, yergo la espalda, levanto un poquito la barbilla y empiezo a puntear las cuerdas del arpa.

No sigo ninguna partitura. No toco ninguna canción. No hace falta. Midas no pretende que entretenga a los invitados, ni que los deleite con una hermosa melodía. En todos los años que llevo tocando el arpa, esa jamás ha sido su intención. Es una actuación, pero no tiene nada que ver con la música.

Durante una hora, mientras todos comen y beben y charlan, mis dedos dorados acarician las cuerdas, dando forma a una melodía vagabunda e indolente, una melodía que no tiene principio ni final. De hecho, ni siquiera se puede considerar una melodía. Es más bien una conjunción disonante de notas, capirotazos que voy dando a las cuerdas sin ton ni son.

Midas no vuelve a dirigirme la palabra en lo que queda de velada. Slade, ni ningún miembro de su temida Cólera, dicho sea de paso, no vuelve a mirarme. Ni una sola vez. Manu me lanza alguna que otra miradita, pero no lo conozco suficiente como para saber qué está pensando.

«Compórtate».

«Siéntate en la banqueta».

«Toca tu estúpida música».

«Aquí los únicos que hablamos somos los hombres».

Esas viejas palabras canturrean en mi cabeza. La misma mierda de siempre, pero en un castillo distinto.

20

Auren

Siento que tengo las yemas de los dedos en carne viva.

Hacía meses que no tocaba el arpa, y se nota. Después de varias horas sentada en esa banqueta, punteando las cuerdas desafinadas con las manos desnudas y los guantes sobre el regazo, tengo los dedos sensibles y ofendidos, hinchados de impotencia e indignación.

El tema es que la música es una de mis grandes aficiones. Me gusta saber que puedo controlar el rasgueo de cada nota, dirigir una melodía a mi antojo. Me gusta tocar el arpa, igual que a un pájaro le gusta gorjear. Pero si me ordenan que toque ese maldito instrumento, como si fuese una mísera mascota domesticada cuya música no es más que un ruido de fondo, entonces lo aborrezco. Quiero poder sentarme frente al arpa cuando me apetezca, y no cuando mi amo me obligue a hacerlo.

En cierto modo, todo lo que ha sucedido esta noche ha estado bien. La actitud arrogante y soberbia de Midas. Sus celos enfermizos. La humillación pública. Incluso la reacción de Slade. Ha estado bien porque me ha recordado que no debo desviarme de mi camino. Me ha recordado por qué necesito descubrir el paradero de Digby, por qué debo largarme de este pozo de codicia y avaricia y por qué no puedo fiarme de ningún hombre.

«Demuéstramelo», le dije.

Y no lo hizo.

Midas me acompaña hasta mis aposentos en cuanto termina la cena. Está de muy mal genio. Su temperamento es como una vela de doble mecha, una llama arde de rabia y cólera y la otra, de arrogancia y superioridad. Si fuese la misma chica de Alta Campana, ahora mismo estaría temblando de miedo. Y eso es lo que él quiere. El gigante

siempre espera que las hormigas que corretean alrededor de sus pies le rueguen clemencia, a menos que quieran morir aplastadas, claro está.

En cuanto llegamos al vestíbulo, los guardias que vigilan el pasillo abren la puerta de mi habitación para que ni siquiera tengamos que pararnos antes de entrar. Voy directa hacia los ventanales que dan al balcón y los abro de par en par. Me da igual que la nieve que se ha acumulado ahí fuera se cuele en la habitación y quede desparramada como escamas de sal sobre un plato lleno de comida.

Necesito tomar una bocanada de aire fresco. Necesito el aire libre que esas puertas representan. Porque después de esta noche, después de esa exhibición de sometimiento y tiranía, mi alma y mi espíritu necesitan recordar esa sensación.

No estoy atrapada.

No soy débil.

No soy suya.

La puerta se cierra de golpe, un ruido seco que baila al son del crujir de la chimenea, de esas llamas que, feroces, roen y muerden los leños de madera.

Me doy la vuelta, con las manos entrelazadas delante de mí, y Midas me atrapa con esa mirada intensa y penetrante, como si quisiera zarandearme con todas sus fuerzas.

—Esta noche tu comportamiento ha sido abominable.

Resoplaría ante tal hipocresía y doble moral, pero mantengo los labios sellados, como el lacre de un pergamino.

El costado derecho de su rostro se ha teñido de color azafrán por el resplandor de las llamas, que alumbran su tez bronceada.

—¿Te haces una idea de qué debe de pensar la reina Kaila de ti?

Como si me importara. A él desde luego que sí. A Midas le obsesionan las apariencias y, sobre todo, el cómo utilizarlas para su propio beneficio.

—Te he concedido muchas libertades, Auren. Pero no pienso tolerar las faltas de respeto y, después de nuestra discusión, deberías andarte con mucho cuidado.

Levanto la barbilla, y lo mismo hace la bestia emplumada que, al parecer, ha anidado en las profundidades de mi rabia, de mi ira.

—Digby fue un soldado ejemplar y un guardia leal durante años. No tienes ningún derecho de amenazarlo.

Él se echa a reír.

Es una risa fría, cruel y malvada, una carcajada que contradice la luz cálida y familiar que emana la chimenea. Midas recorta la distancia que nos separa. Está tan cerca que incluso puedo notar el ardor de su enfado irradiando de su cuerpo, y siento un escalofrío en la espalda.

—Soy un rey, Auren, y como tal atesoro todos los derechos del mundo. Soy yo quien dicta las normas, las leyes, los derechos. El trabajo que has hecho esta semana ha cumplido mis expectativas, es cierto, pero el numerito que has montado esta noche es imperdonable.

La bestia alada se incorpora y emite un gorjeo gutural, un sonido siniestro, que suena a promesa.

—Exijo una explicación. ¿En qué diablos estabas pensando cuando dejaste que ese tipo asqueroso te tocara anoche? —pregunta. Sus palabras suenan como latigazos, uno después de otro—. Si fuese cualquier otro soldado, le habría degollado y ahora mismo su cabeza estaría en tu bañera, esperando a que la convirtieses en oro.

La imagen me revuelve el estómago y, de inmediato, el agrio sabor de la bilis se arrastra por mi garganta. Me imagino la cabeza de Rip, de Slade, decapitada, con la piel pálida y manchada de sangre. No sería la primera vez que Midas me entrega algo tan repugnante y espantoso y me ordena que lo convierta en oro como ejemplo para los demás.

Midas se inclina hacia delante, hasta que su cara queda a escasos milímetros de la mía. Parpadeo para desterrar esa horrible imagen de mi cabeza y contengo la respiración porque, de repente, tengo la impresión de que su furia se ha tragado todo el oxígeno de la habitación.

—Si vuelves a dejar que alguien te toque, aunque sea con un dedo, te aseguro que te vas a arrepentir. No quieras saber lo que te va a ocurrir a ti, al insensato que ha osado tocarte o a Digby.

—Por poco me desmayo en mitad de la escalera, y tus guardias no movieron un solo dedo para ayudarme.

—¡Y bien que hicieron! —exclama—. Nadie tiene permiso para tocarte. El único que puede hacerlo soy yo. Todos conocen las normas y ya es la segunda vez que ese comandante me falta al respeto.

Se dibuja una arruga entre mis cejas.

—¿La segunda vez?

—El día que te entregó, vi cómo te cogía por la cintura y te bajaba del caballo —relata con voz furiosa—. Debería haber ordenado a los arqueros que lo atravesaran con una flecha ahí mismo.

¿Y lidiar con el ataque del ejército del Cuarto Reino? Lo dudo.

—¿Te lo has follado? —dice de pronto.

La pregunta abre una brecha en el suelo.

Pestañeo, asombrada.

—¿Qué?

—Ya me has oído. —Su voz, grave y profunda, me recuerda al ruido de un terremoto, y en sus palabras retumba el eco de los celos—. ¿Te lo has follado?

Siento un odio abrasador, un odio amargo que me nubla la visión, que la enturbia con una neblina dorada, y la bestia ruge en mis oídos.

—No.

Me observa con los ojos inyectados en sangre, cegados por unos celos enfermizos, unos celos que no conocen límites.

—¿Deseas al comandante, Auren? —murmura con absoluto desdén —. ¿Deseas a ese monstruo horrendo y grotesco? ¿Deseas abrirte de piernas ante esa bestia inmunda, cubierta de púas y corrupta, para que te folle como a una puta cualquiera?

El aire que estaba conteniendo empieza a descomprimirse y, de repente, se rompe en mil pedazos, en esquirlas que me desgarran los pulmones. En mi cabeza se desata un clamor ensordecedor, un rugido tan salvaje y tan grave que ni siquiera puedo pensar.

Cómo se atreve.

Cómo diablos se atreve.

—Le estabas dando un buen repaso. Te he visto.

—¿Ah, sí? —replico—. Por si lo has olvidado, te he visto a ti follando con tus monturas reales en múltiples ocasiones, delante de mis narices, así que creo que podrás aguantar una miradita.

—Ándate con ojo, preciosa —me advierte.

Al responder, mi tono de voz deja un rastro de desprecio y arrogancia.

—Ojo el que le he echado a él.

Todo pasa muy rápido.

Una fracción de segundo después de pronunciar la última palabra, Midas me abofetea con tanta fuerza que incluso siento que me vibra el cerebro.

Me tambaleo, aturdida y con la mejilla palpitando de dolor por el tremendo manotazo que acaba de propinarme. Mis lágrimas empiezan a derramarse por la piel, enrojecida y lastimada, como si mis ojos quisieran acariciarme la mejilla que ha recibido el golpe.

El tiempo parece detenerse.

Entre nosotros se dibuja una línea, se abre una grieta, un abismo insondable provocado por la fuerza del golpe.

Es la primera vez que me pone una mano encima. Jamás me había pegado.

Que me retorciera el muslo y el brazo durante la cena ya me causó cierto estupor, pero, con todo y con eso, los pellizcos eran un castigo controlado. Una forma perversa de recordarme que debo acatar las normas y portarme bien, como un amo cuando tira de la correa de su perro, un gesto muy acorde con su temperamento y mal genio.

Pero esto es distinto. En un arrebato de ira, ha perdido el control. Y, si de algo se enorgullece Midas, es de saber mantener el control en cualquier situación.

De pronto, mi furia embravece un mar que estaba en calma, un mar que ahora ruge y amenaza con llevarse por delante cualquier embarcación que ose surcarlo, y mi ira se despereza y se prepara para zambullirse en ese mar y nadar por sus profundidades. Todo mi cuerpo tiembla mientras intento contener toda esa rabia, toda esa cólera. Siento que las aguas empiezan a ahogarme y bajo mis pies se forma un remolino que quiere engullirme.

La joven enamorada hasta los huesos de Midas desaparece, se esfuma. La misma que bebía los vientos por él. La misma a la que, con el corazón roto, su amante atravesó con un alfiler y la clavó en la

pared, como si fuese un mísero insecto. La fuerza del golpe ha quemado a esa muchacha triste y melancólica, y ahora sus cenizas no son más que tierra fértil y de esas semillas viles y ruines empiezan a brotar unas plantas fuertes y vigorosas, unas plantas con flores grandes y brillantes.

Respiro hondo y me doy la vuelta para mirar a Midas. Al hombre arruinado por su propia avaricia, aunque él todavía no se ha dado cuenta. Se sumergió en ese mar dorado y nadó en sus aguas durante mucho tiempo, pero ahora se ha alejado tanto de la orilla que, aunque él no quiera reconocerlo, ese mismo mar está empezando a ahogarlo.

En la habitación se instala un silencio tenso, oscuro, ominoso. Trato de digerir lo que acaba de suceder. La criatura salvaje que habita en mi interior también intenta entender ese inesperado manotazo, pero tiene el pico bien abierto y muestra una hilera de dientes afilados como puñales.

Le odio. Le odio tanto que soy incapaz de disimularlo. El brillo de mis ojos no deja lugar a dudas.

Un silencio cargado de tensión y suspense planea en el aire, como una nube de tormenta.

Midas abre los ojos como platos, aturdido y conmocionado, y esa tez bronceada empalidece por momentos. De repente, empieza a jadear y esos resuellos rompen el silencio.

—Mierda…

Con suma ternura, me sostiene la cara con las dos manos y me acaricia la mejilla enrojecida con el pulgar.

—Preciosa… No… No quería llegar a esto. Estaba enfadado. No quería… ¡Mierda!

Sus palabras rezuman angustia y pesar, pero las tripas se me revuelven con solo oír su voz. Intento apartarme, pero él me agarra con más fuerza, como si temiera que, al soltarme, fuese a desvanecerme, a esfumarme.

Y eso es precisamente lo que pretendo hacer.

Me coge suavemente de la barbilla y la levanta, obligándome así a mirarle.

—Me vuelves loco, Auren. —Casi suelto un bufido. Con esas

palabras, en lugar de pedirme perdón, está echándome la culpa de lo sucedido—. No estoy acostumbrado a que te comportes así, pero no es excusa. He perdido los estribos, sí, pero sabes lo mucho que te quiero. Lo mucho que te necesito.

Me toca la cara con una ternura y delicadeza infinitas, como si fuese de porcelana, y me seca la lágrima con el pulgar, como si quisiera borrar mis emociones, controlar mis movimientos, dominar mis sentimientos. En el fondo, eso es lo que quiere, convertirme en una estatua dorada que ni siente ni padece, en una mujer sin voz, ni voto.

Una parte de mí se compadece de él. También siento lástima por mí, y por nosotros, por haber terminado así. Sin embargo, cuando escape de aquí, podré empezar de nuevo. Podré tener una vida. Él, en cambio…

Al perderme a mí, lo perderá todo.

—Se nos está yendo de las manos —dice, en voz baja y mucho más tranquilo. Supongo que ya no le queda más veneno que escupirme a la cara—. Vayamos a la cama. Déjame que cuide de ti. Déjame que te demuestre cuánto te quiero.

Pestañeo varias veces, aturdida. Al darme cuenta de lo que está insinuando, la incredulidad y el pánico se apoderan de mí y el corazón se me acelera de tal forma que creo que me va a estallar. ¿En serio cree que me apetece tener sexo con él ahora mismo?

O bien no repara en la expresión de horror de mi cara, o bien está convencido de que puede arreglar las cosas con cuatro arrumacos y carantoñas porque, de repente, su boca se aproxima a la mía y separa los labios en lo que promete ser un beso.

Las aguas de mi rabia, que parecían haberse amainado, empiezan a revolverse, a embravecerse.

En un abrir y cerrar de ojos, mis veinticuatro cintas se erigen a mi alrededor y se curvan, formando así una caja torácica de satén dorado, un escudo protector. Y un instante después, se lanzan sobre él y le atestan un tremendo empujón. Él se tropieza y por poco se cae de culo al suelo.

Midas me mira con detenimiento, pero también con una mezcla de asombro y temor. Echa un vistazo a las cintas, que siguen extendidas a

mi alrededor, con las puntas dobladas hacia él. Lo único que les falta para parecer serpientes de verdad son un par de colmillos afilados y un cascabel en la cola.

—No me toques —mascullo. Mi voz suena como un fuego abrasador, un fuego que se inmiscuye en su oído y le quema. Midas se retuerce, pues las llamas son inexorables e inclementes.

Midas se repone del susto y endereza todo el cuerpo, aunque sus pasos son titubeantes y recelosos.

—Estás muy alterada —dice con tono conciliador, y, a pesar de que trata de sonar tranquilo y sereno, de mantener ese ademán de seguridad en sí mismo, advierto un temblor en sus manos mientras se atusa la túnica dorada y repasa cada uno de los botones de oro—. Es comprensible.

No digo nada. Estoy demasiado ocupada intentando controlar la respiración mientras forcejeo con mis propias cintas, que tiran con fuerza de los músculos de mi espalda, como si quisieran arrancarse de mi piel y derribar a ese maldito cabrón.

—Sabes que te quiero, Auren —prosigue con un hilo de voz, y, de repente, deja caer los hombros en lo que parece una demostración de arrepentimiento—. Te adoro, y eres lo más valioso y preciado que tengo, pero me he dejado llevar por la rabia, y el corazón ha vencido a la razón. Me has humillado en la mesa, delante de la mismísima reina, y necesitamos su alianza —dice, como si a mí me importara—. Y no me gusta que el comandante se crea con el derecho de tocarte sin mi permiso. Solo te pido que me prometas que no va a volver a ocurrir, que vas a… portarte bien, ¿de acuerdo? Quiero poner punto y final a esta constante y agotadora tensión que hay entre nosotros. —Es casi una súplica, como si fuese yo la conflictiva de la pareja.

Le lanzo una mirada más fría y dura que una piedra.

—Quiero ver a Digby.

—Pronto —asegura él, y lo tomo como una promesa. Desvía la mirada hacia la mejilla que ha abofeteado—. Duerme un poco, y ya hablaremos en otro momento, ¿te parece?

En cuanto Midas se marcha, en cuanto oigo el chasquido metálico de la llave girando en el pestillo, atravieso la habitación con andares

desmañados y renqueantes y ansiosos, salgo al balcón y cierro el ventanal de un tremendo portazo. Y entonces agarro el cojín que había olvidado en la silla y que la nieve ha empapado, me lo llevo a la cara y me desahogo. Emito un grito para liberar toda esa rabia reprimida.

Ese alarido no parece salir de mi boca, sino de la garganta de la bestia emplumada.

Grito y grito y grito, y el cielo responde con un rugido atronador, un bramido que estremece hasta las propias montañas.

Aun así, la criatura que nació de un corazón marchito y de una furia contenida no está satisfecha. Las cintas se retuercen alrededor de todo mi cuerpo con una brutalidad feroz, así que arrojo el cojín por el balcón y después enrollo las cintas alrededor de la barandilla.

Siento tanta rabia que actúo por puro instinto, sin pensar. Me lanzo al vacío y, tras tres balanceos, aterrizo en ese suelo cubierto de nieve virgen. Atravieso el jardín a toda prisa y voy directa hacia esa escalera decrépita que me llevará a la antecámara olvidada, al austero vestíbulo con decenas de puertas cerradas a cal y canto donde el aire es tan frígido que te hiela los pulmones.

Porque no puedo quedarme quieta. No puedo quedarme cerrada dentro de esas cuatro paredes, las mismas que han sido testigos del bofetón que me ha propinado.

Necesito moverme, o temo que esta cosa que ha anidado en mi interior vaya a empezar a arrancarme la piel con las zarpas y a arrasar con todo lo que se encuentre en su camino.

Tengo que encontrar a Digby.

Tengo que conseguir escapar de este palacio antes de derrumbarme y transformarme en el monstruo que no quiero ser. Y la única manera de silenciar a esa bestia salvaje y hambrienta de venganza y violencia es concentrar toda mi atención en mi plan.

El plan es lo único que me mantiene a flote. Sin él, me zambulliría en las llamas de este fuego dorado.

21

La reina Malina

Unos dedos nerviosos y temblorosos me agarran por los brazos y me zarandean. Doy un respingo, abro los ojos y todo mi cuerpo entra en tensión. Durante unos instantes, me quedo un pelín desorientada. Mi mente trata de desperezarse, de despertar de ese profundo sueño mientras mi cuerpo, aún adormecido, se estira e intenta comprender qué está ocurriendo.

Escupo un bostezo malhumorado y, cuando la vista se acostumbra a la oscuridad de la noche, veo a Jeo a escasos centímetros de mi cara.

—¿Qué crees que estás haciendo? —balo. Mi montura me ha desvelado de una forma tan brusca, tosca y abrupta que me ha puesto de muy mal humor.

En cuanto Jeo cae en la cuenta de que estoy despierta y lúcida, se da media vuelta.

—Tenemos que irnos. ¿Dónde tienes los zapatos?

Se aleja de mi lecho sin tan siquiera esperar a oír una respuesta y desaparece tras la puerta del vestidor.

«¿Qué rayos está pasando?».

—¿Jeo? —llamo. No obtengo respuesta. Me froto los ojos con las manos en un intento de deshacerme de ese pesado letargo que me impide pensar con perfecta claridad. Echo un vistazo a mi alrededor para situarme y tratar de dar sentido a lo que está ocurriendo.

Jeo sale de mi vestidor un segundo más tarde y, puesto que la habitación está sumida en penumbra, pues el fuego que ardía en la chimenea se ha ido consumiendo con el paso de las horas, tengo que estrechar los ojos para ver qué es ese bulto que carga entre los brazos.

—¿Qué estás haciendo con mi ropa?

Aparto las mantas de un manotazo y me levanto. Anoche me metí

en la cama sin tan siquiera desvestirme, por lo que el traje blanco está arrugadísimo.

La montura se detiene frente a la cama y empieza a revolver esa montaña de ropa antes de meter varias prendas en una especie de alforja, una bolsa idéntica a la que Pruinn utiliza para guardar todos sus cachivaches.

—Jeo —espeto, pero él sigue metiendo ropa y más ropa dentro de esa bolsa. Salta a la vista que está inquieto o, para ser más exactos, al borde de un ataque de histeria. Va vestido de cualquier manera, como un vulgar pordiosero, y su melena pelirroja está totalmente despeinada, como si acabara de levantarse de una siesta—. Dime qué está pasando ahora mismo.

Él me lanza una mirada desde el hombro y el tenue resplandor de las ascuas tiñe su mirada azul de un naranja ominoso.

—Han cruzado los muros del castillo.

—¿Quién? —replico, aunque la pregunta no puede ser más absurda. Por supuesto que sé quién, lo que no sé es cómo. Ordené a los guardias que los mataran a sangre fría si se atrevían a subir la montaña.

—Los rebeldes. Es cuestión de tiempo que entren en el castillo. Debes llegar al refugio lo antes posible.

Siento un vahído, un vacío en el estómago. La cabeza me da vueltas sin parar y, de repente, la sangre abandona mi cuerpo, convirtiéndome así en un fantasma etéreo.

—Eso es imposible. Los guardias…

Esos dedos espantados y trémulos vuelven a sujetarme por los brazos y a sacudirme, igual que minutos antes.

—Los guardias han abandonado sus puestos. Fueron ellos quienes abrieron las malditas puertas.

—¿Qué?

Una pesadilla. Eso es lo que es. Todavía estoy durmiendo, y esto es una condenada pesadilla.

Las sienes empiezan a pulsarme al ritmo de mi corazón.

Me masajeo las sienes con los dedos para tratar de mitigar esas punzadas de dolor.

—Envía a una doncella a las cocinas. Necesito comer algo. No puedo pensar con esta jaqueca.

—¿Comida? ¿Hablas en serio? ¿Cómo puedes pensar en comida ahora mismo? —pregunta, incrédulo—. Ninguna doncella llamará a tu puerta con una bandeja de plata a rebosar de manjares. Todos los criados se han largado, Malina.

Los restos de ese sueño reparador se mecen en el agua, y la jaqueca tira del ancla.

—¡Panda de imbéciles! —maldigo—. Entonces los criados me han traicionado, igual que los guardias.

—Malina, ordenaste a los soldados que masacraran al pueblo. A su pueblo —sisea Jeo, y hunde los dedos en mi piel, obligándome así a afrontar la realidad, a devolverme al aquí y al ahora—. Son sus familias las que viven a la falda de esta montaña, en esa ciudad. Sus amigos. Sus vecinos. Y tú les ordenaste que los asesinaran a todos, sin excepción.

Ese tonito acusatorio es la gota que colma el vaso. Me siento ultrajada, insultada. Todos los músculos de mi cuerpo se tensan y, presa de la rabia, aprieto los labios.

—¡El pueblo se está sublevando, Jeo! Mis súbditos se han amotinado contra mí y, por lo tanto, recibirán un castigo ejemplar. Debo poner a cada cual en su lugar. Ese es mi deber como reina, igual que es el deber de los soldados obedecer y acatar órdenes, mis órdenes —puntualizo—. ¿Los guardias que vigilaban los muros han dejado entrar a los rebeldes? Bien, me encargaré personalmente de que todos paguen las consecuencias.

Jeo está a punto de perder la paciencia. Resopla, enojado, y sin soltarme del brazo me empuja hacia la cama. Se arrodilla delante de mí y me calza un par de botas con unos cordones larguísimos.

—No lo entiendes, ¿verdad? —farfulla, y, casi a tientas, empieza a atar los cordones. Aprieta tanto las lazadas que me constriñen los tobillos, pero prefiero no decir nada—. Has perdido el poco poder que creías tener en Alta Campana. El pueblo se ha vuelto en tu contra. Todo el mundo te ha dado la espalda. Tienes que huir del castillo antes de que consigan entrar.

Otro vahído. Un mantra de incredulidad que se adueña de mi cabeza, de todo mi cuerpo.

—Busca a mis consejeros. Convoca a todos los guardias de palacio. Todo aquel que se atreva a intentar entrar en Alta Campana tendrá que asumir las consecuencias, y voy a asegurarme de que sean sangrientas.

Jeo da la callada por respuesta. Se limita a atar esos malditos cordones y, al terminar, me levanta de la cama y se echa ese morral lleno de ropa al hombro. Me lleva casi a rastras hasta la puerta y, aunque forcejeo y trato de soltarme de su mano, él no cede.

Él no parece dispuesto a rendirse, pero yo tampoco. Le atesto un fuerte puñetazo en la espalda y, al girarse, me atraviesa con una mirada afilada, una mirada que jamás había visto en él.

—Tus consejeros han huido. No queda ni un solo guardia en el castillo y, entre tú y yo, lo más probable es que la mayoría de ellos se hayan unido a los rebeldes. ¡Se ha acabado, Malina!

Se me hace un nudo en la garganta, un nudo de temor y negación, un nudo áspero y rugoso que más bien parece una bola de gravilla que me araña la piel.

—No.

—Sí —insiste él, y es entonces cuando más allá del enfado, más allá del apuro, percibo otra cosa.

«Miedo».

Ahí está, es inconfundible. Es un miedo descarnado, un miedo frenético. Ese pavor frío le acentúa todas esas pecas rojizas porque, de repente, su piel se ha vuelto más pálida, más blanquecina.

Trago saliva y esas piedrecitas dentadas y escarpadas me rasgan la garganta, dejándola en carne viva, devolviéndome a la cruda realidad.

—¿Qué hago?

La voz que sale de mi boca no parece la mía. Ni rastro de esa confianza altiva, de ese decoro sereno y tranquilo. La voz suena quebradiza. Vulnerable.

Jeo suaviza la mirada durante unos instantes y, de repente, se me encoge el corazón. Esta montura, el hombre al que he tratado como si fuese de mi posesión durante las últimas semanas, sigue ahí, a mi

lado.

—Tú no me has abandonado.

Él niega con la cabeza lentamente.

—No, mi reina.

—¿Por qué no?

No soy una mujer amable y bondadosa. No tengo un carácter fácil. No soy una amante cariñosa, desde luego. Ni siquiera puedo presumir de ser buena en la cama porque solo me he acostado con él, y con Tyndall, por supuesto. Así que el porqué de tal demostración de lealtad escapa de mi entendimiento.

Yo en su lugar me habría ido. Sin mirar atrás. Sin un ápice de culpabilidad. Sin dudarlo ni un solo momento.

Él, en cambio, ha decidido quedarse. Me ha zarandeado para despertarme, me ha preparado una bolsa con algo de ropa y ahora mismo se dispone a sacarme de mis aposentos para llevarme a un lugar seguro.

Jeo no responde, quizá porque no quiere, quizá porque ni él mismo conoce la respuesta.

—Debemos darnos prisa —dice, y desenfunda un puñal que jamás había visto antes—. Quédate conmigo y, si oyes algo sospechoso, quiero que te agaches y continúes caminando, ¿entendido?

El corazón me amartilla el pecho y amenaza con agujerearlo, pero consigo asentir.

—En cuanto abra esta puerta, tus guardias reales nos rodearán y nos escoltarán hasta el refugio. Pase lo que pase, no dejes de caminar. No te pares. ¿De acuerdo?

Jeo me mira con intensa premura, esperando confirmación y, en cuanto digo que sí con la cabeza, abre la puerta y tira de mí con un ímpetu desconocido hasta el momento. Me preparo para lo peor. La jaqueca se ha vuelto insufrible y, en cierto modo, tengo la sensación de que mi mente se niega a aceptar la realidad, que continúa pensando que en cualquier momento va a despertar de esta horrible pesadilla.

Pero esto no es ninguna pesadilla. O, al menos, no de la clase de pesadillas que nos atormentan mientras dormimos.

Tal y como Jeo me ha avisado, mis guardias me rodean en cuanto pongo un pie en el pasillo. Con la cabeza agachada y los hombros encogidos, recorremos a toda prisa un auténtico laberinto de pasadizos secretos. Los guardias reales se conocen el castillo como la palma de su mano, por lo que saben cómo llegar al refugio. Sin embargo, solo unos pocos tienen el privilegio de conocer la ubicación exacta de ese lugar. Y entonces empiezan a asaltarme las dudas. ¿Y si alguno ha revelado el secreto? ¿Y si me están llevando a una trampa?

—¿Y si el refugio ya no es un lugar seguro? —le murmuro a Jeo mientras correteamos por algún vestíbulo, él con el brazo sobre mi espalda en un gesto de protección.

La expresión adusta y seria de Jeo me lleva a pensar que él también ha barajado esa posibilidad.

—Es la mejor opción que nos queda.

Empiezo a considerar otras opciones, otras maneras de escapar del castillo.

—Las aves madereras…

—No queda ninguna. Midas se las llevó todas.

Maldigo en voz baja y por poco me tropiezo y me caigo de bruces. La bota, que me va un pelín estrecha por culpa de Jeo, se me embrolla con una de las nuevas alfombras de pelo blanco deslumbrante que mandé colocar en todos los suelos en un intento estúpido de cubrir esas dichosas baldosas doradas.

Llegamos a la planta principal, y entonces lo oigo.

Una cacofonía rábida, furibunda.

Voces, cientos de voces, balando desde los muros del castillo. Todas gritan algo distinto, insultos o abucheos o simples chillidos agudos, y, al unirse, crean un clamor desenfrenado, sin límites. Pero no es hasta que atravesamos el vestíbulo principal a toda prisa que oigo unos golpes secos que retumban en la estancia. Parecen hachazos. El inequívoco sonido de una destrucción deliberada.

—¿Qué están haciendo? —exijo saber mientras, de fondo, me parece oír ruidos propios de un taller de carpintería. Un serrucho, un martillo, un machete. Cada segundo que pasa, esos estremecedores sonidos se vuelven tan intensos que incluso puedo sentir cómo vibran

en las propias paredes del castillo.

—Reclamar lo que es suyo —responde Jeo con voz triste y sombría, y me abraza la cintura con más fuerza—. Están despedazando el palacio de Alta Campana, ladrillo a ladrillo, robando todo el oro que les han obligado a ver cada día mientras ellos se morían de hambre y de frío.

Unas burbujas agrias explotan en mi garganta y el nauseabundo sabor de la bilis me cubre la lengua.

Aborrezco el oro con que Midas mancilló Alta Campana, pero esto…, que mis propios súbditos estén desmembrando mi castillo, mi hogar, me supera. Empiezan a temblarme las manos. No quería esto. No quería nada de esto.

¿Cómo ha pasado?

¿Cómo he perdido el control tan rápido?

Un terrible estruendo sacude las paredes e incluso me parece notar un temblor en el suelo. Las lámparas de araña que cuelgan del techo se balancean de un lado a otro. Sospecho que ahí fuera se ha agolpado una muchedumbre embravecida que está dispuesta a derribar el inmenso portón a golpes de travesaño.

—¿La puerta aguantará tantas embestidas? —pregunto. Aunque no es de oro macizo, sino chapada, es bastante sólida y robusta, por lo que quiero pensar que les costará mucho echarla abajo.

—Los pocos guardias que no abandonaron sus puestos están ahí fuera —responde el tipo que me escolta por la izquierda—. Intentarán retener a los rebeldes hasta el último momento.

Jeo tira de mí para obligarme a andar más rápido. Ya no andamos, corremos. Los guardias nos guían hacia la puerta que lleva al torreón que alberga la famosa campana, pero en lugar de abrirla, giramos bruscamente hacia la derecha y nos adentramos en un pasadizo sin salida, pues no parece que lleve a ninguna parte. Uno de mis guardias retira un tapiz colgado en la pared y revela una puerta oculta enclavada en la propia pared.

Consiguen abrir esa puerta secreta a base de fuerza bruta y, en cuanto lo hacen, estiro el cuello y vislumbro un pasadizo olvidado en el que reina una negrura opaca. Ahí está, una salida del castillo que

muy pocos conocen y que, durante generaciones, ningún miembro del linaje Colier había tenido que utilizar. Hasta hoy. Porque si pretendo salir con vida de aquí, tendré que hacerlo a hurtadillas.

La oscuridad es tan densa que lo único que alcanzo a ver son los primeros peldaños de una estrecha escalinata que se pierde en esa sombría tenebrosidad. Ahí no hay ni una sola pincelada de oro, tan solo bloques de piedra de un color entre gris y marrón que parecen cortados de cualquier manera y cubiertos por una fina capa de moho por la humedad que se respira ahí dentro.

—Antorchas. ¡Necesitamos antorchas! —exclama uno de los guardias y, de inmediato, otro de ellos sale disparado de ese pasadizo secreto en busca de algo para alumbrarnos el camino.

Sigo al guardia con la mirada y veo que desaparece tras una puerta. Una pregunta horrible no deja de rondarme por la cabeza: ¿volverá? De pronto, una doncella pasa corriendo por delante de nosotros y me llevo tal susto que casi se me sale el corazón por la boca. La pobre muchacha está llorando a moco tendido, tiene el pelo desaliñado y su mirada es el fiel reflejo del pánico.

—¡Márchate! —le grita Jeo, y la doncella se encoge de miedo—. Si estás a tiempo, huye. Si no, escóndete. Pero asegúrate de que no te pillen sirviendo aquí cuando entren.

No hace falta que se lo repita dos veces. La joven se da media vuelta y se marcha tan rápido como le permiten las piernas. Entre las voces enfurecidas que retumban en las montañas y los incansables ataques a la puerta principal, no logro escuchar sus pasos.

—Esto no puede estar pasando…

Nadie oye mi susurro, pero, en mi opinión, suena tan alto como un chillido.

El tiempo pasa muy despacio y los segundos parecen horas. La espera se me hace eterna. Todo el castillo tiembla y se estremece a golpe de martillos y hachas y cuchillos. Los rebeldes están decididos a saquearlo, a robar hasta el último gramo de oro que consigan arrancar.

«Todo es culpa suya. Todo es culpa de Tyndall».

Unas ruidosas zancadas se acercan a toda prisa, pisoteando el suelo

con un ímpetu desmesurado. Aterrorizada, siento que el corazón me da un brinco, pero en cuanto descubro que es mi guardia real, me invade una sensación de alivio. Trae consigo tres candeleros que, por lo que imagino, ha debido de arrancar de las paredes y una antorcha, por llamarlo de alguna manera. Salta a la vista que la ha fabricado él mismo con un pedazo de cortina, que ha atado en el extremo de lo que parece un palo de escoba roto.

Enseguida entrega los candelabros a los demás guardias; sin embargo, la tela de esa antorcha improvisada se niega a prender. Imagino que, al ser de hilo de oro, es ignífuga, inmune a cualquier lengua de fuego. Los guardias acercan las velas de los candelabros de pared, pero no hay manera.

—¡Esta mierda no va a prender! —escupe el guardia, y agita la antorcha con la mano.

—Déjalo. Con tres bastará —replica un compañero.

—¿Sabes lo profunda que es esta escalera? ¡Ahí abajo la oscuridad es absoluta! Es como entrar en la boca de un lobo, así que necesitamos toda la luz que podamos conseguir o todo el esfuerzo no habrá servido para nada. Todos acabaremos cayéndonos por la maldita escalera y nos partiremos el cuello.

—¿Necesitáis otro portavelas?

Todos nos volvemos hacia esa súbita voz, pero no es un criado, sino sir Pruinn quien asoma la cabeza por el pasillo; en su mano advierto un candelabro con tres velas encendidas.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —dice Jeo, y me estrecha aún más entre su brazo.

Pruinn se acerca a nosotros con aire tranquilo y sereno y encoge los hombros.

—Cuando llegué a la puerta principal, los guardias ya habían abandonado sus puestos. No me apetecía morir a manos de esa horda de lugareños salvajes y enfurecidos, así que regresé a palacio y aquí estoy.

—¿Ah, sí? Pues búscate a otro que te salve el pellejo. No puedes venir con nosotros —responde Jeo. Nunca le había visto tan violento, tan a la defensiva.

Pruinn dibuja una sonrisa aparentemente afable y educada, pero en ningún caso genuina porque sus ojos, ese par de pozos de aguas plateadas, son duros y austeros, como los dientes afilados de un serrucho.

Sir Pruinn no es santo de devoción de Jeo. De hecho, no lo soporta desde el día en que le conocimos, y que nos haya interrumpido varias veces mientras retozábamos tampoco ha ayudado mucho. No le gusta que se presente en palacio cuando le viene en gana, sin avisar. Pero ahora no es momento de jugar a ver quién es más viril, más vanidoso, más influyente.

—No tenemos tiempo para esto. ¿Quieres venir? Adelante, entonces. Tú primero, sir Pruinn. Nosotros te seguimos —anuncio.

Jeo se pone tenso y me suelta, pero mis palabras son un desafío en sí mismas, y Pruinn lo sabe. Por el rabillo del ojo, echa un vistazo a las oscuras profundidades. A juzgar por la cara que pone, la idea no parece entusiasmarle, pero un segundo más tarde, borra esa expresión de su rostro y asiente con reverencia.

—Será todo un honor marcaros el camino, majestad.

A mi lado, Jeo chasquea la lengua con evidente desdén, pero el mercader ignora el ruidito por completo.

Los guardias reales se hacen a un lado, pero en cuanto Pruinn baja el primer escalón se oye un estruendo ensordecedor. Viene de las cocinas.

—¡Han entrado! —grita uno de los guardias, y, de inmediato, mis cuatro guardaespaldas, ataviados con su armadura real blanca, desenvainan la espada, y al hacerlo se oye un silbido metálico estremecedor.

—¡Marchaos, majestad! ¡Marchaos!

El tiempo juega en nuestra contra. No podemos quedarnos un segundo más ahí, titubeando y temiendo esa penumbra desconocida, porque el clamor de todas esas voces enajenadas y enloquecidas se ha multiplicado y cada vez suena más y más cerca. Los gritos y los bramidos que retumban en cada rincón de la planta principal son aterradores; por un momento creo que no es una muchedumbre de mortales amotinados, sino una manada de lobos que, hambrientos,

siguen el rastro de la sangre.

Ladrillos y aullidos reverberantes, cristales haciéndose añicos, pisadas acechantes que truenan al compás de mi pulso galopante. La vacilación de Pruinn se desvanece de un plumazo y, en un instante, su figura desaparece entre las sombras de la misteriosa escalinata. Se oye un estrépito que hace temblar el mismísimo suelo, pero antes de poder averiguar de qué se trata, alguien me empuja para que siga los pasos de Pruinn y me adentro en esa aterradora boca del lobo.

—¡Vosotros dos, con la reina! —grita uno de los guardias—. ¡Nosotros os cubrimos!

Las botas me patinan al bajar los escalones y temo resbalarme y caer rodando, pero de repente noto los dedos de Jeo alrededor de mi brazo.

—Te tengo —murmura—. No pares.

Descendemos la escalera casi arrastrando los pies, pues cada peldaño es más estrecho y empinado que el anterior. Llega un momento en el que ni siquiera puedo apoyar toda la planta de los pies. Con la mano derecha rozando esa asquerosa pared de piedra, trato de no perder el equilibrio mientras voy bajando escalón a escalón, pisándole los talones a Pruinn, y Jeo, los míos.

El rugido de los bárbaros que han asaltado el castillo cada vez está más cerca. A su paso dejan un reguero de destrucción, de cristales rotos, de baldosas arrancadas, de candelabros quitados a hachazos.

Y justo cuando creo que las cosas no pueden ir peor, los dos guardias que se habían quedado atrás cierran de un portazo ese pasadizo secreto.

La oscuridad me devora.

22

El rey Midas

Los primeros rayos de la mañana bañan el paisaje de una luz gris, plomiza, nostálgica. Y bajo esa claridad nublada y taciturna, observo a los escultores que esculpen las estatuas de hielo que decoran el jardín.

Dos de ellos están trabajando en una figura de hielo más grande que yo y ahora están encaramados a una escalera de mano para poder dar forma a ese inmenso bloque translúcido. Un pajarillo me ha contado que están tallando una escultura de Niven. Un regalo para el príncipe, cuyo cumpleaños está a la vuelta de la esquina. Según me han informado, van a crear una colección de trece monumentos de hielo a su imagen y semejanza.

Tengo que reprimir una mueca de absoluto desdén y desagrado.

Ese muchacho no es más que un mocoso mimado y consentido que se cree que puede jugar a ser rey. Fulke le hizo un flaco favor a su hijo al otorgarle el derecho y privilegio de llevar la corona, pues hasta el momento Niven no ha demostrado tener ninguno de los atributos que se espera de un monarca. Y su juventud no es excusa. A su edad, yo era un joven maduro e independiente al cargo de una casa, de una familia. Trabajaba duro, y también robaba, para asegurarme de que no nos faltara un plato de comida en la mesa. Nunca nadie me regaló nada, tuve que ganármelo a pulso.

Lo único que Niven se ha ganado a pulso es mi aversión y antipatía. Ha colmado mi paciencia. Desde que llegué ha sido como una piedra en el zapato, un maldito y molesto incordio del que no puedo deshacerme.

Al menos todavía.

Cada cosa a su tiempo. Todo llegará, solo hace falta esperar al momento oportuno. Antes de nada, necesito tener a este reino

comiendo de mi mano. Ya ha empezado a hacerlo, sobre todo ahora que Rocablanca puede presumir de un palacio más rico, más ostentoso, más pudiente. El oro es persuasivo.

Miro a mi alrededor con el suave y agradable golpeteo de los cinceles tamborileando en mis oídos y hago una nota mental para recordar que lo próximo que debo convertir en oro es este precioso cenador de hierro forjado. Podré admirarlo desde mis aposentos, y con un poco de suerte eclipsará las esculturas dedicadas al príncipe. Ninguna de esas trece tallas de hielo podrá hacerle sombra.

Percibo una presencia en los aledaños del cenador que disipa todos mis pensamientos. Levanto la cabeza y descubro que es la reina Kaila, que en esos instantes está subiendo la escalerita. Lleva un vestido de color azul cielo muy ceñido que, a la altura de las rodillas, se ensancha en forma de campana.

—Reina Kaila —saludo, y me pongo en pie en señal de respeto. La reina dibuja una sonrisa y agacha la cabeza.

—Buenos días, rey Midas —responde ella, y en su mirada color canela advierto el brillo de la diversión—. Es la segunda vez que te veo aquí fuera. Intuyo que debe de ser tu rincón preferido del palacio.

—Lo es. ¿Quieres sentarte y acompañarme un rato? —pregunto, y señalo el banco sobre el que estoy sentado.

Ella sacude la cabeza, y el pelaje suave y aterciopelado que recubre la capucha de su capa reluce por las gotas de escarcha que han quedado apresadas en él.

—Oh, muchas gracias, pero estaba dando un paseo.

Mi sonrisa se vuelve tensa, rígida. Imagino que, durante sus presuntos paseos por palacio, la reina utiliza su magia para tratar de recabar información y averiguar toda clase de secretos. Al menos eso haría yo en su lugar. Tendré que reunirme de nuevo con los guardias para advertirles de que mantengan la boca cerrada y los ojos bien abiertos. La experiencia me ha enseñado que los hombres con uniforme son más entrometidos y cizañeros que niñas de colegio.

—Hace una mañana perfecta para ello.

—Sí, se respira tranquilidad. No se oye ni una mosca —contesta, aunque me da la impresión de que no está hablando del tiempo, y

reprimo una sonrisa de suficiencia.

El poder de la reina me intriga, y también me inquieta. De hecho, me tiene en ascuas. Tener el don de escuchar conversaciones ajenas y saber de primera mano lo que otros comentan a tus espaldas debe de ser impresionante. Estoy seguro de que es una destreza muy útil. Por eso invité a la reina a Rocablanca.

La reina Kaila quiere firmar y consolidar una alianza porque su reino necesita ingresos. Y yo quiero ampliar horizontes, quiero que mi influencia y mi dominio lleguen a más rincones de Orea. Y qué mejor manera de conseguirlo que asociándome con alguien a quien puedo comprar fácilmente con montañas de oro y que, además, puede robar secretos sin que nadie se dé cuenta. Prefiero tenerla cerca, de mi lado, para que comparta esos secretos conmigo porque, de lo contrario, quizá trate de sustraerme los míos.

—Espero que no te esté costando mucho adaptarte al Quinto Reino.

Kaila echa una ojeada a nuestro alrededor, con su melena negra y lisa y brillante rozándole los hombros.

—Debo admitir que la nieve tiene su encanto —responde ella, y el timbre ronco de su voz se vuelve seductor, coqueto.

Ladeo la cabeza y le regalo una sonrisa.

—Sí, tienes razón. Aunque se rumorea que las islas privadas del Tercer Reino son las más hermosas de Orea.

—No puedo estar más de acuerdo con los rumores —comenta la reina con falsa modestia mientras juguetea con el cordel de conchas que lleva alrededor de su estrecha cintura—. Aunque supongo que mi opinión no es del todo imparcial.

Dejo escapar una risita entre dientes.

—Cada monarca está convencido de que su reino es el mejor, ¿verdad?

—Verdad —coincide ella—. Aunque, en este caso, podríamos resolver el misterio muy rápido. Podría invitarte a una de esas famosas islas. Así las verías con tus propios ojos y podrías confirmar o desmentir los rumores que corren por ahí.

Ensancho la sonrisa un poco más.

Mi mirada sobrevuela la voluptuosa silueta de la reina Kaila. Tal vez

el insolente desafío de Malina termine jugando a mi favor. ¿Por qué conformarse con una arpía fría y el bastardo de una montura cuando quizá haya otras… opciones que explorar?

—¿Te apetecería cenar conmigo esta noche, en mis aposentos personales? —propongo—. Estoy seguro de que podría pedir a las cocineras que elaboraran varias recetas típicas de tu reino.

La invitación parece agradarle, y así lo refleja su expresión. Es una mujer hermosa, desde luego. Me pregunto si los rumores sobre su difunto primer marido, un hombre mucho mayor que ella, son ciertos. Las malas lenguas aseguran que escuchó un secreto que no le gustó y, pocos días después, él falleció.

—Oh, me encantaría. ¿Tu preferida, la joven dorada, nos acompañará?

De no ser un maestro en esta clase de conversaciones, su pregunta me habría pillado desprevenido, con la guardia baja.

—Esta noche no —respondo con voz afable—. Aunque estoy seguro de que, cuando la conozcas, le tomarás cariño.

Kaila sonríe.

—No me cabe la menor duda.

Del cielo de esa mañana gris y lóbrega empieza a caer una nieve húmeda, una llovizna de copos blandos y esponjosos que empieza a cubrir el suelo con una capa blanquecina que parece glaseado de azúcar.

La reina empieza a tiritar.

—Bueno, será mejor que deje el paseo para otro momento y entre a palacio. Aunque ver nevar me parece un espectáculo cautivador, todavía no me he acostumbrado al frío que lo acompaña —dice, y me dedica una sonrisa—. Nos vemos esta noche, rey Midas.

—Llámame Tyndall, por favor. Hasta esta noche.

Con la elegancia propia de una reina, baja la barbilla, se da media vuelta y se marcha del cenador contoneando las caderas hasta reunirse de nuevo con sus guardias y su hermano, Manu, que la estaban esperando junto a los muros del castillo.

Manu me lanza una miradita desde lo lejos, una mirada ensayada y precavida, una mirada que no denota emoción alguna. No es más que

un gesto de educada y falsa amabilidad, y lo sé porque sus hombros están un poquito demasiado rígidos. Aunque se muestre como un tipo afable y extrovertido y parlanchín, tengo el presentimiento de que, en el fondo, es un hombre de carácter fuerte, un observador suspicaz y crítico. Y puesto que es la mano derecha de su hermana, su hombre de confianza, deberé andarme con mucho cuidado para metérmelo en el bolsillo.

Cuando Kaila y su séquito desaparecen en el interior del castillo, vuelvo a contemplar ese ejército de escultores. La nieve empieza a cubrir las tallas con su manto invernal, del que los artistas se protegen con capuchas y guantes. Sigo todos y cada uno de sus movimientos, aunque mi mente no deja de rumiar, de darle vueltas a la conversación que he mantenido con la reina, a las distintas posibilidades que se extienden ante mí, hebras que puedo tejer y urdir a mi voluntad.

La reina no ha ocultado su interés en Auren, aunque tampoco me ha sorprendido. A todos les interesa mi Auren.

Incluido ese cabrón con púas, el comandante Rip.

Noto un tic en la mandíbula, un espasmo nervioso provocado por la rabia que me invade cada vez que la imagen de ese miserable me viene a la mente. Todavía me hierve la sangre cuando pienso en que la ha tocado. Incluso tuvo el valor de llevarla en volandas delante de las narices de mis guardias reales. Lo que todavía no he logrado averiguar es si lo hizo porque estaba tan débil que iba a desmayarse o porque quería burlarse de mí.

Sea como sea, la situación me pone de los nervios. De no ser porque goza de la protección de Ravinger, ya lo habría encerrado en la mazmorra más profunda y le habría arrancado esas púas de la espalda, una a una. Cierro los puños y todo mi cuerpo se tensa ante la súbita e irresistible tentación de castigar a ese malnacido.

Ya habrá tiempo de ajustar cuentas con él. No voy a dejar que se salga con la suya y se vaya de rositas.

Y lo mismo haré con Auren.

No me gusta cómo me mira, con esa excesiva cautela, con esa clara desconfianza, con esa expresión de rencor. El tiempo que ha pasado

lejos de mí la ha cambiado. Después de tantos años cuidándola con mimo, protegiéndola bajo mi abrigo, instruyéndola para toda clase de situaciones, adiestrándola para que aprendiera a comportarse como una señorita, creí que mi influencia sobre ella era firme, inquebrantable. Pero tras unas semanas separados, su comportamiento, hasta entonces ejemplar, ha empezado a torcerse, como cuando uno camina sobre un lago helado. Tendré que recordarle una vez más quién cuida de ella, quién la protege, quién es su amo.

Nunca le había puesto una mano encima, pero no me ha dejado alternativa después de las payasadas que hizo durante la cena, delante de todos mis invitados. Me miro la mano, como si todavía pudiera notar el bofetón que le propiné en la mejilla. No consigo borrar la cara que puso después de que le pegara…

Algo feo y desagradable se retuerce en mi interior. No debería haberme dejado llevar por la ira. Hay mucho en juego, y cada minuto que paso en Rocablanca cuenta. Necesito que vuelva al redil. No puedo permitirle más irreverencias, y mucho menos en público.

Le daré tiempo para que se le pase el enfado, para que se lama las heridas a solas, lejos de miradas curiosas. Me alejaré de ella para que pueda procesar lo ocurrido, sin presiones. Sé que al final entrará en razón. Siempre lo acaba haciendo.

Y, mientras tanto, no me importa que tenga la cara hinchada y magullada. El moretón de la mejilla me servirá para recordar que ese día perdí el control, algo que no puede volver a ocurrir. Por ahora, la dejaré en paz. Que se recupere. Que se reponga. Que se tranquilice. He concedido cantidades ingentes de oro a Rocablanca, suficiente como para acallar los rumores y apaciguar el malestar entre los nobles. Además, tengo muchísimas cosas de las que ocuparme antes del baile.

Y la primera de esa larga lista tiene nombre propio: el comandante Rip. Antes que nada, pienso ocuparme de él. Cada vez que me imagino a ese bruto tocando a mi delicada Auren, se me revuelven las tripas y me embarga una sensación de rabia e impotencia que me supera, y cuando pienso en lo que pudo haber ocurrido entre ellos durante la larga y fatigosa travesía hasta Rocablanca, siento un escozor que solo

puede compararse a cuando te desinfectan una herida abierta con alcohol puro.

Mis guardias y todos los que trabajan a mi servicio conocen las normas y saben que no pueden tocar a mi preferida bajo ninguna circunstancia. Me aseguraré de que el comandante del ejército y Ravinger estén informados de lo que pueden y, sobre todo, no pueden hacer.

Tamborileo los dedos sobre el muslo, molesto.

Necesito atar bien todos los cabos que están tratando de soltarse, amarrarlos para impedir que se desanuden. Auren, el comandante, Malina, Niven. Dos malditos reinos que requieren atención constante.

Sabía que el plan para imponer mi mandato e influencia en el Quinto Reino no sería pan comido, sino que representaría todo un desafío. Sin embargo, es un desafío emocionante, un desafío que estoy ansioso por superar. Y lo superaré. Porque no pienso conformarme con menos.

Pero la presión es constante, y cada día que pasa crece un poco más. Cada vez que un cabo rebelde termina en mi regazo, tengo que devanarme los sesos y urdir un enrevesado plan para atar ese cabo suelto sin enmarañar el resto. Si todos esos cabos no se empeñasen en desenlazarse continuamente, todo sería mucho más sencillo.

Abro y cierro los puños, y los relajo, una y otra vez.

El crujido de una escalera capta mi atención, y desvío la mirada hacia el escultor que está bajando esos peldaños de madera congelada para recoger el martillo que se le ha caído. Está encarado hacia el cenador, lo que me concede el privilegio de poder verle la cara a la perfección.

Un odio profundo y arraigado florece en mi interior siempre que le veo y, aun así, continúo visitando este peculiar jardín cada mañana.

Inclino la cabeza hacia un lado y siento un cosquilleo en la palma de las manos. Llevo semanas observando a ese escultor, al hombre que tiene la misma cara que mi difunto padre. Un padre que desprecio y aborrezco incluso muerto, incluso sabiendo que ahora no es más que un montón de ceniza, pues abandonaron su cadáver en un desierto abrasador para que se quemara.

Al principio reconozco que escrutaba al escultor porque me gustaba pensar que mi padre estaba aquí, sonriendo a mi alrededor, trabajando bajo mi atenta mirada. Pero quizá deba dejar los sentimentalismos a un lado y empezar a reflexionar en el porqué de esa presencia tan familiar. Tal vez los dioses estén tratando de mandarme un mensaje y han enviado a ese hombre para que aprenda a controlarme, para que no pierda los nervios cuando se me presente una situación difícil, exasperante. Para recordarme que, si logré vencerle a él, puedo vencer a cualquiera.

Puede que los dioses le confirieran el rostro de mi padre para abrirme los ojos, para utilizarlo en mi favor.

Relajo los puños cuando el anciano se encarama de nuevo a la escalera para sacudir el polvo blanco de la escultura de hielo. Con el movimiento, la capucha se desliza, revelando así una cabeza totalmente calva y con unas arrugas tan profundas y tan prominentes que da la sensación de que puede plegar y fruncir y encoger toda esa piel flácida a voluntad. En comparación con el paisaje nevado e impoluto que nos rodea, su barba no parece tan blanca, sino más bien amarillenta. Y tiene los ojos un pelín caídos. Los suyos son marrones y claros, mientras que los de mi padre siempre estaban enrojecidos, casi inyectados en sangre, con venas de alcohol bajo unos párpados caídos.

El escultor parece notar que tengo toda mi atención puesta en él porque, de repente, se vuelve y, durante un instante, nuestras miradas se cruzan, pero él enseguida agacha la cabeza en señal de respeto y deferencia, algo que mi padre jamás habría hecho. Él solo se agachaba para ponerse a horcajadas encima de mí y azotarme con el cinturón o aporrearme con una jarra de cerveza que él mismo había vaciado.

A veces, me arrepiento de haber dejado que se quemara en aquella casucha. Fue una muerte demasiado rápida, demasiado poco dolorosa. Pero quizá ahora pueda enmendar el error. Según parece, los dioses me han dado la oportunidad de imponer mi autoridad sin trastocar ninguno de mis otros planes. Y por eso me han puesto a la persona idónea con quien desquitarme, con quien darme el gusto de castigar.

Un placer oscuro y siniestro se inmiscuye entre los recovecos de mi pecho cuando levanto una mano y hago señas a mi jefe de la guardia

para que se acerque. Siempre atento a mis indicaciones, el soldado de inmediato repara en el gesto y se acerca a toda prisa al cenador.

—¿Señor?

—Ese hombre de ahí —digo, y le señalo con la barbilla—. Llevadlo a las mazmorras.

Sé que la orden le ha pillado por sorpresa, pero es un hombre bien entrenado y competente, y enseguida se cuadra de nuevo.

—Sí, majestad. Como ordenéis.

Se da media vuelta, señala a uno de los guardias y, juntos, se encaminan con paso firme y decidido hacia el viejo escultor.

Al principio, el anciano los mira con el ceño fruncido, y en su mirada advierto confusión, desconcierto. Sin musitar palabra, mis guardias lo agarran por los brazos y, sorprendido, él zarandea el cuerpo antes de dejar caer el cincel y el martillo al suelo. Los demás escultores se quedan petrificados mientras observan la escena con los ojos como platos. Un segundo después, mis guardias se lo llevan a rastras.

Sus gritos roncos y desesperados resuenan en el aire mientras mueve la cabeza de un lado a otro con frenesí, casi con delirio.

—¿Qué estáis haciendo? ¿Adónde me lleváis? ¡N-no he hecho nada, lo juro! —grita, mientras menea los pies y ese par de alambres que tiene como piernas van dejando un rastro sobre la nieve.

El ambiente tranquilo y sosegado que reinaba en el jardín se enturbia, se revuelve y ahora se respira inquietud, desazón, pero nadie se atreve a cuestionarme. Nadie se atreve a interceder o a parar a los guardias.

Con la cabeza totalmente girada, la mirada aterrorizada del hombrecillo se clava en mí.

—¡Por favor, majestad! ¡Se trata de un error! ¡Por favor, ayuda!

El pecho se me hincha de satisfacción al imaginarme que ese escultor al que arrastran por la nieve como a un vulgar malhechor es mi padre, que es su voz la que me suplica clemencia.

Un chillido estrangulado emerge de su garganta.

—¡No he hecho nada! ¡Soy inocente!

«Eres igual que él —contesto en silencio—. Llevas la palabra “culpa”

escrita en la cara».

Con esas manos deformadas por la artritis, el anciano trata de forcejear con mis guardias uniformados, aunque todos sus intentos son en vano. Es un viejo decrépito y débil, una hormiga en comparación con los guardias. Con un último bramido que parece rasgar el aire, desaparece tras los muros del castillo. Justo ahí se encuentra una de las entradas más discretas a las mazmorras.

Sus berridos se pierden en la lejanía y, momentos más tarde, el jardín parece haber enmudecido. La calma que se respira ahora es tensa, incómoda.

Me quedo de pie delante del cenador, con los brazos cruzados sobre el pecho, observando a todos los que deambulan por allí con una expresión audaz, arrogante, provocadora. Varios guardias de Rocablanca desperdigados por el jardín, escultores, un mozo de cuadra, todos se han quedado paralizados. Espero a ver si alguno de ellos tiene las agallas de decir algo, pero ninguno abre la boca.

Al darse cuenta de que tengo mi atención puesta en ellos, enseguida retoman su tarea y esquivan mi mirada. Es curiosa la facilidad que tiene la gente para hacer oídos sordos a las desgracias de los demás. Es la vocecita siniestra y oscura que les susurra al oído: «No hagas caso. No te involucres, no vaya a ser que corras la misma suerte».

Dejo caer los brazos, salgo de mi refugio personal, de ese cenador de hierro forjado y, con motitas de nieve empapándome la frente, me dirijo hacia la entrada principal del castillo de Rocablanca.

Voy directo a las mazmorras. Estoy tan emocionado que incluso me sudan las palmas de las manos. Todos esos cabos que se me resisten, toda la ira que no puedo desatar sobre quienes la merecen. Por fin voy a poder desahogar toda esa rabia contenida, y voy a hacerlo con él.

Porque los dioses me han obsequiado con un regalo, y pretendo aceptarlo.

23

Auren

El cardenal de mi mejilla todavía no ha desaparecido.

¿El lado bueno? Midas no ha vuelto a molestarme desde que me propinó el bofetón, y de eso han pasado ya tres días. Entre tú y yo, una auténtica bendición. No me ha ordenado que convierta nada más en oro, no me ha obligado a asistir a más banquetes reales.

Pero detrás de esta especie de indulto se esconde la sombra de la culpabilidad. Midas se niega a ver la prueba del delito, pues el moretón que aún me ensombrece parte del rostro demuestra que perdió los estribos. Ojos que no ven, corazón que no siente.

Aun así, disfruto de este merecido descanso porque, al fin, he podido tener algo de tiempo para mí.

He aprovechado estos tres días al máximo. He madrugado cada día; desde que me despertaba hasta que se ponía el sol, me he dedicado a entrenar en mi habitación, a solas. No me he movido de aquí. Además de realizar ejercicios tan básicos y sencillos como zancadas y sentadillas, convertí en oro un par de zapatos para poder utilizarlos a modo de mancuernas y fortalecer los brazos. También he repasado los cuatro trucos que la Cólera del comandante me enseñó cuando estaba en el campamento. Y cuando notaba que todo el cuerpo me empezaba a temblar por el sobresfuerzo, lo cual acostumbra a suceder al poco de haber empezado a entrenar, descansaba los músculos y trataba de aprender a dominar las cintas.

Practico sin cesar para intentar moverlas una a una, y después juntas. Es un poco complicado, como frotarte la tripa en el sentido de las agujas del reloj mientras te das golpecitos en la cabeza, o como tratar de escribir dos palabras distintas con ambas manos de forma simultánea. Requiere concentración y mucho tiempo. Cuando me

harto de ese ejercicio, paso a otro. Levanto cosas con mis cintas, las muevo, las cambio de sitio. Y así voy matando el tiempo, aprendiendo a usar mis cintas y ejercitando el cuerpo.

Mi estado de forma es lamentable y me siento patética por ser una mujer tan débil, pero he decido ponerle remedio y haré lo que pueda en esa dichosa habitación.

En cuanto llega el crepúsculo y los últimos rayos de sol asoman por el horizonte, los criados desfilan por mis aposentos para avivar el fuego, prepararme el baño y traerme algo de comida. Cada día, cuando llaman a mi puerta, estoy hecha un asco. Sudada, temblorosa y gruñona. Incluso mis cintas se están volviendo más irascibles por culpa de tantos ejercicios. Pero… me siento bien. Como si estuviese haciendo algo productivo. Todo el cansancio parece satisfacer a la bestia emplumada que, de vez en cuando, me picotea el pecho.

Por ahora.

Fiel a su palabra, Midas me ha permitido deambular por el castillo por la noche, escoltada siempre por un guardia, por supuesto. Así que después de un baño reconfortante que mis músculos estaban pidiendo a gritos, salgo de mis aposentos, igual que he hecho durante las últimas tres noches. He estado encontrándome con Rissa para entregarle bajo mano objetos de oro macizo.

Además, logré convencer a los guardias de que podían acompañarme hasta la entrada olvidada de la biblioteca, una entrada que, por lo visto, nadie más utiliza. Les mentí al decirles que los escribas me habían otorgado un permiso especial para colarme por ahí, puesto que era una entrada más privada, más discreta. En ningún momento pusieron en duda mi palabra. Scofield y Lowe esperan en la fría y austera antecámara mientras yo finjo estar devorando libros de historia del Quinto Reino.

La noche después de que Midas me pegara, logré abrir las otras puertas de la antecámara. Albergaba la esperanza de que alguna de ellas me condujera a las mazmorras o a un pasadizo secreto, pero no hubo suerte. Llevaban a la bodega, a las cocinas, a una salida cerca de los establos, a un par de pasillos sin un interés especial, y a lo que intuyo que debían de ser los aposentos del rey Fulke. Todas resultaron

ser un fiasco.

Así que esta noche, después de la visita protocolaria a Rissa, regresaré a la biblioteca en busca de los planos originales del castillo. Espero averiguar dónde pueden tener a Digby, o al menos encontrar alguna salida secreta que nos ayude a huir de Rocablanca sin llamar la atención.

No me cabe la menor duda de que me espera otra noche muy muy larga.

Los días van pasando, y mi preocupación va *in crescendo*. Apenas avanzo en mis pesquisas y, para colmo, Rissa cada vez está más nerviosa, más ansiosa. Su mirada se va tornando más oscura por momentos, como la sombra de un reloj solar, que a medida que pasa el tiempo, se va extendiendo por la superficie.

Y por eso me resulta cuando menos curioso que, justo cuando estoy ensimismada pensando en la impaciencia de Rissa, me choco precisamente contra ella en el pasillo, mientras me dirigía al ala donde se alojan las monturas.

—Mierda. —Me tambaleo hacia atrás y me golpeo el hombro con la esquina que acabo de doblar. Rissa, por su lado, se ha llevado un susto de muerte y ahora está apoyada en la pared, tratando de reponerse.

—¿Mi señora? —espeta Scofield, que me mira con los ojos como platos, preocupado. Sin embargo, no se acerca ni un paso a mí, ni tampoco intenta ayudarme. Ha aprendido la lección.

—¡Mira por dónde vas! —ladra Rissa mientras se atusa esa melena rubia y sedosa con las manos.

Me pongo derecha y yergo la espalda, aunque el dolor es insufrible.

—Lo siento.

«Gracias al Divino que es de noche».

Suelta un resoplido exasperado y, en cuanto me reconoce, suaviza el tono, y también la expresión.

—No pasa nada. No sabía que eras tú.

Veo que se toquetea el corpiño del vestido, que tiene un escote de infarto, y me fijo en el guardia que la acompaña. El tipo ni se ha inmutado cuando nos hemos dado ese tremendo cabezazo al doblar la esquina. De hecho, el canalillo de Rissa le tiene bastante distraído.

Parece hipnotizado, mejor dicho. Al menos Scofield y Lowe no me comen con los ojos, ni me lanzan miradas lujuriosas. También es verdad que, siempre que me pongo un corsé, parto todas las varillas para evitar que mis senos se vean tan tersos y tan redondos y tan expuestos como los suyos.

La mirada fría y crítica de Rissa repta por mi rostro.

—Tienes mejor aspecto.

Me acaricio la mejilla, que sigue un poquito amoratada e hinchada, con la mano.

—Sí —respondo, sin más. Nunca me preguntó qué había ocurrido, y yo tampoco quise contárselo. Pero en el fondo lo sabe. Las mujeres tenemos ese don, esa intuición femenina que no falla.

—¿Venías de visita otra vez? —pregunta mientras continúa caminando por el pasillo, alejándose de las habitaciones de las monturas.

Mido mis palabras por pura precaución; no me fío de ninguno de los guardias reales.

—Sí, esperaba que pudiésemos charlar un rato.

—Como puedes ver, no estoy en el ala de las monturas, pero sabes que estás más que invitada a acompañarme.

Miro al guardia por el rabillo del ojo antes de clavar de nuevo la vista al frente; de fondo, se oye el sonido de los tacones de Rissa contra el mármol.

—Oh, ¿vas a…? Eh… No tendrás una cita, ¿verdad?

Ella suelta un bufido y me lanza una mirada burlona.

—No, no me han llamado para follar, Auren —responde con frialdad.

—Bueno, me ha parecido que lo más prudente era preguntar…

Pone los ojos en blanco y, por un momento, juraría que he oído cómo ese par de iris azules rodaban por las cuencas.

—¿De veras crees que te invitaría a ver cómo me cabalgan?

—No serías la primera en hacerme tal indecente propuesta.

Una risa reticente escapa de sus labios.

—Cierto. Odiaba que el rey te obligara a mirarnos mientras retozábamos.

Vaya, eso sí que no me lo esperaba.

—¿En serio?

—En serio —confirma ella, y doblamos otra esquina. Nos dirigimos hacia una parte del castillo todavía desconocida para mí—. ¿Crees que alguna disfrutábamos de tu presencia allí?

—Polly sí —respondo sin vacilar—. Le gustaba verme encerrada tras esos barrotes de oro mientras el rey…, en fin. Créeme cuando te digo que el espectáculo le divertía.

—Quizá, pero a mí no. Tener a la preferida del rey, la montura dorada, observándote, juzgándote, viendo todo lo que haces… —dice, y sacude la cabeza—. Lo odiaba. Y también te odiaba a ti.

Lo dice sin maldad, sin resquemor, sin ánimo de hacerme daño. Lo dice porque esa es la verdad, pura y dura.

—¿Y ahora?

Rissa me mira de refilón.

—¿Ahora, qué?

—Ya no me odias.

Estrecha los ojos.

—Digamos que ahora te tolero.

—Ah, eres tan cariñosa, tan zalamera, tan tierna.

Me parece vislumbrar una sonrisa en sus labios, algo muy raro en Rissa, pero apenas dura un segundo. Ha sido como ver una estrella fugaz. Ese breve y efímero destello ha servido para calmar un poco mi alma, agitada y consternada.

—Estamos aquí —anuncia, y se detiene frente a una puerta custodiada por un guardia real. Está apoltronado sobre una banqueta y tiene un palillo meciéndose sobre su labio inferior.

—¿Dónde es «aquí»? —pregunto mientras examino esa puerta, que no me resulta en absoluto familiar—. ¿Qué estás haciendo?

Rissa arquea una ceja rubia y esboza una sonrisita de complacencia.

—He venido a ver a Mist.

«Mist».

Es decir, la montura que ha intentado arrancarme los ojos en más de una ocasión. La misma mujer que me somete a humillaciones públicas con esa lengua viperina. La mujer que está embarazada del hijo

ilegítimo de Midas.

Doy un paso atrás y abro tanto los ojos que temo que vayan a salírseme de las órbitas.

—¿Qué? ¡Sabes que no puedo entrar ahí! —siseo.

—Vaya, qué mala suerte. Si no entras ahí conmigo, no vamos a poder charlar, y créeme, tengo noticias frescas y un par de cotilleos muy jugosos —dice. La proposición no puede ser más tentadora.

Echo un vistazo al pasillo, nerviosa. En silencio, rezo porque aparezca una trampilla por la que poder escapar de ahí, aunque debo reconocer que siento curiosidad por saber qué información ha llegado a sus oídos. Además, necesito deshacerme de la hoja de oro macizo que en estos momentos me está agujereando el bolsillo del vestido.

Un suspiro brota desde las profundidades de mi pecho.

—¿Estás segura de que ya no me odias? Porque no lo parece.

Rissa sonríe de oreja a oreja, como si mi reacción le resultara de lo más gracioso y divertido.

—Estos chismorreos te interesan, Auren. Y mucho.

Maldita sea, me ha convencido. Me ha convencido, y lo sabe.

—¿Sabes? De repente me han entrado ganas de lanzar un libro.

A Rissa se le escapa una risita melódica y, al fin, relaja un pelín los hombros e incluso se le ilumina la mirada, aunque solo sea un segundo.

—Oh, no te pongas tan dramática. Será una visita rápida. Cada día viene una montura a ver a Mist, y hoy me ha tocado a mí.

Tras unos instantes de intenso debate interno, me doy por vencida y claudico.

—Está bien. Pero creo que necesito acordar una palabra de seguridad, por si acaso.

Con una sonrisa pícara, llama a la puerta y, sin esperar una respuesta, entramos en la habitación sin la compañía ni protección de nuestros guardias, que se quedan en el pasillo. Nos aseguramos de que la puerta quede bien cerrada para que nadie pueda oír lo que se comenta dentro de esas cuatro paredes. En esta habitación predominan las tonalidades violetas y lilas, como en el resto del palacio. La ropa de cama tiene un toque femenino y sofisticado, a

juego con los sillones dispuestos frente a la chimenea y con esa delicada mesita que las doncellas han debido de preparar para servir el té.

Ahí es donde Mist está sentada. Reconozco su perfil bajo esa elegante melena azabache. Rissa rodea el diván y se deja caer sobre el único asiento disponible. Su cuerpo parece hundirse entre un montón de cojines de terciopelo púrpura.

—Ah. Eres tú —dice Mist, y levanta la vista de la mesa.

Mierda. Si esa es la clase de bienvenida que Rissa recibe, no quiero imaginar lo que dirá cuando me vea a mí. Tengo la ligera sospecha de que no me va a recibir con los brazos abiertos.

—Yo también me alegro de verte, Mist —responde Rissa con una sonrisa, y se sirve una taza de té.

Creía que eran amigas, y por eso me sorprende que se traten con tanta frialdad, casi con indiferencia. Ahora que lo pienso, solo se me permitía ver a las monturas cuando estaban… complaciendo a Midas. Siempre se mostraban muy cariñosas, como si se llevaran de maravilla, pero tal vez lo que yo interpretaba como amistad y aprecio no era más que una puesta en escena, un trabajo.

Estoy tan nerviosa que prefiero quedarme merodeando por el umbral.

—Bonita habitación.

Mist gira la cabeza tan rápido que temo que se haya partido el cuello.

—¿Qué estás haciendo tú aquí?

—No tengo ni idea, la verdad —murmuro, y apoyo la espalda sobre la puerta. No quiero acercarme a ella. Mist es una mujer implacable, una mujer con garras en las manos y veneno en la lengua, y no me fío de la criatura alada que ahora habita en el interior de mi pecho.

Esos ojos negros se clavan en Rissa.

—¿La has traído a mi habitación?

Rissa toma un remilgado sorbito de té, como si la discusión no fuese con ella.

—Fuiste tú quien pidió recibir visitas cada día. Y hoy puedes disfrutar de la compañía no de una, sino de dos personas.

Mist me señala con un dedo acusador.

—Esa no cuenta como persona.

Pestañeo al oír ese insulto, y mi ira se aviva de inmediato, pero Rissa interviene antes de que pueda responder.

—Desde luego, las hormonas del embarazo no han refinado tus modales, Mist.

—¿Por qué iba a ser amable y educada con ella? Ya la miman suficiente. Pero si vive entre algodones, por el gran Divino.

Rissa atraviesa a Mist con su mirada azul glacial.

—Sí, pero mira cómo has acabado tú, viviendo entre algodones. Tu propia *suite*, criados a tu entera disposición, nueve meses de descanso laboral en el bolsillo. Siguiendo tu lógica, ahora el resto de las monturas deberíamos tratarte como unas auténticas zorras, ¿no?

Mist se pone colorada y, por un segundo, creo que nos va a echar a patadas de su habitación, pero en lugar de eso me lanza una mirada fulminante y dice:

—¿Qué? ¿Piensas quedarte ahí como un pasmarote todo el rato? —espeta—. Anda, siéntate.

Qué amable.

Doy un rodeo para tratar de mantener una distancia más que prudencial y tomo asiento al lado de Rissa. No me sirvo una taza de té, ni pruebo las galletas de mantequilla porque sé que la tolerancia de Mist tiene un límite, y ese límite es el cojín sobre el que estoy sentada, punto.

Nos miramos en silencio mientras unas llamas alegres parpadean a nuestro lado, como si el fuego estuviera tratando de quemar la descortesía y tosquedad que hay entre nosotras y así relajar un poco la tensión. Nunca nos habíamos sentado las tres alrededor de una mesa y, ahora que lo estamos, no sabemos qué decir. Durante muchos años solo nos hemos visto a través de los barrotes de mi jaula.

Mist se pone una mano sobre la barriga, que ya empieza a notarse, y no puedo evitar fijarme en ella. Cuando me enteré de que estaba encinta, me derrumbé. Pero ahora…

«¿Qué siento ahora?».

Esperaba que el eco de los celos retumbara en cada recoveco de mi

ser. Pero no es así.

Aunque quisiera, Mist no podría disimular esa tripita de embarazada. Es incipiente, pero el vestido que lleva, ceñido al cuerpo y marcando todas sus curvas, la delata. Midas ha dejado huella en nosotras, desde luego. En Mist, en sus entrañas y en mí, en mi mejilla amoratada.

Y en ese preciso instante, siento que algo en mí cambia.

Mist está celosa por el lugar que cree que ocupo en la vida de Midas. Lo sé ahora, y también lo sabía antes, pero ver esa panza en cuyo interior se está gestando una vida me ha hecho ver las cosas desde otra perspectiva. Porque… ¿Cómo me sentiría yo en su lugar?

No es un embarazo normal. Mist va a dar a luz al hijo de un rey. Un rey que, aparte de tratarla como a cualquier otra montura real de su harén, no ha demostrado tenerle ni una pizca de aprecio.

Lo más probable es que esté asustada. Del embarazo en general, del momento del parto, de qué pasará con ella una vez que haya dado a luz. Perderá el control de su vida y no tendrá derecho a tomar decisiones, y yo, más que nadie en este mundo, comprendo esa sensación.

Mist va a tener un hijo de Midas. El hombre que me abofeteó, que me rompió el corazón, que me dejó el cuerpo amoratado. Siento que la compasión empieza a lloviznar sobre mi alma, como una nube de tormenta, una nube cargada de agua y de rayos y de truenos, y la inunda de lástima por la mujer que está sentada justo enfrente de mí.

Podría haber sido yo. Me asalta una duda: si hubiese sido yo quien llevara al hijo de Midas en sus entrañas, ¿qué habría hecho?

No habría podido alejarme de él jamás.

Ese hijo bastardo va a cambiar la vida de Mist para siempre, y ya no hay vuelta atrás. Ahora va a estar encadenada a un maestro de la manipulación y a un rey narcisista, un hombre que me ha demostrado que está dispuesto a infligir dolor físico a cualquiera que ose desafiarlo, o simplemente no acatar sus órdenes.

Ella considera que las atenciones de Midas son un regalo envidiable. Pero no es verdad. Los cuidados que ahora mismo le está concediendo son más tóxicos que los celos que ella siente hacia mí.

Estoy tan absorta en mis pensamientos que ni siquiera me he dado cuenta de que llevo un buen rato mirándole la tripa, hasta que Mist golpea la mesa con su tacita de té. Doy un respingo y es entonces cuando reparo en su mirada asesina. Avergonzada, agacho la cabeza y poso los ojos sobre mi regazo.

—¿Cuándo va a venir Polly a verme? —pregunta Mist, que no parece muy entusiasmada con la visita de hoy.

—Tienes suerte de que viniese hace un par de días. Nos costó una barbaridad sacarla de la cama. De hecho, se pasa la mayor parte del día tumbada, holgazaneando.

De repente, las dos monturas se quedan calladas. Es un silencio taciturno, pensativo, y me parece percibir un ligero cambio en el ambiente. El desprecio con que se han saludado desaparece, o al menos esa es mi impresión.

—Tiene que dejar de tomar rocío.

—¿Y por qué no se lo dices tú misma? —replica Rissa.

Mist rechina los dientes, claramente molesta, y después alarga la mano para coger una madeja de lana. La coloca sobre el regazo y empieza a juguetear con una hebra mientras sacude la cabeza.

—Sé que el rocío es una lujosa exquisitez aquí, en el Quinto Reino, pero no me gusta. Polly se vuelve…

Rissa es quien continúa la frase.

—Descuidada. Insensible. Una adicta al sexo que no piensa más que en follar. Una cabeza hueca que no es capaz de pensar por sí misma.

Mist clava los dedos en la madeja y aprieta los labios.

—Sí.

No soy una gran admiradora de Polly, pero la idea de que ella o cualquiera de las otras monturas estén enganchadas a esa extraña sustancia no me gusta.

—Es asqueroso cómo tratan a las monturas aquí —apunta Rissa, indignada y con las mejillas cada vez más rojas—. Esa maldita droga está sacando lo peor de cada uno.

Un silencio pesado y oneroso se instala en la habitación, un silencio que Mist rompe en cuanto empieza a tejer. El clic, clic, clic de las agujas al tocarse es el único sonido que se oye durante varios largos y

tensos minutos, hasta que Rissa deja la taza sobre un platito de porcelana y dice:

—Polly mencionó que todavía tenías náuseas por las mañanas.

Mist encoge los hombros.

—Los criados me preparan té de jengibre. Y con eso me apaño —dice, y después suelta una retahíla de palabras malsonantes, tira del hilo de lana para deshacer las vueltas que acaba de tejer, y entre esas dos cejas negras y pobladas se forma una profunda arruga.

Repite los puntos por segunda vez, y los vuelve a deshacer.

—Podría ayudarte a tejer eso.

Levanta esa mirada pardusca de la labor, y el ruidito metálico de las agujas enmudece.

—¿Perdón?

Señalo con la barbilla la hebra que en estos momentos está devanando alrededor de la madeja.

—A tejer. Podría echarte una mano, si quieres.

Su expresión rezuma desdén.

—No quiero que toques las cosas de mi bebé.

El inocente ofrecimiento ha resultado ser toda una ofensa para Mist. Trago saliva, incómoda.

—Está bien.

Ella continúa haciendo punto, pero está tan frustrada que en lugar de tejer la lana parece que esté apuñalándola con las agujas.

—¿Y tú dónde has aprendido a tejer, si puede saberse? —pregunta con tono autoritario.

—Cuando te pasas cada día de tu vida encerrada en una jaula, aprendes muchas cosas para entretenerte, o simplemente para matar las horas —respondo, y mi voz suena más triste de lo que me habría gustado, pero no he podido evitarlo.

Tejer, coser, bordar, tocar el arpa, leer, echar una cabezadita a cualquier hora del día, beber. Aficiones inútiles y absurdas y estúpidas para ocupar el tiempo. Todos los días que pasé en aquella jaula de oro carecían de sentido, de alegría, de corazón, de vida. Llevaba la vida insulsa y anodina de una estatua. De hecho, debería haberme convertido en una mujer de oro macizo y así le habría ahorrado a

Midas tantas molestias.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

La pregunta me arranca de esa turbulenta reflexión y me devuelve a la realidad, a una Mist que estudia el cardenal de mi mejilla, aunque después de tantos días diría que apenas se nota. Esta noche está siendo el centro de todas las miradas, y eso me incomoda. Sopeso mis opciones. Por un momento, me planteo mentirle o, mejor todavía, ningunearla, como ha hecho ella tantas veces conmigo, pero… una parte de mí quiere advertirle. Abrirle los ojos de una vez.

Porque, aunque ella opine lo contrario, no soy una enemiga que batir. Ni una rival. Tan solo soy la mujer que estaba al otro lado de los barrotes. Me acaricio la mejilla con los dedos.

—Esto es lo que ocurre cuando el rey Midas pierde los nervios.

Algo sobrevuela esos ojos almendrados, pero se desvanece en un santiamén. Mist resopla y alza la barbilla con soberbia.

—No deberías contrariarle. Y menos después de que te haya dado tanto.

Una carcajada se arrastra entre las grietas de mi cinismo.

—¿De qué diablos te ríes? —ladra.

Sofoco esa risa cargada de amargura y cualquier rastro de diversión desaparece de mi rostro. Sacudo la cabeza, como si quisiera desplazar la profunda tristeza que se está acomodando en mi corazón.

—De nada —respondo—. Me ha dado mucho, es verdad.

«Pero me ha quitado muchas más».

—Por supuesto que sí —insiste ella. Me parece percibir un ápice de resentimiento en esa postura rígida y anquilosada que trata de disimular con una sonrisa de lo más hipócrita—. En cuanto a mí, no puedo estarle más agradecida por todo lo que ha hecho. En el momento en que se enteró de que llevaba a su hijo en el vientre, me sacó del ala de las monturas y me trajo aquí —explica, y mira alrededor de la habitación como si fuese lo más bonito que jamás ha visto, como si no pudiese ver los barrotes invisibles.

Titubeo antes de hablar.

—¿Te ha comentado qué piensa hacer después de que nazca el bebé?

No he debido hacer esa pregunta, porque de repente la cara dulce y melosa de Mist se convierte en una máscara de ira.

—No es asunto tuyo, maldita sea.

Aprieto los labios y, en silencio, me reprendo por haber sido tan osada. Ojalá pudiera volver atrás y tragarme mis propias palabras.

—Esta habitación está muy bien —interviene Rissa después de tomar otro sorbito de té—. Debes de estar la mar de cómoda aquí.

Mist me dedica una última mirada cargada de rabia y después desvía la atención a la montura rubia. Pasa una mano por el reposabrazos del sillón, una estrategia para calmar los nervios y apaciguar a la fiera.

—Sí, es muy bonita, ¿verdad? El rey es un hombre muy atento. ¿A qué mujer no le gusta que la cuiden y la mimen así de bien?

Me da la sensación de estar ante una vieja versión de mí misma. Midas la ha deslumbrado. Ha logrado encandilar a Mist con su experta palabrería, agasajándola con toda clase de cosas bonitas y prometiéndole una soñada y ansiada seguridad. ¿Cómo no caer en la trampa? Cuando un hombre te dedica la mejor de sus sonrisas y te regala palabras de amor, es muy difícil no empezar a ilusionarse, a imaginarse una vida a su lado. Midas sabe cómo hechizar a una mujer. Mist y yo nos parecemos más de lo que ella cree.

—Por fin le voy a dar algo que ninguna otra mujer le ha dado hasta ahora —prosigue, y el rostro se le ilumina de orgullo mientras se acaricia la tripa una vez más—. Es muy detallista y se encarga de que no me falte absolutamente de nada. Comida, ropa, visitas semanales con el sanador de palacio… Está muy comprometido conmigo, se preocupa por mí y me colma de lujos y comodidades.

En lugar de ver a Mist y esta preciosa habitación púrpura, me parece estar en mi propia habitación, en la última planta del castillo de Alta Campana, rodeada de cosas bonitas que Midas me había regalado. Veo cómo las paredes se van llenando de barrotes de oro y noto el peso de las cadenas que tengo alrededor de los tobillos.

Me aclaro la garganta para tratar de deshacerme de la pena y la lástima que se han quedado ahí atrapadas, pero el nudo no parece dispuesto a moverse.

—Te molesta, ¿a que sí? —pregunta Mist al ver mi cara.

—Sí —respondo, con total sinceridad—. Pero no por las razones que crees.

Sus dedos, que siguen sujetando las agujas, se tensan y el ambiente que reina en la habitación también.

—¿Qué se supone que significa eso?

—No soy una amenaza para ti —murmuro, pero es evidente que no me cree, y no la culpo por ello. ¿Por qué iba a creerme?

—Por supuesto que no lo eres —replica con tono de mofa—. Tengo a su bebé en mis entrañas, Auren. Un día, mi hijo llevará una corona.

Pestañeo varias veces, sorprendida y un poco aturdida.

—Yo… Yo pensaba… A ver, teniendo en cuenta que no eres su esposa…

—No me lo estoy inventando, me lo ha dicho el propio rey —alega ella, a la defensiva y roja de rabia—. Mi hijo será considerado como legítimo y llevará la vida de un auténtico príncipe. No tendré que volver a trabajar nunca más, y viviré como una aristócrata durante el resto de mi vida.

Me quedo tan pasmada al oír sus palabras que ni siquiera soy capaz de parpadear. Y entonces me señala con un dedo directamente a la cara.

—¿Lo ves? Estás celosa. Tú querrías haber sido la madre de su hijo, pero lo seré yo, y por eso la rabia te está carcomiendo por dentro. —El veneno que corre por sus venas es tan tóxico y tan letal que incluso le cuesta respirar—. Nunca estabas contenta. Nunca tenías suficiente. Se veía a la legua. Todas lo veíamos, incluida Rissa.

La montura en cuestión enarca una ceja, pero no abre la boca para rebatir a su compañera.

Ahora que ha arrancado, ya no hay quien la pare. Sé que quiere aplastarme con el pedrusco del dolor y condenarme al ostracismo. Mis cintas se tensan como un puño alrededor de mis caderas cuando ella se pone de pie. La madeja de lana que tenía sobre el regazo cae a sus pies, olvidada.

—Ahora es a mí a quien el rey adora y cuida y protege, y será mi hijo el que un día se sentará en el trono de Alta Campana. Lo odias,

admítelo.

Me levanto de la silla con cierta rigidez porque noto una comezón en la espalda, como si mis cintas doradas estuvieran preparándose para arremeter contra ella y derribarla al suelo.

—Voy a darle un heredero —continúa; el rencor con que escupe cada palabra parece arañarme la cara—. ¿Qué le has dado tú, además de un coño de oro?

Mis cintas me constriñen tanto el torso que temo que terminen ahogándome.

¿Qué le he dado?

Una reina. Un reino. Una corona.

Inmensurables riquezas.

A mí misma.

Pero la mujer que tengo delante está demasiado enfadada como para escuchar la otra versión de la historia. Aunque le confesara hasta el capítulo más sórdido de mi vida, no me creería. Me observa con los ojos entornados, casi vidriosos por la profunda aversión que siente hacia mí, con las emociones a flor de piel, unas emociones que amenazan con desbordarla. No pensaba que me odiase tanto, la verdad. Es un odio afilado y punzante, un odio profundo y arraigado, aunque debajo de toda esa rabia y resentimiento se esconde un miedo que conozco demasiado bien.

—Creo que lo mejor será que me marche.

Mist tuerce el gesto.

—¡Eso, lárgate! —gruñe, y se vuelve hacia Rissa, que en ese momento se está poniendo en pie—. No quiero verla por aquí nunca más.

Rissa murmura algo para tratar de tranquilizar a Mist, pero estoy demasiado lejos como para oírlo. Sea lo que sea, no ha sentado nada bien a la montura porque, de repente, alza la voz.

—Me da lo mismo. Voy a darle un hijo al rey, y está celosa. ¡Está celosa porque soy su nueva preferida!

Abro la puerta de un fuerte tirón y salgo al pasillo. Paso junto a los guardias sin musitar palabra. Tan solo camino. Camino y camino y camino, como si la distancia que estoy poniendo entre Mist y yo

pudiese disipar la hostilidad con que me ha tratado.

Pero antes de llegar al final del pasillo, Rissa echa a correr para tratar de alcanzarme. Reconozco el frufrú de su vestido rozando las baldosas del suelo. Durante unos segundos, las dos avanzamos por el pasillo en absoluto silencio, sin decirnos nada. Al final, ralentizo un poco el paso para esperarla y, así, acompañarla hasta el ala de las monturas, seguidas, cómo no, de nuestros guardaespaldas.

—Mist está… No está pasando un buen momento —dice ella al fin.

—No hace falta que te disculpes por ella. No estoy enfadada.

Rissa me mira por el rabillo del ojo, como si le costara creerme. Aunque parezca increíble, es la verdad.

Mist no me odia a mí. En realidad, odia la amenaza que represento. Está actuando como un animal indefenso y acorralado porque cree que, con solo chasquear los dedos, puedo arrebatarle esa nueva vida, esa aparente seguridad, el relevante lugar que ahora ocupa en la vida de Midas. ¿Cómo puedo estar enfadada cuando cree que voy a arruinarle la vida?

Suspiro y trato de no pensar en todo lo ocurrido en esa habitación. Miro a Rissa de refilón. Sus andares son tan finos, tan elegantes que, al pasar por el vestíbulo, me da la impresión de que no camina, sino que levita.

—¿Cómo soportas los corsés del Quinto Reino? —pregunto, cambiando de tema.

Ella dibuja una sonrisa de suficiencia.

—Con respiraciones cortas. Si inspiras hondo, corres el riesgo de romperte una costilla.

Se me escapa una risita y le agradezco que me ayude a dejar atrás la violenta conversación con Mist.

—Cabe reconocer que te hace un pecho precioso —digo, y uno de los guardias sufre un repentino ataque de tos.

Rissa asiente.

—Desde luego que sí.

Cuando llegamos a la puerta tras la que se extiende el ala de las monturas, entramos y dejamos a los guardias atrás, en el pasillo. Reconozco que llevaba un buen rato esperando este ansiado momento;

siento mucha curiosidad por saber qué noticias tiene que contarme. Nos escondemos en un rincón del salón y comprobamos varias veces que no hay nadie fisgoneando por ahí, que estamos completamente a solas.

—Anoche no encontré ningún plano del palacio, ni tampoco mapas del reino —digo de inmediato.

—¿Y tu guardia? —pregunta, porque está al corriente de que no huiremos solas, de que necesito llevarlo con nosotras.

Niego con la cabeza.

—He tratado de escabullirme para averiguar dónde está, pero las plantas subterráneas del castillo, donde sospecho que lo tienen retenido, están vigiladas las veinticuatro horas del día.

Hace una mueca de decepción.

—Vaya, en pocas palabras, lo mismo de ayer. Y de anteayer.

Suspiro de impotencia, de rabia, de desesperación.

—No puedo hacer más.

Y entonces extiende la mano.

—Al menos me habrás traído algo de oro, ¿no?

Hurgo en el bolsillo, saco una hoja de oro y se la entrego. Rissa la estudia con detenimiento antes de guardársela en su escote y entonces, sin más preámbulo, dice:

—Es evidente que tu estrategia para encontrar los planos o ese laberinto de pasillos secretos está condenada al fracaso, pero no hay por qué alarmarse porque he tramado otro plan, y ya no necesitamos esos dichosos mapas.

Parpadeo.

—¿A qué te refieres?

—No saldremos de Rocablanca por un pasadizo oculto, lejos de las atentas miradas de los guardias, sino por la puerta grande, es decir, por la puerta principal del castillo.

Frunzo el ceño. No entiendo nada.

—¿Y cómo piensas hacerlo? ¿Podrías ser un poquito más explícita, por favor?

Y entonces cuadra los hombros, como si estuviese resuelta y decidida a llevar a cabo su descabellado plan.

—Nos marcharemos la noche del baile de celebración.

—¿El baile? —pregunto mientras sacudo la cabeza—. ¿Pretendes escapar de Rocabalanca la misma noche en que todos los salones estarán abarrotados, con cientos de ojos por todas partes? No podemos huir ese día, Rissa. Tú mejor que nadie sabes que todos esperan que asistamos a la fiesta, y el rey será el primero en darse cuenta de nuestra ausencia.

—Estará distraído —rebate ella—. Es nuestra única oportunidad. Habrá decenas de carruajes, trabajadores, entregas y recogidas de paquetes, y un trajín caótico que puede crear toda clase de distracciones. Ningún guardia prestará atención a los invitados; todo aquel que vaya vestido de gala podrá entrar y salir del palacio cuando quiera.

Me muerdo el labio mientras cavilo su propuesta.

—Pongamos las cartas sobre la mesa. Todavía no has encontrado una salida por la que poder escabullirnos sin que nadie nos vea, Auren. No tenemos más alternativa que esta. Y siento decirte esto porque sé que quieres llevarte a ese guardia contigo, pero si no descubres su paradero antes del baile… —No termina la frase, pero no hace falta ser un genio para adivinar el resto. Quizá Digby ni siquiera esté aquí. Quizá incluso esté muerto. Quizá esté tan malherido que no pueda viajar.

Se me hace un nudo en el estómago.

—El baile es demasiado arriesgado. Midas es muy astuto, se dará cuenta enseguida de que no estamos.

—Todo es arriesgado —recalca Rissa—. Y no voy a esperar a que tú decidas cuándo es el mejor momento para huir. No voy a desaprovechar esta oportunidad.

La advertencia es clara, tan clara como sus ojos azules. No hay nada que pueda decir para tratar de disuadirla, porque ya ha tomado una decisión, y es irrevocable.

—Ya he gestionado un transporte para cuatro esa noche. Estaremos como sardinas en lata, te aviso, y presiento que no será un viaje cómodo, pero estaremos escondidos y huiremos de Rocablanca sin llamar la atención. Lo único que tenemos que hacer es llegar al otro

lado de la muralla.

—E-espera. ¿Has dicho cuatro?

Rissa cierra los ojos, y levanta la barbilla.

—Tú añadiste a ese guardia real. Bien, pues yo también quiero añadir a alguien más.

—¿A quién?

—A Polly.

—¡Rissa! —siseo, y le digo que no con la cabeza—. No podemos fiarnos de Polly. Sé que es tu amiga, pero me odia y…

—No es negociable —replica Rissa, y esta vez endurece el tono—. Si tú puedes llevarte al guardia, yo puedo llevarme a Polly.

Empiezo a entrar en pánico.

—No le habrás contado el plan, ¿verdad?

—Por supuesto que no —espeta ella.

Me paso una mano por la cara, desesperada. Se me ocurren decenas de motivos para pensar que es una idea pésima, una idea terrible.

—Rissa…

Se muerde el labio y, con un hilo de voz, murmura:

—Mira, sé que vosotras dos no os lleváis de maravilla. Pero conozco a Polly desde hace años y hemos vivido muchas cosas juntas. Se merece algo mejor que pasar el resto de su vida en este castillo, con las piernas abiertas y la mente nublada. Se ha vuelto adicta al rocío y esa dichosa droga la está matando. No puedo dejarla aquí.

Me quedo mirándola durante unos instantes y al final suelto un suspiro.

—Uf. Está bien.

Relaja un pelín el cuerpo y deja de entornar tanto los ojos.

No puedo culparla por intentar salvar a Polly, y menos cuando pretendo hacer lo mismo con Digby. Y tiene razón sobre la noche del baile. El castillo estará inmerso en un auténtico frenesí y habrá tantísima gente deambulando por todos los salones que quizá incluso una joven de piel dorada podrá camuflarse y pasar desapercibida.

Pero… solo faltan cuatro días para el baile.

«Cuatro días».

De repente, ese número de días me parece muy muy pequeño.

—¿Y bien? ¿Escaparemos la noche del baile? ¿Habrás encontrado a tu guardia para entonces y estarás lista para marcharte? —pregunta, mientras da unos golpecitos con el pie sobre las baldosas en señal de impaciencia—. Necesito una respuesta, Auren.

Me trago un nudo que se me había formado en la garganta y me seco las manos sudorosas y pegajosas con la tela del vestido. Tengo los nervios a flor de piel.

—Sí.

Tengo que darme prisa y averiguar dónde demonios tienen a Digby lo antes posible. Porque dentro de cuatro días huiré con él de este palacio, y lo haré bajo la atenta y siempre maliciosa mirada pardusca de Midas.

Esto es por lo que he estado trabajando tanto, por lo que he estado aguantando tantas semanas. Es el camino que he elegido y que quiero seguir.

Sin embargo, cuando me despido de Rissa y me dirijo hacia la biblioteca, los ojos no se me llenan de emoción e ilusión. No, se me llenan de lágrimas.

Porque para poder escapar de un rey… Voy a tener que dejar atrás a dos.

24

Auren

Después de hablar con Rissa, voy directa hacia la antecámara. Scofield y Lowe se acomodan en los bancos de piedra y yo me adentro en esa pocilga a la que llaman biblioteca. Me deslizo entre las altísimas estanterías con sigilo para no llamar la atención de los escribas que, ataviados con cogulla, no permiten que nadie se acerque a esa colección de libros mohosos y pergaminos ilegibles.

Si no estuviera tan pendiente de que los escribas me pillaran merodeando por su biblioteca, podría dedicarme a buscar los planos del palacio con más calma y sin interrupciones, pero no gozo de ese lujo. Y por eso rebusco entre montañas de manuscritos olvidados, en esos estantes polvorientos y dejados de la mano del Divino y, para colmo, la luz que alumbra el interior de esa sala es terrible. De rodillas o de puntillas, registro todas las estanterías, y cuando oigo que alguien se acerca, me escurro por un pasillo y me escondo.

Pero ¿qué he encontrado después de todo este tiempo rastreando esas cochambrosas estanterías? Nada.

Lo que me lleva a pensar que no estoy buscando en el lugar correcto. Tengo el mal presentimiento de que guardan los planos en la parte delantera de la sala, el único lugar al que no puedo ir porque ahí siempre está el mismo escriba que me pilló *in fraganti* la primera vez que entré, inclinado sobre el escritorio y garabateando ve a saber qué con su pluma.

Estoy convencida de que esta noche también saldré con las manos vacías, y eso me aterroriza. Porque, con el nuevo plan que ha elaborado Rissa, el tiempo apremia, y ahora más que nunca. Quizá tenga que desechar la idea de encontrar un mapa en papel y empezar a recorrer el castillo para tratar de trazarlo yo misma. Aunque no

tengo ni idea de cómo voy a esquivar las miradas de todos los guardias que hay repartidos por el castillo.

No quiero fallarme a mí, ni tampoco a Digby. Y tampoco quiero que me fallen.

Durante aquella horrible cena, cuando Midas me trató peor que a un perro callejero, hubo un momento en que habría querido que Slade interviniera, que me demostrara con hechos lo que me había asegurado con palabras.

Debo admitir que albergaba una pequeña esperanza.

Desde que nos besamos en mi balcón, lo que sea que hay entre nosotros ha crecido. Se ha expandido. Igual que le acusaron de haber invadido unas tierras que pertenecían a Fulke, siento que Slade me ha invadido a mí. A mis emociones.

Probé de ignorarlo, de negarlo, de esconderlo en los recovecos más profundos de mis pensamientos. Pero, como un dedo que se desliza bajo la solapa de un sobre, no pude resistir la tentación de abrirlo y leer la carta que había en su interior.

Ahora, todo lo que tengo son palabras vacías y el corazón repleto de cortecitos hechos con los bordes del papel, porque Slade no me demostró nada, y faltó a su palabra.

Por lo visto, mi estúpido corazón no ha aprendido la lección. Otro motivo por el que largarme de aquí lo antes posible. De lo contrario, acabaré con el corazón hecho pedazos. Otra vez.

Hay tanto polvo acumulado en las estanterías que me entran ganas de estornudar, así que me tapo la nariz para evitarlo y me pongo de pie. Tengo las rodillas entumecidas porque hoy me he pasado la mayor parte del tiempo en el suelo, rebuscando entre un montón de pergaminos. No he logrado encontrar nada interesante en ese montón, tan solo viejas partidas de nacimiento de monarcas del Quinto Reino.

Una lectura emocionante, desde luego.

Resoplo y, con aire pesaroso y arrastrando los pies, me adentro un poco más en esa sala cavernosa para seguir escarbando entre sus estanterías, deseando por centésima vez que hubiera algo más de luz.

Me fijo en una repisa que está tallada en la pared. Hay un único candelero a mano izquierda, a medio metro de la estantería más

cercana, que emana un resplandor tan suave y tan escaso que ni siquiera se le puede llamar luz. La verdad es que hay tanto polvo acumulado en estos libros que creo que apagarían cualquier llama que se atreviera a quemar un solo ejemplar.

Entrecierro los ojos y paso los dedos por los lomos de los libros para poder leer los títulos. Puesto que no veo nada que pueda servirme, me pongo de puntillas para echar un vistazo a los pergaminos que hay en la parte de arriba, pero en cuanto mis dedos palpan uno de esos rollos de papel, oigo unos pasos que vienen directos hacia mí.

Con un gruñido silencioso, dejo el pergamino en su sitio y salgo corriendo en dirección opuesta a esa estantería construida en la pared mientras maldigo al escriba que me ha interrumpido. A este paso nunca voy a encontrar los dichosos planos del castillo.

Me encamino hacia el primer armario que veo para esconderme y, de repente, oigo otros pasos. Los dos escribas entablan una conversación mientras se van acercando. Sus voces retumban en las paredes de la biblioteca, de forma que da la impresión de que se encuentran más cerca de lo que realmente están.

Me doy media vuelta, deshago mis pasos y me oculto entre dos estanterías. Estoy tan nerviosa que ni siquiera presto atención hacia dónde voy. Lo único que me importa es alejarme de ellos lo máximo posible.

Las voces convergen en algún lugar a mi izquierda, y sus pasos confluyen y suenan al unísono. Caminan juntos. Hacia mí. Otra vez. Clavo la mirada en el techo, como si pudiera atravesarlo, contemplar el cielo nocturno y maldecir a las diosas por esconder las estrellas.

Afino el oído y, con un movimiento brusco y rápido, me escurro hacia el siguiente pasillo de estanterías. Y después hacia otro, y hacia otro. La biblioteca me engulle en su oscura y tenebrosa tripa, pero ha merecido la pena porque en cuestión de segundos he logrado alejarme de ese par de escribas estirados. Hago una pausa para recuperar el aliento, y antes de cantar victoria, espero unos instantes para asegurarme de que estoy sola, a salvo. Por desgracia, al respirar de esa forma tan profunda y entrecortada, también inhalo una buena cantidad de polvo y, de repente, noto un terrible cosquilleo en la

nariz. Lo único que consigo hacer es taparme la boca con la mano antes de escupir un sonoro estornudo.

Resuena.

Varias veces.

Me quedo inmóvil, horrorizada, y con el corazón galopando como un caballo desbocado. Estoy tan nerviosa que ni siquiera me atrevo a respirar por miedo a revelar mi ubicación a los escribas.

—Salud.

Ahogo un grito, un chillido que se queda apresado justo debajo de mi garganta. Sobresaltada, me llevo una mano al corazón y, al darme la vuelta, me encuentro al mismísimo Slade apoyado sobre la estantería de piedra. Con esos ropajes oscuros, esa mirada verde penetrante y esas líneas de poder retorciéndose por su mandíbula angulosa, parece tan cómodo que cualquiera diría que vive en la penumbra.

—¡No hagas eso! —espeto, aunque mi voz apenas suena como una exhalación. Ya he hecho suficiente ruido.

Con los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa de superioridad pegada en esa cara blanquecina y pálida, el muy cabrón está como pez en el agua y, para colmo, pasándoselo en grande, o esa es la impresión que da.

—¿Hacer el qué? —pregunta, y ladea la cabeza—. ¿Decir «salud»?

Echo un fugaz vistazo por encima del hombro, inquieta. Es cuestión de tiempo que los escribas aparezcan hechos un basilisco por ese pasadizo y me saquen a rastras con esas manos esqueléticas y repletas de manchas que delatan su avanzada edad.

—¡Cállate! —siseo.

Esta vez ni se molesta en ocultar que la situación le está divirtiendo porque esboza una amplia sonrisa que parece relucir en la negrura que nos envuelve.

—Solo una persona en Orea se atrevería a ordenarle al Rey Podrido que se callara, y esa eres tú.

—Pues quizá más gente debería empezar a hacerlo… —farfullo.

Una risita grave y estremecedora retumba en ese pecho fuerte y abultado, un sonido que me recuerda a las piedrecitas que empiezan a

rodar segundos antes de un desprendimiento de rocas.

Pero a Slade no le da tiempo a replicar la lindeza que acabo de dedicarle porque, de repente, justo al final del pasillo, aparece un escriba. Se me cae el alma a los pies.

El farolillo que sujeta entre sus manos huesudas le ilumina el rostro, pero ese fulgor anaranjado le otorga un aspecto fantasmal y aterrador, y transforma su cabellera larga y canosa en una capucha de fuego. Vestido con una túnica de color púrpura que le cubre hasta los pies, el escriba de inmediato posa su mirada en mí, y pone cara de profunda indignación.

—¿Qué estáis haciendo aquí?

Se me seca la boca mientras mi mente trata de pensar una excusa creíble.

—Ejem…

El anciano se aproxima, y yo doy un paso atrás mientras todos mis planes y esperanzas se van desmoronando a mi alrededor. Y todo por un estúpido estornudo.

—No tenéis permiso para estar aquí.

No sé si la luz del farolillo le ciega la vista, o si las sombras que rodean a Slade son más oscuras y opacas, pero el escriba no parece reparar en la presencia del rey, hasta que Slade se mueve.

Como una ráfaga de viento, Slade se inmiscuye entre la penumbra hasta colocarse a mi lado. Su mera presencia es como una caricia fría pero a la vez agradable.

—Yo le he dado permiso para estar aquí.

El escriba abre los ojos como platos y, por un momento, se queda boquiabierto.

—Rey Ravinger. No os había visto —murmura, e inclina su espalda jorobada en una reverencia.

Slade no dice nada, pero la actitud bromista y la expresión divertida de antes desaparecen de un plumazo. Tampoco queda rastro de la energía relajada y distendida que emanaba mientras me miraba desde la penumbra de la estantería de piedra. A decir verdad, lo prefiero así. Me resulta mucho más fácil mantener una distancia emocional de él cuando se pone la máscara de rey.

—Os ruego que me disculpéis, majestad, pero esta es la biblioteca real. Todos los que no pertenezcan a un linaje real no pueden entrar, son las normas —farfulla el escriba, nervioso.

Percibo una leve pulsación de poder en el aire. No es la magia de Slade en su punto más álgido, ni por asomo, tan solo una vibración, una pequeña onda que emerge de su cuerpo, que se va expandiendo por el aire y que, al rozarme, me provoca escalofríos en la piel. Incluso mis cintas se estremecen.

A pesar de la pésima iluminación, veo que el escriba empalidece y se queda blanco como la cal. Esa pequeña demostración de poder le acaba de recordar con quién está hablando.

—Y… por supuesto. Si está con vos, entonces la norma queda invalidada.

Slade le mira con una expresión glacial.

—Bien. Puedes retirarte.

El escriba asiente. Está tan asustado que no se atreve a mirarme por última vez antes de darse media vuelta y escabullirse sin articular más palabra. En cuanto desaparece tras una estantería, suelto un suspiro de alivio.

—Gracias —murmuro, y empiezo a marcharme, porque sé que quedarme a solas con Slade terminará perjudicándome y echando por tierra todos mis planes.

Pero, muy a mi pesar, él me sigue. Se pega a mí como una lapa o, mejor dicho, como la molesta espina de un arbusto. Le lanzo una mirada amenazadora.

—¿Te importa?

Con las manos metidas en los bolsillos, el cabrón parece estar dando una vuelta. Como quien pasea por el mero placer de estirar las piernas y admirar el paisaje. Como si no tuviera nada mejor que hacer.

—En absoluto. Me encanta perderme por una biblioteca oscura, deprimente y llena de polvo.

—Una biblioteca «real» —recalco—. Muy bien. Ve a perderte por otro lugar, por favor.

Arruga la frente, confundido.

—¿Estás… estás enfadada conmigo?

«El mero hecho de que me lo tenga que preguntar…».

Una risa amarga sale botando de mi boca.

—¿Enfadada? No, claro que no. ¿Por qué iba a estarlo? —respondo con aire despreocupado—. Y, ahora, preferiría que dejaras de seguirme a todas partes y te marcharas a hacer… lo que sea que estuvieses haciendo antes de que estornudara y me dejaras en paz.

Sus andares se vuelven titubeantes, lentos.

—Auren.

Lo ignoro por completo, aunque sé que no va a servir de nada.

—Auren —llama de nuevo, con tono insistente y una nota de impaciencia en su voz.

Me detengo en seco, pero no me doy la vuelta porque me niego a mirarle a la cara.

—¿Qué?

Slade se coloca a mi lado, muy cerca. Ahora, todas las palabras que salgan de su boca me acariciarán los labios con su delicioso aliento.

—Dime qué ocurre.

El aire que se cuela en mis pulmones tiembla, porque mi corazón no puede soportar esta decepción constante, este círculo vicioso de esperanzas y desilusiones.

Desvío la mirada hacia la izquierda, hacia una estantería a rebosar de ejemplares, y clavo los ojos en los lomos de esos libros porque necesito anclar la mirada en algo sólido, en algo que no sea él.

—Midas siempre era muy distinto en privado —me oigo decir, y, de repente, siento que tengo los labios fríos, pues sé que acabo de entrar en un lugar prohibido—. En público, era el rey, y actuaba como tal. Era necesario, decía él. Era necesario que se casara con Malina. Era necesario que me bautizara como su montura preferida, la joven que tocó y convirtió en oro. Para mantener las apariencias, era necesario que me utilizara como a un trofeo, que me exhibiera delante de los demás para ponerles los dientes largos. Estaba enamorada de él, así que no me importó que me arrastrara por varios reinos y me llevara a ese horrible palacio de hielo.

Un escalofrío me recorre el cuerpo y me arropo con mis propios brazos; mis cintas también me envuelven, como si quisieran

protegerme del frío, un frío invisible, un frío que está dentro de mí.

Slade permanece en silencio. Me escucha con suma atención. Tengo la sensación de que además de oír cada palabra, trata de observarla y analizarla desde todos los ángulos posibles.

—Soporté toda clase de humillaciones porque era distinto en privado —admito—. Sabía lo que tenía que decirme para mantenerme a su lado, a sus pies. Cuando estábamos a solas, lejos de todas las miradas, me susurraba palabras bonitas al oído y me hacía grandes promesas.

Una de mis cintas serpentea por mi brazo y se enreda entre mis dedos, como si quisiera estrecharme la mano en un gesto de ánimo, pero también de consuelo.

—No lo entiendo —murmura él, y si no lo conociera diría que suena… confundido. Lo cual es imposible porque Slade Ravinger es un tipo seguro de sí mismo, un hombre que no concibe la vacilación, la duda, la inseguridad.

—Te pedí que me lo demostraras, y aun así te quedaste en esa maldita mesa sentado, te comportaste como un rey.

Él inspira hondo, como si estuviese intentando asimilar mi verdad, saborearla, entenderla, digerirla.

Me doy la vuelta para mirarle, con las veinticuatro cintas extendidas a mis pies, la barbilla bien alta y una expresión inquebrantable.

—Palabras bonitas y un sinfín de promesas en privado, y el rey insensible e impasible en público —explico, y sacudo la cabeza. Esta vez ni me molesto en tratar de disimular la desilusión, la decepción—. Ya he pasado por eso, Slade. Y no voy a volver a hacerlo. No voy a tropezar dos veces con la misma piedra. Te pedí que me lo demostraras, y no lo hiciste.

Slade resopla y se vuelve mientras se pasa una mano por esa melena gruesa y negra.

—Joder.

Me giro, dispuesta a marcharme de la biblioteca y dar por zanjada la conversación, pero entonces, a la velocidad de un rayo, antes de que pueda dar un solo paso más, él se planta delante de mí y me bloquea el paso. Trato de revolverme y encaminarme hacia la

dirección opuesta, aunque no sirve de nada porque de repente estira uno de sus fornidos brazos y me impide pasar.

Me siento atrapada. Estoy con la espalda pegada en la estantería y él con las manos apoyadas en la repisa que está justo a la altura de mis hombros. No tengo escapatoria. Slade da un paso hacia mí, aunque tengo la impresión de que no hay tanto espacio entre nosotros. Siento que su cuerpo invade el mío y, sin darme cuenta, ahogo un grito.

—Apártate —le ordeno.

—No —replica él enseguida, y niega con la cabeza—. Deja que me explique.

Bufo y pongo los ojos en blanco. ¿Cuántas veces he oído eso? No quiero volver a ser esa joven cándida y estúpida, esa alfombra que todos pueden pisotear una y otra vez.

—Entre Midas y yo las cosas no están muy boyantes que digamos —dice Slade; sus ojos verdes brillan incluso en la penumbra de la biblioteca y fácilmente los confundiría con un par de esmeraldas.

—Le odias. Lo has dejado bien claro en varias ocasiones. Entonces, ¿por qué no lo matas de una vez? —pregunto, porque la verdad es que siento curiosidad por saberlo. Dudo que la aversión que ha mostrado hacia él haya sido una farsa.

Slade cierra los ojos.

—Lo creas o no, no voy por ahí matando a gente a diestro y siniestro, sin pensar. Midas es un rey. Si acabara con él, y utilizara mi magia para hacerlo, habría consecuencias que, a su vez, provocarían una cadena de acontecimientos. Sería como un efecto dominó. Él gobierna a todo un pueblo, y ahora mismo está jugando sus cartas para gobernar a otro. Y se está empleando a fondo, créeme. Pero a veces, si le cortas la cabeza a un monstruo, en lugar de matarlo, le crecen dos más.

Creo que empiezo a comprender a qué se refiere.

—Te preocupa que, si al final depones a Midas como rey, alguien mucho peor pueda llegar a ocupar su lugar. ¿Es así?

Él asiente con la cabeza.

—Es mejor seguirle el juego, tratar de llevarle la delantera,

averiguar cuáles son sus puntos débiles y entonces, cuando llegue el momento indicado, darle donde más le duele. Si lo asesinara a sangre fría, tendría muchas cosas de las que preocuparme, además de su propio reino. Los demás reyes se unirían en mi contra, sin duda. Ya les inquieta mi reinado, además de mi magia, por supuesto. Debo velar por el bienestar de mi propio pueblo y meditar bien las posibles consecuencias de todas y cada una de mis decisiones. Si alguno de esos monarcas decide atacarme y declararme la guerra, es mi gente la que sufriría, además de decenas de inocentes de otros reinos.

Veo cómo las líneas de su poder se mueven bajo su piel; son tan finas que más bien parecen hebras de hilo. Reptan hacia su cuello y desaparecen bajo esa barba incipiente, como un hilo de pescar que se sumerge en el agua.

Le he ofendido, de eso no me cabe la menor duda. Por un instante, veo al hombre que se esconde tras la corona. Veo cómo lo percibe el mundo. Sé lo que piensan de él. Sé el daño que puede infligirle a una persona. Y si alguien en este mundo sabe qué se siente cuando las malas lenguas inventan historias sobre ti y te tratan como a un objeto y no como a una persona, esa soy yo.

De repente, me duele el pecho, como si cientos de diminutos alfileres se hubieran clavado en mi determinación anterior y la hubiesen agujereado.

Él baja un poco más la voz y tengo la impresión de que me atraviesa con esa mirada tan verde y tan afilada y tan reluciente, agujereando otra parte de mí.

—¿En serio crees que quería quedarme ahí sentado, sin hacer nada, mientras ese imbécil te hablaba así? —espeta—. ¿En serio crees que disfruté de ese alarde de poder infantil que hizo cuando ordenó que te llevaran en volandas hasta el arpa? Lo que realmente quería era saltar por encima de la mesa y estrangularle con mis propias manos.

Y como si quisiera probar que sus palabras son sinceras, levanta una mano y me envuelve el cuello entre sus dedos. Pero no trata de asfixiarme. Ni siquiera aprieta, por lo que no me hace daño. Sus palabras se enroscan alrededor de mi agitado corazón, mientras el tacto de su piel abraza mi garganta. Con el pulgar, me acaricia

suavemente la yugular, notando cada pulsación, pero no es una amenaza, sino un gesto cargado de mimo, de ternura.

Tengo que armarme de fuerza de voluntad para no caer en la tentación, para no cerrar los ojos y acurrucarme en su pecho, aunque siento el calor que desprende su cuerpo como una manta sobre todo mi cuerpo. Aparte de Midas, él es la única persona que me ha tocado en años.

Cada roce y cada mimo parecen llenar un vacío en mí. Pese a saber qué consecuencias puede acarrear tocar mi piel, Slade nunca titubea. A él nunca le tiembla el pulso, lo que me lleva a pensar que no puede evitarlo, que es superior a sus fuerzas, que necesita sentir el tacto de mi piel.

Midas jamás me toca así. Sus caricias siempre pretenden apaciguarme, aplacarme: una palmadita en la cabeza, un golpecito en la barbilla, un toquecito en la punta de la nariz. Aunque en alguna que otra ocasión, cuando me ha agasajado en público, lo ha hecho por pura posesión, para demostrarles a los demás que era suya, y solo suya. Pero con Slade todo es distinto. Me toca como si no pudiera resistirlo, como si no pudiese esperar un segundo más a sentir mi piel.

Resistirse a sus encantos no es fácil. Sin embargo, esta vez consigo no sucumbir a la tentación, no entregarme a ese calor que emana, no rendirme a esa sensual y ardiente sensación que noto entre las piernas cada vez que estoy cerca de él. En lugar de eso, le aparto el brazo de un manotazo.

Él no opone resistencia, deja caer el brazo a un lado y mentalmente agarro todas mis cintas para reprimir el impulso de abalanzarse sobre él. Cuando estoy tan cerca de él me cuesta mucho contener mis sentimientos, así que opto por girar la cara y mirar hacia otro lado, porque no quiero caer en la trampa de su mirada, ni saborear la miel de sus palabras.

Pero en cuanto ladeo la cabeza, él se queda quieto.

Es una inmovilidad poco natural, una extraña inacción que me seca la boca mientras me embarga la confusión y el miedo.

De pronto, el ambiente empieza a cargarse del peso de la ira y entonces, con una voz tan oscura y tan siniestra como las

profundidades del mismísimo infierno, Slade dice algo que me hace abrir los ojos como platos.

—¿Por qué coño tienes un cardenal en la mejilla?

25

Auren

Tengo que reconocérselo; el hecho de que Slade haya sido capaz de ver ese cardenal descolorido con la pésima luz que alumbra la biblioteca tiene mérito, desde luego. Supongo que su vista feérica es infalible.

De forma automática, me llevo la mano a la mejilla y trato de taparme la prueba del bofetón que me propinó Midas hace ya varios días, pero igual que le he hecho yo a él, Slade me aparta la mano para poder echarle un segundo vistazo.

Con una delicadeza impresionante, me agarra de la barbilla y me obliga a girar la cara para orientarla hacia el parpadeante resplandor del candelero. Me roza el pómulo, justo donde el oro parece un pelín bruñido, pero lo hace con la sutileza de una pluma, como si temiera hacerme daño con solo tocarme.

Y no me haría daño, al menos ahora. Está muchísimo mejor que hace un par de días. Unas horas después de que Midas me golpeara, se me hinchó tanto esa mitad de la cara que parecía que se me hubiese deformado. Esa noche me fui a dormir con una compresa fría que yo misma ideé con un puñado de nieve que recogí del balcón y un retal de tela. Me recordó a Hojat.

Ahora el moretón apenas se ve. Mi piel dorada tiende a oscurecerse cuando me doy un golpe, o me tropiezo con algo. El resultado es un borrón, una mancha de color bronce u óxido que, con el paso de los días, se va difuminando hasta recuperar el brillo áureo habitual. Y aunque todavía se percibe ese tono más cobre en mi mejilla, al menos la hinchazón ya ha desaparecido por completo. Estaba convencida de que esa marca oscura parecía una sombra, sobre todo si no te fijas. Pero es más que evidente que Slade se fija en todo.

El mero roce de su piel enciende todas mis terminaciones nerviosas, y siento que mi pecho se hincha más de lo que hizo mi mejilla.

—No es nada —farfullo, y trago saliva antes de apartar de nuevo la cabeza para esquivar su escrutinio.

—¿Cómo que nada? ¿Alguien te ha puesto la mano encima?

Me limito a mirarle con cierto recelo, que en sí ya es una respuesta, o eso parece.

—¿Quién?

—Slade…

—¿Quién, Auren? —exige saber. Esa voz oscura y seductora no encaja con la violencia que contiene su voz.

Porque sabe la respuesta. Lo veo en su cara.

—Midas —gruñe, como un animal salvaje cuando ve a su cazador merodeando por un bosque espeso y frondoso. Espera y me mira fijamente para confirmar sus sospechas, pero yo no contesto, ni siquiera asiento.

Aunque tampoco lo niego.

Ante esa silenciosa confirmación, Slade pierde los estribos.

De repente, su mirada se anubla y ese precioso verde musgo se tiñe de negro puro. Las púas empiezan a asomar por sus antebrazos y, al hacerlo, le rasgan las mangas de la camisa. La transformación es tan impactante que me deja sin aliento.

Observo cómo lucha contra sus propios sentimientos, cómo va mutando de una forma a otra, de rey a comandante, mientras la ira se va apoderando poco a poco de él. Y entonces la red de líneas negras que simboliza su magia y que le marca la piel empieza a retorcerse, a extenderse, a crecer.

Su poder domina la biblioteca y, de inmediato, unas gotas de sudor frío se resbalan por mi nuca. El aire se vuelve tan espeso y tan irrespirable como el almíbar y su cuerpo empieza a emanar una oleada de muerte que me revuelve las tripas.

—Slade… —El ruego desesperado se escabulle de mis labios e intento recular para alejarme de él, pero no puedo. Sigo aprisionada entre la estantería y su abrumadora presencia, por lo que no tengo escapatoria.

Ver a Slade así, librando una batalla interna, forcejeando con sí mismo, es impactante, sin duda. Y mientras su cuerpo va mutando, adoptando una versión, alternándola con la otra, su esencia también lo hace. Un segundo rezuma magia viciada y podrida y al otro, un aura agradable y reconfortante. Y así su esencia va palpitando al ritmo de una misma emoción.

Rabia.

En un abrir y cerrar de ojos, el miedo que me había invadido al principio empieza a disiparse, como una neblina. Porque esa rabia me resulta muy familiar.

La criatura alada que ha anidado en mi interior, la bestia que eriza las plumas y tiene sed de venganza, se despierta y ladea la cabeza, prestando atención a lo que está ocurriendo frente a mí. Esa constante e imparable transformación de Slade nace de algo oscuro y turbado. Algo que parece haberse instalado entre sus dos personalidades y por lo que está librando esa guerra interna. Pero esa cosa… parece estar gritando en silencio, creando un ritmo que se puede palpar en el aire.

Una melodía discordante y desafinada que retumba en esa sala atestada de libros y que solo mi rabia emplumada puede oír. Sin darme cuenta, he empezado a respirar al compás de esa canción disonante y es entonces cuando me armo de valor y le miro, pero no es una mirada cargada de miedos, sino de comprensión y empatía, pues la bestia que habita en mí se levanta y responde a la bestia que habita en él.

Mis veinticuatro cintas se sacuden, atentas a todo lo que está sucediendo.

Se cargan de energía, como si hubieran sentido ese ápice arrítmico de su magia y estuviesen respondiendo del mismo modo.

Sin embargo, en lugar de abalanzarse sobre él y empujarlo con todas sus fuerzas, como hicieron con Midas, lo envuelven con una suavidad desconocida, creando así una capa de protección sobre su aura, que en esos momentos parece habernos engullido. Tanto mis cintas como su aura forman parte de nosotros y ahora mismo parecen estar tan vivas. Tan decadentes.

—Mírame. —Mi voz suena estoica, serena.

El cuerpo de Slade continúa mudándose de una versión a otra, desfigurándose con cada parpadeo. Su mirada, que no deja de oscilar entre el verde bosque de Ravinger y el negro de Rip, se clava en mí. Pese a ese vaivén frenético, sigue siendo hipnótica. No sé qué ocurriría si al final se rindiera y soltara a la bestia, pero esas oleadas de poder siguen manando de su cuerpo, ahogando el aire. Esta vez, sin embargo, no se me revuelven las tripas, ni siento que vaya a vomitar en cualquier momento. No, esta vez es como un canto de sirena, y lo único que quiero es entregarme a él.

—¿Lo notas? —murmuro, y acerco la mano a su pecho. Apoyo la palma sobre los abultados músculos que protegen su acelerado corazón.

En el momento en que mi piel toca la suya, la mirada de Slade recupera ese verde que me traslada a un bosque en pleno otoño. Contengo la respiración y siento que su corazón late bajo mi mano con la misma cadencia con que palpitan mis venas.

Todas las caricias que él me ha regalado y que me han hecho estremecerme se fusionan en ese gesto que, a riesgo de parecer inocente e insignificante, me resulta muy íntimo.

—Tu corazón…

—¿Qué ocurre? —pregunta él con voz ronca y la respiración entrecortada.

—Late igual que el mío.

Dos corazones latiendo al unísono y, de pronto, dos lágrimas de profunda angustia se deslizan por mis mejillas. Porque puedo oírla, puedo oír esta armonía perfecta, como el tarareo del sol y la tierra fértil, de la luz más cegadora y las sombras más oscuras. Pero ese hermoso momento queda mancillado, manchado por un recuerdo. Una vez apoyé la cabeza sobre el pecho de otro hombre y escuché una melodía que no iba dedicada a mí. Entonces, ¿cómo puedo fiarme de lo que oigo?

—Auren.

Levanto la mirada y percibo un ligero cambio en él; las púas que recubren sus antebrazos empiezan a retraerse, a hundirse en su piel, y las escamas desaparecen de sus pómulos. Quiero apartar la mano

porque, de repente, siento que no merezco vivir ese momento tan dulce, tan entrañable, tan indescriptible. Pero justo cuando voy a despegar la palma de su pecho, él me lo impide y me sujeta la mano contra su corazón mientras me observa con una intensidad que no logro comprender.

—Estás caliente —murmura.

Asiento. Yo también he percibido el calor que emana mi mano, un ardor que traspasa la fina y delicada tela de su camisa y alcanza el fornido pecho que esconde debajo. El roce de su pulgar, un roce áspero por las durezas que le recubren la piel de las manos, no debería resultarme sensual, y mucho menos erótico, pero lo hace.

Una gota de sudor escapa de mi ombligo, recorre todo mi vientre y se pierde entre mis muslos. Todos los músculos de mi cuerpo se ponen tensos. Siento el suave rasguño de una uña sobre el nudillo, una señal de cercanía e intimidad que lleva implícita la necesidad de clavarse en la piel, de hundirse en lo más profundo. Deseo que lo haga, que me arranque todas las capas, una a una, para poder alcanzar lo que yace debajo.

—Te ha abofeteado —adivina Slade, que articula cada palabra apretando los dientes.

Midas ha hecho cosas mucho peores que esa, pero el maltrato emocional no deja rastro en la piel.

Las líneas negras que delatan el extraño poder de Slade salen disparadas de su cuello hacia su mandíbula, como si fuesen víboras en miniatura y no puedo evitar fijarme en sus movimientos.

—¿Desde cuándo te pega?

—Ha sido la primera vez.

No parece muy convencido.

—¿Y qué me dices de lo que ocurrió en la mesa, durante la cena?

—¿A qué te refieres? —digo, evadiendo así la pregunta.

—Hubo un momento en que tu expresión cambió. ¿Te estaba haciendo daño?

—Fue un pellizco, nada más —contesto. No me atrevo a decirle que en realidad fueron dos pellizcos, y que me dejaron tales moretones en la piel que todavía veo las estrellas cuando los toco. Si de algo sirvió

esa agresión física sin precedentes fue para que Midas me dejase en paz—. No volverá a tocarme. Nunca más —declaro, porque es una promesa que me he hecho a mí misma.

Algo está hirviendo dentro de Slade. El calor que desprende su pecho es tan abrasador que por un momento temo que pueda quemarme la mano.

—Antes me has preguntado por qué no lo mataba de una vez por todas —dice, y me mira con esos ojos severos, despiadados, crueles—. Pero ¿por qué no lo matas tú?

Pestañeo varias veces, sorprendida. Acaba de lanzarme la misma pregunta que le he hecho a él. Mis cintas parecen marchitarse y, una a una, se desploman sobre el suelo como pétalos mustios.

Slade me acaricia la mejilla una vez más y, aunque en esta ocasión no pierde el control, sé que sigue furioso.

—Desde el momento en que llegamos al Quinto Reino, no he pensado en otra cosa que en despellejarle con mis propias manos. Pero ¿sabes qué me lo impide? —pregunta, sin dejar de tocarme la mejilla, con nuestros corazones palpitando al unísono—. Algo mucho más importante que la política, o que una guerra mundial.

No quiero preguntárselo, pero al final lo hago.

—¿El qué?

—Tú.

Mi mente da un culatazo al oír cómo escupe la palabra, al percibir la amargura que despide su aliento, y de inmediato aparto la mano de su pecho, como si me hubiera escaldado.

—¿Yo?

—Sí, tú. Sé que me odiarías por ello porque, por alguna razón que no logro entender, Midas todavía te importa.

—Midas no me importa —rebato, y él resopla en señal de exasperación.

—Oh, ¿hablas en serio? —me desafía—. Entonces pídemelo.

Me da la impresión de que mi mente se tropieza, como si estuviera rodando por la empinada ladera de una colina demasiado deprisa y empezase a perder el control de la velocidad.

—¿Pedirte…?

—Que lo mate por ti.

Empalidezco y siento que la sangre ha dejado de correr por mis venas. Era lo último que esperaba oír de él.

Ahora mismo, aunque sus púas no estén a la vista, Slade es la viva imagen de un ser feérico, de un hombre implacable y totalmente desatado, entregado a sus impulsos más primitivos.

—Solo tienes que pedírmelo, y lo haré. ¿Me has oído? —insiste, y entonces levanta la mano y chasquea los dedos con tal fuerza que incluso me encojo de miedo—. Así de rápido, Auren. Acabaré con su vida en un santiamén, en un salón abarrotado de aristócratas que saldrán corriendo y gritando, de monarcas que se unirán para atacarme, para asesinarme. Si realmente quisieras que lo matara, lo haría sin pensarlo. Así que dilo.

—No es por mí… —empiezo en un intento de explicarme, pero está tan furibundo que ni siquiera me oye.

Slade me mira con esa expresión tan cruda y horrible mientras el desafío sigue suspendido en el aire.

—¡Dilo! —grita, y me estremezco.

—N-no puedo.

Un destello de profunda decepción se cristaliza en sus ojos. Y ese gesto, tan afilado como una esquirla de vidrio, me desgarra por dentro y abre una herida mucho más sangrienta y dolorosa que el bofetón que me atestó Midas en la cara.

—Exactamente —murmura él, y un segundo después se da media vuelta y se aleja varios pasos. La distancia que ahora nos separa es como un abismo insalvable, y temo no poder cruzarlo para llegar a él —. Y por eso me niego a echar a perder las pocas posibilidades que tengo frente a ese miserable hijo de puta —pronuncia el insulto con la boca cerrada, casi gruñendo—. Si lo matara, y no te equivoques, Auren, lo mataría con mucho gusto por ti, sin importar las malditas consecuencias, pero si lo hiciera, no me lo perdonarías. Aunque no quieras admitirlo, lo veo en tu cara, Auren. Sé que estarías resentida conmigo hasta el fin de tus días. Joder, ¿no te parece cruel y retorcido?

Siento que se me humedecen los ojos con cada palabra que sale de

su boca, pero esta vez no voy a derramar ni una sola lágrima. Aunque me escuezan los ojos, aunque se me acumulen bajo los párpados.

Slade ladea la cabeza hacia mí, pero ninguno decimos nada. Las partículas de polvo parecen quedarse inmóviles en el aire, como esperando a que se calmen los ánimos y sellemos la disputa para seguir acumulándose sobre pergaminos y libros antiguos. Pero los ánimos no se calman, ni la disputa queda sellada, y ese es el problema. Siempre estamos igual. Cada vez que creo que por fin caminamos de lado y cogidos de la mano, uno de los dos termina por adelantar al otro.

—Yo, yo… —empiezo, pero enseguida cierro la boca. ¿Yo, qué? «¿Lo siento?». ¿Voy a disculparme por no pedirle al hombre que tengo enfrente que mate al hombre que por fin he dejado atrás?—. ¿Eso es lo que crees que debería hacer? ¿Eso es lo que quieres? —pregunto, y lo hago de corazón.

Él inclina la cabeza hacia atrás y, con la mirada clavada en ese techo cubierto de telarañas, dibuja una sonrisa triste.

—Lo que quiero… —responde él entre risas, aunque el sonido no es en absoluto alegre y risueño, sino más bien lúgubre y apagado. Sus ojos parecen buscar respuestas en un cielo que no puede vernos y, de repente, suelta un profundo suspiro y me mira de nuevo—. Hace un tiempo que solo quiero una cosa.

Al oír su declaración, se me hace un nudo en el estómago y me da la sensación de que mi corazón se ha convertido en una maraña de hilos que no sé si seré capaz de desenredar. A juzgar por la expresión turbada y embrollada de sus ojos verde musgo, él siente lo mismo.

—Regresaré al Cuarto Reino el día después del baile —prosigue, y siento una punzada de dolor en el pecho—. Llevo demasiado tiempo fuera de casa, y allí se me necesita.

«Aquí también se te necesita».

Él me mira, y entonces se crea un silencio expectante, la oportunidad perfecta para pedirle que se quede, pero me aterra.

Y como si estuviera confesando haber robado un cuantioso botín, me oigo a mí misma farfullar:

—Estoy intentando dejarle.

Slade tiene los cinco sentidos puestos en mí y su mirada, hasta el momento fría y penetrante, se suaviza un poco.

—Estoy intentando… dejarlo todo —añado, con voz quebradiza. Mis palabras parecen sacadas de una carta de disculpa—. Desaparecer.

Él vuelve a quedarse quieto, como la montaña inmóvil que sobrevive impasible al paso del tiempo, a pesar de las ventiscas y de las tempestades que la hostigan.

No sé por qué se lo he contado y, sin embargo, me da la impresión de que es la única persona a la que debería contárselo.

Porque a pesar de mi firme decisión de escapar de este lugar, y de Midas, Slade tiene razón. Sería muy fácil matarlo, convertirlo en una estatua de oro macizo, el mismo oro que tanto codicia, y poner punto y final a su tiranía. Y para Slade sería aún más fácil acabar con él, pues solo tendría que pudrir su cuerpo.

Pero… no puedo.

Y, por el gran Divino, eso provoca en mí una vorágine de sentimientos. Me odio, pero a la vez estoy orgullosa de mí; a veces tengo razón, otras meto la pata hasta el fondo; unos días pienso que es la mejor decisión, otros que es la peor.

Y así voy dándole vueltas a todo, rumiando cada paso que doy, o que no doy.

—Júzgame por ello, por no ser capaz de matar a mi propio verdugo —digo con apenas un hilo de voz, casi como si quisiera que me juzgase. Y tal vez sí quiero que lo haga. Tal vez sería un buen castigo, un castigo muy apropiado para la chica que se enamoró de su captor y se resignó a llevar una vida desgraciada—. Debo de parecerte patética.

No sé qué ve en mi expresión, pero de repente su bestia interior se aquieta, sus rasgos se dulcifican y la arruga que tenía entre las cejas desaparece. Camina hacia mí y, aunque esta vez no se acerca tanto como antes, al menos acorta la distancia que nos separa y el ambiente que nos envuelve ya no es tan glacial, ni tan cortante.

Poco a poco, Slade levanta una mano y pasa suavemente los nudillos por mi moretón. Me derrito con solo sentir el tacto de su piel, como la cera de una vela encendida, y lo único en lo que puedo pensar es: «¿Qué pasaría si me dejase llevar, si me lanzara al fuego

que arde en él?».

Sin embargo, esa tierna caricia es todo lo que consigo de él porque, un segundo después, retira la mano y siento un leve hormigueo ahí donde me ha rozado. Se mete las manos en los bolsillos, como si necesitara mantenerlas ahí para no tener la tentación de volver a tocarme. Intento convencerme por enésima vez de que necesito separarme de él, pero cada vez que ocurre, siento que alguien me arranca el corazón y lo arruga en su puño, como si fuese una hoja de papel garabateada. Noto un dolor agudo en todo el cuerpo al verlo ahí delante, con ese ademán inalcanzable, intocable.

Da igual que las mangas de la camisa estén agujereadas porque las púas rasgaran la tela al asomarse de sus brazos. Da igual que esté aquí, en una biblioteca sucia y polvorienta, repleta de libros y pergaminos podridos o a punto de descomponerse. Da igual que, por un instante, le viese perder el control. No entiendo cómo lo hace, pero Slade siempre desprende ese halo majestuoso. Intimidatorio. Sumamente atractivo.

—No eres patética —murmura él, y sus palabras suenan como una canción tétrica y lúgubre—. Es solo que todavía no lo has encontrado.

Frunzo mis cejas doradas mientras trato de descifrar su expresión.

—¿Encontrar el qué?

—Todos tenemos un límite, Auren. Algún día, tarde o temprano, encontrarás dónde está el tuyo —explica él. La oscuridad de su esencia me besa la piel como la caricia de un susurro—. Averiguarás hasta dónde puedes llegar, hasta dónde pueden empujarte antes de caer hacia un abismo infinito. Y cuando eso ocurra, cuando encuentres tu límite, debes prometerme algo.

Mi voz suena como un graznido y, sin esperármelo, se me escapa una lágrima.

—¿El qué?

—No te caigas —responde, y en ese preciso instante el tiempo se detiene. Él se inclina y me da un beso en la sien antes de musitarme al oído—: Vuela.

No me doy cuenta de que tengo los ojos cerrados hasta que parpadeo y los abro. Pero para entonces Slade ya se ha esfumado, las

sombras lo han engullido sin hacer el más mínimo ruido.

26

Slade

Me escabullo de la biblioteca en silencio, sin dar un portazo al salir. Aunque me habría encantado hacerlo, la verdad. No por los escribas, que sin duda habrían soltado toda clase de blasfemias sobre mí entre dientes, sino porque estoy tan cabreado que nada me habría apetecido más que echar la puerta abajo. En lugar de armar un escándalo, empujo la puerta con cuidado y apenas se oye un ligero crujido de la madera. Pero, aun así, Osrik, que tiene un oído más fino que el de un sabueso, se da cuenta y aparece rodeando la esquina. Pese a la penumbra, enseguida reconozco las plumas de su traje. Estaba esperándome.

Para ser un cabrón de tomo y lomo, cuando quiere puede ser muy silencioso. Todos los miembros de mi Cólera lo son. Con los años, han tenido que desarrollar toda clase de destrezas. Algunas de ellas inofensivas, como aprender a moverse con sigilo y discreción, y otras… no tan inofensivas.

Osrik echa un vistazo a mi expresión y arquea una ceja tupida y poblada. Y mientras se atusa esa barba pardusca con la mano, me estudia con descarado detenimiento. Cruzo el pasillo con un andar ligero, resuelto, arisco. En cuanto paso por su lado, Osrik me alcanza y camina junto a mí. Aunque no soy un tipo bajito, la altura de Osrik me hace sentir como un enano. Con cada zancada, su cuerpo robusto e imponente se balancea como el péndulo de un reloj.

—Por lo que veo, la visita con Auren ha ido de maravilla —dice con tonito irónico y una sonrisa pícara.

Le lanzo una mirada asesina.

—¿Nunca se te ha ocurrido hacerte un agujero en el otro labio? Así podrías ponerte ese maldito pendiente que llevas entre los dos labios y

tendrías la bocaza siempre cerrada.

Osrik suelta una risa por lo bajo mientras menea el diminuto pendiente que lleva en el labio inferior con la lengua. Representa el emblema del Cuarto Reino, una rama retorcida. Es una de sus manías, y uno de los pocos gestos que lo delatan. Mueve esa astilla de madera cuando está cavilando una idea, pero también cuando está enfadado, o cuando algo le divierte. Pensándolo bien, uno nunca sabe qué pasa por esa cabeza.

—Te ha montado un numerito, ¿a que sí?

Estoy furioso. La vena que me atraviesa la sien palpita como si tuviese un corazón propio y, bajo mi piel, siento que mi poder se revuelve y convulsiona, como raíces venenosas que hurgan en la tierra en busca de algo a lo que aferrarse. Mi rabia también se retuerce, pero sé muy bien sobre quién querría desatarla.

—Le ha puesto la puta mano encima.

Osrik para en seco y se queda inmóvil en mitad del pasillo. Me giro porque se ha quedado atrás y veo que pestañea varias veces, como si no pudiera creerse lo que acaba de oír. A medida que pasan los segundos, su cara, un pelín redonda y rolliza, se va enrojeciendo.

—¿Qué coño acabas de decir?

Osrik se dirige a mí en ese tono porque sabe que estamos en un pasillo totalmente desierto. Cuando estamos en sociedad, o rodeados de otras personas, nunca nos salimos del guion y mantenemos las formas. Pero no considero que mi Cólera sean mis súbditos, y mucho menos mis criados. Son las únicas personas en este maldito mundo en las que sé que puedo confiar. Así que cuando no estamos obligados a actuar como en la corte real, hablamos sin tapujos y dejamos los buenos modales a un lado.

Me alegro de que la noticia le haya enfadado. Cuando uno está triste o hundido, anhela compañía, pero cuando está furioso la necesita.

—Midas pegó a Auren. Después de la cena de bienvenida. Tiene un jodido moretón en la mejilla.

Osrik masculla alguna blasfemia, pero con solo decirlo en voz alta me embarga de nuevo la rabia y la impotencia y cierro los puños. Al

principio no me di cuenta de que era un cardenal; apenas hay luz en esa maldita biblioteca, así que pensé que la marca oscura que tenía justo debajo del pómulo era una sombra, nada más. Me hierve la sangre solo con pensar que ese arrogante malnacido la ha golpeado.

—¿Qué quieres hacer? —pregunta Osrik al fin—. ¿Matar a ese hijo de puta?

No soy capaz de contener la sonrisa al oír la propuesta de Osrik, como si matar a un rey fuese algo que hiciésemos cada día.

El tema es que, si se lo pidiera, a él o a cualquiera de mi Cólera, lo harían sin pensárselo. Lo matarían en un santiamén. No les temblaría el pulso, ni cuestionarían mi decisión. Degollarían a Midas con los ojos cerrados, y se sentirían orgullosos de tener el filo de la espada manchado con su sangre.

Sin embargo, tal y como le he dicho a Auren, hay un motivo por el que me contengo e intento reprimir mis impulsos más primitivos. No es solo por los problemas políticos que sin lugar a dudas conllevaría la muerte intencionada de Midas. Sobre todo si saliera a la luz que yo le he matado o que he tenido algo que ver. Prefiero no pensar en las repercusiones a las que mi reino tendría que enfrentarse, y mi pueblo no se merece ese castigo.

Los demás reinos forjarían una alianza para tratar de deshacerse de mí, lo sé. Y entonces mis súbditos se verían obligados a librar una guerra y, en caso de que mis enemigos salieran victoriosos, estarían condenados a vivir bajo el mandato de un nuevo rey, o reina.

A la mierda.

Aun así, a pesar de las terribles consecuencias que sufriría mi pueblo, asesinaría a Midas si Auren me lo pidiera. Pero no lo hará. Del mismo modo que tampoco me ha pedido que no me vaya de Rocablanca.

Siento impotencia, como si tuviera las manos atadas, y suelto un suspiro.

—Por mucho que quiera hacerlo… no.

A Auren ya se le ha caído la venda de los ojos y ahora ve cuáles son los verdaderos barrotes que la mantienen encerrada en una jaula invisible, pero matar al captor de quien se enamoró son palabras

mayores. Así que, por ahora, no puedo hacer nada y eso, además de enfurecerme, causa que mi poder, ya de por sí irascible, se vuelva más irritable, más exigente, más desafiante. O tal vez sea porque sé que, un día u otro, se va a marchar, va a desaparecer. Como si necesitara huir, y no solo de Midas, sino también de mí.

Al oír mi respuesta, Osrik estira los labios y pone cara de decepción.

—¿Y si lo descuartizo un poco?

Se me escapa una risa. La broma macabra de Osrik ha ayudado a disipar el oscuro nubarrón que se cierne en mi cabeza. Los dos continuamos caminando por ese pasillo mientras yo sigo dándole vueltas a lo mismo. Rocablanca es un laberinto de pasadizos y escaleras, por lo que es muy fácil perderse entre sus paredes de piedra y cristal, y precisamente por eso he puesto mucho empeño en tratar de familiarizarme con el interior del castillo.

—Dejaremos eso de descuartizarlo para otro día —respondo—, aunque no me importaría castrarlo.

Osrik responde con un gruñido.

—¿Algún movimiento sobre el príncipe? —pregunto, cambiando de tema. Él niega con la cabeza. Lleva su larga melena sujeta en una coleta, a la altura de la nuca.

—No. Lu acaba de terminar su turno de guardia. Es posible que Midas esté planeando matar a ese pequeño cretino, pero todavía no ha hecho nada.

Asiento, pensativo.

—¿Dónde están los demás?

—Ya han regresado al campamento. Hemos recibido halcones mensajeros con noticias del Cuarto Reino.

—¿Todo bien? —pregunto.

—Sí.

Pongo los ojos en blanco, pero no a modo de ofensa, sino de divertimiento.

—Siempre tan locuaz, Os.

—¿Lo-qué?

Dibujo una sonrisa.

—Nada, déjalo.

Cuando por fin llegamos a la planta principal, siento que he recuperado el control, aunque mi poder todavía parece indignado, volátil, colérico. Pensé que iba a tener que expulsar algo de magia allí mismo, en la biblioteca real. Dejé que la rabia me poseyera hasta tal punto que mis versiones empezaron a alternarse, a oscilar entre sí, algo que hacía años que no me sucedía. Tuve que hacer un esfuerzo hercúleo para contener ese arrebato mágico, pero, aun así, por un momento temí que fuese a perder los nervios. Hasta que Auren me tocó.

Un simple roce de su piel y mi magia se calmó, como quien amansa a una fiera salvaje. Prácticamente pude saborear su aura, que emitía una luz cálida y dorada, que brillaba como el propio sol, mientras se frotaba con la mía. Es una suerte que nadie más pueda verla, salvo yo, porque de lo contrario la gente habría averiguado quién era hace mucho mucho tiempo. Pero estar lejos de ella y mi maldita rabia contenida hacen que mi poder se estire y se encoja, que se revuelva, como si quisiera atravesarme la piel y pudrir este maldito castillo.

Tomo una profunda bocanada de aire para tratar de tranquilizar a esa bestia rabiosa y, en ese instante, Osrik dice:

—Tienes que soltarlo, al menos un poco.

Tanto Osrik como el resto saben mejor que nadie qué puede ocurrir si no utilizo mi poder, si dejo que se acumule demasiado.

—Más tarde.

Los dos cruzamos el grandioso vestíbulo principal del castillo sin prestar la más mínima atención a los guardias que están vigilando todo lo que sucede en esa estancia desde las paredes, como meros postes de madera. Me sentiré mejor en cuanto pueda respirar algo de aire fresco. Necesito salir de este condenado castillo, alejarme de los guardias de Midas, que no nos quitan ojo de encima. Y justo cuando doblamos una esquina, nos topamos de frente con la última persona a la que me apetecería ver ahora mismo.

Midas.

A mi lado, Osrik suelta un discreto y silente gruñido que podría pasar desapercibido al oído humano, pero no al mío. He dedicado muchísimo tiempo en descifrar y comprender la extensa colección de

ruiditos mudos de Osrik, y sé que ese gruñido equivale a llamar a Midas «puto imbécil», o una vulgaridad similar.

Y no puedo estar más de acuerdo con su refinada valoración.

Al vernos, el Rey Dorado tiene la decencia de pararse a saludar. Imagino que se dirigía al salón de baile para ultimar preparativos. Me concentro para mantener la compostura, para no atravesarle con la mirada. El muy necio va vestido tan pomposo y recargado como siempre, con una túnica tejida con hilo dorado, con pequeños embellecimientos a lo largo del bajo y los puños de las mangas. Estoy convencido de que se ha pasado un buen rato mirándose en el espejo mientras un criado le arreglaba el pelo.

Pero lo que realmente me horroriza de todo ese burdo atuendo son los zapatos.

Se puede conocer a un hombre con solo fijarse en los zapatos que lleva. Midas siempre luce un par nuevo. Algo brillante y vulgar y chabacano, con suelas que hacen un ruido metálico al pisar las baldosas, como si le gustara presumir de que camina sobre oro, literalmente hablando.

—Ah, Ravinger. Qué encuentro tan inesperado, pero tan oportuno. Me alegro de verte —dice mientras Osrik y yo nos acercamos. Va escoltado por seis guardias reales, seis hombres fuertes y robustos que, al parecer, se sienten intimidados por Osrik porque, en cuanto lo ven, intercambian miradas que denotan nerviosismo.

Midas fue muy claro, y muy estricto, sobre la presencia de mi Cólera en el castillo. Solo pueden entrar en Rocablanca si lo hacen acompañados de mí, y por eso Lu tiene que colarse a hurtadillas por las noches para echar un ojo al príncipe.

—¿En serio? —respondo, sin alterar la voz, y me detengo delante de él. Mi magia se tensa, como si cerrara el puño, como si deseara atestarle un puñetazo y pudrirle ahí mismo, en mitad del vestíbulo principal del palacio.

Midas asiente.

—Sí, de hecho quería hablar contigo.

Lo cierto es que preferiría morder unas uñas de acero y cagarlas enteras, pero la vida de un rey no es fácil.

—De acuerdo.

Osrik y yo seguimos a Midas hasta el salón de baile. En cuanto pongo un pie dentro de ese inmenso espacio, estrecho los ojos; la mayor parte del salón es ahora dorada. Tapices dorados que cubren las ventanas y que deben de medir casi doce metros de altura. Las inmensas columnas que decoran la pared del fondo, que solían ser de mármol blanco con vetas oscuras, ahora relucen con ese lustre metálico. Las mesas reservadas para banquetes están cubiertas de manteles dorados y los candelabros dispuestos sobre ellas deben de pesar más que yo, pues son de oro macizo. Midas ha mandado hacer una tarima para los músicos, que ha colocado en una esquina, y cada uno de los instrumentos y banquetas y taburetes son también de oro.

El resto del salón todavía luce igual que siempre, con suelos de mármol blanco pulido y paredes de piedra revestidas en cristal y un mirador austero y sencillo ubicado en el entresuelo. Pero la cantidad de poder que Auren tuvo que emplear para convertir todo lo demás en oro debió de dejarla exhausta, desde luego. Que haya dorado esas gigantescas columnas ya me parece una proeza increíble, y reconozco que me toca las narices. El cretino de Midas la obliga a utilizar su poder hasta drenarlo por completo, hasta dejarla sin fuerzas, y todo para que él pueda presumir de su famoso talento y así mantener su imagen y prestigio en Orea. Porque esta ingente cantidad de oro no sirve para nada. El pueblo no puede admirarlo, y mucho menos usarlo, y tampoco se almacena en las arcas reales. Es un alarde de riqueza absurdo, una forma de jactarse de que nada en abundancia sin tener que decir una sola palabra.

Hay criados y doncellas por todas partes, limpiando ventanas, puliendo suelos, haciendo reparaciones, colocando arreglos florales en cada superficie, en cada rincón. Y allá donde mire, veo escaleras de madera apoyadas en las paredes, con trabajadores de palacio encaramados para instalar más candeleros y limpiar el polvo de las magníficas lámparas de araña que cuelgan del techo y que parece que sean carámbanos de hielo que vayan a desplomarse en cualquier momento.

Midas observa el salón con mirada crítica, y todos los trabajadores

parecen tensarse al notar su presencia. Todos, sin excepción, están ocupados en algo y, si no lo están, fingen estarlo. Deja de caminar para poder examinar la estancia con más escrupulosidad, si cabe, o quizá solo sea para hacerse sentir importante.

—Están preparando el salón para el baile de celebración —explica.

Osrik no se despega de mí, ni siquiera cuando apoyo la espalda en la pared.

—Ya lo veo.

Por la misma puerta por la que hemos entrado empieza a desfilar una línea de mujeres; enseguida reconozco a varias de las monturas reales de Midas que rescatamos de los Bandidos Rojos y trajimos hasta aquí.

Vestidas con muy poca ropa y dejando al descubierto todas sus sensuales curvas, las mujeres saludan a Midas con una reverencia, algunas con elegancia y pomposidad, otras con cierta torpeza, con movimientos demasiado lánguidos. Siguen a un anciano que no deja de parlotear y de darles órdenes demasiado evidentes.

—Mis monturas reales —explica Midas, con una sonrisa—. Hermosas, ¿verdad? —pregunta, y, al darse cuenta de que no respondo, desvía la mirada hacia mí y añade—: Si te apetece usar a alguna de ellas, solo tienes que pedírmelo. Estaré más que encantado de regalarte una noche con una, o con varias, de mis monturas.

Tengo que hacer un tremendo esfuerzo para mantener la expresión impertérrita y no mostrar ni un ápice del desprecio que siento ahora mismo hacia ese tipo, un tipo que utiliza a la gente a su antojo, como si no fueran más que simples objetos, juguetes con los que negociar.

—No, gracias.

Midas se encoge de hombros.

—Se encargarán de atender a los invitados durante el baile —anuncia, y vuelve a observar a esas mujeres—. Odo les está explicando qué se espera de ellas para que así puedan prepararse para la ocasión. Algunas nos deleitarán con exquisitas actuaciones mientras otras nos llenarán las copas, o lo que sea que se requiera de ellas en ese momento.

Hará ostentación de su harén de monturas, igual que presume de su

supuesta riqueza y abundancia.

—¿De veras me has traído aquí para comentar las preparaciones del baile? —pregunto con tono impaciente. Cuanto antes zanje esta charla, mejor. No soporto su presencia.

Advierto un gesto de irritación que él enseguida esconde tras esa fachada de hipocresía.

—No te andas con rodeos, Ravinger.

—Si vamos a tener una conversación sincera, mejor ir al grano, ¿no te parece?

Midas dibuja una sonrisa maliciosa y me entran ganas de borrársela de un puñetazo.

—Toda la razón, pero un rey no mantiene la corona a base de «conversaciones sinceras», como bien debes saber.

Es verdad. Cuando eres rey lo primero que debes aprender es a negociar a través del complejo juego de la conversación, hasta convertirte en un verdadero maestro de la dialéctica, el mejor de todos, a poder ser. En circunstancias normales, podría enfrentarme a un duelo verbal y vencer a cualquier adversario, pero ahora mismo no tengo paciencia para eso. No con la imagen de la mejilla amoratada de Auren en la memoria. No con mi poder revolviéndose bajo mi piel, suplicándome que lo deje salir. No con él.

—¿Qué quieres, Midas?

Esa sonrisa complaciente se desvanece y se vuelve hacia mí, pero no me gusta el modo en que me mira.

—Solo quería darte las gracias por tu firme e inamovible alianza con el Quinto y el Sexto Reino. Ahora que no hay peligro de que estalle una guerra en nuestras fronteras, nuestras gentes podrán dormir un poquito más tranquilas. Después de todo, ese es el motivo por el que organizo este espléndido baile, para celebrar las alianzas y brindar, juntos, por una Orea fuerte y unida.

Trato de leer entre líneas, de reconocer las palabras que no ha dicho en voz alta, pero que están implícitas en un mensaje subliminal. Midas no es un tipo directo, siempre está tramando algo. Durante años he dejado que hiciese lo que le viniera en gana, siempre y cuando no intentara dañar mi reino con alguna de sus estrategias de mierda.

—Celebrar alianzas, como la que estás formando con el Tercer Reino —añado.

—Exacto —responde él mientras finge estar valorando la nueva imagen del salón de baile. Tras una breve pausa, continúa—: Me alegro de que pudiéramos llegar a un acuerdo para evitar lo que terminaría siendo un baño de sangre. El terreno que reclamaste me pareció un sacrificio muy pequeño en nombre de la paz.

Tenso los hombros.

Midas clava su asquerosa mirada pardusca en mí, y me escudriña. El muy cabrón está tratando de leer mi expresión, pero se va a llevar un buen fiasco porque hace años aprendí a dominar mi semblante, a camuflar cualquier emoción y pensamiento para que no se refleje en mi cara.

—El Pozo de la Muerte —dice, y se pasa una mano por la barbilla, que lleva perfectamente afeitada—. Un nombre muy apropiado para ese lugar, el mismo que invadiste con tu letal poder de podredumbre. Un terreno cuando menos curioso, ¿no te parece? Creía que esas tierras no eran más que un erial yermo y estéril, un pedazo de hielo ubicado en la frontera del Quinto Reino, pero no es del todo cierto, ¿me equivoco?

Rechino los dientes, desesperado. De todos los momentos que ha tenido para acercarse a mí y entablar esta conversación, ha tenido que elegir precisamente este, cuando estoy que echo humo por las orejas y con mi poder rascándome la piel para que lo libere.

Al darse cuenta de que no respondo, Midas se da totalmente la vuelta con esa expresión que derrocha una soberbia y una arrogancia infinitas.

—La Aldea de los Bufones. ¿Habías oído hablar alguna vez de ella?

Se me hiela la sangre. Mi corazón se transforma en un carámbano afilado como un puñal, y me late con tal ímpetu que tengo la sensación de que va a perforarme el pecho de un momento a otro.

Porque el encuentro con Auren me ha dejado tan abatido como rabioso, porque la impotencia me está carcomiendo por dentro, mi máscara impávida e imperturbable se rompe. Solo durante una fracción de segundo.

Pero Midas es un hombre astuto y se da cuenta del cambio.

—Oh, claro que sí, ya me lo imaginaba —prosigue él, y advierto un brillo en su mirada que me da mala espina. Muy mala espina—. La Aldea de los Bufones, un pueblecillo no autorizado, justo ahí, en los confines del Pozo de la Muerte.

Osrik, que sigue a mi lado, se ha quedado tan petrificado como yo.

—Unos nombres un poco desagradables, ¿verdad? —bromea Midas, y sé que está jugando conmigo—. Aunque, pensándolo bien, son de lo más acertados, porque el propio lugar es bastante desagradable.

«Mierda».

—Es bastante extraño que, aunque técnicamente haya formado parte del Quinto Reino durante siglos, no exista ningún registro de esa aldea hasta la fecha. No aparece en ningún documento histórico, ni tampoco se la menciona en los datos de población. Los lugareños que viven ahí jamás han pagado un impuesto. De hecho, la Aldea de los Bufones ni siquiera está en los mapas del Quinto Reino. Y ahora, en cambio, formará parte de tu territorio —relata Midas, y me somete a un minucioso escrutinio para tratar de interpretar mi expresión, para tratar de deducir algo de mi reacción.

Pongo cara de aburrimiento, casi de hastío.

—Sí, ahora es mía. Como bien has dicho, mi poder traspasó la frontera e invadió ese territorio, un territorio que ahora, en términos oficiales, forma parte de mis dominios y, como tal, ya no debería ser del interés del Quinto Reino, y menos después de que me entregaras sus derechos sin apenas pensarlo. A menos que estés considerando echarte atrás y romper nuestro acuerdo, claro está —respondo. La última frase es una amenaza, y los dos lo sabemos.

—En absoluto —replica la sabandija de Midas—. Soy un hombre de palabra.

Casi pongo los ojos en blanco al oír eso.

—Por supuesto, envié a algunos de mis consejeros y guardias reales a ese remoto e inhóspito territorio para que identificaran y marcaran las nuevas fronteras con carácter oficial. Un rey como es debido ha de mantener un registro actualizado de todo lo que ocurre en su reino, ¿no crees, Ravinger?

Bajo la mirada hasta el bolsillo interior de su túnica, donde sé de buena tinta que guarda su pequeño cuaderno de notas.

—Sí, las anotaciones que toma un rey pueden llegar a ser de lo más interesantes.

Esa expresión aduladora y presuntuosa por fin desaparece de su cara al oír lo que acabo de insinuar. Bien. Le inquieta que haya podido tener la oportunidad de echar un vistazo a su maldita libreta.

Tras unos segundos de tenso silencio, Midas retoma su diatriba.

—¿Sabes lo que también es muy interesante de esa diminuta aldea? Sus gentes. Los lugareños se mostraron de lo más sociales y comunicativos con mis enviados reales. Al parecer, sueles visitarles bastante a menudo.

Un rugido me ensordece los oídos y mi poder se enrosca y forcejea bajo mi piel. Sin embargo, lo contengo. Aprendí a controlarlo hace mucho tiempo. No me quedó más remedio.

—¿Qué puedo decir? Hacen un estofado de carne buenísimo. Soy un cliente habitual —digo, arrastrando las palabras.

Me parece ver que Midas aprieta un pelín la mandíbula al darse cuenta de que no voy a morder el anzuelo. Es más que evidente que sospecha algo, que tiene la mosca detrás de la oreja, que quiere sonsacarme más información.

—Admito que estoy un poco confundido. No entiendo a qué viene tanto interés por el Pozo de la Muerte, y menos ahora que ya no forma parte del Quinto Reino. Como bien has dicho, no es un lugar muy agradable —añado.

—No, desde luego que no —responde él, y agacha la cabeza—. Mi gente abandonará la Aldea de los Bufones en cuanto termine de dibujar la línea que marcará la nueva frontera, puedes estar seguro de ello. Ahora te pertenece a ti, y creo que es importante que respetemos lo que es de cada uno.

Ahí está, el nudo que está tratando de atar. Le encanta dar mil vueltas a un asunto para conseguir la lazada perfecta, la lazada que él quiere dar.

Si no hubiera aprendido a dominar cada una de mis reacciones, ahora mismo le habría revelado demasiada información. Tengo que

controlarme, joder. No puedo bajar la guardia en presencia de este imbécil retorcido y vengativo.

La tentación se fermenta en mi lengua. Conocer su mayor secreto, un secreto que, de salir a la luz, lo dejaría en evidencia y lo destruiría por completo, es un as que, de momento, debo guardarme debajo de la manga, por mucho que me cueste. Una parte de mí, el rey, está deseando destapar mis cartas, enfrentarse a Midas en la mesa de juego y decirle que sé su secreto. Si se revelaran nuestros secretos, él saldría perdiendo más que yo. Me encantaría quitarle esas ínfulas de grandeza, esa altanería con la que trata a los demás, e infundirle el pánico. Pero me reprimo porque, aunque nada me satisfaría más, sé que Auren pagaría las consecuencias, y eso es algo que no estoy dispuesto a permitir.

—¿Qué quieres, Midas? —pregunto, y suelto un suspiro—. Tengo otros asuntos que atender.

—Entonces no me andaré por las ramas —responde él, que ya ni siquiera se molesta en fingir cordialidad—. ¿El Pozo de la Muerte es tuyo? Bien, pues Auren es mía. Quiero al comandante de tu ejército lejos de ella.

Sabía que ese jueguecito de poder que se trajo durante la cena de bienvenida iba a tener repercusiones.

Me muestro impasible.

—Fuiste tú quien insistió en que la llevara hasta el arpa. No tiene ningún interés en ella.

«Pero yo sí, maldita sea».

Midas aprieta los labios hasta formar una línea fina.

—Mi gente se marchará de la Aldea de los Bufones cuando tu comandante se marche de Rocablanca.

Esa es la última vuelta de la lazada.

—El Pozo de la Muerte ya no te pertenece, Midas. Puedes simular que enviaste a tus consejeros en tu nombre y con carácter oficial, pero los quiero fuera de mi aldea —le recuerdo.

—Después de un intercambio de territorios, estoy en mi pleno derecho de trazar las líneas que marcarán las nuevas fronteras.

Me inclino hacia delante para que ese hijo de puta vea las líneas de

mi magia arrastrándose por mi cuello porque sé que cada vez que las ve siente un escalofrío por todo el cuerpo, una reacción que, por mucho que lo intente, no puede disimular.

Lo quiero fuera de esa aldea lo antes posible. Cada segundo que pasa es una oportunidad más para que siga hurgando en mis secretos y averigüe más información, algo que ni me interesa ni me conviene. Nadie ha destapado el secreto que mantengo ahí enterrado, y no pienso dejar que sea precisamente él quien descubra una de mis pocas vulnerabilidades.

Como soy más alto que él, inclino la cabeza hacia abajo, si bien de una forma un poco exagerada, para que se sienta más pequeño, más indefenso, más débil.

—No me gusta que me coaccionen, Midas. Quizá necesitas que te recuerde que todavía tengo a mi ejército a los pies de este castillo. ¿De veras quieres vértelas conmigo?

—Claro que no —responde él, inmune a mi amenaza y con ese tonito amigable que tanto me irrita—. Es una cuestión de respeto, nada más. Como aliados, debemos respetar lo que le pertenece al otro.

El hecho de que crea que Auren le pertenece me sulfura.

Y, justo entonces, el viejo que estaba dando instrucciones al harén de monturas de Midas nos interrumpe con una reverencia.

—Majestad, todavía quedan varios detalles que ultimar sobre el baile, y me han surgido varias dudas que preferiría consultar con vos antes de tomar una decisión.

—Por supuesto, Odo —responde Midas a su consejero, ataviado con una túnica dorada, antes de dirigirse de nuevo a mí—. Tengo asuntos que atender —dice, regurgitando así la excusa que yo le he dado antes —. Informaré a mis enviados de que pueden marcharse del Pozo de la Muerte tan pronto como les sea posible. Aunque, según me han contado, los lugareños los han recibido con los brazos abiertos y, de hecho, se pasan el día de cháchara con todo el mundo —dice, y me dedica una estúpida sonrisa de suficiencia que se la borraría de la cara a puñetazos—. Disfruta de la noche.

Midas se da la vuelta y se marcha acompañado de su mano derecha, con las monturas siguiéndoles de cerca, contoneando las caderas y

dejando tras de sí un rastro de perfume embriagador.

Siento los ojos de Osrik clavados en la nuca y sacudo la cabeza, pero con absoluta discreción. Solo mi fiel camarada percibe el movimiento y, sin musitar una sola palabra, salimos del salón de baile en silencio. Los dos somos conscientes de que en ese palacio hasta las paredes oyen, así que lo más sensato y prudente es mantener el pico bien cerrado. Incluso después de pasar por el inmenso portón principal del castillo y de adentrarnos en la gélida oscuridad de la noche, donde solo hay niebla y escarcha, esperamos.

Sé que Osrik también está que trina, pero, igual que yo, es todo un experto en ocultar emociones y mantener una expresión impasible. Cruzamos la muralla, custodiada por los soldados de Rocablanca que, nada más vernos, se apresuran en subir la puerta de hierro forjado. No sé quién les aterra más, si Osrik o yo.

Nos encaminamos hacia el campamento donde descansa mi ejército, instalado sobre la cresta de una colina cubierta de nieve, y cuando ya nos hemos alejado varias decenas de metros de la muralla del castillo, Osrik rompe el silencio y ladra una blasfemia.

—Maldito hijo de puta —gruñe—. ¿Cómo demonios ha encontrado la Aldea de los Bufones?

—Exploradores, estoy seguro. Debería haberme imaginado que lo primero que haría después de firmar el acuerdo sería enviar a su gente al Pozo de la Muerte —farfullo, y me reprendo por no haberme anticipado, por no haber sido más listo que él. Estaba preocupado, distraído. Centré toda mi atención en Auren y sin darme cuenta desatendí algunas de mis responsabilidades.

—No esperábamos que Midas fuese a poner tanto empeño en saber qué había ahí, y menos sabiendo que el Pozo de la Muerte es un terreno que parece un bloque de hielo en mitad de la nada.

—Aun así, debería haber contemplado esa opción, por si acaso —respondo, y mi frustración se materializa en una nubecita de vaho que queda suspendida en ese aire glacial.

Los dos seguimos andando en silencio durante unos segundos, y el único sonido que rompe el silencio de la noche es el crujido de la nieve bajo la suela de nuestras botas. Sobre la cima de la colina atisbo

varias hogueras encendidas, por lo que intuyo que la mayoría de mis soldados deben de estar apiñados alrededor del fuego. El resto probablemente siga en la ciudad de Rocablanca, tratando de buscar algún entretenimiento a cambio de una moneda.

—¿Qué piensas hacer? —pregunta Osrik.

—Necesito a Midas fuera de allí —respondo, y en mi voz se reconoce la nota de la desesperación—. Quizá debería enviaros a todos al Pozo de la Muerte, para asegurarme de que la situación se va a resolver, y rápido.

Osrik me mira de reojo cuando llegamos a lo alto de la colina; desde ahí arriba solo se ve una inmensa extensión de nieve con decenas, con centenares de tiendas de cuero.

—Y una mierda. No vamos a dejarte aquí solo con ese necio obsesionado con el oro.

Le lanzo una mirada pícara.

—Oh, ¿estás preocupado por mí, Os?

Osrik da una tremenda zancada para adelantarme y se posiciona justo delante de mí para barrarme el paso.

—Si lo que quieres es que vayamos al Pozo de la Muerte, sabes que lo haremos, y de buen grado. Somos tu Cólera y, además de respetar tus decisiones, acataremos todas todas tus órdenes. Solo tienes que pedírnoslo, pero te advierto que Lu se va a poner hecha un basilisco si te quedas aquí solo, sin nadie que te guarde las espaldas.

—En el fondo sois una panda de mamás gallina —murmuro, y niego con la cabeza.

Osrik sonríe.

—Sí.

Dejo escapar un profundo suspiro y me froto la cara con las manos. Esto era lo último que necesitaba ahora mismo. Se me empiezan a acumular los problemas y, para colmo, tengo que lidiar con Midas. Está metiendo las narices en un asunto que no le concierne, ni a él, ni a nadie. No quiero a ningún intruso merodeando por el Pozo de la Muerte. Me ha costado mucho sacrificio llegar hasta aquí y reclamar esas tierras, y no estoy dispuesto a dejar que Midas adivine por qué lo quiero.

—Si quieres que Midas se retire del Pozo de la Muerte, solo tienes que hacer lo que te ha pedido y enviar al comandante de tu ejército allí —sugiere Osrik, y me guiña el ojo—. Entre tú y yo, empiezo a estar harto de ese patán de tres al cuarto.

Me río por lo bajo mientras observo el campamento desde la lejanía. Vislumbro a algunos de mis soldados, aunque desde ahí parecen sombras que se mueven de tienda en tienda.

—Tenemos que regresar al Cuarto Reino. Tal vez deberíamos partir todos, y pronto.

Osrik arquea esas cejas pobladas y despeinadas.

—¿Partir? ¿Sin…?

La mera idea me revuelve las tripas. Va en contra de todos mis instintos, pero sé que si no respeto sus deseos, me estaré poniendo a la misma altura que Midas.

Echo un fugaz vistazo al castillo, como si pudiera ver a través de esos muros de piedra y contemplar el interior.

—Nos iremos dentro de un par de días. A la mierda el baile, a la mierda ese príncipe pedante y malcriado. Debería dejar que todos esos monarcas engreídos continúen confabulando y conspirando entre ellos hasta el día de su muerte. Sí, debería quedarme en el Cuarto Reino y olvidarme de esa manada de buitres carroñeros.

Osrik titubea. Hacía mucho tiempo que no me veía tan exasperado, tan dispuesto a rendirme.

—¿Estás seguro de lo que dices?

Asiento con firmeza y las raíces de mi poder mágico empiezan a pellizcarme la piel. Esa energía inquieta e impaciente amenaza con desbordarme.

—Sacaré a los espías de Midas del Pozo de la Muerte con mis propias manos. Que yo sepa, los cadáveres en estado de descomposición no hablan. Así me aseguraré de que no le informan de nada.

—Si eso es lo que quieres hacer, no hay nada más que hablar.

Tan fácil como eso. Y, sin embargo, partir de Rocablanca no va a ser nada fácil.

—Pero ¿estás seguro de que quieres partir tan pronto? —insiste él.

Mi magia se quiebra con solo pensarlo, y cierro los puños para tratar de contener la avalancha de poder. En lugar de responderle, me doy media vuelta y empiezo a andar en dirección opuesta al campamento, hacia una pequeña arboleda que he avistado a lo lejos, con las botas hundiéndose en la nieve con cada paso que doy.

—¿Adónde vas? —pregunta Osrik, que se ha quedado atrás.

—Necesito pudrir algo —respondo por encima del hombro. Oigo que rezonga, pero no hace ningún intento de pararme.

Ha llegado el momento de afrontar la realidad. Como le dije a Auren, llevo demasiado tiempo lejos de mi reino. Ella ha elegido, ha tomado una decisión y debo aceptarla, a pesar de que mis instintos traten de convencerme de lo contrario. A pesar de que mi magia insista en rebelarse.

Aborrezco los juegos políticos de Midas. Me cansan hasta el punto de agotarme la paciencia, así que tal vez ya va siendo hora de cerrar el telón, de dar por finalizado todo este teatro y dejar que se salga con la suya. Regresaré al Cuarto Reino, apuntalaré bien mis fronteras y volveré a ser el monarca misántropo de siempre, un monarca que no se entromete en los asuntos de los otros reinos siempre y cuando no intenten joder a mi reino, a mi gente. Como a Midas le encanta aparentar, estoy convencido de que le tocará muchísimo las narices que parta antes de lo previsto y no acuda a su dichosa celebración, por lo que será una pequeña victoria para mí.

De todas formas, la verdad es que solo tenía un motivo para quedarme aquí, y desde luego no era un puto baile de celebración.

27

Auren

No puedo dejar de dar vueltas en la cama, enredada entre varias mantas, pero también en mis pensamientos. Por fin logro conciliar el sueño poco después del amanecer, exhausta después de pasarme la noche en vela. Aun dormida, ni mi mente ni mi alma pueden descansar.

Cada palabra que Slade me ha dedicado se repite en mi cabeza una y otra vez. Y no me refiero solo a lo que me ha dicho esta noche, en la penumbra de la biblioteca, ni tampoco a la conversación que mantuvimos mientras él me llevaba en volandas hasta mis aposentos, o después, en el balcón, sino también a palabras mucho anteriores. Palabras que me regaló cuando estábamos juntos en una tienda que olía a cuero, iluminada por unos pedruscos de carbón de un rojo incandescente, o cuando estábamos luchando en un círculo en mitad de un páramo nevado, o cuando caminábamos el perímetro del campamento de su ejército.

Pequeños momentos robados.

Momentos peligrosos. Momentos prohibidos.

«Pídemelo».

«No puedo».

La Auren de antes era un lago de aguas claras y cristalinas, un lago en el que Slade se zambulló y removió las profundidades, y por eso ahora soy un pantano de aguas turbias y enlozadas. Sin darme cuenta, ha conseguido filtrarse por los poros de mi piel y ahora nada en todos mis pensamientos y cada gota de agua sabe a él.

Tras remolonear un buen rato en la cama, despego los párpados. Es tarde, pero tengo la impresión de que no he descansado en absoluto. ¿Cómo hacerlo si, incluso en sueños, Slade parece haber inundado

cada centímetro de mi ser?

«Prefieres quedarte en la sombra y marchitarte. Esa ha sido, hasta ahora, tu elección».

«A veces, las cosas deben destrozarse para poder alzarse de nuevo, volver a construirse».

«Presta atención a tus instintos y deja de contenerte».

La habitación está sumida en un silencio sepulcral, por lo que la voz de Slade todavía retumba más en mi cabeza. Aparto las mantas de mala gana y me levanto con el cosquilleo de la inquietud en la piel. En cuanto mis pies rozan el suelo, zarcillos de oro líquido empiezan a manar de la planta de mis pies, cubriendo las partes de las baldosas de piedra que mi poder aún no había alcanzado. Pero ni siquiera ese derroche de magia sirve para anclarme. Estoy navegando a la deriva en el mar de mis pensamientos, perdida entre el oleaje.

Me acerco a la pared, apoyo la frente en el papel pintado que yo misma teñí de dorado y cierro los ojos. Inspiro hondo para tratar de controlar la respiración y me quedo ahí un buen rato, con las manos aferradas al marco de la puerta y con una guerra a punto de librarse en mi pecho.

Faltan tres días para el baile. Tres días para que, en teoría, escape de este condenado lugar. De alguna manera, la suma de esos días se puede equiparar a las piezas que siento que me faltan.

Acierto o error, confianza o duda, mente o corazón.

Estoy frente a la bifurcación de una carretera, y no puedo seguir plantada aquí, vacilando y sin saber qué camino elegir. Tengo que tomar una decisión y decantarme por un camino u otro.

De repente, con una claridad que solo puede compararse con un cielo despejado y sin nubes, abro los ojos y me pongo derecha. Voy directa al vestidor y elijo un vestido de seda de manga larga que, en el segundo en que toca mi piel, se torna dorado. Por una vez, dejo el corsé tal y como está, sin hacer un corte en la espalda y sin romper las tablillas, aunque no me molesto en ajustarlo demasiado.

Mis cintas me trenzan el cabello mientras sigo arreglándome; me pongo ropa interior, me enfundo medias y guantes, me calzo unas botas y, por último, me echo un abrigo sobre los hombros. Salgo

disparada del vestidor, atravieso mi habitación y voy al balcón. Los perros ya han vuelto de la partida de caza diaria, y la mayoría corretean por el gallinero u olisquean la nieve.

El cielo está tan pensativo y taciturno como yo, con nubes grisáceas que de una forma lenta y perezosa van dejando caer copos de nieve que parecen flotar en el aire. Antes de encaramarme a la barandilla, echo un vistazo a los alrededores para cerciorarme de que no hay nadie merodeando por ahí. Enrollo varias cintas alrededor del balaustre y las deslizo hacia el otro lado, como si fueran los cabos de una embarcación, para así poder arrastrarme por ellas y llegar al jardín sin partirme el cuello. Tengo unas agujetas tremendas en los brazos y en las piernas por las sesiones de entrenamiento que he hecho esta semana, pero aguanto las punzadas de dolor, me agarro bien fuerte a las cintas y empiezo el descenso.

Me las ingenio para curvar las puntas de las cintas y moldearlas a imagen y semejanza de un garfio para que así puedan soportar mi peso sin problemas. Miro hacia abajo y valoro la distancia de mi balcón al balcón que asoma debajo, justo a mi izquierda. Sé que tengo que calcularlo al milímetro antes de saltar si no quiero romperme un maldito tobillo. Lo he hecho antes, y puedo hacerlo otra vez.

Así que, sin pensármelo mucho, balanceo mi cuerpo hacia delante una, dos, tres veces, desenrollo las cintas de la barandilla y entonces salto.

Aterrizo de una forma un poco brusca en el balcón del piso de abajo y, aunque el impacto me ha dejado las piernas un tanto entumecidas, dibujo una sonrisa de victoria por haberlo conseguido. En la perrera, los sabuesos empiezan a menear la cola con frenesí y, en cuestión de segundos, se ponen a ladrar y aullar como bestias salvajes. Lo último que quiero es que un trabajador venga a averiguar por qué están armando tal escándalo y me encuentren ahí fuera. Zarandeo las manos para tratar de apaciguar a esas fieras, pero consigo justo lo contrario, que ladren con más ímpetu.

—Ya basta, perritos, ¡shh!

Pero no van a «shh», ni por asomo.

Miro a mi alrededor, nerviosa. Por suerte, todavía no ha aparecido

nadie a comprobar qué sucede en la perrera, pero tarde o temprano aparecerá, así que corro hacia la puerta del balcón y doy gracias al Divino porque el cerrojo no está echado y puedo entrar sin forzar la cerradura. Recojo las cintas en un abrir y cerrar de ojos y cierro la puerta, enmudeciendo así esos aterradores aullidos y con la esperanza de que, ahora que no pueden verme, se tranquilicen de una vez por todas.

Mis cintas se enroscan alrededor de mi cintura, pero sin constreñirla. Inspiro hondo para calmar los nervios y estudio la habitación en la que acabo de colarme. Está abandonada y hace un frío del demonio, por lo que intuyo que se cerró por falta de uso. Los muebles de la estancia están tapados con sábanas blancas, como fantasmas descomunales, y hay una chimenea vacía y repleta de hollín en una esquina.

—Está bien. He llegado hasta aquí —me murmuro a mí misma, resuelta e impresionada por partes iguales. Compruebo que tengo los guantes bien puestos y me cubro la cabeza con la capucha de la capa antes de cruzar la habitación y dirigirme hacia la salida. Pego la oreja a la puerta y afino el oído. No se oye ni una mosca, así que con sumo cuidado empujo el picaporte y abro la puerta, lo justo para poder sacar la cabeza.

El pasillo está desierto.

No pienso echar a perder esta valiosa oportunidad, así que salgo al pasillo, cierro la puerta tras de mí y camino lo más rápido que puedo. No me atrevo a echar a correr porque, con estas botas, estoy segura de que alguien oiría mis pisadas, y no puedo permitirme el lujo de llamar la atención.

—Extremo opuesto, copos de nieve grabados. Extremo opuesto, copos de nieve grabados…

El susurro me sirve de guía por ese pasadizo de color azul hielo. Las paredes, recubiertas por un vidrio fino que se asemeja a una quebradiza capa de hielo, reflejan mi cuerpo y paso junto a unas grandiosas columnas blancas esculpidas como inmensos carámbanos que parecen colgar del techo y rozar la piedra del suelo.

Y justo cuando voy a doblar una esquina, escucho un ruido que

proviene de la escalinata que tengo justo a mis espaldas. Se me acelera el pulso. No puedo dejar que los guardias me vean. No es una opción, punto.

En lugar de quedarme inmóvil, salgo disparada hacia la esquina y, al doblarla, casi ahogo un grito de alivio porque justo ahí, al final de ese estrecho y corto pasillo, está la puerta con copos de nieve grabados.

Mis pies, que caminan con andares apresurados e impacientes, me llevan hasta esa puerta. Me detengo y, de repente, me asaltan las dudas. Un fugaz vistazo por encima del hombro basta para saber que no hay nadie más, aparte de una columna solitaria que hace las veces de centinela.

Observo la puerta y empiezo mordisquearme el labio.

¿Qué hago? ¿Llamo y ya está?

De pronto, noto un vacío en el estómago. Son nervios, pero ahora no hay vuelta atrás. He llegado hasta aquí guiada por mis instintos, por mi corazón, pero ahora que mi mente está asimilando lo que acabo de hacer, titubeo.

—Vamos, Auren. Hazlo de una vez —murmuro, tratando de darme ese empujoncito que necesito ahora mismo.

Me armo de valor, inspiro profundo y levanto el puño para llamar, pero en ese preciso instante la puerta se entreabre. Pestañeo varias veces, asombrada por tal casualidad. Mis nudillos por poco terminan golpeteando la coraza metálica que protege el pecho del hombre que tengo delante de mí.

—¿Rip?

El casco negro asiente con la cabeza.

—Ah. La joven dorada.

Resoplo al darme cuenta de que esa voz no es la del comandante.

—Tú no eres Rip.

Debería haberlo visto en cuanto ha abierto la puerta, pero estaba demasiado alterada.

Él echa una ojeada a las púas que sobresalen de sus antebrazos.

—¿No? Entonces, ¿quién soy, mi señora?

Estrecho los ojos al oír ese tonito de burla. Su voz es grave, pero no

es la voz de Slade, y no percibo ningún aura cerniéndose a su alrededor. A simple vista, es fácil confundirlo con él, pues es igual de alto y corpulento que el comandante e, incluso de cerca, las púas son idénticas a las de verdad. El mismo brillo, la misma forma, la misma disposición.

—No tengo ni idea. Ilumíname y dímelo tú mismo —respondo.

El tipo me escudriña durante unos instantes, y después dice:

—No, creo que no.

Por supuesto que no va a decírmelo.

Pongo los ojos en blanco en señal de decepción.

—De acuerdo. ¿Puedes avisar a Slade de que estoy aquí?

—Oh, no me digas que os tuteáis y os llamáis por vuestro nombre de pila. Muy informal —replica él, a quien este absurdo intercambio de palabras parece divertirle.

Me inclino en una pomposa y exagerada reverencia y sonrío con descarada hipocresía.

—Ah, os ruego que me disculpéis. ¿Me concederíais el gran honor de hablar con el rey Ravinger, Gobernante del Cuarto Reino y Pudridor de… Cosas?

Se ríe entre dientes, pero aun así no se mueve ni un ápice.

—¿Estás segura de que no preferirías que yo le transmitiera tu mensaje en lugar de reunirte personalmente con el Pudridor de Cosas?

Empiezo a desesperarme y, de repente, me asalta una duda que me inquieta, que me perturba. ¿Y si Slade no quiere verme? Quizá después de nuestra charla en la biblioteca ha decidido que no quiere saber nada más de mí, y por eso ha ordenado a Rip Postizo y a los demás que me despachen de inmediato si voy a buscarlo.

—Al grano, Puítas, ¿puedo hablar con él sí o no?

—Estamos impacientes, ¿eh?

Rechino los dientes, exasperada. Soy plenamente consciente de que los guardias que antes he oído bajar por la escalera no deben de andar muy lejos, y me niego a que me pillen precisamente ahí, frente a la puerta de los aposentos de Slade.

—Da lo mismo —refunfuño, desanimada.

Me doy la vuelta, dispuesta a marcharme de ahí, pero Rip Postizo

me frena cuando dice:

—Tan solo estaba tomándote el pelo, chica dorada. —Y entonces se hace a un lado, invitándome así a entrar—. Adelante. No creo que tarde mucho en volver.

Me detengo en el umbral.

—Espera, espera, ¿no está en su habitación?

—No.

—Y… ¿Quieres que le espere ahí dentro? ¿En sus aposentos privados? ¿Sin que él esté presente?

Rip Postizo se encoge de hombros.

Me quedo estupefacta durante una milésima de segundo y después muevo la cabeza.

—Eres un guardia terrible.

—No soy un guardia —recalca él—. Y, aunque lo fuese, dudo que el rey Ravinger, Gobernante del Cuarto Reino y Pudridor de Cosas, necesite uno.

Eso no puedo rebatírselo, desde luego.

De pronto, él levanta la barbilla y enarca las cejas.

—Entra. A menos que quieras que los guardias que están a punto de aparecer por ahí te vean aquí.

Abro los ojos como platos y prácticamente me lanzo de cabeza hacia la habitación antes de que Rip Postizo cierre la puerta mientras se ríe por lo bajo. Ahora que estoy a solas, me tomo un minuto para contemplar el dormitorio, en el que predominan los púrpuras intensos y toda una gama de azules. El techo está pintado de tal manera que da la impresión de estar bajo un cielo nevado, con nubes esponjosas y copos de nieve por todos lados.

Estoy en un pequeño salón, con un precioso escritorio pintado de azul cobalto en una esquina. No hay ni un solo pergamino, libro, pluma o tintero encima y el sillón parece estar mal colocado. Advierto varias sillas desparejadas apiñadas frente a un fuego que todavía crepita, como si Slade y sus huéspedes las hubieran arrastrado hasta la chimenea para poder disfrutar de una distendida y agradable charla.

¿Todos los miembros de su Cólera han estado aquí? ¿Lu, Osrik y Judd? Supongo que Rip Postizo también forma parte de sus elegidos,

sus incondicionales. Pero ¿quién demonios es? Imagino que es alguien en quien Slade confía plena y ciegamente porque le ha encomendado una tarea crucial: hacerse pasar por él en su versión de comandante. Reconozco que me parece toda una proeza que Slade consiga mantener su secreto. Me pregunto por qué se empeña en fingir que Rip y Ravinger son dos personas distintas. Hay muchas cosas en Slade que son todo un misterio para mí.

Me quito el abrigo, lo coloco sobre el respaldo de un sillón y me siento frente al fuego, pero estoy tan nerviosa que no soy capaz de quedarme quieta ni un solo segundo. Me levanto, avivo el fuego con el atizador de hierro forjado que hay junto a la chimenea y, poco a poco y con ademán perezoso, las brasas empiezan a parpadear. Desvío la mirada hacia la puerta que está a mi derecha. Está ligeramente abierta.

«No lo hagas».

Me giro y dejo el atizador en su sitio, pero no puedo evitarlo y miro de reojo la maldita puerta entreabierta. ¿Y si me asomo? Sería muy rápido y nadie se enteraría. ¿Qué daño puedo hacer?

«Sí, voy a hacerlo».

Será solo un vistazo. Nada más. No es tan descabellado, ¿verdad? Además, es solo un cuarto de invitados como otro cualquiera. No es que me esté inmiscuyendo en su alcoba de verdad. Eso sí sería fisgonear.

Y en ese arrebato irracional de insaciable curiosidad, me acerco a la puerta no sin antes echar una última ojeada a ese pequeño salón para asegurarme de que sigo estando sola. Hago caso omiso a la punzada de culpabilidad que siento, cruzo el umbral y me adentro en una habitación totalmente a oscuras. Los enormes ventanales están tapados bajo unas gruesas cortinas que cuelgan del techo y llegan hasta el suelo, aunque me parece vislumbrar la puerta de un balcón por el diminuto resquicio de las colgaduras.

Al pisar esa alfombra mullida y esponjosa, tengo la sensación de estar flotando y no caminando. Lo primero en lo que me fijo es en la camisa negra que está tirada de cualquier manera sobre la otomana que hay junto a la chimenea. La cama está envuelta en sábanas de

seda de color azul marino y la mayoría de las almohadas están desperdigadas por el suelo, como si fueran demasiado blandas y ahuecadas para el gusto de Slade. Para alguien que tiene púas escondidas bajo la piel y que se pasa media vida durmiendo sobre un camastro y en una tienda del ejército, supongo que está acostumbrado a colchones y almohadas de textura más bien firme.

Deambulo por la habitación durante unos segundos y después me dirijo hacia otra puerta abierta porque, ¿por qué no? Ya que he llegado hasta aquí.

Detrás de esa puerta hay un vestidor, pero a diferencia del mío, cuyos armarios están atestados de perchas con hermosos vestidos y túnicas y con varias filas de distintos zapatos y botas y sandalias en el suelo, este está prácticamente vacío. Tan solo veo un puñado de camisas y pantalones, todos negros o de color marrón oscuro. Distingo una montaña de láminas metálicas, que, por lo que intuyo, conforman su inconfundible armadura, en una esquina, junto a un único par de botas. Pero lo que más me llama la atención es el alarmante número de armas expuestas sobre la pared.

—Eso me parece demasiado agresivo —murmuro.

¿Qué puedes esperar de un hombre que tiene más puñales que camisas? Cualquier persona en su sano juicio no se habría atrevido a colarse en los aposentos privados de un hombre así, pero aquí estoy.

Y justo cuando me doy la vuelta, advierto algo por el rabillo del ojo, un bulto extraño que me había pasado desapercibido al entrar porque está en un rincón. Me llama la atención porque es de color pardusco, así que, ni corta ni perezosa, aparto una de las camisas de Slade para averiguar de qué se trata.

En cuanto retiro la camisa, me quedo sin aire en los pulmones, como si un fantasma me hubiese absorbido la respiración. Observo ese abrigo tan familiar y paso los dedos por esas plumas moteadas e iridiscentes y por esos ribetes cosidos con hilo de oro. Mi memoria me traslada al momento en que Slade se transformó delante de mí por primera vez, el día en que le arrojé este abrigo a la cara por haberme llamado Jilguero.

«Lo guardó».

No sé cómo ni cuándo, pero Slade se inmiscuyó de nuevo en esa habitación, cogió el abrigo y lo guardó, hasta día de hoy. Siento un escozor en los ojos y una opresión en el pecho y, durante unos instantes, no soy capaz de hacer otra cosa que observar ese abrigo. Lo observo, y mi mente empieza a nadar en un mar de dudas.

Casi sin aliento, me doy la vuelta y regreso a la habitación mientras trato de recuperar la compostura. Necesito regresar al salón, pero volver a tener ese dichoso abrigo entre las manos me ha dejado pensativa, meditabunda.

Mis ojos se arrastran de nuevo hasta la cama y la imagen me hace rememorar las noches en que, desde el camastro de la tienda militar, estudiaba la figura durmiente del comandante, con un montoncito de ascuas ardientes y una montaña de desconfianza entre nosotros. Recorto la distancia que me separa de la cama y rozo la almohada con la punta de los dedos mientras palpo el hueco entre las plumas y la seda donde recuesta la cabeza cada noche. Me dejo llevar por el instinto más primario y, cuando quiero darme cuenta, estoy inclinándome sobre el cojín para olerlo.

Con los ojos cerrados, inspiro y me dejo embriagar por la esencia de Slade. Debo reconocer que, hasta ahora, nunca había sentido curiosidad por saber a qué huele el hombre que me quita el sueño. Es un olor a tierra y, sin duda, es un olor muy peculiar, inimitable incluso. Ese inconfundible aroma me recuerda a astillas de madera húmedas y a barro, pero también a algo más intenso y más oscuro, como la amargura del chocolate.

Una chispa se prende en mi interior, y esa pequeña llama de calor me traslada a la escalera del castillo, al vaivén de sus caderas mientras yo, que estaba sentada sobre el pasamanos, las tenía apresadas entre mis rodillas. Respiro hondo una vez más y las palpitaciones recuperan su cadencia habitual. Me noto cansada. Normal después de haberme pasado la noche en vela, dando vueltas en la cama y con decenas de dudas rondándome por la cabeza.

Al notar que me he relajado un poco, mis cintas siguen el ejemplo y empiezan a aflojarse de mi cintura, a serpentear por la cama, a deslizarse entre las sábanas. Se retuercen, se curvan y se contorsionan

como perros cuando se revuelcan en el suelo porque han olisqueado una fragancia que les entusiasma. Aunque no las culpo porque el aroma de Slade es delicioso.

Tomo aire por última vez, una bocanada indulgente, pero me inclino demasiado, me acerco demasiado. De repente, noto un cosquilleo en la punta de la nariz y abro los ojos de golpe.

«Oh, mierda».

Doy un respingo y me aparto *ipso facto* mientras, horrorizada, veo cómo una gota de oro empieza a desparramarse por la almohada, justo donde la he rozado con la nariz. Me invade el histerismo y con las manos enfundadas en los guantes trato de limpiar esa mancha dorada que no deja de agrandarse y que, por supuesto, no puedo eliminar.

—No, no, no…

Sin embargo, lo peor está por llegar; como no estoy tocando la dichosa almohada con las manos desnudas, no puedo controlar mi magia, lo que implica que no puedo evitar lo inevitable: que termine convirtiéndose en un cojín de oro macizo. Así que en lugar de teñir los hilos de la funda de dorado, mi magia se va propagando hasta que la almohada se vuelve rígida y dura. La superficie metálica es tan reluciente que incluso puedo ver mi expresión de pánico reflejada en ella.

En cuestión de segundos, la seda y las plumas se han transformado en oro, y la impronta del cráneo de Slade se solidifica ahí para siempre, grabada en mi patético descuido.

Observo la almohada durante unos instantes y hago una mueca de dolor al caer en la cuenta de que el colchón está empezando a aplastarse bajo su peso y que el marco de la cama despide un crujido furibundo, una clara advertencia de que no va a soportar el peso, de que va a acabar partiéndose.

—A lo mejor no se da cuenta, quién sabe —musito, y me limpio la nariz antes de dar unos golpecitos sobre la almohada con los nudillos. La cama cruje y protesta, otra vez.

Está bien. A lo mejor sí se da cuenta.

Noto un tirón a lo largo de mi espalda y desvío la atención de la escultura en forma de almohada a mis cintas, que no dejan de

juguetear y de hacer cabriolas bajo las sábanas de Slade como gatitos desmadrados.

—Oh, por el gran Divino —murmuro, y trato de apartarlas de ahí. Nunca se habían comportado de esta manera. Me da la impresión de que, desde que se desataron, en el sentido literal y figurado de la palabra, y atacaron a Slade en el círculo de lucha, han cobrado vida propia—. ¡Salid de su cama ahora mismo! —siseo, pero no parecen dispuestas a obedecer, y aunque tire de ellas, juntas tienen mucha fuerza y se resisten. Se me escurren de las manos cuando trato de agarrarlas y continúan rodando y restregándose y haciendo piruetas sin cesar. Exasperada, suelto un suspiro y meto las manos debajo de las sábanas para cogerlas juntas, como si fuera una cuerda de veinticuatro hebras.

Y justo cuando estoy a punto de tirar de ellas con todas mis fuerzas, oigo una voz profunda y sensual que me deja petrificada.

—De haber sabido que querías enredarte entre mis sábanas, habría sido más previsor y al menos habría tenido el detalle de esperarte metido en la cama.

Slade.

¿El lado bueno? Ninguno. Ninguno en absoluto. Porque acabo de convertir su almohada en un lingote de oro macizo porque estaba olisqueándola como una lunática, mientras él era testigo de cómo mis cintas se zambullían en sus sábanas como peces en un arroyo de Slade.

Fantástico.

28

Auren

Slade está recostado en la pared de la habitación, con una rodilla doblada y el pie apoyado sobre el papel pintado. Es la viva imagen de la tranquilidad. Me atrevería a decir que nunca lo había visto tan relajado. Con los brazos cruzados sobre el pecho y la camisa arremangada para presumir de esos fuertes antebrazos, con esa melena azabache algo despeinada y con ese traje de cuero que le marca esa trabajada musculatura, no me puede parecer más atractivo.

Incluso bajo esa luz suave y tenue distingo una expresión de diversión en su rostro, y de no ser porque ahora mismo estoy mortificada y roja por la vergüenza, me quedaría mirándolo un rato más para poder apreciar esa belleza tan etérea, tan mística.

En qué momento se me ha ocurrido oler la maldita almohada.

—Bueno, dudo que sea muy cómodo dormir sobre eso —se burla Slade.

Las palabras de Slade me arrancan del estado de *shock* en el que me he quedado al saber que me había pillado *in fraganti* en su habitación. Me pongo derecha casi de un brinco e intento actuar con absoluta normalidad, como si no estuviese fisgoneando en sus aposentos, como si no estuviese manoseando las sábanas como una gata en celo. Sin embargo, cuando abro la boca, no soy capaz de disimular el bochorno de mi voz.

—Ha sido un accidente.

—¿Y el resto de ti estaba arrastrándose por mi cama porque…?

—Intentaba sacar a mis cintas de debajo de las sábanas —explico, como si eso fuese a mejorar algo las cosas.

Su mirada se posa sobre mis manos, que siguen sujetando esas tiras de satén doradas entre los puños, pero en ese preciso momento las

veinticuatro cintas dejan de resistirse y se desploman sobre el suelo, como si me hubiese inventado esa excusa y, en realidad, no estuviesen haciendo nada.

Traidoras.

Las empujo tras de mí y me cruzo de brazos en un intento de aparentar estar tranquila, aunque el corazón me late con tanta fuerza que siento que las costillas traquetean.

El resplandor que se inmiscuye entre las rendijas de las cortinas dibuja unas esquirlas de luz que se mecen entre nosotros. Nos miramos en silencio durante unos instantes, pero en lugar de serenarme, cada vez estoy más nerviosa, más mortificada.

—Lo siento —murmuro, sin pensármelo mucho—. Rip Postizo me dejó pasar, pero debería haberme quedado en el salón. Ha sido una grosería y una falta de respeto por mi parte entrar aquí.

Él ladea la cabeza.

—¿Y por qué lo has hecho?

Abro la boca, pero enseguida la cierro. No articulo ni una sola palabra porque ¿qué voy a decirle? «A ver, solo quería husmear en tu habitación, eso es todo». No me parece una muy buena respuesta.

Como no le respondo, dice:

—¿Has decidido entrar aquí y revolverme las sábanas porque te aburrías? —Su tono no denota impaciencia, ni tampoco indignación, aunque es evidente que esta vez he ido demasiado lejos. Diría que la situación le resulta bastante curiosa y divertida, a pesar de que advierto una nota de cautela, de recelo. Sus ojos verde bosque parecen más oscuros de lo habitual y en sus hombros noto cierta tensión.

Con esa pregunta irónica solo consigue que me sonroje todavía más.

—¿Estás enfadado?

—Mucho —contesta con voz firme, y se me cae el alma a los pies, hasta que añade—, pero no contigo.

Trago saliva porque no sé muy bien qué contestar a eso.

—¿Qué estás haciendo aquí, Auren?

—¿Aquí, dónde…? ¿En Rocablanca o…?

Estoy tratando de esquivar la pregunta. Lo sé, y él también, pero no puedo evitarlo. Ahora que lo tengo delante de mí, debería ser sincera

y decirle la verdad.

En su mirada, me parece vislumbrar el brillo de la alegría.

—Aquí, en mis aposentos personales.

La conversación que mantuvimos en la biblioteca vuelve a repetirse en mi cabeza.

—A ver…, yo… He venido a verte.

A ojos de los demás puede parecer que está relajado, pero he dedicado muchas horas a observar a Slade y sé que ahora no lo está. Me observa con esa intensidad tan abrumadora, como si estuviera escudriñándome, fijándose en cada gesto, en cada movimiento.

—¿Por qué?

Retuerzo los dedos y jugueteo con la tela de la falda, un gesto que denota mi nerviosismo. Está siendo mucho más difícil de lo que imaginaba. O tal vez haya preferido no pensármelo mucho porque, de hacerlo, jamás me habría atrevido a venir hasta aquí.

—¿Auren? —insiste él.

Siempre hace lo mismo, ¿verdad? Insiste en hacerme ver la realidad que no quiero ver. Me presiona. Me empuja hacia la verdad que me niego a aceptar. Y eso es exactamente lo que necesito. Siempre le he escuchado, ahora y antes. Cuando me regalaba palabras, cuando me daba una elección, cuando me animaba a luchar.

«Presta atención a tus instintos y deja de contenerte».

«Estoy impaciente por saber más de ti».

«Eres mucho más de lo que te permites ser».

«¿Quieres quedarte?».

Siento la garganta seca y pastosa, como si me hubiera metido una cucharada de barro en la boca, pero al menos consigo mirarlo a los ojos.

—Estoy aquí porque quiero decirte algo.

El único gesto que delata su sorpresa es que, al fin, apoya los dos pies en el suelo, como si estuviera preparándose física, mental y emocionalmente para lo que voy a decirle.

—Está bien.

Antes de que pueda arrepentirme y echarme atrás, respiro hondo y me lanzo al vacío.

—Cuando tenía cinco años, la guerra llegó a Bryol, el poblado en el que vivía en Annwyn. Apareció en una explosión de fuego y humo y muerte. Mis padres trataron de sacarme a escondidas junto con los demás niños de la aldea, pero masacraron a los hombres que nos acompañaban en menos de una hora. Nos raptaron mucho antes de poder llegar a un lugar seguro.

Slade escucha mi relato con ávida atención, como si eso fuese lo último que esperaba oír. Incluso una parte de mí está asombrada por cómo he elegido abrirme a él, contarle mi historia. Quizá, una vez más, esto sea justo lo que necesitaba decir.

—Aunque por aquel entonces mi poder mágico aún no se había manifestado y mis cintas todavía no habían brotado de mi espalda, era una niña que no pasaba desapercibida, por lo que ningún ser feérico quiso comprarme. Y por ese motivo, me enviaron a Orea. Hasta el día de hoy, no sé cómo lograron hacerlo. Lo único que sé es que una noche me acosté en Annwyn y al día siguiente desperté aquí, en este mundo al que no pertenecía, en el que el cielo no cantaba y el sol no brillaba. Un tipo que apestaba a alcohol y a tabaco de pipa me compró en el puerto de Derfort. Ese mismo hombre me enseñó a robar y a mendigar y, años más tarde, me convirtió en una montura en contra de mi voluntad, en una ramera que merodeaba por los bajos fondos de la ciudad. Y ese mismo hombre se aseguraba noche tras noche de que me abriera de piernas ante cualquier cliente que pagase cuatro monedas por pasar la noche con la «chica pintada».

Slade se queda inmóvil.

Él me mira con la ferocidad de un halcón, y ese invasivo halo de poder, esa aura impetuosa e intensa, se vuelve tan palpable que incluso tengo la sensación de que el aire tiembla, de que se me adhiere a la piel. En cierto modo, es como si la lengua áspera de un felino estuviera lamiéndome unas heridas invisibles.

—No conseguí huir de aquel infierno hasta que cumplí los quince años, y después… —continúo, y me miro las manos enguantadas—. En fin, da lo mismo. Digamos que, fuera de Derfort, la vida tampoco me sonrió.

Y entonces derramo la primera lágrima, una gota salada cargada de

dolor que se transforma en oro en cuanto se desliza por mi mejilla, aunque trato de secarla enseguida.

—Te cuento esto para que puedas entenderme. Cuando Midas apareció en mi vida, yo estaba rota. Jamás había conocido a un hombre que me tocara con ternura, con mimo, con cariño. No sabía lo que era el amor, ni tampoco una amistad verdadera. De hecho, por aquella época ni siquiera me conocía a mí misma. Quizá no estaba libre de pecado, quizá no fuese una joven inocente que no había roto nunca un plato, pero era cándida e ingenua. No sabía quién era, y mucho menos quién podía llegar a ser.

Siento que la vulnerabilidad me apuñala el pecho, pero ya no puedo parar. Aunque me quede sin aliento, tengo que seguir respirando y seguir purgándome porque, de lo contrario, terminaré ahogándome en mi propio veneno.

Encojo un hombro.

—Creí que le amaba. Creí que él me amaba. Durante muchos años, me convencí de que entre nosotros solo había amor y amistad, porque no conocía otra cosa.

Desde el otro lado de la habitación, veo que Slade traga saliva, que las líneas de su poder se retuercen alrededor de su cuello.

—¿Y ahora? —gruñe.

—Ahora me he dado cuenta de que era una mujer que prefería vivir con una venda en los ojos. Me aterrorizaba volver a vivir en ese mundo que, durante años, me había maltratado y había abusado de mí. No quería afrontar la realidad, me negaba a ver que Midas también me estaba maltratando, que también estaba abusando de mí, pero de distinta manera. —Al admitir la verdad, siento que me quito un peso de encima y, poco a poco, voy liberándome de esa fatigosa carga que llevo toda la vida arrastrando sin saberlo—. Quizá Midas se enamorara de mí, pero enterró su amor bajo su afán por el oro, y su amor propio. Lo enterró en lo más profundo de su ser y ahora ya ni siquiera recuerda qué se siente al amar a alguien.

Slade deja caer los brazos a los lados y, de repente, algo empieza a removerse en sus ojos, algo que no soy capaz de descifrar.

—¿Qué estás diciendo, Auren?

«Todo».

Estoy diciéndoselo todo.

Porque se me acaba el tiempo. Porque, si todo va bien, escaparé de este castillo. Porque él partirá de Rocablanca y regresará a su reino.

Respiro hondo, aunque mi respiración suena temblorosa, nerviosa.

—Durante toda mi vida me han codiciado o comprado o poseído o utilizado por el color áureo de mi piel, por el oro líquido que mana de mis dedos. A estas alturas ya he perdido la cuenta de las personas que se han aprovechado de mí, que me han cortado las alas para impedirme volar. Aprendí a resignarme. Aprendí a conformarme con esa vida triste y solitaria. Aprendí a aceptar que merecía estar con Midas, y a no albergar ninguna esperanza de llevar una vida mejor porque había vivido en mi propia piel cuán cruel y perverso y despiadado puede llegar a ser este mundo.

El rostro de Slade, sumido en la sombra de la habitación, es el fiel reflejo de una ira profunda, una ira vengativa. Incluso en esa oscuridad veo que, bajo esa barba incipiente, está apretando la mandíbula.

Tengo las pestañas húmedas y, cada vez que parpadeo, una lágrima se escapa de mis ojos.

—Pero entonces apareciste tú. No recuerdo que nadie me haya mirado como lo haces tú. Nunca me habían mirado así.

Él se pone tenso de inmediato. Juraría que está con el alma en vilo, ansioso por saber qué más voy a decir. Se hace una pausa entre nosotros; es como si tuviéramos las manos ahuecadas y llenas de agua y estuviésemos haciendo equilibrios para no derramar ni una sola gota.

—¿Y cómo te miro?

—Como si fuese una persona, y no un trofeo. Cuando tú me miras, no solo ves oro —respondo con total sinceridad—. Mi oro no te deslumbra, no te ciega. Eres el primero que me mira así —admito con una sonrisa triste—. Me desafiaste a ser quien realmente soy. Me enseñaste a ver el mundo sin una venda en los ojos.

Slade se revuelve y, en ese momento, un pequeño rayo de luz se cuela entre las puertas del balcón y le ilumina ese pecho abultado y

firme que esconde bajo el chaleco de cuero negro.

—Bien.

—Pero no solo me abriste los ojos. Gracias a ti, mi visión del mundo y de la vida cambió por completo. Y ahora lo único que veo eres tú.

Mi voz se rompe al reconocer la verdad, pero era el momento de desahogarme, de soltar todas las emociones que llevaban semanas hostigándome día y noche. No es fácil abrirse en canal ante una persona y sangrar esas palabras tan comprometidas, tan cargadas de sentimiento. Pero para bien o para mal, he tomado una decisión y he elegido un camino.

—Iba a intentar escapar. Iba a continuar negando la verdad, dudando de esta… cosa que tenemos. Me repetía una y otra vez que me habías mentido, que me ibas a engañar igual que hizo Midas, que no puedo confiar en ti. Pero te has metido en mi piel y en mi cabeza, y estoy furiosa contigo por eso.

Slade se echa hacia atrás y advierto un destello en su mirada.

—¿Por qué?

Un suspiro tembloroso se escabulle de mis labios.

—Estoy furiosa porque cada santo día que pasa, cada maldita noche en vela que paso, trato de convencerme de que escapar de aquí es la mejor opción, pero algo en mí se resiste a creerlo. Por tu culpa tengo estas cosas en mi interior, esta rabia y este miedo y este deseo, y sé que debería marcharme. Sé que debería marcharme en cuanto se me presente la oportunidad. Pero ya no me conformo con alejarme de Midas, con huir y esconderme en el lugar más remoto y recóndito de Orea. Porque tú te empeñaste en hurgar dentro de mí, en romper las cadenas que me mantenían aprisionada y ahora… ahora quiero más.

Estoy hecha un mar de lágrimas. Creo que Slade ni siquiera respira. Su expresión es una mezcla perfecta de determinación y devastación. Su poder empieza a desperezarse y, aunque me preparo para esa oleada de mareo y desorientación, no ocurre nada.

—Auren —llama con voz ronca. Aun a riesgo de parecer descabellado, mi nombre suena a promesa, una promesa arrancada directamente de su alma.

—Me empecino en culparte de infinidad de cosas para así poder

desterrarte de mi vida. Porque solo así seré capaz de alejarme de ti. Pero si tengo que ser sincera, no has hecho nada malo. Me has desafiado, sí. Me has sacado de mis casillas en más de una ocasión. Y también me has engañado. Pero no has hecho nada que no haya hecho yo también. No eres el villano de mi historia.

—Lo soy —apunta él sin remordimientos, con esa mandíbula huesuda y afilada cargada de tensión—. Pero seré el villano por ti, no contigo.

—Te creo —murmuro de inmediato, porque es verdad. Le creo, y no solo en esto, sino en todo lo que dice. Solo espero no volver a tropezar con la misma piedra y acabar siendo la chica incauta y boba del cuento.

Y, en cuanto digo eso, Slade da un paso hacia delante. Solo uno, pero siento que el aire se condensa, se espesa. En cierta manera, es como si las palabras de mi relato estuviesen llenando los agujeros que nosotros mismos habíamos formado antes.

Nuestras miradas se cruzan, se enlazan. En mi cabeza resuena su voz, «tú eres mi propio bien». Y entonces siento un hormigueo en los labios, como si aún pudiera sentir el calor de su aliento y el roce de tu boca cuando me besó.

—Durante toda mi vida he estado a merced de los hombres. Me han tenido cuando han querido, pero yo jamás he tenido a un hombre.

El silencio que se instala entre nosotros es tan frágil y delicado como un panel de cristal.

—No soy un hombre cualquiera.

—No, eres mucho más —reafirmo—. Porque da igual lo que haga, siento que te has aferrado a mi piel, que te has metido en mi conciencia y, por muy enfadada que esté contigo por eso, no quiero seguir mintiéndome. Estoy harta de reprimirme. De negar la realidad. De contener mis emociones. Después de veinte malditos años, creo que merezco algo más. No quiero seguir eludiendo y sepultando mis deseos.

—Pues no lo hagas —replica él, que pronuncia cada palabra como si fuese una blasfemia—. ¿Qué quieres, Auren? Dímelo, aquí y ahora. Admite qué quieres realmente.

En mi interior hay una brújula que, durante mucho tiempo, ha estado inmóvil, con las agujas atascadas bajo el cristal, sin apuntar a ninguna dirección, sin esperanza de llegarse a mover algún día. Pero desde que partí de Alta Campana las agujas no han dejado de girar y girar, suplicándome día tras día que siga mis instintos. Que me aleje de quien me hace daño y me encamine hacia algo mejor.

Ha llegado el momento de hacer caso a la brújula, aunque no esperaba que apuntara directamente a él.

El pulso se me acelera y me tiemblan las manos porque dejar de negar la verdad y empezar a aceptarla es aterrador. ¿Qué somos sin las mentiras piadosas que nos decimos a nosotros mismos para mitigar el dolor? ¿Qué somos sin esos muros de acero que erigimos para proteger nuestro corazón? Me he desnudado, le he abierto mi corazón, he dejado al descubierto todas mis vulnerabilidades y, a pesar de estar totalmente destrozada por dentro, por primera vez en mucho tiempo, me siento en paz conmigo misma, me siento bien.

Y por eso, cuando miro a Slade a los ojos, dejo que el último muro se derrumbe y susurro:

—A ti, Slade. Te quiero a ti.

29

Auren

El tiempo se ralentiza. Con las rodillas dobladas y las palmas apoyadas en el suelo, los segundos me acechan como un depredador hambriento, como una bestia salvaje que se arrastra entre las sombras con ademán amenazador y siento sus afiladas zarpas desgarrándome los nervios.

Slade me mira sin pestañear y un silencio insoportable empieza a llenar ese vacío temporal. Es injusto que sea tan irresistible, tan atractivo, tan hermoso. Midas le tildó de horrendo, porque es incapaz de desentrañar la perfección en las anomalías de Slade. Las extrañas marcas de poder que serpentean bajo su piel son, cuando menos, llamativas. Igual que las púas que asoman de su espalda y las escamas que le recubren los pómulos cuando adopta su otra versión. Cada rasgo afilado de su rostro, cada mechón de su cabello enmarañado, cada músculo que esculpe su cuerpo es perfecto.

¿Por qué tiene que ser tan seductor?

Mi vida sería mucho más fácil si no fuese tan fascinante, tan cautivador. Me he acercado demasiado a él y ahora siento que estoy atrapada en unas arenas movedizas. Da igual que me revuelva y forcejee para tratar de salir de ahí, al final lo único que consigo es hundirme un poco más.

El corazón me late con tanta fuerza que incluso noto cada palpitación en las sienes. Tengo los nervios a flor de piel y, bajo los guantes, siento las palmas empapadas de sudor. Él continúa ahí quieto, observándome sin decir nada.

Acabo de decirle que le quiero, le he contado episodios de mi pasado que querría olvidar y aun así… no dice nada. No lo soporto ni un segundo más. El silencio, el escrutinio, las confesiones que yacen a

mis pies como frutas que se han caído del árbol y que, si nadie las recoge, terminarán por pudrirse.

—¿Vas a decir algo? Acabo de admitir que te quiero y tú te quedas ahí, como un pasmarote.

Slade parpadea.

—Estoy procesando.

—Pues procesas muy lento.

Y entonces dibuja una de esas arrebatadoras sonrisas.

—¿A qué te refieres exactamente cuando dices que me quieres?

Creía que no podía sentirme más abochornada, pero me equivocaba. En honor a la verdad, no esperaba esta reacción y me hace sentir… rechazada. Ninguneada. Me duele tanto que no encuentro palabras para describir la sensación.

—¿Sabes qué? Olvídalo.

Pero en cuanto hago el ademán de marcharme y salir por la puerta, Slade se desliza hacia un lado para impedírmelo.

—¿Crees que después de decirme todo eso puedes irte así, sin más?

Le lanzo una mirada incrédula.

—Sí, porque tú no dices nada. Si las cosas han cambiado, si no me quieres, entonces…

Una arruga de asombro se forma entre las cejas de Slade.

—¿Si no te quiero? ¿Eso es lo que piensas? ¿De veras crees que me he quedado en el Quinto Reino porque me hace ilusión asistir a un maldito baile?

—¡Ya no sé qué pensar! —grito, y levanto los brazos en señal de desesperación—. Es solo que acabo de contarte todas esas cosas y…

—Te quiero desde el momento en que te vi, Jilguero. Tan solo estaba esperando a que tú te dieras cuenta de que sientes lo mismo por mí.

La cadencia serena y segura y firme de su voz me deja sin aliento durante unos segundos, y esa mirada penetrante y abrumadora me atrapa, me hechiza. No lo sabía, pero eso era justo lo que necesitaba oír. Sus palabras enseguida calman las aguas turbulentas que se bamboleaban en el interior de mi pecho y, en un abrir y cerrar de ojos, mi miedo al rechazo se desvanece por completo.

Con ademán acechante, Slade da un paso al frente; el corazón me late tan deprisa que pienso que voy a sufrir un infarto porque, de repente, siento que estoy en mitad de una cacería y que la presa soy yo.

—Dime, ¿te acuerdas de cómo sienten los seres feéricos?

—Eh, no —admito, y, un tanto confundida, niego con la cabeza. La verdad es que no sé muy bien a qué se refiere.

—Los seres feéricos no son como los mortales de Orea —explica Slade, que se dirige hacia la chimenea y se agacha justo frente al fuego.

No puedo evitar fijarme en esos muslos robustos y fuertes y le observo en silencio mientras reparte un fardo de fajina en el suelo de la chimenea. Coloca las ramas y leños con meticulosidad, y después prende la fajina con un trozo de pedernal. Al frotar la piedra, saltan unas chispas que aterrizan en el corazón de esa pira y entonces él se inclina hacia delante y empieza a soplar suavemente, hasta que las llamas envuelven la madera. No sé por qué, pero me parece una escena de lo más sensual y provocativa.

—Los seres feéricos somos más salvajes en lo que a impulsos e instintos se refiere. Podemos ser desafiantes y ardientes, dominantes y celosos —explica. Se pone de pie y se gira de nuevo hacia mí. Aunque no está tan cerca como antes, tengo la sensación de que la distancia que nos separa se ha… comprimido, como si el mundo se estuviese encogiendo a nuestro alrededor y no existiera nada más que nosotros y esa habitación—. Sobre todo con… quienes queremos.

Comienzo a sudar, acalorada y enardecida, y mis cintas, que también están agitadas, no aguantan ni un segundo más quietas, por lo que empiezan a entrelazarse y a enredarse a mi espalda.

—No te he respondido porque antes necesito que comprendas algo —prosigue él, y esa voz oscura y melancólica me acaricia los tímpanos.

En un esfuerzo sobrehumano, me obligo a desenroscar mis dedos de las faldas y trato de alisar las arrugas que he dejado en la tela.

—De acuerdo…

El resplandor de la chimenea parpadea y crepita detrás de él, pero

el fuego de sus ojos es mucho más impetuoso, mucho más abrasador.

—Iba a marcharme. Pretendía abandonar Rocablanca antes de lo previsto, mañana para ser más exactos. Desde un principio tuve muy claro que respetaría tu decisión. Esa era mi intención. Prefirieras quedarte con él o escapar de este palacio, te prometo que iba a resignarme, a aceptarlo y a dejarte en paz.

No me gusta oírle hablar de despedidas. Esas aguas que se mecen en mi interior se remueven y se enturbian con solo pensar que quizá esta sea la última vez que esté con él.

—Pero no te equivoques, Auren. Aun así, te seguiría queriendo.

La declaración me deja perpleja y, de inmediato, siento el cosquilleo de las lágrimas en los ojos.

Ahora mismo, con su intensa y atenta mirada clavada en mí, siento que me estoy acercando a ese límite que antes ha mencionado.

—Es o todo o nada, Auren.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Te quiero, pero quiero todo de ti —responde él, y en las profundidades del bosque de sus ojos advierto un anhelo, un deseo hambriento que azuza el calor que arde bajo mi piel—. Cada trozo, cada recuerdo, cada minuto, cada milímetro. No quiero que esto sea un devaneo puntual. No quiero que sea pasajero. Quiero tu alma, tu cuerpo y tu mente. Quiero tu confianza, y tus pensamientos. Quiero tu pasado, tu presente, tu futuro. Y por eso necesito que estés muy segura de por qué me quieres. Necesito que estés convencida de tu decisión porque, si finalmente me eliges a mí, no habrá vuelta atrás.

Una arrolladora ola de emociones inunda todo mi ser. Slade acaba de desatar una tormenta sobre mí, y esa lluvia torrencial e imparable me ha calado hasta los huesos. Estoy empapada de pies a cabeza. Sin embargo, y para mi propia sorpresa, las dudas no afloran. La preocupación no me asfixia. No me falta el aire, no me estoy ahogando. En lugar de eso siento una determinación firme e inquebrantable, como un pedazo de hielo que tras tambalearse sobre las aguas al final termina flotando inamovible, estoico.

—Eso es lo que deseo —murmuro sin ningún atisbo de duda.

Él dibuja una sonrisa pícara en los labios, y el pedazo de hielo se

derrite al instante. Cuando me mira así, mi piel titila, aunque no tiene nada que ver con que sea dorada.

—Pero también lo quiero todo de ti. No pienso volver a entregarme a un hombre si él no está dispuesto a entregarse en cuerpo y alma a mí. Así que necesito que estés muy seguro de tu decisión, rey Ravinger —añado con cierta ironía, utilizando sus mismas palabras—. Porque si finalmente me eliges a mí, no habrá vuelta atrás.

Slade se ríe por lo bajo, un sonido parecido a un barítono grave que es música para mis oídos. No puedo reprimir una sonrisa.

—Oh, pero estoy más que convencido —replica él—. Te elegí el día que me llamaste imbécil integral y tus cintas se abalanzaron sobre mí como un nido de víboras hambrientas.

Se me escapa una carcajada.

—¿Ese día me elegiste? ¿Estás hablando en serio?

—Sí. Y no te voy a hacer pasar por el bochorno de admitir cuándo me elegiste tú a mí porque lo sé perfectamente. El día que, de una forma bastante descarada, estabas admirando mi culo, en los jardines.

Abro la boca y las mejillas se me sonrojan de inmediato.

—Por última vez, ¡no estaba mirándote el culo!

—Ya, ya —contesta Slade, aunque es evidente que no he logrado convencerle. De repente, se acerca a las cortinas, las descorre y la habitación se ilumina con el resplandor plateado y pálido del sol que se esconde tras el velo de unas nubes espesas y cargadas de nieve.

Abre los inmensos ventanales que dan al balcón de par en par y contempla el cielo en silencio. Extrañada, frunzo el ceño.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto cuando cierra las puertas y regresa al calor de la habitación.

—Calibrando el tiempo que nos queda. Si no me fallan los cálculos, diría que tenemos media hora, más o menos.

—¿Te esperan en algún sitio?

Él me lanza una miradita sardónica.

—Seamos sinceros, Auren. ¿De veras crees que te dejaría aquí sola después de decirme que estás enamorada de mí?

Pestañeo, sorprendida, y retrocedo varios pasos.

—Yo no he dicho que… No estoy enamorada de ti —farfullo, un

pelín nerviosa—. Eso no es lo que he dicho.

Él se rasca la barbilla, cubierta por esa barba negra y desaliñada, mientras me repasa de arriba abajo.

—No con esas palabras, tienes razón. Pero contigo he aprendido a adivinar lo que no te atreves a decir en voz alta para así poder comprenderte mejor —dice. Siento un nudo en el estómago. Es inquietud. Y entonces, en voz baja, añade—: Te puedo asegurar que te he oído, alto y claro.

Niego con la cabeza y hago un gesto con la mano para quitar credibilidad a lo que acaba de decir.

—Eso no es… No. No seas ridículo. He dicho que te quería, no que te amaba.

Él ladea la cabeza con esa calma tan exasperante y vuelve a apoyarse en la pared y a cruzarse de brazos.

—¿Estás segura de eso?

Le miro con escepticismo.

—¡Sí, estoy segura! —exclamo con las mejillas tan coloradas que parece que tenga fiebre—. Reconozco que siento algo por ti, pero no eso, capullo arrogante. El amor no viene así.

Slade arquea las cejas.

—El amor es un sentimiento imprevisible y viene cuando menos te lo esperas. A veces rápido, a veces lento. A veces de una forma gradual y paulatina, a veces de una forma repentina. A veces aparece de la mano de la lujuria, a veces de la nostalgia. A veces es un flechazo. El amor es un sentimiento profundo que te arrolla, te embruja, te embelesa. A veces es como un susurro mudo, otras como un estruendo ensordecedor que te impide escuchar nada más —describe Slade, y entonces se encamina hacia mí, aunque apenas me doy cuenta porque sus palabras me han fascinado de tal manera que hasta se me ha olvidado pestañear—. Eres hermética. Nunca bajas la guardia. Mantienes tus sueños y anhelos encerrados en una caja y te niegas a aceptar lo que verdaderamente quieres. Y por eso sé que jamás me habrías dicho todas esas cosas si no estuvieses enamorada de mí, Auren.

¿Le amo?

No. Está delirando. El muy presuntuoso ha perdido la cabeza. Es verdad que entre nosotros hay una atracción magnética, una innegable chispa de algo, pero no es amor…

«¿Verdad?».

Los dientes me rechinan y doy otro paso atrás.

—Te equivocas y, por si no lo sabías, eres un cretino insolente y engreído, y ya no te quiero, así que me marcho ahora mismo de aquí.

Slade me regala una sonrisa de oreja a oreja.

—Y tú eres una pequeña pero hermosa mentirosa, pero no pasa nada —dice, y se encoge de hombros—. Te abrí los ojos para que pudieras afrontar otras verdades, y estoy seguro de que puedo conseguir que afrontes esta también.

El corazón me da un vuelco y me embarga un entusiasmo desenfrenado, aunque me niego a admitirlo.

«Cree que soy hermosa».

Sí, y también cree que soy una mentirosa, pero lo importante ahora es que cree que soy hermosa.

Me cruzo de brazos y levanto la barbilla, como si Slade no acabara de desencajar mi mundo de su propio eje, como si no me sintiera expuesta y aterrorizada por partes iguales.

—No lo llames amor.

—¿Por qué no?

—Porque no —bufo, y empiezo a sentirme un poco abrumada—. Es que… No me llevo muy bien con esa palabra, así que te agradecería que no volvieras a pronunciarla en mi presencia.

El muy cabrón sigue sonriendo.

—Ya hablaremos de eso.

Estrecho la mirada, aunque mi estúpido corazón está pateándome el pecho. Por un momento temo estar a punto de convulsionar.

—Bueno, adiós.

Slade tuerce los labios y sacude la cabeza.

—Sabes tan bien como yo que no vas a irte de esta habitación.

—Lo único que sé es que mis cintas te van a apartar de mi camino de un empujón si no dejas de burlarte de mí.

Él desvía la mirada hacia abajo, como si quisiera mostrarme algo, y,

casi a regañadientes, echo un vistazo al suelo. Mis veinticuatro cintas doradas están arrastrándose hacia su cama, otra vez, y no dejan de contonearse.

—Por el gran Divino —murmuro.

Slade trata de contener la risa, pero no lo consigue.

—Correré el riesgo, aunque no las veo muy agresivas. En fin…, puesto que vas a quedarte, ¿te desnudarías para mí?

Se me para el corazón y abro los ojos como platos.

—¿Disculpa?

—Alma, mente y cuerpo, ¿recuerdas? —dice con un brillo astuto y pícaro en la mirada—. Lo quiero todo de ti, y quiero poseerte.

La confesión me ruboriza, pero no solo las mejillas, sino cada centímetro de mi piel.

—¿Ahora? —chillo.

Slade encoge un hombro.

—Si lo prefieres, podemos seguir matando el tiempo con este tira y afloja un rato más. Nuestros duelos verbales me apasionan, para qué engañarnos. El desafío hace que la recompensa sea mucho más dulce. Pero los dos sabemos que es cuestión de tiempo que acabes debajo de mí, con la espalda arqueada y gloriosamente desnuda, con tu piel besada por el sol rozando la mía mientras te embisto de una forma lenta y deliciosa.

—Por todas las diosas —susurro, y me llevo una mano a la mejilla, que está en ebullición—. Qué vulgaridad. No te tenía por un hombre tan indecoroso.

Él me come con los ojos, con esa mirada lasciva y divertida y carnal.

—Oh, Jilguero, si crees que eso ha sido indecoroso, no quieras saber las cosas que se me están pasando por la cabeza ahora mismo, porque te puedo asegurar que son obscenas.

La intensidad que siempre nos envuelve, esa exquisita e irresistible tensión, estalla en mis entrañas y palpita entre mis muslos. Es una tentación tórrida que, con cada interacción, con cada palabra y mirada que nos hemos cruzado, ha ido *in crescendo* y ahora no puedo evitar pensar que todos los momentos que hemos vivido nos han llevado a este momento, a esta habitación. Tarde o temprano, íbamos a

colisionar.

—En fin, ¿vas a empezar a quitarte toda esa ropa, o prefieres mentirte a ti misma y simular que no era esto lo que venías buscando cuando decidiste entrar en mis aposentos?

El muy bravucón petulante.

Enarco una ceja.

—Todavía no puedes poseerme.

La negativa parece excitar aún más a Slade.

—¿Ah, no?

Señalo el balcón con la mano.

—Todavía no ha anochecido, lo que significa que no puedes tocarme —digo, y sonrío con una pizca de chulería.

Por lo visto, no hay obstáculo que disuada a Slade. De hecho, empieza a dibujar un círculo a mi alrededor, como una bestia que merodea alrededor de un animal indefenso, y al verle con esa expresión traviesa y maliciosa, empiezo a desdibujar la sonrisa.

—¿Por qué crees que te he pedido que te desnudes? —ronronea, y se acerca un poco más—. Si pudiese tocarte, ya lo estaría haciendo. Como he dicho, nos queda una media hora. Soy consciente de que voy a tener que esperar a deslizar mis manos por toda tu voluptuosa y escultural figura, pero eso no significa que no podamos pasarlo muy bien hasta entonces.

—No sé si es buena idea… —tartamudeo, con el corazón aporreándome el pecho. Cada vez está más cerca de mí, así que empiezo a caminar hacia atrás, hasta que mi espalda toca la pared.

—Lo siento pero discrepo.

Él sigue caminando hasta tenerme totalmente acorralada contra la pared. Me agarra la cabeza con esas manos repletas de durezas y callos de tanto empuñar su espada. Su poder me acaricia y siento un escalofrío en el cuello. Inspiro hondo y su inconfundible esencia me embriaga, ese aroma que se ha convertido en mi propio afrodisíaco.

Esta peligrosa cercanía ensalza todavía más todo. El deseo que se respira en el ambiente es tan denso, tan espeso, que incluso puedo saborearlo. La tentación está ahí mismo, al alcance de nuestra mano, y de nuestros labios, y sin embargo no podemos tocarnos.

Todavía no.

Siento que tengo la miel en los labios, una miel que aún no puedo relamer, que aún no puedo degustar. Es una espera dulce y agónica a la vez.

Cuando Slade agacha la cabeza y arrima su pómulo a mi oído, no me atrevo a moverme, ni a pestañear, ni siquiera a respirar.

Su voz se transforma en un gruñido gutural y seductor y hambriento que enloquece a mis cintas, que no dejan de contonearse en el suelo, y estimula aún más mi deseo. Cierro los ojos mientras sus palabras me rozan el oído y se inmiscuyen hasta retumbar en mi pecho.

—Está siendo una puta tortura tenerte aquí al lado, después de confesarme que me quieres, y no poder hacer nada. Pero soy un hombre muy paciente y, en cuanto pueda, voy a tocar y saborear cada centímetro de tu cuerpo. Voy a hacer que te retuerzas de placer, que me supliques que no pare, que alcances el clímax más lúbrico y más delicioso. Te prometo que te haré subir hasta el séptimo cielo —murmura, como si fuese una retorcida promesa—. En cuanto ese sol se ponga, Jilguero, vas a ser mía.

30

Auren

Nunca había ardido en deseos por nadie, hasta ahora. Nunca me había sentido tan deseada por un hombre.

Mi pecho tiembla porque en su interior ha empezado a retumbar una clamorosa percusión, un redoble de tambores que noto en las costillas y que parece casar a la perfección con el timbre de la promesa carnal de Slade.

—Dímelo, Auren.

No me había dado cuenta de que tenía los ojos cerrados hasta que, de repente, los abro y veo que sigo empotrada contra la pared, con Slade a escasos milímetros de mi rostro, una distancia prohibida.

—¿Decirte el qué?

—Dime otra vez que lo deseas. Que puedo poseerte entera. Quiero volver a oírlo.

Estoy tan sofocada que tengo la boca totalmente seca, así que me lamo los labios. A Slade se le enciende la mirada cuando ve mi lengua húmeda y rosada asomándose por la comisura de los labios y es entonces, y no antes, cuando decido responder a su petición.

—Hace semanas me hice una promesa. Jamás volvería a permitir que un hombre me poseyera como si fuera un mero objeto de placer, aunque tengo la impresión de que no te refieres a eso.

—Claro que no —responde él, y las llamas que flamean a sus espaldas envuelven su silueta en su resplandor anaranjado—. No pretendo convertirme en tu amo y señor, Auren. No estoy solicitando tus derechos, como si fueses una propiedad. Te estoy pidiendo que te entregues sin reservas y que no te reprimas, porque estoy tan loco por ti que no me conformaría con menos. Eso es lo que exige nuestra naturaleza feérica. Y es lo que yo exijo. Una vez que te posea, no

pienso dejarte marchar, no pienso renunciar a ti.

—Y no quiero que lo hagas —susurro, y la vulnerabilidad que transpiran mis palabras le suaviza la mirada. El verde de sus ojos es profundo, un verde que me recuerda a las briznas de hierba más oscuras a principios de verano. Es un verde que me traslada a una playa, al musgo quemado por el sol y que recubre las rocas de la orilla. Es el mismo verde de los bosques secretos, arboledas tan espesas y densas que ni el guerrero más intrépido se atreve a adentrarse en ellas. Yo, en cambio, no veo el momento de perderme en ese verdor.

—Desnúdate para mí, Jilguero —murmura él—. Quiero verte.

Me muerdo el labio, dubitativa, aunque todo mi cuerpo vibra de pasión.

—Prométeme que no vas a tocarme. Todavía.

—Hasta que se ponga el sol.

La voz de Slade es tan grave y tan sensual que incluso una frase tan anodina como esa suena como una erótica advertencia. Él se aparta, y yo me estremezco. Añoro su presencia enseguida, aun a sabiendas de que esa cercanía era demasiado peligrosa. Acercarse tanto a mí a plena luz del día tiene mérito, desde luego. Y valoro esa osadía e imprudencia más de lo que él cree. Slade confía tanto en mí que no le asusta tenerme a apenas un palmo de distancia. Me desea tanto que asume los riesgos, pese a lo irrevocables y letales que pueden llegar a ser.

Slade sale al balcón y arrastra una de las sillas hasta la habitación. Las patas de hierro forjado producen un chirrido agudo al arañar las baldosas de piedra, un ruido que enmudece en cuanto Slade coloca la silla frente a la chimenea. Por ese inmenso ventanal se cuela una brisa fría e invernal, pero él enseguida lo cierra y, tras oír el inconfundible chasquido metálico del pestillo, regresa y se acomoda en la silla, con una ceja levantada y una expresión coqueta y divertida en la cara.

—Me quedaré aquí, en esta silla.

Suelto un suspiro frágil y tembloroso, pero no es miedo, sino una curiosidad inmensa, un ansia expectante.

Por primera vez en mi vida, seré yo quien elija con quién me

acuesto. Me muero de ganas por saber dónde nos llevará esta tensión sexual, esta fogosa química que hay entre nosotros. Solo necesité una noche en vela y un reloj de arena para afrontar la verdad.

Le deseo.

Estoy harta de rehuir de él, de empujarlo para desterrarlo de mi vida, de tratar de vivir reprimida, censurada por mis propias negaciones y dudas. Entiendo que tiene sus obligaciones monárquicas, que no puede entrar en el juego de Midas. Pero quiero saber qué se siente al saber mío a Slade, y esa es la verdad que me asaltó y tuve que asimilar esta mañana, al despertarme. Porque si me hubiera marchado de este castillo sin confesárselo, sin darme ese gusto, sin permitirme ese pequeño lujo, sé que me habría arrepentido el resto de mi vida. Los condenados «¿y si?» me asediarían hasta la eternidad.

Y estoy cansada de tantos «¿y si?».

Llega un momento en la vida en el que tienes que elegir entre lamentarte o arriesgarte a cometer errores. Prefiero meter la pata y equivocarme que vivir sin apostar por algo, sin probar suerte, sin hacer un intento por alcanzar mis sueños, porque ya he dejado pasar demasiadas oportunidades. Arriesgarse es como andar por un terreno pantanoso, como atravesar un alud de lodo y piedras. El camino no será fácil y acabarás de barro hasta la cabeza. Pero el arrepentimiento es como sumergirte en un cenagal de aguas estancadas y putrefactas, y llevo vadeando por esas aguas demasiado tiempo.

Ha llegado el momento de ensuciarme un poco.

Slade tiene sus cinco sentidos puestos únicamente en mí, y al fin decido despegar la espalda de la pared. El fuego que arde tras él es como la boca de un demonio, pero en esta habitación lo más malvado y pícaro es él. La forma en que me observa me confirma que ahora mismo todas las ideas que se le pasan por la cabeza son tan pervertidas y depravadas como él mismo me ha anunciado.

—Me parece bastante injusto que sea solo yo quien se desnude —recalco.

Slade sonríe desde su asiento.

—Si querías que me quitara la ropa, Auren, solo tenías que pedírmelo —responde él, y, al ver que le miro con los ojos entornados,

chasquea la lengua—. ¿Te da vergüenza?

Por supuesto que me da un poquito de vergüenza. Estoy a punto de desnudarme ante él, de dejar al descubierto cada centímetro de mi cuerpo, y no puedo negar que estoy nerviosa. Slade, a quien ningún gesto le pasa desapercibido, repara en ese atisbo de duda, de vacilación, y entonces dice:

—¿Recuerdas el día que, sin querer, entré en la tienda mientras te estabas cambiando de ropa? —pregunta. Asiento con la cabeza, y él continúa—: Ansiaba tanto tocarte que tuve que hacer un esfuerzo hercúleo por contener mis impulsos y marcharme de la tienda. Debo admitir que he rememorado ese momento muchas, muchísimas veces.

—No es muy caballeroso por tu parte —bromeo.

Él dibuja una sonrisa pícara.

—Oh, es que no soy un caballero.

¿Cómo es posible que algo tan banal y tan simple como eso pueda ponerme la piel de gallina y me haga temblar de excitación?

Antes de que los nervios me consuman, echo un vistazo a mis cintas; hace ya unos minutos que han dejado de contonearse y refregarse por el suelo y ahora están enrolladas a mi alrededor para sujetarme bien el vestido. Una a una, voy dejando que se aflojen, que se desenreden, hasta que la parte trasera del corpiño se abre, como cuando desdoblas una hoja de papel.

Cuando mis veinticuatro cintas están extendidas en el suelo, a mis espaldas, siento que se agitan, se sacuden, se estiran. Me llevo las manos al corsé del vestido, aunque no para quitármelo, sino para mantenerlo en su sitio.

Miro de refilón a Slade y me ruborizo, pero llevo demasiado tiempo esperando este momento como para dejar que los nervios lo estropeen. Quiero ser esa mujer segura de sí misma, sensual, en control de la situación. Empoderada.

Y con esa imagen en la cabeza, me doy la vuelta, dándole así la espalda, y enseguida noto el cálido hormigueo del fuego impetuoso y crepitante recorriéndome la columna. Deslizo los dedos por debajo del escote del vestido y con suma delicadeza me bajo la manga izquierda, aunque tengo la sensación de que, además de exponer mi piel, estoy

exponiendo algo más. Dos de mis cintas trepan por mi cuerpo para quitarme la manga y, con el corazón palpitando en mis venas, hago lo mismo con la manga derecha del vestido, hasta que el corpiño se hunde y queda colgando alrededor de mi cintura.

—¿No te apasionan los corsés, amor?

Esa maldita palabra.

—No —contesto, y sacudo la cabeza—. Y a ti tampoco te apasionarían si no tuvieras más remedio que llevarlos.

Una risita entre dientes.

—Supongo que no.

Empiezo a bajarme el vestido, pero Slade me interrumpe.

—Más lento.

Dos palabras bastan para azuzar las llamas que me queman el vientre.

—Te gusta dar órdenes, comandante.

—Rey —me recuerda él.

Esbozo una sonrisa provocadora y después, con erótica suavidad, me quito el vestido. Contoneo las caderas de una forma un poco exagerada y, a mis espaldas, oigo a Slade gruñir. Siento un escalofrío por todo el cuerpo, pero ese ronquido era el empujoncito que necesitaba para desnudarme por completo. El vestido se escurre por mi cuerpo y termina tendido a mis pies.

Miro a Slade por encima del hombro, con cuidado de no mover demasiado el cuerpo, solo la cabeza. Quiero mantenerle en vilo el máximo tiempo posible.

Está inclinado hacia delante, con los codos apoyados sobre los muslos, y las manos entrelazadas a la altura de la barbilla. Ahora mismo, no parece en absoluto aburrido y por fin se ha quitado esa máscara pétrea de hombre insensible y frío. Es la mismísima personificación del deseo contenido, de un hambre voraz que está esperando satisfacer. Y me fascina saber que soy yo, y no otra mujer, quien provoca esa mirada.

—Suéltate esa preciosa melena que tienes.

Mis cintas obedecen al instante y dos de ellas se encargan de deshacer las trenzas que ellas mismas crearon hace unas horas, por la

mañana. Me paso los dedos por el pelo para desenredármelo y dejo caer los bucles por mi espalda como si fuesen una cascada de aguas doradas.

—Estoy impaciente por enredar mis dedos por esos mechones —confiesa él—. Por agarrarlos entre mi puño y que combes la espalda y así pueda mirarte a los ojos mientras te penetro por detrás.

Un suspiro entrecortado se escurre entre mis labios al oír esa declaración tan pícara y a la vez tan soez, y entonces veo que él empieza a arrastrar sus ojos por mi cuerpo, hacia abajo.

Slade se aclara la garganta antes de hablar.

—Estoy de acuerdo contigo sobre los corsés, pero tengo que decir que la ropa interior del Quinto Reino es escandalosamente *sexy*.

Se me escapa una risa nerviosa cuando posa su mirada lasciva en mi trasero o, mejor dicho, en el encaje dorado que me recubre las nalgas. Unas medias cosidas con hilo de oro me tapan las piernas, pero solo hasta el muslo. Slade mueve las manos, las coloca sobre los reposabrazos y sus dedos se enroscan en los extremos. Aprieta con fuerza porque veo que los nudillos empalidecen. Se aferra a ese trozo de manera para contenerse porque, si diera rienda suelta a sus impulsos, se abalanzaría sobre mí como un animal indómito.

—Date la vuelta para mí, Auren —ordena, y siento su voz como una caricia y, a la vez, como un sabroso azote.

No sé cómo lo hace, pero Slade tiene el don de cautivarme con solo una mirada, y con cada orden que dicta mi lujuria solo hace que hincharse en mis entrañas. Doy un paso a un lado para salir del vestido y, a cámara lenta, voy trazando un círculo hasta quedarme frente a él. Ahí estoy, despojada de todas mis vestiduras, casi desnuda. Tan solo llevo puestos los guantes, las medias, la ropa interior y las botas.

Curva los labios en un mohín al ver que mis largos y dorados tirabuzones me cubren los senos.

—Tramposa.

—Solo estoy siguiendo tus indicaciones —digo con una sonrisa pícara.

Percibo un ligero movimiento en el suelo y los dos viramos la

mirada al mismo tiempo hacia mis cintas, que están reptando por esas baldosas de piedra en un intento de aproximarse a Slade.

—Es curioso que tú seas tan tímida y ellas, en cambio, sean tan desvergonzadas —dice, y en su tono advierto una nota de satisfacción.

Tiro de ellas como quien tira de la correa de un perro.

—Solo quieren acercarse al fuego.

—Mentirosa —murmura él, y, con una sonrisita pilla, baja la cabeza —. Ven aquí.

Entrecierro los ojos.

—Slade.

—No voy a tocarte la piel, te lo prometo. Pon el pie derecho aquí — dice, y separa las piernas y me señala la entrepierna.

Trago saliva cuando mis ojos se posan en el visible bulto que asoma bajo sus pantalones. Hago lo que me pide sin rechistar; me encamino hacia la silla donde está sentado y, con sutileza y una pizca de elegancia, levanto el pie y lo acomodo en el borde del asiento, justo entre esos muslos fuertes y musculosos.

La mirada de Slade empieza a escalar por mi pierna, pero lo hace de una forma lenta, engatusadora. Gruñe, y ese sonido grave y plácido se instala en las profundidades de mi ser, que palpitan al ritmo de mi agitado corazón.

—Eres la mujer más deslumbrante que jamás he visto.

El cumplido me halaga y, de inmediato, siento unas mariposas aleteando en mi pecho, colándose por cada grieta y batiendo sus alas por todo mi cuerpo. Observo con atención la cara de Slade, que en este instante está contemplando cada una de mis curvas y lo hace sin ninguna prisa, como si tuviera todo el tiempo del mundo, como si quisiera trazar un mapa de mi figura y grabárselo a fuego en la memoria. Siento la impetuosa tentación de lanzarme a sus brazos y de enredar mis manos entre esa melena azabache, pero en lugar de eso las coloco tras la espalda y entrelazo mis dedos con la base de las cintas para así lograr contenerme.

Con el pie apoyado entre sus piernas, Slade disfruta de unas vistas privilegiadas, unas vistas desde las que puede ver, en fin, todo. Tomo aire en mitad de esta escena tan íntima y a la vez tan provocativa y,

cuando él vuelve a mirarme a los ojos, advierto un brillo distinto en su mirada.

Estamos muy cerca, y aunque llevo unas braguitas de encaje y la melena me cubre los senos, me siento totalmente expuesta. Bajo esa luz cálida y azafranada de la chimenea, mi piel reluce y el tejido de las medias parece centellear.

—No te muevas —me ordena, y por fin despega las manos de los reposabrazos.

Observo embelesada los dedos de Slade que, con una destreza asombrosa, empiezan a desatarme los cordones de las botas y, poco a poco, van deshaciendo las lazadas. Y cuando ya ha aflojado todas las vueltas, da un golpecito sobre la punta de la bota y, sin intercambiar una sola palabra, cambio de pie. Hace lo mismo con la bota izquierda y al terminar me atraviesa de nuevo con esa mirada penetrante, sedienta.

—Ya está —dice en voz baja.

Bajo el pie, doy un paso atrás y me descalzo. Me alejo varios pasos más de Slade porque sé que, si no pongo algo de distancia entre nosotros, uno de los dos va a terminar abalanzándose sobre el otro.

—Siéntate en mi cama.

Niego con la cabeza.

—La convertiría en oro.

—Me da igual —responde él con voz ronca.

—A mí no. Los criados se darían cuenta.

—Tienen terminantemente prohibido entrar aquí.

Echo un vistazo al caos y al desorden que reina en la habitación y sonrío con suficiencia.

—Ni que lo digas.

Slade tuerce los labios.

—La cama, Auren.

Por el gran Divino, esa voz es sencillamente irresistible. La orden que se adivina en sus palabras es voraz, es impaciente, es dominante.

Es como si llevara mucho tiempo esperándome, y presiento que está preparado para el choque y fusión de nuestros cuerpos. Mi necesidad lasciva ansía ese momento, pero también disfruta y se regocija viendo

a Slade tan caliente, tan hambriento.

—Hmm, creo que prefiero quedarme aquí —replico, y, aunque trato de sonar seria y sosegada, tengo que hacer mil malabarismos para reprimir una sonrisa.

Sé que debo andarme con pies de plomo si no quiero empezar a dorar toda la habitación de Slade, y es por eso por lo que solo recuesto la cabeza en la pared. Después, con un descaro que no sabía que poseía, empiezo a toquetearme la clavícula con aire juguetón y poco a poco voy dibujando una línea entre mis pechos.

Un grave ronquido retumba en el pecho de Slade.

Levanta la mano y se pasa el pulgar por esos labios carnosos. Sigo el rastro de su dedo con una punzada de envidia, pues me encantaría que fuesen mis labios los que estuviese tocando.

—Más abajo.

Al oír esa orden ronca y severa, cierro las piernas y las aprieto bien fuerte para tratar de aliviar esa repentina e impetuosa necesidad de fricción.

Con los ojos clavados en los suyos, voy recorriendo el escote con los dedos, garabateando espirales y tortuosas curvas con ademán juguetón y travieso porque quiero abrirle un poco más el apetito sexual. Deslizo un dedo justo debajo de un seno y muevo ligeramente el mechón dorado que lo tapa pero sin revelar absolutamente nada.

—Más abajo —repite, y se me ponen duros los pezones.

Deslizo los dedos hasta la tripa, pero me entretengo unos segundos bordeando el ombligo y hago una pausa justo encima del festón dorado de las braguitas. Slade se recuesta y levanta un pelín las caderas, poniéndose así más cómodo en la silla. No sé por qué, pero al ver ese ligero movimiento siento una oleada de calor entre las piernas.

—No tienes ni idea de lo que estás haciendo.

Miro de refilón al bulto que tiene entre las piernas y que, por cierto, parece más grande que antes.

—Creo que puedo hacerme una ligera idea.

Se pasa el pulgar por los labios. Otra vez.

—Estás preciosa junto a la pared, pero lo estarás todavía más cuando te empotre contra ella mientras te penetro.

—Por todas las diosas —murmuro, y todo mi cuerpo vibra de excitación.

—Está a punto de anochecer.

Mis ojos revolotean hasta la puerta del balcón. En las esquinas de los cristales ya han empezado a formarse finas telarañas de escarcha. Fuera, la luz se está empezando a apagar y el resplandor grisáceo está cediendo su lugar a la oscuridad nocturna.

—Así es.

Y entonces, como si ya no pudiese contener sus impulsos ni un segundo más, Slade se revuelve en la silla y se pone de pie. Su poder envuelve su cuerpo y, con unos dedos invisibles, trata de alcanzarme, de acariciarme la piel. Contengo la respiración pero, una vez más, no siento náuseas, ni ese vahído que me deja sin fuerzas. No, su magia es como una brisa que sopla a mi alrededor, una brisa tan cálida y tan agradable que me paraliza.

Slade, que ahora mismo parece un depredador enjaulado, se dirige hacia los inmensos ventanales del balcón y esboza una amplia sonrisa.

—Falta *muy* poco para que te haga mía.

Me muerdo el labio inferior porque estoy ansiosa porque llegue ese momento. La espera se me está haciendo eterna y todo en mí tiembla de expectación. Y cuando veo que mueve los dedos hacia el botón del cuello de su camisa negra, abro los ojos como platos e incluso mis cintas se quedan quietas.

Ante esa expresión de asombro y emoción, él hace una pausa.

—Puedo dejármela puesta, si lo prefieres.

Frunzo el ceño, confundida, pero enseguida capto el mensaje. Examino esas líneas negras que se revuelven bajo su piel y cuyos extremos empiezan a asomar por el cuello de la camisa.

—Ni te atrevas —digo. Si cree que no quiero verle desnudo, se equivoca. Esas extrañas raíces que crecen bajo su tez pálida y blanquecina no me repelen, y mucho menos me asustan. De hecho, tengo ganas de palparlas, una a una, de sentirlas bajo mi piel.

Mi respuesta le saca una sonrisa pícara, pero advierto cierto alivio en su expresión. Poco a poco, Slade se va desnudando y, con cada botón que se desabrocha, mi corazón late con más fuerza.

Le vi con el torso al descubierto en el círculo de lucha, pero en su versión de comandante del ejército y, por el gran Divino, entonces su cuerpo ya me pareció arrebatador. Pero cuando Slade se quita la camisa y la tira al suelo, me quedo sin aire en los pulmones porque…

—Espectacular.

A él se le escapa una carcajada de sorpresa, pero no hablo en broma. Cada centímetro de su cuerpo está esculpido a la perfección. No puedo pensar en otra cosa, ni tampoco mirar hacia otro lado.

Esas intrínsecas hebras de poder parecen brotar de su pecho, justo en esa línea que parece cincelada entre los pectorales. Son más gruesas en la parte inferior y completamente idénticas a ambos lados del torso y cuello, como si se reflejaran en un espejo, y a medida que reptan por su piel, como si buscaran la luz del sol, se van haciendo más y más finas, hasta que al alcanzar la mandíbula se confunden con alfileres.

De no ser porque se mueven un poco, como un campo de trigo cuando sopla la brisa vespertina, las confundiría con un tatuaje. Me muero de ganas por besar esas líneas, por saborearlas mientras se retuercen.

Slade se queda ahí de pie, concediéndome unos instantes para que me emborrache de él mientras su poder se expande a su alrededor. Bajo la mirada hasta esos abdominales marcados y perfectos, hacia esa V que desaparece bajo su pelvis. Deja caer los brazos a ambos lados, y al vislumbrar esas venas abultadas y palpitantes en los antebrazos se me hace la boca agua.

Cuando por fin consigo despegar los ojos de ese pecho escultural, me percato de que me he acercado un poco a él, como si su poder me hubiese atraído, como si necesitara recortar la distancia que nos separa.

—Te prometo que te tocaría. No lo hago porque te convertiría en una mole de oro sólido —admito.

—Te puedo asegurar que una parte de mí ya se ha vuelto sólida —dice con una sonrisa demoníaca.

Me ruborizo y Slade empieza a caminar de un lado a otro de la habitación, pero sin apartar la mirada de mí, como un animal salvaje

que espera impaciente a que lo saquen de la jaula para atacar a su presa. Se descalza y aparta las botas de una patada. La energía impaciente que desprende se mezcla con la ferocidad de su frenético poder, una combinación explosiva que me pone los pelos de punta.

Se lleva las manos al botón de los pantalones, un movimiento que me atrapa, como todo en él. Sin embargo, en lugar de desabrocharlo y mostrarme lo que esconde debajo, se detiene y, sin darme cuenta, gimo.

Slade se ríe por lo bajo, pues está jugando conmigo, igual que he hecho antes yo con él.

—¿Estás impaciente, Jilguero? —pregunta. Salta a la vista que está disfrutando, y mucho.

Abro la boca para responder, pero las palabras se pierden en mi boca porque, en ese preciso instante, lo siento.

Ese cosquilleo inconfundible que me recorre la piel desnuda, que me provoca un escalofrío que se extiende por todo mi ser en efecto dominó. Echo un vistazo por el cristal, y contemplo ese paisaje bañado por una luz plomiza que se va oscureciendo por segundos y, tras dar su último aliento, el día toca a su fin.

Me quito los guantes y los dejo caer en el suelo como si pesaran un quintal, una señal más indicativa que cualquier repique de campanas. Entonces alargo el brazo y, en un impulso osado e imprudente, toco la pared. Slade se queda helado al ver la palma de mi mano sobre la piedra… pero no ocurre nada. No rezuma ni una sola gota de oro.

—Joder, ya era hora —murmura, y con solo cinco zancadas se planta frente a mí. En un abrir y cerrar de ojos, me abraza por la cintura, funde su boca en mis labios y por fin explotamos.

31

Slade

Auren se rinde a sus impulsos con la misma desesperación con que yo me he lanzado sobre ella. No nos contenemos. Ya no. Mi férrea fuerza de voluntad se ha quebrado en cuanto el sol ha desaparecido tras el horizonte, en cuanto el último rayo de luz se ha apagado, ni un segundo antes, ni un segundo después.

Con mi cuerpo pegado al suyo, la empujo hasta la pared y después le devoro la boca por completo, saboreándola de la manera que llevo deseando desde que la encontré en mi habitación. Le sujeto la mandíbula con firmeza y le levanto la cabeza para que me ofrezca su boca, para que mi lengua pueda emborracharse de su jugoso sabor.

No es un beso. Es una exigencia, y ella acepta mis términos y condiciones sin reservas. Hace tiempo que esperaba este momento. Que esperaba a Auren, así que cruzo los dedos porque esté segura de la promesa que acaba de hacer, del compromiso que acaba de asumir, porque no estoy dispuesto a dejarla marchar bajo ninguna circunstancia.

He tenido que hacer un esfuerzo tremebundo para mantener el culo pegado a la silla, para no agarrarla y arrastrarla hasta mi regazo. He recurrido a mi fuerza de voluntad y entrenada disciplina para no tocarla mientras estaba apoyada en la pared, atormentándome con pistas de su elegante desnudez, una tentación que ha puesto a prueba mi tesón, mi temple.

Maldito poder mágico de convertir en oro todo lo que toca.

Auren se aparta de mi boca hambrienta para respirar, pero sigo buscando su lengua porque todavía no he acabado con ella. Ni de lejos. Y pensar que iba a marcharme de este condenado palacio mañana.

—Necesito recobrar el aliento —jadea, y trata de esquivar mis besos una vez más mientras resuella en mi cuello.

—Ahora mismo tus hálitos son el aire que yo necesito para respirar —murmuro, y mi lengua sale disparada para lamer el pliegue de su cuello y ella se estremece de una forma deliciosa.

Mientras le recorro el cuello con la lengua, hundo los dedos en la cascada de rizos dorados que se resbala por sus hombros hasta su espalda. Le echo la cabeza un poco hacia atrás y le mordisqueo los labios hasta conseguir que abra más la boca en una súplica silenciosa. Mi mano rueda hasta su muslo, y cuando lo aprieto con fuerza y lo coloco sobre mi cadera, siento que ella se derrite. Auren es como un fuego abrasador envuelto en una sutileza seductora.

Meneo las caderas y la pequeña ninfa empieza a sacudir su pelvis con movimientos suaves y sensuales, arrancándome un gruñido de mi garganta mientras trata de buscar mi verga. Le rodeo la cintura con las manos y, con un movimiento firme y dominante, la impelo contra la pared de nuevo.

—No sabía que fueras tan traviesa. Ahora soy yo quien controla la situación.

El brillo de sus ojos denota impaciencia, anhelo, ansia. Tiene los párpados caídos y sé que toda esa rabia que trataba de mostrar se ha desvanecido por completo. Sus cintas me envuelven el torso, pero no lo constriñen, por lo que intuyo que Auren va a usarlas para acercarme a ella.

—Llevo mucho tiempo esperando. No quiero esperar más —responde ella con voz ronca mientras su inconfundible aura dorada se ilumina a su alrededor, como si fuera mi propio sol.

—Yo llevo esperando esto más tiempo que tú —rebato.

No solo me armé de paciencia y esperé, sino que además iba a dejar que se marchara. Me cuesta creer que esté aquí, en cuerpo y alma, por voluntad propia, porque al final me ha elegido a mí. Sin previo aviso, la aúpo; ya no puedo esperar un segundo más. Auren ha tomado una decisión, y esa era la afirmación que necesitaba.

Ahoga un grito cuando la levanto del suelo, pero enseguida me acordona la cintura con las dos piernas y se acomoda sobre mis

caderas. Es un ser tan perfecto que me entran ganas de empalarla ahora mismo, en esta misma postura.

La próxima vez.

Por ahora, prefiero venerar su cuerpo sobre el colchón suave y mullido, pues es lo que merece. Quiero exprimir hasta la última gota de placer de su cuerpo. La dejo sobre la cama para así poder…

¡CRAC!

Auren suelta un chillido femenino, música celestial para mis oídos, y empieza a rodar hacia la izquierda, hacia el cabecero de la cama. En un acto reflejo consigo inmovilizarla con mi propio cuerpo y evitar que termine golpeándose contra el armazón, que ahora mismo está totalmente astillado.

Los dos echamos un vistazo al cabezal de la cama, que se ha venido abajo sin motivo aparente. Y entonces reparo en el inmenso agujero que hay donde solía estar mi almohada. Esa mole de oro macizo no solo ha atravesado el colchón, sino que además ha pulverizado parte del somier y ha aterrizado sobre el suelo con un estruendo metálico que aún resuena en mis oídos, creando así una hermosa lluvia de plumas blancas a nuestro alrededor.

—¿Crees que la almohada de oro también puede demoler las baldosas de piedra? —pregunto, curioso.

Ella arruga las cejas en una mueca adorable.

—Estoy segura de que no —se apresura a decir, aunque no parece en absoluto convencida.

Con una sonrisa de satisfacción, sostengo su rostro con las manos ahuecadas y lo acerco al mío una vez más. No quiero que se distraiga. Quiero toda su atención puesta en mí, en nosotros.

—Debo confesar que no era así como imaginaba que íbamos a romper la cama.

Un precioso rubor le broncea las mejillas y se le escapa una risita que me enloquece, pero mi interés está un poco más abajo. Con Auren tendida bajo mi cuerpo, tengo la polla tan dura y tan empalmada que me sorprende que todavía no haya rasgado las costuras de los pantalones.

Ella se relame los labios cuando, con las rodillas clavadas en el

colchón, me incorporo y me quedo a horcajadas sobre ella. Aparto los mechones rubios de sus senos y por fin puedo contemplar lo que Auren me había mostrado con esa actitud juguetona y coqueta. Verla así, totalmente desnuda, despierta algo en mi interior, un impulso casi animal para reivindicarla como mía.

Ahí está, como una verdadera diosa, con su hermosa melena extendida alrededor de la cabeza, con los ojos desbordantes de lujuria, con esos labios carnosos entreabiertos y con los senos meciéndose al ritmo de su agitada respiración. Me tomo unos instantes para admirar a la fascinante criatura que tengo debajo, y me quedo embobado, totalmente prendado por su belleza. La observo mientras le rezo a los dioses que me ayuden a memorizar cada centímetro de su voluptuoso cuerpo. Quiero que esta imagen quede grabada en mi mente para toda la eternidad.

Levanto una de sus piernas y mis manos recorren lentamente su delicado tobillo, sus pantorrillas, sus muslos. Le retiro las medias poco a poco para apreciar cada parte que voy desvelando de su piel, una piel suave y tersa y aterciopelada. Hago lo mismo con la otra pierna y disfruto viendo cómo se estremece mientras la desnudo.

Para mi sorpresa, Auren mueve dos de sus cintas y empieza a quitarse las braguitas.

—¿Estás impaciente? —bromeo.

—Sí —responde ella con absoluta seriedad, y tira las braguitas de encaje al suelo. Me quedo sin palabras, algo muy raro en mí, y no puedo dejar de mirarla.

Está completamente desnuda. Me ha revelado su cuerpo sin reservas, sin tapujos. Un cuerpo que para mí es un templo que reluce bajo el suave resplandor azafranado que emana la chimenea.

—Joder, eres la perfección hecha mujer —gruño, y mi voz suena ronca. No soy capaz de hablar con la serenidad y el aplomo que me caracterizan. No con sus senos bamboleándose, rogándome que los toque mientras los pezones, duros y firmes, me claman que los muerda. No con su cuerpo extendido ante mí como un apetitoso festín. Es más sensual de lo que jamás habría imaginado. En este caso, la realidad supera la fantasía.

Alargo el brazo para coger una de las plumas que sobresalen del colchón roto y la arrastro suavemente entre sus pechos, una caricia que le pone la piel de gallina, otra vez.

—Si fuese un artista, te pintaría así.

Ella se ríe, un sonido que me maravilla y que me hace perder la cabeza, así que guiado por el impulso más primitivo, me dejo caer sobre ella, como un pájaro que vuela en caída libre, para tragarme su risa. Ella gime en mi boca cuando mi lengua juguetea con la suya y, al mismo tiempo, deslizo la otra mano entre sus muslos para encontrar lo que sé que me está esperando con impetuosa codicia.

Calor.

Un calor delicioso, pecaminoso, húmedo. Se me escapa otro gruñido, y creo que nunca he estado tan exaltado, ni mi verga tan abultada bajo mis pantalones. Auren va a conseguir que me arrodille ante ella. Pero ¿cómo quejarme con una vista tan preciosa y tan privilegiada como esta?

—Ya estás húmeda, lista para que te penetre —le digo sin separar mis labios de los suyos, y entonces la colmo de besos, por la mandíbula, la garganta, el cuello. Quiero tomarla. De todas las formas que a uno se le pueden ocurrir. Con ternura, con brutalidad, rápido, lento, tumbada, contra la pared, me da lo mismo. Solo quiero hacerla mía.

Auren se revuelve y de su garganta sale un suspiro implorante.

—Slade, por favor.

—¿Por favor, qué?

Ella bate las pestañas.

—¿Vas a obligarme a decirlo?

Sonrío.

—Sí.

—No seas capullo.

Me encojo de hombros.

—Quiero ver cómo te retuerces de placer. Quiero oír tus maravillosos gemidos en mi oído. Pero también quiero que esa preciosa boca murmure las palabras mágicas que estoy deseando oír.

—Eres muy exigente.

—Ya te lo advertí.

Ella hace como que se rumia mi proposición y, de repente, una de sus cintas se enrolla entre mis pantalones, un movimiento que me pilla totalmente desprevenido. Pero no me desabrocha el botón, no. Auren convierte la punta de su cinta en una especie de navaja afilada y, en un abrir y cerrar de ojos, corta los hilos que sujetaban el botón a la tela. Sin esperar ni siquiera un segundo, me quita los pantalones de un solo tirón y me quedo totalmente desnudo, con la verga dura al descubierto.

Supongo que no soy el único con exigencias.

La respiración de Auren parece quedarse atascada en su garganta mientras me escruta con esa mirada hambrienta, morbosa, promiscua. Se incorpora para poder verme mejor y se muerde el labio, como si mi desnudez le pareciese irresistible. Levanta la mirada y, con los ojos un pelín entornados y una expresión de gozo que me encandila, me rodea el miembro con las dos manos.

—Joder. —Echo la cabeza hacia atrás y suelto un gruñido de placer. El tacto de su piel me hace sentir como un animal atrapado en el cepo más dulce y complaciente del mundo.

Al principio es una caricia cautelosa, suave, casi experimental, pero enseguida parece armarse de valor y empieza a mover los dedos con maestría, ejerciendo la presión justa, cerrando un poco el puño, y enardezco todavía más.

—Nunca había visto una tan… gruesa. No me cabe entre las manos —dice en voz baja, casi sin aliento y con la mirada clavada en mi polla. En cualquier otra ocasión, dejaría que me manoseara la verga cuanto quisiera, pero ahora no. Estoy demasiado impaciente, demasiado hambriento.

Sin previo aviso, la cojo por la cintura y la empujo para que recueste la espalda sobre la cama. Un «uuffff» se escabulle por sus labios cuando le sujeto las manos por encima de la cabeza, impidiéndole así que pueda moverlas.

Unos ojos dorados y brillantes me miran con una mezcla de asombro y desilusión.

—¡Oye! No había terminado.

Su insolencia me saca una sonrisa.

—Oh, claro que habías terminado —rebato, y me inclino sobre ella y arrastro mi boca por su cuello. Ojalá hubiese adoptado mi versión de comandante, para así poderle clavar los colmillos en esa piel tan sensible, tan suave, tan provocativa—. Vamos, Auren. Quiero oírlo. Dime que quieres que entierre mi polla en ti.

Su aura se enciende y empieza a desprender un calor fogoso y apasionado. Es un desafío, y los dos lo sabemos. Es la última oportunidad que tenemos de echarnos atrás, de recular y poner freno a esto.

—Por el gran Divino, menuda boca tienes —me reprende.

Mis labios dibujan una sonrisa voraz, la sonrisa de un lobo.

—Oh, esta boca te va a gustar, y mucho, sobre todo cuando te chupe el clítoris hasta que grites de placer.

Sus ojos se dilatan y su respiración se acelera.

—Quiero sentirte.

—¿Y cómo quieres sentirme? —insisto mientras presiono mi miembro entre sus piernas. La fricción le provoca un escalofrío que le recorre todo el cuerpo y noto su vagina mojada y deseosa en la punta. Auren forcejea en un intento de soltarse pero no voy a dejar que eso ocurra. La sujeto con firmeza y vuelvo a frotarme sobre ella en un gesto de descarada provocación. Su rostro es la viva imagen de la frustración sexual—. Te daré cuanto quieras. Solo tienes que pedírmelo. Y, por favor, sé específica.

—Está bien —resopla ella, aparentemente molesta, pero no me engaña. Su aura la delata, igual que el rubor de las mejillas y las palpitaciones que advierto en su cuello. Le gusta que coquetee con ella, que la provoque, que la fastidie un poquito. Y estoy seguro de que ese lenguaje impúdico y libidinoso le gusta aún más—. Quiero sentirte dentro de mí. Quiero que me folles aquí y ahora, sin preliminares. Quiero que entierres tu polla en mi…

Y antes de que pueda terminar la frase, empujo las caderas y, haciendo caso a su súplica, la penetro. Una única embestida y estoy dentro de ella.

—Oh, por todas las diosas… —grita ella, arqueando la espalda y con

la cabeza hacia atrás, mientras yo pierdo la noción del tiempo y no veo nada más que esa diva dorada, porque estar en su interior solo puede definirse como sublime.

Un sonido grave y profundo repta por mi garganta, y tengo que concentrarme para no derramar mi semilla dentro de Auren, aquí y ahora. Las paredes de su vagina abrazan mi verga y se amoldan a ella con una facilidad pasmosa, como si hasta nuestros cuerpos estuviesen hechos el uno para el otro. Y entonces siento que esas mismas paredes se estrechan y me comprimen de tal manera que tengo que apretar los dientes para no seguir atravesándola como un hombre enajenado. Debería haberme controlado, ir un poco más despacio, pero no podía esperar un segundo más en adentrarme en su calor.

Me obligo a quedarme quieto, a no moverme, para dejar que su cuerpo se acostumbre a mí y así no lastimarla. Pero es evidente que ella no opina lo mismo, que le apetecen otras cosas porque entonces empieza a agitar las caderas, a dibujar círculos con ellas.

—Para de moverte, estoy dejando que te adaptes —le reprendo con aire pícaro, y me acerco a ella para besarle el pecho, para lamer y jugar un poco con esos pezones en punta.

—Ya estoy adaptada —rebate ella entre jadeos, y se me escapa una risita—. Quiero más. Necesito que te muevas.

Yo también necesito moverme. Tenerla así, inmovilizada y con su cuerpo abrazando mi polla, va a acabar por volverme loco. Pero, antes de dejarme llevar por la pasión desenfrenada y perder la cordura, quiero que sea ella quien se vuelva loca.

—Mírate. Hace dos segundos que estoy dentro de ti, y ya estás rogándome más.

Ella frunce el ceño. Maldita sea, es que hasta frunciendo el ceño es arrolladora.

Le agarro el muslo y lo coloco alrededor de mi cintura, justo donde me gusta.

—Muévete —me ordena, y sacude las caderas una vez más.

—Estoy disfrutando de las vistas.

Su impaciencia y el sugerente mohín que pone me excita, y sonrío con satisfacción. Me tomo mi tiempo para dibujar una línea con los

dedos por detrás de su pierna, una línea que va subiendo por la curva de su trasero y, una vez ahí, extiendo la palma para masajearle las nalgas antes de darle un buen pellizco. Y entonces le sujeto las caderas con las manos y las levanto un poquito para poder salir de ella y volver a entrar de una forma lenta, deliciosa, placentera, y en ese instante esa mueca de frustración se transforma en una expresión de absoluto placer.

—Sí… —gime ella.

Vuelvo a hacerlo pero esta vez la penetro con tanto ímpetu, con tanta dureza que su cuerpo se resbala por la cama. Sus cintas salen disparadas hacia los postes de madera de la cama y se enroscan a su alrededor con tirantez para evitar que su cuerpo se mueva.

Hasta yo noto que se me enciende la mirada.

—Oh, todas las cosas que pienso hacer con esas cintas…

Con esa lengua rosada y húmeda se relame los labios, como si la idea le resultase estimulante, y me acerco a ella para mordisquearla mientras impelo las caderas hacia delante en otra profunda acometida que hace que Auren ahogue un grito.

—¿Te gusta cómo suena eso?

Me encanta ver cómo sus mejillas se sonrojan, cómo sus ojos se dilatan. A partir de ahora, mi misión personal consistirá en conseguir que se ruborice así tantas veces como sea posible.

—S-sí.

—Bien.

Otra salvaje acometida, pero en esta ocasión su cuerpo no patina por las sábanas, y todo gracias a esas maravillosas cintas que lo sujetan con firmeza. Ahora le agarro las caderas con las dos manos para así poderlas colocar en el ángulo perfecto.

Y cuando la tengo justo donde quiero, desentierro poco a poco mi polla de su hermoso jardín y entonces empiezo a moverme de una forma rápida y violenta, disfrutando del erótico espectáculo de sus senos moviéndose al son de mis caderas y de la expresión de su rostro cada vez que me hundo en ella. Auren se retuerce debajo de mí, curva la espalda en una súplica muda. Ya no es ningún secreto que me encanta complacerla.

Agacho la cabeza para poder pasar la lengua por el pliegue de sus senos, y un gimoteo escapa de esos labios carnosos e hinchados por los besos.

—A ellas también voy a follármelas. Derramaré mi semilla sobre ti. Pienso marcar cada centímetro de tu cuerpo, igual que hacen los animales.

—Oh, por todas las diosas, necesito…

—¿Qué necesitas, Auren? —pregunto mientras le besuqueo un pecho antes de centrarme en el otro. Sus pezones son un poco más oscuros, de un tono que se parece más al bronce que al oro, y las puntas, duras y firmes, parecen rogarme que las toque, que las chupe. Y eso hago, acariciarlos con la lengua y prometerme que voy a saborear cada parte de ese cuerpo, que voy a hacerla mía tantas veces como pueda antes de que amanezca.

—Más rápido —me implora—. Más fuerte. Así es como me gusta.

—¿Quieres alcanzar el éxtasis, cielo?

A Auren se le ilumina la mirada al oírme utilizar un término más refinado.

—Sí.

—¿Quieres que te penetre rápido y fuerte mientras mis dedos juegan con tu clítoris?

—¡Sí! —grita con una inquietud lasciva.

Bajo las manos para levantarla y, de inmediato, las cintas se aflojan para que así nos podamos reacomodar sobre la cama rota. Ni siquiera le ha dado tiempo a pestañear cuando ya la tengo encima del regazo y, cogiéndola con fuerza por la cintura, empiezo a moverla hacia arriba y hacia abajo, siguiendo sus propias órdenes.

—¡Joder!

La blasfemia sale volando por su boca cuando apoya las manos sobre mis hombros y me clava las uñas en la piel. Solo rezo porque me deje la espalda marcada de minúsculas lunas, de las huellas de su deseo desenfrenado.

Enrollo esa melena dorada en mi puño y tiro para obligarla a que me mire a los ojos. Auren tiene que hacer un tremendo esfuerzo para abrirlos.

—Recuerdo el día que pronunciaste mi nombre por primera vez. Lo único en lo que pensaba era que quería oírtelo decir mientras estaba en lo más profundo de tu ser.

Su exhalación suena entrecortada y su cuerpo se estremece.

—Eso es —murmuro. Asiento con la cabeza y empiezo a mover su cuerpo con frenesí, hasta que los dos estamos jadeando, escalando la montaña del placer, ansiosos por llegar a la cúspide—. Quiero oírte gritar mi nombre mientras esa flor tan perfecta que tienes entre las piernas me constriñe la verga y me sorbe hasta dejarme totalmente seco.

Ella cierra los ojos.

—Oh, por todas las diosas… Por favor, por favor, ¡por favor!

Y en ese momento mi determinación se quiebra, se desmorona.

Esa súplica desesperada hace que pierda el poco control que me quedaba y, al fin, me dejo llevar. En un abrir y cerrar de ojos, vuelvo a tenerla inmovilizada justo debajo de mí y entonces empiezo a penetrarla como un hombre poseído por el mismísimo diablo, a follarla de verdad.

Deslizo la mano entre nuestros cuerpos sudorosos para acariciarle el clítoris, y ella se sacude con tanta fuerza que por poco se cae de la cama.

—Ah, ah…

Auren jadea y gime palabras ininteligibles mientras agita la cabeza hacia un lado y otro y sus cintas se enredan entre las sábanas.

—No te reprimas, y abraza el placer que te estoy dando, Auren.

Los sonidos que hacen nuestros cuerpos mientras retozamos son la canción más sucia y más obscena que jamás he oído. Resuellos, suspiros temblorosos, piel con piel, una cama que cruje a modo de protesta. Y todo mientras su exquisito cuerpo se entrega por completo a mí, tal y como he anhelado desde que la vi.

La observo con atención mientras con los dedos voy trazando círculos y acariciando y presionando su clítoris, porque quiero ver con mis propios ojos cómo reacciona a cada uno de esos movimientos. Quiero aprenderme su cuerpo de memoria, conocer cada una de sus zonas erógenas, descubrir cuáles son sus puntos más sensibles,

averiguar qué debo hacer para lograr que cante para mí.

Oh, y ahora está cantando una melodía impúdica.

—Sí, sí. No pares —me suplica, y me inclino hacia delante para comerle la boca mientras continúo empalándola, porque lo quiero todo de ella, cada jodida parte de su ser, porque no voy a conformarme con menos.

Cuando Auren grita en mi boca, arrastro los labios hasta su cuello, justo debajo del lóbulo de la oreja.

—¿Sientes cómo me oprimes la verga, cómo la aprietas con fuerza? ¿Te gusta cómo te estoy follando? —pregunto, y paso los labios por esa piel ardiente para saborear su calor—. Porque te aseguro que voy a follarte una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez. Estudiaré el mapa de tu cuerpo hasta aprendérmelo, hasta saber cómo llevarte al borde del delirio más apoteósico para así repetirlo una y mil veces.

—Oh…

No me rindo, y con la mano continúo pellizcándole y estimulándole el monte de Venus mientras esa exquisita humedad me empapa la verga. Las embestidas cada vez son más rápidas, más duras, más impetuosas, y mis caricias sobre su clítoris no son más que una implacable exigencia para que colapse, para que se derrumbe debajo de mí.

Noto que los pétalos de su flor se endurecen y empiezan a cerrarse, que todo su hermoso cuerpo se tensa, y sé que está a punto. Con la otra mano, inclino ligeramente sus caderas y me gano un aullido de absoluto placer.

—Eso es, cielo. Córrete para mí. Quiero que por fin te liberes, que te rasgues las vestiduras de una vez por todas.

Auren farfulla una maldición que no logro comprender mientras mantiene los ojos cerrados y sus senos botan al vaivén de mis caderas. Es la viva imagen de la lascivia, una imagen hermosa y seductora, y entonces su aura se ilumina y empieza a emanar una luz cegadora. Esa es su deliciosa manera de advertirme que está al borde del orgasmo. Un segundo después, grita mi nombre y siento que su vagina se estrecha y me constriñe con tanta fuerza que me da la sensación de que está atornillándola en su interior.

—¡Slade!

Oír mi nombre en esos labios mientras goza del orgasmo era lo que necesitaba para llevarme al límite del clímax. Mi polla empieza a sacudirse, a palpitar, y entonces exploto dentro de Auren. Es una sensación tan encantadora que por poco pierdo el conocimiento y me desmayo.

—Joder.

La colisión de nuestro placer compartido abarca toda esa atracción contenida, la tensión acumulada, ese constante tira y afloja que teníamos desde que nos conocimos. Es un ser que roza la perfección. La deseo tanto que, incluso metido en las profundidades de su vagina, todavía quiero más. Porque lo quiero todo de ella, y así se lo he hecho saber.

Alargo el momento porque no quiero que se termine, aunque mis embestidas cada vez son más cansadas, más lentas, más calmadas. Quiero quedarme aquí, con la vagina de Auren estrechando mi polla mientras ella me rodea el cuello con los brazos.

Su cuerpo se estremece y por su labios se inmiscuye un suspiro maravilloso, un sonido que me cautiva y que hace que se me encoja el corazón. Durante unos instantes, no decimos nada, tan solo nos miramos, jadeantes y sudorosos.

Siento una punzada de desazón al pensar que hemos estado a punto de perdernos este mágico momento. Si ella hubiera huido de Rocablanca, o si yo hubiese partido antes del baile, tal y como había planeado, habría dejado escapar la oportunidad de que Auren se entregara a mí, y no solo me diera su cuerpo, sino toda ella, al completo, sin reservas.

Soy plenamente consciente de lo difícil que ha sido para ella abrirme su corazón y confesar sus sentimientos, sobre todo porque todos los hombres que ha conocido en su vida la han pisoteado, utilizado y manipulado. Sé que le ha tenido que costar mucho confiar en mí, y también sé que estaría dispuesto a morir antes de fallarle y romperle el corazón.

Auren bate las pestañas y me mira con esos labios más rosados de lo normal, fruto de los besos desenfrenados que nos hemos dado. Su

rostro, todavía un poco ruborizado por el subidón de adrenalina, parece tranquilo, saciado y tan bello como siempre. Incluso relajada me parece un ser celestial, una mujer tan atractiva que me entran ganas de volver a tomarla. Es capaz de amansar mi magia, de calmar mi rabia, de evocar mi naturaleza feérica. Es una ráfaga de luz en mi oscuridad, la chispa que da vida a las profundidades de mi alma.

Es todo lo que no merezco.

Pero no pienso soltarla. Me niego a dejarla marchar.

Le rodeo la cintura con ambos brazos y ruedo por la cama de tal forma que mi espalda queda pegada al colchón y Auren termina colocada encima de mí. Su cuerpo parece estar creado para acomodarse sobre el mío. Nuestros jadeos cantan a coro y, poco a poco, nos vamos recuperando de la erótica culminación que hemos alcanzado mientras nuestros corazones laten en tándem. Auren se amolda a mi cuerpo, satisfecha y totalmente relajada. Sus cintas están extendidas sobre la cama y, al parecer, han quedado tan saciadas como ella.

Le doy un beso casto en la cabeza y la abrazo con fuerza, como si temiera que se apartase de mí. Unos momentos después, Auren levanta la mirada, apoya la barbilla sobre mi pecho y, con la punta de los dedos, empieza a repasar las líneas que se expanden por mi torso hasta el cuello. Esa caricia me resulta familiar. Íntima. Y debo admitir que me fascina.

Cuando paso un dedo por su mejilla, ella ladea la cabeza y se refriega con mi palma, como si anhelara el calor de mi piel. Creo que ni siquiera se ha dado cuenta de ese gesto, pero incluso así me parece gratificante. No quiero que refrene ninguna reacción, sino que se deje llevar, que se balancee hacia mí como las ramas cuando sopla el viento, que se sienta protegida por la fuerza de nuestra sincronía.

—¿En qué estás pensando? —pregunta todavía con la voz ronca.

Recorro toda su espalda con la mano. Me encanta que se estremezca cuando le acaricio la base de sus cintas, justo donde nacen.

—En ti —contesto, y mis ojos merodean por todo su cuerpo, como si quisieran comérselo. Esa mirada resplandeciente, esa boca aterciopelada, el arco de sus cejas… Cada rasgo es perfecto porque es

ella.

Auren me regala una sonrisa embaucadora, y la timidez que vislumbro en su rostro me empuja a colmarla de besos otra vez, porque no hay otra cosa que desee en este mundo que hacerla feliz.

Se revuelve, como si quisiera despegarse de mí, pero entonces la abrazo con más fuerza para impedírselo y ella se ríe, divertida.

—¿No vas a dejar que me mueva?

—De momento no.

Auren se ríe.

—Todavía estás dentro de mí.

—Lo sé.

Su sonrisa se torna impía, e intuyo lo que se avecina cuando mi tentadora susurra:

—Bueno, si piensas quedarte ahí, ¿podemos repetir lo que acabamos de hacer?

La sujeto por la barbilla, la miro a los ojos con una expresión de absoluta satisfacción masculina y la polla empieza a ponérseme dura otra vez.

—Oh, Jilguero, esto era solo el aperitivo. Acabamos de empezar.

32

Auren

Con la cabeza apoyada sobre el pecho de Slade, contemplo el cielo a través del cristal de los ventanales que dan al balcón. La noche empieza a agonizar y la bóveda celeste parece haberse convertido en el lienzo negro de un pintor que traza pinceladas grises y plomizas, atenuando así esa oscuridad tan opaca.

Slade se ha sumido en un profundo sueño, y el compás de su respiración, regular y armonioso, es como un soplo de aire fresco y reparador. Yo, en cambio, no he podido conciliar el sueño. No he dormido ni un solo minuto.

He querido saborear cada instante, disfrutar del roce aún caliente y sudoroso de su piel, gozar de su mera presencia. Ahora mismo, en la quietud de un amanecer casi inminente, siento que mi alma está dichosa y contenta, una felicidad que jamás había sentido antes.

Me recuerda a la sensación que solía embargarme cuando leía aquellos románticos poemas de amor, en Alta Campana. Es como si, de repente, la vida fuese una canción, una entidad mucho más profunda y hermosa de lo que habría llegado a imaginar. Ahora, todo lo que he vivido o he pensado por fin cobra sentido.

Así es como me siento en este preciso instante, tumbada en esta cama, hecha un ovillo junto a Slade, con nuestros cuerpos pegados, compartiendo este agradable calor humano. Tengo la impresión de que he retirado el velo de la vida y estoy en un paraíso de vitalidad, de resonancia. Estoy en el lugar y en el momento que debo estar.

Quiero quedarme aquí para siempre.

Pero no puedo, por supuesto.

Con la yema de los dedos, trazo el perfil de las finísimas líneas negras que serpentean por debajo de su tez pálida. Ahora se mueven

con lentitud, casi con pereza, como si ellas también se hubiesen saciado y estuviesen adormilándose.

Me regalo otro minuto de pura indulgencia para regocijarme. Nuestras piernas siguen enredadas entre sí y, puesto que la cama se ha roto, nuestros entrelazados cuerpos están ligeramente en pendiente. Me encanta sentir su brazo alrededor de mi cintura, acariciándome la espalda. Es tan terriblemente perfecto que, sin darme cuenta, me invade la melancolía, la tristeza de saber, sin ningún atisbo de duda, que este momento llegará a su fin, que mi vida no será así para siempre.

Ojalá lo fuese.

Cuando el cielo empieza a clarear y a volverse de un tono más grisáceo, una señal inequívoca de que en cualquier momento va a despuntar el día, no tengo más remedio que levantarme de la cama. Lo hago poco a poco para no despertarle. Utilizo las cintas para alzar ese brazo pesado y musculoso y así poder escurrirme por las sábanas. Me quedo inmóvil cuando suelta un ronquido, pero en lugar de abrir los ojos, simplemente mueve las piernas. Aprovecho la oportunidad y ruedo por el colchón.

Con movimientos suaves y cautelosos, me levanto de esa cama rota y después tiro de mis cintas con la misma delicadeza para envolverlas alrededor de mi cintura. El fuego que anoche ardía en la chimenea ahora no es más que una colección de leños humeantes, y el frío que se ha asentado en la habitación es tan glacial que me pone la piel de gallina.

Empiezo a recoger todas las prendas de ropa que hay repartidas por la habitación, como si fuese un pajarillo que picotea migas de pan del suelo. Me duele todo el cuerpo, aunque es un dolor delicioso. Quiero regresar a mis aposentos lo antes posible y darme un buen baño antes de que salga el sol.

Me apresuro en ponerme los guantes, el vestido y las medias. En lugar de calzarme las botas, las cojo y las coloco bajo el brazo para no hacer ruido. Me dirijo hacia la puerta de puntillas y rodeo el pomo con la mano mientras rezo a todas las diosas que las bisagras no chirríen.

La abro tan solo un centímetro y no se oye ni un solo ruido, así que dejo escapar un suspiro de alivio. Un suspiro que, una fracción de segundo después, se transforma en un ensordecedor alarido porque, de repente, una mano cierra la puerta de golpe.

Me doy la vuelta y me topo de frente con un Slade muy desnudo y muy despierto.

—¿Vas a alguna parte?

—¡Me has asustado! —le regaño, y me llevo una mano al corazón. He estado a punto de sufrir un infarto.

Él se cruza de brazos y se recuesta sobre la puerta para barrarme el paso.

—¿Se puede saber por qué te marchas a hurtadillas?

—No me marcho «a hurtadillas» —contesto—. No quería despertarte, eso es todo. Apenas has dormido una hora.

Slade dibuja una sonrisa maléfica.

—¿Y de quién es la culpa?

A pesar del frío que hace en la habitación, me sonrojo.

—¡Tuya! —insisto.

Él ladea la cabeza, como si estuviese rumiando algo. Todo teatro.

—Mmm, lo siento pero no estoy de acuerdo. Si no me falla la memoria, ayer eras una mujer insaciable. Me pediste que repitiéramos en varias ocasiones.

Gruño, muerta de vergüenza, y el sonríe de oreja a oreja.

—Vuelve a la cama.

—No puedo —contesto, y niego con la cabeza—. Está a punto de amanecer.

Sus ojos verdes revolotean hasta los ventanales de cristal, hasta el horizonte que se aprecia por encima de las murallas del castillo.

—Todavía nos da tiempo a hacerlo una vez más.

—Creo que ya he tenido suficiente por una noche —apunto.

Slade se ríe a carcajadas, un sonido jubiloso e irresistible capaz de hacerme perder el norte.

—De acuerdo, deja que me vista y te acompañaré a tus aposentos.

Casi se me salen los ojos de las órbitas.

—¿Qué estás diciendo? Sabes de sobra que no puedes hacer eso.

Se aparta de la puerta y, con esos andares serenos pero firmes, cruza la habitación; me quedo embobada mirando esa espalda fuerte y musculosa y ese culo prieto y firme, hasta que desaparecen de mi vista cuando él entra en el vestidor.

Sacudo la cabeza, abro la puerta y salgo de la habitación. Esperaba encontrarme el salón vacío, así que cuando veo a Rip Postizo apoltronado en una de las sillas, con un mapa desplegado sobre el regazo y una bandeja con el desayuno dispuesta sobre la mesa, casi se me para el corazón.

—¿Tienes que llevar el casco y la armadura las veinticuatro horas del día? Son las cuatro de la mañana.

Ni siquiera se toma la molestia de girarse para responderme.

—Créeme, no es mi atuendo favorito —murmura—. Es un incordio para comer… y para mear.

Arrugo la nariz.

—No necesitaba tanta información.

Casualidad o no, mi abrigo está colgado sobre el respaldo de la silla en la que Rip Postizo ha decidido sentarse, así que me acerco y trato de recuperarlo a base de tirones, pero el tipo pesa tanto con la armadura puesta que es imposible sacarlo de ahí.

—¿Podrías levantarte, o correrte un poco al menos?

—Supongo que sería casi redundante haceros esa misma pregunta a vosotros —bromea.

Abro la boca, mortificada, pero antes de que se me ocurra una respuesta, Slade entra en la sala medio vestido, con los pantalones caídos sobre las caderas y la camisa negra desabrochada. Se dirige directamente a Rip Postizo y le atesta un fuerte y sonoro collejón.

—No me obligues a pudrirte la lengua tan pronto por la mañana.

Rip Postizo se ríe por lo bajo y encoge los hombros, pero no levanta la vista del mapa.

—Solo quería ver de qué color se le ponen las mejillas cuando se ruboriza.

—No seas capullo —dice Slade mientras se abotona la camisa y esconde esos músculos sensuales que tanto me excitan—. Pídele disculpas ahora mismo.

Rip Postizo alarga el brazo, coge el abrigo, se remueve en el asiento y me lo ofrece.

—Lo siento, chica de oro.

Le quito el abrigo de las manos con una brusquedad que roza la grosería y después me siento para poder atarme los cordones de las botas. Por el rabillo del ojo, veo que Rip Postizo mira a Slade.

—Intuyo que no partiremos mañana.

Levanto un poco la vista para mirar a Slade y me doy cuenta de que su expresión vuelve a ser fría, distante, imperturbable.

—Me lo imaginaba —dice Rip Postizo, aunque en su tono me parece percibir una pizca de amargura—. Entonces, ¿piensas enviarme?

—Todavía no lo he decidido.

Una blasfemia ronca resuena en el interior del casco negro que lleva Rip Postizo.

—Joder, sabes que no podemos perder ni un puto minuto. Tenemos que ir y ver…

—Lo sé —le interrumpe Slade—. Hablaremos de eso más tarde.

Rip Postizo sacude la cabeza y refunfuña algo más, pero lo hace en voz baja y no consigo oírlo. Me ato las botas a toda prisa, incómoda y a la vez curiosa por haber sido testigo de una conversación ajena.

—¿Lista? —pregunta Slade, que no duda en ponerse a mi lado en cuanto he hecho la última lazada.

—No puedes venir conmigo.

Él frunce el ceño.

—No me gusta que te marches a hurtadillas de mis aposentos, y menos sola, como si fueses un secreto sucio que esconder. Seré discreto, lo prometo.

—Ah, claro, claro. Porque nadie se dará cuenta de que el Rey Podrido está acompañando a la favorita del rey Midas por los pasillos de Rocablanca a las cuatro de la madrugada —digo, y resoplo—. Los dos sabemos que debo regresar a mi habitación sola.

Entorna los ojos y, durante unos instantes, siento que nos hemos quedado atascados en una especie de empate. Y entonces, sin apartar la mirada, dice:

—Danos un minuto.

Rip Postizo no esconde su fastidio, pero acata la orden de inmediato. Se pone en pie y, dando fuertes pisotones, sale al balcón.

Cuando estamos relativamente a solas, Slade se pasa una mano por esa melena azabache y despeinada. Ahora ya puedo afirmar que es tan suave como parece. No dice nada. Vacila y en su mirada advierto indecisión.

—Te agradezco que quieras acompañarme, pero sabes tan bien como yo que no es buena idea. Tengo que irme, hablo en serio.

Algo titila en sus ojos. Es un destello extraño, desconocido.

—¿Qué te preocupa?

—Nada. Todo —responde, desesperado—. No me gusta que tengas que escabullirte de mi habitación como una vulgar ladrona y, para colmo, sola. ¿Y si Midas está en tu habitación?

—No estará —le aseguro—. Nunca viene a verme durante el día, a no ser que me necesite para usar mi poder. Además, ha estado evitándome desde…

Me muerdo el labio, pero Slade es un hombre astuto y enseguida adivina las palabras que no he articulado y desvía esa mirada verde a mi mejilla.

—Espero que no vuelva a ponerte una mano encima. Por la cuenta que le trae.

—No lo hará.

Aun así, Slade sigue inquieto, nervioso.

—Dime que no te estás echando atrás.

Arqueo las cejas.

—¿Echarme atrás?

—No te habrás arrepentido, ¿verdad? —pregunta, atravesándome con esa mirada tan verde y tan intensa.

Así que eso es lo que tanto le preocupa y le perturba. Suavizo el gesto y esta vez mi voz suena más dulce, más melosa.

—Anoche pasaron muchas cosas, pero no me arrepiento de ninguna de ellas.

El alivio parece evaporar toda la tensión que se había acumulado en sus hombros y deja escapar un suspiro.

—Bien. Ahora no tendré que atarte a la cama. Habría sido una tarea

ardua teniendo en cuenta lo testaruda que eres.

—No te habrías atrevido.

Slade se agacha un poco y se inclina hacia delante de forma que nuestras caras quedan a la misma altura, y esa picardía traviesa que tanto me gusta vuelve a merodear por el bosque de sus ojos.

—Quiero todo de ti, cada parte, y no pienso conformarme con menos, ¿recuerdas? Si trataras de echarte atrás, no me temblaría el pulso y te ataría a la cama sin pensarlo. Y estoy seguro de que tus cintas me ayudarían a hacerlo.

Siento mariposas en el estómago al oír tal insinuación. No puedo negar la parte de las cintas porque, de hecho, en este mismo instante ya están intentando reptar por el suelo para enroscarse alrededor de sus piernas.

—Bueno…, en cuestión de minutos ya no podrás tocarme —le recuerdo.

Su aliento cálido me besa la mejilla.

—Ten un poco de fe en mí. No necesito tocarte la piel para tenerte de nuevo suplicándome que te haga mía.

Por el gran Divino.

Trago saliva para probar de deshacerme del nudo de lujuria que me obstruye la garganta.

—Tengo que irme ya, o no me dará tiempo a darme un baño antes de que salga el sol.

Al comprobar que ha conseguido que me sonroje, se pone derecho con aires de satisfacción.

—Desayuna primero.

Echo un vistazo a la mesa, y mis tripas eligen ese preciso momento para rugir, y Slade dibuja una sonrisa victoriosa.

—Un cruasán —digo. Acepto el ofrecimiento porque sé que esa batalla no voy a ganarla.

—Y huevos revueltos —añade él—. También fruta. Y un poco de jamón.

Pongo los ojos en blanco, me doy la vuelta y me siento sobre el diván. Slade tarda una décima de segundo en sentarse a mi lado. Coge un plato y empieza a llenarlo de comida mientras yo me dedico a

mirar el surtido de cruasanes que nos han servido. Antes de que pueda elegir uno, Slade me entrega el plato que ha atiborrado de manjares. Parpadeo, sorprendida.

—No puedo comerme todo esto.

—Oh, claro que puedes. Además, necesitas alimentarte y recuperar fuerzas. Anoche gastamos muchas energías —dice con esa sonrisa pícara.

¿Cuántas veces voy a ruborizarme antes de que amanezca?

Opto por atiborrarme de comida en lugar de responder. Slade también desayuna, pero mucho más despacio que yo.

Me aclaro la garganta y señalo el balcón con la cabeza.

—¿Vas a dejarle entrar? Ahí fuera debe de hacer un frío insoportable.

—Bah, no te preocupes por él. Está bien —dice Slade con aire distraído.

—¡No, no estoy bien! —grita Rip Postizo desde el otro lado del cristal, aunque no se gira, sino que sigue con los antebrazos apoyados en la barandilla, como si estuviese admirando el paisaje—. ¡Está nevando otra vez, joder!

Slade escupe una risotada y continúa comiendo. Nos quedamos sentados en el diván, en ese cómodo e íntimo silencio un par de minutos más, pero no puedo evitar distraerme cada vez que le da un mordisco al bizcocho y se le queda el polvillo blanco del azúcar pegado en los labios. Por el gran Divino, cómo me gustaría lamérselos.

—Si continúas mirándome así, no dejaré que te marches.

Aparto la mirada de sus labios *ipso facto*. Slade me provoca con esa mirada voraz y seductora y hambrienta, aunque presiento que su apetito nada tiene que ver con la comida. Tras dar el último bocado, dejo el plato vacío en la mesa y me pongo de pie.

—Está bien, voy a volver a mi habitación. Gracias por el desayuno.

Slade me repasa de arriba abajo con esa expresión de lujuria, y mi cuerpo enseguida reacciona; siento el aleteo de una bandada de pájaros en el estómago y los pezones se me ponen duros, erectos.

—Antes deberías comer algo más —dice después de echar una rápida ojeada por las ventanas, por las que empieza a colarse una

claridad cada vez más evidente—. Eso no era más que un tentempié.

—No, hablo en serio, yo… —comienzo, pero entonces empiezo a sospechar y le miro con los ojos entornados—. Espera un momento. ¿Estás… estás tratando de entretenerme a propósito?

Él parpadea una sola vez antes de servirse la bebida que contiene el cántaro y dar un buen trago.

—No tengo ni idea de a qué te refieres, la verdad. Me gusta tu compañía, eso es todo. Y ya que lo preguntas, creo que deberías quedarte aquí hasta que amanezca.

—Lo sabía. Me estás entreteniendo. ¿Por qué?

Slade trata de hacerse el tonto y pone esa cara de inocente, como si nunca hubiese roto un plato.

—Por nada, por nada. Entonces…, si te bañaras a plena luz del día, ¿convertirías el agua de la bañera en oro líquido o en oro sólido?

—Podría transformarla en oro sólido, pero es una proeza que me agotaría todo el poder mágico. En cuanto metiera un pie en la bañera, el agua se alteraría y se doraría, y así es imposible darse un baño. Y por eso tengo que irme ya. Bañarse con agua dorada no es muy higiénico que digamos.

—Vaya, qué mala suerte —dice, aunque en su voz detecto cierta ironía.

Abro los ojos como platos al darme cuenta de su estrategia.

—¡Oh, por todas las diosas, Slade! ¿Quieres entretenerme para que llegue tarde a mi habitación y no pueda asearme?

El muy cabrón es tan perverso que, en lugar de negar tal acusación, tiene la desfachatez de sonreír con satisfacción.

—Te advertí que los seres feéricos somos un poco salvajes. Me gusta que estés impregnada de mi esencia. Y no quiero que te bañes porque, de hacerlo, desaparecería.

Debería sentir repugnancia, pero el hecho de que quiera que conserve su esencia en mi piel hace que me dé un vuelco el corazón.

—Qué vulgar eres a veces.

—Eso ya lo habíamos comentado.

Resoplo, me doy media vuelta y me encamino hacia la salida.

—Está bien, voy a bañarme como una persona normal y corriente. Y

tú deberías hacer lo mismo.

Él suelta un suspiro exagerado y me sigue hasta la puerta.

—De acuerdo, pero ven a verme al campamento esta noche. Mandaré a Lu para que te saque de tus aposentos sin que nadie se dé cuenta.

Le lanzo una mirada dubitativa, casi temerosa.

—No sé si es muy buena idea.

—No levantaréis sospechas. Confía en mí. Te estará esperando fuera de tu balcón —dice, y luego me guiña el ojo—. Según tengo entendido, sabe dónde está tu habitación.

Pongo una mueca de dolor.

—¿Te lo ha contado?

Estira los labios en una amplia sonrisa.

—Sip. Lu dice que es de las situaciones más divertidas que ha presenciado en la vida, verte enmarañada en tus propias cintas, colgada del balcón y balanceándote como una longaniza.

Le atesto un manotazo en el brazo, pero él sigue riéndose por lo bajo.

Slade abre la puerta en un caballeroso gesto y asoma la cabeza para comprobar que no hay nadie.

—Despejado —confirma.

—Gracias.

Paso por su lado y salgo al pasillo, todavía sumido en la penumbra, pero noto su mirada clavada en mi cuerpo.

—Hasta esta noche, Auren —se despide en voz baja, y las puntas de mis cintas se retuercen al oír la decadente promesa que se percibe en su voz.

Me detengo al final del pasillo, le miro por encima del hombro y dibujo una sonrisa secreta mientras me invade una emoción prohibida.

—Hasta esta noche.

33

La reina Malina

Los dedos de Jeo están rojos, tan rojos como esa melena ahora azotada por el viento, como si el frío más glacial e imperdonable le hubiese envuelto las manos y hubiese apretado con fuerza.

Le observo con atención desde la ventana. Está tirando de una caña de pescar bastante rudimentaria, cuyo hilo se pierde en las profundidades de un agujero cavado en el lago helado. Cada dos o tres minutos, Jeo tiene que romper el hielo a machetazos porque enseguida vuelve a formarse. Al parecer, la propia naturaleza confabula en su contra.

Tras un enérgico tirón, saca un pez gris del tamaño de su mano que no deja de sacudirse en un intento de soltarse del anzuelo. Jeo lo arroja a sus espaldas y lo añade al montón de peces que ha ido pescando, y que hace ya tiempo que han dejado de menear las aletas.

Entonces deja la caña a un lado, se arrodilla y mete todos los peces en un cubo de hojalata que antaño se utilizaba para sacar la ceniza de la chimenea y que ahora usamos para almacenar comida.

Unos segundos después, le oigo golpear las botas en el marco de la puerta, como para despojarse de la nieve que se le ha quedado pegada en las suelas, y en el momento en que entra se cuela una ráfaga de aire gélido. Sé que se apresura en cerrar la puerta para evitar que la estancia se enfríe, pero ni me molesto en girarme. Ni siquiera aparto la vista de la ventana. A juzgar por los sonidos, intuyo que deja el cubo en la minúscula cocina que tenemos y se quita esas botas enormes y pesadas frente al fuego para que se sequen con el calor.

Continúo mirando por esa ventana sucia, por ese cristal recubierto de mugre y motas de polvo que parecen haberse quedado congeladas para toda la eternidad. Continúo contemplando esa montaña nevada

que me impide ver el castillo de Alta Campana, construido en la ladera opuesta.

Cuatro días. Cuatro días llevamos metidos en este refugio. Cuatro días han pasado desde ese fatídico momento en que tuve que huir de mi propio castillo y descender una escalinata de piedra que no parecía terminar nunca. Perdí la cuenta de los escalones que bajé porque después de un buen rato ya no sentía ni las piernas. Me adentré en aquella gruta oscura y tenebrosa y traté de seguir la luz parpadeante de la vela con la que sir Loth Pruinn nos marcaba el camino.

Esa misma noche las cinco personas que logramos escapar de la barbarie llegamos aquí sanas y salvas. No nos siguió ninguno de los rebeldes y, por lo visto, nadie ha descubierto el pasaje secreto. Lo que me lleva a pensar que esa panda de insurrectos desconoce la ubicación del refugio. Sin embargo, la seguridad tiene un precio, un precio que pagaron mis otros dos guardias personales, que se quedaron atrás para asegurarse de que nadie nos seguía. Nunca se reunieron con nosotros y estoy segura de que los asesinaron a sangre fría en esa sala revestida en oro.

—¿Has podido dormir un poco? —pregunta Jeo.

Echo un vistazo por encima del hombro y veo que saca un puñado de peces del cubo y los arroja sobre la pequeña encimera de mármol. El olor a pescado enseguida me obstruye la nariz, y la arrugo porque me parece de lo más desagradable.

—¿Es necesario que hagas eso?

—A menos que quieras morir de hambre, sí —responde él. Yergo la espalda porque sé que me está hablando con cierto retintín, lo cual considero una tremenda falta de respeto. No sé si Jeo se percata de que el tonito que ha utilizado me ha molestado, pero no hace nada para enmendarlo. Coge un cuchillo del cajón y empieza a trocear el pescado en trozos de cualquier manera, por lo que no hay dos pedazos iguales. Después intenta quitar las escamas, pero es tan torpe que se lleva la mitad de la carne en el proceso—. ¿Has dormido? —pregunta de nuevo.

—Es imposible descansar en esa habitación. Es terrible —respondo, y desvío la mirada hacia la escalerita de madera que hay en una de las

esquinas de la casita, como si pudiera contemplar el espacio en cuestión desde la ventana. Detesto ese cuartucho. El colchón, además de ser más duro que una piedra, está lleno de bultos, la chimenea arroja más humo que calor y las sábanas apestan a moho y a polvo—. El aire se cuela por cada grieta, por cada recoveco.

Jeo me mira con el ceño fruncido y apretando los labios.

—Es una casa vieja, pero somos afortunados por tenerla.

Mi rabia se materializa en una carcajada ronca y afilada.

—¿Afortunados? ¿Crees que me siento afortunada por haber perdido mi castillo y el control de Alta Campana en el transcurso de una semana?

—Eso no es lo que he…

—Soy la legítima gobernante del Sexto Reino —interrumpo, y le lanzo una mirada glacial que encaja a la perfección con el color de mis ojos—. Todo esto es culpa de Tyndall, que se ha dedicado a envenenar a la ciudad, a poner a mis súbditos en mi contra. Gracias a él, me he visto obligada a irme de mi propia casa. Obligada a esconderme en esta pocilga hedionda.

—Está bien —murmura, y empieza a picar el pescado, a despedazarlo, a destrozarlo. Presiento que está descargando toda su cólera con el pescado—. Siento que este lugar no sea lo suficiente fastuoso y lujoso para ti, majestad.

Pese al frío, ese comentario me enciende.

—¿Disculpa?

¿Cómo se atreve a hablarme así?

—Mira a tu alrededor —replica él, y zarandea el cuchillo como si fuese una extensión de su mano—. Los amotinados atacaron tu palacio. La mayor parte de tus soldados te dieron la espalda y después se volvieron en tu contra. Llevabas unas semanas reinando en solitario y mira lo que ha ocurrido.

Mi mandíbula parece haberse convertido en un bloque de hielo. Temo que si aprieto los dientes un poco más vayan a romperse en mil pedazos.

—Todo esto es porque Tyndall…

—Ya lo sé, ya lo sé. Todo es culpa suya —se adelanta Jeo, y al fin

levanta la vista de la encimera y me mira a los ojos. Hasta este momento no había caído en la cuenta de que tiene los labios cortados, casi en carne viva, y que su piel, siempre tan suave, tersa y joven, ahora parece áspera y está marcada con varias líneas rojas, como si la ventisca invernal que sopla ahí fuera le hubiese abofeteado mientras pescaba.

Y en esas líneas, en esa tez que empieza a despellejarse, en esas ojeras moradas que asoman por debajo de sus ojos, lo veo. Ya no me respeta como antes. Ha empezado a subestimarme, a despreciarme. Si estuviese en Alta Campana, ataviada con uno de mis elegantes y refinados trajes blancos y con la corona de ópalo en la cabeza, estoy convencida de que no osaría hablarme con tal descaro.

Pero estoy aquí. Lejos de mi propio castillo, de mi hogar, vestida con ropa vieja y andrajosa que encontramos en un arcón y que durante años las polillas han estado carcomiendo. No tengo criados, ni cocineros, ni consejeros, ni corona, ni castillo.

—La montura de una reina no tiene ningún derecho de hablarle así —respondo con frialdad, una advertencia para que se muerda la lengua la próxima vez que se le ocurra hablarme con tal desfachatez.

Empieza a ponerse colorado, una rojez que va trepando desde el cuello y se va extendiendo por esa tez moteada. Sin embargo, no es un rubor de vergüenza, o de timidez, sino de enfado, de ira. No puedo evitar fijarme en la túnica deshilachada y en el abrigo que no se ha quitado desde que llegamos aquí.

—Esta «montura» se está dejando la piel día y noche para que tengas un bocado que llevarte a la boca y para que no pases frío. Tú, en cambio, estás todo el día sentada, quejándote y mirando por esa ventana sucia, ¡sin hacer absolutamente nada! —espeta.

Me quedo perpleja, boquiabierta. Sé que sigo respirando por las diminutas nubes de vaho que escapan de mis labios.

Pasados unos instantes, parece que se le pasa el enfado y suaviza un poco esa mirada azul. Aunque así solo consigue que le odie todavía más.

—Las cosas no caen del cielo, Malina. No puedes seguir así, confiando en que vas a gozar de todos tus privilegios y enfadándote

cada vez que no obtienes lo que esperas —explica él en voz baja.

—Si tengo dudas sobre cómo abrirme de piernas y ganarme la vida como una vulgar ramera, las consultaré contigo, Jeo —respondo con indiferencia—. Pero no tienes ni la más remota idea de cómo se gobierna un reino, así que guárdate los consejos para ti.

Él se ríe, pero no advierto ni un ápice de diversión o de alegría en el sonido.

—Por supuesto. Qué estúpido soy.

Jeo clava el cuchillo sobre la tabla de cortar y se dirige hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —exijo saber.

Se detiene en el pequeño recibidor para abrocharse el abrigo, todavía cubierto de nieve, y calzarse las botas.

—Prefiero pasar frío ahí fuera e intentar pescar algo que quedarme aquí. Esos peces de sangre fría son mejor compañía que tú.

Hago caso omiso a esa pataleta de niño pequeño y me acerco a la cocina. El pescado que Jeo había empezado a maltratar y destrozar sigue en la encimera. Al menos ha tenido el detalle de quitarles las espinas.

—¿Y qué hay de la cena?

Jeo se encoge de hombros mientras se abrocha el último botón del abrigo.

—¿Qué va a saber de cocina una ignorante montura como yo? —dice, y mira de refilón a sir Pruinn, que está sentado junto al fuego, atestiguando nuestra discusión sin inmutarse—. A lo mejor, y para variar, el mercader podría levantar el maldito culo de la silla y hacer algo.

Y sin decir nada más, Jeo sale y cierra de un portazo como un crío enrabietado. Le sigo con la mirada hasta la orilla del lago y, en un momento dado, desaparece en mitad de la inmensidad de esa blancura infinita.

Se me hace un nudo en el estómago.

Oigo el suave taconeo de unos pasos que se acercan por detrás y, un instante después, un par de manos me agarran por los hombros para darme la vuelta. Miro esos dedos huesudos y paliduchos con evidente

desdén.

—Aparta esas manos de mí, sir Pruinn.

El mercader de mirada plateada me regala una sonrisa jovial, ignorando por completo el aviso. En lugar de soltarme, desliza las manos por mis brazos, me saca de esa cochambrosa cocina y me lleva hasta los sillones que hay dispuestos frente a la chimenea.

—Vuestra montura real regresará, no os preocupéis. Solo necesita liberar tensiones, eso es todo. Venid y dejad descansar los pies.

—No me gusta que me digan lo que tengo que hacer, y menos que me muevan como si fuese un simple objeto decorativo —refunfuño, aunque al final me siento sobre el cojín duro y apelmazado del sillón que está más próximo a las llamas. Da igual que alimentemos el fuego día y noche con los leños que hay junto a la chimenea. Esas llamas naranjas no logran templar el ambiente gélido que reina en el interior de esa casucha, y, desde que huimos de Alta Campana, no he dejado de tiritar. El frío me caló hasta los huesos y todavía no he conseguido entrar en calor.

Sir Pruinn se acomoda en el sillón que tengo justo en frente, el mismo donde lleva toda la mañana leyendo un libro de la aburrida e insulsa colección que hay en esa estantería polvorienta. Durante unos instantes, se limita a observarme en completo silencio, con un tobillo apoyado sobre la rodilla y el codo clavado en el reposabrazos para así poderse sujetar la cara con la mano. Esa atención tan atrevida e insolente termina con mi paciencia.

—¿Qué?

Sus ojos niquelados parecen centellear.

—No os merecéis nada de esto. En absoluto.

El nudo del estómago se afloja un poco.

Con la mano que tiene libre, señala la habitación.

—Deberíais estar en un castillo, sentada en un trono, gobernando a súbditos que además de respetaros os adoren.

—No te falta razón —respondo, y estiro un pelín la espalda—. Y así sería, de no ser por mi marido.

—Él pretendía que aceptarais un heredero que no era vuestro.

Abro las aletas de la nariz, asombrada.

—Dónde has oído eso.

No es una pregunta, sino una exigencia.

Pruinn no se acobarda al oír mi orden. No, en lugar de amedrentarse, el mercader de pelo blanquecino dibuja una sonrisa enigmática.

—Oigo muchas cosas. Es por eso por lo que continuáis reuniéndoos conmigo, ¿o acaso lo habéis olvidado?

Me recuesto en el sillón y trato de ponerme cómoda. Detesto la dureza y rigidez de todos los cojines de esta casa. Parece que el relleno sea de paja, y no de plumas. Me da igual los siglos que hayan pasado desde que construyeron este refugio, los monarcas de antaño deberían haberse preocupado de amueblarlo y proveerlo de todos los lujos y comodidades que cualquier miembro de la familia real necesita para subsistir, y más aquí. En cuanto pueda salir de este chamizo horrible, lo primero que haré será reformarlo para darle un toque mucho más distinguido.

—Aunque es más que evidente que no te enteras de todo cuanto ocurre en el reino —le acuso—. Deberías haber averiguado lo que estaba sucediendo en la ciudad e informarme de que Tyndall había utilizado a su mensajero para sembrar la discordia e incitar a mis súbditos a la violencia.

—Que os hubiese alertado un par de días antes no habría servido de nada. El resultado habría sido el mismo.

—Eso nunca lo sabremos —rebato—. Quizá podría haber cambiado el curso de los acontecimientos. Alta Campana es mía. Es todo lo que quiero, y pienso recuperarla.

Pruinn se inclina hacia delante.

—Ya sabéis que hay otra manera de conseguir vuestro mayor deseo.

Nuestras miradas se cruzan de nuevo, chocan en el aire como lo hacen las espadas en el campo de batalla.

—No pienso volver a hablar de tu interpretación del destino. Te lo he dicho antes y te lo repito ahora, en el Séptimo Reino no queda nada.

El mercader encoge un hombro. Reconozco que me asombra que su ropa todavía se vea limpia, elegante, impecable.

—La magia no miente.

—La magia es, en sí misma, una sarta de mentiras, sir Pruinn, y las personas que la usan también. Si a estas alturas de la vida aún no te has dado cuenta de eso, es que eres un necio.

Él me somete a un escrutinio silencioso, pero no pienso apartar la mirada. En lugar de eso, le miro con la cabeza bien alta, la espalda bien recta y los hombros bien cuadrados.

—Una reina se desvive por su reino y está dispuesta a todo con tal de asegurar su reinado —dice al fin, y señala la puerta con la barbilla —. Vuestra montura quizá no lo entienda, pero yo sí.

—Tú eres un mercader, un nómada que se gana el pan tratando de adivinar el futuro de los incautos. Tú no sabes nada.

Advierto el asomo de una sonrisa en ese rostro viril y atractivo, aunque soy incapaz de descifrar su expresión.

—Como vos digáis, majestad.

El tono que utiliza me enerva. No me está dando la razón como a los tontos, lo cual me tomaría como una falta de respeto, sino que me habla desde la decepción. Entonces abre el libro por el marcapáginas y retoma la lectura donde la había dejado. Me cuesta creer que esté tan tranquilo, libre de cualquier preocupación. Ni siquiera el hedor putrefacto del pescado que sigue metido en el cubo de hojalata le molesta en lo más mínimo. Y, al parecer, tampoco parece fastidiarle que estemos atrapados en este agujero cochambroso.

Mastico mi propia desesperación, que se ha convertido en algo tangible, en una especie de miga que se me ha quedado entre las muelas. Por mucho que la muerda y apriete la mandíbula, sigue ahí atascada.

Van pasando los minutos, pero ninguno rompemos el silencio que se ha instalado entre nosotros. No tengo nada que hacer, salvo tratar de acomodarme en ese cojín duro y masticar mi exasperación.

Un ruido rompe la monotonía de mi cabeza y, justo cuando aparto la mirada de las llamas, mis dos guardias personales entran en el refugio como un par de elefantes en una cacharrería. Al sacudirse el abrigo, unos parches de nieve caen al suelo, que queda totalmente encharcado.

Tienen la cara ajada por las ráfagas de frío polar, las cejas cubiertas de escarcha y, bajo esas bufandas que les cubren la boca y la nariz, esconden unas mejillas coloradas. Jeo entra detrás de ellos y cierra la puerta. Me pongo de pie de inmediato, curiosa por saber qué noticias traen.

—¿Y bien? —pregunto mientras se quitan las capas, tan heladas que la tela se ha quedado totalmente tiesa, y las cuelgan cerca de la chimenea para que se sequen.

El rubio, Tobyn, es el primero en saludarme con una reverencia mientras que Nile, unos años mayor y con el pelo salpicado de motas grises y plateadas, se agacha para descalzarse las botas.

—No han detectado nuestra presencia, mi reina —me informa Tobyn, jadeando y sin aliento.

—Pero ¿de qué os habéis enterado en la ciudad? —insisto—. ¿Los súbditos siguen amotinados? ¿Quién ha tomado el mando del castillo?

—La rebelión ha muerto —dice Nile, y cuando deja caer una bota al suelo, se oye un ruido sordo que retumba en las paredes de esa casucha.

Le miro, expectante, y parpadeo varias veces. La mirada que comparte con su compañero, Tobyn, no me pasa desapercibida. Me da lo mismo que hayan tenido que andar varios kilómetros por la nieve para llegar a la ciudad y después para regresar a nuestro pequeño escondite tras la montaña. Llevo más de doce horas esperando y quiero saber qué han averiguado.

—Explícate.

—Tomad —ofrece Jeo, que se acerca con unas tazas de hojalata en las manos. Les ha servido un té bien calentito, un gesto que ambos guardias agradecen—. Sentaos, por favor. Debéis de estar agotados.

Me contengo y reprimo un bufido de impaciencia. Los guardias se toman su tiempo para contestar. Dan varios sorbos al té y se sientan junto al fuego para tratar de entrar en calor.

Mi expresión de profundo desagrado y descontento aterriza en Jeo, pero mi montura no gira la cabeza, ni tampoco me mira por el rabillo del ojo. Aun así, estoy segura de que se ha dado cuenta de que le estoy fulminando con mis ojos de hielo.

—Quiero saber qué habéis averiguado. —Mi voz suena ronca, como un engranaje cuando está oxidado, y denota irritación—. Tengo que avisar a mis aliados para ponerles al corriente de la situación y ordenar a las familias nobles de la ciudad que me envíen a sus soldados. Sé que voy a necesitar hasta la última espada del reino, pero cuando consiga reunirlas todas podré recuperar Alta Campana.

Los guardias se tensan, como si alguien hubiese tirado de un hilo invisible.

—Majestad —empieza Tobyn, que de repente tartamudea, como si se hubiese tragado un gusano—. El rey Midas ha enviado refuerzos…

Me quedo paralizada.

—¿A qué te refieres con que ha enviado refuerzos? —exclamo—. El resto de su ejército está en el Quinto Reino, con él. Es imposible que hayan llegado aquí tan rápido.

—¿Puedo hablar? —interrumpe sir Pruinn. Le lanzo una mirada cortante, pero él prosigue—. Os informé de que el rey Midas había mandado a su mensajero para entregaros un… acuerdo a sabiendas de que vos jamás lo aceptaríais y, por lo tanto, estaba más que preparado para recibir esa respuesta. Ordenó a su mensajero real, y probablemente a otros súbditos, que sembrara la discordia en la ciudad y caldeara los ánimos de los lugareños. No sería descabellado pensar que, si ya había previsto provocar tal revuelta, también hubiese maquinado alguna manera para terminar con ella una vez alcanzado su objetivo.

Clavo las uñas en la madera del reposabrazos. Esta vez utilizo un tono tan frío, tan tranquilo, tan bajo que todos esos hombres que están apiñados alrededor de la chimenea se ponen tensos.

—¿Estáis insinuando que la revolución que Tyndall dirigió y organizó a conciencia ha sido aplastada y sofocada por la misma persona que la maquinó?

—No podemos asegurar nada de eso… —dice Tobyn, que está nervioso y no deja de rascarse la nuca—. Pero podemos confirmar que los disturbios han sido controlados. Por lo visto, las fuerzas de Midas tomaron de nuevo el castillo, arrestaron a quienes pretendían adueñarse de él y los rebeldes enseguida se rindieron. El rey ofreció

una suculenta suma de dinero a todos los que estuviesen dispuestos a dejar de destruir la ciudad, e incluso está permitiendo que algunos ciudadanos se muden al Quinto Reino y fijen su residencia allí.

Me pongo de pie de un brinco, me acerco a la ventana y cierro los puños con tanta fuerza que tengo la sensación de que voy a partirme todos los huesos de la mano.

—¿Majestad?

Observo el paisaje a través de los cristales mugrientos de la ventana. Miro más allá del lago congelado, atravieso el hielo y la nieve y la piedra de la montaña tras la que se esconde mi castillo.

Me lo ha arrebatado. Otra vez.

Mi trono, mi corona, mi castillo, mi hogar.

Ni siquiera está aquí y, aun así, se las ha ingeniado para arrebatármelo delante de mis propias narices.

—Informad a mis aliados —digo, y me doy la vuelta—. Avisad a todas las familias que juraron lealtad a los Colier. Es imposible que Tyndall haya enviado a todo su ejército a Alta Campana y se haya quedado solo en el Quinto. Con el apoyo de los aristócratas, podré recuperar lo que me pertenece por ley, podré…

Tobyn empieza a negar con la cabeza, interrumpiéndome una vez más.

—Mi reina, la mayor parte de la nobleza ya ha huido al Quinto Reino, y…

—¿Y qué? —espeto, rechinando los dientes.

Tobyn mira de reojo a Nile, como si buscara su complicidad, o quizá su permiso, así que centro toda mi atención en el guardia de pelo canoso.

—Ayer se hizo una declaración pública. Según fuentes oficiales… Habíais muerto asesinada en el ataque al castillo. En la declaración aparecía el sello del rey Midas.

«¿Asesinada?».

—¿Ha anunciado que he muerto? —pregunto con voz aguda.

—Sí, majestad.

Algunos dicen que la rabia es un sentimiento férvido, que arde como las llamas de un fuego insaciable.

No es mi caso.

Mi rabia es como un pedazo de hielo. Se vuelve fría y cristalina y la escarcha empieza a extenderse por cada centímetro de mi ser como la marea de un océano de aguas glaciales hasta congelarme los nervios, la sangre, las entrañas. Hasta mi expresión se vuelve frígida.

—Hemos conseguido incautar y traer hasta aquí una carreta y un par de caballos —suelta de repente Tobyn—. No es un carruaje real, pero así nos aseguramos de que pasaremos desapercibidos. De lo contrario, atraeríamos demasiadas miradas. La ciudad está atestada de guardias que no reconocemos. No sabemos en quién podemos confiar. Si el rey ha hecho tal declaración… debemos asumir que va a hacer todo lo posible para que continuéis muerta, no sé si me explico. Podríamos sacaros de aquí. Llevaros a un lugar seguro.

—No —digo, y sacudo la cabeza con el mismo ímpetu con que está azotando la ventisca ahí fuera—. ¡No voy a huir de mi propio reino!

—Malina —intercede Jeo con voz dulce—. Se ha acabado.

Le fulmino con la mirada, a él y a sus malditas palabras cobardes. Y entonces mi máscara de hielo se rompe y se desmorona y revela la furia que escondía.

—No se ha acabado.

Jeo se acerca a mí, y en el azul de sus iris aprecio un mar turbado y agitado, señal de profunda preocupación. Odio que me mire con lástima. Odio que se compadezca de mí. Y odio que me estreche entre sus brazos para que me tranquilice.

—Se ha acabado, Malina —repite en voz baja—. Ha recuperado la ciudad, los soldados, tus aliados. Acaba de proclamar que has muerto asesinada a manos de los rebeldes. Tienes que marcharte de Alta Campana, o al final terminarás en el cementerio de la ciudad.

—Por última vez, eres una montura —ladro—. No me llegas ni a la suela de los zapatos. Te compré para cabalgarte, no para que opinaras. ¡Un hombre que se vende por cuatro monedas de oro no tiene ningún derecho de imponer nada a su reina!

Él deja caer las manos, y siento que el peso de ese gesto de resignación se desploma a nuestros pies. El impacto es tan fuerte que incluso me da la impresión de que el suelo tiembla, como si hubiese

provocado un pequeño terremoto.

Tal vez luego pueda dedicarme a lamerle las heridas, pero ahora mismo no siento absolutamente nada.

—Eres una zorra de hielo, Malina.

Aprieto los dientes.

—Una reina de hielo para ti, monada.

Él suelta una risotada cargada de amargura.

—¿Estás segura de eso?

La pregunta me deja atónita. Le lanzo una mirada asesina pero, antes de que pueda escupirle una respuesta de lo más mordaz y desagradable, advierto una sombra en la ventana y enseguida me doy la vuelta.

—¿Qué ha sido eso?

El ambiente de la habitación se vuelve aún más tenso y, de inmediato, todos se ponen en guardia.

Jeo pega la nariz a la ventana, y después pasa la manga de la túnica por el cristal para tratar de ver un poco mejor. A mis espaldas, los dos guardias levantan el culo de la silla para rastrear los alrededores. Nile se desliza hacia la puerta y Tobyn, hacia la ventana de atrás.

—¿Veis algo? —pregunto.

—No, nada —responde Tobyn—. Voy a salir para comprobar el perímetro.

Abre la puerta y una ráfaga de viento y nieve se cuela por el resquicio, un huracán invernal que desaparece en cuanto el joven guardia consigue cerrar la puerta.

Me acerco a la ventana para echar un vistazo, pero Jeo me lo impide.

—Espera.

Empiezo a revolverme, a tratar de soltarme, pero antes de que pueda apartarle el brazo, un ensordecedor alarido que retumba en esas montañas nevadas me paraliza por completo. Es la inconfundible voz de Tobyn.

Siento que se me para el corazón, y un zarcillo de aire se inmiscuye entre mis labios. Sin embargo, lo que sigue a ese espeluznante aullido que nos ha helado la sangre a todos es mucho más aterrador.

Silencio.

—Por el gran Divino… —murmura Jeo, más pálido que el paisaje que nos envuelve.

El pánico me consume, me entumece las piernas, y mis pies parecen haberse convertido en dos bloques de hielo clavados en el suelo. No puedo moverme y el grito desgarrador de Tobyn aún resuena en mis oídos.

Jeo, en un acto reflejo, cierra los postigos de las ventanas y Nile sale disparado hacia la puerta y pasa el pestillo.

—¡Tenemos que llevar a su majestad al carro!

Pruinn se planta a mi lado en un abrir y cerrar de ojos, con su inseparable bolsa colgada del hombro.

—Esa es la única puerta de salida —dice Jeo, con un puñal en la mano y con expresión de evidente desespero—. No tenemos ni idea de cuántos hombres hay ahí fuera.

—¿El carro está muy lejos? —pregunta Pruinn.

Nile dice que no con la cabeza.

—No está lejos. A unos seis metros, como mucho. Atamos a los caballos debajo del saliente del techo donde almacenamos la madera.

Jeo se mordisquea los labios, nervioso, y empieza a caminar de un lado a otro de la habitación mientras rumia un plan. Tras unos segundos agónicos, clava la mirada en los postigos de la ventana que tenemos justo detrás.

—De acuerdo, uno de nosotros saldrá por la puerta y el resto ayudaremos a la reina a escapar por la ventana. Está más cerca del carro y no esperarán que salga por ahí. La cubriremos desde todos los ángulos —dice, y asiente con la cabeza, como si con ese movimiento corporal pudiese convencer a su mente.

Nile no discute el plan y, con cierta tristeza, responde:

—Yo saldré por la puerta. Vosotros dos, ocupaos de llevar a su majestad hasta el carro.

Los hombres intercambian una mirada de complicidad, quizá de despedida. Y en ese preciso instante se me pasa una idea terrible por la cabeza, una idea que me destruye por completo.

—Tyndall ha mandado a sus hombres a matarme —susurro—. ¡No

puedo creer que ese cabrón arrogante, que se proclamó rey de Alta Campana solo porque se desposó conmigo, se haya atrevido a intentar asesinarme!

—¡Malina! —espeta Jeo—. No tenemos tiempo para tu indignación. Tenemos una oportunidad para salvarnos, joder. O la aprovechamos, o acabaremos muertos, igual que Tobyn.

Se vuelve hacia Pruinn y Nile, que están asomados a la ventana mientras, entre murmullos, ultiman los detalles de ese apresurado plan de huida.

—¿Preparada?

Miro a Jeo y parpadeo, sin mostrar ningún tipo de emoción porque no, no estoy preparada.

—Deberíamos quedarnos aquí.

—Si nos quedamos, sufriremos el mismo destino que Tobyn, majestad. No tenemos hombres para defenderos. Huir es nuestra única posibilidad de sobrevivir —dice Nile.

Ni siquiera tienen la decencia de esperar a que dé mi aprobación a tan alocada propuesta. Jeo me coge de la mano y la aprieta con fuerza.

—Mantén la cabeza agachada y no dejes de correr, ¿entendido?

Asiento, aunque la adrenalina me nubla la visión y no puedo ver con nitidez.

Nile se posiciona frente a la puerta y, con sumo cuidado, Pruinn y Jeo abren los postigos de la ventana para asegurarse de que no hay soldados de Midas merodeando por la parte trasera de esa cabaña perdida en mitad de la nada.

—Despejado —confirma Pruinn—. El carro está aquí al lado.

Jeo mira al guardia real de reojo.

—Cuando digas.

Todo está ocurriendo demasiado deprisa.

Nile desliza el pestillo, pero no lo hace con sutileza, sino con tremenda brusquedad, como si quisiera armar un escándalo a propósito y, al mismo tiempo, Jeo y Pruinn rompen el cristal de la ventana. Entonces Nile sale corriendo por la puerta, empuñando la espada y soltando amenazas por la boca, una distracción que Jeo

aprovecha para encaramarse al marco de la ventana y saltar al exterior.

En cuanto Jeo aterriza al otro lado, Pruinn me empuja por el agujero y, justo cuando creo que me voy a caer de bruces sobre la nieve, las manos de mi montura acuden a mi rescate. Me agarra por la cintura y tira de mí con todas sus fuerzas. Sin embargo, las faldas del vestido se me enganchan en el marco de la ventana, por el que asoman varias esquirlas del cristal roto. Esos fragmentos afilados como puñales no solo atraviesan la tela, sino que la desgarran y me arañan la piel. No son rasguños superficiales, pues de los cortes empieza a brotar sangre. Y justo cuando suelto un gruñido de dolor y consigo salir de esa casucha, un bramido rasga el aire.

«Nile».

Igual que ha ocurrido antes, el rugido retumba hasta que, de repente, enmudece. No hace falta ser un genio para adivinar qué ha podido ocurrir. Quien ha silenciado a Nile también lo ha matado.

Horrorizada y con un miedo atroz fluyendo por mis venas, Jeo me coge de la mano y una fracción de segundo después Pruinn salta por la ventana. Y entonces los tres salimos disparados hacia el carro, abriéndonos camino entre la nieve, que nos llega hasta las rodillas. Los caballos están pisoteando la nieve, meneando la cabeza, relinchando con frenesí. Ellos también están aterrados. Pruinn nos adelanta y, de un brinco, se coloca en el asiento del conductor y sujeta con fuerza las riendas antes de que los animales huyan despavoridos.

—Date prisa, Malina —me apremia Jeo, que prácticamente me arrastra por la nieve para llegar a la parte trasera del carro. Y justo cuando mis manos se aferran a la madera áspera y astillada del asidero y Jeo me está ayudando a subirme a la plataforma, por el rabillo del ojo me parece advertir un ligero movimiento entre la nieve. Giro la cabeza de inmediato y descubro una sombra deslizándose por la pared de la casa. El pánico se apodera de mí. Tengo un mal presentimiento.

—Jeo…

Él se da la vuelta blandiendo su puñal, pero ahí no hay nada. Desesperada, miro a mi alrededor porque estoy segura de haber visto

algo, pero la sombra ha desaparecido y…

«Ahí está».

Desvío la mirada hacia la izquierda, hacia unas extrañas volutas de humo negro que parecen salir de las sombras de la casa. Observo atemorizada los hilos de humo que, poco a poco, se van disipando y van adoptando la forma de un hombre encapuchado. Sé que es imposible, pero me da la impresión de que un velo negro cubre su figura, como si estuviera envuelto en una especie de penumbra tenebrosa. Incluso la espada que empuña es oscura. A lo largo del filo distingo el inconfundible rojo carmesí de la sangre.

Jeo se vuelve y me da un fuerte empujón para asegurarse de que estoy montada en el carro.

—¡MARCHAOS!

Me golpeo la cadera con el canto del carro y la cabeza contra los tablones de madera congelada, pero consigo montarme en ese carro herrumbroso. Pruinn, atento a cada uno de mis torpes movimientos, azota a los caballos como si en lugar de riendas estuviese sujetando látigos. El carro sale propulsado hacia delante y, a tientas, trato de encontrar un asidero para agarrarme y no salir despedida.

—¡Arre! —grita.

Jeo corre a toda prisa detrás de nosotros, a menos de medio metro del carro, estira el brazo y logra agarrarse al anaquel trasero. Sin embargo, el encapuchado nos pisa los talones y corre a una velocidad inaudita. Las sombras se arremolinan a su alrededor, se funden con su cuerpo, de manera que se vuelve casi invisible en ese entorno hostil y montañoso, pues se mimetiza a la perfección con el paisaje gracias a ese baile de luces y sombras.

Mi montura se tropieza varias veces en ese grueso cúmulo de nieve. Sé que es cuestión de tiempo, de segundos para ser más exactos. Los caballos trotan más rápido que él y, a menos que realice alguna acrobacia propia de un atleta experto, se va a quedar atrás. Jeo también lo sabe, pero no va a rendirse. Coge impulso, da un tremendo salto hacia delante y se las ingenia para aferrarse al borde de la plataforma de madera.

Y justo cuando empieza a encaramarse al carro, una espada aparece

en el aire, empuñada por ese demonio invisible. Abro la boca para llamar su nombre, para advertirle de la amenaza, pero ya es demasiado tarde.

El sonido que se oye cuando la punta se hunde en la espalda de Jeo, atraviesa su cuerpo y asoma por su pecho solo puede compararse con un grito ahogado, con ese silencio que precede al aullido más aterrador.

Los ojos azules de mi montura me miran por última vez. Con estupor, con miedo. Con muerte.

Las manos de Jeo se resbalan de la parte trasera del carro mientras la sangre va empapando su abrigo y su cuerpo se tambalea en mitad de esa inmensidad blanca. El carro continúa rodando por la nieve sin él, pero su mirada sigue clavada en mí. El horror que sentimos no puede describirse con palabras.

Un segundo después, ese hombre envuelto en sombras arranca con violencia su espada del cuerpo de mi montura, y de la boca de Jeo sale un grito estremecedor.

La sangre empieza a manar a borbotones del agujero del pecho y la nieve se tiñe de rojo, el mismo color que su melena.

El alarido de Jeo se apaga cuando se desploma, cuando sus rodillas se derrumban sobre la nieve. Me concede un segundo más de esa mirada oceánica antes de que todo su cuerpo se venga abajo y quede tendido en ese manto blanco para el resto de la eternidad.

Los caballos ya no trotan a paso ligero, sino que galopan a toda prisa. Los cascos se abren paso entre la nieve a tal velocidad que voy dando bandazos en la parte trasera de la carreta, pero me sujeto a ambos lados con las manos sin apartar los ojos de la sepultura donde yace mi montura.

Estoy en *shock*, pero siento que me falta el aire, y no puedo gritar. Ni siquiera soy capaz de susurrar unas palabras de despedida. La lengua se me ha quedado pegada al paladar, y no puedo articular su nombre. Solo puedo mirar lo que estoy dejando atrás, un cadáver y un remolino de luces y sombras que ahora mismo está junto al cuerpo sin vida de Jeo y tras el que se esconde un asesino. La magia se revuelve a su alrededor, formando unas volutas letales que ni siquiera la violenta

ventisca que nos está azotando parece poder tocar. Tobyn y Nile están frente al refugio, que parece haberse convertido en un macabro jardín ideado y creado por la muerte. Han plantado sus cuerpos en la nieve y los hilos de sangre se van extendiendo por la nieve como raíces escarlata, y así, poco a poco, la tierra va sorbiéndoles hasta la última gota de vida.

Pruinn espolea a los caballos para que galopen más rápido y, de repente, el poder de ese mercenario se disuelve en el aire hasta desaparecer por completo. Se me corta la respiración al ver al desconocido que se escondía tras esa nube de tinieblas. Es la personificación del peligro, la amenaza hecha hombre. No es una tropa de soldados a quienes les han encomendado la misión de matarme. No es una panda de asesinos a sueldo que han cobrado una fortuna a cambio de entregar mi cabeza. Es un hombre, un *único* hombre con un poder malvado que revolotea a su alrededor.

El desconocido se retira la capucha lentamente, y es entonces cuando me doy cuenta de que tiene los ojos de un negro tan opaco que se confunden con un par de obsidianas y de que la piel de su rostro no es de un solo color, sino que está cubierta de manchas. En cierto modo, parece otro juego de luces y sombras.

Nuestras miradas se cruzan y estoy tan perpleja, tan asustada, tan sobrecogida que no soy capaz de mirar hacia otro lado. De hecho, no soy capaz de hacer nada, salvo mirar a esa criatura demoníaca mientras la bilis trepa por mi garganta. Esos ojos lóbregos e insondables esconden una peligrosa promesa, pero en un arrebato de amor propio le lanzo una mirada igual de amenazante.

«Tú», decimos los dos, aunque ninguno articula la palabra.

Tú.

Y entonces el carro dobla la esquina de una colina rocosa y pierdo de vista al encapuchado. El crujido de los cascos de los caballos sobre la nieve me recuerda al sonido de las rodillas de Jeo desplomándose sobre el suelo.

A lo lejos, la campana del castillo repica y retumba en esas majestuosas montañas para alertar a los lugareños de que se avecina una tormenta de nieve. Hostigará el reino con su látigo de viento y

hielo, y, por la mañana, el cuerpo de Jeo no será más que un bulto en la nieve, tapado por el cielo y usurpado por el suelo. Al despuntar el día, el trono de Alta Campana ya no llevará mi nombre y el reino pasará a manos del hombre que me utilizó para llegar al poder mientras yo, su legítima gobernante, me veo obligada a huir de la sombra que él mismo ha enviado para ejecutarme y borrarme del mapa.

Me invade una furia salvaje y desenfrenada, una ira que jamás había sentido antes. El sentimiento es tan fuerte que incluso me da la impresión de que se solidifica en mis entrañas, como las olas del mar cuando se congelan una fría noche de invierno, atrapadas en una capa de hielo tan gruesa que es imposible que se derrita. Cuando se desata la tormenta, no me doy cuenta. En mi interior ahora reina un frío tan glacial que ni siquiera noto el azote de la ventisca.

34

Auren

Estoy dormida como un lirón, sumida en un sueño tan profundo que cualquiera que me viera pensaría que estoy muerta. Me cuesta una barbaridad despertarme y recuperar la consciencia, pero lo hago porque mi subconsciente me está alertando de que algo anda mal.

Despego los párpados y, todavía adormilada y con la visión borrosa, me incorporo en la cama casi de un salto. Trato de deshacerme de los últimos coletazos de ese larguísimo letargo. Noto un hormigueo en la nuca que no me da buena espina. Me desperezo y, de repente, capto un ligero movimiento en la penumbra de mi habitación. Me embarga el pánico, pero solo dura unos instantes, hasta que veo al intruso. Lo reconozco de inmediato.

—¿Lu?

Mi voz suena ronca, áspera. Observo al miembro de la Cólera con cierta incredulidad. Está sentada delante de la chimenea, con los pies apoyados en otra silla, las piernas cruzadas, un libro en una mano y una copa de vino en la otra.

Ella me mira de soslayo.

—Qué manera de dormir. Hace más de una hora que ha anochecido. Estabas roncando como un oso.

El bochorno me empuja a mostrarme indignada y a farfullar:

—No es verdad.

Probablemente sí sea verdad.

Tras un fugaz vistazo al balcón y las ventanas, no tengo más remedio que darle la razón a Lu. Me he pasado el día durmiendo. Llegué a mis aposentos a tiempo para darme un baño antes del alba, y justo cuando el sol empezaba a asomar por el horizonte prácticamente me desmayé sobre la cama y he estado durmiendo hasta ahora. Las

atenciones de Slade me dejaron agotada, en el mejor sentido de la palabra.

Me froto la cara con las manos, aparto las sábanas y varias mantas y, por fin, me levanto. Estiro los brazos por encima de mi cabeza y descubro que tengo agujetas en todos los músculos del cuerpo. Aunque presiento que tienen más que ver con mis últimas actividades nocturnas que con los entrenos que he estado realizando esta semana. Una colección de imágenes de anoche me viene a la mente y tengo que hacer un tremendo esfuerzo para no ruborizarme.

—¿Cómo has entrado aquí? —le pregunto a Lu, y, al acercarme a ella, descubro que no solo se está bebiendo mi vino, sino que también se ha zampado el almuerzo y la cena que los criados me habían traído mientras dormitaba. Creo que ha debido de ser ella quien ha encendido el fuego que crepita en la chimenea porque ha templado la habitación y, además, emana una luz cálida y agradable.

Me dejo caer como un saco en la silla que hay justo delante de la suya y miro los restos de comida que quedan en la bandeja. Parece ser que Lu ha devorado los filetes de carne y lo que fuese que había en el cuenco. Lo único que queda es un bollito de chocolate, algo de fruta que todavía no ha madurado y la mitad de un bocadillo espolvoreado con canela al que, sin duda, le ha dado un mordisco.

Arqueo una ceja.

—¿Has disfrutado del banquete?

La soldado se encoge de hombros.

—He probado cosas peores, la verdad. Entre tú y yo, todavía no entiendo por qué este reino se empeña en añadir azúcar a todo. Creo que nunca lo sabremos. En la ciudad, pedí un estofado de ternera y me lo sirvieron con una cucharada de almíbar, ¿puedes creerlo?

Arrugo la nariz mientras pego un bocado al bollito de chocolate y me sirvo un vaso de agua.

—¿Cómo has entrado aquí? —pregunto de nuevo.

—Muy fácil. Por el balcón.

Frunzo el ceño.

—Esa puerta estaba cerrada con llave.

—¿En serio? —dice, y hace como que rumia algo—. Por cierto, tus

guardias son pésimos. No he visto a ninguno patrullando por los jardines que hay bajo tu balcón, y los que vigilan el pasillo parecen estar más sordos que una tapia. No se enteran de nada.

Cuando pronuncia la palabra «guardias», la imagen de Digby aparece en mi cabeza y, de golpe y porrazo, ese desayuno dulce y empalagoso se vuelve amargo en mi boca. Mastico el pedazo de bizcocho, pero lo que siento en el estómago es el peso de la culpa.

—¿A qué viene esa cara?

—Nada. Es solo que… antes tenía un guardia muy competente —digo mientras juegueteo con una de mis cintas sobre el regazo. No puedo dejar de pensar en Digby, pero también en Sail—. De hecho, tenía dos guardias maravillosos.

—¿Tenías?

—Fue culpa mía —respondo, incapaz de darle más detalles. Fue culpa mía que el capitán de los Bandidos Rojos le apuñalara. Y también fue culpa mía que Midas arrestara a Digby para después utilizarlo como incentivo o, mejor dicho, como carnaza para tratar de manipularme.

De pronto, me siento incómoda y un pelín azorada. No esperaba venirme abajo así, ni que la tristeza me abrumara de una forma tan súbita, tan imprevista. Y mucho menos delante de Lu.

Necesito hablar con Slade sobre Digby lo más pronto posible… y también sobre Rissa. Debería haber sacado el tema anoche, pero… preferí disfrutar de esos momentos de intimidad. Quizá pecase de caprichosa y egoísta, pero no quería que la fea y cruda realidad estropeara el poco tiempo del que disponíamos.

Miré por mí, por mi propio bienestar, y cerré la puerta a todos mis problemas. El sentimiento de culpa va trepando con sus afiladas garras por mi interior, porque lo más seguro es que ahora mismo Digby esté pudriéndose en una mazmorra mientras yo estoy aquí, en una lujosa habitación después de haber pasado una noche de pasión en brazos de Slade y quejándome de lo dulce que está la comida en este condenado reino. ¿Qué clase de persona horrible hace eso?

Por suerte, Lu rompe ese silencio incómodo.

—Sé muy bien lo que se siente cuando ocurre una desgracia y es por

tu culpa —dice, con convencimiento. Le agradezco que me hable con sensatez, que no intente convencerme de que no fue culpa mía, que no utilice toda clase de estrategias para absolverme de mi culpa y hacerme sentir mejor—. Cuando Rip me puso al mando del flanco derecho, estaba tan orgullosa que iba por ahí hinchada como un pavo. Pero después libramos nuestra primera batalla y perdí a muchísimos hombres y mujeres.

Levanto la mirada de mi regazo. En sus ojos se reflejan las llamas del fuego, y el resplandor anaranjado le ilumina su piel de ébano.

—Todas y cada una de esas muertes… Pesaron sobre mi conciencia, ¿y sabes por qué? Porque yo estaba al mando, porque yo era quien daba las órdenes, unas órdenes que salvaron vidas, pero condenaron a muerte a muchas más.

Hace una breve pausa y se rasca esa especie de dagas que decoran su cabeza y que imagino que se dibuja con una cuchilla de afeitar. Siempre me he preguntado si esos simbólicos puñales esconden algún tipo de significado.

—Cuando te sientes responsable de la muerte de alguien… te acompaña toda la vida. Es un sentimiento que se te pega a la suela de los zapatos y, allá donde vayas, irá contigo.

Asiento porque entiendo muy bien a qué se refiere. Lu suspira y enseguida recupera su habitual expresión estoica.

—Esa es la maldición de los supervivientes. Tenemos que aprender a convivir con nuestros muertos.

Cuando pienso en toda la gente que ha perdido la vida por mi culpa, se me encoge el corazón.

—Convivir con los muertos es mucho más difícil que convivir con los vivos.

Lu me atraviesa con la mirada, pero esta vez no es serena e impasible, sino pícara.

—A menos que convivas con el capullo del Rey Dorado.

Resoplo y sacudo la cabeza.

—Ni te lo imaginas.

Suelta una risotada, deja la copa sobre la mesita y después la señala con un dedo acusador.

—Nuestras barricas tienen un vino mucho más bueno que esta bazofia.

—Estoy de acuerdo —murmuro, y, con el bollito de chocolate a medio comer, me pongo de pie—. ¿De veras vas a poder sacarme de este castillo sin levantar sospechas?

Lu me mira ofendida.

—No me insultes, Ricitos.

Alzo las manos, como quien se rinde, para calmar los ánimos.

—Está bien, está bien. Deja que me vista.

Apenas tardo cinco minutos en arreglarme y, cuando salgo del vestidor, parezco otra persona. Para la ocasión, he elegido un vestido nuevo que realza mi figura y mi melena ya no parece un nido de ratas. Es posible que me haya esmerado y haya dedicado un par de minutos de más a acicalarme para cierto rey, y por eso no me he puesto un vestido al azar, como suelo hacer, y solo he partido dos tablillas del corsé. Las cosas que hacemos por los hombres con quienes nos acostamos.

—De acuerdo, ya estoy lista —anuncio mientras me pongo el abrigo.

Lu se levanta de la silla de un brinco, como si estuviese impaciente.

—Por fin.

Se acerca y me tiende el libro que ha estado leyendo frente a la chimenea. Cuando me doy cuenta de qué libro se trata, abro los ojos como platos.

—¿De dónde lo has sacado?

—Estaba tirado por ahí.

Le lanzo una mirada fulminante.

—Estaba escondido en uno de los trajes del vestidor.

Lu se encoge de hombros, haciéndose la inocente, y se pone ese abrigo negro tan grueso y mullido.

—Te aconsejo que la próxima vez busques un escondite mejor.

Sacudo la cabeza, cojo el libro sobre seres feéricos y lo guardo en el bolsillo interior del abrigo. Lu se encamina hacia el balcón y, antes de que pueda cerrar la puerta de la habitación, la soldado ya se ha encaramado a la barandilla de hierro forjado.

—Lu…

Sin titubear ni un solo segundo, dobla las rodillas y se arroja al vacío dando varias volteretas en el aire. Ahogo un grito y salgo corriendo al balcón. Por increíble que parezca, Lu se las ha ingeniado para agarrarse a la barandilla del balcón de la planta inferior. Tras una serie de acrobacias que dejarían boquiabierto a cualquier mortal, se desprende de la barandilla y aterriza sobre la nieve que cubre los jardines con una elegancia exquisita. La agilidad de Lu es impresionante, pues es capaz de realizar auténticas proezas heroicas sin tan siquiera despeinarse.

Me he quedado anonadada.

—¿Cómo diablos has hecho eso? —siseo.

Ella me sonríe con suficiencia.

—Muy fácil.

Resoplo, y trato de concentrarme. Enrosco mis veinticuatro cintas alrededor de la barandilla y después me subo al pasamanos. Me sujeto a varias de las cintas y, poco a poco, voy deslizándome por ellas, como quien escala por una cuerda, pero hacia abajo. Un puñado de cintas se aferran al siguiente balcón, me balanceo para tomar impulso y repito el proceso de nuevo.

Cuando por fin mis pies tocan suelo firme, los brazos me tiemblan por el esfuerzo y estoy jadeando.

—Has tardado un buen rato —me reprende Lu—, pero debo admitir que has mejorado un poquito desde la última vez que te vi bajando por ahí.

Le lanzo una mirada asesina.

—No todas somos acróbatas avezadas capaces de bajar tres pisos saltando de balcón en balcón.

Con una sonrisa de oreja a oreja, empieza a caminar. La sigo de cerca, pues no quiero quedarme rezagada. Enseguida reparo en un detalle: los sabuesos no corretean por la perrera porque cada noche los encierran dentro de esa caseta de madera, por lo que está vacía y totalmente en silencio.

—La fuerza que tienes en los brazos deja mucho que desear, Ricitos. Tienes que volver a entrenar con nosotros.

Las pocas sesiones de entrenamiento que compartí con los miembros de la Cólera fueron extenuantes a la par que rigurosas, pero recuerdo que, al terminar, me sentía mucho mejor, más despejada, más liviana incluso. Después de varias horas sudando tinta, tenía la sensación de haberme librado de mis vulnerabilidades y puntos más débiles.

—Me encantaría —admito.

A Lu parece satisfacerle mi respuesta, aunque su mirada es enigmática.

—Me alegro de que hayas recapacitado, de que al fin hayas entrado en razón, Ricitos.

Creo que ya no está hablando del entrenamiento.

Sonrío.

—Yo también.

—Por lo que he podido ver, has aprendido a controlar tus cintas —apunta, y no puedo evitar envanecerme un poquito al escuchar el cumplido.

—Siempre que tengo un rato libre, me dedico a practicar con ellas.

—Bien —dice Lu, y asiente con la cabeza—. Ahora necesito que cierres ese piquito de oro, ¿de acuerdo?

Atónita, mascullo:

—Qué grosera.

Me convierto en la sombra de Lu, y la sigo muy de cerca. Pasamos por los invernaderos hasta llegar a las murallas del castillo. Esta noche, el cielo está encapotado y, cada minuto que pasa, se vuelve más oscuro. La negrura se va tragando el paisaje, cubriéndolo con su tenebroso velo. Se detiene junto a una esquina, comprueba los alrededores, levanta la mano para indicarme que espere y, pasados unos instantes, me hace señas para que la alcance y prosigamos con su plan de huida.

Con los nervios a flor de piel, voy lanzando miradas furtivas por encima del hombro para asegurarme de que nadie nos sigue. Nos arrastramos hasta los establos, pero esta vez nos quedamos allí agazapadas varios minutos. Y es entonces cuando me doy cuenta de que Lu está examinando un reloj de bolsillo hecho de latón que lleva colgado del cinturón.

—¿Has estudiado los cambios de turno de los guardias? —susurro con la espalda pegada en la pared rugosa y fría del establo.

—Sí. Ahora shh —me ordena, sin dar más explicaciones.

Hago como que me cierro la boca con una cremallera invisible y escudriño los jardines del castillo. A lo lejos, distingo las esculturas de hielo. Por el día son unas tallas hermosas, pero ahora, en mitad de la noche, se confunden con espeluznantes espectadores y las siluetas adoptan un ademán más amenazador, más escalofriante. Por alguna extraña razón, no puedo dejar de escrutar esa parte del jardín y cuando advierto un ligero movimiento casi se me sale el corazón por la boca. Son dos guardias reales, y vienen directos a nosotras. Me pongo rígida, pero Lu no parece alterarse. Me dispara una mirada con un mensaje claro: «Quédate calladita y no te muevas».

Ni siquiera soy capaz de respirar con normalidad. Cada vez están más cerca del establo. Sin embargo, un segundo antes de que pasen por delante de nuestras narices y nos pillen *in fraganti*, uno de ellos murmura algo que no logro comprender y los dos se vuelven para echar una ojeada. No tengo ni la más mínima idea de qué ha captado su atención, pero no ha podido ocurrir en un momento más oportuno. Ha sido la distracción perfecta.

Lu mueve la cabeza y las dos salimos disparadas en dirección opuesta, ella a la cabeza y yo pisándole los talones. Miro de reojo a los guardias, que no parecen haberse percatado de nada.

Hacemos otro alto en el camino, esta vez en el cenador del jardín. Lu no deja de mirar su reloj de bolsillo, como si se hubiese memorizado todas las rutas de los guardias reales y estuviese contando los segundos antes de dar un paso más.

—Por los pelos —murmuro. El corazón todavía me late a mil por hora después de ese chute de adrenalina—. Ha sido una suerte que se distrajeran. —Me froto las manos para calentarlas. Ahí fuera hace tanto frío que se me han quedado heladas, a pesar de llevar guantes puestos—. Y bien, ¿cuál es el plan? ¿Cómo vamos a escabullirnos de este maldito castillo?

—Dentro de tres minutos, los soldados abrirán las puertas del castillo para el cambio de guardia que se encarga de patrullar el

perímetro exterior del castillo. Nos escaparemos en ese momento.

No puedo creer lo que acabo de oír.

—¿Qué estás diciendo? No podemos… escapar de este castillo por la puerta principal.

Lu no despega la mirada de su reloj.

—Sí, claro que podemos.

De repente, me da la sensación de que estoy hablando con una persona que ha perdido la chaveta.

—La puerta principal va a estar atestada de guardias reales.

—Por norma general, suele haber unos treinta —responde ella, y encoge los hombros.

Abro tanto la boca que por poco se me desencaja la mandíbula.

—¿Y aun así pretendes salir por ahí? ¿Te has vuelto loca?

—Ricitos Dorados, estás alzando demasiado la voz. ¿Te habían dicho alguna vez que cuando estás nerviosa se te pone voz te pito? Necesito que relajes esas cintas y respires hondo.

Está bien, tal vez he entrado en pánico, pero no hacía falta que se burlara de mí.

—Si intentamos huir por ahí, nos pillarán —insisto—. Creía que habrías encontrado alguna salida secreta, o que habrías sobornado a un guardia, o algo por el estilo.

—No me hará falta —responde ella—. ¿Preparada?

—¡No! —gruño.

Ella pone los ojos en blanco. Me asombra que esté tan tranquila cuando es evidente que nuestras vidas corren peligro.

—Mira, tú limítate a mantener esa boca cerrada, y te prometo que no habrá problemas. Tenemos que irnos, o perderemos la única posibilidad que tenemos de salir de aquí.

Farfullo una maldición, pero al final no me queda más alternativa que dar mi brazo a torcer. Lu deja atrás el cenador de hierro forjado y se dirige hacia el sinuoso sendero de piedra que atraviesa los jardines. Pasamos por delante de esa galería de esculturas de hielo, atravesamos el patio cerrado y, sin darme cuenta, nos plantamos casi en la entrada principal del castillo.

Hay varias antorchas encendidas a lo largo de la muralla; de lejos

parecen dedos de hierro que asoman de ese altísimo muro de piedra con garras de fuego como uñas. Vislumbro soldados armados hasta los dientes paseando a lo largo del parapeto, con esas capas de color púrpura que el viento huracanado no deja de agitar.

A mano izquierda diviso algunos vagones de carga y carruajes vacíos y, justo en el centro de la entrada, se erige una estatua tallada en piedra hecha a imagen y semejanza de un rey. Está colocada estratégicamente ahí para que cuando entres al castillo lo primero que veas sea un monarca ya difunto empuñando un sable.

Lu se detiene a la sombra de un rincón donde hay varios sacos de arena apilados que supongo que echan sobre el suelo cuando la capa de nieve es demasiado gruesa y necesitan comprimirla. Incluso acurrucadas en la penumbra de ese recoveco al que nadie le presta la más mínima atención, siento que estamos demasiado expuestas, que cualquiera podría vernos.

—Lu… —llamo con un hilo de voz. Me da igual que sea la soldado más sigilosa y escurridiza de toda Orea. Es humanamente imposible que podamos escapar de aquí por el inmenso portón de entrada al castillo.

Ella me atraviesa con una mirada afilada que me pone los pelos de punta, un método muy eficaz para hacerme callar. Slade no solo confiaba en que Lu me sacaría sana y salva del castillo, sino que no tenía ni el menor atisbo de duda de que podría llevarme hasta el campamento sin que nadie se percatara de nada y eso, sumado a mi propia confianza en ella, hace que me quede donde esté.

Cuando dos guardias se aproximan a la puerta y empiezan a levantar y retirar el pesado travesaño que la atraviesa de lado a lado, Lu murmura:

—Prepárate, Ricitos.

A pesar de la gélida temperatura que hace aquí fuera, estoy sudando de nervios. La puerta se abre y los guardias empiezan a entrar en fila india. A juzgar por su aspecto, con los hombros caídos y arrastrando los pies, parecen fatigados. Varios de ellos pasan de largo y sus siluetas se pierden entre los jardines, pero otros se quedan merodeando por ahí, charlando con sus camaradas y, al parecer, no

tienen ninguna prisa por volver a deslizar el travesaño y sellar la entrada al castillo.

Cuando Lu empieza a andar en dirección al portón, la sigo, aunque a regañadientes. Me pego a ella como una lapa. Estoy al borde de un ataque de histeria porque veo guardias por todos lados. Es cuestión de tiempo que alguno de ellos nos vea y dé la voz de alarma.

Siento el pálpito de mi corazón en los oídos, pero Lu continúa caminando con ese andar ligero y seguro. Me sorprende que no haya titubeado ni una sola vez. Sus pasos, más propios de un pájaro que de una soldado, apenas se oyen en la nieve, como si levitara en lugar de caminar. Todos los movimientos de Lu son ágiles y elegantes y sutiles, lo cual me hace sentir torpe y desmañada. Ni siquiera cuando emergemos de la penumbra que nos proporcionaba la sombra de las murallas y vamos directas hacia la puerta aminora el paso.

Estamos a la vista de todo el mundo, en mitad de la entrada. Dos de los guardias que custodian la muralla se vuelven hacia nosotras y me preparo para lo peor. Sin embargo, un segundo más tarde, apartan la mirada.

«¿Qué diablos ha pasado?».

No entiendo cómo es posible que no nos hayan visto y, aunque nos ha ido de un pelo, aún no podemos cantar victoria porque en ese preciso momento llegamos a la puerta. El grupo de guardias que tenemos a escasos metros de nosotras empieza a girarse y, de inmediato, me pongo tensa y comienzo a mentalizarme de que quizá tenga que echar a correr como si mi vida dependiera de ello.

Pero una vez más, algo los distrae de repente y un segundo antes de que adviertan nuestra presencia ahí desvían la atención hacia otro lado. Todos los hombres refunfuñan y empiezan a patear la nieve con las botas, señalando algo que no soy capaz de ver. Lu me atesta un codazo en las costillas para meterme prisa y cuando me quiero dar cuenta estamos cruzando el umbral de ese inmenso portón juntas.

Inspiro hondo en cuanto dejamos atrás las murallas del castillo de Rocablanca. Me parece tan increíble, tan surrealista, que estoy a punto de pellizcarme para cerciorarme de que no estoy soñando.

«Hemos salido».

Me cuesta creer que hayamos salido del castillo por la puerta principal, delante de las narices de decenas de guardias reales. Sabía que Lu era muy crítica con las medidas de seguridad que se toman en Rocablanca, y ahora entiendo por qué. Sin embargo, hay algo que no encaja, que no cuadra. Es imposible que hayamos tenido tanta suerte.

Caminamos a paso ligero, pero sin llegar a arrancar a correr. Me da la sensación de que llevo una diana colgada en la espalda, pero… no ocurre nada.

Nada en absoluto.

Echo un vistazo atrás y, entornando los ojos para tratar de ver algo en la oscuridad, observo las torres de vigía. Estoy convencida de que ahí arriba hay una patrulla cuya única misión es controlar a todo el que entra y sale del castillo. Sin embargo, nadie hace sonar la campana, nadie alerta de nuestra huida. Cuando Lu y yo alcanzamos la cima de una colina y estamos a una distancia más que prudencial de las murallas, los guardias que vigilan el perímetro empiezan a salir y, un minuto más tarde, las puertas se cierran, hasta el siguiente cambio de turno.

Lu asiente, satisfecha.

—Ahora estamos a salvo —dice, rompiendo así el silencio—. Buen trabajo. Si no hubieras dejado de protestar y de quejarte, me habrías complicado un poco las cosas.

—¿Cómo demonios hemos conseguido irnos sin que nadie nos vea? —pregunto entre resuellos, mientras intento seguirle el paso por la nieve. Camina demasiado rápido y me cuesta una barbaridad no quedarme rezagada.

—¿«Hemos», en plural? Querrás decir, cómo lo «he» conseguido —corrige Lu, y con esa mirada amarronada escanea el paisaje que se extiende ante nosotras.

Lanzo una de mis cintas para agarrarla por el brazo y obligarla a parar.

—Explícame lo que acaba de ocurrir. ¿Qué ha sido eso?

Lu arruga el ceño y aparta la cinta de un manotazo, como quien espanta a una mosca.

—Tengo un poco de magia.

Arqueo las cejas, sorprendida.

—¿Tienes magia? ¿Qué clase de magia?

—No es tan espectacular como la vuestra, la verdad. No puedo pudrir a mis enemigos, ni convertir un castillo en oro, pero sí puedo desviar la atención.

La revelación me deja asombrada.

—¿Y cómo funciona?

Ella se encoge de hombros, como quitándole importancia a su poder.

—Si alguien tiene su atención puesta en mí, por mucho que trate de disimular, lo percibo. Y entonces simplemente… hago que preste atención a otra cosa.

La verdad es que es un truco muy útil.

—¿Y puedes hacerlo con otras personas, o solo funciona contigo?

—Hasta cierto punto, sí —responde ella—. Si me acompaña una persona, no hay problema, es pan comido. Pero más allá de eso, se vuelve más complicado.

—Habría sido todo un detalle que me informaras de eso antes de ayudarme a salir del castillo.

Lu sonríe, y sus dientes relucen en la penumbra.

—Oh, pero así ha sido mucho más divertido. Tendrías que haberte visto la cara. Pensaba que te ibas a mear encima.

—Muchas gracias —murmuro con cierta indiferencia.

—Vamos. Aquí hace más frío que en las Tierras Áridas y se me está empezando a congelar el culo. Te llevaré a ver al resto.

La sigo y, al distinguir el resplandor anaranjado de las hogueras que han encendido en el campamento militar, no puedo evitar sonreír. Me invade una sensación de vértigo, pero en el buen sentido. Y es entonces cuando me doy cuenta de que estoy ansiosa por volver a ver a Slade, pero también a los otros miembros de la Cólera. Incluso al bruto y salvaje de Osrik, a pesar de que aún me asusta un poco.

Es curioso, pero me siento mucho más cómoda rodeada por las tiendas del ejército del Cuarto Reino que por los lujos del castillo que se alza majestuoso a mis espaldas. De hecho, tengo la impresión de que estoy volviendo a casa.

35

Auren

El ambiente que reina en el campamento es tal como recordaba. Soldados apiñados alrededor de hogueras disfrutando de una charla amigable y distendida, tiendas de cuero cubiertas por una fina capa de nieve y el olor de humo y carne asada en el aire.

A medida que nos vamos adentrando en el campamento, más soldados van reparando en mi presencia. Noto decenas de ojos clavados en la nuca y, aunque ya debería estar más que acostumbrada a atraer miradas, lo cierto es que me siento cohibida. No me miran como cuando era una prisionera de su ejército, como si me juzgaran por ser quien era, pero aun así advierto cautela y recelo en sus expresiones.

La verdad es que no les culpo. Prefiero no pensar en lo que opinan de mí. No sé qué les habrán contado, ni qué rumores y habladurías corren entre las filas. Nos topamos con un grupo de soldados que, al cruzarse con nosotras y reconocerme, enmudecen de repente y dejan la frase a medio terminar. Trato de dibujar una tímida sonrisa, pero enseguida apartan la mirada.

—¿Me odian? —pregunto. Quizá debería haberme mordido la lengua, pero siento demasiada curiosidad por averiguar la respuesta.

—Más que odiarte, no se fían un pelo de ti —responde Lu, que camina a mi lado—. Y mientras te vean como la mascota de Midas, nunca lo harán.

Asiento y refreno el impulso de ponerme la capucha y taparme la cara. No quiero que parezca que estoy tratando de ocultar quién soy. No tengo nada de que avergonzarme.

Así que levanto un pelín más la barbilla, echo los hombros hacia atrás y desenvuelvo mis cintas para que caigan sobre la nieve y se

arrastren a mi paso mientras las puntas doradas juguetean y brincan sobre ese suelo blanco y reluciente. Si pretendo encajar aquí y ganarme la confianza de estos soldados, o al menos su tolerancia, tengo que dejar de esconderme.

Lu me mira por el rabillo del ojo y asiente, como dando el visto bueno a ese repentino cambio de actitud. Justo lo que necesitaba para acabar de convencerme. Mientras seguimos zigzagueando por las tiendas del campamento, abarrotadas hasta los topes, se acerca una mujer que reconozco de inmediato. Inga, la soldado que nos encontramos Judd y yo la noche en que robamos la barrica de vino del flanco derecho, capitaneado por Lu. Todavía recuerdo el bochorno que sentí cuando Judd le dijo que estaba en *ese* momento del mes que tenemos las mujeres. Qué capullo.

Igual que aquel día, Inga tiene una boñiga de rizos castaños en la cabeza y una pipa de madera metida detrás de la oreja. Se coloca al otro lado de Lu y, sin musitar una sola palabra, se pone a caminar con nosotras.

—¿Cómo ha ido el entrenamiento? —pregunta Lu a modo de saludo.

—Ha ido bien. Hemos repasado algunas de las nuevas rutinas y después les he dado la noche libre. Más de una estará en la ciudad pasándoselo en grande.

—Bien —contesta Lu—. ¿Por qué no vas a la ciudad? Te lo has ganado. Y con creces.

—Gracias, pero prefiero quedarme aquí. Rocablanca no me atrae, la verdad. Hace un frío de mil demonios. Y, además, ¿has visto los corsés que llevan las mujeres aquí? —pregunta Inga, y tuerce la comisura de los labios en un claro gesto de desagrado.

—¿Verdad? —exclamo, y me inclino un poco hacia delante para poder mirarla a los ojos—. Son terribles. No sé cómo pueden respirar metidas en esos trajes tan ceñidos.

—La ropa del Cuarto es mucho mejor —responde Inga.

Lu mira a su camarada con una mezcla de complicidad y diversión.

—Pero si tú no llevas ropa de calle. De hecho, juraría que nunca te he visto sin el uniforme puesto.

Inga echa una ojeada a las plumas negras que decoran las mangas del abrigo y se pasa una mano por las tiras de cuero marrón que dibujan un trenzado a la altura del pecho.

—Es la mar de cómodo. Y me queda como un guante.

Lu suelta un resoplido.

Inga se saca la pipa que lleva en la oreja.

—¿Necesitas algo más, Lu?

—No. Descansa un poco, anda. Muchas gracias, Inga.

La soldado asiente y luego me mira.

—Nos vemos por aquí, Ricitos —dice. Y tras esas palabras de despedida, se da media vuelta y se marcha para reunirse con un grupo de soldados que están jugando a las cartas. La partida debe de estar reñida porque parecen alborotados y no dejan de vociferar.

—El apodo que me pusiste ha calado, ¿eh? —gruño, y Lu no se molesta en disimular su orgullo.

No tardamos mucho en dejar atrás las tiendas donde se alojan los soldados rasos, apelotonadas entre sí, y nos adentramos en una zona que, sin duda, goza de mayor privacidad. Ahí, en el corazón de esa vasta extensión de nieve y abetos, se erige una tienda más grande que el resto, una tienda que reconozco de inmediato. Vislumbro una hoguera a varios metros de la tienda y a su alrededor se ha reunido un familiar grupo de soldados. Están sentados sobre unos tocones de madera y conversan en voz baja. Mis labios dibujan una sonrisa al instante.

Nos acercamos y, de repente, unos ojos negros e insondables me buscan entre la oscuridad. Nuestras miradas se enlazan y siento que me quedo sin aire en los pulmones. Ha adoptado la apariencia del comandante Rip. Hacía tiempo que no veía esa versión de Slade y reconozco que me ha abrumado un poco. Las llamas parpadeantes le iluminan esa tez blanquecina con un ligero resplandor azafranado. Sin embargo, el fuego que arde entre nosotros es mucho más tórrido, mucho más candente.

Lu enseguida se percata de que me he quedado un pelín rezagada y me mira con el ceño arrugado.

—¿Te has roto un pie?

—¿Qué? No.

La mirada extrañada de Lu va botando entre Slade y yo hasta que, de pronto, ata cabos, pone los ojos en blanco y murmura algo que no puedo comprender porque mis cinco sentidos están puestos en Slade. No puedo evitarlo. Y menos cuando me mira de esa manera.

Una mera ojeada suya es como la delicada caricia de sus dedos en mi piel desnuda. Una caricia que, después de anoche, conozco muy muy bien. El brillo que distingo en esos ojos obsidiana parece reflejar el erotismo de nuestro último encuentro y, sin darme cuenta, se me sonrojan las mejillas. Slade me regala una media sonrisa.

Ah, esa sonrisita.

Oh, por el gran Divino, esa sonrisita.

—¡Ricitos, qué sorpresa! ¡Ven aquí ahora mismo!

Es Judd, que está haciendo aspavientos con las manos para que me acerque. Un tanto avergonzada, me doy cuenta de que, mientras yo miraba embobada a Slade, Lu ha seguido caminando y ya está sentada junto a sus amigos. Me retiro un mechón de pelo detrás de la oreja y me dirijo hacia el fuego, esquivando los charcos de nieve fundida que hay en el suelo.

—Creía que iba a tener que traerte a rastras —dice Judd con una sonrisa, y se inclina hacia un barril que tiene justo al lado y que intuyo que está lleno de vino—. Toma.

Acepto la copa de hojalata que ha llenado hasta el borde y me la acerco a la nariz para olfatear el intenso pero delicioso aroma de un buen vino.

—Qué detalle. Muchas gracias, Mostaza.

Judd pone una mueca y se pasa una mano por el pelo. Le guste o no, tiene el mismo color que los granos de mostaza.

—No es tan amarillo.

Arqueo una ceja.

—Escucha, yo soy dorada, ¿de acuerdo? A mí no me vengas con quejas.

Él se echa a reír. Esa dentadura perfecta y blanca resalta aún más por su piel bronceada.

—De acuerdo, tú ganas.

Cuando empieza a servir más copas de vino, me doy la vuelta. Slade no me quita ojo de encima. Pero esta vez, en lugar de quedarme atrapada en esa irresistible y cautivadora mirada, me fijo en Osrik, que en ese momento está retirando el pedazo de carne que estaba asándose sobre el fuego para empezar a trocearlo.

Es la viva imagen de la fuerza bruta, desde luego. Lleva un chaleco de cuero, con unas tiras alrededor de esos bíceps descomunales y, en lugar de haberse recogido el pelo, como es habitual en él, lo lleva suelto. Tiene la misma cara de guerrero sanguinario de siempre, pero al menos esta noche se digna a saludarme en lugar de amenazarme con quitarme la vida, lo cual ya es un gran paso.

Judd reparte las copas de vino al resto y, sin darme cuenta, mis ojos terminan posándose en Slade. Otra vez. Él sigue observándome con detenimiento y su aura, que más bien parece una columna de humo a su alrededor, va dibujando zarcillos que se enroscan en el aire y trazan espirales en un intento de alcanzarme. Como respuesta, mis cintas empiezan a deslizarse por el suelo, a revolverse entre la nieve y a tirar de mí hasta conseguir que esté delante de él.

—Hola —balbuceo.

¿Hola? ¿En serio eso es lo único que se me ocurre decirle?

Anoche ese hombre alabó mi cuerpo, lo veneró sin reservas para que me retorciera de gusto y me hizo saborear las mieles del placer más erótico que jamás he sentido. Y ahora que lo tengo delante, me quedo como un pasmarote, sin saber qué decir más que un patético «hola».

Él parece divertirse.

—Hola, Jilguero.

No habla, sino que prácticamente ronronea. Y es por eso por lo que mis oídos no escuchan un saludo inocente, sino el susurro de palabras obscenas e impúdicas. Noto su aliento cálido rozándome el cuello y, bajo ese traje de cuero negro, me parece advertir el contorno de esos abdominales que parecen cincelados en mármol.

He vuelto a hacerlo. Le estoy mirando fijamente, sin tapujos, de una forma abierta y descarada. Lo sé y, aun así, no soy capaz de despegar los ojos de él porque su cuerpo emana una energía que parece estar

cargada de lujuria y de estima, una energía que tiene un efecto magnético, casi hipnótico, en mí.

Ayer por la noche compartí lecho con su versión de rey… ¿Cómo será acostarse con su versión de comandante? ¿Me clavaría la punta de las minúsculas pero afiladas púas que asoman por encima de sus cejas? ¿Le besaría esa pincelada de escamas iridiscentes que tiene sobre los pómulos? ¿Me provocaría con esos colmillos puntiagudos mientras me mordisquea el…?

—¿Muslo o pechuga?

La voz de Osrik me arranca de esa breve ensoñación. Las mejillas me arden.

—¿Qué?

Él pestañea impaciente, y arruga un poco más esas cejas pobladas y despeinadas.

—¿Muslo o pechuga? —gruñe, y señala la carne que está cortando.

—Ah. Eh… ¿Muslo?

Osrik asiente antes de arrancar de cuajo el gigantesco muslo del pobre animal que, con toda probabilidad, ha cazado con sus propias manos.

Guardo los guantes en el bolsillo y acepto ese pedazo de carne sin protestar. Tengo que agarrar la punta del muslo con las dos manos para poder sostenerlo. No soy tiquismiquis con la comida, pero esto es ridículo.

Slade se compadece de mí y, por suerte, me quita el enorme muslamen de las manos para sacarle un buen puñado de carne, una cantidad mucho más manejable para mí.

—Gracias.

Tomo asiento en el tocón que queda libre, justo a su lado, y me llevo un bocado de carne a la boca. Está tan jugosa que prácticamente se deshace.

—Os, deja de descuartizar la cena, por favor. Lo que estás haciendo es una auténtica masacre —se queja Lu. Los tres están sentados a varios metros de nosotros, y la luz del fuego ilumina sus uniformes.

Osrik está que echa chispas por los ojos.

—¿Qué problema hay?

—Pues que parece que una manada de lobos salvajes haya mutilado nuestra cena —apunta Judd, en un cómplice gesto de solidaridad con Lu. Pero antes de que Osrik pueda lanzarle una mirada de esas que matan, el joven de melena mostaza le ofrece una copa de vino.

Osrik acepta la copa y, a modo de agradecimiento, arroja un pedazo de carne a Judd. En el suelo queda un reguero de grasa.

—Tienes suerte de que esté muerto de sed.

Judd sonríe y se sienta al lado de Lu, en el mismo tocón de madera.

—¿Acaso he dicho que pudieras sentarte aquí? —pregunta enarcando una ceja.

—A ver, si intentara compartir un tocón con Os, lo más probable es que me arrancara las piernas y las asara en ese espetón.

Lu ladea la cabeza con aire contemplativo.

—Es verdad.

Osrik refunfuña y después hinca el diente en un trozo de carne que tiene la piel carbonizada. Está tan duro que incluso oigo cómo cruje mientras lo mastica. Sin embargo, no rebate a Lu.

La situación me resulta bastante cómica. Les observo mientras me termino la cena y vacío la copa de vino; una parte de mí disfruta viéndolos bromear entre ellos, tomándose el pelo como si fuesen amigos de la infancia. Gracias a ellos, empiezo a relajarme hasta darme cuenta de que… me lo estoy pasando bien. No estoy con el alma en vilo. No tengo que vigilar todo lo que digo o hago. No tengo que interpretar un papel. Me siento en la libertad de ser yo misma, de no tener que estar mirando por encima del hombro constantemente. Quizá el castillo de Rocablanca esté al otro lado de esta misma colina, pero en este instante siento que estoy en otro lugar del mundo.

—Supongo que Lu y tú no habéis tenido ningún problema para llegar hasta aquí —dice Slade.

Utilizo la nieve que tengo junto a mis pies para limpiarme las manos como buenamente puedo y después las extiendo frente a las llamas de la hoguera para derretir los copos y así entrar en calor.

—Ningún problema. Por cierto, su magia nos ha venido de perlas. Es un truco buenísimo.

—Lo es —responde él, pero no da más explicaciones. Toma un sorbo

de vino y estira las piernas.

—¿Todos los miembros de tu Cólera tienen un truco escondido debajo de la manga?

Él me lanza una mirada traviesa.

—Me temo que tendrás que averiguarlo tú solita.

Miro de reojo a Osrik, que sigue vapuleando al pobre animal asado, y no estoy segura de querer saberlo.

Bajo la voz para preguntarle:

—¿Ellos… lo saben?

Es evidente que la conversación le está divirtiendo sobremanera.

—¿Puedes ser más precisa? ¿Si saben el qué, exactamente? Que nosotros…

—No —siseo, y echo una ojeada a los demás. Por suerte, están ocupados tomándole el pelo a Judd sobre algo.

Slade esboza una amplia sonrisa, y es entonces cuando caigo en la cuenta de que lo ha hecho a propósito. Que Rip Postizo pudiese oír algunas de las cosas que ocurrieron anoche en la habitación de Slade ya es bochornoso de por sí.

—No me refiero a eso, sino a si saben que cambias de *abrigo* —insisto, tratando de medir las palabras para no meter la pata.

Él bufa.

—Sí, saben que cambio de apariencia. Son los únicos que lo saben, aparte de ti.

La emoción me inunda el pecho, como cuando sumerges una esponja en la bañera y absorbe todo el agua. El halago me conmueve y me abruma, y no puedo evitar sentirme orgullosa de formar parte de ese pequeño círculo de personas a las que ha confiado su secreto.

—Pobre tío, ¿eh? —se entromete Judd, demostrando así que, aunque parezcan distraídos, sí están escuchando nuestra conversación —. Tiene que elegir entre púas que le salen del culo o líneas mágicas en los… innombrables.

Frunzo el ceño.

—No tiene líneas mágicas en sus… —empiezo, y aunque me callo enseguida, ya es demasiado tarde.

Lu se atraganta con el vino y Judd ladra una risotada.

—¡Ajá! ¡Os lo dije! —exclama, y se da una palmada en la rodilla, loco de contento—. Ráscate el bolsillo y págame, Os.

Mortificada, entierro la cara entre las manos.

—Oh, diosas.

—No es para tanto, Ricitos —me dice Judd—. Lo sabemos todo de todos. Hasta sé las veces que Os caga al día —presume, y Osrik le dispara una mirada asesina—. Cuatro, por si quieres saberlo.

Qué asco.

—No quería saberlo —mascullo. Aún no me atrevo a apartar las manos de la cara. Teniendo en cuenta el rumbo que está tomando la conversación, creo que es lo más sensato.

—Oye, Judd —llama Slade, y separo los dedos para poder ver algo.

Él yergue la espalda y cuadra los hombros. Parece satisfecho.

—¿Sí, comandante?

—Cierra el pico.

Judd dice que sí con la cabeza, pero no parece en absoluto ofendido.

—Sip. En boca cerrada no entran moscas.

Me echo a reír en las palmas de la mano y, de repente, noto los dedos de piel dura y callosa de Slade entrelazándose con los míos y después me retira las manos de la cara.

—No hagas caso a Judd. Es un capullo inaguantable, no puede evitarlo.

—Es verdad —pía Lu—. Eso se le da de maravilla.

—Sí, sí, pero os entretenéis un montón conmigo —se defiende Judd.

Sacudo la cabeza y me giro hacia Slade.

—Entonces… Solo para que me quede claro, no tienes una púa que te sale del culo, ¿verdad?

Lu, Judd y Osrik estallan en una risa histérica. Slade tan solo suspira.

—No tengo púas en el trasero.

«Menos mal», pienso para mis adentros.

—Y bien, ¿te alegras de haber venido al campamento? —pregunta Lu con una sonrisa de superioridad pegada en los labios.

—¿Sin contar todos los comentarios sobre el trasero de Slade y las

evacuaciones de Osrik? Me alegro muchísimo —respondo, y todos me regalan una sonrisa, como si fuese precisamente eso lo que esperaban oír.

La camaradería y campechanía con que se tratan entre ellos es visceral, y me llena de una sensación de amistad sincera y familiar que jamás había sentido en mi vida. Se toman el pelo, se burlan los unos de los otros, pero no advierto una pizca de rencor, ni de competitividad. Mantienen una relación de fraternidad sana, sin celos, sin resentimientos. Salta a la vista que pondrían la mano en el fuego por los demás, que se defenderían a capa y espada si llegara el momento. Es como si fuesen una familia. Se conocen muy bien, e incluso cuando están bromeando o mofándose de alguno de ellos, percibo esa lealtad que se profesan.

—Así que esta noche eres Rip —comento, y echo una ojeada a las púas que sobresalen del uniforme de Slade.

—Sí —confirma él, y baja la vista porque dos de mis cintas han empezado a juguetear con los cordones de sus botas—. Estáis jugando con fuego, bonitas.

Me encojo de hombros porque ya me he rendido. No voy a seguir tratando de contener a esa panda de descaradas.

—¿Cambias mucho de forma? —pregunto con evidente curiosidad.

—A veces no tengo más remedio que hacerlo. Pero hay días en que no me apetece ser el rey Ravinger, ni lidiar con toda la responsabilidad que el cargo comporta.

—Es como una válvula de escape para ti.

Él asiente con la cabeza.

—No siempre es fácil ser el Rey Podrido —responde con cierto sarcasmo, aunque sé que sus palabras esconden una verdad dolorosa, y no puedo evitar sentir pena por él. No quiero imaginarme el peso que está condenado a cargar sobre sus hombros, no solo como cualquier otro monarca, sino como un rey al que todos temen. Un rey al que muchos desprecian.

—Te entiendo. De hecho, te envidio —admito en voz baja. Mientras tanto, mis cintas continúan enroscándose alrededor de sus botas y de sus tobillos con aire juguetón—. Si pudiera dejar de ser la chica

dorada una sola noche, no lo dudaría ni un segundo.

De repente, Slade me agarra por la barbilla con el pulgar y el índice y la levanta un poquito para obligarme a mirarle a los ojos.

—No vuelvas a decir eso —murmura. Por su tono de voz, intuyo que no es una súplica, sino una exigencia—. Sin tu luz, el mundo sería un lugar triste y aburrido.

Siento una ligera opresión en el pecho. El mero roce de sus dedos ha encendido una mecha y siento que el calor se va extendiendo por todo mi cuerpo.

—Mierda —se queja Judd—. Rip se está poniendo romántico. Joder, me están entrando ganas de vomitar.

Slade suelta otro suspiro exasperado y me suelta la barbilla.

—¿Lu?

—¿Sí, comandante?

—Pégale un tortazo a Judd de mi parte.

A Judd no le da tiempo a reaccionar, ni tampoco a esquivar el golpe. Lu le atesta un buen collejón, y él suelta un gañido.

—¡Au! ¿Por qué eres tan violenta?

Lu le dedica una sonrisa de oreja a oreja.

—Porque me hace muy feliz.

Se me escapa una risita.

—Vamos, Mostaza —gruñe Osrik, que se pone en pie, agarra a Judd por la manga y tira de él—. Vamos a buscar otra barrica de vino para Lu. Ya la conoces, es mucho más simpática después de tomarse varias copas.

—Tienes razón —dice ella.

Los tres se marchan y sus siluetas se pierden en la oscuridad. Slade y yo nos quedamos a solas, con la hoguera como única compañía. Las llamas parecen lenguas de fuego que tratan de alcanzar el cielo.

—En fin…, Jilguero —empieza, con una voz más grave, más decadente, y su aura comienza a enrollarse a mi alrededor. Me lanza una mirada indulgente y seductora, una mirada que aviva las ascuas candentes de mi pasión—. Ahora que estamos solos, ¿qué podemos hacer?

Aunque utilice la entonación de una pregunta, él ya tiene la

respuesta, y es la misma que la mía.

Dibujo una sonrisa coqueta.

—Tengo varias ideas.

36

Auren

No sé quién besa a quién primero, pero nuestros labios se buscan y se encuentran en una explosión de inmenso deseo. Noto el frío glacial del viento invernal, pero también el cálido arrullo de la hoguera que arde frente a nosotros. Es como una batalla de temperaturas extremas, una confrontación tan salvaje como nuestro impulso por satisfacer la lujuria que fluye por nuestras venas.

Slade me sostiene la cabeza por la nuca y hunde los dedos entre los bucles dorados de mi melena como si quisiera llegar a lo más profundo de mi ser mientras me besa con una pasión desaforada.

Con esa actitud dominante que tanto me excita, me inclina la cabeza hacia atrás, tal y como a él le gusta, para poder meter la lengua hasta el fondo de mi boca, como si quisiera sorberme entera.

Cuando me separo para poder coger aire, él gruñe, como un depredador al que le roban la presa que acaba de cazar.

—No te apartes de mí —murmura.

Entre risas, respondo:

—Tienes que dejarme respirar.

—Quiero respirarte —responde él—. Tu aliento, tu aura, tu esencia. No quiero perderme nada de ti.

Tengo la sensación de que mi estómago pega un brinco y rebota contra mis costillas. Sus palabras me elevan, me llevan hasta la cima de una montaña invisible al ojo humano. Mis cintas empiezan a envolver su cuerpo y él me estrecha con firmeza entre sus brazos y así, una vez más, el mundo que nos rodea se desvanece hasta que solo quedamos él y yo. Aquí, ahora.

Levanto una mano y, con la yema de los dedos, le acaricio las escamas color ceniza que recubren sus pómulos. Me quedo

maravillada al descubrir que tienen una textura suave, delicada, casi satinada. Reflejan el fulgor de las llamas, un brillo que resalta los rasgos feéricos de su rostro.

—¿Tus padres también tenían escamas? —pregunto.

—Mi padre.

Intento descifrar el tono de su respuesta, pero los copos de nieve que se quedan enredados entre su pelo azabache me distraen. Slade lanza una mirada furiosa hacia ese cielo plomizo.

—Aquí siempre nieva.

—Estamos en Rocablanca, ¿qué esperabas? —bromeo—. Al menos en este reino no hay nevascas que te dejan aislado e incomunicado durante semanas. Las tormentas de nieve que han caído han sido suaves.

—No veo el momento de regresar a mi reino y ver el sol.

Noto la brisa de la nostalgia soplando en mi interior, una brisa que me recuerda a una cálida tarde de verano frente al mar.

—Por todas las diosas, ni siquiera recuerdo la última vez que pasé un día tomando el sol. En esta parte de Orea el cielo siempre está encapotado y hace un frío glacial. En Alta Campana, nevaba a todas horas, y en las pocas ocasiones que salió el sol, un fenómeno casi insólito, no se me permitió salir para poder disfrutarlo.

La impaciencia enturbia las aguas negras de su mirada.

—Volverás a ver el sol, Auren. Verás todo lo que quieras, sin prohibiciones, sin restricciones.

Se me llena el corazón al oír esa voz firme y resuelta, al notar sus manos alrededor de mi cintura.

—Lo haré —respondo.

Él asiente, como si acabáramos de hacernos la misma promesa.

—Venga, entremos en la tienda. Ahí hace una temperatura más agradable.

Esperaba que se hiciera a un lado y me cogiera de la mano, pero, en lugar de eso, me levanta en brazos. El gesto me pilla desprevenida y suelto un grito de sorpresa.

Con ese andar relajado a la par que firme, Slade me lleva en volandas hasta la tienda y, cuando estamos lo bastante cerca, varias de

mis cintas se deslizan y retiran las solapas de cuero que hacen las veces de puerta para que podamos entrar fácilmente.

El calor que desprende el montoncito de carbón que arde en el centro de la tienda me da la más cálida de las bienvenidas. Slade me deja sobre un montón de pieles tan suaves que parecen de terciopelo. Echo un vistazo a mi alrededor y compruebo que todo está igual que antes, salvo…

—¿Te has deshecho de mi camastro? —pregunto al fijarme en la estructura metálica que hay desmontada y apilada en la esquina donde yo solía dormir.

—No exactamente —responde él, y señala su camastro con la barbilla—. Ahora que no tenemos que dormir separados, he cambiado un poco la distribución de las camas y he colocado tu camastro pegadito al mío.

Le regalo una sonrisa maliciosa.

—Qué presuntuoso por tu parte pensar que voy a dormir contigo, comandante Rip.

—Presuntuoso, atrevido, grosero… Llámalo como quieras —responde él sin alterar la voz—. Los dos sabemos que voy a acabar metido dentro de ti.

—¿En serio?

Me desabrocho el abrigo y, al quitármelo, el libro sobre seres feéricos se resbala del bolsillo interior y cae al suelo. Había olvidado por completo que lo había guardado ahí.

—¿Qué es eso?

Lo recojo enseguida y compruebo que no se haya dañado, que las páginas siguen intactas.

—Un libro que encontré en la biblioteca —explico, despertando así el interés de Slade—. Pero… ya hablaremos de eso más tarde. —Con cuidado, dejo el libro y el abrigo encima de su armadura y después me siento a los pies de su… de nuestro camastro. Me cruzo de piernas y esbozo una sonrisa que pretende ser seductora—. Por el momento, me apetece hacer otra clase de cosas.

Con tan solo cuatro zancadas, cruza la tienda y se planta delante de mí. Apoya las manos sobre el camastro y se inclina hacia delante con

aire desafiante, hasta que su cara queda a apenas unos centímetros de la mía.

—Me he pasado el día pensando en todo lo que sentiste anoche —murmura, y después pasa la nariz por mi cuello, rozándome esa zona tan sensible y tan erógena con su aliento cálido—. En el aroma de tu piel, en los suspiros y gemidos y alaridos que soltabas cada vez que te embestía.

Me estremezco, echo la cabeza hacia atrás y poco a poco voy cerrando los ojos, mientras él me besa la piel con esos labios pícaros y provocadores. Se agacha frente a mí y, en un movimiento hábil y astuto, me desliza la manga del vestido para dejarme el hombro al desnudo.

—Me has embrujado, Auren. Me has lanzado un hechizo y ahora tú gobiernas mis sentidos, mis pensamientos. Cada vez que parpadeo, lo único que veo eres tú, como si hubieses grabado tu imagen en mi retina para asegurarte de que seas tú lo último que veo cuando cierro los ojos. ¿Y sabes qué?

Mi voz suena ronca, sedienta.

—¿Qué?

Y entonces se aleja un poco para poder mirarme a los ojos.

—No lo cambiaría por nada en el mundo.

Esta vez soy yo quien alarga el cuello para reclamarle un beso. Un beso y mucho más.

Slade representa todo lo que creía que jamás podría tener. Un exquisito sorbo de vino que creía que nunca iba a poder catar, y mucho menos saborear.

Le abrazo con más fuerza y dejo que mis cintas se enrosquen alrededor de su cuerpo, como si temiera que alguien fuese a arrancármelo de las manos, a desterrarlo de mi vida.

Me dejo llevar y quizá me paso de entusiasmo con el beso porque en un momento dado le muerdo el labio. Enseguida noto el sabor cobrizo de la sangre en la lengua, pero Slade no se aparta. No me reprende, ni tampoco se enfada. De hecho, el mordisco parece excitarle todavía más porque suelta un rugido casi de admiración que termino devorando.

—¿Se te ha abierto el apetito? —se burla sin despegar sus labios de los míos.

—Llevo mucho tiempo pasando hambre —susurro. Y en cuanto pronuncio esas palabras en voz alta, me doy cuenta de que es verdad. Hace muchos años que no alimento a mi alma. Pensaba que lo único que anhelaba era libertad, pero lo cierto es que también deseaba esto.

Mi vida era una llanura árida y yerma, con un horizonte borroso e inalcanzable. Estaba sometida al control de otra persona, atada a unas cadenas invisibles que no me atrevía a romper. Mi existencia era insulsa y anodina, sin desarrollo, sin crecimiento, sin cambios. Un desierto despoblado que ni siquiera tenía dunas de arena, solo tierra estéril.

El mundo me enseñó que las cosas siempre pueden ir a peor. Y así fue como aprendí a conformarme, a resignarme.

Me empeñaba en buscar el lado bueno de todas las desgracias y calamidades que me sucedían, un falso optimismo que acabó por cegarme.

A veces, cuando te pasas la vida esperando a que amaine la tormenta y dejas que te arrastre la corriente, terminas surcando por un mar desconocido, a la deriva, sin rumbo.

De pronto, veo que Slade repliega esas cejas negras y pobladas y pasa un dedo por debajo de mi ojo, secándome así una lágrima que, sin darme cuenta, había derramado.

—¿Qué es esto? —pregunta con una voz áspera y cargada de preocupación.

Sacudo la cabeza e inspiro hondo, embriagándome así de su esencia. Tierra recién arada, astillas de madera húmedas por la lluvia, chocolate amargo pero exquisito.

—Es solo que me siento… feliz.

Suaviza los rasgos y entonces me empuja suavemente hasta que recuesto la espalda sobre esas mantas de pieles. Él se coloca encima de mí. Tiene varios copos de nieve entre esa melena negra y fría, pero sus caricias son cálidas y tiernas y amorosas. Si pudiese, me fundiría con él para siempre.

Slade me mira como si me adorara, como si me quisiera, y me roza

la mejilla con el pulgar, como si me estuviese besando con la piel.

—Yo también me siento feliz, Jilguero.

—Hay muchas cosas de las que deberíamos hablar —digo, y paso las manos por los hombros de su chaleco de piel—. Pero por ahora, quiero que solo seamos el comandante y el jilguero y que nos olvidemos, por un buen rato, de las jaulas y las coronas.

Su expresión es de absoluta comprensión.

—Adoptaré la forma que tú quieras. Y te daré todo lo que necesites.

—A ti —respondo, y no miento—. Solo te necesito a ti.

Slade se pone en pie, pero sus ojos no me abandonan en ningún momento, y poco a poco se va quitando la ropa. El abrigo, la camisa, las botas, los pantalones, todo acaba tirado en el suelo, hasta que se queda totalmente desnudo delante de mí, dejando así al descubierto las púas oscuras y afiladas que salen de esa tez pálida y blanquecina.

A lo largo del hombro vislumbro otra pincelada de escamas que no había visto antes, dos bandas de un gris irisado que van desde las escápulas hasta el cuello, justo detrás de las orejas.

Contemplo cada parte de su cuerpo y no puedo evitar fijarme en las seis púas que asoman por su espalda, seis pequeños garfios punzantes, las seis garras afiladas de un depredador. También exhibe con orgullo las cuatro púas de los antebrazos, pero desde luego sus rasgos feéricos no son lo que más me impresiona, sino su miembro viril abultado y grueso y enhiesto.

Impaciente por sentir su cuerpo contra el mío, me incorporo y levanto los brazos. No hace falta que diga nada, pues Slade capta el mensaje de inmediato. Agarra la tela del vestido y me lo quita lentamente. Igual que anoche, se toma su tiempo para desatarme las botas, descalzarme y retirarme las medias.

—Es como desenvolver un regalo —murmura.

Su mirada rueda por mi voluptuosa figura como lo hace una hebra de hilo sobre un huso. Juraría que siento cómo en su mente empiezan a entretejerse ideas escandalosas, pensamientos impúdicos que bordará sobre mi piel hasta que termine envuelta en un mantón de ávido deseo, y con solo pensarlo todo mi cuerpo se sonroja.

Él se arrodilla sobre el suelo, justo delante de mí, y con esos dedos

de piel áspera empieza a trazar una línea a lo largo de mi muslo.

—Anoche no pude tomármelo con calma, pero ahora que tenemos todo el tiempo del mundo, voy a lamerte el clítoris hasta que te corras en mi lengua.

Se me ilumina la mirada, pero junto las rodillas de forma que su mano queda atrapada entre ellas.

—Yo, ejem, nunca me han… Quiero decir que… No sé si me va a gustar…

Slade se queda quieto, pero su aura sigue cerniéndose a su alrededor como una sombra.

—¿Estás diciendo que nunca has estado con alguien que te haya hecho alcanzar el orgasmo con la boca?

Niego con la cabeza, y las mejillas se me sonrojan de vergüenza. La pregunta me ha hecho sentir vulnerable, casi incómoda.

Slade alarga la mano y me coge las mejillas con el índice y el pulgar para que le mire a los ojos.

—Entonces soy el cabrón más afortunado sobre la faz de Orea, porque voy a ser el primero en probarte.

Y antes de que pueda tratar de convencerle de lo contrario, o al menos expresarle mis dudas y preocupaciones, él agacha la cabeza, muerde la costura de mis braguitas de encaje y, con los dientes, va deslizándolas poco a poco hacia abajo. Reconozco que la imagen es de lo más erótica. Los movimientos de Slade son delicados, sensuales, desenvueltos, seguros.

Cuando ha conseguido bajármelas hasta las rodillas, me las quita con las manos y después las tira a un lado.

—¿Te he dicho alguna vez lo hermosa y atractiva que eres? —pregunta, y su mirada negra sobrevuela mi cuerpo y aterriza de nuevo en mi cara.

Entonces arrima su boca a mi vientre y me sopla el interior de los muslos. Pese a la sutileza de la caricia, doy un respingo.

—No, que yo recuerde —respondo con aire distraído.

—Hmm —murmura él—. Entonces voy a tener que asegurarme de que lo recuerdes ahora. Confía en mí, ¿de acuerdo?

Le digo que sí con la cabeza y, un segundo después, su lengua se

precipita sobre mi clítoris. Corcoveo las caderas, sorprendida y excitada al mismo tiempo, pero Slade las empuja con fuerza hacia abajo, hacia esa manta de pelo animal, y acabo cediendo. Su aura se retuerce a su alrededor, formando pequeños caracoles y tirabuzones en el aire, y varios zarcillos parecen querer escaparse de esa nube oscura, ansiosos por saborearme también.

Tengo los nervios a flor de piel y, en un acto reflejo, tenso todos los músculos del cuerpo. Estoy rígida, casi agarrotada. Él levanta la mirada de entre mis piernas.

—Relájate y confía en mí. Te daré lo que quieres.

Lo que no quiero es arruinar este momento porque me sienta expuesta o me paralicen los miedos. Así que me armo de valor, inspiro hondo y asiento con la cabeza. Las manos me temblequean por los nervios, así que las entierro entre los pliegues de la manta, cierro los puños y, al fin, me tumbo de nuevo sobre el camastro.

—Confío en ti.

Slade me levanta la pierna y las púas curvadas que emergen de sus brazos refulgen, un brillo que me hace pensar en los colmillos de un animal salvaje. Al darse cuenta de que miro esas púas con cierta cautela, me guiña el ojo.

—No te harán daño, pero por ahora…

Y un instante después, las púas se retraen, se hunden en su piel y desaparecen por completo de su espalda y brazos. Las únicas que permanecen en su sitio son las más pequeñas, las que tiene justo encima de las cejas, unas minúsculas puntas afiladas de color negro que, aun a riesgo de sonar un tanto alocado, le otorgan un aspecto aún más irresistible.

Slade se acomoda mi rodilla derecha encima del hombro, asegurándose así de que no voy a volver a cerrar las piernas. Debe de hacer un par o tres de días que no se afeita porque noto esa barba incipiente rascándome el interior de los muslos mientras él va resbalando esos labios juguetones y húmedos por mi piel, hasta que su lengua empieza a lamerme la vagina.

—¡Oh! —suspiro. Clavo las uñas en las pieles y trato de cerrar de nuevo las piernas, pero puesto que una está sobre el hombro de Slade,

no puedo. Su lengua se arrastra hacia el clítoris, empapándose de mi propia humedad, y la sensación es tan intensa que me abruma. Todo esto es tan impúdico y a la vez tan íntimo, y no sé si…

—Relájate —me ordena por segunda vez, y su voz vibra en mis entrañas.

Para ser sincera, dudo que pueda llegar a relajarme, pero entonces su boca escala de nuevo hasta mi clítoris y me dejo llevar. Me besa la entrepierna como si pudiera leerme la mente, como si supiera qué debe hacer para que todos mis escrúpulos, prejuicios y miedos se desvanezcan. Con su lengua lamiéndome, sorbiéndome, dibujando círculos sobre ese desconocido botón de placer, presionándolo con fuerza, me olvido de pensar, me olvido de todas mis inseguridades y al fin empiezo a sentir. Y cuando sumerge un dedo en las profundidades de mi cueva, pierdo el miedo a lo desconocido y me despojo de todos mis recelos, entregándome así a esa vorágine de sensaciones.

—Buena chica —gruñe él, y, aunque no aparta la boca, en su voz aprecio orgullo masculino—. Eres mi nuevo sabor favorito. Quiero comerte todas las noches.

Después de pronunciar esas palabras sucias e indecentes, pega la boca a mi clítoris otra vez y entonces… Entonces me devora. Slade besuquea y succiona y lame y mi cuerpo entra en éxtasis. Cierro los ojos y me rindo a su devoción insaciable. Es como si estuviese venerando mi cuerpo y, arrodillado, lo adorara con una fe férrea en la destreza de su lengua divina y decadente. Mantiene la mano sobre mi cadera para evitar que me mueva mientras, con la otra, va moviendo el dedo hacia dentro y hacia fuera. Estoy tan excitada, tan húmeda, que prácticamente patina por mi vagina. Aunque Slade me tenga inmovilizada para reivindicar mi placer, tengo la impresión de estar subiendo una montaña y, justo cuando estoy a punto de alcanzar la cumbre, todo a mi alrededor desaparece.

Dos de mis cintas escarban entre los mechones de su melena negra y brillante. Se enroscan entre su pelo y le sostienen la cabeza para forzarle a quedarse justo ahí, mientras estrujo las pieles de las mantas entre los puños y combo la espalda.

—No pares, no pares —suplico, y me retuerzo sobre su boca

mientras en mi mente estallan pensamientos que solo puedo definir como indecorosos.

De pronto, con el dedo dentro de mí, lo dobla un poco para rozar un punto que me hace ver las estrellas.

—¡Slade!

—Córrete, muñeca —me ronronea al oído con un hedonismo oscuro —. Quiero que te corras mientras te acaricio el clítoris con la lengua y entierro mi dedo en esa vagina dulce y deliciosa.

—Oh, por todas las diosas… —gruño, y siento que soy una burbuja a punto de explotar.

Él sigue meneando el dedo, indagando en mis profundidades, un preludio de lo que está por venir y, de repente, noto su lengua húmeda sobre mi clítoris una vez más y caigo rendida al placer más carnal, más erótico.

Grito, aunque no sé qué digo, ni qué ruidos hago. Estoy demasiado perdida, demasiado desorientada, como si una ráfaga de un viento huracanado se me hubiera llevado por delante y, mientras ruedo y doy volteretas, me voy adentrando en una espiral de profundo placer.

Todavía estoy surcando las olas de esa tormenta invisible cuando noto que Slade se levanta, hinca las dos rodillas sobre el camastro y empuja su verga en mi interior, pero solo un poco, apenas un par de centímetros.

Abro los ojos de golpe y, mordiéndome el labio, bajo la mirada hasta el pubis.

—Más —jadeo, porque lo necesito, porque necesito sentir esa conexión con él, porque necesito que él goce de ese momento tanto como yo.

Él tuerce los labios en una sonrisa maliciosa, pero sus ojos arden de deseo.

—No seas avariciosa, Jilguero. Acepta lo que te doy, y saboréalo.

Una bola de fuego rueda por mi vientre, y arqueo una ceja con cara de indignación.

—Entonces dame más —replico.

Estira aún más los labios hasta dibujar una sonrisa de absoluta satisfacción y después se inclina hacia mí para mordisquearme

suavemente los labios.

—Siempre tan impaciente.

Enlazo mis piernas alrededor de sus caderas para intentar tirar de él y así lograr que se adentre un poco más, pero él se ríe por lo bajo y sacude la cabeza. El muy canalla sale de mí y después vuelve a penetrarme igual que antes, solo con la punta de esa verga abultada y dura y pícara.

—Debería hacer que te retorcieras y convulsionaras y me rogaras durante horas.

Pestañeo, horrorizada.

—No, por supuesto que no.

Esa sonrisa embaucadora es tan irresistible que debería considerarse un pecado capital. De no ser porque estoy ansiosa e impaciente, me derretiría ahora mismo sobre el camastro. Él saca la verga muy lentamente y vuelve a meterla, pero esta vez un poco más profundo.

—Slade.

—¿Sí, Auren? —canturrea con aire burlón.

Basta. No lo soporto ni un segundo más.

Con disimulo, arrastro mis cintas por el camastro y las envuelvo alrededor de su cuerpo. Sé que Slade es de reflejos rápidos, así que no le concedo ni un solo segundo de reacción. En cuanto veo que tensa los músculos de la cintura, utilizo la fuerza de las cintas para darnos la vuelta y así ponerme encima de él. Ahora soy yo quien tiene el control, quien está sentada a horcajadas sobre él. Quiero sentir su virilidad dentro de mí, entera, y eso hago, me hundo sobre sus caderas y él deja escapar un suspiro rasgado.

Arqueo la espalda, echo la cabeza hacia atrás y un gruñido escapa de mi garganta.

—Sí…

Él me agarra por la cintura con tanto ímpetu que noto los diez dedos de sus manos clavándose en mi piel.

—Me encanta cuando cabalgas sobre mí con esa mirada lasciva —dice, con un tono de arrogancia y satisfacción—. No te imaginas cuánto me excita ver cómo tomas las riendas para satisfacer tus deseos.

Apenas oigo lo que dice, pues estoy demasiado absorta meneando las caderas, frotando mi entrepierna con la suya. Desliza una mano por mi tripa y va trepando hasta llegar a un pecho. Lo acaricia, lo manosea y me pellizca el pezón para ponerlo duro, firme, en punta.

—Más duro, cielo. Fóllame más duro —exige. Con la otra mano me ayuda a moverme, a resbalarme por su miembro una y otra vez, y mi cuerpo empieza a escalar por esa montaña para tratar de llegar a la cima.

Palpo esos abdominales tan perfectos que parecen esculpidos en mármol y después apoyo las manos sobre su torso desnudo para mantener mejor el equilibrio. Sigo sus indicaciones al pie de la letra, y empiezo a contonearme de una forma más rápida y más dura y más salvaje mientras él continúa ayudándome a retozar sobre su verga, que está tan hinchada que parece que vaya a reventar.

—Abre los ojos y mírame, Auren —ordena.

Al percatarse de que hago caso omiso a su imposición, él se incorpora y me mece sobre su regazo. Le rodeo la cintura con las dos piernas y entonces me embiste como nunca lo ha hecho antes, con una brutalidad desconocida, penetrándome hasta lo más hondo de mi ser. Sus caderas se sacuden sin cesar, arrancándome así un gemido grave, ronco.

—Eso es. Abre esos preciosos ojos dorados que tienes. Quiero que me mires cuando tu coño perfecto empiece a presionarme la polla, a exprimirme hasta la última gota de semen.

Esas palabras indecentes e inmorales no me repugnan, sino que actúan como el más efectivo de los afrodisíacos y estimulan todavía más mi deseo.

Dibuja una línea con los dedos a lo largo de mi columna vertical, y lo hace con tal delicadeza que me da la sensación de que está pasando una pluma por la base de mis veinticuatro cintas. Y entonces empieza a puntearlas suavemente, como si estuviese tocando el arpa, y mi cuerpo entona una canción, una melodía que solo él puede oír. Se me pone la piel de gallina y mis cintas se estremecen de puro éxtasis.

Coloco los brazos sobre esos hombros fornidos y fuertes, doblo los codos y entierro los dedos en esa melena tan sedosa, tan brillante, tan

negra. El fervor y la intensidad de nuestra conexión me abruman, me dominan, me sobrepasan, y siento que mis ojos arden de pasión.

Vuelve a sujetarme la cintura con las dos manos, y sus bíceps empiezan a hincharse, a contraerse. Esta vez, cuando empuja las caderas, alcanza una profundidad inaudita, llenando cada recoveco de mis entrañas, ensalzando esa sensación de placer y de disfrute hasta límites insospechados.

Y quiero más, quiero esto.

Con la fuerza de mis muslos, empiezo a corcovear sobre él lo más rápido que puedo. Arqueo la espalda, meneo las caderas, me restriego como una gata en celo, y cada vez que me desplomo sobre su verga, noto el impacto sobre mi clítoris, hinchado y completamente mojado.

—Joder… —murmura Slade apretando los dientes, y la blasfemia que oigo de su boca me incita a moverme más rápido, a trepar por esa montaña a toda velocidad, hasta que estoy a un tris de alcanzar la cima, de llegar al orgasmo—. Córrete otra vez, así, no dejes de moverte —gruñe—. Quiero que tu coño estrangule a mi polla, Auren.

Todavía no me acostumbro a ese lenguaje tan vulgar, tan soez, y a la vez tan erótico. Gimo mientras noto que cada vez estoy más mojada y mis músculos, más tensos. Todo mi cuerpo ronronea y vibra de gusto. Con la espalda curvada y sus manos sacudiéndome las caderas hacia arriba y hacia abajo, siento que las paredes de mi vagina van cerrándose, aprisionando así su verga, constriñéndola. Nuestras miradas se buscan, oro y negro, y se anclan como barcos que navegan por el océano.

—Así, así, Jilguero —masculla.

Me invade el delirio, el arrobamiento más absoluto.

El orgasmo inunda todo mi ser, una marea que va subiendo hasta anegarme por completo. Grito y le araño la piel mientras mi cuerpo se rinde ante el suyo.

—Joder, sí, así… —me ruge al oído, y se zambulle más profundo si cabe. Gruñe mi nombre, como una súplica desesperada, mientras alcanza el clímax y yo disfruto de los últimos coletazos de ese orgasmo tan intenso, tan efusivo, tan placentero.

Me da la sensación de estar flotando en un mar de aguas cristalinas

y agradables, en un estado de placentera ingravidez. La fuerza de nuestro vínculo, de nuestra unión carnal, aún me asombra. Siento escalofríos por todo el cuerpo y todavía sigo jadeando, tratando de recuperar la respiración. Apoyo la frente sobre la suya. Y así, con la piel todavía sudorosa y la respiración entrecortada, vadeamos juntos por unas aguas remotas e inexploradas.

Así que esto es lo que sientes cuando estás con la persona adecuada.

Durante toda mi vida creí que el sexo era solo… sexo. Una mercancía con la que enriquecerse, un oficio con el que ganarse la vida. Con Midas, el sexo era una retorcida y triste moneda de cambio. Solo me tocaba cuando abría la puerta de mi jaula y se metía entre mis sábanas, y yo estaba tan desesperada por un gesto de cariño que me entregaba a él sin reservas, pensando que así me amaría todavía más. Pero nunca sentí nada parecido a esto. A pesar de haber compartido lecho con muchos hombres, ninguno me proporcionó ese placer, ni tampoco me hizo sentir tan valorada, tan admirada, tan sensual, tan deseada.

Observo a Slade con una mezcla de asombro, paz y felicidad. Su aura ha languidecido, como si se hubiese amansado, y ahora los mismos zarcillos que antes se revolvían con auténtico frenesí fluyen de sus hombros para acariciar los míos. Respiramos juntos, y nuestros pechos oscilan en perfecto tándem. Mis cintas, saciadas y un tanto perezosas, acarician la espalda de Slade y juguetean con las púas que afloran de su piel. No recuerdo haber sentido una felicitad tan plena en mi vida.

Me gustaría poder detener el tiempo. No quiero que este momento termine nunca, pero sé que es imposible.

Slade, que parece haberme leído los pensamientos, despega su frente de la mía y, con esa mirada negra y enigmática, trata de descifrar mi expresión.

—Deberíamos hablar —digo, y aunque mi voz suena ronca después de la colección de gemidos y jadeos, se percibe una nota de arrepentimiento. Esas dos palabras bastan para romper el hechizo y, de repente, ya nada me parece tan fácil. Porque ya no estamos solos, él y yo.

De repente, la burbuja mágica que nos envuelve explota, y, muy a mi pesar, nuestros cuerpos se separan y mis cintas se desploman sobre el camastro con aire triste y desolado, como si estuvieran llorando su pérdida. No las culpo, desde luego. Lo único que me apetece es acurrucarme a su lado y dormirme entre sus brazos, pero sé que es un lujo que no podemos permitirnos. Quizá ese día nunca llegue, y eso me parte el corazón.

A lo mejor debería conformarme con poder disfrutar de estos instantes robados de un romance prohibido. Son momentos en los que nos olvidamos de todo lo que ocurre a nuestro alrededor y nos dedicamos a contemplarnos, a escucharnos, a querernos. Pero el mundo siempre encuentra un resquicio en esa burbuja de amorosa intimidad, y se va abriendo paso a empujones hasta que la realidad que tratabas de evadir se cuela dentro, rompiendo así el encanto.

Así que, por mucho que me empeñe en ignorar esa realidad, por mucho que anhele quedarme ahí a su lado, no lo hago. Si es verdad que le quiero, si es verdad que me quiere, ha llegado el momento de afrontar la cruda realidad. Estoy segura de que Slade y yo no tenemos ningún futuro juntos, a menos que luchemos por él.

Y por eso me aseo y me visto en absoluto silencio, un silencio pesado, taciturno y ensordecedor. Todas mis preocupaciones y dudas y miedos invaden mi mente, y lo hacen con la misma violencia que las aguas bravas que serpentean entre los rápidos de un río.

Slade me mira fijamente desde el camastro, con los pantalones puestos, el torso desnudo y las púas a la vista. Es la viva imagen del comandante de un ejército que aguarda a oír el problema para poder atacar.

—Dime.

No es una orden. Lo dice de una manera que me da a entender que ahora es mi aliado, que puedo contar con él para lo que sea. Y la verdad es que no me cabe la menor duda. Slade no es solo mi amante, sino alguien en quien puedo confiar, y eso es lo que me da fuerzas para, por fin, abrirme en canal, deshacer todos esos nudos que tengo en la garganta y exponerle mi más profunda preocupación.

—Midas lo tiene —digo, y siento el peso de la verdad sobre mis

hombros—. Tiene a Dibgy.

37

Auren

Le cuento todo a Slade.

Le explico que Digby desapareció justo antes de que los Bandidos Rojos nos atacaran, que todos lo habíamos dado por muerto. Tan muerto como Sail.

También le hablo de Rissa, de cómo nuestros planes para escapar de ese condenado castillo fueron cambiando a medida que pasaban los días, que primero pretendíamos encontrar un pasadizo secreto por el que huir sin atraer miradas, pero que después decidimos que nos marcharíamos durante el baile, pero que no nos iríamos solas, sino con otra montura y con Digby, por supuesto.

Cuando he acabado de exponerle la encrucijada en la que me encuentro, él termina de vestirse y me acompaña hasta la tienda de reunión, donde los miembros de su Cólera ya nos están esperando, y me invita a ponerles al corriente de la situación.

Acabo mi relato y Judd intercambia una miradita con Osrik, se pasa una mano por su melena amarilla con aire pensativo, como si estuviera rumiando, y dice:

—No debemos descartar la posibilidad de que Midas no tenga a Digby.

—Es muy probable que esté mintiendo —reconozco—. Pero… no puedo correr ese riesgo. Necesito encontrarle.

—¿Qué partes del castillo has rastreado hasta el momento? —pregunta Osrik, que está sentado al otro lado de la mesa.

Me resulta curioso que nos hayamos sentado igual que hicimos la primera vez, cuando aún creía que era una prisionera del ejército más temido de Orea, solo que esta vez Slade se ha colocado a mi lado.

—Pocas —admito—. No podía escabullirme de mis aposentos

siempre que quería y cuando tenía la oportunidad de escapar de mi habitación, me movía por pasillos y salones que no estuviesen vigilados por los guardias de Midas. Hay una antecámara que conecta varios pasadizos, uno de los cuales lleva a la biblioteca real, pero no encontré ninguno que me condujera a los calabozos.

Todos miran a Lu, y ella niega con la cabeza.

—He comprobado todos esos pasillos. Auren tiene razón.

Osrik cruza sus descomunales brazos sobre el pecho y, con la lengua, mueve el pendiente de madera que tiene en el labio.

—Estoy seguro de que el tal Digby está en las mazmorras de Rocablanca —dice, mirando a Slade.

—Opino lo mismo que tú —contesta él.

Judd ladea la cabeza, señalando a Lu.

—¿Has estado ahí abajo?

—No —responde la soldado—. He estado merodeando por los pasillos de la planta superior del castillo porque quería familiarizarme con el espacio. Así, si Midas trataba de asesinar al príncipe Niven, le pillaría con las manos en la masa. La verdad es que he estado muy ocupada asegurándome de que ese joven malcriado no acabe muerto.

Parpadeo varias veces, sorprendida ante tal revelación.

—¿Has estado protegiendo al príncipe?

Ella se encoge de hombros y, al hacerlo, el cuero de su chaqueta cruje.

—Lo último que queremos es que ese pequeño inepto amanezca asesinado y Midas termine proclamándose rey legítimo del Quinto Reino.

Tiene sentido. Midas no tiene escrúpulos y no pondría la mano en el fuego por él nunca. Es capaz de eso, y de mucho más.

—¿Y qué hay de la reina Kaila? ¿Creéis que su vida corre peligro?

Los miembros de la Cólera parecen meditar la pregunta, pero es Slade quien responde.

—No estamos seguros. Midas es un estratega que siempre tiene un plan oculto, pero no creo que pretenda matar a la reina. A pesar de que tramara el asesinato para que pareciese un accidente, la gente empezaría a sospechar y correrían toda clase de habladurías. Los

súbditos de la reina Kaila sienten adoración por ella, así que dudo mucho que Midas pudiera salirse con la suya. Habría repercusiones.

Ojalá pudiera colaborar y desvelarles los planes que tiene Midas para la reina Kaila, pero lo cierto es que no tengo ni la más mínima idea.

Desvío la mirada hacia Lu.

—¿Crees que puedes encontrar a Digby?

—Si está en el castillo, lo encontraré —responde con una seguridad asombrosa, y en su mirada pardusca vislumbro una promesa—. ¿Rip?

Slade asiente con la cabeza.

—Sí, adelante. Por el momento, deja de vigilar al príncipe Niven y céntrate en buscar a Digby en las mazmorras.

—¿Y qué pasa con el príncipe? —replica Lu.

Él ladea la cabeza, pensativo.

—Hasta día de hoy, no hemos detectado ningún movimiento sospechoso, pero podemos fiarnos. Lo quiero bajo vigilancia. Judd, ¿puedes encargarte tú?

Judd asiente.

—Claro que sí. No soy tan infalible como Lu, pero una vez dentro, puedo estar atento. No le quitaré el ojo de encima.

Debería sentirme culpable por estropearles los planes, por apartar a Lu de sus funciones, por obligar a Judd a relevar a su camarada en la guardia y custodia del príncipe, pero si quiero salvar a Digby, esta es la única opción. Es una luz de esperanza en mitad de la oscuridad. La idea de que Lu pueda encontrar a Digby y sacarlo del calabozo húmedo y oscuro en el que Midas debe de tenerle encerrado me colma el alma de ilusión.

—De acuerdo, emprenderé la búsqueda de Digby esta misma noche. Mi magia funciona mejor con los guardias cansados —explica.

—Puedes ponerte manos a la obra después de acompañar a Auren a sus aposentos —propone Slade, y ella asiente.

Osrik se rasca esa barba greñuda y desaliñada.

—¿Y qué hay de la montura, Rissa? —dice—. ¿Podemos fiarnos de ella?

Vacilo antes de contestar.

—No creo que vaya a traicionarme —respondo, aunque no sé muy bien qué palabras emplear—. Pero…

—Pero si por casualidad no cumplieras con tu parte del trato, te apuñalaría por la espalda y no le temblaría el pulso al hacerlo —termina Slade por mí.

—Sí, pero ya me advirtió que lo haría.

Osrik resopla.

—Bueno, al menos va de frente y es sincera.

—No puedo juzgarla, ni odiarla por ello —digo—. La vida de una montura no es fácil. Tiene que pensar en ella y hacer lo que es mejor para ella.

Judd me guiña un ojo.

—Ricitos, venga. Tienes que dejar de ser tan ingenua. Quizá ahora te guarde el secreto, pero ¿qué crees que ocurrirá si conseguimos sacarla de palacio y un día se queda sin dinero? No dudará en revelárselo al primero que esté dispuesto a comprárselo. O tal vez no espere tanto. Si por casualidad alguien empieza a sospechar que quiere escapar de Rocablanca y la interrogan, cantará como un lorito y lo primero que hará será escupir tu secreto —recalca—. Esa chica es un lastre.

—Es una persona —replico, en un irracional arrebato de protección —. Y me dio su palabra.

Slade me mira con el ceño fruncido y con todas esas minúsculas púas apelotonadas en un pliegue.

—Auren, Judd tiene razón.

Estiro la espalda.

—No —digo, y niego con la cabeza—. Ni os atreváis a sugerir…

—Deberíamos matarla —me interrumpe Osrik sin ningún tipo de escrúpulos, como si la idea de matar a una mujer inocente no le incomodase en absoluto.

—No la toquéis —digo, y sin darme cuenta me pongo en pie—. No ha hecho nada malo.

—Todavía —añade Osrik.

Aprieto los labios hasta formar una línea recta. Miro a Lu con la esperanza de que me apoye en esto y se ponga de mi lado, pero

incluso ella parece dudar de Rissa.

—Mirad, entiendo que no es la situación más conveniente dadas las circunstancias, pero Rissa no conoce toda la verdad —explico—. Dejé que sacara sus propias concusiones cuando me vio transformar al capitán de los Bandidos Rojos en una estatua de oro macizo. Hizo sus propias deducciones y cree que Midas me traspasó parte de su poder cuando me convirtió en oro.

—Sí, pero eso en sí ya es peligroso —comenta Judd.

Sacudo la cabeza, exasperada. Estoy muy nerviosa, al borde de sufrir un ataque de histeria, porque veo que todo este asunto se me está yendo de las manos y presiento que la Cólera va a cometer un crimen injusto e imperdonable.

—Si asesináis a Rissa solo porque conoce parte de mi secreto, os estaréis poniendo a la misma altura que Midas. Eso es lo que él haría si descubriera que una de sus monturas sabe que tengo ese poder —discuto, y mis palabras transmiten convencimiento, porque estoy muy segura de lo que estoy diciendo—. No ha hecho nada que se le pueda reprochar. Su única culpa fue estar en el mismo camarote que yo cuando toqué al capitán Fane y lo envolví en un féretro de oro. No se merece morir por ello.

Osrik abre la boca para objetar, pero al ver que Slade niega con la cabeza, la cierra de inmediato. Aunque a juzgar por la cara de pocos amigos que pone, es evidente que sigue discrepando.

Me giro para mirar a Slade.

—No le haréis daño. Prométemelo.

Vacila, duda. Esa indecisión me pone tensa y mis cintas empiezan a ondularse, a erizarse, a alterarse, pero, al fin, baja la cabeza.

—Te doy mi palabra. De hecho, estoy dispuesto a ceder a todas las exigencias de esa chica. La sacaremos del castillo, a ella y a la otra montura con quien quiere escapar.

—¿A qué te refieres?

—Cuando nos marchemos de Rocablanca, las dos podrán venir con nosotros. Será un viaje largo y extenuante, pero estarán a salvo. No es un ofrecimiento desinteresado de un hombre abnegado y caritativo, por supuesto —continúa—. Es una manera de tenerla controlada y de

asegurarnos de que no va a traicionarte y revelar tu secreto al mejor postor.

La propuesta me deja sin palabras, totalmente estupefacta. Me acomodo de nuevo en la silla.

—¿Vas a dejar que Rissa y Polly se marchen contigo?

—Con nosotros —corrige él, y me atraviesa con esa mirada negra y opaca—. Si crees que voy a irme de aquí sin ti, es que has perdido el maldito norte, Jilguero.

Mis labios dibujan una sonrisa tierna y tímida, y tengo que contenerme para no alargar el brazo y acariciarle esa frente arrugada y preocupada. Tiene los hombros rígidos, como si temiera que fuese a decirle que he cambiado de opinión, que prefiero quedarme con Midas en lugar de huir con él.

—Por mí, podemos irnos en cuanto encontremos a Digby.

Una oleada de alivio le suaviza la expresión. Por debajo de la mesa, apoya una mano sobre mi pierna y enseguida noto el calor reconfortante y familiar de su piel.

—Bien.

—Tenemos que mantenerlo en secreto —le advierto—. Midas no puede enterarse.

—Midas puede irse a la mierda —replica él, furioso.

Este hombre.

—Hablo en serio, Slade. No quiero que termine declarándote la guerra. Y menos por mi culpa. Nadie merece morir.

—Ese hijo de puta sí —intercede Osrik—. No sabéis las ganas que tengo de arrancarle la cabeza de cuajo.

—Pues yo preferiría descuartizarlo. Primero le cortaría una pierna, después la otra, un brazo por aquí, otro por allá. Así se desangraría poco a poco y sería una muerte lenta y dolorosa —comenta Judd con tono jocoso.

—O Rip podría pudrirle ese corazón soberbio y arrogante y dejar que se fuera descomponiendo —propone Lu mientras da unos golpecitos con la punta de un dedo sobre el pendiente que lleva sobre el arco de cupido, esa astilla de madera retorcida con un rubí en la punta.

Todos los miembros de la Cólera asienten, satisfechos, mientras sopesan las diversas opciones. Yo, en cambio, no doy crédito a lo que acabo de oír. Empiezo a dudar de su sensatez.

—Vosotros tres estáis locos.

Ninguno lo discute.

Slade se ríe por lo bajo, sacude la cabeza y me mira.

—Se ha hecho tarde. Si quieres regresar al castillo antes de que amanezca, deberías irte ya.

«Si quieres regresar al castillo». La otra opción queda suspendida en el aire.

—Aunque me encantaría quedarme aquí, no puedo. No puedo poner en peligro la vida de Digby. Estoy segura de que Midas le hará pagar las consecuencias de todo lo que haga. Eso si realmente está en Rocablanca, claro.

Por favor, que esté en Rocablanca.

Slade asiente con la cabeza, aunque vislumbro la sombra de la decepción en su mirada. Después se vuelve hacia Lu y le pregunta:

—¿Puedes acompañarla?

—Cuenta con ello, comandante —responde Lu, y se levanta de un salto—. ¿Lista, Ricitos?

No quiero marcharme del campamento. Tengo la sensación de que, al volver a Rocablanca, estoy entrando de lleno en una trampa. Los cepos de hierro forjado me están esperando para morderme los tobillos y retenerme en ese condenado castillo. Prefiero no decir nada porque sé, igual que sabe Slade, que no tengo más alternativa que regresar a mis aposentos. Hasta que Lu encuentre a Digby, debemos seguir actuando como hasta ahora para no levantar sospechas.

Slade se pone de pie, entrelaza su mano con la mía y, juntos, salimos de la tienda.

—Te acompañaré hasta la linde del campamento. Después me relevará Lu y te llevará hasta tu habitación. Así no agotará su magia. Quiero asegurarme de que no habrá ningún problema, de que estarás a salvo en todo momento —dice, y empezamos a caminar por la nieve. Una niebla espesa y blanquecina se ha aposentado sobre las tiendas, una condensación de aire lechoso que otorga al campamento un

aspecto espeluznante.

Escoltada por Slade y Lu, me siento protegida. Su mera presencia me da seguridad.

—Gracias —murmuro, mientras mis botas se van hundiendo en la nieve.

Slade me lanza una mirada curiosa.

—¿Gracias por qué?

—Por todo.

Por todo, una simple palabra que abarca una inmensidad que no soy capaz de expresar. Sé que están esperando que sea un poco más explícita, así que lo pruebo.

—Por mostraros dispuestos a ayudarme desde el primer momento. A pesar de que no soy nada para vosotros.

Slade se para de repente, como si se hubiera topado con un muro invisible, y su aura se tiñe de un negro tan oscuro que parece opaco, un negro que me recuerda a un cielo sin luna, sin estrellas. Sus escamas relucen cuando gira la cabeza hacia mí y entorna los ojos.

Lu suelta un silbido y se aleja varios pasos para darnos un poco de privacidad.

Slade levanta un dedo y dice:

—Por esta vez, voy a dejarlo pasar. —Su tono es como el silencio que precede a una tormenta eléctrica, esa falsa quietud que te pone los pelos de punta. No es miedo, porque hace tiempo que Slade dejó de aterrorizarme, sino la reacción al impacto que tienen sus palabras sobre mí. Es una fuerza tan impetuosa como un terremoto, que amenaza con derribarme si no clavo los talones en el suelo—. Pero escúchame bien, Auren. No vuelvas a decir que no eres «nada» —dice, y su mirada salvaje me atrapa—. ¿Entendido?

Digo que sí con la cabeza, mientras el peso de su declaración se asienta en mis huesos. Sin embargo, no es el peso de un lastre que estoy condenada a cargar conmigo, sino el peso de una base sólida sobre la que apoyarme si alguna vez lo necesito.

—Entendido.

Slade me observa con ávida atención, como si quisiese cerciorarse de que estoy diciendo la verdad, y después asiente.

—Bien.

Expulso el aire que, sin darme cuenta, había estado conteniendo en los pulmones en un largo suspiro. Me avergüenza admitir que ese cruce de miradas me ha excitado. Pero, maldita sea, ha sido un momento electrizante.

Empezamos a caminar de nuevo sobre la nieve y, cuando alcanzamos a Lu, ella me lanza una sonrisa pícara.

—Te has metido en un buen lío —murmura con voz cantarina.

—Cállate —gruño—. Ha sido un malentendido, no lo decía en ese sentido.

—Me alegra saberlo, porque las cosas han cambiado, Ricitos. Ahora eres uno de los nuestros. Y nosotros siempre nos guardamos las espaldas. Nos defendemos a ultranza y, llegado el caso, lucharíamos contra el mundo para proteger a cualquiera de nuestro clan.

Nunca antes había tenido amigos de verdad, personas en quien poder confiar plenamente.

—Voy a tardar un poco en acostumbrarme —admito.

Slade rezonga a mi lado con la expresión de un hombre terco y testarudo en el rostro, y no puedo evitar sonreír.

—¿Quién es el impaciente ahora? —bromeo, y le doy un suave codazo en las costillas.

Una expresión totalmente distinta le ensombrece la mirada.

—Si pretendes volver a Rocablanca y dormir en tus aposentos esta noche, te aconsejo que seas más prudente y no te burles de mí.

—Prudente, ¿eh? —se entromete Lu—. No esperaba que nuestro comandante, un tipo sanguinario, cruel y despiadado, fuese, en el fondo, un romántico empedernido.

Él pone los ojos en blanco.

—¿Cómo empezasteis a trabajar juntos?

—Los recluté yo —responde Slade—. Todos se alistaron en el ejército, bajo mi mando, y demostraron ser soldados inteligentes, tácticos y avezados. Pero su lealtad… me la gané con el tiempo. A Osrik lo conocí en el campo de batalla. Por aquel entonces pertenecía a un grupo de mercenarios y luchaba bajo el estandarte del Primer Reino. Jamás olvidaré nuestra primera pelea.

Arqueo las cejas.

—¿De veras os enfrentasteis en un combate cuerpo a cuerpo?

Lu y Slade comparten una mirada cómplice.

—Sip. El muy cabrón estuvo a punto de hacerme caer del caballo, y eso me impresionó. Cuando hubo terminado aquella pequeña escaramuza, Judd y yo conseguimos convencer a Os de que se uniera a nuestras filas y cambiara el oficio de mercenario por el de soldado. Y él aceptó el trato —explica Slade.

—Por supuesto que lo aceptó. Tenía mi espada apuntándole a las pelotas —pía Lu, con una nota de orgullo y felicidad en la voz.

Hago una mueca de dolor.

—Ese método de reclutamiento me parece un poco violento.

Lu resopla.

—Fue mucho más elegante que cuando el comandante metió a Judd en la cárcel con una patada en el culo.

Abro los ojos como platos.

—¿En serio hiciste eso?

Slade lo afirma en silencio.

—Era un vagabundo muy amigo de lo ajeno, por decirlo finamente. Se colaba en las mansiones de las familias nobles y las desvalijaba. Cuando por fin conseguimos detenerlo, el muy capullo se dedicaba a reírse de nosotros. Y delante de nuestras narices. Casi cada día se las ingeniaba para escapar de su celda, pero no huía de la cárcel, no. Nos esperaba como el canalla engreído y vanidoso que es fuera de los barrotes. A él le parecía la mar de divertido, claro está. Tuve que ofrecerle un trato para que dejase de ridiculizar el sistema de seguridad de nuestra cárcel.

Se me escapa una carcajada con solo imaginarme la estampa.

—Viniendo de Judd, tampoco me sorprende. ¿Y tú? —le pregunto a Lu—. ¿Cómo llegaste a formar parte del ejército del Cuarto Reino?

De pronto, toda la franqueza y camaradería que me transmitía su mirada se desvanecen, y su expresión se torna seria, estoica.

—Dejaremos esa historia para otro día.

La curiosidad me corroe, pero prefiero no insistir. Hay épocas de mi pasado que querría olvidar, capítulos sobre los que detesto hablar, así

que, en lugar de presionar a Lu, digo:

—La relación que tenéis… Es evidente que confiáis ciegamente en el otro, que os jugaríais el pellejo por protegeros.

—Hace mucho tiempo que nos conocemos —responde Lu, y le dedica a Slade una sonrisita. Pero no es un gesto coqueto o insinuante, sino familiar y cariñoso.

Un súbito alarido retumba entre las tiendas.

—Bueno, bueno, pero ¿a quién tenemos aquí?

Me giro a la velocidad de un rayo y entorno los ojos para tratar de vislumbrar algo a través de esa niebla espesa. Me parece distinguir una hoguera enorme, a un grupo de soldados apiñados alrededor y, en el centro de ese círculo, removiendo una olla de hierro de dimensiones descomunales y con una sonrisa de oreja a oreja, reconozco una cara más que familiar.

—Hola, Keg —le saludo, y me acerco a él con una sonrisa genuina.

Sin apartar los ojos de mí, Keg sirve una buena ración de estofado en el cuenco que sostiene el soldado que está justo delante de él. Lo hace de cualquier manera, derramando parte del caldo en la nieve. El soldado rezonga, pero en lugar de enzarzarse en una discusión se marcha con el rabo entre las piernas. Ah, Keg, tan buenazo como siempre.

—Ya me parecía que eras tú, Ricitos —dice Keg, y se echa esa caótica maraña de rizos largos y enredados hacia atrás. Los abalorios de madera que lleva en cada mechón de pelo tintinean con el movimiento, como si fueran cascabeles—. ¿Qué estás haciendo aquí, en este barrio de mala muerte? Mira a tu alrededor, aquí solo hay ratas callejeras. ¿No deberías estar en ese lujoso castillo de princesitas?

No sé qué responder a eso, así que miro por encima del hombro a Slade, y Keg, que sigue mi mirada, por fin repara en su presencia.

—Buenas noches, comandante. No te había visto. Siento decirte que Ricitos Dorados te ha eclipsado.

Slade sacude la cabeza y tuerce la comisura de los labios.

—No puedo estar más de acuerdo.

—Oye, ¿puedes servirme de una vez? —pregunta un soldado que

está en la fila, esperando, y señala el cucharón que sujeta Keg en la mano. Debe de estar muy hambriento porque parece que vaya a quitárselo de la mano para servirse él mismo su ración.

El cocinero del ejército atraviesa al soldado con una mirada asesina y se limpia la mano que tiene libre sobre el uniforme, un delantal de cuero tan oscuro que se confunde con el color tizón de su piel.

—Por poder, puedo. Y también te puedo patear ese culo respingón.

—Te he echado de menos, Keg —digo entre risas—. Ya hablaremos otro día, ¿de acuerdo? Ahora tengo que volver a mi lujoso castillo de princesitas.

Sirve el estofado al pobre soldado que lleva un rato esperando y después me señala con ese cucharón goteante.

—De acuerdo. Pero la próxima vez que te vea, te serviré doble ración de mi exquisito estofado.

—Jamás rechazaría una invitación como esa. Si hay alguien capaz de conseguir que un buen puchero de bazofia sepa delicioso, ese eres tú.

Los ojos marrones de Keg brillan de satisfacción.

—Has dado en el clavo, jovencita. Más te vale no olvidarlo. Los otros cocineros de este ejército se pasan el día tratando de sabotearme, de dañar mi excelente reputación. Pero «alguien», y no miro a nadie, no piensa mover un dedo para resolver el asunto —dice, y, con gesto serio, mira a Lu.

Ella pone los ojos en blanco y me agarra por el brazo.

—Sí, sí, lo que tú digas. Ahoga tus penas en esa cacerola, Keg —le dice, y empezamos a alejarnos de la hoguera.

—¡Lo haré! —grita el cocinero—. ¿De dónde crees que saco la sal para sazonar mis guisos?

Los soldados que esperan su turno en la fila gruñen.

Aún entre risas, nos acercamos al límite del campamento, pero justo antes de llegar ahí, un halcón desciende en picado y, por un momento, pienso que nos están bombardeando. Me doy cuenta de que se trata de un halcón cuando el ave empieza a aletear entre la bruma. Viene directo hacia nosotros.

Doy un respingo y se me escapa un grito agudo, pero Slade levanta

el brazo y, como por arte de magia, el halcón aterriza sobre él, colocando las garras entre las púas para evitar clavárselas.

Parpadeo varias veces y no me molesto en ocultar mi sorpresa. Slade acaricia la cabeza del pájaro, como felicitándole por el trabajo bien hecho, y deja que le mordisquee suavemente los dedos antes de coger el vial metálico que lleva amarrado a la pata. Enfoco la vista en ese tubito plateado y por poco me da un infarto.

—Espera, espera, ¿es un vial…? —empiezo, pero no termino de formular la pregunta porque enseguida reconozco la insignia de la campana dorada grabada en el metal—. Es un vial de Alta Campana —murmuro, con los ojos como platos—. ¿Es un halcón mensajero de Alta Campana?

Retira la tapa para extraer la misiva que esconde en su interior y, con esa mirada negra e insondable, lee el mensaje detenidamente. Mientras tanto, el inmenso halcón levanta un ala y entierra el pico entre las plumas para rascarse.

—¿No te lo ha contado? —pregunta Lu, y se coloca a mi lado—. El comandante ha entrenado a sus halcones para que intercepten a otros. Son unos animales astutos, sagaces y hábiles, capaces de arrancar los viales de las patas de otros pájaros con el pico. Los halcones entregan los viales al comandante y después él los ata a la pata de uno de sus halcones para que parezca que pertenece a otro reino, al que más le convenga dependiendo de la situación. En este caso, a Alta Campana. En lugar de entregar mensajes, sus pájaros espía han aprendido, antes que nada, a traer todas las cartas al comandante.

—Uau, eso es… bastante diabólico —digo, aunque debo admitir que estoy impresionada—. Espera, ¿así fue como descubriste que había enviado un mensaje a Midas?

—Sip —afirma él. Después de leer la misiva, se la entrega a Lu con expresión taciturna y desalentadora.

—¿Qué ocurre? —quiero saber.

Lu examina la carta antes de dármela, y al leer las palabras arrugo el ceño.

«El frío ha abandonado Alta Campana. Se avecinan cielos despejados».

—¿Cielos despejados? —pregunto, confundida—. En Alta Campana el cielo nunca está despejado. Y, por descontado, el frío jamás abandona el reino. ¿Qué significa?

Slade me arrebata el mensaje de las manos. Me desconcierta ver que no está en absoluto preocupado por haber roto el lacre de la carta.

—Todavía no lo sé. Es un mensaje codificado, desde luego. Lo consultaré con los demás, a ver qué opinan ellos —dice, y posa esa mirada tenebrosa sobre mí, aunque es evidente que su mente ya está dándole vueltas al significado del mensaje—. Tengo que llevar al halcón hasta el carruaje para volver a sellar la carta y enviarla de nuevo. Te dejo con Lu. ¿Estarás bien?

—Claro que sí.

—Perfecto. Mañana por la tarde regresaré al castillo como el rey Ravinger. ¿Nos vemos en la biblioteca al anochecer? Si Lu averigua algo, serás la primera en enterarte.

—Allí estaré —prometo.

Con una ternura infinita, me acaricia la mejilla con los nudillos.

—Bien. Te veré pronto.

Tengo que reprimir el impulso de abalanzarme sobre sus brazos y llenarle de besos. A pesar de que estamos envueltos en el sudario de esa niebla densa y blanca, intuyo que el comandante se ha mostrado más afectuoso y amoroso de lo habitual.

—Lu, ten cuidado.

—Siempre, comandante.

Me regala una última mirada, se da media vuelta y se marcha siguiendo el mismo camino por el que hemos venido. Sigo los pasos de Lu, e intento ignorar la vocecita que retumba en mi cabeza y que me insta a volver atrás, a la seguridad del campamento. Tengo un mal presentimiento. A medida que nos vamos aproximando a las murallas de Rocablanca, esa sensación funesta y agorera va en aumento. Mis cintas se retuercen y se agitan a mi espalda, inquietas, como si ellas también percibieran que algo no anda bien.

Igual que ha hecho antes, Lu utiliza su magia para distraer a los soldados y, aprovechando un cambio de guardia, nos colamos en el castillo.

—¿Crees que puedes entrar a tu habitación por el balcón? —susurra. Con esos andares ágiles y rápidos, me guía a través de los jardines del castillo.

La piedra gris de las paredes está cubierta de una fina capa de escarcha y, con esa niebla tan espesa, es humanamente imposible ver qué ocurre en las plantas superiores.

—Sí, ningún problema —respondo en voz baja. El silencio es tan sepulcral que parece coagular el aire—. Gracias por haberme ayudado a escabullirme del palacio. Me ha gustado poder pasar algo de tiempo con… Rip.

Ella sonríe, satisfecha.

—Oh, no me cabe la menor duda. Debe de ser mejor compañía que ese imbécil dorado, ¿eh?

—Mucho mejor —respondo, y no puedo ocultar la sonrisa.

Sin embargo, esa sonrisa se me borra de la cara cuando, dirigiéndonos hacia la parte trasera del castillo, doblamos una esquina y nos topamos con cuatro siluetas envueltas en ese manto turbio y nebuloso. Frenamos de golpe, pero nuestros pies se resbalan por el suelo, delatando así nuestra presencia. Lu se pone tensa de inmediato, lo cual me lleva a suponer que tampoco se había percatado de que teníamos compañía.

Se me cae el alma a los pies al ver esas cuatro figuras entre las tinieblas, y espero que sea Midas, acompañado de sus guardias, quien aparezca de entre la niebla.

Pero no es Midas, sino otra persona la que da un paso al frente para revelar su identidad. De hecho, es la última persona que esperaba encontrarme deambulando por los jardines a altas horas de la noche.

La reina Kaila.

38

Auren

En ese preciso instante, cuando la reina Kaila aparece de entre la niebla, el mundo enmudece y el tiempo se detiene. Lu la saluda como hacen los soldados, doblando el torso hacia delante en señal de respeto. Sin embargo, el movimiento no es fluido, sino más bien agarrotado y forzado, casi torpe. Yo, en cambio, me apresuro en inclinarme en una pomposa reverencia mientras el corazón me aporrea el pecho.

—Reina Kaila, perdonadnos. No sabíamos que estabáis aquí fuera. Espero no haber interrumpido nada importante.

—Oh, claro que no —responde ella, y nos mira con la misma indiferencia con que uno mira a un par de piedras.

Estoy hecha un manojo de nervios, y la ansiedad me revuelve las tripas. Cada bocanada de aire que tomo se queda atrapada en mis pulmones y la humedad frígida que reina en el ambiente me empapa la boca y me cala hasta los huesos, como si estuviese apresada en un nubarrón sórdido y gélido.

De repente, la niebla parece haberse convertido en nuestro enemigo por batir, a pesar de que, hasta el momento, la había considerado una auténtica bendición, un regalo caído del cielo pues gracias a esa bruma Lu y yo habíamos podido escabullirnos hasta aquí fácilmente. Ahora tengo la sensación de que el aire pretende asfixiarnos, de que los dioses han decidido arrojar ese manto opaco desde el cielo para aprisionarnos.

El vestido de la reina Kaila, de un azul grisáceo, asoma por debajo de la capa, de una tela gruesa y abrigada, perfecta para el invierno. Lleva la capucha puesta sobre esa melena lisa y negra y reluciente. La escoltan tres guardias reales, y el que está a su derecha sujeta una

antorcha en la mano. Su armadura es plateada, aunque salta a la vista que el metal se ha desgastado, quizá por el paso del tiempo, y luce el emblema del Tercer Reino en el pecho, una orgullosa insignia que alude a las maravillosas costas, con la aleta de un tiburón asomando sobre la línea de un océano.

Kaila se retira la capucha y, a pesar de que hoy no lleva su inseparable corona, sigue teniendo el distinguido porte de una verdadera reina.

—Qué casualidad habernos encontrado aquí, y más a estas horas de la noche.

Respondo con una sonrisa amable y educada pero, bajo ese ademán tranquilo y relajado, el corazón me palpita a toda velocidad. «Demasiada casualidad», pienso para mis adentros. Ese repentino encuentro no augura nada bueno. La desazón se ha apoderado de mí y ahora solo puedo pensar en qué consecuencias podría acarrear el hecho de que me haya visto en los jardines. No sé qué carácter tiene Kaila, y apenas conozco su trayectoria como monarca.

Hace mucho tiempo desterré todos los recuerdos que tenía del Tercer Reino de mi mente, algo de lo que ahora mismo me arrepiento. Ojalá hubiese estudiado la biografía de esta mujer porque, ahora mismo, todos mis instintos me dicen que Kaila es peligrosa. La subestimé durante la cena de bienvenida. La ignoré por completo porque su hermano, un joven divertido y ocurrente, acaparó toda mi atención. Por no hablar del reprochable y posesivo comportamiento de Midas y de la presencia de cierto rey que observaba el espectáculo con expresión pensativa y siniestra.

Kaila está aquí por expresa invitación de Midas, aunque no tengo ni idea de por qué le invitó. Aunque, pensándolo bien, quizá la pregunta más importante es ¿por qué ella accedió a venir?

—Es cuando menos interesante verte aquí fuera, y en mitad de la noche —continúa Kaila, como si estuviese rumiando en voz alta—. Me inclinaría a pensar que el rey Midas prefiere que estés dentro del castillo, a salvo de cualquier peligro.

Trato de mantener la compostura mientras pienso en alguna excusa creíble.

—No podía dormir, así que he decidido dar un paseo. Lástima que esta noche nos haya invadido esta niebla tan espesa.

—Desde luego. A mí también me apetecía estirar un poco las piernas y dar una vuelta por los jardines. Es mentalmente muy estimulante. No imaginas las cosas tan interesantes que uno oye por la noche —añade. Me pongo rígida, y noto que Lu se cuadra y adopta una postura defensiva, como si estuviese preparándose para un ataque inminente. Kaila también ha debido de darse cuenta porque, de repente, mira a la soldado por el rabillo del ojo y después vuelve a posar esos ojos avellanados en mí—. ¿Paseamos juntas?

La propuesta me pilla totalmente desprevenida. Estoy tan nerviosa que escondo las manos entre las faldas del vestido y cierro los puños.

Lo último que quiero ahora mismo es caminar del brazo de esa mujer, pero no puedo negarme porque, para empezar, es una orden. Y las dos lo sabemos.

—Por supuesto, majestad.

Cuando Lu y yo nos hacemos a un lado para dejar pasar a Kaila, que será quien marque el camino, la reina lanza una mirada empalagosa a mi acompañante y, con una sonrisa hipócrita, le dice:

—Puedes retirarte.

Lu abre la boca para replicar, pero consigo adelantarme y, con un movimiento muy sutil, niego con la cabeza. No quiero que se meta en ningún lío por mi culpa, y mucho menos que termine malherida o encerrada en una mazmorra. La reina Kaila me pone nerviosa y en mi cabeza resuena una voz de alarma, un pitido agudo y ensordecedor que me advierte que es una mujer perversa. Quiero que Lu se aleje de ella ahora mismo. Sé que es una guerrera imbatible y una espía formidable, pero a lo largo de mi vida he conocido a muchos miembros de la realeza y si algo he aprendido de todos ellos es que nunca sabes qué intenciones tienen.

La soldado me dedica una última mirada, intensa y cargada de implicaciones, antes de agachar la cabeza, darse media vuelta y marcharse. Con esos andares silenciosos y livianos, su silueta desaparece entre la niebla, como un fantasma olvidado que se disipa en el éter.

Una vez a solas con Kaila y sus guardaespaldas, la reina empieza a caminar y, con ademán diligente y obediente, la sigo en silencio. Me sudan las palmas de las manos de los nervios pero, por suerte, llevo los guantes puestos, así que nadie repara en ese detalle.

—Es curioso —murmura la reina Kaila.

Por todas las diosas, no quiero morder ese anzuelo porque sé que está envenenado, pero no puedo no morderlo. Los juegos de palabras y las trampas verbales son uno de los pasatiempos favoritos de un monarca. En lugar de aprender a librar una guerra en el campo de batalla, se vuelven unos auténticos maestros de la dialéctica y se atacan y se defienden en la corte real.

—¿Qué es curioso, majestad? —pregunto, y trato de mantener un tono sereno, a pesar del nudo en la garganta.

—Que estuvieses acompañada por alguien del Cuarto Reino y no por los guardias personales de tu rey.

El peligroso retintín que percibo en sus palabras enciende todas mis alarmas. No hace falta ser un genio de la argumentación para adivinar que, bajo ese comentario aparentemente trivial y anodino, se esconde una amenaza.

Sí, debería haber prestado más atención a la reina porque ahora mismo me siento totalmente desarmada y a su merced.

Noto que mis cintas satinadas se ponen rígidas y, atemorizadas, se enroscan alrededor de mi cintura como un animal indefenso que se siente acorralado por un depredador que merodea cerca.

—Mis guardias están esperándome —miento—. De hecho, debería regresar a mis aposentos antes de que salgan a buscarme…

Kaila me mira con descarada incredulidad. Es evidente que no se ha tragado mi patética excusa para marcharme de allí.

—Oh, vamos, Auren. Sé guardar un secreto. Entre tú y yo, guardo muchos más de los que imaginas.

«Vaya, como si eso fuese a hacerme sentir mejor».

Me muerdo el labio, presa de la preocupación, y continuamos caminando por los jardines del castillo. Las faldas de su vestido, de un azul cobalto muy intenso, hacen frufrú al rozar el suelo y, a medida que vamos avanzando, unas pequeñas motas de nieve se van

acumulando en los bajos, de manera que parece que lleve unas piedrecitas blancas cosidas en la bastilla.

Los guardias de la reina se han quedado un poco rezagados para darnos algo de privacidad, pero su presencia es como un muro indestructible que se alza a mis espaldas, un muro que podría derribarse en cualquier momento y aplastarme como a una hormiga.

¿Cómo demonios han logrado zafarse de la magia de Lu? Me cuesta creer que Lu no los haya oído.

Intento guardar las formas, sofocar toda esa ansiedad y disimular mi creciente inquietud. El aire, por su parte, sigue envolviéndonos en esa mortaja triste y melancólica y tenebrosa. Sin embargo, Kaila no parece darse cuenta de nada. O quizá disfrute de la compañía de esa niebla fría y húmeda y etérea.

—Los secretos son importantes, ¿no estás de acuerdo?

Tengo que hacer un esfuerzo tremebundo para mantener la expresión imperturbable. No quiero que la reina se percate de que, en realidad, estoy muerta de miedo.

—Supongo que sí, reina Kaila.

—¿Supones? —repite, y suelta una ronca y sonora carcajada, pero la densidad de la atmósfera la absorbe y la ahoga enseguida—. Los rumores y las habladurías que se comentan en voz baja son mi mejor recurso. ¿Recuerdas mi poder?

Trago saliva e intento controlar el tembleque de las manos.

—Vuestra magia controla voces.

—Eso es —confirma ella, y asiente con una sonrisa—. Puedo difundir un rumor con solo chasquear los dedos. Puedo hacer que la gente oiga voces imaginarias. Puedo arrebatarle el habla a cualquier mortal durante el tiempo que se me antoje, dejándole totalmente mudo. Pero uno de mis trucos favoritos es desviar conversaciones, atraer palabras a mis oídos, murmullos con información comprometida, o incluso prohibida. Esos secretos son mi mayor tesoro.

Siento un vacío en el estómago, un escalofrío en la espalda.

Nos ha oído. Ha sido testigo de mi conversación con Lu. Desesperada, trato de rememorar todo lo que he dicho, pero no hace

falta porque Kaila se encarga personalmente de hacerlo.

La reina se detiene y se gira hacia mí, con el castillo de Rocablanca alzándose imponente y majestuoso a sus espaldas, con el resplandor de la antorcha iluminándole esa tez leonada. Observo anonadada cómo frunce esos labios carnosos, como quien va a soplar las velas del pastel de cumpleaños, y entonces exhala un zarcillo de vaho humoso.

En esa voluta de vapor se aprecia el inconfundible hormigueo de la magia y entonces escucho algo que me pone los pelos de punta.

Gracias por haberme ayudado a escabullirme del palacio. Me ha gustado poder pasar algo de tiempo con… Rip.

Oh, no me cabe la menor duda. Debe de ser mejor compañía que ese imbécil dorado, ¿eh?

Mucho mejor.

Mi voz y la de Lu retumban en mi cabeza en un eco interminable. Esas palabras incorpóreas quedan suspendidas en la niebla, como una brisa mística e invisible que me hostiga y azuza aún más mi temor por esa mujer.

Los susurros no dejan de repetirse. Aprieto los dientes y noto el calor del bochorno y la vergüenza en las mejillas. Mientras tanto, la reina Kaila se limita a contemplarme con una expresión de absoluta satisfacción en la cara. Tengo que contenerme para no taparme los oídos con las manos y, gracias al Divino, ella levanta una mano y, de repente, las voces empiezan a atenuarse hasta silenciarse por completo.

—Te has escabullido del castillo para pasar tiempo con el comandante del ejército del Cuarto Reino.

Me quedo pálida, tan blanca como la alfombra de nieve sobre la que nos encontramos.

—Yo…

Kaila me interrumpe.

—No te esfuerces en negarlo.

Las semillas de los remordimientos empiezan a germinar en mis entrañas, unos brotes que crecen y se extienden por todo mi ser, amenazándome con ramificarse y ahorcarme.

Según parece, mi silencio complace a Kaila, que se gira de nuevo y

empieza a andar.

—Por aquí.

Sigo los pasos de la reina con actitud derrotada y desilusionada, arrastrando los pies por la nieve, como si llevara unos grilletes de consternación.

—Y bien, Auren, ¿cómo te apellidas? ¿Tienes familia?

El radical cambio de tema me pilla por sorpresa. No puedo desmoronarme, ahora no. Tengo que andarme con pies de plomo si no quiero volver a meter la pata.

—No, majestad. Soy huérfana.

Ella suelta un ligero gruñido. Rodeamos el castillo y atravesamos la galería al aire libre de las esculturas de hielo. La luna, que está en su fase creciente, se oculta tras las nubes, pero aun así su pálido resplandor plateado refleja la humedad que flota en el aire, cubriendo el paisaje con una neblina espeluznante.

—Una lástima. La familia es muy importante.

—Lo es. Vuestro hermano y vos parecéis estar muy unidos —contesto, en un intento de virar la conversación hacia ella.

La reina pliega los labios en una sonrisa nostálgica.

—Manu es mi asesor más sincero y un amigo incondicional. Te tiene en gran estima.

Anda, eso son buenas noticias. ¿Verdad?

—Aunque, a decir verdad, a Manu le cae bien todo el mundo —prosigue ella, echando por tierra todas mis esperanzas. Ya no quedan más jardines por los que pasear, pero eso no parece suponer ningún problema para Kaila. Me conduce hacia una zona del castillo en la que jamás he estado, justo detrás de un pequeño muro construido a base de pedruscos—. Es un alma cándida y bondadosa, un ángel incapaz de utilizar información en contra de los demás. Por eso las diosas no le confirieron ningún poder mágico. Yo, en cambio, reúno todos los atributos para gobernar el Tercer Reino, porque haré lo que sea necesario para mantener mi trono —explica. Después asiente con la cabeza, como si tratara de convencerse a sí misma, como si hubiese mantenido esa conversación millones de veces antes.

El vacío que siento en el estómago aumenta cuando, de repente, se

aparta del sendero de piedras y empieza a andar por la nieve, una nieve virgen que nos llega hasta las rodillas. El guardia que sujeta la antorcha enseguida nos alcanza y se pone a la cabeza para abrirle camino a su reina. Ese ojo envuelto en llamas parece observarme a través de la niebla.

El temor cede el paso al miedo y el miedo, al pánico. El silencio es insoportable y siento que en cualquier momento voy a perder los nervios. Así que antes de armar un escándalo pregunto:

—¿Adónde vamos, majestad?

—Un poco más allá.

De vez en cuando, echo una mirada por encima del hombro, pero todo apunta a que no tengo escapatoria. A juzgar por cómo me miran los guardias de Kaila, no llegaría muy lejos, a menos que utilizara mis cintas, claro está. La reina desconoce su existencia y, a decir verdad, prefiero que siga siendo así. No quiero que descubra otro secreto más.

Por fin diviso un enorme edificio de piedra gris y rugosa que, a simple vista, parece ser de cinco plantas, o puede que más. La niebla me impide ver la verdadera altura de esa descomunal obra arquitectónica. En la parte frontal advierto un pasaje abovedado recubierto de escarcha. Es tan ancho que fácilmente podrían pasar unos veinte hombres, uno al lado del otro.

Los cuatro soldados de Rocablanca que vigilan la entrada saludan a la reina con una formal y elegante reverencia y los tres guardias personales que nos han escoltado hasta aquí se quedan a las puertas de esa extraña construcción. Entramos y echo un vistazo a mi alrededor, atónita. El inconfundible olor a animal me satura el olfato. Apesta a heno, a almizcle polvoriento y a algo agreste, casi salvaje.

—Esto es…

—El posadero de las aves madereras —termina Kaila por mí, y se detiene en mitad de ese vestíbulo enorme y abierto. Levanto la mirada y veo infinidad de travesaños que se entrecruzan en el techo altísimo de ese espacio cilíndrico. Parecen palillos atrapados entre los dientes de las paredes de piedra.

Ahí dentro hay decenas de animales. Allá donde mire solo veo plumas y garras. Algunos están acurrucados en los nidos que han

construido con cientos de ramitas de árboles sobre las vigas, otros raspan y arañan el heno que hay esparcido por el suelo, y otros olfatean el comedero, repleto de carne cruda.

Kaila se acerca a una de las aves que está a nuestra izquierda. La bestia emplumada está dormitando con la cabeza acurrucada debajo de un ala.

—Riawk —murmura.

El ave maderera responde a su voz de inmediato, y abre esos ojos marrones que me recuerdan a un charco de barro y desentierra la cabeza de entre el plumaje en un movimiento súbito y rápido, como un latigazo. Abre el hocico y me encojo de miedo al ver esa hilera de dientes puntiagudos y afilados y letales, pero la criatura no hace ademán de morder a la reina, sino que saca la lengua y le lame la mano a modo de cariñoso saludo.

Kaila me mira por encima del hombro.

—¿Alguna vez habías estado tan cerca de un ave maderera?

Demonios, claro que no. Estos monstruos me dan pavor.

—No —respondo secamente, y niego con la cabeza.

Kaila acaricia las plumas que le recubren las alas, de una tonalidad parecida a la corteza de un árbol, y el animal deja escapar un ronroneo de puro deleite.

—Riawk no muerde.

«Riawk parece estar esperando el momento apropiado para arrancarme la cara de un mordisco, pero lo que tú digas», pienso para mis adentros.

Doy un respingo, alarmada, cuando de repente un ave maderera que merodea a nuestras espaldas empieza a batir esas alas enormes y a patear todo lo que encuentra por el suelo, levantando así una nube de heno y suciedad y otras cosas que prefiero no saber, y después echa a correr por ese pasaje abovedado y alza el vuelo.

Mientras trato de sacudirme el polvo del vestido y del abrigo, Kaila continúa arrullando y halagando a Riawk, con el vestido impoluto, sin una mota de mugre.

—Auren, hablemos de mujer a mujer, ¿te parece?

Un tanto vacilante, respondo:

—De acuerdo.

La reina me mira fijamente a los ojos.

—Emprendí el largo viaje hasta Rocablanca porque sé de buena tinta que el Quinto Reino atesora recursos de un valor incalculable, recursos totalmente desaprovechados, recursos que yo quiero. El difunto rey Fulke era un cerdo corto de miras y su hijo es un mocoso engreído.

No tengo ni la mínima idea de por qué me está contando todo esto, pero presiento que lo voy a averiguar muy pronto. Está narrando el principio de una historia, una historia en la que ella es la protagonista, una historia escrita por su puño y letra.

—La presencia del rey Midas en el Quinto Reino y su expresa invitación resultaron ser una fortuita casualidad.

—¿Ah? —suelto cautelosa, mientras ella sigue hilando su historia.

—Sí. Después de todo, forjar una alianza con el Rey Dorado tiene sus ventajas, ¿no crees? —pregunta, y repasa mi cuerpo dorado de arriba abajo—. Por suerte, el rey Midas y yo hemos llegado a un acuerdo que nos beneficia a ambos —comenta como si tal cosa, de una manera aparentemente casual, pero su mirada, atenta y suspicaz, la delata. No quiere perderse mi reacción. Su ave maderera me observa con la misma intensidad que ella—. Matrimonio.

Por un momento, me parece no haberla oído bien y, confundida, arrugo la frente.

—Ejem…, pero él ya está casado.

Kaila ladea la cabeza.

—Oh, ¿Midas no te ha puesto al día? La reina Malina fue asesinada.

Como en toda buena historia, el relato de Kaila también tiene un inesperado giro argumental.

Incrédula, empiezo a menear la cabeza. La noticia me ha dejado totalmente aturdida, perpleja.

Malina… ¿Asesinada?

¿Cómo es posible? Malina me odia y me desprecia desde el primer día, pero al menos he aprendido a lidiar con ella y sé cómo tratarla. Con el tiempo, pasó a convertirse en parte del mobiliario, en un elemento más de la vida aburrida y monótona que llevaba en Alta

Campana. Pero enterarme de repente de que ha sufrido una muerte violenta…

—¿Cómo? ¿Cuándo? —pregunto. El desconcierto me ha secado por completo la boca y, al hablar, la lengua me raspa el paladar, como si se hubiese transformado en papel de lija.

A Kaila se le ilumina la mirada. Es más que evidente que está contenta, incluso satisfecha. Se enorgullece de haberme pillado con la guardia baja. De pronto, me asalta una duda. ¿Cómo diablos se ha enterado de la noticia? Me gustaría saber si ha utilizado su pérfida magia o si ha sido Midas quien la ha informado de lo sucedido.

—Hubo varios disturbios en el Sexto Reino cuando los súbditos descubrieron que la reina pretendía traicionar al rey Midas. El pueblo se rebeló contra ella, por supuesto. No fue capaz de contener a los insurrectos, que no dudaron en atacar el palacio y asesinarla a sangre fría. El rey envió refuerzos, pero ya era demasiado tarde.

Doy un paso atrás, conmocionada. Me cuesta imaginar a los ciudadanos de Alta Campana amotinándose en contra de Malina, organizando una revuelta, matando a su reina con sus propias manos. ¿Cómo han podido llegar a tal extremo?

De repente, recuerdo el mensaje codificado que interceptó Slade.

«El frío ha abandonado Alta Campana. Se avecinan cielos despejados».

En cuanto encajo las piezas del rompecabezas, siento que una montaña de escombros se desmorona sobre mí, atrapándome así entre un montón de ruina y deshechos y despojos.

La Reina de Hielo. De ella hablaba la carta. Era la confirmación de tan trágico suceso.

—Veo que la noticia te ha afectado bastante —apunta Kaila. A pesar de utilizar un tono compasivo, sé que no siente ni una pizca de lástima.

Los pensamientos erráticos me nublan la visión, como si me hubiese zambullido en un mar de aguas revueltas y turbias.

Me quedo mirando fijamente a las aves madereras que revolotean a mi alrededor, aunque la verdad es que no las veo. Solo veo a Malina, una mujer que me menospreció sin tan siquiera conocerme. Una mujer

formidable. Fría. Distante. Imperturbable.

También pienso en Alta Campana. Viví como una prisionera en el castillo, encerrada en una jaula de oro, pero fue el lugar que consideré mi hogar durante mucho mucho tiempo. Me entregué literalmente a aquel castillo para convertirlo en lo que es hoy en día. Me dediqué en cuerpo y alma a transformarlo en una fortaleza de oro, sin pararme a pensar en las consecuencias que podría tener en los súbditos del reino, condenados a verlo cada día de sus vidas.

Kaila sigue parloteando, así que tengo que detener esa espiral de recuerdos para poder oír lo que está diciendo.

—El rey Midas se ha encargado del asunto y lo tiene bajo control. La reina Malina, que en paz descanse, no supo cómo acallar las protestas y poner fin a una revolución, pero el rey Midas ha demostrado ser un monarca competente que sabe gobernar un reino. Lo cual me tranquiliza, porque mi primer marido era un cretino estúpido.

Estoy tan desconcertada, tan confundida y tan perdida que, sin pelos en la lengua, le pregunto:

—¿Por qué me estáis contando todo esto?

Se palpa el collar de conchas marinas que lleva alrededor del cuello y que asoma por debajo de la capa.

—Esta es la parte de la conversación en que hablamos de mujer a mujer, Auren. Necesito saber si vas a suponer un problema.

Hasta el momento, la charla había sido el equivalente a una patada en el estómago, a un empujón para tirarme por un acantilado, y ahora, siento que estoy en caída libre.

—¿Un problema? —pregunto, mientras miro de refilón al ave maderera, que ha empezado a acariciarle el brazo con el hocico.

Kaila enarca un pelín esas cejas espesas y oscuras.

—No me tomes por tonta, Auren. Ya he estado casada y sé la relación que mantienen los reyes con sus monturas, pero tú eres mucho más que eso, ¿verdad? Eres la preferida del rey Midas, la joven que tocó y convirtió en oro —dice, y arrastra esos ojos parduscos desde mi cabeza hasta los dedos del pie—. No estoy segura de si te quiere, o si simplemente te folla de vez en cuando y te mantiene como

un premio decorativo del que presumir ante los demás.

Abro la boca, anonadada, y echo un fugaz vistazo por encima del hombro para averiguar si los guardias nos están escuchando, pero Kaila despeja todas mis dudas.

—No te preocupes. He estado controlando nuestras voces desde que entramos en el posadero. Nadie puede oírnos.

—¿Ni siquiera si grito?

Sus labios dibujan una sonrisa de orgullo que, si debo ser sincera, me asusta.

—Ni siquiera si gritas. Gracias a mi poder mágico, puedo desviar cualquier murmullo hasta mis oídos, imitar la voz de cualquier mortal. Puedo oír conversaciones y difundirlas entre susurros y bisbiseos por todo un salón. Soy una maestra en el arte de las voces, Auren, pero es la tuya la que ahora quiero oír. ¿Vas a suponer un problema?

¿Cómo alguien tan joven puede ser tan tremendamente aterrador?

—No.

Me observa con detenimiento, como si me hubiera robado la voz y estuviese estudiándola bajo la lente de su magia.

—Me alegra oírte decir eso. ¿Y qué hay de las otras monturas reales? ¿Crees que pueden llegar a ser un problema?

Trago saliva.

—No.

—Mentirme sería una pésima idea, Auren —me advierte, y su mirada se vuelve más afilada, más hiriente y más cruel—. Pero no pasa nada. Un pajarito me ha contado que una de ellas está embarazada. Mist. No puedo permitir que mi prometido tenga bastardos pululando por el reino, así que me ocuparé de solventarlo. No será un problema.

Un escalofrío repta por mi espalda y siento que mi corazón deja de latir durante unos segundos.

«No será un problema». Un eufemismo, una frase genérica para expresar que vas a mandar matar a alguien. La adrenalina fluye por mis venas y todos mis instintos me suplican que me dé media vuelta y salga corriendo de ahí, que busque a Mist y le advierta de los maquiavélicos planes de la reina Kaila, pero mi cuerpo no responde y

se mantiene ahí, inmóvil.

—Es una propuesta de negocio tan lícita como cualquier otra, nada más —continúa—. Aun así, necesito que el público me acepte. No cometeré los mismos errores que Malina. No dejaré que la preferida del rey me eclipse por completo, y mucho menos que me arrebate la atención que merezco. Tampoco daré motivos a los súbditos para que se rebelen contra mí a la primera oportunidad que se les presente.

Mis cintas se tensan, casi se agarrotan a mi espalda.

—Me encargaré de que nuestros súbditos celebren este enlace, Auren. Solo así darán su consentimiento a que el rey Midas y yo unamos nuestros reinos. Quiero que te marches. Por eso me he llevado una tremenda alegría al oír tu conversación con esa soldado. De hecho, si estamos aquí charlando como dos buenas amigas es gracias a eso. De lo contrario, me habría visto obligada a ocuparme de ti también —dice.

Asesinarme. Iba a mandar a uno de sus mercenarios a asesinarme.

Por todas las diosas, ¿quién es esta mujer?

Kaila me escruta con la mirada durante unos instantes. Esta noche se ha recogido esa melena ónice hacia atrás, lo cual le resalta aún más los pómulos.

—Oh, por favor, no te hagas la sorprendida. Comprenderás que no puedo dejar que nada amenace mi reinado. Y mucho menos una chica huérfana. Me da igual que tu pelo esté hecho de mechones de oro puro, Auren. Así que voy a proponerte un trato, algo que no hago muy a menudo, por lo que te aconsejo que lo aceptes.

Tengo que contenerme para no poner mala cara porque bajo esa voz melosa y dulce se esconde una terrible amenaza, una amenaza que, quizá por su magia, o quizá por su intimidatoria presencia, queda suspendida en el aire, como una pompa de jabón.

—Te quiero bien lejos de aquí, y preferiría no tener que mancharme las manos. Así que te invito a que te fugues con el comandante del ejército del Cuarto Reino —dice, y la miro con la boca tan abierta que se me va a desencajar—. Si te marchas por voluntad propia, no le diré a Midas que te he visto esta noche.

Presiento que quiere que me marche por mi propio pie porque, si se

diera el caso de que Midas terminase descubriendo sus verdaderas intenciones, nadie podría acusarla de haberme matado.

Kaila me observa con esa mirada punzante, una mirada que empieza a rasgarme la cara.

—Si decides no marcharte, me encargaré personalmente de que se entere de tu pequeña aventura con el comandante, y, aunque no le conozco mucho, auguro que no le sentará nada bien, ¿o acaso me equivoco?

La historia no podía tener un final feliz, desde luego, sino con uno de los personajes principales sufriendo una caída mortal, despeñándose por un escarpado acantilado. Kaila sonríe. La belleza de esa mujer es indiscutible. Debo admitir que la extorsión le favorece.

El hecho de que ya tuviese planeado escapar de Rocablanca con Slade juega a mi favor, sobre todo si Kaila es sincera cuando dice que no va a informar a Midas de lo sucedido esta noche. La información que ahora maneja es muy comprometida y delicada, y me aterra que pueda utilizarla en cualquier momento, cuando más le convenga. ¿Qué hará cuando se dé cuenta de que Midas no va a dejarme marchar así como así?

No sé qué ve Kaila en mi rostro, pero parece satisfacerle porque sonríe de oreja a oreja.

—Veo que nos entendemos. Me alegro de que hayamos tenido la oportunidad de charlar a solas, ¿y tú?

Se me revuelven las tripas.

—Yo también, majestad.

—Bien —dice, y se gira para rascar la barbilla del ave maderera—. El rey y yo esperaremos al baile de celebración para anunciar nuestro enlace. Después de la rebelión y los altercados del Sexto Reino y la incertidumbre que asuela Rocablanca, con un príncipe que aún no ha cumplido la mayoría de edad para sentarse en el trono y ser proclamado rey, es imperativo que traigamos un poco de estabilidad a Orea.

Lo único que esta unión traerá a Orea será un par de monarcas hambrientos de poder con acceso a más poder.

—¿Te gustaría acariciar a Riawk? —pregunta Kaila, de sopetón.

Esta mujer debe de disfrutar tratando de pillarme desprevenida, o con la guardia baja.

—Oh, no, gracias.

—Anda, acarícialo un poco —insiste ella—. Es muy dulce y cariñoso.

Tan dulce y cariñoso como su ama, seguro.

Con una sonrisa forzada, me acerco a esa bestia y, con suma cautela, levanto una mano. De repente, el ave maderera gira la cabeza, entorna su mirada salvaje y abre el hocico, dejando al descubierto esos dientes afilados como espadas. Aparto la mano enseguida, esquivando así lo que prometía ser un más que doloroso mordisco, y ahogo un grito.

La reina Kaila echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada mientras le da unos suaves golpecitos a Riawk en la nariz.

—Qué travieso eres, Riawk —le murmura al oído, pero es evidente que la situación le ha parecido de lo más divertida—. Los machos siempre muerden de la mano que les da de comer.

Que me lo diga a mí.

—Un placer charlar contigo, Auren. Las mujeres nos entendemos la mar de bien, ¿verdad?

—Sí. Os he entendido perfectamente.

—Bien —responde, y asiente con la cabeza—. Puedes irte.

Obedezco *ipso facto*. Doy media vuelta y salgo disparada de ese repugnante posadero, dejando atrás el grave y espeluznante gorjeo de esos monstruos alados. Cuando atravieso el pasaje abovedado, se me destapan los oídos, como si acabara de salir de la mágica burbuja de sonido de la reina.

Regreso al castillo tan rápido como me dan las piernas mientras trato de ordenar el caos que ahora reina en mi cabeza. La conversación con la reina Kaila, lejos de serenarme, me ha dejado totalmente espantada, muerta de miedo. Su poder mágico es verdaderamente aterrador.

Quizá Midas haya encontrado en ella a la horma de su zapato.

Tengo que contarle a Slade y a los demás todo lo que ha ocurrido, pero no me atrevo a intentar salir del castillo a hurtadillas sin Lu, y no

sé dónde guardan a los halcones mensajeros. Ojalá se nos hubiese ocurrido una manera de comunicarnos en situaciones tan peliagudas y comprometidas como esta, pero, por ahora, tendré que esperar a reunirme con Slade mañana por la noche, en la biblioteca.

Además, ahora mismo hay otro asunto del que debo ocuparme. Tengo que intentar salvar a una persona que, de antemano, sé que me aborrece y me odia. No sé si esa conversación va a ser más agradable que la que acabo de mantener con Kaila.

Mist tal vez me deteste, pero espero que ese odio exacerbado se atenúe un poco a la luz de mi advertencia. Porque de lo contrario… su vida y la vida del bebé que está creciendo en su vientre corren el peligro de apagarse para siempre.

39

Auren

El problema del frenesí que se ha desatado en mi cabeza es que olvido por completo lo tarde que es. Consigo inmiscuirme por el laberinto de pasadizos hasta llegar al ala donde se alojan las monturas, pero, como era de esperar, la puerta está cerrada y vigilada. Dos guardias custodian la entrada a esa ala del palacio. Los reconozco enseguida porque son los mismos de cada noche. El cascarrabias de pelo gris y el joven rubio con la barba parcheada, a quienes he bautizado con los apodos de Gruñón y Parche.

Gruñón sacude la cabeza al verme aparecer por el pasillo.

—No podemos dejaros entrar, mi señora.

—Sé que es tarde, solo necesito hablar con…

—De todas formas, no hay ninguna montura aquí, señorita —me informa Parche.

La ansiedad y la impaciencia y el furor se desvanecen en una nube de desilusión.

—¿Dónde están?

Parche se rasca el mentón con aire distraído. A pesar de la penumbra que impera en ese pasillo, su armadura dorada reluce como si acabara de pulirla.

—En la ciudad. Órdenes expresas del rey. Las ha enviado para… entretener a los dignatarios del Tercer Reino.

Se me cae el alma a los pies ante tal inesperado infortunio.

—De acuerdo. Perdón por haberos molestado —murmuro, y me doy la vuelta para marcharme.

A mis espaldas, los guardias intercambian una mirada y, de repente, oigo unos pasos apresurados detrás de mí. Echo un vistazo por encima del hombro y descubro que Gruñón está siguiéndome con una

expresión de confusión. Frunzo el ceño, y él enseguida trata de explicarse.

—No deberíais andar sola a estas horas de la noche. Me sorprende que el rey no tenga a toda una legión de soldados siguiéndoos a todas partes las veinticuatro horas del día.

Dibujo una sonrisa un tanto forzada.

—Ha sido el propio rey quien ha decidido darme un poco más de libertad —miento, y me doy la vuelta mientras rezo a todas las diosas y al mismísimo diablo que no informe a Midas de lo ocurrido, de que no se percate de que soy una pésima mentirosa. Sin embargo, si nos ceñimos a las normas, no estoy desobedeciendo ninguna orden. Todavía es noche cerrada, lo que significa que puedo ausentarme de mis aposentos siempre y cuando me acompañe un guardia real… Ahora mismo, cumplo todos los requisitos. Correré un tupido velo y obviaré el detalle de que he salido a hurtadillas de mi habitación.

—¿Os acompaño a vuestros aposentos?

Niego con la cabeza.

—Necesito hablar con alguien.

—¿A estas horas? —cuestiona él.

—El rey me ha pedido que hable con ella lo antes posible.

La respuesta parece haberle disuadido, lo cual es bueno, porque empezaba a quedarme sin pretextos y tengo los nervios a flor de piel. Albergaba la esperanza de poder hablar con Rissa sobre el cambio de planes, pero como no está en el castillo, no me queda más remedio que acudir directamente a Mist.

Echaría a correr, pero sé que sería imprudente por mi parte, así que me armo de paciencia y trato de moverme con la quietud y el sigilo de un felino. No me gusta este castillo por la noche. La oscuridad hace que las paredes, revestidas de cristal, reflejen mi silueta, solo que en lugar de mi sombra parece un espectro siniestro que imita todos mis movimientos, un fantasma espantoso que me sigue a todas partes. Juraría que todavía oigo las voces incorpóreas retumbando en mi cabeza, la de Lu y la mía, y por mucho que intente enmudecerlas, ahí siguen.

La verdad es que no recuerdo muy bien el camino hasta la

habitación de Mist, pero, misteriosamente, logro llegar hasta allí sin dar más rodeos de la cuenta y, lo más importante, sin perderme. «Maldita mi suerte», pienso para mis adentros. La confrontación con Mist me da tanto miedo que no me habría importado retrasar unos minutos ese fatídico momento.

Hay un guardia haciendo su ronda por el pasillo, pero al reconocerme se hace a un lado y nos deja pasar sin pedirnos ninguna explicación. Me detengo frente a la puerta de Mist, respiro hondo y estiro la espalda. No estoy segura de que esto vaya a salir bien.

Prefiero no seguir prolongando esta agonía, así que levanto la mano y llamo a la puerta. Una vez. Dos veces. A la tercera, los guardias me miran como si hubiese perdido la chaveta, pero no pienso parar. Continúo golpeando esa puerta de madera una y otra vez, cada vez con más ímpetu, con más impaciencia. Por mi cabeza empiezan a rodar toda clase de pensamientos.

Estoy prácticamente aporreando esa puerta con el puño, pero Mist sigue sin contestar. Y es entonces cuando empiezo a entrar en pánico.

«¿La reina Kaila ya habrá dictado sentencia? ¿Habrá mandado ejecutar a Mist? ¿Y si no he llegado a tiempo? ¿Y si el cuerpo de Mist yace ya sin vida en su habitación?».

De repente, la puerta se abre. Un tirón fuerte, brusco y, sin duda, malhumorado.

—Mist —suspiro, y una oleada de alivio me baña el cuerpo entero.

—¿Qué diablos estás haciendo? —gruñe ella, y se apresura en ajustarse la bata. Se anuda el cinturón con un movimiento enérgico, casi violento.

—Necesito hablar contigo.

Tiene un aspecto un pelín demacrado, con unas ojeras moradas que le llegan hasta los pómulos. La he sacado de la cama de madrugada, por lo que supongo que debe de estar algo desorientada y adormilada, pero aun así sigue teniendo las mismas malas pulgas de siempre.

—¡Lárgate de aquí ahora mismo! Maldita sea, son las tantas de la noche y, aunque fuese mediodía, eres la última persona que querría ver.

Gruñón se aclara la garganta tras presenciar ese desagradable

intercambio de palabras, pero no puedo acobardarme ahora. He llegado hasta aquí, y no pienso dar un paso atrás.

—Mira, sé que no me tienes ninguna estima, pero necesito hablar contigo. Es importante.

Ella ignora por completo mi ruego desesperado y mira a los guardias.

—Lleváosla. Está en mis aposentos personales, y no es bienvenida aquí.

El soldado que Midas ha asignado para su guardia y custodia da un paso al frente. Los dos sabemos que no se atreverá a tocarme porque, de hacerlo, rodarían cabezas, y no sería la mía precisamente. Me mira con expresión de súplica.

—Mi señora…

No, ni hablar. No he venido hasta aquí para que me vapuleen, me humillen y, encima, no me dejen hablar. Aprieto fuerte los dientes, agarro a Mist por el brazo, la empujo y entro en la habitación, arrastrándola conmigo. Y lo hago tan rápido que los guardias no tienen tiempo de reaccionar. Cierro de un portazo, echo el pestillo, cruzo los brazos tras mi espalda y me recuesto sobre ese inmenso portón de madera.

—¿Quién te crees que eres? —me grita Mist a la cara. Está fuera de sí.

Intenta apartarme para abrir la puerta, pero no pienso permitírselo. No me he jugado la vida para nada.

—Escúchame. Serán solo dos minutos, y te prometo que luego me iré.

—¡Que te jodan, zorra! —chilla, enajenada, y veo que cierra los puños.

Presa del pánico, miro a mi alrededor, como si temiera que la reina Kaila estuviese acechándonos, agazapada entre las sombras, dispuesta a robarnos las palabras.

—¡Baja la voz!

Mist debe de haberse asustado al verme tan histérica, tan inquieta porque, de repente, deja de gritar.

—¿Y por qué debería hacerlo, si puede saberse?

—Porque aquí las paredes oyen, Mist. Y no quieres que la reina te oiga, créeme.

Tuerce la comisura de los labios en una mueca de asco, confusión e incredulidad. La habitación está sumida en una oscuridad casi absoluta. La única luz proviene de la chimenea, un resplandor tenue y anaranjado que se va atenuando por momentos. En breve, solo quedarán las brasas. Aprovecho ese momento de silencio y de desconcierto para soltar todo lo que he venido a decirle, aunque me aseguro de hablar en voz baja. No quiero que los guardias nos oigan, y no tengo ni la menor idea del alcance del poder mágico de la reina, así que mejor andarse con pies de plomo.

—Tu vida corre peligro, Mist. La reina Kaila pretende matarte.

La montura parpadea varias veces y recula un par de pasos. Aunque intuyo que sigue enfadada, sé que la terrible noticia la ha dejado consternada, turbada.

—¿Qué?

—Es verdad —digo, y me alejo un poco de la puerta—. Malina ha fallecido y Midas, lejos de llorar su muerte, está planeando su enlace con la soberana del Tercer Reino, para expandir sus fronteras y controlar un reino más. A la reina Kaila no le gusta la competencia, y claramente no le gusta la idea de que una montura lleve al hijo de su futuro esposo en su vientre.

Mist desliza una mano hasta la tripa, que ya empieza a asomar, y la acaricia suavemente. Sin embargo, se resiste a creerlo porque, de repente, entrecierra esos ojos negros con forma de avellana y me lanza una mirada suspicaz, una mirada desconfiada.

—¿Me has despertado para soltarme una sarta de mentiras?

—No estoy mintiendo —insisto, e imploro a todas las diosas que se apiaden de mí, que no dejen que la ira y el rencor cieguen a Mist, que le abran los ojos para que así se dé cuenta de una vez por todas de que solo pretendo ayudarla—. Esta noche, la reina me ha acorralado, me ha amenazado y me ha asegurado, en palabras casi textuales, que iba a encargarse de ti porque, en estos momentos, le supones un problema.

Mist resopla y empieza a juguetear con el cinturón de la bata.

—Sí, claro.

—Estoy diciéndote la verdad. Tienes que marcharte.

La expresión de su rostro es la viva imagen del desprecio.

—¿Esa es tu jugada maestra? ¿Asustarme para que me marche? —dice, y sacude la cabeza. Advierto el rubor de la ira en sus mejillas, y me preparo para lo peor—. Pues bien, no te ha funcionado. Sé que la envidia te corroe. Sé que estás celosa porque ahora soy yo quien recibe un trato especial. Sé que te da rabia que sea yo, y no tú, quien vaya a darle al rey un heredero. Estás tan resentida que incluso te atreves a intentar engañar a una mujer embarazada —dice, y cada una de sus palabras destila un desdén infinito. Me mira de pies a cabeza con cara de absoluta repugnancia y añade—: Eres patética.

—Intento salvarte la vida —bisbiseo.

Ella se echa a reír, pero el sonido no es alegre, ni siquiera es agradable. Esas carcajadas roncas desgarran el aire gélido del salón, unas garras oscuras de aversión y rencor que me hacen pedazos por dentro.

—Lárgate.

—Mist…

—¡He dicho que te largues! —grita, y ese violento latigazo me empuja hacia atrás. Los guardias empiezan a llamar a la puerta, preocupados. Si no salgo de ahí pronto, terminarán por tirarla abajo. Por el gran Divino, solo espero que la reina Kaila y su poder no anden por aquí cerca.

—Está bien, me iré —digo para tratar de tranquilizarla, y levanto las manos a modo de rendición.

Mist está temblando de furia e indignación, y el rubor de sus mejillas se ha ido extendiendo por el cuello, por el pecho. En su estado, prefiero no alterarla más. Y, además, no parece dispuesta a escucharme.

Me da igual que me odie. Me da igual que me desprecie. No quiero que Mist ni su bebé mueran a manos de un despiadado mercenario de la reina. Si fuese otra persona quien se hubiese presentado en su puerta en mitad de la noche, quizá escucharía y entraría en razón, pero el odio que siente por mí la tiene totalmente cegada.

Con un suspiro de derrota, me doy la vuelta y apoyo una mano en el pomo, pero antes de girarlo, decido decirle unas últimas palabras, con la esperanza de que esta vez sí consiga abrirle los ojos.

—Sé que me odias, no pasa nada. Pero te juro, Mist, que estoy diciendo la verdad. No quiero que tú ni tu bebé sufráis ningún daño. Habla con Rissa. Ella te dirá que puedes confiar en mí. Puedo sacarte de aquí y llevarte a un lugar seguro, pero necesitaré una respuesta antes del baile.

La miro de refilón y me parece vislumbrar la sombra de la duda en su mirada.

—Una reina recién casada no va a tolerar que nazca un bastardo en la corte, Mist —añado, con un tono más amable, más piadoso—. Solo… Por favor. Habla con Rissa. Piénsalo, por el bien de tu bebé.

—Aunque fuese verdad lo que dices, lo cual no lo es, Midas jamás…

—No puedes fiarte de Midas —espeto con vehemencia—. El rey siempre va a elegir lo que más le convenga, lo que considere que es mejor para él y, con una nueva esposa, vas a pasar a un segundo plano.

Ella se cruza de brazos en un gesto de defensa, como si la estuviese atacando, pero a pesar de esa actitud exasperada e indignada, advierto ciertas señales que delatan su ansiedad. Además de un ligero temblor nervioso en los ojos, veo que clava los dedos de los pies en la alfombra.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

Encojo un hombro.

—Las monturas deberíamos mantenernos unidas y ayudarnos, ¿no crees?

Lo suelto sin pensar, como si fuese un comentario superficial, pero en el fondo es una idea a la que siempre le he dado muchas vueltas, una idea que me llena de melancolía. Si dejáramos de competir entre nosotras, si dejáramos los celos absurdos a un lado, si dejáramos de enfrentarnos por los hombres. Si las mujeres empezáramos a tendernos la mano, a apoyarnos a ultranza entre nosotras, llegaríamos muy lejos, desde luego.

Mist aprieta los labios hasta convertirlos en una delgada línea y,

antes de levantar la barbilla, advierto una expresión que no consigo discernir.

—Márchate.

Agacho la cabeza, me doy la vuelta y deslizo el pestillo. No sé si me hará caso y hablará con Rissa, pero si he conseguido plantar la semilla de la duda en su cabeza, entonces habrá merecido la pena.

Con el chasquido metálico de la tranca, la puerta se abre, y salgo, ignorando a todos los guardias y sus miradas de desaprobación.

De camino de vuelta a mis aposentos, el cansancio emocional y mental empiezan a hacer mella en mí. Siento que la cabeza me va a estallar en cualquier momento, que mi agitado corazón no soportaría otro sobresalto más. Las sienes me palpitan, presagiando así una tremenda jaqueca, y noto un escozor insufrible en los ojos. Después de todo lo que he vivido esta noche, me da la sensación de que cargo con un peso brutal sobre los hombros, un peso que amenaza con aplastarme.

Cuando llegamos al pasillo donde se encuentra mi habitación, enseguida reconozco a Scofield y a Lowe, los guardias encargados de vigilar mi puerta esta noche. Al verme aparecer, abren los ojos como platos.

—¡Mi señora! ¿Cómo…? Habéis estado encerrada en vuestros aposentos todo el día, y toda la noche —dice Scofield, claramente angustiado, mientras se atusa esa melena castaña con las manos en un gesto de nerviosismo.

No puedo responderle. Ahora mismo no tengo la capacidad mental de urdir una mentira plausible, ni la capacidad emocional de preocuparme por ello.

Así que, en lugar de contestar, paso de largo, sin musitar una sola palabra, cierro la puerta y echo el pestillo para asegurarme de que nadie vaya a molestarme. Y entonces me dejo caer sobre la cama, con una sensación de desasosiego en el pecho.

Necesito dormir y descansar. Lo primero que tengo que hacer cuando me levante es hablar con Rissa. Después me reuniré con Slade en la biblioteca y le contaré todo lo ocurrido. Estoy segura de que, juntos, podremos encontrar una solución a todo ese galimatías con

Mist y con la reina Kaila. Y, con un poco de suerte, Lu ya habrá encontrado a Digby.

Trato de pensar con la cabeza, y no con el corazón, de adoptar una actitud lógica y racional, pero aun así la ansiedad revolotea en mi interior como un enjambre de avispas que, furiosas, me aguijonean las entrañas. Porque, en el fondo, no sé si he hecho todo lo que estaba en mi mano.

Y así, con la mente turbada, me sumo en un profundo sueño mientras les rezo a las diosas. Sin embargo, no soy más que una voz muda suplicándole a un cielo sin estrellas. Además, las diosas nunca han escuchado mis plegarias, ¿por qué iban a hacerlo ahora?

40

Auren

Me despierto con un convencimiento grabado en la mente, con una voluntad asentada en el corazón. Midas, Digby, Mist, Rissa, Kaila. En una sola noche, todos ellos se convirtieron en un obstáculo, en un verdadero quebradero de cabeza, pero las horas de sueño y de incansable reflexión han servido para algo. Han encendido mi rabia, avivado mi determinación y han despejado cualquier rastro de ansiedad.

Estoy muy cerca de conseguir lo que llevo mucho tiempo deseando. No puedo echarlo a perder justo ahora.

Me levanto de la cama y, a tientas, me acerco hasta las ventanas para correr las cortinas. Me recibe una mañana blanquecina, con un cúmulo de más de quince centímetros de nieve en el suelo.

Me visto a toda prisa, con los ladridos y aullidos de los perros de caza como música de fondo. Elijo un vestido de seda muy sencillo, sin muchos adornos ni ornamentaciones, y parto las tablillas del corsé con impaciencia. Tras calzarme las botas, enfundarme los guantes y abrocharme la capa, salgo corriendo al balcón, decidida a escabullirme de mis aposentos una vez más. Necesito encontrar a Rissa y hablar con ella. No puedo esperar hasta el anochecer.

Sin embargo, cuando apoyo las manos en la barandilla de hierro, doy un respingo y me quedo inmóvil. Hay un guardia justo debajo de mi balcón, con una armadura dorada que la nieve ha deslustrado un poco. Está patrullando los jardines. Ahora mismo, está caminando por delante de la perrera, con unos andares serenos y una actitud relajada, como quien da un paseo. Se me cae el alma a los pies.

Empiezo a retroceder poco a poco, hasta que piso el umbral de la puerta del balcón, y me apresuro en entrar con cuidado, sin hacer el

menor ruido. El miedo me ha acelerado el pulso.

Midas sabe que me he escapado de mis aposentos sin su permiso. No se me ocurre otra explicación. Ahora mismo no quiero ni pensar en las consecuencias que eso puede acarrear, pero una cosa está clara: esa parte del castillo nunca había estado vigilada, hasta ahora. Lo más prudente es que me quede en mi habitación. Si tengo que ser sincera, he vuelto a pecar de inocente. Debería haber sido más precavida, más cautelosa. Anoche estaba tan preocupada y obcecada con avisar a Rissa y a Mist del cambio de planes que me olvidé de pensar en mí.

Esto no pinta bien. No pinta nada bien.

Aprieto los labios, frustrada pero no por ello menos decidida a salirme con la mía. Echo un vistazo a mi alrededor y cuando mis ojos revolotean por la mesita de noche se me ocurre una idea. Si no puedo ir hasta el ala de las monturas para hablar con Rissa, tendré que ingeniármelas para que Rissa venga aquí.

Los criados todavía no han encendido la chimenea, pero ignoro el fresco que hace en la habitación y, con aire decidido, abro el cajón de la mesita de noche. Hay varios pergaminos en blanco, así que cojo un pedazo de papel, una pluma y un tintero y garabateo una nota.

No me atrevo a contarle demasiado. Estoy convencida de que todo lo que escribo pasa por las manos de Midas, así que me limito a invitarla a tomar el té en mis aposentos. Una invitación aparentemente inocente, pero Rissa es una mujer lista y enseguida adivinará que algo anda mal.

Le contaré que el comandante del ejército del Cuarto nos ha ofrecido ayudarnos a escapar de Rocablanca, pero también le hablaré de Kaila y de sus maquiavélicos planes para que consiga convencer a Mist de venir con nosotras. Tengo el presentimiento de que va a pedirme una montaña de oro a cambio, pero ahora mismo me da igual.

Mientras tanto, Lu buscará a Digby, y cuando le encuentre nos marcharemos de aquí.

Y por fin seré libre.

Me dirijo hacia la puerta de mi habitación y la abro de golpe, con un movimiento un tanto brusco. Scofield y Lowe, que están sentados

ahí fuera, se llevan un buen susto. No me los voy a quitar de encima nunca.

—Mi señora, ¿necesitáis algo? —pregunta Scofield.

Con el mensaje doblado entre los dedos, le paso el papel.

—¿Puedes entregarlo al ala de las monturas reales? Es para Rissa.

Arrastra su mirada color avellana hasta mi mano, pero, de repente, alguien dice:

—Déjalo, ya me encargo yo.

Me giro al reconocer la voz de Midas y los guardias, atemorizados, se hacen a un lado casi de un salto. Me quita la carta de las manos antes de que pueda reaccionar, la despliega y lee el mensaje.

—Oh, no hace falta —dice, y vuelve a doblar el pergamino para guardarlo en el bolsillo de sus pantalones dorados—. Hoy no vas a estar en tus aposentos a la hora del té, preciosa.

No puedo creer que me esté pasando esto. Estoy tan aturdida que no sé qué decir. Midas entra en mi habitación y, guiada por mis instintos, me aparto de su camino porque me da miedo estar tan cerca de él. Los botones de oro de la túnica tienen forma de campana, y una elaborada filigrana de hilo de oro decora el cuello y los puños. Va pulcro e impecable, como siempre, con la barba recién afeitada, unos leotardos ajustados y unos zapatos tan brillantes que incluso reflejan la habitación.

Siento un cosquilleo en la base de mis cintas, como si ellas también percibieran el peligro de la inesperada visita de Midas. Él hace señas a alguien para que entre en la habitación y, de inmediato, aparece una doncella que, sin despegar la mirada del suelo, va hasta la chimenea. Trae consigo una cesta con fajina y leños y empieza a encender el fuego.

Me quedo donde estoy, con la espalda apoyada en la pared de la puerta y la mirada fija en Midas. Él da una vuelta por la habitación, inspeccionando cada rincón para averiguar si he dorado algo más desde la última vez que estuvo aquí.

La rabia corpórea que se aloja debajo de mis costillas empieza a desperezarse. Noto la presencia de la criatura que nació del resentimiento de mi alma. Slade había logrado amansar a la fiera,

calmar esa furia desatada, y por eso, durante los últimos días, me había dado una tregua. Pero ahora la bestia se ha despertado, y parece más salvaje y más hambrienta que nunca.

No había vuelto a ver a Midas desde que me golpeó.

El moretón de la mejilla ha desaparecido por completo, pero la marca que aquella tremenda bofetada dejó en mí no puede verse a simple vista. Es una herida mucho más grande y mucho más profunda que, con el paso de los días, se ha ido infectando de toda mi rabia contenida.

Le miro y pienso: «¿Lo sabes? ¿Sabes que la reina Kaila pretende asesinar a la mujer que lleva a tu hijo en las entrañas? ¿Te importa? ¿Le has dado a Kaila tu beneplácito?».

La triste realidad es que, probablemente, lo hizo. ¿Por qué conformarse con el bastardo de una montura cuando puedes tener un legítimo heredero con una reina en edad de merecer?

En el momento en que la doncella se marcha y nos quedamos a solas, Midas por fin se digna a mirarme. Se pasa una mano por esa melena ondulada de color miel y después se fija en mi mejilla. Advierto una expresión de alivio, pero apenas dura un segundo.

No me equivocaba al creer que me estaba evitando. No quería ver las secuelas de sus acciones en mi cara deslustrada para no sentirse culpable.

—¿Cómo estás, preciosa?

«Estaría mucho mejor si no me volvieras a llamar así nunca más, maldita sea».

—Bien.

Estoy rígida, como una estatua de mármol, y lo peor de todo es que soy incapaz de fingir, de mentir, de disimular.

Esta mañana tiene un semblante distinto, vacilante, indeciso, me atrevería a decir. Sin embargo, no veo que se mueva con excesiva cautela. Es algo más. Algo que no logro descifrar.

Midas baja la cabeza.

—Quiero pedirte disculpas por no estar pendiente de ti estos últimos días. La verdad es que he estado muy ocupado. Cuando no me reunía con la reina Kaila para tratar asuntos políticos, tenía algún

compromiso oficial en la ciudad. Y cuando no tenía que atender a mis asesores, debía lidiar con el príncipe Niven. Gobernar dos reinos requiere mucha atención, y mano dura.

Me paso un dedo por el pómulo.

—Bueno, creo que ha quedado demostrado que la parte de mano dura la tienes más que dominada.

Inspira hondo y aprieta la mandíbula en un gesto de claro enfado, pero, en un abrir y cerrar de ojos, toda esa ira se disipa. Sacude la cabeza, con ademán arrepentido, y se mete las manos en los bolsillos.

—Lo siento. Sabes lo mucho que lo siento. Llevo sintiéndome culpable desde esa noche.

—Sentirte culpable no te exime de la culpa.

Entorna los ojos y frunce ligeramente el ceño, una arruga que mancilla ese rostro hermoso y viril y deja al descubierto su verdadera naturaleza. Abre la boca, como si fuese a escupir veneno, a ladrar un ataque intimidatorio para amedrentarme, pero en lugar de eso, la cierra y parece reconsiderar la situación.

Sigo esperando a que me cuente que ha pedido la mano de la reina Kaila, a que me informe de la súbita y violenta muerte de Malina.

Pero no menciona ninguno de esos dos temas.

Siempre había pensado que era la confidente de Midas, la única persona a quien confiaba sus planes, sus anhelos y sus sueños, que las conversaciones que manteníamos en la quietud de la noche y en la privacidad de mi jaula eran algo especial. Ahora me doy cuenta de que solo me contaba lo que le convenía, de que nunca fue noble conmigo, de que detrás de cada una de esas confidencias se escondía un propósito, una manipulación. Una forma de mover los hilos de su marioneta personal, de la montura que tocó y convirtió en oro.

—El baile es mañana por la noche —me recuerda Midas. Con aire distraído y paciente, se acerca hasta la chimenea y apoya las manos sobre la repisa de piedra—. Me gustaría que vinieras ahora conmigo para añadir unas últimas pinceladas de oro al castillo.

Ah, claro. Ese es el verdadero motivo por el que está aquí. No para disculparse, sino porque necesita mi poder. Debería estarle agradecida por el indulto que me ha concedido estos últimos días, un indulto, por

cierto, que me gané gracias a las repercusiones del golpe que me propinó, pero, si tengo que ser sincera, me habría gustado que durara un poco más.

Ladeo la cabeza, pensativa. Tal vez no sea mala idea. Tal vez la egoísta propuesta de Midas pueda jugar a mi favor.

—Con una condición. Quiero ver a Digby.

Un silencio ensordecedor inunda la habitación, como una cascada silenciosa, y los dos quedamos sumergidos en unas aguas plácidas, esperando el momento de nadar hasta la superficie para coger aire.

—De acuerdo.

Doy un bote, sorprendida. Incluso mis cintas se retuercen alrededor de mi cintura.

—¿Hablas en serio?

—Te llevaré a verlo esta noche. Te lo habrás ganado.

Estoy a punto de pedirle que primero quiero ver a Digby, pero conozco a Midas. Sé que si le presiono, retirará la oferta de encima de la mesa, y por eso asiento y digo:

—Está bien.

Un día más que le permito utilizarme para que se beneficie de mi poder.

Un día más, y sabré dónde está Digby. Por fin despejaré todas mis dudas y podré confirmar que Midas lo tiene. Entonces salvaré a mi guardia y me marcharé de este funesto lugar para siempre.

Midas sonríe y, al hacerlo, recupera ese carisma, ese encanto personal que encandila a todo el mundo. Me pregunto si también lo encandila a él.

—Excelente. Pongámonos a trabajar y, cuando termines, te prometo que podrás ver a tu guardia.

Las «últimas pinceladas» de Midas resultan ser más bien implacables brochazos. Con los pies descalzos y las manos embadurnadas de oro, convierto todo lo que me pide en una escultura dorada y reluciente. Bloqueo cualquier pensamiento para centrarme en un único objetivo: terminar con esto para poder ver a Digby lo antes posible.

Estoy tan concentrada en la labor que las horas dejan de contarse en minutos para contarse en gotas de oro. El metal precioso sustituye a

los granos de arena de un reloj. Cada gota dorada que mana de mi piel se traduce en un segundo menos.

Y así el oro brota sin parar.

Y brota.

Y brota.

Prendas de ropa y vajillas, paredes y monedas. Tapices y balaústres, esculturas de hielo y candeleros.

No pasa la mañana, sino yo, mientras me muevo de salón en salón, tocando cada objeto, sepultándolo en un ataúd de oro. La tarde no se alarga, sino mi magia, que va extendiéndose por el castillo de Rocablanca como una marea dorada, dejando a su paso un rastro de riqueza en nombre de Midas.

Midas no deja de darme órdenes a diestro y siniestro. Trabajo sin descanso mientras mi poder va impregnando todo lo que se encuentra a su paso de ese ansiado y preciado metal. Pero lo hago de buena gana, casi con gusto. No protesto. No me quejo ni una sola vez, a pesar de que la tarea me resulte agotadora y amenace con consumir toda mi magia.

Porque no pienso hacer nada que pueda poner en riesgo la posibilidad de ver a Digby esta noche. Dejaré que Midas mueva mis hilos a su antojo por última vez, y después, siguiendo el ejemplo de Slade, los cortaré y los quemaré hasta que solo queden las cenizas.

Una cosa. Solo le queda una cosa con la que chantajearme, y pienso arrebatársela.

Estoy en el salón de baile cuando, de repente, noto el familiar cosquilleo en la piel. Con los párpados caídos, miro de reojo por la ventana, aunque no necesito ver el cielo para saber que el sol acaba de esconderse tras el horizonte.

Por fin.

Dejo el florero vacío que estoy sujetando mientras los últimos hilos de poder empiezan a secarse. La magia, mucho más débil que a primera hora de la mañana, se arremolina alrededor de ese jarrón de peltre, pero solo consigue dorar la mitad antes de solidificarse. Suelto el florero y giro las palmas de las manos para valorar los daños. Están cubiertas de un oro pegajoso y grumoso, como si las hubiera

sumergido en un cántaro de leche cortada.

—Lo has hecho muy bien, preciosa —me felicita Midas.

No se ha separado de mí en todo el día, lo cual es muy raro en él. Midas siempre había preferido mantener una distancia prudencial mientras observaba orgulloso y satisfecho los resultados de mi magia. Me ha dado la sensación de que se mostraba aún más cuidadoso en el salón de baile, tal vez porque un criado que andaba despistado ha intentado entrar cuando estábamos ahí. O puede que quisiera involucrarse un poco más en la tarea, hacerme compañía. Sea cual sea el motivo, he mantenido la calma y, guiada por la inercia, he acatado todas y cada una de sus órdenes.

A pesar de que ha sido un día largo, Midas sigue teniendo un aspecto impecable. Bajo el tenue resplandor de las velas, su melena parece tan dorada como el suelo. No tiene un pelo fuera de sitio y parece tan fresco como esta mañana.

Yo, en cambio, debo de parecer un despojo humano. De hecho, así es como me siento. El corsé se me ha roto por otros dos lados, y las trenzas se me han deshecho, de manera que esa cascada de rizos dorados debe de parecer más bien un nido de ratas. Tengo la frente empapada de sudor, y las manos y los pies no dejan de temblarme por la ingente cantidad de magia que acaba de brotar por ellos. Por no hablar del vestido, repleto de salpicaduras y manchurrones de oro viscoso.

—Fíjate en lo que has conseguido —dice Midas, y echa un vistazo alrededor del salón. Más que crítica, su expresión es de… asombro absoluto.

Repaso la estancia de arriba abajo, fijándome en todos los detalles que he dorado, incluidas las columnas y los travesaños y las baldosas del suelo. He tratado de ser muy minuciosa para conseguir mantener la integridad del castillo. No quiero que se derrumbe por el propio peso, como ocurrió con la almohada en la cama de Slade.

Pero para mí, es solo un color. Cuando lo miro, no veo riqueza, ni abundancia porque ¿qué libertades he conseguido comprar con ese oro? Cada vez que convierto algo en oro, tengo que pagar un precio. Un precio cada vez más alto. El oro no es más que una palabra de tres

letras, un sinónimo de avaricia.

—Con un mero roce, mira todo lo que eres capaz de hacer —prosigue Midas, y señala la vitrina que tenemos justo enfrente, ahora repleta de platos y ensaladeras y cuencos dorados. Coge un plato al azar. Brilla tanto que parece un espejo. Él acaricia el borde del plato con el pulgar, como quien acaricia a un amante—. El oro es el paradigma de la riqueza y del poder. Es el único elemento en este mundo que me asegura que puedo lograr todo lo que me proponga. Que hace que la gente se arrodille ante mí y me bese los pies. Con una fortuna tan inconmensurable como esta, siempre estaré por encima de los demás. —Habla con reverencia, como un devoto que adora y venera su altar, y yo soy su diezmo. Deja el plato en su sitio y se da la vuelta para mirarme—. Tu magia es extraordinaria, Auren. Eres excepcional.

El cumplido, lejos de halagarme, me incomoda. Aparto la mirada y me limpio las manos en la parte delantera del vestido.

—Me gustaría ver a Digby ahora.

—Por supuesto —responde él enseguida—. Te di mi palabra.

Gracias al Divino.

El chirrido de una bisagra resuena en el inmenso salón. Proviene de la puerta del servicio, ubicada al fondo del salón de baile. Una criada entra a toda prisa y cruza la estancia con evidente afán.

—Ah, justo a tiempo.

La joven se acerca y deja una bandeja sobre la mesa que hay a nuestro lado. Se inclina en una profunda reverencia y se marcha sin musitar palabra.

—Quería asegurarme de que tomabas un tentempié al anochecer —me informa él—. Sabía que ibas a terminar agotada, igual que la última vez, pero he aprendido la lección y no voy a dejar que te marches con el estómago vacío —dice, y, con ademán ostentoso, retira la tapa de la bandeja para mostrarme un plato a rebosar de comida y una buena copa de vino—. Siéntate, preciosa. Come y bebe, y después te llevaré hasta tu guardia.

Aunque me molesta sobremanera tener que esperar unos minutos más, lo cierto es que me rugen las tripas. Sí, estoy muerta de hambre y

sí, tiene razón, estoy agotada. No me siento al borde del desfallecimiento, como me ocurrió la noche en que Slade me encontró en la escalera y me llevó en volandas hasta mi habitación. No puedo desmayarme delante de Midas, y mucho menos ahora que necesito estar alerta por Digby.

Tomo asiento en una banqueta baja que hay frente a la mesa y empiezo a comer. Midas, mientras tanto, me llena la copa de vino. Devoro en un santiamén el embutido y el queso y mi estómago lo agradece de inmediato. Por su parte, Midas se dedica a matar el tiempo examinando los objetos que hay encima de la mesa, como si estuviera catalogándolos según su valor.

Entre bocado y bocado, voy tomando pequeños sorbos de vino, aunque es tan espeso y tan dulce que más bien parece sirope. En lo más profundo de mi cabeza, en lo más profundo de mi lengua, deseo saborear una bebida distinta. Porque este vino, un vino añejo y edulcorado servido a temperatura ambiente, está bien, pero no tiene ni punto de comparación con el vino helado y picado que se almacena en el fondo de una barrica de madera que sirven en el ejército del Cuarto. Eso sí era un buen vino.

Aunque, pensándolo bien, quizá no fuese el vino, sino la compañía.

Aun así, me bebo hasta la última gota de ese vino fresco pero empalagoso. También me zampo la porción de tarta azucarada porque sé que mi cuerpo necesita toda la energía que pueda proporcionarle. He agotado mi poder mágico, y eso tiene repercusiones. Me duele todo el cuerpo y me escuecen los ojos. Me convendría descansar y dormir para recuperarme, pero ese es un lujo que ahora mismo no puedo permitirme.

Ansiosa, me pongo de pie y me sacudo las migas del vestido.

—Ya he acabado.

—¿Estás segura de que no quieres nada más? —pregunta Midas, y echa una ojeada a la bandeja y a los restos de comida que he dejado. Lo único que me he terminado es el vino.

—Estoy segura —respondo, y asiento con firmeza—. Solo quiero ver a Digby.

Con los hombros un pelín rígidos y las cintas constriñéndome la

cintura, espero a ver si intenta postergar el momento con otra excusa, o si va a faltar a su palabra, pero para mi sorpresa, dice que sí con la cabeza.

—Entonces te llevaré con él ahora mismo.

Suspiro y relajo esa postura defensiva.

«Ya voy, Digby».

41

Auren

Voy un paso por detrás de Midas, por mera cautela. Atravesamos el inmenso salón de baile y salimos al vestíbulo principal del castillo. Sus guardias le están esperando y, en cuanto nos ven venir, despegan la espalda de la pared, se escabullen detrás de mí, colocándose así en la retaguardia, y nos siguen con paso firme, casi militar.

El agotamiento empieza a hacer mella en mí, pero no voy a rendirme ahora. La ilusión de encontrarme con Digby es lo que me ayuda a seguir adelante, a luchar contra el cansancio. Incluso habiéndome atiborrado de comida con cantidades ingentes de azúcar, siento que mi cuerpo se va debilitando con cada paso que doy, hasta el punto de que tengo que clavar la mirada en mis pies para cerciorarme de que obedecen las órdenes de mi cerebro y siguen moviéndose.

Midas atraviesa el majestuoso vestíbulo de Rocablanca y me lleva por un pasadizo que da a una estrecha escalinata. Trato de memorizar el camino para poder explicárselo a Lu más tarde, por si todavía no ha encontrado la manera de escabullirse hasta las mazmorras, pero estoy tan cansada que soy incapaz de prestar atención. Me pican demasiado los ojos y, en un intento de librarme de ese insoportable escozor, los cierro. Ese absurdo despiste hace que me tropiece y, de no haber sido por mis cintas, me habría caído de bruces.

—Cuidado, preciosa —murmura Midas.

Me tomo tiempo para bajar los peldaños de esa escalera de caracol, y me aferro a la barandilla para no perder el equilibrio. Cuando llego al pie de la escalera, suelto un suspiro de alivio.

Estoy cansada. Muy cansada.

El frío húmedo que impregna el ambiente me provoca escalofríos, y

aprovecho ese instante de descanso para echar un ojo a mi alrededor. La iluminación es pésima y, por lo que puedo ver, el espacio es de lo más normal, sin ningún detalle que destacar, como si fuese uno de los pasillos que utiliza el servicio para moverse por el castillo.

Midas no se detiene y sigue avanzando por ese interminable pasadizo. Me paso una mano por la frente para secarme las gotas de sudor.

—¿Estamos cerca? —incluso mi voz suena fatigada.

—Sí. Ya hemos llegado —responde Midas, que, de repente, se para. Levanto la mirada del suelo y veo una puerta de madera austera, sencilla, sin ornamentaciones.

Midas hace una seña a uno de los guardias y el tipo obedece de inmediato. Saca una llave del bolsillo y la introduce en la cerradura. El corazón me amartilla la cabeza, las sienes, las venas.

La preocupación me revuelve las tripas. O quizá no sea la preocupación. He consumido demasiado poder mágico, y ahora tengo la sensación de que, con cada gota de oro que ha manado de mi piel, he ido desangrándome poco a poco.

Trato de ignorar esa sensación, pero cada vez es peor. Me tiemblan las piernas, las fuerzas empiezan a flaquearme, y mi visión se está tornando borrosa.

Cuando la puerta se abre, Midas me mira con una sonrisa un pelín maliciosa y cruza el umbral. Respiro hondo y me repito varias veces que no puedo derrumbarme. Ahora no. Así que hago un último esfuerzo y, a trompicones, sigo caminando porque me da lo mismo que esté al borde del desfallecimiento; nada va a impedirme que vea a Digby. Ni siquiera yo misma.

En cuanto estoy dentro, los guardias cierran la puerta para darnos un poco de privacidad.

Solo consigo dar dos pasos. La estampa que me recibe me deja totalmente petrificada.

Abro la boca en un lamento mudo mientras trato de asimilar lo que estoy viendo. Es una habitación sin apenas luz, con suelos y paredes de piedra gris y rugosa, una ventana en forma de luna en lo más alto de una de las paredes y un catre en el suelo.

Parpadeo varias veces para asegurarme de que no estoy soñando. Estoy tan agotada que me cuesta discernir lo que es real de lo que es imaginario. No consigo pensar con claridad porque en mi cabeza se ha instalado una neblina densa y blanquecina.

—¿Digby?

Me acerco al catre, pero me da la impresión de que estoy caminando por un desierto de arena con unos grilletes puestos. Cada paso es una tortura. Mi visión también está pagando las consecuencias del tremebundo esfuerzo que he hecho hoy; veo todo borroso, me cuesta una barbaridad enfocar y, por si fuese poco, unas gotas de tinta negra empiezan a empañarme los bordes.

Cuando por fin consigo arrastrarme hasta esa cama, siento que el estómago se inclina, como la empinada pendiente de un tejado, construida así a propósito, para que todo lo que caiga encima no se aposente ahí, sino que se resbale por las tejas. Con la cara desencajada, siento que las piernas me fallan. No me derrumbo ahí mismo porque, milagrosamente, apoyo una mano en la pared y consigo mantenerme derecha mientras observo horrorizada lo que yace a mis pies.

El hombre que está tendido en ese colchón está irreconocible.

No es piel lo que veo, sino un mapa de moretones y cardenales y cicatrices que muestra el doloroso viaje de cada golpe recibido, el periplo recorrido por cada una de las heridas. Es un lienzo de azules y morados y amarillos y verdes, todos con un matiz enfermizo. Pómulos hinchados, un labio partido, uñas largas y negras y un pelo canoso que la mugre ha oscurecido.

Me tapo la boca con las manos, como si pretendiera sofocar la agonía que me provoca esa visión, pero es imposible. Jamás podría disimular la pena que siento ahora mismo.

Porque Digby está roto.

Este no es el hombre que recuerdo. No es mi guardia fuerte y estoico y arisco. El despojo humano que está tendido en este catre es un saco de lesiones y de dolor, con la tez teñida de tantas tonalidades distintas que es imposible distinguir su color original. De no ser porque resuella, pensaría que está muerto.

No puedo contener las lágrimas, que me escaldan las mejillas mientras el mundo se desmorona a mi alrededor. No me atrevo a tocarle. Su uniforme, antaño dorado y reluciente e impecable, está sucio y hecho jirones. La tela, cosida con hilo de oro, no solo ha perdido el brillo, sino que está totalmente raída. Me da miedo tocarle por si eso le provoca aún más dolor, así que desenrollo una de mis cintas y, con todo el cuidado y mimo posibles, le acaricio el brazo.

—¿Por qué está así? —pregunto. A pesar de que mi voz suena como un susurro ronco y frágil, siento que retumba en mi pecho. Al ver que Midas no contesta, me doy la vuelta, pero la rapidez de ese gesto no hace más que agravar el mareo—. ¿Qué le has hecho? —Esta vez grito de rabia, y el alarido resuena como un trueno en esa tenebrosa habitación.

Midas se recuesta en la pared, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, y me mira con absoluta indiferencia.

—¿Yo? —pregunta él, y entonces empieza a menear lentamente la cabeza—. Oh, yo no he hecho nada, Auren. Has sido tú. Cada vez que me desobedecías. Cada vez que intentabas alejarte de mí. Te lo advertí.

Me quedo boquiabierta. Midas se aparta de la pared y, como si fuese un depredador, se acerca a mí hasta quedarse a apenas un milímetro de mi cara. Levanto la barbilla y le miro furiosa, pero cada vez que pestañeo todo se vuelve borroso. El perfil de su rostro se distorsiona en un juego de luces y sombras que me apabulla, y allá donde mire solo veo prismas de colores refractantes.

—¿Crees que no sé que has estado escabulléndote de tus aposentos a mis espaldas? ¿Crees que no sé que anoche fuiste a ver a Mist? —pregunta él, y me parece advertir un tono escabroso y cruel en su voz —. Ha sido muy estúpido por tu parte.

La angustia empieza a rodar por mis tripas, y unas gotas de congoja y miedo se resbalan por mi frente.

—Mist me avisó de lo ocurrido en cuanto te marchaste de su habitación —me informa, y, de repente, me agarra por los brazos y me aprieta con tanta fuerza, con tanta rabia, que temo que vaya a romperme los huesos—. Ella sí es leal. Y si fueras más lista, tú también

lo habrías sido.

—¡Lo era!

Y mira dónde me ha llevado esa lealtad.

Midas niega con la cabeza en un gesto de absoluta repulsión.

—Tienes suerte de ser indispensable para mí, Auren —dice, y el tono que utiliza esconde una advertencia que queda suspendida en el aire.

Me revuelvo para tratar de librarme de él y, en ese forcejeo, me tropiezo y me golpeo el hombro contra la pared. De pronto, mi cuerpo parece convertirse en una bola de fuego y mi visión se torna turbia, ensombrecida por una bruma inexistente.

—¿Qué le vas a hacer a Mist? —exijo saber—. ¿Vas a dejar que tu nueva prometida la mate? —añado, y mi voz retumba y rebota en esas paredes mohosas y mugrientas de piedra gris, ¿o solamente resuena en mis oídos?

Él entrecierra la mirada.

—Lo único que debería importarte ahora es cómo tus acciones han perjudicado a este hombre.

Con el ácido de la bilis trepando por mi garganta, me giro para mirar de nuevo a Digby y tengo la sensación de que la celda se balancea, como si estuviese caminando por la cubierta de un barco que zozobra. Trato de llegar a ese catre inmundo y desenrollo las cintas para poder levantarlo de ahí, arrastrarlo hasta un lugar seguro, pero me tropiezo con ellas y esta vez no logro mantener el equilibrio. Me desplomo y mis rodillas se golpean contra ese suelo frío y duro. Suelto un alarido de dolor. Unas pompas de todos los colores empiezan a explotar delante de mis ojos y siento unos calambres eléctricos en las piernas.

Aún arrodillada, me inclino hacia mi querido y herido guardia y le sacudo suavemente el hombro.

—Digby, ¿puedes oírme?

Nada.

Le sacudo un poquitín más, pero me aterroriza hacerle daño. Ya ha sufrido bastante.

—¡Digby, despierta! —exclamo, y en ese látigo vocal se percibe

pánico.

De pronto, empiezo a notar una oleada de calor que se va extendiendo por todo mi cuerpo. Es un calor candente, una sensación terrible y desconocida, un hervor casi febril. Y unos instantes después, vuelvo a marearme y el mundo vuelve a mecerse bajo mis pies.

Y es entonces cuando me doy cuenta de que…

—Aquí ocurre algo.

El corazón me palpita de una forma errática, siguiendo un ritmo descompasado, irregular, disonante. Sé que parece una locura, pero juraría que puedo saborear esa luz cegadora que me está empañando la visión. Las intensas llamas de ese ardor tan incómodo alcanzan hasta el último recoveco de mi cuerpo. Esa especie de síncope que estoy sufriendo no tiene nada que ver con el agotamiento. Ni tampoco con el estupor que me ha producido ver a Digby en ese estado tan lamentable.

Aquí ocurre algo. Y presiento que no es nada bueno.

Midas dibuja un círculo a mi alrededor, como quien acecha a su presa, y después se coloca delante de mí. Hasta su sombra me resulta opresiva, tiránica.

—Estoy seguro de que te sientes un poco extraña, pero no te preocupes, te acostumbrarás.

—¿A qué te refieres? —pregunto, pero soy incapaz de vocalizar. Mascullo las palabras, como si tuviese una cucharada de miel en la lengua, y noto que me pesan los párpados—. ¿Qué has hecho?

—Es el efecto del rocío, nada más. Supongo que, al ser la primera vez que lo tomas, te ha sentado un poco mal. Además, estás agotada, lo cual tampoco ayuda. Me he asegurado de que te administraran una dosis bastante alta.

El horror me embarga, me paraliza por completo.

Un grito ahogado se derrama de mis labios, y es un grito que rezuma miedo en estado puro.

Siento que estoy nadando en un mar picado y bravo, flotando sobre unas aguas que, de repente, las palas de un molino revuelven y elevan, arrancándome así de esas turbias profundidades, propulsándome hacia el aire para después terminar zambulléndome de nuevo en esa espiral

mareante.

No soy capaz de levantarme del suelo por mí misma, así que me apoyo en el borde del catre de Digby y, tras un impulso, me pongo en pie.

—¿Tú… tú me has drogado?

Empiezo a sentir náuseas, como si mi mente estuviese tratando de convencer a mi cuerpo de expulsar hasta la última gota de rocío que ese malnacido me ha echado en la comida, pero sé que es demasiado tarde para eso. Noto los efectos de esa potente droga en todo el cuerpo. Además de estar aletargada, descompuesta y mareada, siento un cosquilleo en los dedos de los pies y allá donde mire solo veo diminutos puntos de una luz tan deslumbrante que me obliga a cerrar los ojos.

—He probado de todo para tratar de hacerte entrar en razón. En parte admito que es culpa mía. He estado muy ocupado últimamente atendiendo otra clase de asuntos y sé que debería haber solucionado este antes, pero ya da lo mismo. Ahora, tras este último intento, sé que vuelvo a tener las cosas bajo control.

—¡Maldito hijo de puta! —grito en un ataque de rabia. Siento tal impotencia que saco fuerzas para incorporarme, mientras las puntas de mis cintas se bambolean intentando mantenerme derecha.

Midas se aproxima y me sujeta la barbilla, que no deja de temblequear, con una mano firme y autoritaria.

—Respira, Preciosa. Déjate llevar por la sensación en lugar de luchar contra ella. El rocío te hará sentir bien, solo tienes que relajarte.

Hacerme sentir bien.

Por mi mente empiezan a aparecer imágenes recurrentes, recuerdos del primer día que visité el ala de las monturas. Ojos inyectados en sangre. Risitas nerviosas. Cuerpos lánguidos. Deseo carnal.

Oh, por todas las diosas…

Cierro los ojos y me encomiendo a las diosas. Siento el cosquilleo de las lágrimas bajo los párpados y me echo a llorar de una forma desconsolada porque he vuelto a caer en la trampa de Midas. Esa horrible oleada de calor me abrasa la piel una vez más, y gruño, pero

no de placer, sino de consternación. No puedo creer que esté pasándome esto. No puedo dejar que esa droga adictiva y espantosa me haga sentir lujuria hacia un hombre tan vil, tan maquiavélico, tan despreciable.

Antes preferiría morir.

—Shh, no te preocupes, preciosa. Yo cuidaré de ti. A partir de ahora, con el rocío, estarás mucho más relajada, más sosegada, más mansa.

Él arrastra sus sucias manos por mis brazos y, en contra de mi voluntad, me masajea los hombros, presionando el músculo con ímpetu para tratar de destensarlo.

—No…

Midas ignora mi súplica desesperada por completo y, con una suavidad que me repugna, pasa los dedos por la curva de mis brazos, como quien acaricia a una mascota, hacia arriba y hacia abajo, hacia arriba y hacia abajo. En mi cuerpo ha estallado una guerra. Está abnegado de rocío, sin una gota de magia a la que recurrir, totalmente exhausto, aturdido y con la adrenalina fluyendo por las venas. La sensación es tan abrumadora que amenaza con sobrepasarme, y mis instintos están sumidos en un caos tan absoluto que ya no saben hacia qué dirección guiarme.

Midas me rodea la cintura con un brazo y arrima mi cuerpo contra el suyo. Su esencia, que siempre lleva una nota metálica, me satura a la par que me asquea. El rocío quiere que sucumba a la tentación, que me rinda al placer más libidinoso, y él confía en que, tarde o temprano, cederé y me entregaré al delirio de la lujuria.

—Esto te va a sentar de maravilla, Auren —me susurra al oído. Se me revuelven las tripas con solo oír esas palabras. Ojalá pudiese vomitárselas en la cara—. Hace mucho tiempo que no pasamos un buen rato juntos. Te va a encantar, créeme.

Y entonces se produce una explosión de bilis en mi garganta que me quema la lengua.

Aquí.

Así.

Me ha drogado, me ha traído hasta el catre donde yace un hombre

golpeado y malherido, y pretende aprovecharse de mí aquí, ahora, así.

La ira y la repulsión se abren paso entre esa espesa nube de aturdimiento y confusión provocada por el rocío y la atraviesan con la fuerza de una tormenta eléctrica. Mis piernas parecen estar hechas de gelatina y siento mis cintas flácidas y débiles tras la espalda, pero, durante una fracción de segundo, lucho contra el sopor y la flaqueza y recupero las fuerzas.

Suelto un bramido ensordecedor, un rugido tan salvaje y tan ronco que ni siquiera parece humano, y entonces las veinticuatro cintas se elevan y se abalanzan sobre él en un súbito arrebato de rencor.

Atacan a Midas con una fuerza titánica, y él es incapaz de esquivar el golpe. Su cuerpo se estrella contra la pared y termina tendido en el suelo. Sin embargo, después de la violenta acometida, yo también termino tirada en el suelo. Las cintas se desploman a mi alrededor, y yo me derrumbo. Me caigo sobre las manos y las rodillas, pero en lugar de una punzada de dolor insoportable, siento como si decenas de burbujitas explotaran sobre mi piel. El rocío es una droga tan potente que incluso distorsiona la sensación de dolor.

De su boca sale volando una blasfemia impronunciable, y levanto la cabeza para poder mirarle a los ojos.

—¡No volverás a tocarme nunca! —gruño, como una bestia indómita. Ni siquiera yo reconozco el sonido de mi voz—. Te odio. ¡Maldita sea, TE ODIO! —grito. El bramido me desgarra la garganta, y abre una grieta en el aire de la celda.

Midas se incorpora y, con una mueca de dolor, se pasa una mano por la parte trasera de la cabeza. Cuando retira la mano, está totalmente ensangrentada. Al ver esas manchas carmesí en los dedos me atraviesa con la mirada.

—¡Cómo te atreves a hacerle daño a tu rey!

La adrenalina es lo único que me mantiene despierta y con la mente un poco despejada. La rabia, esa criatura alada que ha anidado entre mis costillas, empieza a revolotear, a azuzar mi fuego interior.

—¡Tú no eres mi rey! ¡Tú no eres nada mío! Te desprecio —escupo, como si mi voz fuese un veneno lo suficiente potente como para cegarlo con mi hostilidad y rencor—. Pensaba que me querías, pero

solo te quieres a ti mismo. Ahora sé qué se siente cuando te quieren de verdad, cuando te valoran y te respetan. Algo que tú, por cierto, jamás has hecho —resuello, y cada palabra suena tan afilada como la zarpa de un depredador—. No eres más que un rey indigno e indecente que utiliza y manipula a todo el mundo porque, en el fondo, te odias a ti mismo.

Una sombra siniestra le oscurece la mirada y transforma esos rasgos varoniles y hermosos en una máscara horripilante. Me derrumbo sobre mis rodillas y, a pesar de que me tiembla todo el cuerpo, le aguanto la mirada porque ese hombre ha estado años minándome, destruyéndome, haciéndome creer que no merecía más de las migajas que me daba.

La energía que acabo de consumir me ha dejado aún más frágil y vulnerable, y mis cintas se sacuden en el suelo como peces que se han quedado encallados en la orilla de una playa. Es imposible eludir las avalanchas de ese calor lascivo, ese calor que instiga un deseo que me niego a tener por este hombre.

Me quedo sin aliento y me agarro fuerte la cabeza en un intento de mitigarlo, de combatirlo incluso. Y es entonces cuando Midas se lanza sobre mí.

En un abrir y cerrar de ojos, cruza esa celda mugrienta y, antes de que pueda darme cuenta, me agarra del pelo y me golpea la cara contra el suelo. Fuerte.

Aúllo de dolor. Me temo que me ha partido el pómulo, pero estoy segura de que el dolor habría sido mucho más lacerante si esa maldita droga no estuviera fluyendo por mis venas.

—¿Así que ahora sabes qué se siente cuando «te valoran y te respetan»? —me gruñe al oído, y siento el peso de su cuerpo sobre el mío—. Te has follado a ese grotesco comandante con aguijones por el cuerpo, ¿verdad? Dejaste que ese despojo hediondo del Cuarto Reino tocara lo que es mío.

—¡No soy tuya! —De mi boca sale espuma y una furia desmedida, pero no puedo hacer nada porque Midas me tiene inmovilizada contra el suelo—. ¡Y ese despojo hediondo del que hablas es diez veces más hombre de lo que tú jamás llegarás a ser!

Rechinando los dientes, trato de conseguir que mis cintas se levanten y me quiten a ese bruto de encima de un empujón, pero es totalmente inútil. Es como intentar mover unas piernas que llevan demasiado tiempo postradas en una cama, sin apenas musculatura. Se sacuden pero con torpeza y aturdimiento, pues son incapaces de sobreponerse al sopor del rocío. La droga las ha dejado demasiado aletargadas, igual que a mí.

Con la mano que le queda libre, Midas agarra mis veinticuatro cintas y las sujeta con el puño, como si fuesen la correa de un perro sin domesticar, y tira con fuerza.

—He intentado hacerlo por las buenas, Auren. Pero no me has dejado otra opción.

Con un movimiento brusco y violento, me levanta del suelo como si fuese una muñeca de trapo. Todo a mi alrededor se balancea y tengo la sensación de que alguien me clava decenas de alfileres en la piel. Abro los ojos mientras Midas les grita a los guardias que entren en la celda, pero no me molesto en mirar hacia la puerta.

No, mi atención está en Digby.

Y en ese preciso instante, los ojos de Digby, amoratados e hinchados por los golpes, se abren, me buscan, me reconocen. Casi me pongo a gritar de alegría. Ahí están esos ojos amarronados que siempre me han recordado a la corteza de un árbol en una soleada tarde de verano.

Bajo esa barba gris y grasienta y desaliñada, veo que la nuez de la garganta se mueve, y entonces despega esos labios ajados y agrietados y balbucea:

—Señorita Auren.

Esta vez sí se me escapa un grito.

Está vivo.

Está despierto.

—Voy a salvarte —le prometo.

Las palabras salen de una garganta desgarrada y astillada, de una lengua ensangrentada y anestesiada por la droga. Y aunque solo consigo farfullar un susurro, Digby lo oye.

No nos da tiempo a decir nada más porque los guardias de Midas irrumpen en la celda y él me levanta por el pelo y las cintas y me

empuja contra la pared con un ímpetu brutal. Todo ocurre demasiado rápido y el rocío ha atontado por completo mis reflejos, así que me golpeo la cara contra esos enormes bloques de piedra fría y mohosa.

—Sujetadla.

Un ejército de manos firmes se posiciona en cada parte de mi cuerpo para impedirme que me mueva. Unos prismas de luces multicolor empiezan a aparecer por todos los rincones, aunque esos arcoíris coloridos y brillantes no encajan en este lugar violento y tenebroso. Aunque me pesan los párpados por esa extraña somnolencia, distingo el perfil de un rostro con unas patillas gruesas y color castaño. Scofield. ¿En qué momento ha venido?

Me sujetan contra la pared, tal y como Midas les ha ordenado, y quiero revolverme, quiero resistirme, quiero gritar, pero estoy flotando sobre un arroyo de letargo y desmayo, y no soy capaz de nadar a contracorriente.

—Esto lo has provocado tú, Auren —dice Midas, y parpadeo en un intento de despejar la mente.

—¿Qué…?

Y es entonces cuando vislumbro la espada de Midas. Un filo dorado, tan afilado que parece cortar el aire cuando blande la espada sobre Digby.

Empiezo a menearme, a forcejear. Es gracias al pavor que siento, al pánico que me invade. Empujo a Scofield y a los otros guardias, pero son más fuertes que yo y no logro zafarme de ellos.

—¡No! ¡Digby!

Con los ojos enajenados y bien abiertos, veo que Midas me mira fijamente mientras enarbola la espada. Se me cierra la garganta, como si alguien hubiera atado un nudo con ella, y le chillo, le suplico que deje a Digby en paz, que le deje en paz, en paz, en paz…

La droga ha debido de alterar mi percepción de la profundidad, porque Midas no deja caer la espada sobre Digby.

Sino sobre mí.

Estaba tan ofendida y tan molesta porque me tuviesen inmovilizada contra la pared, tan obstinada en tratar de luchar contra los efectos de esa condenada droga, tan empecinada con averiguar si Digby seguía

vivo, que ni siquiera me había dado cuenta de que los guardias aún están sosteniendo mis cintas, tensándolas, tirando de ellas. Las veinticuatro tiras de satén están aprisionadas en sus puños, a merced de esos bárbaros sanguinarios.

La advertencia del terror que se avecina apenas dura una fracción de segundo.

Y después la peor de mis pesadillas se vuelve realidad. El filo de esa espada afilada y letal decapita mis cintas doradas y algo en mí, mi identidad, mi verdadera naturaleza, se rompe.

Solo siento una agonía absoluta.

Una agonía absoluta, eclipsante, indescriptible.

No grito. No aúllo.

Me quiebro.

Esta vez el rocío no palia el dolor, no mitiga el sufrimiento. Cuando esa espada dorada me corta las cintas, siento todo.

La perniciosa mordedura del filo desgarra la parte superior de las cintas, justo en el nacimiento, entre las escápulas, y yo me desgarro con ellas.

Estoy perturbada y sobrecogida, y la explosión de dolor que sigue a esa amputación es una auténtica tortura. Las cintas que han logrado sobrevivir se sacuden y dan culatazos tras mi espalda, gritando lamentos en silencio, unos alaridos mudos que me atraviesan la piel y hacen vibrar todos mis huesos.

Trato de enfocar la vista y, aunque veo destellos de luz por todas partes, cuento hasta tres cintas mutiladas, tres cintas que se agitan en el suelo, a mis pies. Tienen la punta deshilachada y raída, y del otro extremo, el que Midas ha seccionado sin un ápice de compasión, empiezan a manar unas diminutas gotas de sangre dorada.

Las observo atentamente, aunque estoy tan conmocionada que no logro comprender qué significa lo que estoy viendo. Ellas se retuercen de una forma espasmódica, como la cola de una lagartija cuando se desprende del cuerpo.

Un alarido espantoso, desconsolado y gutural emerge de mi pecho.

—¡No, no, no, no! ¡Mis cintas no, mis cintas no!

—Tú lo has provocado. Ahora no volverás a atacar a tu rey —vocea

Midas, y en su tono frío y autoritario advierto la sombra de una violencia sin límites, de una brutalidad maníaca.

En un arrebato de pánico y desesperación, trato de reanimar las cintas que me quedan, de afilar las puntas, de convertirlas en listones firmes y sólidos como el metal, pero no puedo. Por la droga, por el agotamiento, por la conmoción, por el dolor.

No puedo. No puedo, no puedo, no puedo…

Sollozo, y todo mi cuerpo se sacude.

—Oh, por todas las diosas, ten piedad…

Midas blande la espada en el aire y la deja caer otra vez. Y otra vez.

Y otra vez.

Las cintas van cayendo a mis pies, y los gritos siguen explotando en mi garganta, rompiéndome en mil pedazos. En un momento dado, reconozco el desagradable sabor del vómito en la boca, y me atraganto con ese tormento agrio. Los fogonazos de dolor siguen sucediéndose mientras Midas me rebana el alma y, poco a poco, va separándola de mi cuerpo.

Lloro. Grito. Ruego.

Escupo y me sacudo y brego. Mi visión se fractura y mi cuerpo ya no aguanta un segundo más el terrible peso del dolor. Pero da lo mismo. Los guardias siguen tirando de mis cintas. Midas sigue dejando caer la espada, mutilándome, cinta a cinta. Pierdo la noción del tiempo. No sé cuánto dura ese suplicio.

¿Segundos? ¿Minutos? ¿Horas? Me desmayo, me convierto en un cuerpo que solloza, que convulsiona de estupor, de tristeza, de desolación.

Y entonces…

Sesga la última cinta, y me rompo en mil pedazos.

Pedazos de mí que quedan desparramados en el suelo mugriento de esa mazmorra fría y húmeda, como harapos inservibles. Como las cuerdas de un arpa que ya nadie podrá volver a tocar. Como los hilos que entretejían todo mi ser.

Me he desplomado, y mi cuerpo ahora no es más que un bulto molesto en ese suelo áspero y gris, pero no siento nada. Estoy tan aturdida que no me doy cuenta cuando las siluetas borrosas de los

guardias salen de la celda en fila india. Solo tengo ojos para mis cintas, apagadas, deslucidas, sin vida. Igual que yo.

—Esto lo has provocado tú.

Mis ojos ruedan por las baldosas hasta la sombra imponente de Midas, hasta esa mandíbula marcada y angulosa. Hasta la crueldad que desprende su mirada.

Envaina la espada, se atusa la túnica.

—La desobediencia tiene consecuencias, Auren. Entiéndeme, tenía que cortar de raíz tu indisciplina, una enfermedad a la que debía haber puesto remedio antes para evitar que se infectara. No me has dejado otra opción. Me has obligado a hacerlo —dice, y siento que con cada palabra me va despellejando.

Las lágrimas que se resbalan por mis mejillas empiezan a abrir una herida profunda, gota a gota. Cada una de esas lágrimas es como un puñal ardiente que me rasga la piel, me atraviesa el corazón y termina clavándose en mi esencia. Midas aprieta los labios en una delgada línea, suaviza un pelín la expresión y en su mirada me parece advertir el brillo titilante de una emoción desconocida.

—No vuelvas a desobedecerme, preciosa. No me gusta nada verte así —dice, y echa un vistazo a las cintas inertes que yacen en el suelo y a mi espalda mutilada—. Esto me ha dolido mucho más a mí que a ti, créeme.

Ante tal atrocidad, la bestia emplumada que habita en mi interior se revuelve, furibunda, pero estoy tan entumecida, tan insensible, tan frágil que no soy capaz de soltarla. Midas no ha cortado unas tiras de seda dorada, como quien corta un trozo de tela. Mis cintas no solo estaban unidas a mi espalda, estaban unidas a mi alma, joder.

En el momento en que hendió su espada sobre ellas, me arrebató algo integral. Me arrancó una parte de mí, y ahora…

Me siento vacía. Destrozada.

Mi cuerpo irradia agonía y desconsuelo y tristeza.

Los extremos amputados de las cintas, el único resquicio que queda ahora de ellas, deshilachados y agitados y cortos, se mueven de una forma espasmódica y errática, y no puedo controlarlos. Cada una de esas puntas mutiladas se asoma de mi espalda como un ala rota, un

ala a la que han extirpado todas las plumas, una a una.

Midas sacude la cabeza, yergue la espalda y cuadra los hombros. Acaba de convencerse a sí mismo de que cada una de sus acciones está más que justificada.

—Mandaré a un sanador más tarde. Ahora descansa, preciosa —dice con voz tierna y melosa. Después, se da media vuelta y se marcha, pero no lo hace de una forma discreta. Pisotea mis cintas con las botas, aplasta esa masacre dorada con el tacón sin un ápice de compasión y yo me encojo de dolor.

Cierra de un portazo, un sonido que me empuja hasta al borde del precipicio, y mi consciencia me arroja hacia un olvido frío y tenebroso.

No me quedan fuerzas para luchar, así que me dejo caer por ese abismo de infinita oscuridad porque necesito escapar de la realidad que me envuelve, de esa mazmorra, de los veinticuatro pedazos de mí que ya han empezado a marchitarse, a deslustrarse a mi alrededor. Me estremezco mientras mi espalda sangra y mis ojos lloran, pues una parte de mí ha muerto, y nunca volveré a ser quien era.

42

Auren

El dolor no me deja nadar en el océano de la inconsciencia durante mucho más tiempo. Me encantaría poder quedarme ahí tumbada, sobre ese suelo duro y frío, sumida en un profundo y reparador sueño, pero no tengo esa suerte.

Ese es el problema que tiene el escapismo, esa ansiada evasión de la realidad. Tarde o temprano llega a su fin, y entonces nos vemos obligados a volver al mundo real, un mundo cruel y desalmado.

Abro la boca antes que los ojos, y un afligido gimoteo se escurre por mis labios. Aún adormilada, parpadeo varias veces y miro a mi alrededor. Una oscuridad casi opaca parece haberse adueñado de la celda, y la minúscula ventana me muestra una estrella centelleante.

«¿Esto también? —pregunto a la diosa que observa el mundo desde ese punto de luz—. ¿Tenía que padecer esto también?».

Todavía veo borroso por las punzadas de dolor que aún siento en la espalda, en cada una de las veinticuatro cintas que Midas me ha robado de la manera más bárbara y más atroz. Con la mejilla pegada en el suelo frío y áspero, suelto un suspiro trémulo.

Estoy entumecida y atribulada. Así es como me siento cuando veo todos esos pedazos de mí desparramados por el suelo. Mis cintas de satén ya no son de aquel dorado brillante y lustroso y, en estos momentos, parecen un charco de andrajos de un color cobrizo apagado, sin una pizca de su antigua vivacidad.

Arrastro la palma por el suelo y estiro el brazo para alcanzar la cinta que tengo más cerca. La agarro entre los dedos y la sostengo delante de la cara. La contemplo con profunda lástima, observo el extremo que Midas mutiló sin piedad, un extremo serrado y manchado de sangre seca que se confunde con gotarrones de pintura dorada.

La cinta, flácida y sin vida, se resbala entre mis dedos, una vid mustia a la que han arrancado de sus raíces. Trato de mover una de ellas por puro instinto, pero… nada. Nada excepto un espasmo de dolor en cada uno de los tallos cortados en contra de mi voluntad.

—Señorita Auren.

Me sobresalto al oír la voz. Ese movimiento súbito e involuntario hace que tense los músculos de la espalda, lo que me provoca un dolor agudo a lo largo de la columna vertebral. Una blasfemia sale volando de mi boca, e inspiro hondo en un intento de mitigar el dolor.

—Tranquila.

Mis ojos revolotean por esa oscuridad hasta posarse en él. Había olvidado por completo que estábamos en la misma habitación.

—Digby —murmuro, y mi voz suena ronca y afónica. Tengo la garganta destrozada de tanto gritar.

Mi guardia sigue tumbado en el catre de piedra que está pegado a la pared, pero ha conseguido girarse un poco. Ahora está apoyado sobre un costado, mirándome. El simple hecho de comprobar que está vivo hace que me desmorone una vez más, pues no soy capaz de contener esa avalancha de emoción.

Detrás de esa barba canosa y grasienta, sus labios temblequean y su mirada tiene un viso de tristeza que me parte el corazón. Verle así, apaleado y malherido, tirado y abandonado en una celda fría y oscura desde hace varias semanas, me mata.

—No llores.

Pero oír la voz ronca y grave de mi guardia solo hace que llore todavía más. Las lágrimas brotan de mis ojos sin cesar, escurriéndose por mis mejillas, empapándome la cara. Cada lágrima arrastra un abuso, una injusticia que salpica el suelo de esa celda.

Me obligo a incorporarme para verle mejor y aprieto los dientes para soportar el dolor que siento en la espalda. Los extremos raídos de mis difuntas cintas se retuercen de agonía.

Sé que Digby se compadece de mí al verme blasfemar y jadear y hacer muecas de dolor, pero al final consigo sentarme en el suelo. Tanto movimiento me ha revuelto el estómago, pero me da lo mismo. Con la espalda aún dolorida y muy sensible, me arrastro hasta una

esquina y después apoyo el hombro y el brazo en la pared para no rozarme las heridas.

Me seco las lágrimas y miro a Digby a los ojos. Permanece inmóvil sobre ese asqueroso catre, por lo que intuyo que está más malherido y lastimado de lo que imaginaba.

Echo una rápida ojeada a su viejo uniforme, ahora manchado y arrugado, y me pregunto qué clase de palizas y maltratos habrá tenido que soportar.

—No sabía que estabas aquí —susurro. Él asiente—. Pensaba que estabas muerto —añado, y él responde negando con la cabeza.

Dibujo la más pequeña de las sonrisas.

—Ahí está mi guardia de pocas palabras —bromeo, a pesar de que el ambiente no es en absoluto gracioso, a pesar de que cada vez que lleno los pulmones de aire tengo la sensación de que cientos de alfileres se me clavan en la espalda.

Digby suelta un gruñido como respuesta, pero también tuerce la comisura de los labios, un gesto que interpreto como un asomo de sonrisa. Todo es una farsa, lo sé. Una manera muy triste de consolarnos, pero es lo único que podemos hacer para poder tolerar el tormento que nos asuela.

—¿Qué ocurrió? —pregunto, con voz áspera. El simple hecho de hablar me rasga la garganta—. ¿Cómo llegaste hasta aquí?

Sus ojos titilan.

—Vi que te secuestraban.

—¿Los Bandidos Rojos?

Dice que sí con la cabeza y trata de explicarse.

—Cabalgué durante días hasta llegar aquí. Sabía que debía alertar al rey para que pudiera enviar ayuda y rescatarte. Llevo en esta celda desde entonces. —La voz de Digby suena aún más ronca y chirriante que la mía, tal vez porque llevaba días, o semanas, sin hablar. Cuando empiezo a calcular el tiempo que debe de llevar aquí encerrado, herido y solo…

Una mano invisible me agarra del estómago y lo constriñe, lo aplasta hasta que el agrio sabor de la bilis me empapa la lengua.

—Midas jamás debería haberte hecho esto —digo, y la rabia que me

invade trata de luchar contra el abotargamiento y la confusión provocados por la droga que todavía circula por mi sistema nervioso.

—Te fallé, mi señora. El rey hizo bien en encerrarme aquí.

—Dejémonos de formalidades, Digby. No vuelvas a llamarme «mi señora», y ni se te ocurra pensar que la tortura que estás sufriendo tiene alguna clase de justificación. Porque no la tiene.

Nada de esto puede justificarse.

Sin darme cuenta, echo un vistazo al suelo, a la cinta que todavía estoy sujetando entre los dedos.

Digby contempla ese montón de satén que hay sobre las baldosas de piedra gris, pero no me hace ninguna pregunta al respecto. Él ha sido testigo de la masacre, y quizá se haya dado cuenta de que, sin esas cintas deslucidas, ya no soy la misma de siempre. Por una vez, le agradezco esa afición a ser un hombre de pocas palabras.

No abre la boca, pero veo que cierra el puño en señal de indignación. Sin embargo, el meñique no se mueve. Está ennegrecido desde la punta hasta el segundo nudillo, como si lo hubiese sumergido en un tintero. Es gangrena, el implacable mordisco del frío glacial. Presiento que es una de las muchas secuelas que le dejó la larga travesía hasta el Quinto Reino, montado a lomos de su caballo. Arriesgó su vida por intentar salvarme.

¿Qué otras funestas secuelas habrá tenido ese viaje? ¿Qué otras partes del cuerpo de Digby habrán sufrido un daño irrevocable por culpa de Midas, por culpa mía?

Cierro los ojos, recuesto la cabeza en la pared y enseguida noto el frío de la piedra en la mejilla.

—Sail murió —murmuro, e incluso ahora, en estas circunstancias, siento una tremenda opresión en el pecho al decirlo en voz alta.

—Era un buen soldado.

—Era un buen hombre —respondo—. Murió por protegerme, por defenderme, y ahora tú…

—No te preocupes por mí —replica Digby—. Quiero que te preocupes por ti. Quiero que estés a salvo siempre. Ahora mismo, no puedo ayudarte. Ni siquiera puedo mantenerme en pie.

Se me llenan los ojos de lágrimas y el labio inferior empieza a

temblequearme. Siento que se me rompe el corazón, como si alguien lo hubiese apaleado, igual que han hecho con Digby.

—Lo siento muchísimo, Dig —farfullo con un hilo de voz. Se me ha hecho un nudo en la garganta que amenaza con asfixiarme. Abro los ojos y veo que Digby sigue mirándome. En su expresión no percibo un ápice de rencor, ni de odio—. Haré lo que sea para sacarte de aquí. Llegaré a un trato con Midas para convencerle de que te deje marchar.

Pero Digby sacude la cabeza.

—Soy tu guardia personal, señorita Auren. Mi lugar está donde estés tú —declara, como si fuera lo más obvio.

Una esquirla afilada y diminuta me atraviesa el corazón. ¿Quién sabía que la lealtad podía doler tanto?

—Ahora no es momento de ser testarudo.

—No lo soy —rebate él, y tuerce un poquito el cuello para poder mirar el techo. Tal vez le resulte insoportable ver esos jirones desflecados y cobrizos desperdigados por el suelo, igual que me pasa a mí—. En cuanto me asignaron el puesto y me nombraron tu guardia personal, encontré sentido a mi vida, mi señora. Convertí mi trabajo en mi meta, en mi propósito vital. Cualquier otra misión me parecía una mierda si la comparaba con el cometido de vigilarte, de protegerte.

Le dedico una sonrisa trémula.

—La verdad es que eras la única persona en quien podía confiar en Alta Campana —confieso—. Incluso cuando no era más que una montura arrogante y caprichosa que se quejaba porque estaba aburrida, o porque tenía que practicar con el arpa durante horas, tú siempre estabas ahí. Eras mi ancla y, gracias a ti, pude mantenerme a flote.

Él traga saliva, como si estuviese digiriendo esas palabras tan sinceras, tan vulnerables.

—Qué mal se te daba tocar esa cosa. Alguna vez tuve que meterme un trocito de pañuelo en las orejas para no oírte.

Se me escapa una risita triste y melancólica.

—Lo recuerdo.

Nos quedamos en silencio durante unos instantes, aunque tengo

tantas cosas que decirle, tantas anécdotas que contarle. No sé si volveré a tener una oportunidad como esta, y es por eso por lo que me aclaro la garganta y digo:

—Eras lo más parecido a un padre que tenía —admito en voz baja, y bajo la mirada mientras enrosco la cinta flácida alrededor de un dedo—. Sabía que a veces te volvía loco, pero bajo tu vigilancia siempre me sentí a salvo. Y nunca te lo agradecí como merecías.

Él emite un ruidito, un suspiro de emoción contenida que se queda atrapado en una garganta reseca.

—Para mí siempre fue un placer servirte, mi señora. —Y después, con esa ronquera silenciosa, añade—: Cualquier padre se sentiría orgulloso de tener una hija como tú.

Una neblina de nostalgia desciende sobre nosotros y se instala en ese calabozo frío y gris. Cada vez que cojo aire, esa bruma tétrica me satura el alma de pena.

Pasados unos segundos, suelto la cinta, que se resbala entre mis dedos y cae al suelo.

—Míranos ahora, Dig —digo, e intento dedicarle una sonrisa, aunque me temo que no lo consigo—. Apuesto a que te arrepientes de no haber participado en mis jueguecitos para beber.

Se le escapa una risa entrecortada y afónica.

—Sí, mi señora —dice, y resopla—. Sí.

Se me caen los párpados, y siento un escalofrío por todo el cuerpo.

Si consigo descansar ni que sea un poco, aún hay esperanza. Así, cuando amanezca, no estaré tan exhausta y habré recuperado algo de magia. Tendré fuerzas suficientes para enfrentarme a un puñado de soldados. Solo necesito al sol. En cuanto asome por el horizonte, tocaré a todo guardia que se entrometa en mi camino y lo convertiré en una estatua de oro si hace falta para sacar a Digby de esta pocilga.

Slade debe de estar preocupado. Se suponía que iba a reunirme con él en la biblioteca esta noche, así que imagino que a estas horas ya se habrá percatado de que algo anda mal puesto que no he acudido al encuentro. Solo necesito reposar, aguardar el momento oportuno y rezar porque llegue el albor de un nuevo día lo antes posible.

Después de un par de minutos de silencio, sucumbo al cansancio y

al abatimiento y me adentro en un lugar intermedio entre el sueño y la vigilia, un lugar donde el dolor no existe. Navego a la deriva, como un barco sin ancla, perdida en un mar de aguas poco profundas.

Sin embargo, la marea me arrastra hasta la misma orilla rocosa de la que he zarpado y me quedo varada en un estado de consciencia cuando oigo un ruido metálico detrás de la puerta, en el pasillo.

La puerta se abre de repente, y no puedo evitar dar un respingo. Un calambre de tormento y dolor me recorre la espalda otra vez.

Apenas me da tiempo a reaccionar. Cuatro guardias entran a toda prisa en la celda y me sujetan en contra de mi voluntad. Dos de ellos me levantan del suelo, otro me inmoviliza los pies cuando trato de patearlos y el último es Scofield, que se planta delante de mí, impidiéndome así que pueda ver a Digby.

Oigo a mi pobre y golpeado guardia maldiciéndolos, y a esa retahíla de blasfemias le sigue una pequeña reprimenda, pero abro los ojos como platos cuando Scofield se saca del bolsillo unos pétalos blancos con motitas escarlata que se confunden con gotas de rocío.

—¡No! —exclamo, histérica y muerta de miedo. Me revuelvo en un inútil intento de librarme de los guardias, pero en cuanto uno de ellos me araña la espalda, suelto un grito agónico.

—¿No es demasiado? —pregunta uno de los guardias.

—Órdenes del rey Midas —responde Scofield, y durante una fracción de segundo atisbo una expresión de culpabilidad en su mirada, aunque no por eso le odio menos—. Quedaos quieta, mi señora —me suplica, como si pretendiera que le pusiera las cosas más fáciles.

—¡Que te jodan! —escupo entre resuellos, y comienzo a ver puntos negros que, poco a poco, van manchando mi visión, empañando mi consciencia.

—¡No le hagáis daño! —ordena Digby antes de ahogar un grito.

Un gruñido me desgarra la garganta cuando Scofield se mueve un poco y veo al pelirrojo de Lowe conteniendo a Digby.

—Abrid la boca, mi señora.

Scofield trata de meterme los pétalos en la boca a la fuerza, y sin pensármelo dos veces, le muerdo la mano con la brutalidad de un ave

maderera, sin un ápice de piedad. Es la mordedura de una bestia salvaje, tan rápida y tan violenta que de la herida empieza a brotar sangre.

El soldado reniega, aparta la mano de inmediato y me lanza una mirada rabiosa. Pero no se acobarda, y vuelve a probarlo. Con la otra mano, me agarra de las mejillas y después me aprieta la mandíbula con una fuerza atroz, obligándome así a separar los labios. Me habría encantado proferirle algún insulto, pero Scofield se adelanta y me mete los tres pétalos en la boca, me aprieta la mandíbula para que la cierre y después me tapa la boca y la nariz con las dos manos.

Siento un líquido dulzón, casi empalagoso, extendiéndose por el paladar mientras los pétalos se disuelven en mi lengua. Intento escupir, pero Scofield me presiona los labios contra los dientes para que no los abra. Me revuelvo, me muerdo la parte interior del labio y veo las estrellas, pero no puedo hacer nada. Con las manazas del soldado en mi cara, no puedo respirar.

Me falta el aire, y mi cuerpo entra en pánico. Y es entonces cuando me traiciona y traga saliva. En cuanto lo hago, el horror se apodera de mí.

Demasiada cantidad. Me han dado demasiada cantidad, maldita sea.

Scofield me suelta, al fin, y en un intento de recuperar la respiración, sufro un ataque de tos ronca que me despedaza el pecho, la laringe, la garganta.

—¡Quítale las putas manos de encima! —gruñe Digby.

—Todo saldrá bien, Dig —digo, todavía entre jadeos. No puedo permitir que le den otra paliza. Le necesito vivo. Y ahora mismo necesito que se mantenga al margen, que no se enzarce en una discusión con los guardias porque sé, sin ningún tipo de dudas, que acabaría aún más malherido.

—¡Nada de esto puede salir bien!

La droga me afecta de inmediato. Tengo la sensación de que, de golpe y porrazo, me han empujado a un lago, y el sobresalto que me llevo al zambullirme en sus aguas me sacude de pies a cabeza. Mi mente se pliega, se dobla sobre sí misma, como las páginas de un libro que alguien ha arrugado hacia el lomo, desordenando mis

pensamientos, mezclando mis palabras.

Ni siquiera puedo pensar con claridad. Los efectos son instantáneos. Mi cuerpo empieza a sufrir espasmos y convulsiones. No puedo mover la lengua, como si alguien me la hubiera arrancado de cuajo. Arqueo la espalda. Se me revuelve el estómago. Y siento esa ya familiar oleada de calor. Un calor insoportable que nace en mis entrañas, que se propaga por todo mi cuerpo, que palpita de deseo, de pasión.

«No…».

Me escuecen los ojos, pero consigo fijarlos en Digby. Le miro por última vez, y entonces los guardias me sacan de la celda a rastras. La barbilla me toca el pecho y mi cuerpo se rinde al ardor suscitado por la droga. Me desvanezco y, justo cuando estoy a punto de perder el conocimiento, oigo gritar a Digby y, un segundo más tarde, un tremendo portazo.

Pero en mi cabeza sigo murmurando: «Todo saldrá bien, todo saldrá bien, todo saldrá bien».

43

Auren

Diez años antes

He empezado a sentarme debajo de la dársena del puerto.

Debe de medir al menos treinta metros de largo, con postes de madera astillados y desgastados por el paso del tiempo. Hay decenas de barcos amarrados a esos postes, botes que se mecen al compás de las olas y que, de no ser por los cabos que los mantienen sujetos, se perderían a la deriva. La dársena está construida justo encima de la costa, de una playa con una pendiente bastante considerable, por lo que al inicio hay una pequeña duna de arena del tamaño perfecto para que alguien pueda esconderse.

Y eso es lo que hago.

Me acomodo en uno de los profundos hoyos que hay en la arena y me siento con las rodillas dobladas y las piernas encogidas mientras las olas del océano rompen a mis pies. Me apoyo sobre uno de los postes y contemplo la colección de embarcaciones que se divisa a lo lejos. La que tiene unas velas de un color cerúleo intenso con un sol amarillo en el centro prácticamente brilla más que el resto, como si me estuviese haciendo señas para que me acercara a ella.

Sin embargo, me quedo aquí, en mi escondite secreto, anclada a Derfort, malviviendo entre las sombras del tiempo robado. Cada vez que respiro, mis pulmones se llenan del aire salado de una brisa marina, un aire mancillado por el hedor de botes empantanados y pescado podrido. Y de un hombre. Todavía percibo el perfume del hombre con el que estuve anoche, como si hubiese saturado mis poros, ensuciado todas las partes de mi cuerpo que manoseó.

Reprimo un escalofrío que nada tiene que ver con el frescor que se

respira en el aire, y despego los ojos de la embarcación. He perdido la cuenta de las veces que he venido hasta aquí las últimas semanas, solo para admirar el mar con una pizca de añoranza.

Siempre vengo a última hora de la tarde, cuando he terminado con el tipo que ese día haya contratado mis servicios en La Soledad. Uno de los matones de Zakir me acompaña hasta la pocilga donde vivo y, cuando está a punto de atardecer, me escabullo por una ventana y trepo por una tubería exterior hasta subir al tejado.

Debo confesar que hasta a mí me sorprende lo escurridiza y ágil que me he vuelto. Salto por las tejas mojadas y resbaladizas con una destreza increíble, después me deslizo por los canelones de hasta tres edificios distintos y una vez en el callejón me dirijo a la playa.

Las violentas tormentas que hostigan el puerto me ayudan a escapar de mi habitación sin llamar demasiado la atención. Cuando llueve, la mayoría de la gente camina con los ojos pegados al suelo y con la capucha puesta para soportar el aguacero, nadie repara en la joven dorada que deambula por las calles a paso ligero y con un gorro andrajoso puesto, porque todo el mundo hace lo mismo.

Sin embargo, en estos momentos está cayendo un sirimiri muy suave, y el ruido de esa llovizna sobre los tablones de madera bajo los que estoy agazapada me resulta relajante, incluso reconfortante.

Hundo las manos en la arena de la playa y observo cómo se escurre entre mis dedos mientras trato de hacer una pequeña montaña con ella. Aquí, debajo de la dársena, es bastante fría al tacto y tiene minúsculas partículas de hierro mezcladas entre los granos.

La verdad es que ha sido toda una suerte encontrar este lugar, un lugar donde puedo disfrutar de la calma que me transmite el océano sin que nadie me moleste. Algunos días me cruzo con una mendiga, una mujer senil y decrépita que de vez en cuando duerme aquí, acurrucada junto a uno de los postes de madera y tapada con varias mantas raídas y mugrientas. Pero hoy tengo el privilegio de estar sola en ese rincón de la playa, un rincón que apenas se ve por la pequeña duna de arena que tengo a mis espaldas. El romper de las olas no es el único sonido que uno puede escuchar allí, pues el puerto se encuentra a un paso.

A estas horas del día, la dársena está mucho más tranquila que por la mañana. Los pescadores han regresado junto con la marea, las embarcaciones del muelle ya han bajado las pasarelas y los marineros ya deambulan por las calles del corazón de Derfort para llenarse la panza de comida y de cerveza, para dormir en una cama que no se balancee con el vaivén de las olas, o para encontrar una montura que cabalgar.

Hoy se me ha ido el santo al cielo y he pasado más tiempo aquí del habitual.

El sol parece estar besando el mar y las nubes que merodean por el horizonte se tiñen de naranja y salmón y rosa y malva. Es un atardecer precioso, algo bastante inusual en Derfort.

Y por eso me quedo aquí sentada, para disfrutar del hermoso espectáculo que me brinda el cielo, con la esperanza de que me anime un poco.

Pero no lo consigue.

Vuelvo a coger un puñado de arena y contemplo cómo los granos se resbalan entre mis dedos mientras trato de ignorar los gritos de la gente y los graznidos de las gaviotas. Tengo la cabeza en otra parte. Para ser más precisa, la tengo en la bolsita que noto encima del muslo y que yo misma he cosido en el forro de la falda.

Bien escondida y con varios cordeles atados alrededor para asegurarme de que no tintinee al caminar, esa bolsita contiene todas las propinas que los clientes satisfechos me han dejado. Treinta monedas, ni una más, ni una menos.

Incluso ahí, guardadas en un bolsillo oculto entre mis faldas, siento que esas monedas son dinero sucio, indigno.

Cada vez que añado una moneda a esa bolsita de tela, mi temor crece un poco más porque tengo el presentimiento de que algo terrible va a ocurrir. Es como si estuviese esperando a que Zakir la encuentre, o a que algún bandido me la robe, o…

O.

Ese «o» es lo que no me deja dormir por las noches.

Ese «o» es lo que cada tarde me impele a sentarme aquí, bajo esta dársena, para contemplar el balanceo de las embarcaciones que levan

el ancla y zarpan hacia el crepúsculo.

En algún lugar detrás de mí, hay cadáveres colgando, banderas de carne y hueso para amedrentar a ladrones, asesinos y polizones.

Aun así, no descarto la opción que conlleva ese «o».

Oigo unos fuertes bramidos y levanto la mirada. Por las hendiduras de los tablones, distingo la sombra de unas botas toscas y pesadas que caminan por la pasarela de madera en dirección al muelle.

Envidio a esa gente. Pueden subirse a un barco y marcharse de aquí sin jugarse el pellejo.

—¿Lo tienes todo? —pregunta una voz ronca.

—Sí —responde otro, y no puedo evitar fijarme en el acento tan marcado que tiene.

—Bien, porque quiero largarme de esta jodida ciudad lo antes posible.

—El capitán está de camino.

Esa es la señal que necesitaba oír para levantar el culo de la arena. Tengo que regresar a ese antro de mala muerte antes que los demás. Si no me fallan los cálculos, les falta poco para terminar las tareas que Zakir les habrá encomendado para el día y no tardarán en llegar. Como no esté allí, me delatarán y no tardarán ni un solo segundo en informar a Zakir de lo ocurrido a cambio de una más que generosa recompensa.

Antes de salir de mi pequeña madriguera, me cubro la cabeza con la capucha del abrigo. Me cuesta una barbaridad andar por la arena. Es tan fina que los pies se me hunden casi hasta las rodillas. Pisoteo varias conchas rotas y algas marinas ya secas hasta alcanzar la parte más alta de la pendiente y después me dirijo a la pasarela de madera que está pegada a la dársena y que, después de una ajetreada jornada, está repleta de arena. La pasarela termina en una calle adoquinada, justo donde empieza el mercado que separa la playa de las casitas de los marineros.

Los últimos mercaderes y trabajadores que se han pasado el día en el muelle tratando de vender sus productos, o lustrando zapatos, o remendando redes de pesca ya han recogido sus puestecillos y caminan con la espalda encorvada y la piel de las manos cortada.

Algunos arrastran pequeñas carretas que traquetean al pasar por esos tablones viejos y desvencijados.

Camino por el borde de la pasarela para asegurarme de que no les molesto ni barro el paso, mientras esquivo las miradas de los marineros que regresan a los barcos. Andar con la cabeza agachada a la vez que estoy atenta a todo lo que ocurre a mi alrededor es una habilidad que he tenido que aprender para pasar desapercibida y evitar problemas.

Y por eso me llevo un susto de muerte cuando, de repente, alguien me empuja por detrás. Por poco me tropiezo y me caigo de bruces en mitad de la pasarela, pero por suerte logro mantener el equilibrio. Empiezo a tartamudear una disculpa. Otra de las cosas que he aprendido a base de golpes es a siempre pedir perdón, sea mi culpa o no. Conozco a gente a la que han acuchillado por mucho menos.

—Lo siento…

Una voz aterciopelada me interrumpe.

—La chica pintada del puerto de Derfort.

Levanto la cabeza de inmediato, pero el rostro que tengo delante no me resulta familiar. Piel bronceada, una melena lisa y negra recogida en una coleta baja, una tez suave y lisa con mejillas regordetas. Habría pensado que es un tipo amable e inofensivo de no ser por el broche que luce en esa holgada túnica de color azul. Un broche de un reloj de sol que apunta hacia el este.

El desconocido sonríe, dejando al descubierto una mandíbula desdentada.

—Hola, mascota. Barden quiere que vayas a verle para charlar un rato —dice, y a pesar del tono meloso y amigable que utiliza siento un escalofrío por la espalda.

Me da igual lo que diga. Sé que Barden Este no quiere hablar.

Quiere que trabaje para él. Quiere ser él, y no Zakir, quien se llene los bolsillos a mi costa. Estoy convencida de que no le gusta que los hombres hagan cola en La Soledad solo para pasar un rato conmigo. Para él, soy competencia.

La lengua se me queda pegada al paladar cuando veo que el hombre se mueve, como si fuera a cogerme del brazo, pero algo le frena. Y ese

algo debe de estar detrás de mí, porque tiene la mirada clavada sobre mi hombro. Giro un pelín la cabeza y por el rabillo del ojo distingo a un par de matones de Zakir corriendo por la calle de adoquines. Se abren paso a empujones entre la muchedumbre y salta a la vista que vienen directos a por mí.

«Oh, no».

El hombre de Barden murmura una serie de blasfemias y me lanza una mirada intimidante.

—Ve a verlo, muchacha. Créeme, no quieres que sea él quien venga a verte a ti.

Y con esas palabras de despedida, se da media vuelta y se marcha.

Me quedo petrificada en mitad de la pasarela, mirando de un lado a otro, sin saber muy bien qué hacer. El recadero de Barden se aleja de la dársena y desaparece entre las callejuelas que forman parte del territorio de Barden. Los dos matones de Zakir, en cambio, cada vez están más cerca. En menos de un minuto los tendré encima.

Se me eriza el vello de la nuca y el corazón me amartilla el pecho. La bolsita de monedas que llevo cosida a la falda es la balanza sobre la que sopeso mis opciones.

¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo puedo seguir viviendo así, vendiendo mi cuerpo día tras día a cambio de una mísera moneda? Es solo cuestión de tiempo que acabe trabajando para Barden, ya sea porque le ofrezca a Zakir un trato tan suculento que no va a poder rechazar… o algo mucho más siniestro.

Zakir es demasiado desconfiado y, aunque me arrodille y le jure que no he tenido nada que ver con el tipo de Barden, que ha sido él quien se ha acercado a mí, sé que no me va a creer. Me castigará, me propinará una buena paliza porque, además de receloso, se ha vuelto paranoico. Le aterra perder a su gallina de los huevos de oro.

¿Qué más da quién se lucre a mi costa, quién me denigre como mujer, quién mancille mi reputación? ¿Acaso soy mejor que los cuerpos sin vida que se balancean en las sogas?

Estoy en una encrucijada, atrapada entre la espada y la pared, y aunque me da la sensación de que llevo horas debatiéndome, todo ocurre en un segundo.

Tengo miedo. Muchísimo. El corazón late a mil por hora, y noto su frenético palpitar en las sienes, en los músculos, en las venas. Bombea sangre para instarme a moverme. A intentarlo.

«Entierra tus debilidades y tu fortaleza saldrá a la superficie».

Las palabras de la posadera retumban en mi cabeza, pero esta vez las oigo en mi propia voz, las siento pellizcándome la espalda.

Podría dejar que los dos gorilas de Zakir Oeste me cogieran. Podría claudicar y trabajar bajo las órdenes de Barden Este.

Este y Oeste.

Dos direcciones distintas, opuestas. Sea cual sea el camino que tome, seguiré navegando sin rumbo.

O…

Giro la cabeza y echo un fugaz vistazo a la gente que en esos momentos está paseando por la dársena, a las embarcaciones que flotan sobre el agua. Al sol bordado en la vela azul cerúleo que brilla en ese cielo despejado, como si fuese mi propia estrella polar.

Y ahora mismo, en este preciso momento, interpreto esa imagen como una señal que me envían las diosas.

Así que me doy la vuelta y echo a correr.

Corro como jamás he corrido en toda mi vida. Mis pies golpetean los tablones de madera, las faldas se agitan alrededor de mis piernas y mi melena ondea a mi espalda, igual que la capucha del abrigo.

Oigo gritos, pero no me acobardan, sino que me animan a correr aún más rápido. Me inmiscuyo entre los transeúntes, esquivo a los mercaderes y marineros que en ese instante están pasando por allí y, al llegar al final de la pasarela, pego un salto y aterrizo en la dársena.

Las botas, demasiado estrechas para el tamaño de mis pies, me constriñen los dedos cada vez que doy un pisotón sobre la madera erosionada por la salmuera y las inclemencias del tiempo, y siento una quemazón insoportable en los pulmones, pues no estoy acostumbrada a realizar tales esfuerzos. Pero, aun así, no me detengo.

No me detengo ni siquiera cuando choco con una carreta que, de repente, aparece en mitad de la dársena. He estado a un tris de arrojarla al mar, y a un tris de caerme de culo. No me detengo ni siquiera cuando el mercader me maldice a gritos y todos los demás se

vuelven para mirar qué está ocurriendo. Continúo corriendo con la mirada clavada en el barco que está más cerca del muelle, en el cabo que en este instante un marinero está desatando de uno de los postes.

Puedo lograrlo… Tengo que lograrlo.

«Por favor, dejad que lo logre».

El tropiezo con la dichosa carreta me ha hecho perder unos segundos muy valiosos, una distancia muy valiosa, y no me atrevo a mirar por encima del hombro. No puedo permitírmelo. Cada segundo, cada paso, cuenta.

—¡Para! —me ordena uno de los hombres de Zakir.

Pero no pienso parar, y menos ahora que por fin he decidido intentarlo.

Un último esfuerzo, un último paso sobre el muelle, un fuerte impulso, y entonces salto.

Salto hacia ese pequeño bote que acaba de zarpar y cuyos remos ya están alejándolo de la orilla, hacia el diminuto espacio que hay justo en la parte trasera.

Durante una décima de segundo, el tiempo se detiene y mi cuerpo queda suspendido en el aire.

Y después caigo de pie sobre la popa del bote, un batacazo que me provoca tal dolor en las piernas que por un momento temo haberme roto varios huesos. Me tambaleo, y casi me caigo por la borda y vuelco el bote, pero entonces oigo unos gritos de asombro y las personas a las que he interrumpido de una forma tan abrupta y brusca se las ingenian para mantener el bote a flote y evitar que se voltee.

Un hombre con la piel cuarteada y arrugada y con las mejillas repletas de manchas causadas por una más que excesiva exposición al sol gruñe y, sin ningún tipo de miramiento, me agarra por el brazo.

—¿Qué coño crees que estás haciendo, muchacha?

—¡Tírala por la borda, Hock! —propone otro de los hombres que viajan en el bote.

—¡No! ¡Por favor!

Hock me ignora, por supuesto. Empieza a tirar de mi brazo y, a pesar de que trato de resistirme, es inútil.

—Para.

El desconocido y yo nos quedamos quietos de inmediato. Nos giramos para mirar a la mujer que está sentada en la parte delantera del bote, con un remo en cada mano. Es bastante alta, tiene una media melena color castaño con las puntas tan poco uniformes que cualquiera diría que le han trasquilado el pelo y la cara pelada y llena de manchas rosadas.

—¿Por qué tienes la piel dorada? —pregunta sin andarse con rodeos.

—Oh, ejem. —Balbuceo durante un par de segundos y después digo —: Aquí, algunas monturas se pintan la piel para atraer a más clientes. Les vuelve locos.

Suelta un resoplido pero sigue remando, como si no le importara en lo más mínimo que una muchacha pintada acabase de saltar prácticamente sobre su regazo.

Oigo unos bramidos desde la dársena y, al volverme, veo que los hombres de Zakir derrapan sobre esos tablones ajados y empiezan a zarandear los brazos, a gritar al bote que dé media vuelta y regrese al puerto para que puedan recuperar lo que les pertenece. Se me revuelve el estómago al ver sus caras, totalmente desfiguradas por la rabia, y uno de ellos empieza a desabrocharse la camisa, como si estuviese preparándose para tirarse al agua y venir a por mí a nado.

—¿Estás intentando escapar, chica dorada? —pregunta la mujer, y aparto la mirada de ese par de brutos para poder mirarla a ella.

Su mirada pardusca no derrocha cordialidad, y mucho menos una generosidad desinteresada, pero tampoco me parece advertir crueldad. Me da la impresión de que es de esa clase de personas que no se andan por las ramas, que son honestas, justas e íntegras.

—Sí, pero puedo pagar —me apresuro en responder—. Por favor. Llevadme hasta el barco, y le pediré al capitán que me venda un pasaje. No soy un vulgar polizón. Tengo monedas para pagar el viaje.

Rueda los hombros para impulsar los remos hacia atrás, y así seguimos alejándonos de ese maldito puerto. Oigo una zambullida a mis espaldas y, de inmediato, se me acelera el corazón porque sé que es uno de los matones de Zakir.

—Mara… —murmura el otro hombre con tono receloso.

—Cierra el pico —ladra ella, que sigue observándome con detenimiento y con la cabeza ladeada—. ¿Cuánto tienes?

Trago saliva, y miro a los tres tripulantes.

—Suficiente.

No soy tan boba como para decirles cuántas monedas tengo, o para mostrarles la bolsita de tela que llevo escondida bajo la falda.

El rostro de Mara se convierte en una amalgama de arrugas cuando dibuja una sonrisa de satisfacción.

—Chica lista. Eso es bueno.

Todavía oigo las brazadas de mi perseguidor en el agua. Le miro de refilón, nerviosa y acongojada, y veo que cada vez está más cerca. Lo único que me tranquiliza es que no es muy buen nadador, por lo que intuyo que no aguantará mucho más.

Unos segundos más tarde, Mara dice:

—Pagarás el pasaje, pero no creas que vas a pasarte la travesía holgazaneando. Fregarás la cubierta cada día hasta que lleguemos al Segundo Reino. Necesitábamos un nuevo friegasuelos, así que ya nos vendrás bien.

Abro los ojos como platos y no oculto mi sorpresa.

El Segundo Reino.

Nunca he estado en la región más meridional de Orea, pero sé que es un extenso desierto donde la lluvia escasea y que está a un océano de distancia. Solo con imaginarme un sol cálido y cegador que brilla en la otra punta del mundo ya me emociono. Hasta mi corazón da un brinco de alegría.

—¿Me llevaréis hasta allí? Espera, ¿tú eres el capitán? —pregunto, incrédula y perpleja a la vez. Jamás había conocido a una mujer que capitaneara un barco, y no puedo evitar pensar que nada de esto ha sido casualidad, sino que ha sido orquestado por las diosas. Mi destino estaba escrito en las estrellas. Hoy era el día en que iba a huir de Derfort, en que iba a terminar en ese pequeño bote timoneado por una mujer.

Y esa idea se materializa cuando Mara señala con la barbilla una embarcación que se atisba a lo lejos.

—Sí. Esa embarcación es mía.

La embarcación a la que se refiere luce unas velas azul cerúleo con un sol resplandeciente.

Se me llenan los ojos de lágrimas de esperanza. Por fin voy a dejar atrás Derfort. Por fin voy a cerrar ese horrible capítulo de mi vida.

Hock resopla y me suelta el brazo.

—Me encargaré del pececillo.

Me doy la vuelta justo cuando el hombre de Zakir alcanza la parte trasera del bote. Atemorizada, doy un paso atrás al ver que saca las manos del agua e intenta subirse al bote. Por suerte, Hock se gira, coge un remo y, sin una gota de compasión, le arrea con la pala en la cabeza.

El matón aúlla de dolor y se sumerge de nuevo en el océano. La violenta caída nos rocía de agua salada y fría. Observo la superficie nerviosa, pero… el tipo no aparece por ninguna parte.

Hock asiente con la cabeza con ademán orgulloso y vuelve a acomodarse en su asiento con el remo en la mano, mientras que el tercer miembro de la tripulación se saca una pipa del bolsillo y empieza a fumar.

—A no ser que te apetezca darte un chapuzón y volver al puerto a nado, te sugiero que plantes el trasero en el suelo, muchacha —dice Mara.

Obedezco de inmediato, me dejo caer en el suelo y el súbito movimiento hace que el bote se balancee un poco. Hock y Mara reman en silencio, mientras yo sigo jadeando, incapaz de recuperar el aliento.

Los últimos vestigios del ocaso bañan el paisaje de un gris apagado y plomizo, llevándose consigo cualquier rastro de color y el cielo se tiñe de un negro que parece estar pintado con acuarelas. Contemplo la dársena con una mezcla de recelo e incredulidad. Ahí sigue el segundo hombre de Zakir, con las manos sobre las caderas. Su silueta se va empequeñeciendo a medida que nos vamos alejando de Derfort.

Tengo que pellizcarme el brazo para asegurarme de que es real, y no un sueño. He tardado diez años, pero esa bolsita de tela llena de monedas me ha servido para levar el ancla y poder navegar hacia un nuevo destino, hacia una nueva vida.

44

Auren

Amanezco rodeada de penachos de nieve.

Este lugar me resulta familiar, pero no lo es. Echo un vistazo a mi alrededor con el ceño fruncido y los ojos entornados.

Hasta donde me alcanza la vista, me he despertado en mitad de una vasta e inmensa extensión de nieve que me recuerda a las dunas de arena del Segundo Reino. Los pequeños montículos de nieve que afloran de ese páramo níveo me hacen pensar en un cuerpo pálido con la piel de gallina, aunque lo cierto es que no tengo frío.

El cielo que guarece ese paisaje remoto e inhóspito es casi igual de brillante, igual de anodino, igual de albino. Hundo los dedos en la nieve, ahueco un pelín la mano para sostener un puñado y después lo dejo caer poco a poco, como si fuesen granos de arena, y no copos de nieve. Me miro la mano y me doy cuenta de que mi piel reluce, resplandece, un fenómeno bastante extraño, pues allí no brilla el sol.

Confundida, arrugo más el ceño y trato de levantarme de ese erial helado, de esa nieve tan peculiar que no te enfría el cuerpo ni te empapa la ropa. Sin embargo, antes de que pueda ponerme en pie, oigo un ruido.

Giro la cabeza hacia la derecha y enseguida reconozco el cuerpo de Digby tendido boca arriba, a unos tres metros de mí. Su rostro es un amasijo de cardenales y tiene los labios tan hinchados que ni siquiera puede moverlos.

—Protégela —dice.

Parpadeo, confundida.

—¿Qué? —pregunto, y mi voz retumba, como si estuviese en una gruta cavernosa y profunda.

—Protégela —repite él, pero su voz suena terrenal y apagada, y no

etérea y fantasmal, como la mía.

—Digby, ¿estás bien?

—Protégela —murmura por tercera vez. La misma orden con ese tono bronco y áspero, la misma expresión severa en su mirada.

Y es entonces cuando lo recuerdo.

Esas fueron sus últimas palabras antes de que se perdiera en las Tierras Áridas, antes de que los Bandidos Rojos nos atacaran. Fue la última orden que le dio a Sail. Que me protegiera.

—Dig…

—¡PROTÉGELA!

El rugido de Digby me sobrecoge y, en un acto reflejo, me encojo de miedo sobre esa alfombra de nieve. La misma nieve que segundos antes carecía de temperatura ahora arde de calor.

Se me escapa un gañido de dolor y enseguida aparto las manos del suelo, pero cuando vuelvo a posar la mirada en Digby, ya no es él.

—¿Sail? —llamo entre resuellos.

Unos ojos color cielo se clavan en mí. Son de un azul brillante e intenso, el mismo azul cerúleo que lucían las velas de la embarcación en la que hui de Derfort, de Zakir.

Siento una punzada de dolor en el pecho, un dolor que conozco demasiado bien. Creo que nunca podré superar esa pérdida, ni aliviar el dolor que siento cada vez que pienso en Sail. Creo que ese dolor me acompañará hasta el día en que me muera.

«Esa es la maldición de los supervivientes. Tenemos que aprender a convivir con nuestros muertos».

Las palabras de Lu se repiten en mi cabeza, y siento que una lágrima se escurre por el rabillo del ojo.

—Lo siento —susurro.

«Todo saldrá bien», articula él.

Un segundo después, frunce un poco el ceño y agacha la cabeza para mirar hacia abajo, y en ese preciso momento unos borbotones de sangre empiezan a manar de su pecho. Trato de arrastrarme por la nieve, de ponerme en pie, incluso de gatear para acercarme a él, pero mi cuerpo no responde, no se mueve. Es como si me hubiera quedado pegada sobre la nieve. La nieve me quema las piernas y los brazos,

rechino los dientes para soportar el dolor, pero cuando veo que la imagen de Sail empieza a desvanecerse, me echo a llorar de impotencia, de frustración.

—¡Sail! —grito, pero él solo sacude la cabeza. No oigo su voz, pero en sus labios leo: «Todo saldrá bien».

Esas palabras son un réquiem, una melodía triste y melancólica que sonará en mi cabeza por toda la eternidad.

Cierro los ojos, desesperada y furiosa. Odio esto, odio no poder salvar a Sail, no poder salvar a Digby. Pero entonces un suspiro ronco y profundo emerge de mi garganta, y abro los ojos de golpe.

Me pesan los párpados y, cuando miro a mi alrededor, no veo un desierto blanco, ni a Digby, ni a Sail. Recuperar el conocimiento es como tratar de disipar una nube de humo. Aunque hagas aspavientos con las manos, la niebla blanquecina no desaparece, tan solo se remueve en el aire.

Aparto todas las mantas que alguien ha dispuesto encima de mí y me incorporo en una cama que no reconozco. Mi espalda se resiente de inmediato. El fuego que chisporrotea en la chimenea, que está a apenas un par de metros de mí, desprende un calor tórrido, por lo que no noto el cambio de temperatura. El tiempo se ralentiza y la bruma que me enturbia la mente cada vez es más espesa.

¿Estaba soñando? Ya no lo recuerdo. Me palpo las mejillas e intuyo que he estado llorando, pero no sé por qué. Tengo la cabeza abotargada, como si la hubiese llenado de plumas mullidas, y noto un pálpito entre las piernas, una humedad ahí abajo.

Intento moverme, intento hablar, pero no puedo.

La inquietud desborda mi consciencia, y un dolor agudo me recorre la columna vertebral. Sé que está ocurriendo algo importante, pero no estoy segura de qué se trata.

¿Dónde estoy?

Antes de que ese huracán de emociones me engulla, la bruma reaparece de nuevo para nublarme la vista, y la cabeza. Me tumbo de costado, sucumbo a la despreocupación, al sosiego, y dejo que esa deliciosa calidez envuelva todo mi cuerpo como si de un sudario se tratara.

Estoy aquí y allí.

Ruidos, voces que no logro descifrar. Imágenes vagas, borrosas. Creo reconocer a Scofield, que está de espaldas a mí. También diviso a un guardia que no me suena haber visto antes. Después aparece una doncella con una bandeja de comida en la mano. Veo a Polly sentada en la silla que tengo junto a la cama, sujetando una cajita que me resulta muy familiar, con un montón de pétalos blancos en su interior.

«Qué calor tan agradable…».

Junto los muslos y los aprieto porque la tórrida convulsión que noto en el vértice está pidiendo a gritos una fricción, un roce que, al parecer, yo no puedo ofrecerle. Siento retortijones en el estómago y los senos más pesados y más sensibles de lo habitual.

Cada vez que las sábanas de seda se deslizan sobre mi piel, es como si me acariciaran unos dedos invisibles. Todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo parecen haber cobrado vida y exigen un estímulo. Trato de quitarme los guantes y de arremangarme el camisón para que el aire bese mi piel desnuda y así se calme, se enfríe, pero las manos no me responden.

Frustrada, cierro los ojos y me entrego a todas las sensaciones. Solo siento. Siento unas manos fuertes que me sostienen sobre la barandilla de una escalera. Una boca hambrienta que me recorre el cuello, unos labios carnosos que me besuquean la mandíbula, que me mordisquean el lóbulo de la oreja. Mi cuerpo arde de pasión, y el humo de ese fuego incontrolable me nubla aún más la cabeza.

Necesito más.

Algo extremadamente suave trepa por mi brazo, y después distingo algo húmedo, como la punta de una lengua traviesa, viciosa. Despego los ojos y descubro a Midas al lado de mi cama. Ese roce aterciopelado viene de un chal de pelo que tengo sobre los hombros, y la sensación húmeda no es más que una gota de oro que se escurre por mi brazo.

Midas aparta el chal, y entonces me parece vislumbrar una tiara dorada y delicada, un collar de plata con varios abalorios que imitan la forma de conchas marinas. El roce de cualquier cosa me hace sentir tan bien que incluso gimo en voz baja. Mi cuerpo suplica que lo toquen, que lo abracen, que lo arrullen.

Esa mirada pardusca se cruza con la mía, y esos labios carnosos se estiran en una sonrisa maliciosa.

—¿Preparada para el baile, preciosa?

¿Un baile? Imagino vestidos pomposos y barricas de vino dulce y bandejas a rebosar de pastelitos edulcorados. Imagino una música sensual y mi cuerpo contoneándose, danzando de una forma impúdica entre los brazos de mi pareja de baile.

Aunque estoy aturdida, asiento. Sí. Un baile.

—Bien. Incorpórate para poder vestirte.

Me cuesta una barbaridad hacer lo que me pide, pero consigo incorporarme y deslizar las piernas hasta el borde de la cama. Mientras tanto, él recoge todos los objetos con los que me ha acariciado la piel y los lleva hasta la puerta para pasárselos a alguien que está esperando en el pasillo.

Regresa con un vestido de color blanco acomodado sobre el brazo, para que no se arrugue. A simple vista, parece tan suave y tan delicado como la mantequilla.

—Póntelo.

Quiero sentir esa tela sobre mi piel, así que me bajo el camisón hasta la cintura y después él solo cae a mis pies. Cojo el vestido que Midas ha elegido para mí y, en cuanto me lo pongo por la cabeza, mi piel lo tiñe de dorado. Esta vez sí suelto un gemido de placer. El corpiño abraza mis senos desnudos, pellizca mis pezones sensibles. La cintura se ajusta alrededor de mi torso como las manos de un amante y la falda se resbala por mis muslos.

Delicioso.

Gruño de gusto, y tras ese sonido gutural se hace una pausa, un silencio.

—Te he hecho sentir bien, ¿verdad,preciosa? —murmura Midas.

—Sí —susurro, y disfruto de la placentera sensación de la textura cremosa que envuelve mis curvas.

Él suelta una pequeña carcajada.

—Ahora ponte esto.

Medias, guantes, zapatos. Me pongo cada prenda que él me da y, cuando termino, cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás porque

cada vez que una tela me roza el cuerpo, un cuerpo tan acalorado que parece que vaya a incendiarse en cualquier momento, me resulta de lo más… erótico.

No soy consciente de que muevo la mano, de que me cepillo esos rizos rebeldes de color dorado. De hecho, no sé cómo ha llegado el peine a mis manos. No recuerdo cuándo me lo han dado. Tampoco recuerdo haberme puesto de pie, justo delante de Midas, con el cabello desenredado y sin el peine en la mano. No recuerdo en qué momento Polly ha entrado en la habitación, pero ahí está. Lleva un vestido dorado que cae en cascada sobre su cuerpo escultural. Es de una tela translúcida que se sostiene gracias a un broche, también dorado, en la garganta. Es un vestido idéntico al mío. Resalta las voluptuosas curvas de Polly y, bajo las varias capas del vestido, su silueta se convierte en una sombra carnal. Me pregunto si tengo el mismo aspecto que ella…

Midas está charlando con Polly y, aunque le oigo, tengo que afinar mucho el oído para entender lo que dice.

—… en todo momento. Nadie tiene permiso para tocarla. Dale uno más antes de marcharte. Ya sabes dónde tienes que ir. Te estaré esperando.

—Sí, mi rey.

—Esta noche te vas a ganar una caja llena —le promete, y le acaricia la cabeza como si fuese un gato, y Polly prácticamente ronronea.

Midas se acerca a mí con andares tranquilos y firmes mientras yo me balanceo sobre mis pies.

—Te veré enseguida, preciosa.

Debe de pasar un buen rato porque, de repente, me doy cuenta de que estoy frente al ventanal que da al balcón, observando los copos de nieve que flotan en el aire y que, poco a poco, empiezan a cubrir el paisaje con su manto blanquecino. El resplandor que baña Rocablanca es de un gris menguante, y una oscuridad lúgubre ya ha empezado a tragarse el cielo.

No tengo ni idea de cuánto tiempo llevo ahí plantada como un pasmarote, contemplando la nevada, pero me duelen las plantas de los

pies, por lo que intuyo que un largo rato. Un movimiento se refleja en el cristal, y me doy la vuelta para averiguar de qué se trata. Es Polly, que se encamina hacia la puerta y la abre. Está hablando con un guardia, pero no logro comprender las palabras.

Desvío mi atención y me fijo en esas trenzas gruesas y rubias que lleva recogidas en lo alto de la cabeza, con un lazo de seda dorada. Un recuerdo trata de abrirse camino entre el espesor de la niebla que se ha instalado en mi mente mientras contemplo ese moño trenzado, el extremo del ribete dorado que cuelga por detrás de su oreja.

Por razones que ahora mismo se me escapan, alargo el brazo para tocarme la espalda.

Palpo la tela del vestido con los dedos, pero hay algo que no me cuadra. Bajo ese ajustado corpiño no hay varias capas de cintas de satén enrolladas alrededor de mi cintura, sino dolor, solo dolor.

Formo un profundo surco entre las cejas, una línea de confusión. Algo no cuadra. Algo falla. Algo anda mal.

Pero es como tratar de atrapar un puñado de vilanos de un diente de león en mitad de un vendaval. Cada vez que me acerco a una de esas borlas blancas y esponjosas, una bocanada de aire me la arrebata delante de mis narices.

Parpadeo y, de repente, tengo a Polly delante, a apenas un palmo de distancia. Se ha echado algo de colorete en las mejillas, un rubor que combina a la perfección con sus ojos, delineados e inyectados en sangre. La luz plomiza que se cuela por los inmensos ventanales le otorga un aspecto siniestro.

—Es hora de ir al baile —dice, y me hace señas para que la siga.

Todavía con el ceño fruncido, doy un paso hacia delante y, antes de que quiera darme cuenta, ya estoy fuera de mis aposentos, arrastrando los pies por ese pasillo infinito, siguiendo los pasos de Polly.

Parpadeo y camino.

Camino y parpadeo.

Algo no cuadra.

Algo falla.

Algo anda mal.

Me tropiezo al bajar las escaleras y, con una mano enguantada, me

sujeto a la barandilla para mantener el equilibrio. Polly se gira, pero ni siquiera se molesta en mirarme.

—No la toquéis —sisea. Supongo que se lo dice a los guardias que nos escoltan, pero no lo sé seguro y estoy demasiado aturdida como para girarme.

—Algo va mal —farfullo, y, durante una fracción de segundo, me parece recuperar la memoria.

«¿Ya lo he dicho antes?».

Polly me mira de reojo y resopla con evidente desdén.

—No te mereces tomar rocío. Contigo estamos desperdiciándolo.

¿Rocío?

Se da media vuelta y sigue caminando a paso ligero. Me distrae el lazo de raso que le cuelga del moño, esa cinta que se balancea de un lado a otro.

Cinta…

Una mano fantasmal logra cortar el tallo de un diente de león, y una boca mística sopla ese pompón de vilanos blancos.

—Por aquí, señorita.

Polly se arremanga la falda del vestido y empezamos a subir una escalera de caracol larguísima, una escalera que jamás había visto hasta ahora. Nos inmiscuimos por una puerta demasiado estrecha y, al cruzar el umbral, me da la sensación de que me estrello contra un muro de algarabía que satura y colma todos mis sentidos.

Música en mitad del clamor y rugidos de cientos de voces. El calor de esos cuerpos sudorosos, de las velas que iluminan el salón desde los candeleros en forma de témpanos de hielo, ahora chapados en oro. Un rápido vistazo a mi alrededor basta para saber dónde estoy, en el entresuelo que hay en el salón de baile, un pequeño mirador interior para no perder detalle de todo lo que ocurre ahí abajo.

—Se supone que debes sentarte aquí y esperar —me dice Polly, pero sus palabras me entran por un oído y me salen por el otro. Toda mi atención está puesta en el sensual vaivén de los cuerpos que bailan sobre la pista, en los instrumentos que abarrotan el aire con su melodía, en la amalgama de perfumes que emborracha el ambiente. Observo a la multitud que se ha congregado allí con ávido interés,

como si buscase a alguien en especial, pero no consigo averiguar a quién pretendo encontrar.

Tras esa búsqueda fútil, me fijo en las enormes cortinas tejidas con hilo dorado que decoran la pared de la tarima, donde han dispuesto cuatro sillas que más bien parecen tronos reales.

Contemplo las inmensas colgaduras de tela iridiscente y empiezo a hurgar en mi memoria…, a recordar…

De una forma puramente instintiva, cierro el puño para que mis recuerdos, tan escurridizos como los vilanos de un diente de león, no se me escapen.

Esta vez, cuando me llevo la mano a la espalda, mis dedos palpan mi columna vertebral.

Algo no cuadra.

Algo falla.

Algo va mal.

Una punzada de dolor. Y otra. Y otra. De repente, una visión emerge del olvido, la imagen de una espada dorada dibujando un arco en el aire, mi espalda arqueándose con ella.

Un soplo de aire.

—Mis cintas…

—¿Qué? —pregunta Polly.

Me tapo la boca con una mano para ahogar un lamento, un grito de confusión y terror. Me giro, pero el movimiento es tan súbito y tan rápido que termino mareada, como si estuviese meciéndome en el mar.

—¿Se puede saber qué te pasa? —insiste Polly, que arruga la nariz al ver que me doblego, que me hago un ovillo ahí mismo, que me tiembla todo el cuerpo. Porque lo recuerdo.

Lo recuerdo.

El filo implacable y despiadado de una espada. Pétalos blancos en la boca, metidos en contra de mi voluntad. Una tira de satén que flota hasta el suelo.

Mis cintas…

La agonía me inunda el corazón, un dolor mucho más lacerante y tormentoso que los calambres que siento en la espalda. La droga debe

de paliar parte de ese dolor, porque lo único que siento es una palpitación constante en la curva de mi espalda, ahora vacía, desierta. Es como si me hubieran arrancado un brazo o una pierna, como tratar de menear unos dedos que ya no tienes. Contraigo los músculos en un intento desesperado de mover algo que ya no está ahí.

Han desaparecido para siempre.

Desaparecido desaparecido desaparecido desaparecido…

Empiezo a respirar rápido, demasiado rápido. Trago bocanadas de aire que no consiguen llegar a mis pulmones, que se ahogan con la siguiente inhalación. Me embarga un calor tórrido y horroroso, un bochorno que me asfixia mientras siento retortijones en la tripa y mi entrepierna empieza a palpitar.

Oh, por todas las diosas… Estoy muy drogada.

Mi mente se revuelve mientras intenta rememorar los últimos acontecimientos. Quiero trazar una cronología, una línea temporal para averiguar cuánto tiempo ha pasado desde que estuve en este salón por última vez, convirtiendo en oro todo lo que tocaba. Pero por mucho que intento escarbar en mi memoria, no consigo desenterrar los recuerdos. Porque mi mente flota, y soy incapaz de zambullirme en esas aguas. Porque además no puedo dejar de pensar en el tacto del vestido sobre mi piel, como un pétalo todavía caliente por el sol que se arrastra suavemente por mis piernas.

—Relájate. El rey no tardará en subir aquí para hacer su pequeña demostración —me ladra Polly, captando así mi atención—. Por qué quiere que tú estés aquí nunca lo sabré.

—Tengo que irme. Tengo que irme —digo con voz ronca. Mis palabras denotan pánico, pero no consiguen ablandar a Polly, que ahora me mira con esos ojos azules entornados.

—No puedes irte todavía. Ha sido bastante claro y taxativo. Te quiere aquí arriba, punto —me reprende, y después se hurga en el escote del vestido y saca una bolsita de tela minúscula. Con absoluta discreción y disimulo, mete los dedos y extrae dos pétalos blancos. Se mete uno en la boca y después me ofrece el otro—. Toma. Te sentará de maravilla.

«Te sentará de maravilla…». Mi cuerpo ronronea con esa promesa

decadente, pero niego con la cabeza mientras trato de disipar la bruma que amenaza con nublarme el pensamiento.

—No.

Polly aprieta los labios.

—Escúchame bien, zorra dorada. El rey quiere que te quedes aquí quieta, así que nada de numeritos de niña pequeña. ¿O acaso pretendes dejarle en evidencia? Además, no pienso perder mi recompensa porque te has puesto como loca. ¡Así que vas a comerte este maldito pétalo y me vas a dar las gracias! —gruñe entre dientes.

El monstruo de la rabia empieza a batir las alas.

—No.

Su mirada se endurece y se vuelve más afilada que una esquirla de vidrio.

—Tú lo has querido. Si no es por las buenas, será por las malas.

Polly alarga el brazo, decidida a metérmelo en la boca a la fuerza. Tras un torpe forcejeo, consigo arrebatarle el pétalo de las manos y, sin pensármelo dos veces, lo aplasto entre los dedos. Al darse cuenta de que he destrozado el valioso pétalo, la montura enloquece de rabia y su rostro, siempre tan dulce y angelical, se desfigura.

—¡Maldita zorra!

La música es tan estridente que ahoga el furioso alarido de Polly, aunque yo no oigo nada, salvo el odio y el rencor que irradia su voz.

Allá donde mire, solo consigo ver prismas de luces multicolor. El rocío que circula por mi sistema nervioso es una droga fuerte y potente, una droga que me confunde, que me emborrona la memoria, que desata unas oleadas de calor que me hacen gemir. Solo necesito tumbarme. Necesito descansar. Necesito…

Polly no deja de escupir blasfemias, irreverencias que salen de esos labios carnosos y pintados mientras se arrodilla en el suelo para tratar de recoger los minúsculos pedacitos del pétalo. Pero apenas la oigo. Todo mi cuerpo vibra como si estuviese poseído por el mismísimo diablo, pero me niego a sucumbir a la lujuria. Por favor, nunca he sentido un calor más tórrido.

¿Por qué tengo tanto calor? ¿Por qué estoy tan mareada? ¿Por qué Polly no deja de gritar? ¿Por qué me duele la espalda? ¿Por qué…?

Por qué, por qué, por qué.

De repente, mientras Polly trata de recomponer el pétalo y yo trato de recomponerme a mí, la puerta se abre.

Y entra Midas.

45

Auren

La inesperada presencia de Midas pone punto y final a ese momento de pánico y confusión.

Va impecablemente vestido de los pies a la cabeza. La túnica que ha elegido para la ocasión está cosida con una tela un pelín rígida, un astuto truco para asegurarse de que no se forme ni una sola arruga, y los botones, dorados y con forma de campana, van desde la pelvis hasta la garganta. Lleva su corona favorita, una corona de seis puntas que más bien parecen seis garras afiladas, sobre su inconfundible melena color miel.

Detrás de él, cerniéndose en el umbral de la puerta, reconozco la silueta de Rissa. Con esa mirada tan azul y tan enigmática, echa un rápido vistazo a la escena y después me mira a mí.

Rissa…

Había algo que debía contarle a Rissa.

Mis pensamientos se contorsionan, se retuercen, se doblan. Intento recordar. Lo intento y lo intento…

Midas arroja una mirada fulminante a Polly, que se ha quedado petrificada en el suelo, y tensa los músculos de la mandíbula.

—¿Qué estás haciendo?

La montura empalidece de inmediato. La falda del vestido, de una gasa dorada bastante fina y transparente, se le ha subido hasta los muslos y en la mano tiene algunos trozos del pétalo que yo misma he aplastado.

—Mi rey…

—Te encomendé una tarea —gruñe él—. Solo tenías que traerla hasta el mirador y vigilarla. Te pedí que le administraras el rocío después de la demostración. No antes.

—Lo… Lo siento mucho, mi rey. La preferida se estaba poniendo nerviosa y pensé que…

—No te contraté para pensar —la interrumpe Midas—. Me encargaré de darte un más que merecido castigo más tarde. Anda, levántate y márchate ahora mismo.

A Polly se le anegan los ojos de lágrimas, y yo los abro como platos.

«Márchate ahora mismo».

Mi mirada revolotea por el balcón con vistas al salón de baile hasta aterrizar en Rissa. «Márchate». Teníamos un plan para marcharnos de Rocablanca.

Los recuerdos empiezan a rodar y a hacer cabriolas en mi cabeza, como cuando sopla un viento errante y agita la maleza, los arbustos, las copas de los árboles. Se desprenden trozos, pequeños fragmentos que me permiten ir recogiendo ramas desnudas y ralas del suelo. Cuando consigo reunir un puñado de ramas, todas de corteza áspera y rugosa, siento que me atraviesan la conciencia, ya de por sí dolorida.

Estoy en el baile, el rocío que Polly estaba tratando de recuperar del suelo fluye por mis venas, y yo iba a escapar de este castillo con Rissa. Por eso me está mirando así.

El nubarrón de aturdimiento y confusión se empeña en instalarse en mi cabeza, pero consigo disiparlo para así poder concentrarme y seguir recogiendo ramas rotas y soplando dientes de león.

Se suponía que iba a huir de aquí con Rissa. Teníamos un trato. Ella me convenció para que nos escabulléramos la noche del baile de celebración. Pero tengo un mal presentimiento. No sé de qué se trata, pero algo anda mal. Rissa tiene que escapar, pero sin mí. Y tiene que hacerlo ahora porque, quizá, no haya otra oportunidad.

Polly se aferra a la pierna de Midas y empieza a suplicarle y a lloriquear y a deshacerse en disculpas. Es justo la distracción que necesito.

«Márchate —le insto a Rissa sin pronunciar la palabra, tan solo moviendo la boca—. Vete».

Ella arquea las cejas, sorprendida, y por primera vez, veo que titubea, que vacila. Como si estuviese indecisa, insegura. Como si no quisiese dejarme atrás, abandonarme a mi propia suerte.

Se me encoge el corazón, pero sé que no estoy en condiciones de escapar con ella. Además, Rissa es una superviviente. Si hay alguien capaz de sortear a los guardias reales y de largarse de aquí, esa es ella.

Midas sacude la pierna para quitarse de encima a Polly, que no deja de gimotear y llorar de una forma desconsolada. Lanza una mirada por encima del hombro, a Rissa.

—Cógela y llévatela de aquí. No quiero volver a verla. Y asegúrate de que no tome más rocío.

Los llantos y sollozos de Polly son tan exagerados que incluso se oyen por encima de la música, pero entonces recojo otra rama y otro recuerdo emerge en mi memoria. «Cógela y llévatela de aquí». Esas han sido las palabras de Midas. Miro a Rissa y asiento con la cabeza para sugerirle que le haga caso. «Cógela y marchaos de aquí».

Rissa se apresura en ayudar a una atormentada Polly a ponerse de pie y Midas se dirige hacia la mesita que han colocado junto a la pared para servirse una copa de vino. Su expresión es de absoluto fastidio.

Me desplomo sobre la pared. Tengo la impresión de que mi cabeza alberga miles de piezas de un rompecabezas y que, poco a poco, voy encajándolas.

Rissa levanta a Polly y la sujeta por la cintura. En un momento dado, finge haberse tropezado para poder acercarse a mí sin levantar sospechas.

—Ven conmigo —murmura, y aunque parece que esté hablando con Polly, sé que me lo está diciendo a mí.

No sé si voy a ser capaz de contener las lágrimas. Rissa no era mi amiga, desde luego. Éramos aliadas reticentes y, sin embargo, aquí está, tratando de persuadirme para que me vaya con ella, y presiento que no es solo por la montaña de oro que le prometí.

Sacudo la cabeza y sonrío con tristeza.

—Vete.

No me atrevo a decir nada más, y ella tampoco, ni siquiera con los lamentos atragantados de Polly retumbando en ese mirador, ni siquiera a sabiendas de que Midas no nos está prestando la más mínima atención.

Rissa me lanza una última mirada a modo de despedida, se da la vuelta y se marcha, llevándose a Polly a rastras consigo. Dejo escapar un suspiro tembloroso y, en silencio, rezo a todas las diosas para que lo consiga.

«Por favor, os lo ruego, dejad que lo consiga».

Ojalá pudiese recordar lo que se suponía que tenía que decirle, pero ahora ya no importa. He perdido la oportunidad en cuanto Rissa ha cerrado la puerta. Me masajeo las sienes para aliviar esa ligera jaqueca que me atormenta. La música que ameniza la velada es tan estrepitosa, tan estridente que incluso puedo saborear la balada en mi lengua y tragarme la melodía entera.

Pero ni siquiera la música logra distraerme de esta sensación de temor que serpentea por mis entrañas. ¿Qué más he olvidado? ¿Qué más ha ocurrido? Tengo lagunas, unos agujeros negros y profundos que necesito llenar lo antes posible.

Una gota de sudor se me escurre por el cuello. Ese rastro salado y húmedo se desliza por mi espalda y, en un momento dado, roza una herida que me escuece y que no debería estar ahí.

El corazón me aporrea el pecho.

Mal. Algo anda mal.

Me invade una sensación de *déjà vu,* porque ya he dicho eso antes.

Y así voy uniendo las piezas, recuperando mis recuerdos, que se van filtrando en mi mente gota a gota, como el agua se filtra en el techo de una cueva hasta formar una estalactita. Me froto las sienes una vez más, mastico otra melodía alegre y festiva que ensordece mis oídos y, en ese preciso instante, caigo en la cuenta de que Midas me está hablando.

—¿Qué?

Él me mira con recelo, incluso con cautela. Tampoco me había percatado de que lo tenía delante de mí.

—Ha llegado el momento de mi anuncio oficial, y después tendré que hacer una pequeña demostración. Y por eso necesito que estés bien atenta —dice. Me habla despacio, vocalizando cada palabra con una dicción perfecta—. Necesito que te quites el guante y, cuando te lo indique, toques la barandilla para convertirla en oro. El sol ya ha

empezado a ponerse, por lo que no tenemos mucho tiempo. ¿Lo has entendido?

Le miro fijamente, sin pestañear.

Iba a marcharme con Rissa. Estoy en el baile. Alguien me ha dado rocío. Me duele la espalda.

Al ver que no digo nada, Midas bufa.

—¿Cuándo vas a tocar la barandilla para convertirla en oro, preciosa? —insiste.

—Cuando tú me lo indiques.

Él me regala la más hipócrita de sus sonrisas.

—Eso es, muy bien. No lo olvides, ¿de acuerdo?

«Olvidar… ¿Qué más he olvidado?».

—De acuerdo.

Me escruta en absoluto silencio durante unos segundos que parecen durar una eternidad, y después se dirige hacia el centro de ese mirador curvado con esos aires de grandeza que tanto le caracterizan. Alza una mano y, de inmediato, los músicos dejan de tocar y la muchedumbre enmudece.

Oh, bendito silencio.

—¡Bienvenidos a nuestro baile de celebración! —anuncia, y utiliza ese tono carismático con el que engatusa a todos. Arrastra las palabras y, gota a gota, mi mente sigue llenándose. Sigue recopilando recuerdos. Dientes de león y plantas trepadoras y piezas sueltas y estalactitas…

Me quedo en un rincón, escondida entre las sombras, contemplando a todos los invitados allí reunidos. Cada vez que mis ojos barren el salón de baile, se me revuelven las tripas, pues sé que ahí hallaré una respuesta, y sigo buscando algo, sigo buscando a «alguien»…

—El Sexto Reino, un reino próspero y espléndido, ha brindado su apoyo al Quinto, y es mi deber asegurar que los territorios del norte de Orea continúen siendo fuertes, continúen estando unidos. —La voz de Midas retumba en el salón, rebota en las paredes, y se repite una y otra vez en un eco que no parece tener fin. Antes de continuar con su discurso, se lleva la mano al corazón en un gesto de abnegación, de humildad—. Sin embargo, siento que he fallado a mis súbditos. Viajé

hasta Rocablanca para fortalecer el reino, para apuntalarlo, y Alta Campana ha sufrido las consecuencias de mi ausencia. Bajo la influencia de la Reina de Hielo, se produjeron disturbios, altercados, motines. Ha sido una tragedia terrible, sin lugar a dudas, pero también ha traído algo bueno.

Desvío la mirada hacia los inmensos paneles de cristal del salón, hacia esa luz lúgubre y plomiza que acontece al ocaso. Noto un hormigueo en la espalda.

—Ha generado un cambio —prosigue Midas—. He escuchado la voz del pueblo. He atendido las quejas de mis súbditos. Consideran que el trabajo que desempeñan, y al que se entregan en cuerpo y alma, merece más atención y reconocimiento por parte de sus monarcas, y no podría estar más de acuerdo —dice. Y entonces hace una pausa para que los asistentes vayan digiriendo y asimilando toda esa información mientras él los observa con la barbilla bien alta y ese ademán arrogante y orgulloso—. El reciente fallecimiento de la reina Malina me ha enseñado que, como soberano, debo hacer más. Que el pueblo merece una reina de verdad, una reina a la que admiren, a la que aprecien, a la que respeten. Que los reinos son más fuertes cuando se unen.

Los invitados empiezan a murmurar.

Algo en mi interior empieza a murmurar.

Un hilo de voz, pero ahí está.

«Recuerda».

Midas apoya las dos manos sobre la barandilla.

—Me complace anunciaros que he encontrado a esa reina —dice, y echa un vistazo a los cientos de personas congregadas en el salón—. De hecho, esta noche está aquí.

Y entonces señala la otra punta del salón, y todos se vuelven para mirar. La reina Kaila se levanta del trono real y, con cierta vanidad y soberbia, saluda a los presentes moviendo la mano con exquisita elegancia. Cabe reconocer que esta noche está deslumbrante, con un vestido azul cobalto y una corona de oro que asoma entre los rizos de su melena azabache. Entorno los ojos y me fijo en el chal de pelo que lleva sobre los hombros, en el collar de conchas marinas que luce en el

cuello. Todo dorado.

Son todas las cosas que Midas pasó por mi brazo.

—¡Es un gran honor para mí poder anunciaros hoy aquí que la reina Kaila del Tercer Reino y yo hemos decidido unirnos en matrimonio!

Arrugo la nariz. Midas se va a casar de nuevo, pero… eso ya lo sabía. Lo sabía y me daba absolutamente igual porque… porque…

La multitud ahoga un grito y explota en aplausos y vítores y felicitaciones. El sonido cruje en mi cabeza, como si estuviese corriendo descalza por un bosque en otoño, sobre una alfombra de hojas secas.

Y mis pies me llevan hacia Slade.

Se me para el corazón cuando mis ojos se posan en esa presencia oscura, en esa silueta negra que, rodeada de trajes y vestidos de colores vivos, destaca todavía más, como una pupila negra en un iris multicolor. Él no me ve, pero yo a él sí. Y con eso basta.

Con eso basta.

Mi mente, un barco tambaleante que navegaba a la deriva, se detiene de golpe cuando el ancla se hunde en la arena de las profundidades marinas. He logrado atrapar un puñado de vilanos de diente de león. Las hojas secas dejan de agitarse y revolverse entre la maleza. Las piezas del rompecabezas encajan. Una última gota de agua se resbala hasta la punta de una estalactita.

Una cabeza recubierta de plumas empieza a moverse en mi pecho, una bestia de ira y rabia que bosteza y se despereza, que parpadea y abre los ojos. Entonces se da la vuelta y extiende las alas para mostrarme una cola repleta de plumas que caen en cascada, como si fueran cintas de satén dorado.

«Cintas».

Se me corta la respiración. La columna vertebral me palpita.

Asustada y con las manos temblorosas, me toco ligeramente la espalda. Una espalda dolorida. Una espalda vacía. «Recuerda».

Y eso es lo que hago.

Ocurre de repente, como una súbita tromba de agua, una lluvia torrencial que me desborda la mente y ruge en mis oídos. Así es como recupero todos los recuerdos y vivencias de las últimas semanas. O

quizá es la furia que, tras despertarse, empieza a sacudirse para tratar de librarse de esa droga que la mantenía aletargada y aturdida y a atusarse las plumas con un pico repleto de colmillos.

Midas alza la voz, un sonido que parece competir con el estruendo que se ha desatado en mi interior. La muchedumbre que ha convocado se está tragando ese anuncio como si fuesen un rebaño de ovejas que comen el grano directamente de su mano. No se dan cuenta de que no es un pastor. No ven que, en realidad, es un lobo hambriento.

—No solo prometo traer bonanza y prosperidad al Quinto y al Sexto, sino también al Tercer Reino. Gracias a la adhesión de Rocablanca y a mi compromiso con la reina Kaila, cuidaremos de nuestros pueblos como se merecen, y como Rey Dorado, ¡estoy seguro de que Orea vivirá una era dorada!

Estalla un clamor de aplausos y ovaciones y elogios, y Midas deja caer la mano a su lado y, con gran disimulo, me apunta con el dedo. La señal. Ahora es cuando pretende hacer una demostración de su tan alabado y prodigioso poder mágico, un final perfecto para el discurso dorado que acaba de soltar.

Pero yo no me muevo.

Un segundo después, me fulmina con esa mirada pardusca.

—Toca la barandilla y conviértela en oro —me ordena, hablando sin apenas mover los labios.

No pienso obedecerle.

Tal vez mi naturaleza feérica me ha permitido evaporar el rocío, o puede que haya sido otra cosa, pero, sea como sea, he conseguido disipar la neblina espesa que me obstruía los sentidos. El rostro de Midas se ensombrece durante una fracción de segundo y después, con esa máscara de afabilidad y dadivosidad, se dirige de nuevo a los invitados. Dice algo más para terminar el discurso, para compensar el esperado y ostentoso alarde de poder de convertir el mirador del salón de baile en oro. El público se ríe a carcajadas, totalmente ajeno a la realidad. Nadie se ha percatado de nada, aunque, pensándolo bien, tampoco me extraña. Siempre se le ha dado bien cautivar a una multitud. Cautivarme a mí. Utilizaba ese pico de oro para conquistar mi corazón de oro, y con el paso del tiempo el brillo de sus mentiras

fue empañando todas las verdades que conocía.

Midas se aleja de la barandilla, de los ojos de la muchedumbre que él mismo ha reunido esta noche aquí. Es solo en privado cuando se quita esa máscara de humanidad y muestra su verdadera cara.

La música vuelve a llenar el aire, baladas alegres que suenan de fondo mientras los invitados celebran la buena noticia y brindan por ella. Hay cientos de personas ahí abajo. Slade está ahí abajo. Pero aquí arriba, en las sombras del mirador, estamos Midas y yo a solas.

Está furibundo, y así lo confirma la profunda arruga de su ceño.

—¿Qué diablos ha sido eso, Auren? Te expliqué qué debías hacer. Joder, era muy sencillo. ¡Has echado a perder mi brillante discurso! —exclama, y sus ojos color avellana se oscurecen y toman un color turbio que me recuerda al lodo.

El odio es un sentimiento visceral, una flor que brota de un suelo que se creía estéril, baldío. Veo odio en sus ojos y quizá él también lo esté viendo en los míos.

—Me drogaste —le acuso, pero en mi voz no hay tormento, ni siquiera hay rencor. Suena indiferente y distante y abatida. Todavía noto el sabor de ese pétalo viscoso con motas carmesí. Una explosión de dulzor empalagoso que me empapó la lengua. Que me saturó la mente. Que transformó mi cuerpo en una masa de almíbar gelatinoso. Que me borró la memoria.

Y a pesar de que tengo lágrimas en los ojos, arden como lenguas de fuego.

—Me drogaste —repito, y un torbellino de rabia e indignación me revuelve las tripas. Y ahora mismo deseo que ese violento tornado se lo lleve por delante y lo engulla—. Hiciste daño a Digby. —Mi segunda acusación se revuelve y ondea, como las aguas del océano cuando se desata una tormenta, y siento que navego directa hacia ella, con la espalda vejada y mutilada—. ¡Me cortaste las cintas!

Mi voz se resquebraja y se rompe, las palabras rechinan, como cuando pisas gravilla con el talón de la bota. Me tiemblan las piernas de rabia. Midas me observa con detenimiento, sorprendido de que haya recuperado la coherencia, la voluntad, aunque ese es el menor de sus problemas. Unos instantes después, se cruza de brazos, planta los

pies en el suelo y abre las piernas.

—Sí, es verdad —admite con tono brusco—. Me desobedeciste. Te merecías todos y cada unos de los castigos que te infligí.

«Me merecía».

Algo me espolea el pecho, me golpetea las costillas. El martillo de un herrero cae sobre un yunque de metal al rojo vivo, listo para ser forjado.

Midas encoge un hombro.

—Deja de rebelarte contra mí, Auren. Esta es tu vida. Asúmelo de una vez. A partir de ahora, tomarás rocío a diario, acatarás todas las órdenes de tu rey y cumplirás con tu deber.

—Te aterroriza, ¿verdad? —pregunta—. Saber que todo lo que eres depende de mí.

Me parece entrever algo siniestro en su mirada.

—Hablas de mis castigos, pero ¿qué te parecería si valoráramos lo que tú mereces?

Me acerco a él, acortando así la distancia que nos separa. Quiero demostrarle que ya no le tengo miedo. Quiero demostrarle que, aunque me abra en canal y me robe trozos de mi alma, jamás venceré.

Siento que me arden los ojos, como si en cualquier momento fueran a incendiarse, pero eso no me impide mirarle a la cara.

—Voy a dejarte, Midas —declaro, sin un ápice de compasión. Él se pone rígido, y yo no puedo hacer otra cosa que disfrutar de ese momento—. Voy a marcharme a un lugar remoto donde no puedas encontrarme. Removerás cielo y tierra, lo sé. Me buscarás en los confines de Orea. Te llegarán rumores sobre mi paradero, y cuando creas que estás a punto de atraparme, volveré a escurrirme entre tus dedos.

Veo que cierra los puños, como si quisiera adelantarse a los acontecimientos.

—Te arrastrarás como un gusano hasta el rincón más decrépito de Orea, pero jamás me encontrarás. Te pasarás meses, años, décadas tratando de averiguar dónde estoy, desesperado, atormentado.

Se me pone la piel de gallina, como si las diosas estuviesen escuchando mi alegato, un escalofrío que quiero interpretar como un

buen presagio.

—Esa montaña de baratijas doradas irá mermando con el tiempo. Serás el hazmerreír del Sexto Reino, y tu pueblo se volverá en tu contra. Tu prometida te abandonará y las leyes de este mundo te obligarán a abdicar, a quitarte esa corona que con tanto orgullo llevas en la cabeza. Tocarás fondo, pero aun así no me encontrarás. Aunque te dediques en cuerpo y alma, aunque no hagas otra cosa durante el resto de tu vida. No me encontrarás, y acabarás volviéndote loco.

Ni siquiera puede pestañear. Su mirada es la de un hombre asustado, la de un hombre acorralado. Reconozco que me encanta verlo así.

—Creías que el oro y el poder te iban a encumbrar, pero la triste realidad es que van a ser tu ruina, tu perdición. Creías que podrías usarme como a una marioneta y aprovecharte de mí hasta el fin de tus días, pero voy a desaparecer de tu vida, y lo voy a hacer delante de tus narices. —El golpeteo que noto en las costillas cada vez es más impetuoso, más violento, más brutal. Y mi alma empieza a crepitar, a echar chispas—. Tus súbditos te señalarán con el dedo y se burlarán de ti. Te odiarán. Te despreciarán. Te depondrán.

Midas se retrae al oír esa palabra. Da un respingo y, tambaleante, recula varios pasos. Mi discurso le ha dejado conmocionado y mi bestia interior se acicala tras oír esa contundente amenaza, y las dos celebramos haber descubierto su mayor miedo.

—No tendrás a nadie que te consuele. Morirás solo y en la más absoluta miseria, arruinado por tu propia codicia. Y eso será justamente lo que «mereces».

Ese era el último golpe que le tenía reservado. Observo cómo lo encaja. Percibo las reverberaciones de esa última estocada en el aire. Pero él también vibra. Su cuerpo temblequea.

Abre y cierra los puños varias veces. Sacude la cabeza, como si tratara de encontrar un argumento con el que rebatirme o de zarandear las palabras que acaba de oír para borrarlas de la memoria.

—No —niega, y suena autoritario, como si estuviese dándome una orden—. ¿Crees que puedes escapar de mí? ¿Crees que el monstruo de tu comandante va a ayudarte?

—El único monstruo que hay en este castillo eres tú.

Midas se echa a reír a carcajadas, un sonido cruel que envenena el aire que respiramos.

—Por si no lo sabías, ya le tengo —dice con soberbia, y espera a ver cómo reacciono ante tal noticia—. Así que si pensabas que el comandante Rip iba a subir aquí a rescatarte, siento decirte que te vas a llevar una gran decepción.

—No necesito que nadie me rescate.

Doy un paso hacia delante, acercándome más a él. Oh, cuánto disfruto al ver que Midas da un paso hacia atrás. Estoy a punto de ronronear de gusto, de satisfacción.

—Le mataré —amenaza Midas—. Mataré a ese cabrón con púas, y a tu guardia también.

La chispa enciende mi furia, y entorno los ojos. Midas espera que su amenaza me acobarde, pero en lugar de extinguir el fuego, lo aviva todavía más.

—Tócales, y yo te tocaré a ti.

La amenaza parece surtir efecto porque, de repente, esa tez bronceada empieza a perder color hasta empalidecer.

Y en ese preciso instante, noto ese familiar hormigueo en la piel. Un cosquilleo que se arrastra por mi espalda mancillada. Ha anochecido. El ocaso se ha tragado el último rayo de sol y se ha llevado consigo mi poder.

Un detalle que no pasa desapercibido a Midas. Tal vez sea por mi culpa, porque mi expresión me ha traicionado. O quizá sea porque su reloj interno es tan exacto y preciso como el mío. Sea por el motivo que sea, se percata porque dibuja una sonrisa cruel, una sonrisa atroz.

—Bonito discurso, Auren. Muy vívido. Lástima que no tengas agallas para cumplir todo lo que has dicho —se burla, y el comentario me enciende—. Ten mucho cuidado con esa lengua viperina, ¿eh? Mientras estemos aquí, con esta música de fondo y el griterío de los invitados, estaremos a salvo, pero la reina Kaila es toda una experta en robar secretos —añade, y por el rabillo del ojo echa un vistazo al trono donde ella está sentada—. Aunque tengo que admitir que me ha sorprendido oírte hablar sin complejos, sin pelos en la lengua, con

total franqueza. Cuánto ha llovido desde que partiste del puerto de Derfort. Cuánto ha cambiado aquella jovencita a la que todos los marineros conocían como la chica pintada.

Pestañeo. Algo afilado me araña las entrañas, un filo colocado en el ángulo adecuado para rasgarme por dentro.

—¿Qué acabas de decir?

Midas ladea la cabeza, como un gato que valora si abalanzarse sobre un ratón o si dejar que se escape.

—¿Nunca te he contado que viví en el Tercer Reino durante una época?

La pregunta es una provocación, un cabo que ha atado alrededor de mis tobillos para después tirar y derribarme. Lo consigue. Se sale con la suya.

Noto un cambio en su mirada, un cambio que presiento es gratificación.

—Nunca viniste a verme, mascota.

Una sensación de inquietud y desasosiego corretea a lo largo de mi espalda.

—¿De qué estás hablando, Midas?

Se acerca de nuevo al cántaro de vino y se sirve otra copa, como si quisiera celebrar este momento.

—Triunfar en este mundo es mucho más fácil de lo que la gente imagina. Tan solo necesitas espíritu para lograrlo. —Toma un buen sorbo de vino y después se da media vuelta para mirarme a la cara. Una gota de vino se desliza por la comisura de sus labios—. Incluso un vulgar vagabundo con los bolsillos vacíos puede labrarse una reputación, llegar a lo más alto, hacerse un nombre. Un nombre, por cierto, que debe de sonarte, y mucho.

Ahora soy yo quien palidece. El dorado de mis mejillas se deslustra, se desluce.

—Empecé desde lo más bajo y, a base de esfuerzo, y de alguna que otra artimaña, fui escalando hasta lo más alto. Trabajaba como recadero para un ladrón, pero ese inútil no se dio cuenta del tremendo potencial que tenía esa ciudad portuaria. Tardé dos años en hacerme con su territorio. Me dedicaba a toda clase de menesteres: robos,

saqueos, contrabando, tráfico de personas. Lo hacía todo, y controlaba a decenas de trabajadores. Era un negocio perfecto, sin fisuras —alardea, y en su voz reluce el amor propio, un orgullo infinito—. La gente temía el nombre que yo mismo inventé. Nadie se atrevía a poner un pie en mi parte de la ciudad sin mi permiso, porque mi nombre ya indicaba que era mía.

Siento que mi corazón se descuelga, que se desploma en mi pecho, que se rompe en un millón de esquirlas de hielo que enfrían el calor de mi furia.

Vislumbro algo extraño merodeando detrás de esa máscara regia, algo insípido y sórdido. De repente, el aroma a hierro forjado y pescado podrido me satura el olfato, y se me revuelven las tripas. Midas no aparta la mirada de mí.

—Tú eras la chica pintada que mermaba mis beneficios, y que después tuvo la osadía de huir.

La revelación me apalea el pecho y corrompe el aire hasta tal punto que me atraganto.

—Barden Este —susurro, conmocionada y horrorizada—. Tú eras Barden Este.

Su sonrisa es cortante, como las esquirlas afiladas que ahora mismo me desgarran por dentro.

—Y tú llegas diez años tarde.

46

Auren

No.

La declaración de Midas provoca un seísmo. Enciende todas mis alarmas, un tañido más estridente y ensordecedor que el repique de la campana de oro de Alta Campana.

Es imposible que Midas sea Barden Este. Imposible. Porque eso significaría que me lancé a los brazos del hombre del que trataba de escapar. Que me entregué en cuerpo y alma al hombre que se ganaba la vida explotando y esclavizando a otras mujeres. Que me enamoré del hombre que trataba a seres humanos como mera mercancía, que los vendía al mejor postor, sin un ápice de compasión, sin un ápice de humanidad.

Sacudo la cabeza, negándome a creer lo que acabo de oír, aunque en el fondo sé que es verdad.

—No puede ser.

—Lo es.

Algo me rasca la garganta, un gruñido de dolor que nace de una boca incrédula, de un alma incrédula.

—¿Cómo lo hiciste?

Midas gira la copa para remover el vino y después tamborilea los dedos sobre el cuello de la túnica. Seis golpecitos, ni uno más, ni uno menos.

—La verdad es que no me costó mucho ganarme el título del maestro del crimen en Derfort. El puerto estaba repleto de bandidos de poca monta y malhechores aficionados que pedían a gritos un líder de verdad, y eso fue lo que les di. Vi una oportunidad y no la dejé escapar —añade, y se encoge de hombros—. Era un puerto con mucha actividad comercial. Entraban y salían cargamentos a diario, y cuando

tomé el mando del que iba a ser mi territorio pude tener acceso a recursos provenientes de casi todos los reinos de Orea. A pesar de mi mala reputación, llegué a acumular una gran fortuna y tenía a muchísima gente a mi entera disposición.

Escucho su relato, pero sus palabras rebotan en las paredes de una cueva profunda y vacía, donde no hay sentimientos, donde no hay espacio para la sensibilidad. Estoy tan desconcertada, tan sobrecogida, que ni siquiera soy capaz de reaccionar.

—Pero después de varios años dedicándome a eso, empecé a aburrirme. Además, estaba harto de oler a pescado podrido cada día de mi vida —admite, y levanta un poco el labio en señal de asco—. Quería más. Más poder, más riquezas, más oportunidades, un territorio más agradable, menos apestoso.

Tantos años, tanto tiempo… Confié en él. Le abrí mi corazón. Le conté el suplicio que había vivido en Derfort, le confesé lo que Zakir me obligaba a hacer en La Soledad. Él fingió no saber nada. Me hizo creer que se preocupaba por mí, que velaba por mi seguridad cuando había sido el mayor rival del tipo que se creía mi dueño, el catalizador de mi apresurada huida de Derfort.

Sigo anonadada y soy incapaz de moverme. Es como si hubiese echado raíces en el suelo de ese mirador. No puedo dar media vuelta y alejarme de la verdad que Midas está escupiéndome en la cara. Solo le falta relamerse.

—En cierto modo, que te marcharas fue la excusa que necesitaba. Me lo tomé como un ataque personal, así que decidí seguirte para después traerte a rastras hasta Derfort, restregárselo a Zakir en la cara y dar ejemplo a quienes pretendían escapar.

Le miro fijamente, pero lo cierto es que no conozco al hombre que tengo delante. Tengo la sensación de que se ha arrancado la piel, dejando al descubierto la infección que había debajo, algo que se ha ido enconando y pudriendo, algo que no vi, quizá por ingenuidad, quizá porque preferí ignorarlo.

—Desapareciste de la noche a la mañana, así que tuve que esmerarme para seguirte el rastro. Un día, escuché una curiosa conversación entre otros trotamundos que viajaban por la carretera,

igual que yo. Hablaban de un asalto. Por lo visto, habían hallado la fortuna de un rey en una diminuta aldea llamada Carnith…, pero también hablaban de una joven que brillaba en la arena del desierto, como una pepita de oro.

Me quedo sin aliento, como si me hubiesen atado una soga alrededor del cuello.

—¿Me seguiste hasta Carnith?

—Por supuesto que sí. Además, los dioses me sonrieron porque fue entonces cuando tu poder se manifestó. Y así fue como descubrí que no eras una jovencita pintada, perfecta para cumplir las fantasías sexuales de marineros y nómadas. Eras mucho más que eso.

Se me llenan los ojos de lágrimas. Sus palabras son como puñales que me atraviesan el corazón para despojarme de cualquier sentimiento. Todo fue una mentira. Desde el principio.

Interpretó el papel de maestro del crimen, después el de salvador, después el de rey. Compartí mi cuerpo con él, sin saber que utilizaba los cuerpos de otras mujeres en beneficio propio. Solo pensar en todas las veces que me ha tocado, que le he tocado, se me pone la piel de gallina.

—Urdir planes es mi especialidad, Auren —prosigue él mientras ve cómo me derrumbo en la penumbra de ese mirador, y cómo, presa de la desesperación, me tiro del pelo, como si quisiera arrancármelo—. Eras justo lo que necesitaba para conseguir mi propósito, para triunfar. Ese era el destino que el gran Divino tenía reservado para mí.

Deja la copa de vino sobre una mesa, y me giro, y el mundo gira a mi alrededor.

—Me pasé meses buscándote, pero por fin di contigo. Te habías marchado de Carnith y te habías asentado en aquel poblado aislado y remoto —continúa, como si estuviera contándole una fábula a una niña—. Dividí a los hombres que decidieron acompañarme en esa aventura. Los que se hicieron pasar por saqueadores, atacaron la aldea en mitad de la noche. La otra mitad simuló proteger a los pobres aldeanos. Después me encargué de sembrar cizaña entre ellos y, tras una acalorada discusión sobre quién se quedaba con qué del botín, acabaron matándose los unos a los otros —añade, y se encoge de

hombros—. Como comprenderás, no podía arriesgarme a que, después de varias jarras de cerveza, hablaran de más y empezaran a difundir rumores sobre tu magia. Y no quería que nadie me relacionara con Derfort, ni con Barden Este. Quería deshacerme de ese nombre para siempre. Poco después me enteré de que la princesa Malina había ascendido al trono y que, por desgracia, los dioses no le habían concedido una gota de magia, por lo que no iba a tener más remedio que abdicar. El Sexto Reino estaba en la ruina, sumido en un sinfín de deudas, y necesitaba un rey, y eso fue lo que le di, un rey. Ese era el destino. Además, el seis siempre ha sido mi número de la suerte —añade con retorcida arrogancia.

Me tambaleo, mareada. Me da la impresión de estar en la cubierta de un barco que navega en alta mar, y no en el suelo firme de ese mirador. Consigo dejarme caer en una silla y, aún apabullada, trato de recuperar el aliento.

—Nunca me salvaste.

Lo digo en voz alta, aunque en realidad es una afirmación para mí, una grieta que hace que los cimientos de mi vida se desmoronen, que resquebraja mi pasado, un pasado que ya no reconozco.

Midas parece satisfecho, y quizá eso sea lo que más me molesta de todo. Esa expresión engreída y petulante. Como si hubiese estado esperando este momento diez largos años.

El día en que me sacó de aquel oscuro callejón, se ganó mi confianza. Creó una base sólida y estable sobre la que podía caminar sin ningún tipo de miedo. Le veía como a una especie de salvador. Sin embargo, todo lo que ocurrió fue orquestado por él. Me manipuló desde el principio, incluso antes de mantener la primera conversación cara a cara.

Consiguió que confiara en él, que le amara. Me hizo pensar que era mi héroe cuando, en realidad, era mi villano.

Se acerca con una mirada acechante y se coloca delante de mí. Sé que está disfrutando viéndome así, retorciéndome de dolor, de pena, de rabia.

—Controlaba la mitad de una ciudad portuaria y dirigía un negocio increíblemente lucrativo. Pero cuando me di cuenta de que tu poder

mágico estaba relacionado con el color dorado de tu piel, supe que podía aspirar a mucho más, que podía llegar a gobernar un maldito reino —explica Midas. Le brillan los ojos, pero no de añoranza, sino de la avaricia que le consume—. Y mírame ahora… No solo tengo la mitad de una ciudad, sino la mitad de Orea.

Siento que una mano fantasmal me constriñe el estómago.

—No cantes victoria todavía.

Se le enciende la mirada.

—Después de esta noche, ya no podrás decir eso.

No tengo ni idea de a qué se refiere con eso, y no me da tiempo a preguntárselo. Midas se inclina hacia delante hasta que su rostro está a escasos milímetros del mío y, con la frialdad de un torturador, me mira de arriba abajo.

—Es una lástima porque podríamos haber continuado viviendo como hasta ahora. Incluso estaba dispuesto a darte un poco de libertad, pero lo has echado todo a perder.

Su tono es firme, autoritario. Pero también cruel, malvado.

—Ya no vivirás detrás de los barrotes de una jaula, Auren. Te encerraré en tu propia mente. Me encargaré de que tomes rocío hasta perder el conocimiento y consumiré hasta la última gota de tu magia cada día de tu vida, hasta que mueras, y cuando llegue ese momento, te arrancaré esa preciosa melena pelo a pelo, te despellejaré para aprovechar el oro que recubre tu cuerpo. Porque eres mía, y voy a usarte como me plazca.

Noto su aliento en la cara, un aliento que huele a vino, y me pregunto cómo he llegado a creer que este hombre vil y perverso me amaba.

Por si lo que está diciendo no fuese lo bastante espantoso, Midas se pone derecho, desliza la mano en el bolsillo y saca una tira de satén dorada y arrugada.

Me quedo helada, impávida. Rompo a llorar a lágrima viva mientras trato de asimilar lo que estoy viendo. Ahí, en la palma de la mano de ese bárbaro, yace una de mis cintas mutiladas. Me fijo en las pequeñas gotas de sangre dorada que se han quedado pegadas en uno de los extremos, una imagen que me recuerda a los chorritos de cera fundida

que suelen escurrirse a lo largo de una vela.

Observo horrorizada la cinta, antaño satinada y reluciente, ese pedazo de mí que Midas sostiene en la mano, y no puedo hacer otra cosa que lamentarme. Sollozo. Gimoteo. No encuentro consuelo. Me escuecen los ojos al notar un terrible ardor en la espalda, unas punzadas de dolor agudo que se suceden una tras otra, como si las raíces de mis cintas pudiesen sentir la angustia de nuestra separación.

Midas me ata las muñecas con mi cinta, y no hago nada porque estoy demasiado aturdida y ofuscada. Soy la presa que ha caído en su trampa y soy incapaz de resistirme o de forcejear porque la cinta… soy yo. No me está maniatando con una cuerda cualquiera. Es su obra maestra, un juego psicológico sublime, una perversión absoluta del control.

Anuda la cinta con fuerza, y la tira de satén se me clava en la piel, una penitencia por haberla perdido, por no haber sido lo bastante fuerte para enfrentarme al tipo que ahora mismo tengo enfrente, un monstruo que me ha mutilado, que me ha consumido, que me ha robado hasta el último pedazo de mi alma.

«¿Cuándo va a parar? ¿Qué más puede quitarme?».

—Todo, Auren. Voy a quitártelo todo.

Le miro con los ojos llenos de lágrimas. No me había dado cuenta de que lo había dicho en voz alta.

Midas yergue la espalda, cuadra los hombros, se ajusta la corona porque odia llevarla torcida y, con frialdad e indiferencia, echa un vistazo a las lágrimas que han empezado a empapar la cinta que tengo alrededor de las muñecas.

—Quédate aquí quietecita, o arrastraré a tu amante desde las mazmorras y lo asesinaré delante de ti —murmura con tono amenazador—. Y ahora, si me disculpas, tengo que hacer un brindis. Disfruta del espectáculo, Preciosa.

Después de que Midas se haya marchado del mirador, clavo la mirada en la cinta. Los músicos están tocando una balada romántica, aunque apenas puedo oírla. No logro hacer otra cosa que contemplar la tira de satén que Midas ha utilizado para atraparme. Era el cepo perfecto, desde luego. Ahora que por fin estoy a solas, empiezo a

asimilar quién es de verdad, quién era antes y quién es ahora, y en mi mente empiezan a arremolinarse unos nubarrones que presagian una violenta tempestad.

Cuando escapé de Derfort y surqué el mar de Weywick en aquella embarcación de velas azul cerúleo, tan solo nos sorprendió una tormenta en todo el viaje.

Solo una.

No sucedió por la noche. La oscuridad no se tragó el océano, por lo que no tuvimos la sensación de estar navegando entre nubes cargadas de rayos y truenos y estrellas titilantes.

No, esa tormenta se desató a plena luz del día, cuando el sol brillaba en lo más alto, bañando las aguas con ese resplandor tan blanco, casi cegador. En un abrir y cerrar de ojos, unos nubarrones protuberantes eclipsaron el sol de mediodía y mancharon ese lienzo de color añil.

Debería haber bajado a las cubiertas inferiores en cuanto empezó a diluviar, pero no lo hice. No sé por qué. Quizá porque no podía soportar la idea de aislarme ahí abajo, de encerrarme en un minúsculo camarote sin ventilación que más bien parecía un armario con una hamaca raída como cama y un cubo, por si te entraban ganas de vomitar.

Aunque, si debo ser sincera, creo que en realidad quería sentir la furia de la tormenta en mi propia piel.

Sea como fuere, preferí quedarme en la cubierta superior, bajo un cielo moteado y tiznado, un cielo que no era oscuro ni claro, sino las dos cosas a la vez. Con los pies plantados en los tablones de madera y las rodillas un poco dobladas, me abracé a aquella baranda tosca como si mi vida dependiera de ello, con el azote del viento revolviéndome el pelo, fustigándome la cara.

El barco se balanceaba hacia un lado y hacia el otro, como si fuese una cuna. Por un momento creí que íbamos a volcar. Las olas rompían contra el casco, anegaban la cubierta, se arrastraban por cada recoveco. Un dios marino estaba castigándonos, y estaba muy furioso. Los miembros de la tripulación se gritaban órdenes, pero la tempestad lo engullía todo, incluso los bramidos de los marineros. Las ráfagas de aire eran tan violentas que parecían arrancar todos los sonidos para

después arrojarlos al mar.

Estaba muy asustada. Me aterraba caerme por la borda, que el mar partiera el barco por la mitad y se lo engullera. Pero, aun así, aquella exhibición de furia desmedida me maravilló. Lo que prometía ser un día tranquilo, con el cielo despejado y el mar como una balsa de aceite, cambió de repente, y se convirtió en una auténtica pesadilla.

Gracias a lo que fuese que aquel día me incitó a quedarme en la cubierta, pude ver con mis propios ojos cómo un rayo descendía sobre las olas. Pude presenciar en primera persona lo que ocurre cuando se desata una fuerza de la naturaleza.

El rayo se asemejaba a una flecha dentada disparada desde el arco de una nube. Atravesó aquel mar picado y turbulento y abrió una fisura, una grieta eléctrica, en la superficie del agua, como si hubiese resquebrajado el mismísimo océano, como si fuese a romperlo en mil pedazos.

Y así es como me siento ahora mismo.

Como si estuviera agarrándome a un poste para no salir volando por los aires, como si en mi interior se hubieran arremolinado esas nubes bulbosas, cargadas y saturadas del vapor de las revelaciones de Midas. En el frenesí de mis pensamientos cinéticos, se ha ido formando una tormenta inclemente, y un rayo amenaza con emerger de esos nubarrones y atravesar las aguas tumultuosas. Está listo para descargar y atestar un golpe mortal.

La fuerza de la tempestad me ha ahogado.

Contemplo la cinta por última vez con cierta nostalgia y me pongo en pie, con las manos entrelazadas, como quien reza una oración. Me acerco al balcón del mirador y echo un vistazo al salón de baile. Distingo la silueta de Midas en la tarima, acompañado de la reina Kaila y el príncipe Niven. Cientos de ciudadanos venidos de todos los rincones de Orea pululan por la pista. De lejos, parecen confeti.

Pero ahí, entre la muchedumbre, como una estaca de hierro, está Slade.

En el momento en que mis ojos se posan en él, Slade para en seco y levanta la mirada, como si pudiese percibir que le estaba observando desde el mirador.

Se me atraganta un sollozo. Aunque se encuentra justo ahí, a apenas unos metros de mí, tengo la sensación de que está muy muy lejos.

A pesar de la distancia que nos separa, es como si pudiese verme de cerca porque, de repente, atisbo el destello de un sentimiento salvaje y feroz en su expresión. Un sentimiento de furor enajenado.

Se le ensombrece el rostro, lo cual le otorga un aspecto aún más siniestro, y empieza a caminar de nuevo, dando zancadas y sin despegar sus ojos de los míos.

«Viene a por mí».

De pronto, la voz de Midas se abre paso entre el escándalo y el barullo que reinan en el salón de baile.

—¡Ha llegado el momento del brindis real! Rey Ravinger, ¿nos acompañas?

Midas acaba de poner a Slade entre las cuerdas. Todos los invitados se vuelven hacia él y, quizá por miedo, quizá por respeto, empiezan a apartarse, a alejarse de él. Durante unos breves instantes, Slade vacila, y la muchedumbre empieza a inquietarse. Observan a los dos reyes con ávida atención

—¿Rey Ravinger? —insiste Midas.

Incluso desde aquí arriba puedo oír a Slade rechinando los dientes. Nuestras miradas se cruzan de nuevo, una fracción de segundo nada más, tiempo suficiente para asentir ligeramente con la cabeza e instarle así a brindar con el resto de la realeza. Aunque con renuencia, Slade se da media vuelta y regresa a la tarima.

Se reúne con los otros tres monarcas en la plataforma elevada reservada únicamente a gobernantes. Midas está en el centro, con la reina Kaila a su izquierda y Niven a su derecha. Slade se posiciona justo al lado del príncipe. Una montura sube a toda prisa a la tarima para entregarles un cáliz de oro a cada uno. Los asistentes empiezan a deambular por el salón en busca de una copa vacía con la que brindar.

Retrocedo varios pasos. Prefiero alejarme de la tarima y guarecerme en la sombra del rincón más oscuro del mirador.

Cuando todo el mundo se ha llenado la copa hasta el borde, Midas anuncia:

—¡Alzad las copas! —Todos, sin excepción, levantan el brazo con el

que sujetan la copa—. ¡Brindemos por la unión de nuestros reinos! —exclama con una sonrisa que denota orgullo—. ¡Por Orea!

—¡Por Orea! —corean los invitados antes de llevarse la copa a los labios y tomar un buen sorbo de vino. Después, el salón estalla en aplausos y vítores y alabanzas.

De no ser porque he tenido mi atención puesta en Slade todo el tiempo, seguramente no me habría percatado de lo que pasa un segundo después. Desde la penumbra del rincón, veo que Slade arruga la frente y se gira para mirar al príncipe Niven. Antes de darme cuenta de que algo no anda bien, yo también frunzo el ceño.

De repente, mientras todo el mundo vacía las copas y celebra la noticia, a Niven se le resbala el cáliz de oro de la mano y cae al suelo.

Los invitados que están cerca de la tarima se sobresaltan, pero enseguida empiezan a sospechar porque es evidente que no ha sido un mero accidente.

El príncipe Niven se lleva las manos al cuello y abre los ojos, atemorizado. Y en ese mismo instante, alguien chilla.

El joven heredero se tambalea y, de inmediato, aparecen varios guardias de Rocablanca, ataviados con su inconfundible capa color púrpura. Preso del pánico, se clava los dedos en la garganta, como si quisiera arrancársela para poder coger aire. Y es entonces cuando distingo una red de líneas negras trepando por su piel, arrastrándose hacia sus mejillas.

—Oh, no…

La erupción de gritos que se sucede en el salón es ensordecedora y ahoga mi susurro. El joven príncipe empieza a sacar una especie de espuma negra por la boca.

—¡Veneno! ¡El príncipe ha sido envenenado! —aúlla alguien.

Observo horrorizada la escena. El príncipe se desploma sobre la tarima, pero los guardias no llegan a tiempo para sostenerlo y evitar la caída.

—¡El sanador! ¿Dónde está el sanador real? —llama Midas con una voz tan profunda y tan grave que incluso retumba en ese abarrotado salón.

Un tipo de cabello plateado ataviado con una túnica púrpura se abre

camino entre la muchedumbre y se arrodilla delante del príncipe. Tiene una cinta de color rojo atada alrededor del brazo. Desde aquí arriba, la perspectiva es perfecta para no perder detalle de todo lo que sucede. El sanador, a quien le tiemblan las manos, palpa el pecho de Niven y le examina la boca.

Midas no duda en empujar a sus propios guardias para agacharse y colocarse al lado del sanador. La reina Kaila, en cambio, no se mueve. Su hermano se posiciona delante de ella, como un escudo, y varios de sus hombres la rodean para protegerla.

Una histeria de confusión silenciosa se apodera del salón. Los asistentes están con el alma en vilo y no saben qué prefieren, si apartarse de la tarima o si acercarse un poco más para averiguar qué sucede. Desde mi lugar privilegiado, soy testigo del momento en el que el cuerpo de Niven deja de moverse y se queda totalmente inerte.

La consternación me tensa los hombros, me retuerce las tripas. Detrás del muro indestructible que han formado los guardias de Rocablanca, el sanador sacude la cabeza y mira a Midas con gesto adusto y serio.

Midas se levanta y, de inmediato, ese muro púrpura se desmorona para dejarlo pasar. Los invitados ahogan un grito al ver a Niven tendido en el suelo, y no los culpo. Su piel, antes tersa y vibrante y juvenil, se ha vuelto grisácea y apagada, tiene el pecho hinchado e inmóvil y un montón de espuma en la boca, aunque más bien parece barro montado. Pero lo más impactante y escabroso de esa imagen son las venas que se aprecian en el cuello, negras como el tizón.

Apoyo las manos en la barandilla porque me tiembla todo el cuerpo. El miedo se instala en el aire, como una niebla espesa, y adivino lo que va a decir el sanador incluso antes de que se ponga en pie.

—¡El príncipe ha muerto!

47

Auren

El anuncio del sanador conmociona a todos los presentes, que contienen la respiración para sofocar un grito de pánico.

Los guardias de Rocablanca se apresuran en recoger el cadáver de su príncipe, que yace boca abajo sobre la tarima. Su cuerpo ha perdido cualquier rastro de vitalidad, y ahora es rígido, de un color plomizo que nada tiene de humano. Falleció con los ojos abiertos, y en esa mirada sin vida aún se aprecia el dolor que padeció antes de dar su último aliento.

Se me revuelve el estómago y el sabor ácido de la bilis escala por mi garganta.

—¡Veneno! —grita otra persona mientras los guardias se llevan el cuerpo de Niven.

—¡No, miradle bien! —rebate un hombre. Va vestido con un elegante traje de color lila y, con un dedo tembloroso, señala la tarima —. ¡Fijaos en sus venas! ¡Esto es obra del Rey Podrido!

Todos parecen girarse a la vez para clavar los ojos en el semblante oscuro y siniestro de Slade. Las miradas rebotan entre las líneas negras que han aparecido en el cuello de Niven y las raíces oscuras que residen en la piel del rey Ravinger.

Siento una opresión en el pecho que me impide respirar. Todo ha ocurrido demasiado rápido. La algarabía de ovaciones da lugar a un silencio de asombro y estupefacción. Un silencio que varios asistentes han roto con sus acusaciones. Y todo en menos de un minuto.

No estoy segura de en qué momento ha llegado la Cólera, pero aparte de un Rip Postizo ausente, todos se han colocado alrededor de Slade en una formación más que estudiada. La expresión de Slade es ceñuda y seria. En un abrir y cerrar de ojos, el ambiente que reina en

el salón de baile ha cambiado por completo. Si bien hace unos instantes era de júbilo y celebración, ahora la tensión se podría cortar con un cuchillo.

—¡Amigos y compatriotas! —exclama Midas, y levanta una mano para pedir silencio a los asistentes—. ¡Esa es una acusación muy grave!

—¡El Rey Podrido ha asesinado a nuestro príncipe! —chilla una mujer que, en esos momentos, está sufriendo un ataque de histeria. Ese chillido desesperado vuelve a desatar el caos.

Se me cae el alma a los pies. La fiesta está tomando un cariz que no me da buena espina. Y entonces recuerdo las palabras de Midas.

«Tengo la mitad de Orea».

«No cantes victoria todavía».

«Después de esta noche, ya no podrás decir eso».

Mi mente se amotina contra él y la rabia me posee, porque todo esto es culpa suya.

Esta argucia, esta conspiración, este asesinato. Midas está detrás de todo esto. Ha orquestado la muerte de otro monarca y se las ha ingeniado para que sea otro quien cargue con la culpa.

Midas se dirige a Slade. Sé que una discusión con el Rey Podrido le repele y le atormenta a partes iguales.

—Rey Ravinger, lamento decirte que no me queda más remedio que detenerte por estas acusaciones.

—Inténtalo, a ver qué coño pasa —gruñe Osrik, que está junto a Slade. Su voz retumba dentro de ese casco negro.

La provocación no pasa desapercibida, sino que indigna y enfurece a todos los asistentes. Y entonces la veo, esa sonrisita de satisfacción en el gesto de Midas.

«No».

Esto es como un ovillo de lana, y Midas estaba esperando el momento oportuno para tirar de una hebra y empezar a desenrollarlo. Slade no dejará que lo encierren en el calabozo más profundo y oscuro y húmedo de ese palacio sin oponer resistencia. Incluso desde el mirador puedo percibir las oleadas de poder que emanan de su cuerpo, un poder mortífero y tan desagradable que incluso resulta

repugnante.

«Tengo que hacer algo», pienso para mis adentros y, antes de que pueda darme cuenta, ya he salido de ese rincón oscuro del mirador. Tiro de la cinta que me tiene maniatada con todas mis fuerzas y consigo sacar una de las manos, de manera que la tira de satén queda enrollada en mi muñeca izquierda.

Midas no ha venido hasta aquí solo para tomar el mando del Quinto Reino y pedir la mano de la reina Kaila para casarse con el Tercero. Para él, eso no es suficiente. Nunca es suficiente. Y Slade es el oponente más poderoso al que jamás se ha enfrentado.

Y por eso Midas ha urdido un plan infalible para destruirlo y hacerse con su reino.

¿No fue el propio Slade quien me aseguró que no quería hacer nada que pudiese ofender a Midas por el bien de su pueblo? ¿Por protegerlo precisamente de lo que ahora mismo está cociéndose en el salón de baile?

Le odiarán, se sublevarán contra él. Los demás monarcas atacarán su reino. Se convertirá en el chivo expiatorio al que todos repudiarán.

Slade no tendrá más alternativa que defenderse y contraaacar. De lo contrario, Midas lo arrojará en un calabozo y dejará que se pudra en honor a su propio nombre. Slade no es de la clase de hombres que se rinden y sé que, antes de morir encadenado a una pared, recurrirá a su poder y lo usará para escapar de este castillo y así sellar el destino de su reino.

No puedo dejar que eso ocurra.

Algo en mi interior, esos nubarrones de tormenta que se cernían sobre un mar bañado por el sol, empieza a crujir. Y la criatura que había anidado en mi ira eléctrica se despereza, abre el pico y suelta un graznido que se confunde con un trueno.

Salgo disparada hacia la puerta del mirador, como si una violenta ráfaga de viento me hubiese catapultado hacia ella. Giro el pomo y, sin pensármelo dos veces, empujo la puerta y atravieso el umbral, con el corazón apaleándome las costillas, como el oleaje cuando rompe contra las rocas de la orilla.

Bajo la escalera de caracol y paso por delante de un cuarteto de

guardias. Scofield y Lowe y dos soldados más que reconozco de inmediato porque ellos también estuvieron en aquella habitación fría y oscura y húmeda. Mi repentina aparición les pilla por sorpresa, totalmente desprevenidos, pero no me detengo. Mentiría si dijese que no les guardo ningún rencor.

—¡Mi señora! —llama Scofield.

—No soy tu señora —ladro. No reconozco mi voz. Sé que sale de mi boca, pero es una voz mucho más áspera y más fría, una voz que refleja el odio y la traición que siento ahora mismo.

Scofield titubea al verme pasar, aunque no sé si por el desdén y el desprecio que oye en mis palabras o por el sentimiento de culpa que le reconcome. De hecho, ninguno de los guardias trata de impedirme el paso, y me asalta la duda de si es porque están avergonzados por haber participado en mi tortura.

«Bien».

La cinta que llevo atada alrededor de la muñeca izquierda me abrasa la piel, arde con la misma rabia e ira con que me hierve la sangre. Espero que piensen en todo lo que me han hecho. Espero que Scofield recuerde cómo me metía un puñado de pétalos en la boca en contra de mi voluntad. Espero que les persiga el recuerdo de cómo me sostuvieron contra la pared mientras Midas se dedicaba a mutilarme, a cortarme las cintas una a una. Espero que nunca dejen de oír mis gritos de dolor en aquella habitación.

El pasaje abovedado que precede a la entrada al salón de baile es como una boca abierta que me engulle. Solo he tardado unos segundos en llegar hasta aquí, pero incluso así el ambiente se ha enturbiado todavía más y me da la impresión de que ahí también se va a desatar una tempestad. Los invitados, enfurecidos y con sed de venganza, se han apiñado alrededor de la tarima, mientras que los criados y las monturas prefieren mantenerse alejados y están pegados a las paredes.

Respiro hondo, entro en el salón dorado y, por primera vez, todos están absortos en otra persona, por lo que nadie parece percatarse de que estoy allí. Los guardias de Midas se pierden entre la multitud, incapaces de seguirme mientras me inmiscuyo entre la gente. Las piernas me llevan hasta la tarima real, donde ahora mismo los

soldados de Rocablanca están rodeando a Slade y a su Cólera.

Pese a la indignación y la rabia que parecen haber poseído a los distinguidos invitados, no hay ningún insensato que se atreva a acercarse a los acusados. Todos mantienen una distancia más que prudencial, y no es por la imponente silueta de Osrik, ni por la salvaje brutalidad de Lu, ni por la mirada inclemente de Judd. No, lo que verdaderamente les asusta es el propio Slade.

Las caprichosas líneas de su poder han empezado a menearse en el cuello, como serpientes exasperadas que se retuercen en el suelo. Se mueven y se enroscan, desaparecen bajo esa barba desaliñada que le recubre la mandíbula, reptan por debajo del cuello de su camisa.

Se me encoge el corazón al ver a Slade a punto de perder los estribos, mientras la muchedumbre le vilipendia y le injuria y le grita toda clase de blasfemias. Su magia empieza a sisear, me golpea y de inmediato noto esa sensación de mareo, de vacío en el estómago, y el suelo de la tarima parece vibrar, doblarse, crujir.

Pero yo no le tengo miedo. Ni siquiera cuando libera ese poder tan espeluznante, un poder que brota bajo su piel. Ni siquiera cuando distingo un brillo cruel y vicioso en su mirada. Ni siquiera cuando le veo con esa espantosa corona de ramas retorcidas sobre la cabeza, una corona que le otorga el aspecto de un rey podrido.

Sé lo que los demás ven, y no es lo que yo veo, y sé que esto no es culpa suya. Sencillamente le han tendido una emboscada. Midas necesitaba un cabeza de turco para poder continuar amasando más riquezas, más poder, más control.

«¿Qué más puedes quitarme? Todo».

Midas no se va a conformar conmigo.

No le bastaba con ser el rey del Sexto Reino. Hacerse con las riendas de Rocablanca no era más que el principio. Va a desposarse con el Tercer Reino, a convertir al Cuarto en el enemigo de Orea… ¿Qué será lo siguiente? ¿Invadir el Segundo? ¿Tramar otro maquiavélico plan para gobernar el Primer Reino? ¿Parará entonces?

Pero ya sé la respuesta a esa pregunta.

Midas nunca va a parar.

Quizá no posea una pizca de magia, pero cabe reconocer que tiene

un don para manipular a la gente, para urdir astutas e impredecibles estratagemas, y la verdad es que me asusta saber que se ha convertido en una de las figuras más poderosas e influyentes de toda Orea.

Sin buscarme, Slade me encuentra en mitad de la muchedumbre y supongo que percibe el miedo en mis ojos porque, de repente, esas oleadas de poder se desvanecen. El efecto nauseabundo de su magia desaparece de sopetón, igual que la vibración que parecía que fuese a partir el suelo.

Los soldados aprovechan ese segundo de distracción para abalanzarse sobre él, y el temor me escuece las heridas de la espalda. Conozco a Midas, y sé que no va a parar hasta alcanzar su objetivo. Va a hacer todo lo que esté en su mano para acorralar a Slade, para conseguir que colapse y cometa algún error. Quiere que rompa el tratado de paz, la excusa perfecta para disolver la alianza y desterrar a Slade de Orea.

—¡Arrestadle! —ordena Midas, y en ese instante Osrik suelta un bramido despiadado y desenvaina dos espadas.

—¡Parad! —chillo. Me abro paso entre el resto de los invitados a empujones y atravieso esa línea de guardias de armadura dorada. Algunos tratan de barrarme el paso, pero enseguida se apartan para evitar tocarme, aunque en ningún momento bajan las espadas.

En un abrir y cerrar de ojos, estoy delante de Slade, como un escudo, con la respiración agitada y jadeando.

—Que nadie le toque.

Mi grito va dirigido a todos esos nobles y aristócratas, pero mis palabras van dirigidas a Midas.

Colocados cada uno a un extremo de la tarima, parece que vayamos a batirnos en un duelo a vida o muerte. Nos retamos con la mirada y, aunque soy consciente de que nos observan cientos de espectadores, yo solo le veo a él.

—¿Qué estás haciendo, Auren? —pregunta Midas entre dientes—. Apártate de él ahora mismo y ven aquí.

Niego con la cabeza.

—Nunca.

«Nunca más».

Un tic nervioso en la mandíbula de Midas.

—No voy a consentir que me lo quites.

Me juró que me lo quitaría todo, y ha cumplido su promesa. Incluso me arrebató nuestro pasado. Pero no voy a permitirle que me quite a Slade.

Estoy tan absorta desafiando a Midas que casi olvido al hombre que tengo justo detrás, el mismo que pretendo defender a capa y espada. Una voz siniestra, severa e intimidante se escurre por sus labios y se desliza por mi espalda.

—Auren…

—No utilices tu magia —le ruego, y miro a Slade por encima del hombro—. Es lo que él quiere, que la gente te tema, te odie, que sienta abominación por ti. No caigas en la trampa. No le des ese gusto.

—Es lo mínimo que se merece.

—Pero tú te mereces algo más —murmuro.

Noto una tensión rígida entre las escápulas. No me da miedo enfrentarme públicamente a Midas. Nuestra naturaleza humana nos empuja a protegernos de cualquier amenaza, a hacer cualquier cosa para seguir adelante. Es un instinto animal, un impulso innato e inherente que siempre he seguido. En términos biológicos, estamos creados para preservar la especie, para sobrevivir. Pero en este momento mi intención no es sobrevivir. Ahora mismo lo que ansío es luchar.

—¡Bajad las espadas! ¡Es la preferida del rey! —grita Midas. Los guardias se estremecen, pero acatan la orden.

—No soy tu preferida —declaro. Me da igual que estemos en un salón abarrotado de gente. Me da igual que la reina Kaila esté deseando clavarme un puñal por la espalda. Me da igual que su hermano me esté mirando con una mezcla de pena y tristeza—. El rey Ravinger no ha matado al príncipe Niven. Has sido tú. —Mi voz suena como el violento chasquido de un látigo, y todos los invitados ahogan un grito.

Advierto otro espasmo nervioso en el rostro de Midas, pero esta vez en un ojo. Está furibundo, y la rabia que le consume por dentro le ha enrojecido las mejillas hasta tal punto que parecen dos parches

escarlata.

—¡Despejad el salón! ¡Todo el mundo fuera!

A esa orden le sigue un silencio de asombro, una pausa de estupefacción, pero unos instantes después varios soldados empiezan a empujar a la muchedumbre. Sin embargo, y para sorpresa de Midas, los súbditos de Rocablanca se resisten, se rebelan. No parecen dispuestos a marcharse por las buenas. Quieren ser testigos de lo que va a ocurrir sobre esa tarima. Quieren ver con sus propios ojos cómo va a terminar ese espectáculo. Quieren saber quién es el verdadero culpable.

—¿Quién ha asesinado a nuestro príncipe? —pregunta alguien.

—¡Merecemos saber la verdad!

Muchos son los que alzan la voz, como un coro. Las exigencias cada vez son más agresivas y beligerantes, sobre todo cuando los guardias empiezan a propinarles codazos y empellones para obligarles a evacuar el salón.

Midas viene hacia mí como un miura, pero se detiene cuando ve que los miembros de la Cólera me rodean. No para amedrentarme, sino para protegerme. Slade se acerca un poco más a mí. Lo sé porque noto el calor de su pecho en mi espalda.

El movimiento de Slade, aunque sutil, no pasa desapercibido. Midas se percata de inmediato y algo feo y malvado y perverso le ensombrece la mirada. Sé que está atando cabos, y tal vez por fin encuentre sentido a mis palabras previas: «No voy a consentir que me lo quites».

Y no pienso hacerlo porque…

—Es mío —digo con voz firme, inquebrantable. Un gruñido despiadado de furia protectora.

Un sentimiento de profunda y maliciosa satisfacción ronronea en mi pecho al ver la expresión de Midas. Es una mezcla de desconcierto y odio y celos.

—¿Era él? —acusa con un tono mordaz.

—Se lo he intentado decir a tu torturador mil veces, pero el tipo ni caso.

Todo el mundo se vuelve al unísono para ver a Rip Postizo

atravesando el salón, con un Digby aún malherido y cojeando colgado del hombro.

Abro los ojos como platos y, durante una fracción de segundo, mi corazón deja de latir. No solo por ver a mi guardia en pie y fuera de aquel espeluznante calabozo, sino porque, por primera vez, Rip Postizo no lleva el casco puesto.

Va con su inseparable armadura puesta, ese armazón de metal negro con afiladas púas en los antebrazos y espalda, pero con el rostro al descubierto. Le observo con ávida curiosidad, embelesada por esa tez tan pálida, por esa barba desaliñada que ocupa su mandíbula, por esos rasgos tan afilados. Es un rostro demasiado familiar.

Por el gran Divino, Rip Postizo es el maldito hermano de Slade.

El parecido es asombroso. Son como dos gotas de agua. Las diferencias deben de ser imperceptibles a ojos de los demás. El verde de sus ojos es un pelín más oscuro, tiene la cara más estrecha, la expresión de su mirada es distinta y no aprecio un aura poderosa flotando a su alrededor. De no ser por esos pequeños detalles, pensaría que es Slade.

—Quedaos donde estáis —les ordena Midas.

Rip Postizo y Digby se quedan a escasos metros de la tarima, y dos soldados de Midas salen disparados hacia ellos para arrestarlos. La muchedumbre, lejos de rendirse, sigue vociferando, exigiendo una explicación. Forcejean contra los guardias, que siguen arreándolos como a ganado para obligarles a salir del salón. Ahora han formado una barrera humana, un muro de armaduras doradas que avanza a trompicones.

—Auren, ven aquí ahora mismo —exige Midas, y con un dedo me señala el suelo que está pisando.

—Nos vamos de Rocablanca —declaro, y no se me quiebra la voz. Miro de reojo a Manu, el hermano y consejero de la reina—. Os aconsejo que hagáis lo mismo, sería lo más sensato e inteligente, creedme.

La sombra de la duda se cierne sobre la mirada de Manu, que mira de reojo a su marido.

—Auren —llama Midas con voz amenazante.

—Oh, deja que se vaya, Tyndall —dice la reina Kaila con cierta indiferencia, como si quisiera quitarle hierro al asunto, y se coloca a su lado—. Está claro que ha jurado lealtad al Cuarto Reino. Deja que pierda su favor. Se lo ha ganado a pulso y es lo que merece.

Kaila pretendía morderme el corazón con sus palabras, pero lo cierto es que no me afectan en absoluto.

«Sí —me encantaría decirle—. Deja que me vaya».

He conseguido poner a Midas en una encrucijada y, a juzgar por esa mirada perturbada, intuyo que su mente astuta y calculadora ya está conspirando para tratar de salir de esta.

—Se acabó, Midas —digo con un hilo de voz—. Es el final.

Era el último hilo que me mantenía atada a él, un hilo frágil que me resistía a cortar porque creía que él me había salvado de una vida miserable. Era el único motivo que le redimía. Pero ahora que la verdad ha salido a la luz, ese hilo se ha roto.

Midas cree que puede volver a encerrarme en una jaula y mantenerme drogada durante el resto de mi vida, pero Slade jamás lo permitirá, y yo tampoco.

Ahora está en una situación más que comprometida. Solo tiene una opción: resignarse, igual que he hecho yo durante estos diez años, y renunciar a mí. No puede enfrentarse a Slade en una pelea cuerpo a cuerpo. No duraría ni un solo asalto y, por si fuera poco, revelaría su secreto mejor guardado, que no posee una gota de magia. Además, tiene que guardar las apariencias delante de su futura esposa. Solo rezo porque haya sembrado la duda en todos los asistentes para que así los ciudadanos del Cuarto Reino no sufran las consecuencias de la muerte del príncipe Niven.

Todo eso es lo que refleja mi rostro mientras observo a Midas. La firmeza. La determinación. El rechazo. En esta partida, Midas no ha tentado a la suerte, simplemente no se había dado cuenta de que había otro jugador en la mesa.

El silencio que sigue es largo, tenso. El único sonido que se oye proviene del pasaje abovedado, donde los guardias están echando a los últimos invitados que se resistían a irse.

—¿Quieres marcharte? ¿Quieres ser la zorra del Rey Podrido? —

escupe Midas.

El gruñido que emite Slade me provoca escalofríos en el cuello.

Aprieto los dientes al oír esa palabra, pero mantengo la expresión imperturbable.

—Prefiero ser la zorra del hombre que tengo detrás que tu preferida.

Midas da un paso hacia delante, tal vez para agarrarme del cuello y estrangularme, pero Slade es más rápido que él y en un abrir y cerrar de ojos se coloca delante de mí.

—Da un paso más y te pudriré aquí mismo.

Unos zarcillos de tensión empiezan a aflorar de los hombros de Slade, unas volutas de humo negro que emergen de su aura. Sé que no es una burda advertencia. Slade habla totalmente en serio.

«Solo tienes que pedírmelo, y lo haré. Acabaré con su vida en un santiamén, en un salón abarrotado de aristócratas que saldrán corriendo y gritando, de monarcas que se unirán para atacarme, para asesinarme. Si realmente quisieras que lo matara, lo haría sin pensarlo».

Las palabras de Slade retumban en mis oídos, igual que los graznidos de la criatura que habita en mi interior.

Con suma suavidad, apoyo una mano en su espalda, en esos músculos hinchados por la tensión. Slade se da la vuelta para mirarme, pero no me ve porque la ira le ciega.

—No —susurro—. No voy a permitir que Midas te convierta en el villano.

Slade me lanza una mirada afilada como un cuchillo, una mirada que me paraliza, que me cautiva.

—Te lo dije, seré el villano por ti.

Y entonces tomo una decisión.

—Sí. Pero yo también.

48

Auren

Midas es un hombre audaz, quizá incluso temerario, porque da otro paso hacia delante. Apenas nos separan unos metros. Echa un vistazo a los últimos rezagados y después me atraviesa con esa mirada tan penetrante.

—¿Quieres irte, Auren? —pregunta con un tono meloso y sosegado que pretende ocultar la rabia que ahora mismo le corroe.

—Sí.

Él rechina los dientes, yo los aprieto con fuerza.

El tiempo se dilata, se ralentiza, y los segundos parecen minutos, y los minutos, horas. Es un desafío, y ninguno de los dos se atreve a pestañear. El rey y la mascota, el maestro del crimen y la joven pintada, el mentiroso y la ilusa.

De repente, Midas levanta la barbilla.

—Entonces vete.

Tardo unos instantes en asimilar lo que acaba de decir. Se acerca con los ojos llenos de odio y de rencor y nos mira de arriba abajo.

—Guardias, dejad que la podredumbre de Ravinger y su séquito abandonen este reino —anuncia, sin siquiera tomarse la molestia de disimular el desdén que siente hacia él.

Slade no pierde ni un segundo. Se da la vuelta y nos dice:

—Vámonos.

La respuesta de Midas me ha dejado anonadada. Estoy tan sorprendida que ni siquiera puedo moverme. Me quedo en la tarima, mirando a Midas como un pasmarote.

Ha accedido. No son imaginaciones mías. Midas ha accedido.

Por fin voy a marcharme de este condenado castillo, y no por un pasadizo secreto como una vulgar fugitiva, sino por la puerta principal

y con la cabeza bien alta. Ya no tendré que esconderme, ni huir. He logrado evitar que Slade desate todo su poder en el salón de baile, lo cual habría terminado en una declaración de guerra, sin lugar a dudas.

Sin embargo, apenas me da tiempo a saborear las mieles de la victoria porque un instante después, los guardias de Midas se abalanzan sobre los miembros de la Cólera, que, por supuesto, no dudan en defenderse y contraatacar. Se enzarzan en un combate cuerpo a cuerpo y, por desgracia, me doy cuenta demasiado tarde de que esa injustificada acometida no es más que una distracción.

Midas me agarra por la cintura, tira de mí con todas sus fuerzas y me golpea la espalda contra su pecho. El dolor que me recorre la columna vertebral es estremecedor. Antes de que esos puntos negros titilantes desaparezcan de mi visión, tengo un puñal en el cuello.

—¡Utiliza tu magia, y te juro que la degollaré aquí mismo!

Intento recuperar el aliento mientras la tortuosa agonía empieza a mitigar, y cuando por fin empiezo a ver con más claridad y nitidez, descubro que Slade está a un metro y medio. Jamás le había visto con esa expresión tan desalmada, tan sanguinaria. Es la viva imagen de un asesino.

—Suéltala. Ahora.

Su voz es desgarradora, y la violenta amenaza suena tan glacial que incluso siento un escalofrío en todo el cuerpo.

—Guárdate tu podredumbre y contén a tus soldados, Ravinger —le advierte Midas, y entonces siento el filo metálico hundiéndose en mi cuello. Siseo de dolor cuando el puñal me atraviesa la piel, y una gota de sangre dorada brota de la herida y se escurre por mi garganta.

La mirada verde de Slade se tiñe de negro.

—Eres hombre muerto.

Juraría que puedo oír la satisfacción ronroneando en el pecho de Midas. Slade acaba de delatarse, de mostrar sus cartas. No va a arriesgarse a hacer nada que pudiese comprometer mi seguridad.

Le araño el brazo a Midas y me revuelvo para tratar de apartarlo de mi cuello, pero él me sujeta con firmeza y, en un momento dado, me atesta un codazo en la espalda que me hace aullar de dolor. El filo del cuchillo vuelve a rozarme la piel, un gesto que lleva implícita la orden

de que me quede quieta, pero esta vez justo encima de una cicatriz.

De manera instintiva, busco a Digby con la mirada. Sobran las palabras. Sé que los dos estamos recordando el momento en que Fulke me sujetó exactamente igual que Midas ahora. Era un puñal distinto y un rey distinto, pero la amenaza era la misma. La promesa de una muerte lenta y agónica apuntándome al cuello.

Solo que esta vez Digby no puede salvarme.

Midas me constriñe la cintura y da un paso atrás. Desesperada, miro a mi alrededor, a los guardias de armadura dorada que nos rodean, a los miembros de la Cólera, tensos y en posición de ataque, esperando a que Slade les dé la orden de atacar, a Digby, que me mira con los ojos como platos, y a Rip Postizo, que sigue sosteniendo el cuerpo roto y malherido de mi guardia real.

—Marchaos ahora, o le rajaré el cuello y dejaré que se desangre —amenaza Midas.

El miedo me paraliza. Nadie mueve un solo músculo.

—No la matarás —gruñe Slade. No sé si se niega a creerlo o si es una promesa.

—Si yo no puedo tenerla, no la tendrá nadie.

Pierdo toda esperanza al oír la voz fría y calculadora y vil de Midas. Porque sé que no es otra de sus argucias, sino la cruda realidad. Preferiría matarme que dejarme marchar. Ha apostado su vida y la mía porque en el fondo sabía que Slade no iba a arriesgarse a subir la apuesta.

—Vete ahora, Ravinger. Tienes treinta segundos, o te prometo que la mataré.

La Cólera se revuelve, inquieta, ansiosa. Rip Postizo me mira, y en su expresión advierto indignación.

Slade, en cambio, mantiene la mirada clavada en mí.

—Utiliza tus cintas —me insta, y se me atraganta un sollozo de emoción contenida.

—No puedo.

Midas arrima un poco más mi cuerpo contra el suyo; me está constriñendo tanto la cintura que incluso respirar se convierte en un suplicio, y más cuando oigo su risa maléfica al oído.

—Oh, ¿no te lo ha contado? Ha perdido ese privilegio.

Slade baja la mirada cuando Midas le señala mi mano izquierda, donde aún tengo la cinta anudada alrededor de la muñeca.

Vislumbro algo parecido a tormento y consternación en la expresión de Slade al darse cuenta de que Midas me ha maniatado con una de mis cintas.

—Auren…

Unas lágrimas de fuego me queman las mejillas, y en mi pecho retumba un alarido de rabia contenida, un bramido que resuena como un trueno.

—Auren es ahora una mujer desvalida, una mujer que está a mi merced, y morirá en mis manos si no me dejas otra salida.

Mi ira levanta la cabeza y se asoma entre esas nubes plomizas. La palabra «desvalida» no deja de repetirse en mi mente, un eco eterno que tintinea con un frenesí eléctrico.

—Diez segundos, Ravinger —ladra Midas y, aunque le tengo al lado, no lo oigo. Tampoco oigo la réplica de Slade, ni presto atención al gesto de indecisión y angustia e impotencia de su rostro cuando se me cierran poco a poco los párpados.

Porque los truenos de la tormenta me ensordecen los oídos.

La bestia embravecida y emplumada está incubando entre las nubes de la tormenta, y estoy preparada para ver cómo da rienda suelta a toda su rabia. Extiende las alas, abre el pico y revela unos dientes puntiagudos y relucientes, dos hileras de dagas afiladas. No puedo evitar fijarme en su mirada; es dorada, igual que la mía. Y su graznido, un grito que resquebraja el aire como el rayo de aquella inolvidable tempestad, no parte las aguas del océano. Me parte a mí.

Siento que dentro de mí se abre una brecha, como un volcán cuando está a punto de entrar en erupción. Tal vez Midas también lo haya sentido porque, de repente, noto que se tambalea, que da un traspié.

Abro la boca para tomar una profunda bocanada de aire y, poseída por esa ira, tengo la impresión de respirar aire fresco, un aire que jamás me había atrevido a inspirar.

Lleno los pulmones de ese aire tan puro y tan revitalizador, y descubro que me encanta.

Abro los ojos de golpe mientras mi cuerpo se desentumece y el rugir del bravo y turbulento oleaje retumba en mis oídos. Me miro las manos, contemplo el fuego que arde bajo mi piel, y no siento nada salvo un poder salvaje, un poder indómito, un poder inexplorado.

La noche quizá me haya robado el sol, y Midas quizá me haya robado mis cintas, pero no soy una mujer desvalida.

De pronto, evoco la magia que no está controlada por otros, que no está gobernada por el sol, sino que está dominada por mí.

Porque cada pincelada dorada, cada objeto que he tocado y convertido en oro es mío.

Respiro hondo otra vez, colmando mis pulmones de ese aire vigorizador, y empiezo a retorcerme. Me olvido del puñal y el tiempo se detiene. Abro la boca y alzo las manos para invocar al oro que yo misma creé, que yo misma forjé.

Y el oro responde a mi llamada.

Con la mirada enardecida y el furioso aleteo de unas alas en el pecho, el oro cobra vida.

Las baldosas se funden. Las paredes sangran. Todas las copas, cortinas, instrumentos, sillas… Todo se vuelve viscoso y maleable, la furia que me quema las venas lo está derritiendo todo. Todo.

Los guardias de Alta Campana chillan cuando su armadura empieza a perder consistencia. Sacudo ligeramente la muñeca y el oro engulle a varios soldados, los sepulta en una tumba dorada y brillante. El oro se inmiscuye por sus bocas, y sus alaridos se transforman en gorjeos. Los que han huido despavoridos no consiguen llegar muy lejos. Se han quedado atrapados en el inmenso charco de oro espeso y pegajoso en que se ha transformado el suelo.

Incluso el filo del puñal que tengo en el cuello se funde. Midas da un respingo, desconcertado, y suelta el puñal.

Me doy la vuelta, sacudo de nuevo la muñeca y el oro que recubre las paredes que tiene a su espalda empieza a chorrear, como si fuese pintura. Y en menos de un instante, esos zarcillos pegajosos que gotean de las paredes se despegan de la superficie, se abalanzan sobre él y me lo quitan de encima. Su cuerpo se queda adherido a ese muro de oro burbujeante mientras las cortinas se deshacen, se convierten en

chorretones de melaza dorada que le envuelven el torso. Midas queda totalmente inmovilizado.

—Auren —grita, pero su voz no alcanza mis oídos. Mi criatura campa a sus anchas, desatada y hambrienta, y no responde ante él.

Oigo unos pisotones apresurados y un tintineo metálico, y me giro. Un puñado de soldados está tratando de escapar. Con una sonrisa perversa, arremeto contra ellos sin un ápice de misericordia, porque ninguno de ellos se compadeció jamás de mí.

Utilizo lo que tengo más cerca, sea lo que sea, y el oro obedece todas y cada una de mis órdenes.

De la lámpara de araña que cuelga del techo empieza a caer una lluvia dorada de alfileres, y uno termina atravesando el cuerpo de un soldado. Los candeleros de pared se derriten como la cera de una vela y uno de ellos se desprende y aterriza sobre la cabeza de otro guardia. El suelo se encarga de devorar a otros tres, cuya expresión desfigurada quedará grabada para siempre en la estatua de oro macizo en que se han convertido.

Por el rabillo del ojo distingo las faldas del vestido de la reina Kaila barriendo el suelo que aún permanece sólido. En esa súbita e inesperada huida, no ha dudado en dejar atrás la corona, el collar y el chal de oro, todo dorado por mí. Mi criatura se tensa, molesta e indignada, pero prefiero centrar mis esfuerzos en los soldados de Alta Campana y Rocablanca. Los masacro en un santiamén, y disfruto con ello.

Las venas me palpitan a un ritmo frenético, un ritmo que marca mi propio corazón.

Porque no es suficiente. Esta merecida venganza, este poder desatado, no es suficiente.

Un enfurecido alarido retumba en mis oídos, un estrépito atronador. La bestia sigue batiendo las alas, propulsándome hacia las nubes, impulsando a mi espíritu a alzar el vuelo, a dejarse llevar por el viento huracanado de mi furia.

Mataré a todos los guardias reales que corretean por el salón y no pararé hasta que mi oro sofoque sus gritos, suelde sus cuerpos al suelo, los engulla, los sepulte.

El salón de baile se ha convertido en un verdadero mar de olas embravecidas y doradas, un mar dispuesto a inundar el mundo.

—Au-Auren…

Mi bestia y yo nos giramos al unísono. Clavamos nuestras miradas salvajes y brillantes en Midas. Está atrapado en esa pared líquida, y mis labios dibujan una sonrisa cruel y desalmada que no es mía.

En el momento en que desenfundó ese puñal y lo hundió en mi garganta, supe que no me conformaría con escapar de él. Quería destruirlo.

Por primera vez en diez años, veo a Midas aterrorizado, muerto de miedo. Esos dedos áuricos lo sujetan con fuerza, y su cuerpo está suspendido en el aire. Ahora es él quien está totalmente «desvalido», a mi merced.

—Suéltame, Auren —ruega con voz aguda, como la de un niño pequeño, y se revuelve bajo ese manto de oro—. No quieres hacer esto.

Noto que ladeo la cabeza, que mi bestia indómita parpadea.

—Oh, claro que sí —respondo.

Mi voz es tan abrasadora que tengo la sensación de estar escupiendo fuego por la boca. Cuando mis palabras llegan a oídos de Midas, él se retuerce de dolor. Sé que le han quemado.

—Auren. Preciosa…

Una risa malvada y salvaje me calcina la garganta.

—No soy tu preciosa.

Me coloco ante el hombre que no ha hecho nada más que utilizarme, mentirme, manipularme, amenazarme y abusar de mí durante más de diez años. Le miro con odio, con aversión, con rencor.

Él se encoge de miedo cuando levanto la mano izquierda y la acerco a su mejilla para que mi cinta, deshilachada y mutilada, le roce la piel. Me acerco a él para que mi voz pueda arderle la cara, para que pueda mirarme a los ojos y ver las llamas de mi furia.

—No puedes cortar los hilos de tu marioneta y esperar que siga moviéndose a tu antojo.

Midas se resiste, se retuerce como una sanguijuela, pero los dos sabemos que no tiene escapatoria. Empieza a empalidecer.

Paso un dedo por la corona que todavía lleva sobre la cabeza.

«Quizá sea él quien lleve la corona, pero fui yo quien la tocó y convirtió en oro».

Solo tengo que pensar qué deseo hacer, y el oro se encarga del resto. Las seis puntas de su corona se curvan, se doblan en una reverencia hacia mí y se rinden ante la persona que realmente tiene el poder. Midas empieza a convulsionar cuando las puntas de su adorada e inseparable corona se clavan en su cabeza, como las garras de un ave carroñera, y le rasguñan la piel. Unas gotas de sangre brotan de los arañazos y se escurren por su frente.

Escudriño esos ojos parduscos para absorber el pánico que le embarga, para absorber este momento, mientras mi oro se encarga de absorber todo lo demás.

Y entonces me inclino hacia delante y le susurro al oído:

—Adiós, Midas.

Acerco los labios a su mejilla; él me ganó con un beso, ¿por qué no debería hacer lo mismo?

Se le atraganta un sollozo, o quizá una maldición. No lo sé y nunca lo sabré, porque en el mismo instante en que aparto los labios, su piel ya está grabada con un beso dorado. He unido minúsculos fragmentos de oro, tan finos como motas de polvo, y he dibujado un beso, una marca que quedará para siempre en su mejilla.

Después, golpeo suavemente el beso con el dedo.

Pam, pam, pam, pam, pam.

Cinco veces, no seis.

Con una sonrisa de satisfacción, me alejo de Midas, que sigue forcejeando, que sigue resistiéndose, pero mi magia lo tiene bien sujeto, y no va a dejarlo marchar. Las garras que sobresalen de la pared se clavan en su túnica, atraviesan la tela, y el tatuaje dorado que le he dejado en el pómulo empieza a moverse, a buscar, a arrastrarse por su cara, a rodearle el cuello. El oro empieza a moldearse hasta forjar un puñal afilado que entierra el filo en su garganta, en el mismo lugar donde yo tengo la cicatriz.

Midas lucha contra el oro. Oh, vaya si lucha.

Quiero que sienta en su propia piel cómo el oro va devorando todo

su cuerpo, centímetro a centímetro. Porque, después de todo lo que ha hecho, este es el castigo que merece. Él fue quien dejó que el oro le consumiera hace mucho tiempo. Simplemente estoy terminando el trabajo.

En cuestión de segundos, el metal líquido empieza a rezumar de su boca, a sangrar de sus ojos, a gotear de su nariz.

El oro que tanto codiciaba, el oro que amaba por encima de todas las cosas, se lo come vivo.

Y cuando le envuelve el corazón en una coraza de oro, no hago nada para evitar que le robe el último latido. Observo la escena con profunda satisfacción, mientras Midas da sus últimos coletazos, mientras cualquier rastro de humanidad, de vida, abandona su cuerpo.

«Está muerto».

Muerto, muerto, muerto.

El oro que hay repartido por todo el castillo se estremece.

Como broche final, dibujo un arco con la mano y recubro el cuerpo de Midas por completo, solidificándolo. Mis labios forman una sonrisa siniestra. Me giro, dando la espalda a esa expresión de asombro e incredulidad, a ese pecho que jamás volverá a hincharse, a esa boca fundida, a ese pico de oro que mi oro ha silenciado para siempre.

Respiro hondo y siento que la bestia que habita en mí está satisfecha. Satisfecha, pero no apaciguada. Porque mi rabia todavía no se ha saciado, y mucho menos calmado. Mi poder burbujea, se retuerce, se arrastra por mis venas como la lava de un volcán, empujándome a seguir, exigiéndome más.

El monstruo furibundo que me ha poseído sigue hambriento. Quiere vengarse. Quiere hostigar. Quiere matar. Quiere destruir a todo aquel que se quedó de brazos cruzados mientras yo sufría. Echo una ojeada a ese salón, ahora convertido en un océano de aguas doradas, en una marea destructiva que ondea en el suelo, y caigo en la cuenta de algo.

Ya no le tengo miedo al mundo. De hecho, si me lo propusiera, podría hacer que todo el maldito mundo me tuviera miedo a mí.

Tuerzo los labios en una sonrisa diabólica y atravieso el salón de baile dando grandes zancadas, llevándome ese oleaje dorado conmigo. Sin embargo, ahora siento que tengo que remolcar el oro, como si

estuviese arrastrando un lastre. Empiezo a jadear y el sudor me empapa la frente. Con un esfuerzo tremebundo, sigo tirando de la magia, sobreponiéndome a esa repentina oleada de cansancio, y me dirijo hacia el pasaje abovedado.

Ahora no puedo parar. Quiero que el oro se engulla este dichoso castillo, que atrape a todos los que viven en él. Quiero que su propia avaricia sea su verdugo, que su codicia los lapide. Quiero que ese mar dorado bañe la tierra, se extienda por las Tierras Áridas y llegue hasta Alta Campana. Quiero que arrase con todo, que devore a todos los que osen cruzarse en mi camino, y entonces…

Alguien se pone delante de mí, barrándome el paso.

Una enorme ola áurica se detiene tras de mí. Se cierne a mis espaldas con la cresta enroscada, lista para romper en cualquier momento. Me tiemblan las manos por el esfuerzo que estoy haciendo por contenerla.

La bestia emplumada parpadea y abre ese pico de colmillos afilados para morder a quien ha tenido la osadía de interponerse en su camino, pero la ira titubea porque reconocemos a ese hombre. Las dos reconocemos esa aura negra que envuelve su imponente figura como si de una nube de humo se tratara.

—Jilguero, ¿puedes oírme? —pregunta con una voz tierna, cariñosa.

Ladeo la cabeza, pero no respondo. No sé si voy a poder aguantar el peso del oro mucho más tiempo. Las fuerzas empiezan a flaquearme, me tiemblan las rodillas e incluso respirar es un suplicio.

El tipo da un paso al frente. Es como una mancha de tinta negra en mitad de un océano metálico, un océano que yo he creado.

—Auren, ya puedes parar.

Arrugo el ceño. «¿Parar?».

No quiero parar. Quiero continuar dando rienda suelta a mi rabia. Quiero recuperar el oro que Midas me arrebató. Quiero masacrar a todo aquel que encuentre en los pasillos de ese maldito castillo. Quiero ser el monstruo que durante demasiado tiempo he reprimido, he cohibido, he sometido.

El hombre da otro paso, y mi bestia emite un graznido aterrador, pero eso no parece disuadirlo. Debería huir de nosotras. Debería estar

espantado, igual que el resto de los mortales que había en ese salón. Pero él continúa acercándose cada vez un poco más, y un poco más, hasta quedarse a apenas un metro de nosotras.

—Tienes que parar, cariño. Te estás consumiendo. Te estás vaciando.

Hago un mohín.

—¿Consumiendo? ¿Vaciando?

Contemplo esa mirada penetrante, una mirada que parece acariciarme la piel con solo mirarme. Sus ojos son de un verde tan oscuro que parece negro.

—Sí —responde él en voz baja—. Tienes que frenar la magia, o acabarás haciéndote daño.

Se me eriza la espalda.

—Mi oro no me hará daño.

—Ya te lo está haciendo —replica él, y agacha la cabeza. Echo un vistazo a mi alrededor, pero no veo nada raro—. Tu aura ha empezado a desvanecerse —explica él—. Tú no puedes verlo, pero yo sí. Necesito que respires hondo y pares. Eres tú quien controla tu poder, no él a ti. Déjalo ir.

Me invade el pánico. Sin mi poder, volveré a ser una mujer débil. Desvalida.

La ira chisporrotea en mis ojos, y la ola dorada se enrosca un poco más.

—No.

—Ahora estás a salvo, Auren. No lo necesitas —me promete. A pesar de la angustia que ahora mismo corre por mis venas, esa voz profunda, grave y reconfortante despierta otra parte de mí, una parte que estaba enterrada bajo toda esa ira.

Pero mi bestia se resiste porque no quiere parar. Sin embargo, cada segundo que pasa estoy más y más exhausta. Dominar esa marea dorada me está minando las fuerzas y tengo la sensación de que me pesa todo el cuerpo, de que tengo las piernas entumecidas.

—Quiero que todos sufran como yo he sufrido —digo, apretando los dientes.

—Has castigado a quien importaba.

En mi fuero interno se está librando una batalla de sentimientos encontrados. Una parte de mí lucha por calmar a esa fiera desatada, por devolverme a la realidad, al aquí y al ahora. Pero mi magia no se conforma y quiere más. Dejo que una ola dorada se arbole, que se arrastre hasta la puerta de entrada al salón y se cuele por el pasaje abovedado. Dejo que rompa los cristales de las ventanas, que se enrosque por las columnas. Dejo que trepe por las paredes de Rocablanca, que siga los gritos atemorizados de quienes intentan huir del castillo, que se inmiscuya por todos los pasillos en busca de alguien a quien engullir, a quien transformar en una estatua de oro macizo.

«Más —susurra— Más».

Sin embargo, él sigue sin acobardarse y da otro paso más, desconcentrándome, distrayendo mi magia. Está justo delante de mí y, de repente, siento que su aura me envuelve, me arropa en un manto negro. Acapara mi vista, mi oído, mi olfato. No puedo evitar respirar su aroma, un olor que disipa la tormenta metálica que me saturaba la nariz. Huele a madera y a tierra húmeda y a chocolate amargo.

Me toca la mejilla, me roza la piel con esa mano áspera.

—Vuelve a mí, Jilguero.

Siento un escalofrío por todo el cuerpo, y la caricia despierta mi conciencia, me aleja de la ira que, hasta ahora, me dominaba, me controlaba. Abro los ojos, y por fin veo con perfecta claridad.

—¿Slade…?

Él asiente.

—Eso es, cariño. No te ates a la magia, suéltala.

Trago saliva porque, en ese preciso momento, el peso del poder empieza a aplastarme.

Me fallan las piernas, pero por suerte Slade me sujeta antes de que me desplome sobre ese charco de oro. Lástima que, al agarrarme, me toque la espalda. Aúllo de dolor, arqueo la espalda y trato de apartarme de él.

—Oh, por todas las diosas… —balbuceo. Me tambaleo, pero no es por el estallido de dolor que me recorre la espalda, sino por la presión del poder. Me está apisonando y temo que vaya a acabar

destrozándome—. ¡No puedo! —grito con voz ronca, y los ojos se me llenan de lágrimas de pánico—. ¡No sé cómo desprenderme de mi magia!

Una blasfemia sale volando de la boca de Slade, y después me coge de los brazos para sostenerme.

—Respira, Auren —ordena.

Con la mirada desorbitada, echo un vistazo al salón de baile, al oro que, en un santiamén, parece haberse rebelado contra mí, como si quisiera tenerme totalmente rodeada, totalmente acorralada.

—No puedo controlarlo, no puedo…

—Sí puedes —me gruñe a la cara, y unas espirales negras empiezan a retorcerse en su mandíbula, como las raíces de un árbol—. Inténtalo, Auren. Es tu poder, y solo responde ante ti.

Pero Slade está equivocado. Ese no es mi poder, en absoluto. Lo que ha presenciado es algo que nace de mi interior, de la rabia contenida, del rencor que se ha ido enconando en mi alma durante muchos años.

Todo mi cuerpo tiembla por el demoledor peso de la magia y, a mi alrededor, el oro empieza a hervir y a burbujear y a sisear, y tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para contenerlo. Aun así, esa marea dorada sigue escabulléndose por cada grieta y recoveco, arrastrándose por los pasillos, rebasando los límites que le he impuesto. El corazón se me para cuando veo que repta peligrosamente hacia Slade con la intención de aferrarse a sus pies. Ahogo un grito de terror y enseguida sacudo la mano para desviar el oro, para alejarlo de él.

Consigo reunir fuerzas para hacerlo retroceder unos centímetros, pero el oro continúa avanzando y las ondas cada vez rompen más cerca de nosotros. No tengo ni idea de dónde están los demás, y esa incertidumbre me mata por dentro. El terror se instala en mi pecho al pensar que tal vez haya matado a la Cólera, o a Digby, o a decenas de inocentes. Sin embargo, ese parece ser el inevitable destino porque no soy capaz de controlar mi magia.

—¡Va a destruirte! —grito, y le araño el pecho en un intento de empujarlo, de separarlo de mí—. Vete, Slade. No puedo… No podré contenerlo mucho más tiempo, ¡y no sé cómo pararlo!

Él me sostiene la cara con las manos y abro los ojos de golpe, aunque la verdad es que no era consciente de que los hubiese cerrado.

—Mírame.

Nuestras miradas se cruzan. Estoy muerta de miedo.

—Tienes que marcharte.

Pero Slade es testarudo, y sacude la cabeza.

—Ya te lo dije. «Si crees que voy a irme de aquí sin ti, es que has perdido el maldito norte, Jilguero».

El eco de sus palabras me emociona y, sin darme cuenta, rompo a llorar. Unas lágrimas de agotamiento y de terror se deslizan por mi rostro.

En lo que dura un suspiro, este extraordinario poder se ha convertido en una avalancha de destrucción. En lo que dura un suspiro, mi propia magia me ha abrumado, me ha arrollado.

No soy capaz de hacer lo que Slade me está pidiendo. Nunca llegué a tener un buen control sobre mi magia y ahora campa a sus anchas, como un animal salvaje y hambriento que no está dispuesto a dejarse domesticar.

—Auren, tu aura se está desvaneciendo muy rápido, ¡tienes que parar! —suplica.

Ahora sus ojos no transmiten calma y serenidad, sino miedo y alarma. Su aura me envuelve, como si pretendiera sujetar la mía y evitar que acabe esfumándose por completo. Es la primera vez que le veo asustado, y eso me aterroriza aún más.

Sé que mi poder está consumiéndome, pero también sé que si hago caso a Slade, si suelto la magia y la dejo ir, no podré evitar una catástrofe porque ya no podré contener el oro. Atacará a Slade y a todo aquel que se cruce en su camino y después los sepultará en un féretro metálico, y no puedo permitir que eso ocurra. El corazón de una bestia desató el oro y ahora su única voluntad es arrasar con todo, devorarlo todo.

—Márchate. Por favor —le ruego, desesperada.

Estoy tiritando porque apenas me quedan fuerzas, pero aun así no ceso en mi empeño de contener ese poder que ha conseguido dominar cada parte de mi ser.

Sufro un vahído, se me nubla la vista y me desplomo. Oigo un rugido ensordecedor, aunque no sé si proviene de la magia, que me ha saturado las venas, o de mi corazón, que ahora galopa en mi pecho. Noto una punzada en las entrañas que me arranca un grito rasgado. No ha sido una punzada de dolor, sino como si una mano fantasmal hubiese intentado extirparme la fuerza vital.

Puedo contener mi poder. Lo contendré, hasta que Slade esté fuera de peligro, mientras tenga fuerzas para soportarlo.

Me pesan los párpados, respiro entre jadeos. Las gotas de sudor se escurren por la nuca y, al pasar por los extremos amputados de mis cintas, el escozor es abrasador. Siento que algo dentro de mí se hunde.

«Me estoy muriendo».

—Maldita sea, Auren, no tienes tiempo. ¡Para! —ruge Slade.

Abro la boca para decirle que no puedo, pero lo único que sale de mi garganta es un quejido lastimero.

De repente, Slade tira de mi cara y pega sus labios a los míos. El gesto me causa tal estupor que, durante un momento, me quedo aturdida y pierdo un poco más el control sobre mi magia, un control que ya de por sí era irrisorio.

Slade se aparta y en sus ojos advierto tristeza, sufrimiento.

—Perdóname —me susurra a la boca.

Quiero preguntarle qué quiere decir con eso, pero no llego a tiempo.

Cuando vuelve a rozarme los labios, invoca su propio poder, y esa magia corrupta y abrumadora se traga mi aliento, me lo roba del pecho.

Se me atraganta un chillido cuando noto que algo horrible y nauseabundo se amontona en mis entrañas, algo que parece aire contaminado. Abro los ojos, todavía húmedos de las lágrimas, y me revuelvo para tratar de apartarme de él, pero Slade me sujeta con fuerza para que no me mueva, y su mirada verde musgo me apresa, me convierte en su rehén.

Separo los labios y suelto un bramido ronco y desgarrador porque en ese preciso instante mi corazón barbotea. Porque algo insípido y avasallador parece estar pudriendo los huesos de mi cuerpo.

—Perdóname —murmura de nuevo.

No podría responderle aunque quisiera. La vista se me nubla y el mundo que me rodea se ensombrece. Un instante después, pierdo el control de mi magia porque he agotado todas mis fuerzas. Lo único que recuerdo antes de perder el conocimiento es una explosión de metal y podredumbre, un choque de oro y negrura, una avalancha de calor y polvo.

Lo último que oigo es la voz de Slade aquella noche en la penumbra de la biblioteca.

«Todos tenemos un límite, Auren. Algún día, tarde o temprano, encontrarás dónde está el tuyo».

«Lo he encontrado —quiero decirle—. He encontrado mi límite».

La pregunta es: ¿me he caído o he echado a volar?

40

Slade

No soy un hombre propenso al pánico.

Pero cuando Midas agarra a Auren y le pone un puñal en el cuello, me convierto en la pura personificación del pánico. Mi poder se encabrita, se sacude con tal brutalidad y violencia que tengo que plantar los pies en el suelo para no tambalearme. Aun así, continúa agitándose de una forma delirante y la suela de mis botas rechina sobre la tarima.

—¡Utiliza tu magia y te juro que la degollaré aquí mismo! —escupe Midas. La advertencia me obliga a quedarme donde estoy. Reacciono de inmediato. Tomo las riendas de mi poder para sujetarlo y contenerlo, y después hago una señal a mi Cólera para que no se muevan. Los guardias de Rocablanca y Alta Campana también se quedan inmóviles, mientras que los hombres de la reina Kaila la escoltan hasta la pared del fondo del salón para tratar de protegerla.

El salón del trono se queda congelado en el tiempo. Quizá sean imaginaciones mías, pero tengo la sensación de que el tiempo se ha pausado, y mi maldito latido se ha pausado con él.

Midas aprieta el cuerpo de Auren contra su pecho mientras sostiene el reluciente filo del puñal sobre su cuello. Le tiembla la garganta, y en esos hermosos ojos dorados solo veo estupor, y miedo. Esa expresión de espanto hace que pierda la puta cabeza.

Mi poder reacciona al terror que invade a Auren ahora mismo, y empieza a turbarse y a revolverse y a tratar de atravesarme la piel para abalanzarse sobre Midas y estrangularle ahí mismo.

Mi voz suena como el profundo gruñido de una bestia que está a punto de atacar.

—Suéltala. Ahora.

Pero la amenaza no disuade a Midas, que mantiene el cuerpo de Auren

pegado al suyo y le constriñe tanto la cintura que sospecho que no puede ni respirar. Echa un fugaz vistazo a su alrededor.

—Guárdate tu podredumbre y contén a tus soldados, Ravinger.

Mi Cólera está a unos cinco pasos, con la mirada clavada en los guardias, atenta a todos y cada uno de sus movimientos, pero todos se quedan donde están. No se mueven ni un ápice porque ninguno de ellos quiere dar un motivo a Midas para hacer daño a Auren. Digby también se ha quedado paralizado, y no despega los ojos del puñal de oro.

Midas cambia de postura y hunde el filo del puñal en la garganta de Auren. Una gota de sangre dorada brota de la herida y se desliza por su cuello. Y solo con ver una gota escurriéndose por su piel, algo feroz e indómito se despierta en mi interior.

Me duele la mandíbula porque la bestia que me posee quiere afilarse los dientes, siento que mis púas amenazan con atravesarme la espalda y los brazos y empiezo a ver borroso, como si me hubiese adentrado en un túnel donde solo reina la oscuridad. Tengo sed de venganza, de una venganza violenta.

El lamento que sale de los labios de Auren me parte el alma, me destroza el corazón y consigue que me tiemble todo el cuerpo. Ella forcejea e intenta librarse de las garras de Midas, pero ese cabrón la tiene bien cogida, y no va a soltarla de buenas a primeras.

Una magia embravecida me muerde la piel, me abrasa cada músculo de mi cuerpo, me amartilla el pecho, pero no cedo a la tentación y tiro de las riendas para refrenarla.

—Eres hombre muerto —prometo con voz siniestra.

Midas empieza a inquietarse, lo cual es lo más sensato que podría hacer. Solo he podido vislumbrar su preocupación durante una fracción de segundo, porque él enseguida ha recuperado esa expresión imperturbable, pero el ser feérico que habita en mí se ha regocijado al comprobar que estaba nervioso.

Bien. Debería estar preocupado.

—Marchaos ahora, o le rajaré el cuello y dejaré que se desangre —me amenaza. Da varios pasos atrás, arrastrando a Auren con él.

—No la matarás.

Es una puta promesa.

Y Midas también lo sabe. Lo ve en mi cara.

Aprieta la mandíbula, y me parece apreciar una determinación distinta en esa mirada enajenada.

—Si yo no puedo tenerla, no la tendrá nadie.

La ansiedad y el desasosiego fluyen por mis venas, diluyendo la ira y el resentimiento. Miro a Midas, miro a Auren. Cierro los puños y todo mi cuerpo entra en tensión. Me encantaría soltar las riendas para que mi magia se arrojara como un salvaje depredador sobre él, le chupara la sangre y le pudriera el cuerpo desde la verga hasta la corona.

Pero no puedo.

Joder, no puedo.

Porque sé que la amenaza que acaba de escupir no es otro de sus burdos ardides. Midas es un loco, y estoy convencido de que no le temblará el pulso si percibe un asomo de peligro. Si mi magia no reacciona lo bastante rápido y lo mata a él antes, le cortará el cuello y morirá desangrada delante de mí, sin que pueda hacer nada para salvarla.

Midas jamás la dejará marchar, y yo jamás haría nada que pusiese su vida en peligro. El muy cretino lo sabe porque ve que vacilo, que dudo, que no muevo un dedo. Ese pequeño reguero que brilla sobre su cuello es la única sangre que permitiré que se derrame hoy.

—Vete ahora, Ravinger. Tienes treinta segundos, o te prometo que la mataré.

Noto las miradas de la Cólera clavadas en mi nuca, esperando a que les dé una orden, pero sigo estancado en este dilema.

—Utiliza tus cintas —le insto a Auren. Son fuertes. Ella es fuerte. Solo necesita confiar un poco más en sí misma y…

Un sollozo de pena y consternación se escapa de su boca, y se le humedecen los ojos mientras me mira con algo que interpreto como arrepentimiento.

—No puedo.

Arrugo la frente, confundido. No consigo descifrar su expresión, y la carcajada de Midas me distrae.

—Oh, ¿no te lo ha contado? —pregunta con petulancia, y con una

sonrisa malvada en los labios—. Ha perdido ese privilegio.

Me quedo totalmente paralizado. Incluso las raíces negras que se arrastraban y retorcían por mi cuello parecen haberse quedado quietas.

Midas señala la mano de Auren con la mirada y, por primera vez en mitad de esta espeluznante locura, reparo en lo que tiene anudado alrededor de la muñeca.

Una única cinta dorada. Una cinta que conozco muy bien. Una cinta en la que tengo puestas todas mis esperanzas. Una cinta que espero que se extienda, que empuje a ese bárbaro, que le lance contra la pared.

Salvo que… la cinta no se mueve. No trata de reptar por el suelo para enroscarse alrededor de mi tobillo, como suele hacer, ni tampoco intenta apartar a Midas de un empujón en un arrebato de protección. Tan solo se queda ahí, flácida y mustia. Y en ese instante caigo en la cuenta de que algo anda mal. Ha perdido ese color brillante y metálico, y todo el vigor. Incluso cuando se encuentran en reposo, las cintas de Auren siempre están… vivas. Son enérgicas y están llenas de vitalidad, igual que ella.

Y es entonces cuando reparo en que uno de los extremos está cortado a bocajarro, con gotas de sangre ya reseca.

No. No.

Algo ruge en mis oídos, y enseguida levanto la vista de la cinta y miro a Auren. Su rostro refleja una tristeza absoluta, una pesadumbre que no conoce consuelo. Al comprender lo que Midas le ha arrebatado, siento que una montaña se desmorona sobre mí, y me quedo atrapado entre los escombros.

—Auren… —murmuro, y mi voz suena abatida, pues así es como me siento ahora mismo.

Auren se ahoga en un mar de lágrimas, y mi corazón se parte por la mitad.

—Auren es ahora una mujer desvalida, una mujer que está a mi merced, y morirá en mis manos si no me dejas otra salida —dice Midas, pero apenas puedo oírle—. Diez segundos, Ravinger.

Siento una profunda pena, pero también una furia exaltada porque sé

que he fallado a Auren. La rabia me deja sin aire en los pulmones, y sigo en la misma disyuntiva. Joder, no puedo dejarla aquí, abandonada a su suerte…, pero tampoco puedo arriesgarme a que Midas la asesine a sangre fría, y delante de mis narices.

Pero en ese momento… algo cambia en la mirada de Auren.

Si no fuese porque la conozco bien, porque el vínculo que nos une es inquebrantable, quizá me habría pasado desapercibido, quizá no habría visto ese destello de luz que ilumina esos iris dorados. Y aun sin esa mística sintonía, me habría dado cuenta porque, de repente, su aura resplandece; emite un fulgor tan brillante y cegador que incluso tengo que cerrar los ojos.

La explosión de luz es una advertencia de lo que va a ocurrir después.

El salón parece entrar en erupción.

Allá donde mire, el oro que Auren ha forjado parece cobrar vida propia. En un abrir y cerrar de ojos, el suelo, las paredes, la puta mesa, cada milímetro de ese metal dorado se funde como el magma. Empieza a arrasar con todo, a atacar sin piedad, como si tuviese mente propia, como si hubiese oído la llamada desesperada de su creadora y estuviese cumpliendo su voluntad.

Donde antes había inercia y quietud, ahora hay quebradura y movimiento. El oro del salón de baile se está derritiendo.

La reina Kaila chilla mientras su gente cruza a toda prisa el salón para sacarla por la puerta del servicio y ponerla a salvo, pero los guardias frenan en seco cuando una inmensa cascada de oro se desprende de las paredes del pasaje abovedado y engulle a un desafortunado soldado de Alta Campana que huía despavorido, que muere ahogado en esa tromba metálica.

Los guardias no dudan en huir en desbandada, pero mi Cólera permanece en la tarima. Todos se colocan a mi alrededor, formando un círculo protector. Osrik, Judd y Lu han desenfundado sus espadas, pero ¿qué pueden hacer para combatir esto? Por el rabillo del ojo veo que mi hermano Ryatt se ha encaramado a la tarima para ponerse a mi lado. No ha soltado a Digby en ningún momento, aunque con las púas que sobresalen de la armadura sé que le está costando sostenerlo sin hacerle daño.

—Pero ¿qué coño…? —dice Ryatt, mientras todos observamos atónitos cómo esa marea dorada masacra a todos los que se encuentra a su paso. Ya sea en su forma líquida, pastosa o sólida, varios guardias quedan sumergidos bajo un mar de aguas áuricas, otros agonizan cuando un carámbano de oro les atraviesa el corazón. El oro ataca desde todos los ángulos, y nosotros somos testigos de la matanza.

—Rip… —llama Lu con tono de advertencia mientras empuña la espada.

Se ha desatado el pánico en el salón de baile, pero yo solo veo a Auren. Veo que su aura vuelve a resplandecer, que me quema los ojos, como si estuviese delante del mismo sol.

—Se ha roto —murmura Judd, y da un respingo cuando el maldito suelo se encabrita, adopta la forma del pico de un ave carroñera y engulle a un guardia de Alta Campana.

Pero mi atención está toda puesta en Auren, en la forma en que se mueve, en su expresión. Su poder está matando a todos los soldados que corretean por el salón de baile, y ahora tiene a Midas contra las cuerdas o, mejor dicho, contra la pared.

El oro no nos está atacando, pero la histeria de su aura, que no deja de parpadear, es lo que verdaderamente me preocupa y me perturba.

—Marchaos —les ordeno a los demás.

Lu me mira boquiabierta.

—Rip…

—Ahora mismo, Auren está perdiendo el control y no quiero que os haga daño a ninguno de vosotros.

—¿Y qué hay de ti? —rebate ella.

Niego con la cabeza.

—A mí no me hará daño.

En ese preciso instante, el oro mata a otro guardia de Alta Campana justo delante de nuestras narices. La armadura le aplasta el pecho, y oímos el chasquido de varias costillas rompiéndose en mil pedazos.

—¿Estás seguro de eso? —pregunta Judd, que no parece muy convencido.

Osrik blasfema, y desvío la mirada hacia Auren. Todos nos quedamos de piedra cuando vemos que le da un beso a Midas, en la mejilla.

Reconozco que me habría puesto un poco celoso de no haber visto la mirada enajenada y aterrorizada del rey.

Cuando se aparta, sus labios dejan una marca en la piel de Midas, una especie de tatuaje dorado, y mi magia se enardece al instante.

Contemplo con una mezcla de asombro y fascinación el oro de Auren, un oro que se escurre, que se escabulle, que gotea, un oro que, de repente, empieza a devorarle. Es como un demonio hambriento que se cuela por su boca, que se enrosca alrededor de sus piernas, que lo va sepultando bajo una tumba de oro hasta que él deja de moverse y su cuerpo queda totalmente adherido a la pared.

Me asombra que haya ocurrido tan rápido. Midas está muerto, atrapado en el metal que tanto ambicionaba, que tanto codiciaba.

Respiro hondo mientras una vorágine de emociones empieza a arremolinarse en mi cabeza. Sorpresa, orgullo, culpa, todas esas sensaciones me arrollan, me ahogan.

Quería ver a ese hijo de puta muerto desde el día en que descubrí que tenía a Auren encerrada en una jaula. Soñaba con pudrirle la columna vertebral y abandonarlo en el suelo para que los pájaros lo despellejaran y se lo comieran vivo. En el momento en que él le puso una mano encima, solo pensaba en ponerle una mano encima yo a él.

Pero no ha hecho falta.

Joder, estoy muy orgulloso de ella. Lo ha destrozado, y lo ha hecho de una forma tan espectacular que no puedo hacer otra cosa que sentir admiración. Aun así, una parte de mí se siente culpable por no haber podido evitar ponerla en una situación tan comprometida, tan delicada.

«Lo has conseguido, Jilguero».

Sabía que podía arder, que podía brillar con más fuerza que el propio sol. Tan solo tenía que salir de la sombra de Midas. Pero, maldita sea, jamás habría imaginado algo así. Aunque tenía fe en su fortaleza, no esperaba que fuese un ser tan poderoso, tan magnífico.

«Esa es mi chica».

—Mierda, le ha matado —exclama Osrik, que no se toma la molestia de disimular su alegría—. Le ha matado de verdad. Ha sido increíble, joder.

—Bien —musita Digby con una expresión siniestra que acentúa aún más los moretones que tiene en la cara.

Lu resopla.

—A ver, ¿qué os parece si dejamos las celebraciones para más tarde? Ahora lo importante es que no nos mate a nosotros.

—Marchaos —les ordeno—. Nada de movimientos bruscos. Moveos con cuidado.

Esta vez, ninguno replica. Los cinco guerreros van derechos hacia el pasaje abovedado. Avanzan con cautela por el suelo, ahora convertido en un charco dorado. Ry y Osrik sujetan a Digby para que nadie se quede rezagado.

Al comprobar que el oro no los ataca de inmediato, empiezan a caminar más rápido, pero con la misma prudencia porque un paso en falso podría ser letal. Ninguno quiere resbalarse y zambullirse en el oro. Consiguen cruzar el salón de baile sanos y salvos, y cuando veo que desaparecen por el pasillo suspiro de alivio.

Me vuelvo hacia Auren, que en estos momentos está observando el salón, ahora totalmente vacío, con una expresión eufórica… La verdad es que no la reconozco.

El oro se ha apoderado del inmenso salón. Se mece como un mar tumultuoso, se agita y se revuelve como el oleaje en plena tormenta. Las paredes parecen llorar lágrimas de oro, una imagen que me recuerda a las gotas de lluvia que salpican los cristales cuando cae un buen aguacero.

Auren desvía la atención hacia la entrada del salón, y algo nefario e impío le desfigura el rostro y le ilumina la mirada con un brillo perverso y cruel.

Se me encoge el corazón al descubrir que el aura de Auren empieza a menguar, que esa nube dorada empieza a parpadear. La magia está haciendo mella en ella. Está minando sus fuerzas, consumiéndola a una velocidad vertiginosa. Aunque a juzgar por esa expresión enajenada y colérica, presiento que no se ha dado cuenta de los estragos que está causándole su propio poder.

El salón, ahora transformado en un lienzo dorado, está en sus manos, y ella es quien está dominando y controlando y dirigiendo todo ese

oro, demasiado oro.

Empieza a encaminarse hacia la puerta de salida, hacia el pasaje abovedado, y salgo disparado de la tarima para tratar de alcanzarla. Las suelas de las botas se me quedan pegadas al suelo, como si estuviera caminando sobre un charco de sirope. El oro me llega hasta los tobillos, como el sutil oleaje de una marea que baña la orilla. Atravieso el salón y no me detengo hasta que consigo deslizarme frente a ella, barrándole el paso. Auren para en seco, con una inmensa ola de oro a sus espaldas, una ola que se cierne sobre ella como un monstruo hambriento, como la ola de un tsunami que está a punto de romperse.

Ella me observa con detenimiento, pero me cuesta reconocer a la mujer que hay detrás de esa mirada trastornada. Ahí detrás también merodea algo salvaje.

Puedo percibir el hambre, la necesidad de venganza, el anhelo de justicia. Entiendo que quiera fundir el oro que ella misma ha creado y forjado. De hecho, me encantaría hacerme a un lado y dejar que descargue toda su furia sobre este condenado reino, y sobre todos los que viven en él. Y si le estoy impidiendo el paso no es por Rocablanca. El tremendo esfuerzo que está realizando es lo que me empuja a interponerme en su camino. El miedo es lo que me empuja a intentar hacerla entrar en razón, porque su extraordinario poder está nutriéndose de ella, consumiéndola, matándola.

—Jilguero, ¿puedes oírme? —pregunto en voz baja.

Auren ladea la cabeza, como si estuviese tratando de ubicarme, como si no me hubiese reconocido. Mi expresión se torna seria, triste.

«La magia se ha adueñado de ella».

—Auren —insisto, y me acerco un poco más a ella—. Ya puedes parar.

Arruga el ceño, un gesto que le afea ese rostro perfecto y angelical. Está conteniendo el oro, que la sigue allá donde va, pisándole los talones. La magia chisporrotea a su alrededor, una lluvia de chispas áuricas que hace que su cuerpo reluzca aún más, como si de cada poro de su piel se filtrara un rayo de luz. Pero ni siquiera esa luz cegadora puede evitar que me fije en las gotas de sudor que le empapan la frente, o en su respirar, jadeante y entrecortado.

Demasiado. La magia le está exigiendo demasiado.

Acorto la distancia que nos separa e ignoro el oro que se filtra por mis botas. Me concentro en ella, en disimular el pánico de mi mirada para así intentar calmar a Auren y amansar a la fiera hambrienta que la ha poseído.

—Tienes que parar, cariño. Te estás consumiendo. Te estás vaciando.

Hago un mohín.

—¿Consumiendo? ¿Vaciando? —pregunta, aunque su voz suena etérea, hueca, vacía.

Asiento con la cabeza.

—Sí. Tienes que frenar la magia, o acabarás haciéndote daño.

El salón parece vibrar.

—Mi oro no me hará daño —sisea ella, y me lanza una mirada fulminante, una mirada propia de un animal indómito.

—Ya te lo está haciendo. Tu aura ha empezado a desvanecerse. Tú no puedes verlo, pero yo sí. Necesito que respires hondo y pares. Eres tú quien controla tu poder, no él a ti. Déjalo ir —le suplico.

—No.

El suelo se revuelve y se forma una ola furibunda.

Aprieto los dientes cuando su aura se vuelve un poco más tenue, más débil, y sé que tengo que parar esto de una puta vez.

—Ahora estás a salvo, Auren. No lo necesitas —insisto, porque necesito calmar y aplacar a su magia.

Pero entonces dice algo que me rompe el corazón en mil pedazos.

—Quiero que todos sufran como yo he sufrido.

Aprieto los labios en una fina línea y noto un ligero hormigueo en la punta de los dedos. Todo mi cuerpo anhela tocarla.

—Has castigado a quien importaba —le prometo.

«Has castigado a Midas».

No puedo reprimir mis impulsos un segundo más y, al final, sucumbo. Doy otro paso hacia delante y alargo la mano para acariciarle la mejilla.

—Vuelve a mí, Jilguero —murmuro, y aunque el fulgor de su mirada es tan brillante que me quema los ojos, no pestañeo, ni miro hacia otro lado.

Algo se estremece en Auren cuando le rozo la mejilla, su aura tiembla y, de repente, parpadea y la extraña y deslumbrante luz que emitían sus ojos empieza a apagarse poco a poco.

—¿Slade?

Una luz de esperanza en mitad de la oscuridad.

—Eso es, cariño. No te ates a la magia, suéltala.

Y justo cuando creo haber recuperado a mi Jilguero, los ojos de Auren se encienden, pero esta vez de pánico. Me parece oír una súplica desesperada a las diosas.

—¡No puedo! ¡No sé cómo desprenderme de mi magia!

Mierda.

Está temblando tanto que al final la agarro de los brazos y la sostengo con firmeza para tranquilizarla. El terror que siente Auren no solo me asusta a mí, sino también a mi poder, que reacciona de inmediato y empieza a revolverse bajo mi piel.

—Respira, Auren.

La habitación tiembla, como si hubiese un terremoto. El oro salta y salpica y se enarbola en un ataque errático.

—No puedo controlarlo, no puedo…

—Sí puedes —le aseguro, porque no pienso aceptar otra cosa. No ha derrotado a Midas para que ahora su propio poder se rebele y se vuelva en su contra—. Inténtalo, Auren. Es tu poder, y solo responde ante ti.

Su rostro se desfigura en una mueca de profundo dolor, su cuerpo irradia un calor abrasador. Lo está intentando con todas sus fuerzas, pero cuando el suelo vuelve a formar esas ondas expansivas, la ansiedad y el pánico vuelven a apoderarse de ella.

—¡Va a destruirte! —grita, y trata de desembarazarse de mí—. Vete, Slade. No puedo… No podré contenerlo mucho más tiempo, ¡y no sé cómo pararlo!

Por mucho que intente apartarme de ella, no voy a dejar que ocurra. Le sostengo la cara con las dos manos y le susurro:

—Mírame.

Las lágrimas le anegan los ojos.

—Tienes que marcharte.

¿Y dejar que la magia la consuma, la mate? Jamás.

—Ya te lo dije. «Si crees que voy a irme de aquí sin ti, es que has perdido el maldito norte, Jilguero» —gruño.

El techo de oro empieza a gotear, las paredes se deshacen, el suelo se agita y Auren tiembla, convulsiona. Su aura se ha ido apagando y está a punto de desaparecer por completo.

—Auren, tu aura se está desvaneciendo muy rápido, ¡tienes que parar! —grito. Grito porque el oro ruge como una bestia salvaje, y necesito que me oiga.

Hecha un mar de lágrimas, me implora que me vaya.

—Márchate. Por favor —musita, y se desmorona entre mis brazos.

Está a punto de desfallecer, de perder el conocimiento.

Una cascada de oro se desprende del techo y cae justo a mi izquierda, pero por suerte aún conservo mis reflejos y logro esquivarla.

—Maldita sea, Auren, no tienes tiempo. ¡Para!

Pero no puede. O quizá no quiere. Mi poder ha enloquecido por completo, y la magia empieza a escurrirse de mis pies, rompiendo y resquebrajando el oro. Presiento que su aura está a punto de apagarse para siempre, y las raíces negras que tengo en el torso empiezan a hurgar, a arañarme el pecho, como si estuvieran tratando de meterse en mi maldito corazón.

Me invade un terror desconocido, un terror afilado que me desgarra las entrañas, que me despedaza el alma. No puede morir. Joder, no puede morir.

No voy a dejar que muera en mis brazos.

Así que hago lo único que se me ocurre antes de que sea demasiado tarde, antes de que el poder termine consumiéndola por completo, arrebatándole hasta la última gota de vida.

Me inclino hacia delante y, de inmediato, me embriaga su deliciosa esencia. El calor que emana su piel es cautivador, reconfortante.

—Perdóname —susurro, porque lo que estoy a punto de hacer es despreciable. Voy a coartar su libertad, no voy a dejar que elija por sí misma. Pero es su vida lo que está en juego, y no puedo quedarme de brazos cruzados y ver cómo se sacrifica por salvar mi vida.

Acerco mis labios a los suyos. Incluso en esa fatídica situación, la

calidez y suavidad de sus labios me seducen de tal manera que termino arrodillándome. En el momento en que abre la boca y me la ofrece, empiezo a despedir un hilo de mi poder. Dejo que se inmiscuya entre sus labios, que se deslice por su garganta y que se extienda por todo su cuerpo.

Su magia titubea ante una intrusión tan súbita y repentina, pero la expresión de miedo, de pavor, que veo en sus ojos por poco me mata.

—Perdóname —repito, porque sé que ahora mismo está asustada. Y soy yo quien la asusta. Pero está débil, muy débil, maldita sea, y me estoy quedando sin tiempo.

Otro soplo de poder mágico, y su cuerpo languidece. Sin embargo, todos mis instintos me gritan que estoy cometiendo un error, un grave error. Mi propia magia parece resistirse, y tengo la impresión de que se muestra reticente a adentrarse en el cuerpo de Auren, a inducirle esa especie de coma, una estasis entre la vida y la descomposición. Aunque reconozco que me da miedo. Joder, me da miedo que termine haciéndole daño, que expulse demasiado poder en su cuerpo.

—Perdóname —murmuro por tercera vez, pero sé que ya no puede oírme.

«Por favor, que esto funcione —ruego en silencio—. Por favor, que Auren esté bien».

Su aura ha ido mermando, encogiéndose, apagándose y, cuando no es más que una voluta fina y frágil y delicada que se confunde con un hilo de oro, por fin se desploma. Cuando Auren cae en mis brazos, suelta un último suspiro ronco y áspero.

Sin la consciencia de Auren para domarla y dirigirla, la marea de oro empieza a formar olas enormes, olas que están a punto de romper e inundar el salón de baile. Levanto a una Auren inconsciente del suelo, la cojo en brazos y echo a correr por el pasaje abovedado. En cuanto cruzo el umbral de la puerta, oigo un sonido estremecedor a mis espaldas. Pero incluso en el vestíbulo, el oro sigue escurriéndose del techo, solidificándose en el suelo, creando una serie de olas irregulares que tengo que esquivar para no tropezarme y terminar sumergido en el metal líquido.

Avanzo en zigzag para eludir cada pedazo de oro que se desprende del

techo, agachándome cada dos por tres para evitar que un carámbano de oro me atraviese el corazón. Las púas se me clavan en la piel porque su instinto protector las insta a salir para defenderme, pero aprieto los dientes y reprimo sus impulsos.

El oro encharca el suelo, se desliza por las paredes, trepa por las escaleras. Una doncella incauta llora desde algún rincón del castillo.

—¡Por aquí!

Encuentro a Osrik haciendo aspavientos, indicándome que le siga, así que giro a la izquierda y, como las baldosas están tan resbaladizas, no puedo evitar patinar unos metros. Pero sujeto a Auren con fuerza para no moverla demasiado.

El castillo de Rocablanca parece gruñir, y me doy cuenta de que, ahora que Auren está inconsciente y no puede controlar su magia, todo el oro, y no solo el que había en el salón de baile, se está sublevando y está arrasando con todo lo que se encuentra a su paso. No me extraña que se haya desmayado, que haya agotado todas sus fuerzas. Gracias a ella, cada pedazo de oro que hay en el castillo ha cobrado vida propia.

—¡Sígueme! —gruñe Osrik, y una fracción de segundo más tarde da un giro brusco y rápido, dobla una esquina, y nos plantamos frente a una puerta que Ryatt está aguantando para que pasemos.

En el momento en que atravesamos el umbral, Ry suelta la puerta y esta se cierra de golpe. No me da tiempo ni a recuperar el aliento. Un momento después, algo duro y compacto y resistente se golpea contra la puerta, haciendo astillas la madera. En un acto reflejo, todos reculamos varios pasos. El oro se inmiscuye por cada grieta, por cada recoveco. Pero para alivio de todos, da una última sacudida y se torna sólido, deteniendo así cualquier avance.

Los crujidos y chasquidos y estruendos que retumbaban en el castillo de Rocablanca también enmudecen, y un silencio lúgubre y desolador se instala en el aire.

—Mierda —dice Lu, y suelta un silbido.

Osrik mira a Auren.

—¿Está bien?

Se me revuelve el estómago y noto un ligero espasmo en la

mandíbula.

—No lo sé.

Todos los miembros de mi Cólera se quedan conmocionados, sin saber qué decir. Un Digby renqueante y torpe se abre paso entre ellos para comprobar el estado de Auren. Cuando la ve inconsciente y tendida en mis brazos, me atraviesa con la mirada.

—Cúrala. ¿Me has oído, muchacho? Cúrala.

Me habla con una bravura tan salvaje y violenta que incluso pestañeo. Creo que nunca había conocido a nadie que se atreviese a llamarme «muchacho», ni siquiera cuando lo era. Aun así, no me molesta porque estoy aterrorizado. Todavía no sé si he hecho bien, y la incertidumbre me está matando. Utilizar mi poder para inducirle este estado de inconsciencia puede haber sido un gran acierto, o un terrible error. Pero ahora tengo que ocuparme de cosas más urgentes, como sacarla de aquí lo antes posible y llevarla muy lejos, donde no haya ni una pincelada de oro que pueda rebelarse contra ella.

Me doy la vuelta y empiezo a caminar en dirección al campamento de mi ejército. Todos se apresuran en alcanzarme.

—¿Qué quieres hacer, Slade? —pregunta Ry, que está a mi lado.

Aunque trato de mantener la expresión imperturbable y una mirada seria y severa, cada vez que veo la cara de Auren se me cae el mundo encima y no puedo evitar suavizar los rasgos.

Voy a curarla. Se va a poner bien.

No aceptaré menos que eso. Ni siquiera quiero considerar la opción de que no vaya a recuperarse. Oigo unos gritos desde el patio del castillo que rompen el silencio nocturno, y acelero un poco más el paso.

—Tenemos que irnos. Tenemos que irnos ya, joder —respondo—. Quiero al ejército de vuelta al Cuarto Reino ahora mismo.

En cuanto las aguas vuelvan a su cauce y el pánico remita, los supervivientes y testigos van a empezar a hablar. A cuchichear. A acusar. A señalar con el dedo a los culpables. Van a exigir respuestas, a pedir resarcimientos y compensaciones por los daños causados. Porque los muertos no pueden explicar todo lo que ha ocurrido en ese salón de baile.

Pero la reina Kaila sí.

Ella y su séquito estaban allí. Fueron testigos directos. Vieron lo que sucedió, y vieron que fue Auren quien lo hizo. Es solo cuestión de tiempo que vengan a por ella.

Y cuando lo hagan, estaré esperándolos con los brazos bien abiertos.

La vid dorada

Tercera parte

Oh, este miserable la adoraba,
a esta vid dorada.
Ahora no podía parar,
así que los días pasaba sentado en su altar.

Mas tenía que cortar, sacrificar y sangrar.
Pues para que la vid creciera, ese era el precio que pagar.

Siempre que podaba
a su vid dorada,
sobre sus tallos se sentaba
y su piel desgarraba.

Ensimismado, aguardaba a que la vid le despellejara.
Rendido a su belleza, a la sombra de la vid se descarnaba.

No tardó en donarle los dedos de manos y pies, y con muñones se quedó.
Los dientes se arrancó,
y de sangre sus manos manchó.

Al suelo los tiró,
como lluvia para sus raíces.
Y así la vid floreció
mas sus frutos eran incomestibles.

El oro era su manta en invierno,
su tesoro, y su orgullo.
Las espinas crecieron cuando sus dientes arrancó,

y las hojas en su abrigo convirtió.

El miserable la vid cosechaba,
y recogía cuanto sembraba.
Su obsesión le llevó a creer
que toda esa riqueza debía merecer.

Pero las raíces resentidas se volvieron
a medida que la vid iba floreciendo.
Pues esta vid dorada
ofendida y furiosa estaba.

Tanto le cegaba el brillo
que el miserable no veía
en qué se había convertido
por las exigencias que él cumplía.

Cuando la vid halló,
en aquella vulgar calzada,
el miserable no imaginó
qué destino le esperaba.

Pues no fue la vid dorada
lo único que recogió junto a la calzada.
La avaricia fue la maleza
que invitó a su casa con presteza.

En su casa el oro se apoderó de la habitación.
El miserable como un triunfo lo entendió. (Pero era un panteón).

Enmarañadas y entretejidas,
en cada esquina las hojas aparecían.
Aun así, él ansiaba más,
—¡Oh! ¡Solo unas pocas más!

Sin cabello ni uñas, sin nariz ni ojos.
Sin orejas ni dedos en los pies, ni tampoco en las manos.
Aun así, la felicidad le embargaba cuando veía la vid dorada brillar.

¡Era el hombre más rico del mundo! ¡Cualquier cosa podía comprar!
(Sí, no mentía, pues esa era la verdad).

Aunque no se dio cuenta, porque no lo podía concebir,
que su obsesión por el oro le iba a consumir.

El viejo miserable vivió
mas en condiciones lamentables.
Su lengua sacrificó,
sus piernas, sus brazos, ambos a pares.

No podía palpar, ni hablar, ni tampoco ver.
Mas qué importaba todo eso, pues lo esencial para él
era estar a solas con su vid, su tesoro sublime y fiel.
No necesitaba sus sentidos, ni caminar, ni firmar
pues todo lo que anhelaba era ver la vid dorada fulgurar.

Día y noche, el viejo miserable no se separaba de la vid dorada.
Con la boca desdentada, vacía y muda, seguía musitando: «Mía».

La vid creció y su casita sobre la colina engulló.
Un manto de tallos entretejió, y hacia el bosque se arrastró.

La vid crecía, y el miserable se marchitaba y marchitaba.
Hasta que al fin, la vid lo devoró de una última dentellada.

Todos los pedazos que se hubo arrancado
ahora yacían entre el dorado entramado.
Pues esta avaricia dorada
era como la tela de una araña.

Y en cuanto el miserable murió
la vid lentamente pereció.
El bosque abandonó y al jardín regresó,
y todo su brillo y lustre perdió.

El único vestigio que quedó
en aquella casita sobre la colina

fue un minúsculo destello dorado
que quedó escondido tras una cortina.

Y allí sepultada sobrevivió,
bajo un montón de escombros,
la vid dorada que el miserable amó,
sus espinas, hojas y tallos hechos rastrojos.

Resplandecía y refulgía,
con una sola hoja, pequeña como un embrión.
Oculta y camuflada, la vid persistía,
un valioso premio para un ladrón.

Esta vid dorada que como el sol brillaba
allí esperaba a que alguien la encontrara.
Y cuando un alma aparecía (pues siempre alguien venía)
la vid se despertaba, exuberante se mostraba,
y de su brillo alardeaba.
Y él la arrancaba y sonreía
mientras con codicia susurraba: «Mía».

Agradecimientos

No pretendo engañar a nadie, así que voy a ir al grano. Este libro me ha costado una barbaridad escribirlo. Sí, lo admito. Lo he pasado fatal en muchos momentos, dudando si estaba eligiendo las palabras apropiadas, si estaba retratando a Auren desde la honestidad. No solo es el libro más extenso que he escrito hasta la fecha, sino también el más complejo. Creo que tenía más cabos sueltos que el propio Midas. No sabía cómo atarlos, se me enredaron en multitud de ocasiones y hubo días en que habría tirado la toalla. Sin la gente que forma parte de mi vida, no habría sido capaz de terminar esta novela.

A mi marido, mi pilar, mi hogar: gracias por encargarte de todo en el mundo real mientras yo trataba de lidiar con mi mundo imaginario. Te quiero por y para siempre. Además, eres divertido y adorable, y me sorprendes con toda clase de golosinas y chocolatinas, cómo no te voy a querer. A mi hija, que me recuerda que de vez en cuando tengo que respirar y jugar: eres mi corazón. A mi familia: vuestro orgullo y vuestros ánimos diarios fueron el motor que me animó a empezar todo esto y me siento muy afortunada por poder contar con vosotros.

He conocido a muchísima gente en el mundo literario que ha dejado huella en mi corazón.

Antes que nada, no tengo palabras para expresar el amor y la bondad y el apoyo que he recibido de un montón de Bookstagrammers y BookTokers, personas que desde sus cuentas me han ayudado a promocionar estos libros. Cada vez que alguien me etiqueta en una espectacular fotografía o en un vídeo divertido, pienso en los amantes de los libros y en lo maravillosos que son. Pero en especial me gustaría dar las gracias a Candice, la encontraréis en Instagram como @canxdancexreads, porque desde el momento en que leíste *La prisionera de oro*, me has ayudado a hacer correr la voz sobre esta saga

y, sin lugar a dudas, has creado un *hype* épico en las redes. ¡Gracias!

A Sarah Finger Parker: creo que no existen palabras para expresar cuán agradecida estoy contigo. Me has arrastrado hasta la línea de meta, y lo has hecho a base de gritos y patadas (y de sobornos en más de una ocasión), y no te puedo querer más por ello. Gracias por tu amistad, por todas las veces que te despertaste a las cuatro de la madrugada en Australia para reunirte conmigo *online* y echarme una mano cuando estaba perdida en la narración, o simplemente para aportar nuevas ideas. Eres la mejor compañera de escritura *sprint* que jamás he tenido, y este libro (y esta Raven) se habría derrumbado muchísimas veces de no ser por ti. 10/10 sería la puntuación que te daría.

A Ivy Asher y Ann Denton: ¿cómo diablos he tenido la gran suerte de acabar en vuestras manos, señoritas? El mundo literario sería un lugar mucho más inhóspito, solitario y difícil sin vosotras. No podría pedir trabajar con personas más leales, amables, divertidas y maravillosas en mi equipo. Gracias por leeros todas las versiones beta, incluso cuando tenéis un millón de cosas mejores que hacer sobre la mesa. Y me alegro de que ahora todas tengamos TikTok y podamos charlar durante horas sobre los vídeos que vemos.

A Helayna: estoy convencida de que eres un unicornio mágico. Escribir este libro no ha sido un camino de rosas, sino más bien un sendero lleno de baches y obstáculos. No conseguí llegar a muchísimas fechas de entrega y, aun así, hiciste magia y te quedaste a mi lado, a pesar de que era un caos trabajar conmigo. Te mandé este libro en TRECE partes distintas. Lo sé, las he contado. Pero te las ingeniaste para pulir esta bestialidad de libro que parecía que no iba a terminar nunca. Gracias por ser tú misma, una mujer mágica, paciente y comprensiva.

A Amy: gracias por todo el tiempo y esfuerzo que has dedicado a maquetar esta saga. ¡Trabajar contigo es un sueño hecho realidad!

A Aubrey: gracias por los diseños tan bonitos que has creado para la saga. Cada vez que me envías algo, quedo maravillada.

A Lisa, Cheria y Reagan: ¡gracias por moderar el grupo de lectores! Nunca tengo que preocuparme porque vosotras siempre os encargáis

de todo mientras estoy encerrada en mi cueva de escritora.

Y muchas gracias a mis lectores. A todos y cada uno de vosotros.

Todavía no me creo todo el amor que he recibido a raíz de esta saga, ni el inmenso apoyo que me ha brindado como autora. Estoy muy agradecida por poder ganarme la vida como escritora porque siempre soñé con poder dedicarme a esto. Así que gracias por cada frase que leéis, por cada reseña que escribís, por cada *post* que subís a las redes sociales. Gracias por haber dado una oportunidad a una chica dorada con cintas en la espalda y a un ser feérico con púas en los brazos. Valéis vuestro peso en oro.

RAVEN

Título original en inglés: *Gleam*

© 2021, Raven Kennedy

Primera edición: mayo de 2023

© de esta traducción: 2023, María Angulo Fernández
© de esta edición: 2023, Roca Editorial de Libros, S. L.
Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.
08003 Barcelona
actualidad@rocaeditorial.com
www.rocalibros.com

Composición digital: Pablo Barrio

ISBN: 9788419449849

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.